JUDE ARCHER

ANILLOS Y ESTRELLAS





THE HIDDEN SOCIETY

Ámbar Valmori tiene dos preocupaciones en la vida: un examen de Arqueología Persa y su rivalidad con el insoportable e irresistible Ismael Sagredo. Las estrellas, sin embargo, le tienen preparada una sorpresa. Aparece siete días después de ser secuestrada, sin el menor recuerdo de lo sucedido. Solo sabe que le falta un dedo meñique. El suceso le abre las puertas de la Hidden Society y de Seledia, una antiquísima academia de artes mágicas.

Ahora sabe que la magia existe, pero ¿es acaso Ámbar una maga? Para descubrirlo, cuenta con la ayuda inesperada de Ismael, descendiente de un linaje de poderosos hechiceros. La tensión entre los dos es evidente y amenaza con convertirse en fuego. Con la grandiosidad de Venecia de fondo, la pareja emprende un viaje al pasado oculto de Ámbar. Indagar tal vez los conduzca a lugares prohibidos, y las estrellas, cuando se lo proponen, pueden ser muy crueles.

Jude Archer

Anillos y estrellas

The Hidden Society
1

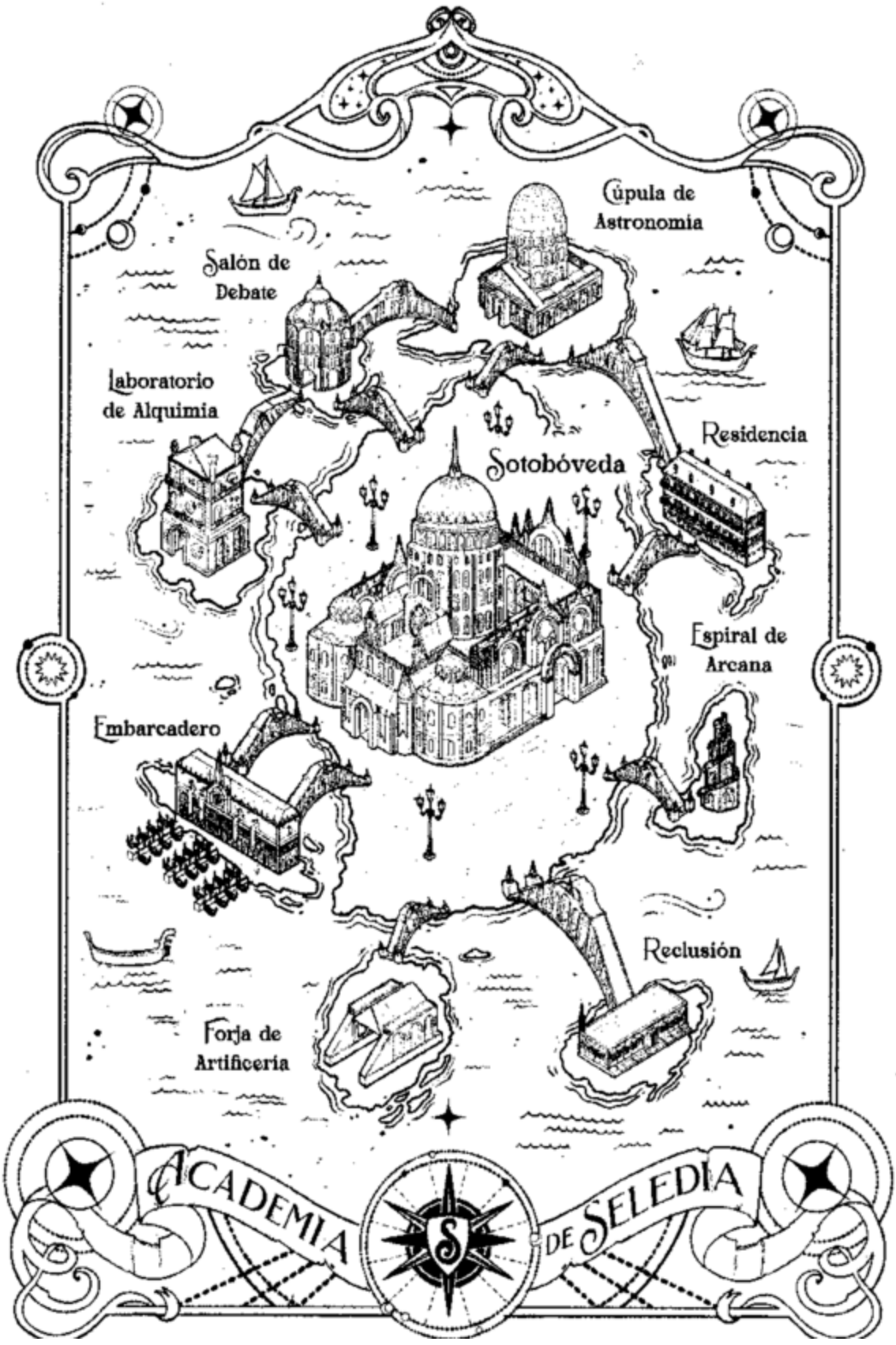
Título original: *The Hidden Society. Stelle e Ottone*
Jude Archer, 2024
Traducción: Isabel Soto, 2025
Diseño de cubierta: Benedetta Baraldi

Revisión: 1.0

 19/06/2026

A los que dejan un poco de espacio para la magia

JUDE ARCHER


Cúpula de Astronomía
Salón de Debate
Laboratorio de Alquimia
Sotobóveda
Residencia
Espiral de Arcana
Embarcadero
Reclusión
Forja de Artificería
ACADEMIA DE SELEDIA

CAPÍTULO 1



La oscuridad armoniza con el silencio. Eso fue lo que pensé al entrar en la Biblioteca Marciana, mi primer día en Venecia. La oscuridad descendía desde el techo y planeaba sobre los conos de luz que emitían, con su zumbido característico, las antiguas lámparas. Si cerraba los ojos, me parecía oír una invocación, susurrada por los frescos de los filósofos y sabios que observaban a los estudiantes desde las paredes. Y enseguida llegaba mi sonido favorito: el del paso de las páginas con la tinta impresa en el papel. Lo habría escuchado hasta quedarme dormida, de no ser porque caminar por los pasillos de una biblioteca me hacía sentir despierta, viva. Los globos terráqueos de madera rechinaban, mecidos por la brisa, y parecían rogar el estudio de alguna región perdida en el tiempo. Las vitrinas contenían pequeños tesoros cuya consulta se convertía casi en una proeza. Y luego, por supuesto, estaban los libros. Estanterías y corredores repletos de volúmenes desgastados por las manos que los habían hojeado, que los habían devorado. Una envidiable colección que abarcaba cuanto se podía ansiar saber. En mi primer día allí me prometí leer todos los libros de arqueología para estudiar el pasado. Ignoraba entonces que uno de ellos tenía que ver con mi

futuro.

Deslicé la mano izquierda por la gabardina hasta dar con la abultada y pesada cartera de piel en la que llevaba los libros de texto. Me aseguré por enésima vez de que las hebillas estuvieran bien cerradas y luego entrelacé los dedos, con cuidado de no hacerme daño en el meñique. Parecía un dedo como cualquier otro, delgado y adornado con un anillo de plata, pero era una prótesis de silicona. Me lo rocé con el pulgar y, como siempre, no sentí nada. Todo estaba bien y al mismo tiempo no lo estaba.

No existía ni un solo estudiante universitario que se mostrase optimista la mañana de los exámenes, y yo no era la excepción. Con el paso de los años había descubierto varias técnicas para calmar los nervios, como repasar en el último segundo o escuchar música relajante con los auriculares. Sin embargo, mi método para tranquilizarme consistía en pasear por edificios centenarios. De todos ellos, el que albergaba la Biblioteca Marciana era mi preferido. Me recordaba por qué había elegido estudiar Ciencias de la Antigüedad y me ayudaba a visualizar el futuro. Algún día consultaría los espléndidos globos terráqueos renacentistas para ubicar el recorrido de las expediciones antiguas o podría examinar hasta el más minúsculo detalle de los bajorrelieves de las galerías y descubrir valiosas informaciones sobre el pasado. No obstante, por el momento debía concentrarme en el presente inmediato.

Pasé por delante del escritorio de Lucio, el bibliotecario más permisivo que había conocido nunca, ya que, en lugar de imponer silencio, mendigaba fragmentos de charla. Y yo siempre estaba dispuesta a concedérsela.

—Buenos días, Ámbar, ¿qué examen tienes hoy? —me preguntó mientras colgaba el cartel con el nuevo horario de otoño.

—¿De verdad soy tan transparente? —repliqué, colocándome el flequillo sobre los ojos con la esperanza de disimular la tensión que probablemente fruncía mi frente como un signo de exclamación.

Lucio soltó una risita, un sonido perfectamente medido de acuerdo con la distancia que nos separaba de la sala de lectura. Se

limitó a decir:

—Solo puedes estar nerviosa por dos motivos: la Universidad o Ismael Sagredo.

Le dirigí una mirada de indignación: ¿cómo se atrevía a mencionar a mi más insoportable rival académico? Decidí hacer oídos sordos a su comentario mordaz.

—Bueno, tengo Arqueología Persa dentro de… —Consulté el reloj que llevaba en la muñeca y tragué saliva—. ¡Cuarenta minutos!

—Tiempo suficiente para saludar a los maestros y luego correr hacia tu enésima victoria.

Sonrió, levantando el puño. Los maestros a los que se refería eran los grandes filósofos del pasado retratados en los frescos del techo y las paredes.

Hice un esfuerzo para asentir y disfrutar de la propuesta. En las horas previas a un examen, me tomaba cualquier perspectiva de éxito como si estuviera condenada a fracasar, a pesar de saber que estaba más que preparada. Así que cambié de tema. Acerqué la mano a la gorra que llevaba puesta y me calé la visera casi hasta la nariz.

—¿Crees que llama demasiado la atención aquí dentro?

Lucio me sonrió.

—Si te hace sentir segura, no te la quites.

—Daré una vuelta rápida. Estaré fuera antes de que lleguen los turistas —prometí.

Las primeras horas de la mañana eran el único momento del día en que la Biblioteca podía tomarse un respiro de la avalancha de visitantes.

—Lo siento, Ámbar, pero ya hay un grupo de estudiantes —me advirtió Lucio, señalando la entrada del pasillo—. Son franceses, así que no deberían… molestarte.

Solté un suspiro de alivio, le di las gracias a Lucio y me despedí. Caminé arrimada a la pared, con la cabeza gacha, mientras observaba al grupo por el rabillo del ojo. A juzgar por el silencio que mantenían y su atención a las explicaciones de la guía, debía de

tratarse de una clase a la que le entusiasmaba el arte. ¡Ojalá todos los visitantes se comportasen así! Sonreí complacida. Sentía veneración por todo lo antiguo y estaba convencida de que la mejor manera de conocer el pasado consistía en avanzar como de puntillas. Y así lo hice. Adelanté a los escolares y me adentré en el corredor, vigilada por la mirada displicente de un amorcillo. En mitad del recorrido, unas palabras me rechinaron en los oídos.

—La fachada de la Biblioteca pertenece al orden toscano…

Era la voz de la guía francesa, la segunda lengua que había estudiado en el instituto.

Sentí un cosquilleo en los labios y me obligué a apretarlos. No debía intervenir. Demostraría el típico comportamiento de una empollona insufrible y cargaría de razón a los que me llamaban así en el instituto. Haría quedar mal a la guía y atraería la atención. Y mi plan, ahora que había regresado a Venecia, era pasar tan desapercibida como las palmeras al fondo de los frescos.

—En realidad, la mitad superior de la fachada es de orden jónico, y el friso es estupendo, ¿no os parece?

Las palabras se me escaparon de la boca antes de que pudiera detenerlas, en un francés aceptable. Para asegurarme de que me entendían, levanté la mano izquierda, al tiempo que señalaba la entrada.

La guía, una mujer de rostro cuadrado en el que destacaban unos labios desmesuradamente grandes, me fulminó con la mirada. Le dirigí un gesto de disculpa, silenciando a la pequeña víbora que vivía en mi conciencia y me susurraba algo así como: «La próxima vez se preparará mejor la materia por la que le pagan». Odiaba mi lado más pérfido, que se mostraba aún más despiadado con mis propios errores, e intenté disimular luciendo una sonrisa amable.

Todos los alumnos tenían los ojos clavados en mí, y la mayoría, por suerte, parecían divertidos por mi intervención. Una chica con el pelo largo y negro sujeto con un pañuelo le soltó un codazo a su compañera y le comentó algo. En cambio, la que imaginaba que era la profesora me dio las gracias.

—*Je vous souhaite une bonne visite. Au revoir* —añadí, deseándoles una buena visita y volviéndome con el propósito de desaparecer.

—Es Ámbar de los Canales —susurró la chica del pañuelo.

Aquello bastó para paralizarme, para rememorar el sonido de aquel sobrenombre repetido hasta la saciedad por voces diferentes ante los micrófonos, divulgado en la apertura de los telediarios y en la portada de los periódicos. Di un paso atrás, pero a mi espalda había una columna. Entonces, la chica empezó a hablar en francés, y yo deseé no haberme aplicado tanto en las clases de comprensión lingüística en el instituto, pues entendí perfectamente lo que decía y el diálogo posterior.

—¿Qué dices, Marión? —le preguntó la profesora.

—Que esa chica es Ámbar de los Canales —repitió la estudiante con más firmeza, señalándome.

—¿Quién es Ámbar de los Canales? —intervino en esta ocasión otra persona.

Las miradas de todos ya no reflejaban diversión, sino curiosidad.

—Será alguien de uno de esos *podcasts* morbosos que se dedica a escuchar Marión —comentó alguien.

—No son morbosos. Son *true crime* de personas que intentan resolver grandes misterios contemporáneos —rebatió Marión, sacándose el teléfono del bolsillo y tecleando unas palabras que yo no alcanzaba a ver. Que no *quería* ver.

—Te equivocas —balbuceé, con la garganta repentinamente seca.

Agarré el colgante que escondía bajo la blusa. Lo apreté hasta que sentí como su forma se imprimía en mi palma. Deseaba salir corriendo de allí, pero mis piernas estaban tan rígidas y frías como la piedra que tenía a mi espalda.

—No, mirad. Lo estaba escuchando justo antes de salir —dijo Marión, enseñando una foto en su teléfono móvil.

En ella se veía a una chica de unos veinte años que se apartaba un mechón de pelo castaño del rostro con la mirada clavada en los canales de Venecia. Llevaba un vestido de color violeta que ondeaba

con la brisa y parecía tan abstraída que el viento podría haberla arrastrado. Me costó reconocerla, pero era yo. Se trataba de la imagen que había circulado por todas partes, tanto por televisión como por las redes sociales. No había transcurrido ni un año; sin embargo, aquella chica y yo éramos dos personas diferentes.

La oscuridad del techo se desplomó sobre mí. Las preguntas curiosas de los demás estudiantes rompieron el silencio. Sus miradas me traspasaban: buscaban la verdad en mis ojos, observaban cómo las falanges de silicona se cerraban de manera convulsa, al igual que el resto de mis dedos.

—Estuvo desaparecida una semana… —explicaba Marión, y esas palabras dibujaban recuerdos, o más bien la ausencia de ellos. La oscuridad, la confusión, mi despertar bajo las estrellas, como si me hubiera dormido apenas unas horas antes. Más tarde, las luces, los uniformes de policía y, por fin, el olor aséptico del hospital, que había ofuscado mis sentidos, como una especie de anestesia— y perdió la memoria…

La voz exaltada de la chica francesa seguía relatando detalles de mi vida, y yo captaba fragmentos, aterrorizada por si descubría algún aspecto que ignoraba. Era consciente de que muchos aficionados al *true crime*, aparte de las autoridades, habían seguido mi caso. La mera idea de que mi vida hubiera sido diseccionada, sometida a examen y difundida por doquier para satisfacer la curiosidad de cientos de desconocidos había sido una de las razones por las que me aislé del mundo después de… lo sucedido. Nunca había encontrado un nombre adecuado para definirlo. Me limitaba a dividir mi vida en dos momentos: antes y después. Tardé meses en recuperar cierta normalidad, pero aún no me sentía capaz de hablar de lo sucedido entremedias. Y mucho menos iba a hacerlo con una estudiante francesa que había espulgado mi existencia como se hace con los lugares de interés de una guía de viajes.

Inspiré el aire seco de la Biblioteca y me aparté de la columna. Oí vagamente que Marión me llamaba con el propósito de sacarme una foto, y a la profesora ordenarle que parase. Recorrí el pasillo a paso

ligero, sin hacer ruido. Tenía que hacer un examen, uno de los pocos que me faltaban para licenciarme. No podía dejarme arrastrar por el pánico. Conocía la senda que llevaba a las profundidades: se hacía a toda velocidad, mientras que remontar era un proceso lentísimo, resbaladizo.

Atravesé a la carrera la plaza de San Marcos y esperé unos minutos a que llegara el *vaporetto*. Venecia empezaba a llenarse de turistas y los recibía a todos en sus canales. Lucía espléndida con su imagen otoñal. Los palacios iluminados se reflejaban en la laguna, y las aguas acariciaban los embarcaderos, haciendo aparecer y desaparecer hileras de góndolas amarradas. Era como si la ciudad se encontrase suspendida sobre un espejo y su existencia perteneciera al ámbito de un sueño. No obstante, allí estaba.

Sujeté con fuerza la cartera mientras me montaba jadeante en el *vaporetto*. Comprobé la hora. Llegaba tarde, no demasiado, pero sí lo suficiente para perderme el momento en el que se pasaba lista. El profesor Alberini era uno de los docentes más transigentes de la Universidad Ca' Foscari de Venecia, puede que en exceso. Algunos alumnos se aprovechaban de ello, pero yo no tenía intención de sumarme a ese comportamiento. No era así como había mantenido mi media alta. No, se debía a otras razones. Al intenso estudio y a la atención durante las clases. Al menos hasta que… No. Me obligué a reprimir los recuerdos evocados por la chica francesa y me llevé una mano al pecho. El colgante sobre mi corazón parecía controlar su latido, así que lo apreté en la mano hasta que se ralentizó. Decidí concentrarme en las gaviotas que flotaban en el Gran Canal porque me recordaban a mi hogar. Había crecido en Génova, donde el mar era más bravo y las gaviotas se peleaban con los aguerridos pescadores por agenciarse el desayuno, hasta el punto de que a menudo se aventuraban en la ciudad y robaban la comida a los turistas. Conservaba en la memoria una escena especial, si bien algo estúpida, aunque siempre conseguía hacerme reír y calmarme: la imagen de una gaviota que hundía el pico en un bote de kétchup y acababa con los labios pintados. Como si hubiera cometido un

asesinato, había comentado alguien. El recuerdo funcionó, y me vi obligada a reprimir una carcajada. Cuando llegué a la parada de Ca' Rezzonico, mis pensamientos más oscuros se habían esfumado. Me cerré el cuello de la gabardina y me apeé en el embarcadero de la Universidad.

En el patio interior del viejo palacio Foscari se congregaban los más extravagantes corrillos de estudiantes que, junto a los parterres, invadían el césped en círculos que apestaban a tabaco. Pasé junto a una pareja que repartía octavillas en el sendero de entrada, atraída por la fila de estudiantes parados junto a un banco. En él, sentada con las piernas cruzadas, una mujer ataviada con unos velos analizaba la palma de la mano de una chica.

«El día que esté tan nerviosa como para necesitar que una bruja me vaticine las respuestas de un examen, habrá llegado el momento de abandonar los estudios», pensé, imaginando que la mujer ofrecía ese servicio.

Ignoré el reclamo de los cascabeles que llevaba en las muñecas y llegué a la primera planta casi a la carrera. Me levanté un poco la visera de la gorra y entré en el Departamento de Antigüedades a las nueve cuarenta. Diez minutos tarde. Fuera del aula, un grupo de estudiantes chismorreaba en voz baja. Una chica con un *piercing* en el labio me miró de arriba abajo y abrió los ojos de par en par al reconocerme.

—Tú eres Valmori, ¿verdad? Acaban de pasar lista, pero el profesor me ordenó que te permitiera entrar en cuanto llegases para registrar tu asistencia.

Típico del profesor Alberini: no dejar a nadie atrás. Gran parte de los docentes me habrían mandado sin pensárselo dos veces a la siguiente convocatoria. Le di las gracias a la chica con un gesto y llamé a la puerta del despacho.

—Adelante —respondió una voz extrañamente joven.

Perpleja, empujé la puerta y eché un vistazo al despacho estrecho y familiar. El escritorio estaba abarrotado de libros y acogía un pequeño y antiguo globo terráqueo con un puñado de banderines

clavados sobre cada uno de los continentes, pero la silla estaba vacía. No obstante, de pie ante una estantería, reconocí al alumno más odioso de mi clase: Ismael Sagredo, en carne, hueso y sonrisa mordaz.

Nuestra rivalidad se remontaba a los primeros meses como universitarios novatos. Éramos los que siempre levantábamos la mano en clase, los que acudíamos a las tutorías de los profesores para pedir bibliografía complementaria y los últimos en abandonar la biblioteca. Pero desde…, después de lo ocurrido, no lo había vuelto a ver.

—Recordaba su metedura de pata con las fechas de las repúblicas francesas, señorita Valmori, pero confiaba en que la hora de un examen le resultase más fácil de memorizar —dijo Ismael, sacando un reloj de cuerda del bolsillo de su pantalón de corte clásico.

Alcé la mirada al cielo. Reservaba toda esa cortesía para los días en que quería mostrarse particularmente irritante.

—Hola, Ismael. Pues yo te recordaba con un aspecto bastante similar al de un hallazgo arqueológico —respondí con suficiencia, señalando sus tirantes, sus zapatos de piel repujada, el par de anillos en los índices y el rojo y dorado en el dedo corazón, y su pelo oscuro, que le caía en dos mechones a ambos lados de su frente olivácea—, pero querer formar parte de la colección privada del profesor Alberini ya me parece exagerado.

Los ojos de Ismael emitieron un alegre destello. Se guardó el reloj y se recostó contra la librería.

—En conclusión, opina que quedaría bien expuesto en un museo.

—Venga, corta el rollo, puedes decir algo mejor que eso. —Puse los ojos en blanco y conseguí que mis labios no mostraran atisbos de hilaridad. Ya era suficiente burla que me tratase con tanta cortesía. No iba a darle ni una satisfacción más—. Llévate el libro que necesites, que seguro que será ilocalizable y tal vez esté escrito en árabe antiguo, y déjame en paz. He tenido una mañana horrible y debo aprobar este examen sea como sea.

—Ya veo —comentó, señalando mi blusa arrugada por culpa de la carrera—. Sin embargo, señorita Valmori, quizás no se haya enterado de que he terminado mis exámenes antes de tiempo y me he graduado con las mejores calificaciones, de manera que el profesor Alberini me ha ofrecido el puesto de asistente. Y como hoy no se encuentra bien, seré yo quien me encargue del examen. Así pues, tomo nota de su asistencia y le ruego que salga y espere su turno junto a sus compañeros. Una última cosa —añadió, apoyándose en la cátedra, con las manos abiertas junto al libro de actas y una sonrisa socarrona—: cuando vuelva a entrar, diríjase a mí llamándome profesor Sagredo.

El examen fue un desastre: el recuerdo de lo estudiado quedó sepultado por las voces de los estudiantes franceses, a lo cual se sumó la desagradable sorpresa de ser examinada por Ismael Sagredo y no por el benévolo profesor Alberini. Hacía meses que no me enfrentaba a ningún contratiempo, meses en los que mi entorno me había construido una vida entre algodones. Aislada, controlada, cautelosamente advertida de cualquier mínimo imprevisto. Mi casa se convirtió en una burbuja que tardé meses en explotar, hasta que, en contra de la opinión de mis padres, decidí regresar a Venecia.

Bosquejé una serie de respuestas imprecisas, pero, por las miradas de Ismael, comprendí que poco podía hacer para remediar la nota.

—Lo siento, Valmori, lo máximo que puedo darle es un notable raspado —dijo por fin, girando los anillos en sus largos dedos.

—Un notable raspado —repetí, clavando la mirada en mi cartera, apoyada en el globo terráqueo. En su interior guardaba todos los libros que había leído y releído para prepararme.

—Es la nota que merecen sus respuestas —me confirmó, desplazando el dedo índice sobre los apuntes que había tomado mientras yo exponía los temas del examen.

No había sacado un notable raspado en mi vida, no aceptaba

nada que no rozase el sobresaliente. Sin embargo, no era aquel el motivo de mi perplejidad.

—No es un examen de notable. Ha sido un asco. Como mucho, me merezco un suficiente, aunque ambos sabemos que esa nota está muy lejos de satisfacerme —dije, recordando las veces que habíamos presenciado nuestros correspondientes exámenes.

Ismael entrelazó las manos sobre el libro de actas. Los alumnos que me habían precedido no tenían calificaciones mucho más altas que las mías, aunque no es que me consolasen los malos resultados de los demás; en todo caso, me motivaban los mejores.

—Valmori, siempre ha sido demasiado exigente consigo misma. Le aseguro que es un examen de notable.

Busqué en el rostro de Ismael un atisbo de sinceridad. Me detuve primero en sus labios y luego en sus ojos, perfilados por lo que podrían ser o bien ojeras o bien lápiz de ojos. Se tratase de lo que se tratase, resaltaba el color terracota de sus iris.

«No te distraigas», me impuse.

—¿Está de acuerdo conmigo? —preguntó Ismael, jugueteando entre los dedos con una espléndida pluma estilográfica roja con un ocho dorado alargado y en relieve. Me resultaba familiar. Quizás lo había visto escribiendo con ella docenas de veces en la biblioteca.

—No. Creo que me trata con condescendencia porque…

Porque había desaparecido, porque en los meses que permanecí recluida en casa de mis padres había cortado todo contacto con los demás y aparcado mi carrera universitaria para recuperarme.

—Valmori, me ofende que piense que permito que los factores externos influyan en mi juicio. Si no me equivoco, así lo establecimos el primer curso. *Sic itur…* —Ismael dejó la frase en el aire.

«*Ad astra*», completé. Mi corazón se aceleraba cada vez que mi mente lograba sacar a flote un recuerdo sin esfuerzo. ¡Había tantos que temía haber perdido! Aunque tal vez ese en concreto habría sido mejor olvidarlo. Era un lema cruel que circulaba entre los alumnos más brillantes. «Así se va a las estrellas». Daba a entender que no había tiempo para volverse a mirar a los compañeros que se

quedaban atrás. La compasión era para los conformistas. Durante un tiempo había recitado aquel lema con orgulloso había asumido. Me lo repetía cada vez que veía desaparecer alumnos del aula y luego me enteraba de que habían abandonado los estudios. O cuando veía como otros salían llorando de un examen. Me lo repetía convenciéndome de que la mejor ayuda que podía ofrecerles era la indiferencia.

—¿Valmori? —Me apremió Ismael, señalando con la punta del dedo el notable que había plasmado en el acta, junto al espacio en blanco que aguardaba por mi firma.

Apreté los labios. Había estudiado durante días. Estaba segura de que mi dominio de la materia era muy superior al que había demostrado. Sabía que me merecía más. De pronto, me levanté y me incliné sobre el registro. Le arrebaté la estilográfica roja de las manos y marqué la casilla que confirmaba el rechazo del notable para a continuación añadir mi firma y la fecha al lado de aquella calificación con la que no quería tener nada que ver.

Cuando alcé la mirada, me percaté de que Ismael estaba peligrosamente cerca. Lo bastante como para permitirme oler su perfume a sándalo y a una fragancia que yo asociaba con el incienso, sin saber lo que era. Ismael debía de tener antepasados orientales de los que había heredado los ojos rasgados y la nariz aguileña, imperfecta, que destacaba sobre una boca severa. Le había oído pronunciar muchas veces palabras en la lengua de sus ancestros, pero la exclamación que soltó aquel día tenía un sonido extraño, similar a un insulto. Entonces se inclinó hacia mí y me rozó la mano para recuperar la estilográfica.

—¿Tiene por costumbre robar a los profesores, Valmori? —preguntó, mientras se recolocaba detrás del escritorio. Me observaba como si estuviera a punto de elegir mi castigo.

Apenas oí la pregunta. Mis dedos habían permanecido abiertos, trazando el surco que habían ocupado los de Ismael, como si no quisieran aceptar su desaparición. Hacía demasiado tiempo que no estrechaba otra mano, pues temía que el contacto me

desestabilizase. En cambio, me había resultado familiar.

—¿Debo interpretar su silencio como una confesión? —insistió Ismael.

Se mostraba muy creíble, como si estuviera acostumbrado a someter a criminales a interrogatorios a diario. O quizás todo se debía a sus ademanes aristocráticos.

—Solo a quienes se lo merecen —respondí con sequedad, cerrando los dedos para ahuyentar la sensación. Había fracasado en el examen, ya no podía sucederme nada peor.

—Entonces tendré que estar atento, porque buena parte de estos objetos son míos —concluyó, haciendo girar el globo.

—No se preocupe, no querría sus baratijas ni regaladas. —Le sostuve la mirada, pues estaba segura de que, si me fijaba en el globo terráqueo, los ojos me brillarían de lo antiguo y valioso que era.

—¿Está segura de haber rellenado todo correctamente? —preguntó Ismael, haciendo caso omiso de mi flagrante mentira para estirarse sobre el escritorio y apartar mi cartera con el fin de acercarme el libro de actas.

Ni siquiera lo miré.

—Puede que me haya confundido con la cultura kebariense y la natufiense, pero estoy segura de que aún soy capaz de escribir correctamente mi nombre y una fecha —sentencié.

—Sin embargo… —empezó Ismael, pero nos interrumpieron unos golpes en la puerta.

La estudiante del *piercing* asomó la cabeza y preguntó si habíamos terminado. Caí en la cuenta de que llevaba casi una hora en el despacho y, despidiéndome a toda prisa del «profesor Sagredo», salí corriendo sin volverme.

Ismael intentó seguirme, pero los alumnos apostados en la puerta del despacho le cerraron el paso, mientras que yo logré escabullirme sin llamar demasiado la atención. Tenía la sensación de haber corrido una maratón y quizás ni siquiera eso justificase cómo me encontraba. Mi mente estaba… cansada, no se me ocurría otra

palabra para definir mi estado, lo cual suponía una derrota para alguien como yo, acostumbrada a considerar mi vocabulario lo bastante rico como para expresarme con más precisión que una niña de primaria. El episodio de aquella mañana había debido de alterarme mucho si ni siquiera la imagen de la gaviota con los labios manchados de kétchup había conseguido tranquilizarme.

Salí al patio y me senté en un banco para revisar el móvil. Solo tenía un mensaje, de Domiziana, mi madrina, con quien vivía desde mi primer año en Venecia. Era profesora de física y odiaba la tecnología, así que no me sorprendió la redacción telegráfica del mensaje: «18:00 h. Estate preparada. Elegante». «¿Ni siquiera una pista? De acuerdo», respondí.

«Elegante» no servía como pista cuando se trataba de Domiziana: era el único estilo con el que aceptaba aparecer en público. El compromiso que acababa de aceptar tanto podía ser una reunión informal como una suntuosa recepción. La única manera de averiguarlo era estar lista a la hora acordada. Para mi anfitriona, la puntualidad era un requisito irrenunciable. Con una pizca de ansiedad, consulté el reloj. Solo eran las once y media. Tenía tiempo de sobra y ningunas ganas de volver a casa. Me iba a acribillar a preguntas sobre mi examen y no estaba preparada para responderlas. Miré a mi alrededor y descubrí que la pitonisa todavía estaba allí. Ponía orden en una caja de piedrecitas, y sus movimientos se veían acompañados por el frufrú de los velos y el tintineo de las pulseras. Se había recogido la larga melena gris y enseñaba sus arrugas y la diadema que relucía en su cabeza.

«Ámbar, no». Me dije que no estaba tan desesperada como para que una adivina me leyera el futuro, a pesar de que siempre me habían fascinado las historias de amigas que habían escuchado predicciones sobre la inicial del nombre de su futura pareja o sobre de qué color ir vestida para destacar en una entrevista. Me disponía a marcharme cuando nuestras miradas se cruzaron.

Me quedé atrapada en el espejo cristalino de sus pupilas y, sin necesidad de palabras, entendí que me estaba llamando. Acepté la

petición, sintiéndome un poco tonta, y me acerqué a su banco.

—No necesito que me leas el futuro —le dije con altiva amabilidad. Declinaría su oferta y me iría a los canales a leer con las gaviotas.

—Está claro que no. Antes de nada, deberías indagar en tu pasado.

Su respuesta hizo saltar en pedazos mi seguridad, así que me dejé caer en el banco. Me pregunté si se trataría de un sueño, pero el viento arremolinaba las primeras hojas amarillas por el patio y el resto de estudiantes charlaban como si tal cosa. El aire olía a otoño y todo era demasiado real.

La vidente me observó con la sonrisa cómplice de quien ha visto muchos ojos abrirse de par en par. Luego, con calma, sacó un mazo de brillantes cartas negras con un marco dorado.

—Te esperaba, ¿sabes? Las cartas me han guiado hasta aquí. Me llamo Zora y sabía que, tarde o temprano, vendrías —comentó mientras barajaba. Su voz sonaba como un hechizo hipnótico.

Inspiró, como rogándole al aire que guiara sus manos, que moviera las cartas como si no fuera el azar quien las mezclase, sino la energía que se estaba creando entre nosotras.

—Escoge una —me dijo.

Vacilé, por miedo a descubrir un destino todavía más negro. Siempre había dudado si creer o no en el poder de la clarividencia. Desde luego, sabía que podía afectar a la mente de forma negativa. O, por supuesto, también en sentido positivo. Me aferré a esa esperanza y pasé los dedos por encima de la baraja. Las cartas palpitaban con mi contacto, parecían escabullirse, apartarse, como si no quisieran ser elegidas. Estaba a punto de rendirme cuando los dedos se me cerraron y eligieron una.

—Dale la vuelta —me indicó Zora.

Obedecí y descubrí un trozo de cielo. La carta atrapaba la esencia nocturna, el azul perfecto de una noche sin luna, en cuyo centro resplandecía una inmensa estrella de puntas afiladas.

—La carta de las estrellas —comentó, mirándome hasta

conseguir que me asomase de nuevo a la profundidad de sus ojos—. El comienzo de una nueva era solo espera tu paso. No tengas miedo del fuego, solo consume a los que temen arder.

Retrocedí y traté de devolverle la carta, pero Zora negó con la cabeza y se limitó a decir:

—Es tuya, al igual que mis palabras.

Tomé aire. No debía dejarme sugestionar; además, la predicción podía referirse a cualquier aspecto de mi vida.

Los ojos de Zora tenían una profundidad inquietante. Parecían estar allí y a la vez muy lejos.

—Gracias. ¿Cuánto…? —murmuré, tanteando la cartera para sacar el monedero.

—Con tu nombre me basta —me interrumpió, intuyendo mis pensamientos.

Abrí la boca, pero de ella no salió sonido alguno. Volví a intentarlo, confusa, repitiendo el sencillo parlamento que llevaba recitando desde hacía más de veinte años cuando tenía que presentarme. Pero mi nombre no salía. Ya no lo recordaba.

Palidecí. La niebla ocupaba el lugar de mis pensamientos. Densa e inmóvil, tan persistente que no me permitía distinguir nada.

Sabía que tenía un nombre y un apellido. Los había pronunciado cientos de veces y escrito otras tantas. Conocía su sonido. Empezaba aspirando aire y luego estallaba en mis labios, haciéndome cosquillas en el paladar con la lengua. El apellido salía más despacio, tenía el ritmo de una ola que serpenteaba con elegancia. Pero las letras se arremolinaban y se me escapaban. Conocía esa sensación. La había experimentado al despertarme después… *después*.

Me asusté al descubrir confusión en los ojos de Zora y, balbuceando una disculpa, eché a correr. Sabía ser rápida si quería; en aquel momento, deseaba encerrarme en el baño, sentir el frío de los azulejos y tranquilizarme hasta que todo se aclarase. Guardé la carta en la cartera y volví a entrar en la universidad para cruzar el pasillo a la velocidad del rayo, ignorando las miradas de los demás estudiantes. Tenía que encontrar un lugar protegido. Sin embargo,

un par de manos detuvieron mi carrera, haciéndome girar para frenar mi impulso. Unos dedos largos y cálidos y un aroma a sándalo que resultaba inconfundible. Su voz sonaba áspera y dulce al mismo tiempo.

—Te he encontrado —dijo Ismael Sagredo.

Ismael parecía molesto mientras se metía algo en el bolsillo de la camisa. Tan molesto que se volvió hacia mí sin miramientos. También él debía de haber corrido, probablemente por las escaleras que daban al pasillo. Por eso no lo había visto llegar.

Se aclaró la garganta y recuperó su gesto impecable.

—Has escrito mal la fecha, Valmori —dijo, sin darme tiempo a reponerme. De debajo del brazo extrajo el acta de asistencia al examen y señaló la línea.

Leí las letras de mi notable rechazado y… Ámbar Valmori. El sonido de mi nombre copó mi mente. La forma en que mi madre lo pronunciaba, cuando me repetía que yo era su piedra preciosa. El tarareo despreocupado de mi padre, que siempre encontraba una nueva melodía que silbar. Cómo me había ruborizado al oírselo pronunciar a mi primer novio y lo tensa que me había puesto cuando lo había gritado mi profesor de violín de la escuela primaria.

—¿Te encuentras bien, Valmori? —Ismael me entregó un bolígrafo. No su maravillosa pluma estilográfica, que descansaba en el bolsillo de su camisa. Era un simple bolígrafo negro, una invitación a cubrir el acta.

—Claro, ¿por qué no me iba a encontrar bien? —No tenía intención de mostrarme más alterada de lo necesario.

—Pareces agotada —comentó Ismael, con un encogimiento de hombros que pretendía poner fin a la conversación. Mientras corrigiera la fecha, imaginé.

—Sé que no te lo vas a creer, pero esta noche tengo un compromiso. No a todos nos entusiasma la idea de quedarnos en la universidad hasta altas horas de la noche.

Provocarlo me hacía sentir bien. Me traía recuerdos de una época en que mi única preocupación era sacar una nota más alta que la

suya.

—¿De verdad, Valmori? ¿Eres tú la que se atreve a bromear sobre tener vida social? —Enarcó una ceja, evocando con una mirada las tardes pasadas en la biblioteca vigilándonos mutuamente, luchando contra el sueño para no ser el primero en cerrar los libros.

Agité la mano armada con el bolígrafo y lo aproximé a la fecha, ignorando su réplica. La leí y la releí, pero estaba correcta.

—¿Qué pasa? —pregunté, convencida de haber escrito el día correcto.

—Has escrito el año con dos cifras en lugar de con cuatro —respondió Ismael.

—¿En serio?

Era una pregunta retórica. Modifiqué la fecha añadiendo los dos números que faltaban en una caligrafía minúscula, para que cupieran entre las cifras ya escritas. Si Ismael quería dárselas de perfeccionista, le seguiría el juego sin quedarme atrás. Solo tenía que volver a ser un poco más como… *antes*.

—¿Seguro que te encuentras bien, Valmori? —Ismael recuperó con delicadeza el acta y el bolígrafo.

Me miraba con una solicitud distinta a la que hasta entonces me había dispensado. Sus ojos estaban atentos, alerta, preparados para captar no sé qué señal. No solo me observaba, me analizaba, y yo más que nadie sabía que Ismael Sagredo era un observador puntilloso.

Retrocedí un paso. Tenía que mostrarme hermética. No podía permitir que descubriera mis inseguridades, el miedo que me había rodeado hasta hacía unos minutos. Eran mis problemas y los resolvería yo sola.

—Como bien has dicho antes, siempre he tenido dificultades con las fechas.

Y si no me daba prisa, también empezaría a tener problemas con los horarios. El tiempo avanzaba y había prometido estar elegante aquella noche.

—Es un placer saber que escuchas cada una de mis palabras,

Valmori. —Se pasó una mano por el pelo extrañamente despeinado.

«¿De verdad ha corrido para encontrarme? ¿Para que modifique una estúpida fecha?», me pregunté, incrédula.

Quizás sí. Ahuyenté la idea y me contuve para no contestarle que si recordaba todo lo que decía era solo porque su voz sonaba demasiado irritante para poder ignorarla. Aun así, quería superar su examen. Me despedí con una inclinación de cabeza, que él me devolvió con elegancia formal.

El peso por el fracaso en el examen había desaparecido, eliminado por el alivio de haber recuperado mi nombre.

«Ámbar. Ámbar. Ámbar. Ámbar. Ámbar. Ámbar. Ámbar. Ámbar. Ámbar. Ámbar. Ámbar. Ámbar».

Me prometí que jamás volvería a olvidarlo. Para ello, tendría que aprender a controlar mis reacciones ante los encuentros con personas como Marión.

Ya no estaba a salvo, como en mi casa de Génova. Había regresado a la ciudad donde sucedió todo, lo cual significaba que tenía que estar preparada para cualquier percance. Para escuchar cómo me llamaban «Ámbar de los Canales». Para encontrar fotografías mías en manos de desconocidos. Para preguntas cuya respuesta ignoraba. Resultaba incómodo, era consciente de ello. Igual que sabía que en la vida era una ingenuidad prepararse únicamente para lo que se cree merecer. Era justo ahora cuando el destino jugaba sucio, y yo, por lo que decían las cartas, debía estar atenta si no quería arder en llamas.

CAPÍTULO 2



La casa de Domiziana acariciaba el cielo. Un ático luminoso con vistas al apacible canal dei Mendicanti. En su interior, reinaba la paz. Domiziana no estaba casada ni tenía hijos y la casa gozaba de su toque personal. Los muebles de madera blanca y antigua desprendían un aroma a cera, y en todas partes imperaba un orden escrupuloso. Las alfombras de cáñamo amortiguaban las pisadas, y las sedosas cortinas contenían la brisa que soplaba desde la laguna. En las paredes colgaban grabados orientales y pergaminos con los innumerables diplomas de Domiziana, más conocida como la profesora Falier, titular de la cátedra de Física en la Universidad Ca' Foscari. Las agujas de un pequeño reloj astronómico se movían en silencio entre los astros y las trayectorias celestes ilustradas en la esfera. El amplio salón emanaba siempre un perfume de flores frescas, en esa estación del año, prunellas y cosmos recogidas del estrecho jardín del pequeño patio interior.

Desde la puerta de su estudio llegaban las notas de *Lodoletta* de Pietro Mascagni. Supuse que Domiziana estaría trabajando. Siempre escuchaba ópera cuando quería estar sola. Me quité los zapatos para sustituirlos por un par de zapatillas y me dispuse a subir a mi cuarto.

—Ámbar.

Me sobresalté.

Domiziana se ocultaba tras la cortina semitransparente del balcón. Mi madrina gozaba de los cálidos rayos del sol de septiembre. El fino cigarrillo que sostenía entre los dedos perdió una pizca de ceniza al saludarme. Se había recogido el pelo negro en un moño salpicado de diamantes minúsculos. Debía de tratarse de una velada importante.

—Me ha ido mal en el examen. He rechazado un notable —le solté, anticipándome a su primera pregunta.

—¡Qué lástima!

Abrió un poco la cortina para mirarme a los ojos, y yo bajé la mirada. Irradiaba una solemnidad que difuminaba los años de su rostro. Nunca la había visto vestida con una prenda que no pareciera hecha a su medida. Ropa vaporosa, de un estilo intemporal, igual que ella. Debía de tener más o menos la edad de mi madre, algo más de cincuenta años. Sin embargo, parecía que el tiempo se hubiera olvidado de ajar sus párpados y curvar su cuerpo. Nunca había conseguido imaginármela joven, a lo que contribuía el hecho de que en la casa no había fotografías suyas.

—Volveré a intentarlo en la próxima convocatoria.

Tragué saliva. No estaba acostumbrada a una frase de ese tipo. Sonaba como un juicio sobre mí más que sobre mi examen. Valgo un notable bajo. Necesito una segunda oportunidad para obtener un sobresaliente. Domiziana, por el contrario, aparentaba ser de esas personas que lo conseguían todo a la primera. Puede que fuera así, en vista de sus reconocimientos académicos y el hecho de que sus tratados de astrofísica se estudiasen en muchísimas universidades.

—Claro que sí. Ahora ve a cambiarte.

La compasión es un puñal que se clava hasta el fondo. Hubiera preferido que se enfadase. Sonreí y subí a mi cuarto de puntillas.

Mi dormitorio se asemejaba a un trastero, encajonado entre un techo de vigas y ladrillos y un suelo de parqué bastante descolorido por el sol. La luz era mi única compañera. Un ventanal ocupaba toda

la pared y se abría a una reducida terraza. Quedaba el espacio justo para la cama, un escritorio y un armario. Había filas y filas de libros en cada superficie libre, e ilustraciones *vintage* cubrían las paredes. Las había pegado para reemplazar las marcas dejadas por fotografías y recuerdos de… antes.

Me desvestí a toda prisa ante el espejo del armario y durante unos instantes me quedé solo con una ligera camiseta blanca. Llevé la mano a la visera de la gorra, pero sin quitármela. Entonces, me acaricié las caderas y las curvas solo insinuadas, bajo las cuales se ocultaban unos músculos delgados pero firmes. Una herencia de los meses que había pasado refugiada en Génova. Me detuve en el ombligo. También los primeros días después… después de despertarme me había pasado horas desnuda frente al espejo. El diagnóstico de los médicos que me habían examinado fue contundente: no me había ocurrido nada malo mientras estuve desaparecida. Todo seguía igual, todo menos el meñique izquierdo. Abrí y cerré la mano, sintiendo el roce de la prótesis en la palma. De vez en cuando notaba un vacío, un espacio que nunca volvería a llenarse, y me preguntaba si, de algún modo, el colgante que había recibido compensaría su ausencia. Tiré del hilo de cuero y lo saqué de debajo de la camiseta. El óvalo de vidrio atrapó la luz de la habitación, haciéndola bailar a mi alrededor. El borde de latón estaba tibio, como si hubiera absorbido el calor de mi piel. Apretarlo entre las manos me producía cierta perplejidad. A veces tenía la impresión de que pesaba mucho más de lo debido para tratarse de un objeto tan pequeño. Al mismo tiempo, la idea de prescindir de él me daba vértigo. Desde el momento en que me desperté en el hospital, nunca me lo había quitado. Desconocía el nombre de la piedra, no se lo había preguntado a nadie. Había mantenido en secreto la existencia del colgante todo ese tiempo. La policía dio por sentado que la joya era mía, como el resto de lo que llevaba encima cuando me encontraron, así que nadie me interrogó al respecto. Le di vueltas entre los dedos. En realidad, cabía la posibilidad de que, en efecto, fuera mío y hubiera olvidado que lo tenía, al igual que había

perdido la memoria de los días pasados.

El pequeño reloj astronómico dio las tres. Tenía que arreglarme. La fiesta que me esperaba era de esas en las que todo el mundo ponía un gran empeño para deslumbrar, y probablemente lo único que conseguiría si no respetaba esa norma sería llamar la atención. Con un suspiro, me desprendí de la gorra y me probé el vestido que me iba a poner después del baño. Me recogí el pelo en una media coleta sujeta con dos horquillas plateadas y me coloqué el gris vivo de las perlas sobre el traje escotado que dejaba a la vista mis clavículas y el colgante.

Llegamos a la fiesta a bordo de la góndola de Domiziana, una espléndida embarcación azul que se deslizaba sobre la noche estrellada y se reflejaba en los canales. Se llamaba Galaxias y la gobernaba Alberto, el mayordomo de la casa. Suponía que Domiziana lo había elegido por su discreción. En tres años de convivencia, jamás había pronunciado una palabra más de las necesarias ni fallado en su afán de tener las comidas a punto y la casa impecable. Era un guardián silencioso, un hombre de unos cuarenta años cuya calvicie subrayaba su casi total ausencia de expresividad. Enfado, hilaridad, tristeza…, su rostro no traslucía ninguna emoción. Nos condujo, sin mediar palabra, hasta la escalera de entrada del palacio Vianoli. Las antorchas iluminaban la fachada centenaria, y telas trenzadas decoraban los antepechos de las ventanas. Tras los cristales opacos intuí las siluetas de los asistentes moviéndose por las estancias.

Nos recibió un portero vestido con librea que nos ayudó a subir al pequeño muelle privado. Un *flash* nos cegó desde el otro lado del canal. Un turista nos fotografiaba, y sabía por qué. Domiziana atraía todas las miradas: parecía que la noche hubiera descendido sobre ella, que la hubiera vestido con un manto que le cubría la espalda y los hombros, donde asomaban fragmentos de piel. Unos pendientes de diamantes le iluminaban las orejas, y un camafeo de cerámica

con su perfil adornaba su pecho. De sus joyas, era la que más me gustaba, si bien no podría precisar por qué.

—*Magistra* Falier, siempre tan encantadora.

La voz empalagosa de un hombre nos dio la bienvenida en el vestíbulo. Se trataba de Enrico Vianoli, que recibía a sus invitados a la luz de un candelabro. Le encantaba pavonearse y adoraba a Domiziana, a la que tomó del brazo y guio escaleras arriba, ignorándome por completo.

«Fantástico», pensé. Había logrado el perfecto equilibrio entre la elegancia y la invisibilidad. Seguí sus pasos en silencio.

Todos los palacios antiguos de Venecia tienen una distribución similar. La planta baja concentra las habitaciones de servicio, mientras que, en el primer piso, se recibe a los invitados en una sala grande, si bien el adjetivo «grande» no definía con exactitud aquel salón de recepción.

Enrico Vianoli había transformado el espacio en una auténtica galería, desprovista de cualquier elemento que no fuera una obra de arte: cuadros, estatuas y otras piezas que, de no haber tenido una cartela al lado, difícilmente habría considerado creaciones expuestas. A mí me entusiasmaban los capiteles y los jarrones desconchados. Rara vez me llamaban la atención las piezas de arte contemporáneo, pese a reconocer la genialidad de muchas de ellas.

Al fondo, un cuarteto de cuerda tocaba una música que a duras penas lograba imponerse al runrún de las conversaciones. Acompañé a Domiziana. Sus firmes pisadas traducían el interés que sentía por las óperas: apresuradas si la obra no le interesaba; largas y demoradas si despertaba su atención. A nuestro alrededor pululaban invitados que parecían sacados de las fotos de boda de una pareja real, de lo sofisticados que eran. Solo conseguí cruzar unas palabras con un camarero, que me dedicó una amable sonrisa y me permitió atrapar un par de gambas.

La distracción hizo que perdiera de vista a Domiziana, de manera que me encontré frente a un palo colgado del techo: una rama enredada en un corazón de barro seco. Fruncí el ceño y me comí la

primera gamba con cierta expresión de asco.

—Espero que la causa de ese gesto de desagrado sea el sabor de la salsa rosa y no mi trabajo.

Una voz acaramelada me obligó a darme la vuelta, y poco faltó para que se me cayera el platillo al suelo. El chico que había hablado tenía el pelo oscuro, la tez ambarina y una nariz casi aguileña que conocía bien. Eran los rasgos de Ismael.

Lo miré boquiabierta unos segundos, porque el desconocido rompió a reír y profirió una carcajada melodiosa. Así y todo, si bien sonreía y hablaba con notas altas y alegres, Ismael emitía frecuencias más profundas.

—Déjame adivinar: eres amiga de mi hermano —dijo frotándose el *piercing* dorado que llevaba entre las fosas nasales.

—Yo lo definiría más bien como una amistad no deseada —confesé, buscando la visera de la gorra con un gesto que se perdió en el vacío.

Los ojos del chico chispearon.

—Eres Ámbar Valmori —canturreó con aire satisfecho.

Me mordí el labio y oculté la prótesis en la palma de la mano. Tenía que mantener la calma.

—Supongo que lo has leído en los periódicos.

—¿Yo? No suelo intoxicarme la mente con tragedias y dramas cotidianos, solo interrumpen mi actividad artística. —Señaló la rama colgada sobre nuestras cabezas—. Ismael me ha hablado en alguna ocasión de su molesta rival y de sus horquillas estrafalarias. Lo he adivinado.

—¿Recuerdas un detalle así?

Me parecía una historia inverosímil, y él, un tipo sibilino. Cuanto más lo observaba, más diferencias percibía con respecto a Ismael. Era una versión con rasgos más suaves y un físico más desgarbado.

—Me habló de ello la única vez que lo he visto borracho, querida, algo que podré usar en su contra el resto de mi vida. Por eso me acuerdo. —Sus ojos lucían triunfantes.

La idea de Ismael borracho era tan absurda como la de

Domiziana en chándal, así que reprimí la tentación de seguir preguntando. Me limité a decir:

—No sabía que tuviera un hermano.

—Soy Nazar Sagredo, encantado de conocerte. Ismael no suele mencionarme… Supongo que le da vergüenza ser el hermano feo.

Hizo una elegante reverencia para besarme la mano y volvió a reírse. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que nunca había visto a Ismael comportarse así. Su ironía se disfrazaba con resoplidos desdeñosos o sonrisas ladeadas.

—En cualquier caso, mi gesto de asco se debía a las gambas. Tu trabajo es… interesante —cambié de tema, señalando la rama sobre nuestras cabezas.

—Mientes fatal, Ámbar —dijo, como si se divirtiera.

—Bueno, si todo el mundo comprendiera el arte, dejaría de serlo.

La voz aterciopelada nos sorprendió por la espalda, acompañada del decidido repiqueteo de la madera sobre el suelo de mármol. Un hombre que me resultaba vagamente familiar se nos acercó. La empuñadura de su bastón parecía albergar las llaves de la ciudad en una cabeza de león. De no haber conocido a Enrico Vianoli, habría pensado que se trataba del dueño de la casa. Se movió bajo la rama con elegancia imperiosa y examinó la obra. Yo, en cambio, lo observaba a él, impresionada, y convencida de que lo había conocido en alguno de los eventos de Domiziana. Su pelo azabache se veía encanecido en las sienes, como en un intento de moderar sus magnéticos ojos negros, que clavó en mí.

—¿No opina lo mismo, señorita Valmori? —comentó, rompiendo nuestro silencio.

Me puse tensa. Solía intimidarme la apabullante presencia de ciertas personas, y aquella noche no fui capaz de expresar mi opinión, así que tan solo esbocé una vaga sonrisa. Me dio la sensación de que Nazar se disgustaba, o más bien de que se sentía decepcionado.

—Bartolomeo Gritti, para servirla —se presentó, inclinando la cabeza.

—Es usted un conocido de Domiziana.

Poco a poco recuperaba los recuerdos, pero supuse que no tenía nada que ver con mi falta de memoria, sino que era una lejana evocación.

—Un admirador —me corrigió con una sonrisa, ajustándose el pañuelo en el bolsillo del pecho de su espléndido traje azul oscuro.

Desde luego, no parecía el tipo de hombre al que le costase seducir. Prueba de ello era la alianza que llevaba junto a un imponente anillo de oro blanco con una cruz cuadrada grabada y el hecho de que muchos de los presentes, al pasar, lo miraban con admiración obsequiosa. Pero, evidentemente, hacía falta algo más para impresionar a Domiziana.

Al cabo de unos instantes, Bartolomeo estaba rodeado de un grupito de invitados, y Nazar aprovechó, tras guiñarme un ojo, para enseñarles su obra. Me despedí deseándole que encontrara un público más fácil de lo que lo había sido yo.

Caminé a lo largo de una pared, contemplando los objetos expuestos y, concentrada, sobre todo, en el canal que asomaba por momentos por los ventanales tintados.

Los cristales protegían el interior, y del exterior solo se percibían el balanceo del agua contra el embarcadero y el resplandor de los faroles colgados de las góndolas. Entre la estela de colores difusos, me sorprendió un destello de cielo. Uno de las huecos se correspondía con una puerta acristalada que se abría hacia una pequeña terraza apenas iluminada. Se entreveía un balcón y un pequeño claustro que la cubría. Salí y dejé que la brisa me acariciara.

—Un error por tu parte adentrarte en la noche. —Descubrí dos ojos negros que me miraban fijamente en la oscuridad—. Aquí no hay pasteles ni champán.

Había una chica acurrucada detrás de la columna del claustro. Llevaba una camisa de camarera arremangada hasta los codos y se había desabrochado los botones de debajo del cuello para aflojarse la pajarita. Se estiraba como si nada, aunque era evidente que no le

correspondía estar en la terraza en ese instante.

—¿Qué pasa? ¿Te ha comido la lengua una gamba? —Dio un paso adelante, se separó de la columna y agitó su larga cola de pelo negro.

—No, solo estoy sorprendida porque… —Porque era guapísima, una confesión demasiado incómoda con la que presentarse a una desconocida, así que respondí—: ¿De verdad te parezco el tipo de chica al que le gustan los pasteles y el champán?

La camarera me escrutó desde la punta de los tacones hasta las pequeñas horquillas que destacaban en mi pelo.

—La verdad, vestida así, das el pego. ¿No es eso lo que deseas comunicar al mundo?

No. No quería comunicar nada. Deseaba vestirme de silencio y de discreción. Una niña rica como tantas otras de los viejos palacios de Venecia. Y, en efecto, tal vez «pasteles y champán» era la definición perfecta. Miré a la camarera. No pertenecía a aquel mundo pretencioso; al menos se merecía una pizca de mi verdad.

—Más bien esperaba parecer una chica a la que le gusta el *pandolce* —revelé, apoyándome en la pared, entre dos columnas de enredaderas.

La desconocida arrugó el rostro en forma de corazón, entornando unos ojos con ese aire oriental que envidiaba de algunos de mis compañeros de universidad. Junto al izquierdo, llevaba una diminuta piedra verde en forma de corazón.

No estaba segura, pero podían ser rasgos típicos del Lejano Oriente. Su acento, sin embargo, me resultaba indescifrable.

—¿El *pandolce*? No sé qué es —confesó, mientras apoyaba los codos en la baranda, relajada, sin preocuparse de que pudieran pillarla charlando. Saltaba a la vista que yo no tenía pinta de chivata.

—Es un dulce genovés. Lo comemos en Navidad y en ocasiones especiales, no es adecuado para fiestas como esta. Es blando y lleva pasas…

La camarera puso cara de desprecio.

—Las pasas deberían ser el castigo para los que no se merecen

tomar chocolate.

—¡Lo siento, pero estoy dispuesta a defender las pasas hasta la muerte! —exclamé, con una seriedad tan fuera de lugar que resultaba cómica.

—Cualquier cosa antes que volver a la fiesta, ¿eh?

Su sonrisa me desconcertó, y también la velocidad con la que descubrió el tema del que no me apetecía hablar. Y no iba a hacerlo.

—No te haces una idea de cuánto me importan las pasas.

—Pues no. Ni siquiera entiendo qué haces aquí fuera, cuando dentro hay bandejas llenas de comida superfina.

La camarera ladeó la cabeza para echar un vistazo a la sala a mis espaldas. El volumen de la música se incrementaba con lentitud, y algunos invitados ensayaban unos pasos de baile.

—He tenido un día difícil —suspiré, perpleja ante mis propias palabras. Sentía la necesidad de empujarlas hasta mi garganta, desde dondequiera que hubieran estado confinadas durante las últimas horas. O los últimos meses.

—¿Quieres que robe una botella de vino tinto de las cocinas? —Se bajó del balcón y se acercó a mí.

Negué con la cabeza. Debía de parecer muy desesperada.

—No me gusta mucho el tinto, pero sí aceptaría un blanco dulce. Siempre que tu jefe no te descubra.

—Si robara esa botella, Chantal me lo agradecería. Menos cajas que ordenar después. Chantal es mi jefa —aclaró, asomándose hacia el interior de la sala. Además de la algarabía de la gente, la música sonaba cada vez más fuerte—. Pasas y vino blanco. Normal que tu vida sea trágica, Pastelito.

—Ámbar —le revelé.

Me estremecí al pronunciar mi nombre, reviviendo aquellos instantes en que lo había olvidado. Ahora tenía ganas de repetirlo en voz alta, una y otra vez. Una sensación insólita en mí.

—Lisa —se presentó ella, inclinándose hacia delante para tenderme la mano.

La cogí y se la estreché el tiempo suficiente para darme cuenta

de lo pequeña y suave que era. Justo cuando pensaba que Lisa se iba a soltar, entrelazó sus dedos con los míos y los levantó, cruzando los brazos para que nos acercásemos más. La miré desconcertada, y sus ojos brillaron a modo de respuesta, iluminados por la piedra verde incrustada a un lado que capturaba la luz como un lunar luminoso.

—¿Sabes lo que necesitas después de un día difícil? Un baile.

No me dio tiempo a discrepar. Me arrastró lejos de la luz, hacia el fondo de la terraza, donde las únicas espectadoras de nuestro baile eran las estrellas y las hortensias de las macetas.

Mis primeros pasos fueron torpes, como si tuviera los tacones pegados al suelo y las rodillas atadas.

Lisa, por el contrario, parecía haber nacido para bailar. Estaba dotada de la gracia de las cosas arrastradas por el viento. Sus pies se deslizaban sin rozar las losas de piedra, sus codos rodeaban los míos, haciéndome dar vueltas a su alrededor. Bailaba como si no tuviera nada que ocultar, como si aquella música hubiera sido escrita para ella.

Muy despacio, empezó a enredarme, a meterme en su manera de fluir, como si me estuviera revelando cómo comprender la melodía. Sin palabras, por supuesto. No eran necesarias. Poco a poco, empecé a sentir los pies más ligeros, mientras los brazos encontraban su camino en el aire fresco, cerca de mis caderas.

La música se elevó en un *crescendo* que nos llevó a girar una en torno a la otra, y al final Lisa guio mi espalda para que se doblara hasta que solo vi las estrellas sobre nosotras. Un escalofrío me recorrió el cuello. No sabría decir si se debía a la sensación de liberación o al tacto de los dedos de Lisa. Decidí que no me importaba. Era una sensación agradable.

Cuando me incorporé, mi cuerpo estaba tibio, en equilibrio. Me había liberado de un peso, al menos por aquella noche.

La música había cesado. Desde el interior de la galería, llegaba la voz amplificada por el micrófono de Enrico Vianoli. Anunciaba el comienzo de la subasta.

—Me temo que tengo que entrar.

Me solté de sus dedos con timidez y recuperé el equilibrio con facilidad.

—Pues yo no —bromeó Lisa, metiéndose las manos en los bolsillos para retroceder un paso. Sonreía con naturalidad. Para ella debía ser lo más normal del mundo bailar con una desconocida en la terraza de un palacio veneciano.

Le hice un gesto con la mano a modo de despedida y me marché. La luz me aturdió unos instantes. Cuando enfoqué la sala, vi que la mayor parte de los invitados se habían concentrado al pie del estrado. Susurraban entre ellos y sostenían las paletas para la puja. Donde antes habían tocado las cuerdas, ahora Enrico ensalzaba las características de lo que me pareció un jarrón. O un sombrero colocado boca abajo. No tenía ni idea.

Me acerqué a Domiziana, quien, de brazos cruzados, miraba nerviosa hacia el extremo contrario de la estancia. No me recibió con demasiada amabilidad.

—¡Ya era hora! ¿Dónde te habías metido?

—Estaba tomando el aire.

Era una verdad a medias; en todo caso, Domiziana estaba muy ocupada mirando con resentimiento a Bartolomeo Gritti como para percatarse. Ambos agarraban la paleta como si se tratara de la empuñadura de mu espada y parecían a punto de desenvainar y apuntarse a la garganta.

Las obras de arte se vendían una tras otra por cuantiosas sumas, más de lo que yo hubiera creído posible.

Los amigos de Domiziana vivían en otro mundo. Residían en palacios antiguos en los que los frescos o los suelos mostraban destellos de historia y donde yo tenía la sensación de retroceder en el tiempo, el único motivo por el que acompañaba a Domiziana.

Ignoraba por qué deseaba que la acompañara. Al principio, imaginaba que era por simple cortesía. Era amiga de mi madre, e integrarme era una cuestión de educación, pero con el paso de los meses me fui dando cuenta de que sin mí se sentiría sola.

Paseé la mirada por la concurrencia. Una mujer acariciaba el hombro de Nazar Sagredo. Llevaba un elegante velo dorado, cuyos extremos se confundían con los pliegues de su vestido. Con cada movimiento de la mujer, parecían absorber la luz. Cuando giró la cabeza para saludar a otra invitada, reconocí en su perfil la nariz de Ismael; el mismo inflexible ceño fruncido.

En el extremo contrario de la sala, se veía a Bartolomeo Gritti, flanqueado por dos chicas y un chico que se le parecían muchísimo. A escasa distancia había un hombre tan flaco como un hilo de humo, bajo y esmirriado, que miraba alrededor embutido en su abrigo, atisbando desde su rostro afilado todos los rincones de la estancia. Hasta que me encontró. Me estremecí y me pregunté por qué no habría dejado el abrigo en la entrada. El resto de los invitados se agrupaban en corrillos, pues, según había aprendido a lo largo de los meses, eran familia. Domiziana, por el contrario, estaba sola. Observé cómo levantaba su paleta. La obra por la que se pujaba había cambiado; se trataba de la rama de Nazar Sagredo.

—*Magistra* Falier ofrece veinte —anunció Vianoli.

Así era como solían llamar a Domiziana sus conocidos. La mayoría eran profesores universitarios, eruditos o directores de museos y galerías. Suponía que se trataba de una de sus numerosas excentricidades.

En torno a nosotras se levantaron muchas más paletas, y Enrico empezó a subir la puja, mientras, entre oferta y oferta, ensalzaba las cualidades de la obra, revelando incluso su título: *Depredadores*. Ni siquiera me pregunté qué significaba, sino que apreté los labios. La cifra seguía incrementándose. Sabía que buena parte de la recaudación de la subasta se destinaría a obras benéficas, pero mi corazón, que se aceleraba ante la arcilla y las piedras antiguas, se planteaba cuántas cosas se podrían hacer si se destinase esa cantidad de dinero a excavaciones antiguas. Significaría asegurar varios meses de trabajo. Saldrían a la luz tesoros enterrados y podrían exponerse objetos arrinconados en almacenes. Un susurro ahogado me distrajo.

Toda la sala había contenido la respiración cuando Bartolomeo Gritti levantó su paleta.

—*Magister* Gritti ofrece ciento cuarenta —gritó Enrico, y los presentes se estremecieron.

Ninguna otra paleta respondió. Todos miraban a Bartolomeo y, a su vez, sus hijos observaban a los asistentes, como desafiándolos a subir la oferta.

Domiziana alzó la paleta. Un murmullo se extendió por la sala. Los invitados intercambiaban comentarios tapándose la boca con la mano y no perdían detalle del desarrollo de la escena.

—¡Vamos, *magistra* Falier, esa obra no pega nada con su despacho! —exclamó Bartolomeo en tono sereno y ocurrente.

Acto seguido, subió la oferta. Me pregunté cuándo habría visitado la casa de mi madrina, que, por lo general, era de acceso restringido.

—¿Así que trata de arrebatármela por amabilidad? —replicó Domiziana, imperturbable a pesar de las miradas de la sala.

—Ya sabe que yo todo lo hago por amabilidad.

Me sobrecogió la sonrisa de Bartolomeo, y a Domiziana, también. Gritti parecía encantado con la disputa. Siempre me había imaginado a los pujadores de las subastas como individuos nerviosos, sudorosos o al borde de un ataque de nervios. *Magister* Gritti levantaba su paleta y ofrecía ingentes cantidades de dinero sin pestañear, mientras que Domiziana empezaba a ceder.

La veía titubear y, al mismo tiempo, habría jurado que estaba dispuesta a arrojarle la paleta a la cara a su adversario. En lugar de ello, consiguió soltar una carcajada que diluyó en parte la tensión de la estancia, en especial cuando tanto Bartolomeo como Enrico se sumaron a ella.

—Ha sido divertido jugar con usted, magister Gritti. *Depredadores* es una obra perfecta para su familia —Domiziana soltó la frase con sequedad antes de inclinar la cabeza—. Buenas noches a todos.

Me hizo un gesto para que la siguiera y abandonamos la sala. La

góndola Galaxias nos esperaba. Alberto nos ayudó a subir a la embarcación y nos acomodó a una enfrente de la otra. Imaginé que Domiziana no tenía ganas de hablar de lo sucedido.

Por lo general, cuando volvía de este tipo de fiestas, soltaba un monólogo para comentar cómo había ido, los trajes de la gente y las novedades artísticas y científicas que despertarían el interés en la ciudad en las semanas sucesivas. Aquella noche, sin embargo, me preparé para un viaje de regreso silencioso y monótono, acompasado por el sonido del agua contra el costado de la góndola y el parloteo de los turistas y de los estudiantes que animaban la madrugada.

Entonces, sentí que Domiziana daba un respingo y me miraba horrorizada.

—¿Dónde está tu colgante?

CAPÍTULO 3



El temblor de mis dedos era evidente cuando me tapé la cara con la tarjeta dorada, con la esperanza de que me ocultara. En el vestíbulo de reluciente mármol rojo todos parecían conocerse, mientras que yo era una intrusa. Una intrusa con un abono a nombre de Domiziana Falier, en busca de uno de los palcos reservados a los mecenas del Teatro La Fenice. A pesar de ello, la acomodadora me dio la bienvenida y me indicó el pasillo que debía seguir para llegar a mi asiento. Le di las gracias y continué en la cola con la cabeza gacha, sin la menor intención de ver la representación de *La valquiria* de Wagner, una ópera que a mi madrina no le gustaba especialmente y a la que, por suerte para mí, había decidido no asistir, dejando su abono a la vista. Desde luego, sin imaginarse que formaría parte de mi plan para recuperar el colgante.

Me metí en el cuarto de baño y me aseguré de que el escote del vestido estuviera bien colocado. Era una de las prendas más bonitas de Domiziana, celeste y vaporosa, y había sido un excelente salvoconducto para entrar. Cualquiera que dispusiera de un vestido así, sin duda podía permitirse un abono en uno de los mejores palcos. Por miedo a perderlo, lo guardé en el bolso de mano. El

único problema eran las curvas de Domiziana, decididamente más generosas que las mías, por lo que me había visto obligada a prender las costuras del vestido con un par de alfileres que tenía en la cartera. Al buscarlos, encontré la carta del tarot de las estrellas y decidí llevármela, convencida de que abandonarla podría traerme mala suerte. Empezar a creer en la mala suerte y no en la lógica significaba que de verdad estaba angustiada.

La causa —de eso estaba segura— era la desaparición del colgante. Nunca me lo había quitado desde… desde que estaba en mi poder. Una parte de mí creía que se trataba de una especie de compensación por las falanges mutiladas. Me había despertado sin parte del meñique y con aquel extraño colgante en el pecho, y, desde entonces, casi se había convertido en una parte de mi cuerpo, además de ser el único detalle de mi desaparición que no había estado en el punto de mira. La policía se había limitado a indagar si llevaba pendientes o pulseras. Para mí, sin embargo, era diferente. Lo recordaba todo, excepto eso. No tenía certezas, solo sensaciones. Así que lo había llevado puesto debajo de la ropa en cada entrevista o interrogatorio a los que me habían sometido y nadie lo había visto, nadie había hecho preguntas. Era la única parte de la historia que solo yo conocía. A mí misma me extrañaba no haber investigado más sobre aquel colgante. Si echaba la vista atrás, estaba segura de haberlo hecho, pero tal vez no había encontrado respuestas.

Me masajeé la frente. Los pensamientos de aquellos días asediaban mi mente, me palpitaban las sienes y por las noches ardía como si tuviera fiebre. Atribuía todo ello al nerviosismo que me devoraba, una razón más para encontrar el colgante.

Me ajusté las horquillas del pelo e hice tintinear una pulsera de piedra pómez de delicada hechura. Me la había regalado Domiziana la mañana que siguió a la fiesta en casa de Vianoli, tras el robo. Era un elegante aro gris oscuro, tal vez una joya de diseño, si tenía en cuenta las tiendas que frecuentaba mi madrina. Había conjeturado que su intención era consolarme por mi pérdida, lo cual no había hecho más que poner de relieve nuestras diferencias. Para ella,

cualquier pieza podía reemplazarse con facilidad, mientras que yo todavía me sentía desolada. Por fin, decidí guardar la pulsera en el bolso, ya que no combinaba en absoluto con el vestido.

Había descartado acudir a la policía, que enterraría mi caso entre sus archivos. En ese momento, al pensar que había sido tan tonta como para que me robaran, la rabia me espoleó a resolver el asunto por mis propios medios.

Estaba en condiciones de recuperar el colgante, pues sabía perfectamente quién me lo había robado. Y también cómo localizar a la ladrona. Bastó una llamada telefónica a Enrico Vianoli, quien, a cambio de escucharle fanfarronear durante una hora, me reveló el nombre del servicio de *catering* que había contratado: VenSlice. La empresa, por fortuna para mí, disponía de unas redes sociales actualizadas, las cuales me habían conducido hasta allí, al Teatro La Fenice, al primer espectáculo disponible.

Ahora que había aplacado la inquietud por haber tomado prestado el abono, solo me quedaba esa rabia de la que no me creía capaz. Llevaba días enredada en mi interior y, aquella noche, ante la perspectiva de volver a ver a Lisa, amenazaba con desbordarse. ¡Me sentía tan estúpida por haberme dejado deslumbrar por el baile en la terraza y el aspecto de chica ajena a aquel entorno! Pero, al meditar con calma sobre aquella noche, me convencí de que Lisa me había subyugado con una palabra, o quizás con sus movimientos, porque recordaba con claridad la sensación de ligereza que había experimentado. Jamás me había permitido tomarme semejante libertad con una desconocida, y ahora sabía por qué.

Salí del baño y, con la cabeza gacha, me dirigí a mi asiento. Habría jurado entrever en el pasillo a algunos de los invitados a la fiesta de Enrico Vianoli, pues, a decir verdad, eran de la misma calaña: ropa de firma y conversaciones intelectuales a las que no tenía tiempo de prestar atención esa noche. Un hombre con pajarita roja y mostacho bien recortado me recorrió de arriba abajo con una mirada que me revolvió el estómago, así que corrí a ocupar mi asiento con tal prisa que mi hombro chocó con el brazo de un

desconocido. Era un joven que llevaba una chaqueta negra con rombos dorados en los hombros. Me disculpé sin fijarme en su cara porque enseguida entró en el palco contiguo al de honor. El mío, en cambio, estaba más o menos en mitad del pasillo y, por suerte, desierto. Se suponía que *La valquiria* no era muy popular, y cuando comenzó comprendí el motivo. Al cabo de un rato cabeceaba y solo podía pensar en el momento en que, durante el intermedio, volvería a ver a Lisa con su camisa de botones desabrochados y su voz jovial. Deseaba preguntarle por qué me había robado el collar. Y también si todo lo que había dicho en la terraza había sido una estrategia para distraerme. O tal vez solo deseaba darle una bofetada.

Cuando se encendieron las luces para el primer intermedio, bajé al vestíbulo del teatro, que era un hervidero de gente murmurando. Capté retazos de conversaciones, elogios para los diseñadores del vestuario, quejas sobre la puesta en escena… Seguí el rastro de las copas y los platos de canapés hacia el *hall*, caminando por la alfombra roja. Y allí, iluminados por las inmensas arañas de cristal, me topé con el banquete y con el personal del *catering*. Traté de dar con Lisa con el corazón acelerado. La busqué por todas partes, en el poco tiempo que quedaba de descanso. Cuando sonó el primer timbrazo, para advertir a los espectadores que debían regresar a sus asientos, empecé a creer que no estaba. Me sentí imbécil. Había urdido todo aquel plan para nada.

«No, esto no puede acabar así», me dije.

Localicé a la única mujer junto a las viandas que no llevaba delantal y estaba más ocupada charlando que otra cosa, y me acerqué con discreción. Era alta, escultural, y la rigidez de su sonrisa —que me pareció como pegada al rostro— se reflejaba en su mandíbula y en su corte de pelo cuadrado.

—¿Puedo ayudarla en algo? —me preguntó en un tono exageradamente amable en cuanto se dio cuenta de que la observaba.

Me escrutó, para comprobar si tenía en la mano alguna de sus comidas y en la mirada el comienzo de alguna queja. Al no encontrar

ninguna de las dos cosas, se tranquilizó.

—Buenas noches, me llamo Cecilia Micoli. —No sé por qué le mentí; apenas podía oír mi voz ronca, ahogada por los latidos de mi corazón—. Busco a una de sus empleadas… A Lisa.

La mujer que imaginaba que era Chantal entornó los párpados y sopesó mi petición.

—¿Puedo preguntarle para qué la busca?

—La conocí hace unos días en la fiesta del palacio Vianoli. Tenemos una conversación pendiente.

Mientras hablaba, experimenté una sensación inusual, como si alguien me vigilara. Intenté no pensar en ello ni distraerme; no podía mostrarme nerviosa.

Noté que la mención de la velada de Enrico encendió una luz en los ojos de Chantal. Me observó unos instantes, pero antes de que pudiera responderme nos interrumpió el timbre, que volvía a llamar al público. De inmediato, Chantal dio instrucciones a una camarera joven con un moño de bailarina que estaba a nuestro lado para que recogiese las copas desperdigadas. La chica me miró unos segundos y se marchó, obedeciendo la orden.

—Lo siento, señorita, pero no puedo facilitar información sobre el personal al primer extraño que me pregunte —dijo Chantal, volviéndose hacia mí sin borrar su sonrisa.

—No soy una extraña. Me dio su número, pero me temo que lo he perdido —intenté defenderme, aunque lo cierto era que había urdido mi plan sin contemplar la posibilidad de que Lisa no estuviera.

—Si me disculpa, tengo trabajo, que no consiste precisamente en hacer de secretaria de una de mis empleadas. De todos modos, ya no trabaja para mí. —Dicho esto, se giró y empezó a dar más indicaciones a los camareros.

Hundí los dientes en el labio inferior. Todo había sido en vano, una pérdida de tiempo. Elegí una de las copas que quedaban en la mesa de la comida y me bebí a sorbos su contenido. El champán me hizo cosquillas en la garganta, pero no endulzó mi estado de ánimo. Me dispuse a regresar a mi asiento, sopesando las alternativas que

me quedaban. Tenía que idear otro plan. Para descargar mi frustración, caminé hasta el final del pasillo y me detuve frente a la salida de emergencia. Me apoyé en la fría pared mientras escuchaba las primeras notas del espectáculo, que ya se reiniciaba.

—¿A qué se debe esa mirada triste? ¿Por qué no me dedicas una bonita sonrisa?

Abrí los ojos y me encontré de frente al hombre de la pajarita roja y el mostacho, que me miraba complacido. Tuve el claro presentimiento de que se alegraba de encontrarme allí sola, pero traté de disiparlo.

—No estoy triste —respondí.

«Estoy enfadada», me habría gustado añadir. En lugar de ello, di un paso para volver a mi palco, pero el hombre se situó delante de mí, bloqueándome el paso.

—Si robas un abono, al menos deberías asegurarte de tapar el nombre de su dueño —susurró con una sonrisa mordaz.

—No lo he robado. Lo he tomado prestado, y con permiso —contesté, enderezando los hombros.

—¿Nunca te han dicho que se te da fatal mentir?

Me lo habían dicho varias veces, y si me hubiera delatado ante los acomodadores no habría sabido cómo reaccionar. Guardé silencio, incapaz de pronunciar palabra, esperando que se aburriera y se marchara, pero su mirada astuta no auguraba nada bueno.

—Bueno, será nuestro pequeño secreto, así estarás en deuda conmigo —dijo, trotándose las manos—. Deja que me presente: me llamo Francesco.

Me estremecí. Quería huir, pero todos los caminos parecían cegados y lejanos, y, al mismo tiempo…, el miedo alimentaba la rabia que llevaba días incubando en mi interior. Sentía que ardía y temblaba a la vez. Las piernas apenas me sostenían y, sin embargo, me habría encantado abalanzarme sobre él y gritarle a la cara que era un asqueroso, que no cedería a su chantaje por nada del mundo. Mientras intentaba recuperar el equilibrio, me agarró de la muñeca.

Me puse tensa y, cuando estaba a punto de forcejear, alguien se

interpuso entre nosotros, rompiendo aquella unión forzada. Alcancé a ver el centelleo de los rombos dorados de su chaqueta y la línea irregular de la nariz, inexplicablemente familiar. Y cuando habló, su voz diluyó mi tensión.

—Aquí estás, *talayi*, siento haberte perdido de vista.

Ismael Sagredo me ofreció su mano. Y, como por instinto, le confié la mía.

Dejamos atrás al tipo antes de que pudiera abrir la boca y salimos a la escalera de incendios del teatro. Ismael cerró las puertas a su espalda. El aire fresco del atardecer atenuó la rabia que ascendía por mi cuerpo y me enfrió los pensamientos. Me apoyé en la barandilla y respiré hondo. Debajo de nosotros había un callejón silencioso, apenas iluminado por un par de farolas titilantes.

Ismael, con la mirada acerada, se apoyó en la puerta mientras se palpaba el bolsillo de la camisa. Empecé a sospechar que escondía algo allí, una cámara, como algunos policías, pero probablemente solo era un obsesivo del orden. No había rastro de ningún bulto en su pecho. En cambio, me fijé en la vena de su cuello, que latía con claridad bajo su piel olivácea. De no ser por su expresión hermética, habría afirmado que estaba nervioso.

—No ha sonado la alarma de incendios —empecé, soltando la primera idea que se me pasó por la cabeza y quizás la más estúpida.

—Eso es porque decidieron silenciarla después de que un número incalculable de idiotas salieran a filmar e interrumpieran los espectáculos —explicó Ismael sin pestañear ni dar muestras de querer entablar una conversación más cabal.

—¿Y si hay un incendio de verdad? —Le planteé, intentando concentrarme en algo que no fuera yo misma y la impresión del recuerdo de la mano de Francesco en mi muñeca.

—Hay detectores de humo —respondió él con prontitud. Con demasiada prontitud.

—Deja que lo adivine: los Sagredo sois mecenas del teatro —conjeturé, y él asintió.

—Debo asistir a algunas reuniones de la directiva —añadió tras

un momento de silencio.

—¿Pero cuántas ocupaciones tienes? —le pregunté, recordando que en la universidad tocaba en la orquesta y también formaba parte del equipo de esgrima.

—Nunca son suficientes —dijo, y cuando me volví para dedicarle mi mueca de mayor escepticismo, descubrí que me escudriñaba.

No me había preguntado cómo estaba, y se lo agradecía. Lo último que me apetecía era revivir el encontronazo con Francesco, e Ismael debía de intuirlo.

Solo charlaba mientras buscaba la respuesta por sí mismo. Se fijaba en las subidas y bajadas de mis pulmones, en el lento repiquetear de mi meñique y en los estremecimientos de mi cuerpo, que decantaba el flujo de adrenalina. Cuando reparó en mi mirada, se despojó de su chaqueta de rombos dorados y, en silencio, me pidió permiso para colocármela por encima de los hombros.

—Gracias por esto, y lo siento por…

—Es él quien debería disculparse —sentenció, con un brusco movimiento de cabeza.

Me arrebujé en la chaqueta. Olía a su perfume de sándalo. ¿Era tonta por pensar en el perfume de mi odiado rival? Toda mi carrera académica habría sido más fácil si él hubiera sido un tipo corriente, simpático, como muchos otros estudiantes. Por el contrario, Ismael Sagredo era descaradamente guapo, y esa noche renunciaba a un espectáculo para acompañarme y confortarme. «Un espectáculo mediocre», me recordé, a modo de consuelo.

—Ya estoy mejor. —Era verdad, estaba mejor que minutos antes —. Me voy a casa.

—Te acompaño. —Se acercó a los escalones ofreciéndome el brazo y se colocó como si todas las noches escoltara a las damas escaleras abajo.

—No hace falta, puedo ir sola.

Me sujeté la parte inferior del vestido y lo levanté para bajar, descubriendo mis tobillos y las sandalias bajas que siempre prefería a los tacones, aunque el precio a pagar era que gigantes como

Ismael me miraran desde las alturas.

—No era una pregunta. Sé que puedes arreglártelas sola, Valmori, pero me gustaría que me contases por qué has robado el abono de la *magistra* Falier para colarte en un espectáculo pésimo. —Una arruga en la comisura de los labios resquebrajó su cortés comportamiento.

Respondí con una sonrisa algo enigmática y seguí bajando las escaleras, ignorando sus fantasiosas preguntas, que insinuaban mi fascinación por los nibelungos de Wagner.

En cambio, dudé si hablarle del colgante, aunque solo fuera para expulsar las brasas candentes que sentía arder en mi interior cada vez que recordaba lo ingenua que había sido. En las conversaciones que manteníamos en la universidad, a pesar de que solíamos terminar discutiendo, había encontrado a alguien que, como yo, se obsesionaba por los detalles más nimios de una clase. Entonces me había sentido comprendida. No obstante, en este caso llegué a la conclusión de que Ismael no se interesaría por una joya mía, a menos que se tratase del ajuar funerario secreto de alguna reina sumeria.

El callejón era inusualmente tranquilo, apartado de la ajetreada vida nocturna de Venecia, entre otras cosas porque lo único que ofrecía eran unos cuantos cubos de basura, cajas de cartón apiladas y puertas de pintura desconchada.

—El otro día conocí a tu hermano Nazar —dije, para romper el silencio embarazoso que se había hecho de repente.

Lo que no me esperaba en absoluto era que aquello callara por completo a Ismael y provocase que su mandíbula se endureciera, volviéndola más afilada de lo que nunca la había visto. Incómoda, miré al frente y me fijé en dos figuras que entraban en el callejón. ¡Así que se trataba de un atajo más transitado de lo que yo creía!

—¡Qué agradable coincidencia!

No había nada agradable en la voz de Ismael, más bien una indiferencia controlada.

En el pasado, cada vez que podía sacar un tema que le fastidiara,

lo utilizaba una y otra vez como arma para chincharle. Por ejemplo, cuando descubrí su aversión a los cisnes y el resto del año llevé un alfiler de ese animal como motivo decorativo en mi bolsa de tela.

Pero en aquel momento me pareció que, si actuaba así, solo me divertiría yo, de modo que cambié de opinión y le pregunté algo que poco antes había despertado mi curiosidad:

—¿Por qué también tú llamas *magistra* a Domiziana?

Su expresión apenas varió.

—Suelo coincidir con ella en el teatro, y es una buena amiga de mis padres. Pertenecen a los mismos círculos culturales, donde creo que surgió el título, una mezcla de respeto y diversión.

—Ellos sí que saben divertirse.

Y así desperté el primer atisbo de risa espontánea de Ismael, un sonido áspero y grave que me provocó un escalofrío que recorrió mi espalda. Uno agradable.

—Esta chaqueta es preciosa —comenté, abrazándome con las mangas que me caían sobre los hombros. Me quedaba demasiado grande, pero era suave y cálida.

Evité un cubo de basura y di una vuelta sobre mí misma, como solía hacer de niña cuando me probaba la ropa de mi madre. Fue entonces cuando me fijé en otra pareja, en el lado opuesto del callejón, detrás de nosotros.

Por instinto, me quedé paralizada, maldiciéndome por haber exhibido de tal manera una prenda que por sí sola bastaba para sugerir cuánto dinero llevábamos encima. Maniquís a merced de los carteristas. Ahuyenté aquellos estúpidos temores inculcados por mi madre, para quien todo desconocido era un delincuente al acecho, y me convencí de que era una noche normal en un callejón cualquiera. Había algunas luces encendidas en las ventanas, una escoba abandonada junto a una puerta y, a lo lejos, se adivinaban los motores de las barcas. Espiré y sorprendí a Ismael mirándome fijamente, como si me rodease un marco. Como si me estuviera admirando. Carraspeó y asintió.

—Lo sé, la elegí yo personalmente.

Era evidente que solo admiraba la chaqueta, su chaqueta y, de rebote, su buen gusto. Típico de Ismael Sagredo.

Estaba a punto de aludir a su arrogancia cuando una sombra cayó desde arriba, estrellándose contra el cubo de basura que había detrás de nosotros. El corazón me dio un vuelco y salté tan lejos como pude, intentando calmarme y comprender qué había ocurrido. Ismael, a mi lado, se encontraba paralizado.

Abrí bien los ojos, que se estaban adaptando a la penumbra, y solté una risa nerviosa que alivió parte de la tensión. La sombra era un macetero. Debía de haberse caído desde el pequeño balcón que teníamos encima y de él solo quedaban los añicos y un montón de tierra. Me llevé una mano al pecho, intentando calmar mi respiración.

Fue entonces cuando sentí que alguien me agarraba del cuello.

Ese alguien me tiró al suelo y el impacto con las piedras del callejón me dejó sin aire. Encima de mí se alzaban el hombre y la mujer que había visto a la entrada del callejón. Apenas podía distinguirlos porque tenía nublada la vista, y el pánico cundió de nuevo, esta vez intenso y vivido.

Por el contrario, Ismael reaccionó con una rapidez sorprendente. Agarró al asaltante por los hombros y lo lanzó contra la pared. Su rostro crujió, anticipando el batacazo que hizo su cuerpo al desplomarse. No me dio tiempo a decir nada, mucho menos a pensar, ya que otro par de individuos se precipitaron hacia nosotros.

Me desconcertó que tuvieran aspecto de gente normal. Podrían haber sido público del teatro, de lo elegantes que iban. La mujer llevaba un corpiño con un gran lazo de seda, y los dos hombres, trajes de raya diplomática y sombrero.

—Podemos darles el dinero —susurré con la voz agarrotada por el terror. Levanté las manos e intenté ocultar mi miedo y mostrarme razonable, dispuesta a negociar.

La mujer hizo una mueca y se abalanzó sobre Ismael con ferocidad. Quise advertirle que tuviera cuidado, quise proferir un grito, rezar para que alguien acudiera a ayudarnos, pero un hombre

me derribó y la voz murió en mi garganta. No obstante, actué antes de que la lógica tomara el control de mis actos.

Cogí un puñado de tierra del macetero y se lo arrojé a la cara, obligándolo a retroceder y a gruñir, cabreado.

Tanteé entre las losas del pavimento en busca de un pedazo de la maceta rota, el más afilado, pero cuando rocé uno, algo me empujó hacia atrás. El hombre me había agarrado de la tela del vestido y trataba de arrastrarme. La chaqueta de Ismael había caído quién sabe dónde. Pataleé, agité los pies tan fuerte como pude, hasta que noté que sus manos se desplazaban hacia mis tobillos y me los apretaban en una dolorosa mordaza.

¿Había sucedido así la noche que desaparecí?

Aquel pensamiento me produjo un subidón de adrenalina. No iba a permitir que volviera a ocurrir. Más meses encerrada en una habitación a oscuras. Más despertares en los que, durante los primeros instantes, temía estar en un hospital. Mi vida destrozada de nuevo.

Me dejé arrastrar, luego sentí como el miedo se transformaba en combustible y, sin reflexionar, me encomendé a mis músculos. Contraje los abdominales y flexioné las rodillas, convirtiéndome en un erizo sin púas a los pies del hombre, tan sorprendido por mi reacción que se quedó inmóvil. Clavé las uñas en sus pantorrillas desnudas y el chillido de dolor que soltó me instó a continuar. Me retorcí, a costa de soportar otra punzada en los tobillos, y conseguí liberar el derecho. Aproveché para darle una patada en el vientre con la que probablemente sentí más dolor del que le infligía. Los ojos me lloraban por el daño y la vista se me volvía a nublar, pero me había liberado.

El hombre estaba en suelo, así que aproveché para darme la vuelta y comprobar cómo estaba Ismael. Hasta entonces solo había oído resuellos y ruido de forcejeo, pero no sabía a quién pertenecían. Ismael se había hecho con el palo de la escoba y lo blandía como una espada, mientras la mujer se defendía con la tapa de un cubo de basura. Apreté los párpados. Ignoraba si era a

consecuencia de la conmoción, pero me pareció que llevaba a cabo sus regates con gran lentitud, como si se tratara de una farsa. La mujer se movía al ralentí, como había visto hacer en el teatro. De hecho, poco después, Ismael le propinó un golpe en la frente que la mandó al suelo.

—¡Sagredo! —exclamé, cojeando hacia él.

—Yo te llevaré —fue lo único que dijo, analizando mi andar dolorido. Soltó el palo y me sujetó, animándome a caminar.

Hundí los dedos en su camisa y me aferré a la tela para mitigar el dolor, intentando quitarle peso de encima. Lo logré a medias, arrastrando las suelas por el pavimento irregular.

—Estás hecha un asco —sentenció tras un par de pasos, mirando de reojo a los asaltantes a nuestras espaldas. Luego, sin previo aviso, me rodeó las caderas y me aupó para que me apoyara en su hombro.

En cualquier otra situación habría protestado y pataleado para que me bajara, pero hasta Ismael Sagredo era mejor que un grupo de criminales en un callejón oscuro. Solo deseaba que nos pusiéramos a salvo. Los dos.

En ese momento percibí otra sombra sobre él.

—¡Arriba! —grité, e Ismael se hizo a un lado y me dejó caer, mientras un hombre escuálido saltaba desde el balcón y se agarraba a la pared, no con una ni con dos, sino con cuatro manos enguantadas y nos miraba fijamente desde detrás de una máscara negra.

Chillé. Mi mente se negaba a aceptar la visión y a encontrarle explicación lógica: un disfraz, alguna rara malformación genética que le hacía parecerse más a una cucaracha que a una persona. Apreté los dedos de Ismael. Eran como siempre los había imaginado, delgados y duros, y en aquel instante estaban congelados. No deseaba soltarlos por nada del mundo.

Entonces, me agarraron por el pelo y tiraron de mí hacia atrás. Perdí el contacto con Ismael, que gritó y trató de retenerme, pero el hombre-cucaracha se le echó encima con una fuerza descomunal y

yo salí despedida hacia la pared.

Mi adversario debía de haber fingido o se había recuperado lo bastante rápido como para incorporarse. Con un tirón, me atenazó las muñecas. Sus dedos eran como de acero. Por más que intentaba soltarme, él encontraba la forma de sujetarme.

—¿Qué queréis? —bramé desesperada.

La voz era el último vestigio del aliento que no podía retener en mis pulmones. Inspiraba y espiraba, devoraba el aire a mi alrededor, lo sentía arder en la garganta. El calor se extendía por todo mi cuerpo, que estaba al rojo vivo.

Su rostro rubicundo parecía querer succionar una desagradable nariz respingona y un par de ojos porcinos.

—Si no cierras el pico, te arrojaré de nuevo a los canales —gruñó, escupiendo saliva.

Ante aquella amenaza, sentí que me encendía. No de la forma en que reaccionaba a los comentarios mordaces de Ismael, pues faltaba el regusto dulce. No, era solo mi miedo en combustión, transformándose en ira. Miedo por perder el sonido de mi nombre, por su aparición en el callejón, y rabia por la falta de delicadeza de la chica francesa, por el robo de mi colgante, por cinco desconocidos que querían hacernos daño. Y me ardía todo: los ojos, la garganta, la piel… Por dentro y por fuera, era puro fuego.

De pronto, el hombre aulló y me soltó las muñecas para retroceder. Gritaba y gemía de dolor con las manos abiertas, mientras su carne empezaba a gotear como la cera, dejando los huesos al descubierto.

«He sido yo». La idea explotó como una certeza absoluta. Me abrasaba el aliento y, al mismo tiempo, me mantenía en pie. Todas las demás sensaciones estaban anestesiadas, hasta el punto de que no noté de inmediato el tacto de la lluvia sobre mi piel desnuda. Al menos no hasta que una ligera capa de vapor surgió a mi alrededor.

El hombre corría hacia el fondo del callejón, con las manos levantadas a la caza de las escasas gotas de lluvia que caían. Yo miré las mías. Me fijé en la suciedad incrustada en las uñas y en un

par de arañazos, y tardé mucho más en percatarme de que había perdido mi prótesis. La localicé a mis pies, tirada en la calle. Sin duda había sido yo, aunque estaba ilesa.

Me volví hacia Ismael, embriagada por el creciente calor. Sabía que estaba hirviendo, febril y, sin embargo, nunca me había encontrado mejor. La lluvia empapaba mi vestido, iluminaba la tonalidad celeste de la tela y perlaba mi pelo. Sentí que el algodón se me pegaba al cuerpo y luego se separaba de él, impulsado por una bocanada de vapor. En torno a mí, un aura de neblina seguía mis movimientos en una danza nebulosa que se perdía en la noche.

Ismael estaba de rodillas frente al par de asaltantes que quedaban en pie, la mujer del corpiño y el hombre-cucaracha.

Y por si aquella velada no hubiera sido ya lo bastante disparatada, sucedió algo absurdo. La mujer agitó los brazos, el lazo de su corpiño se deshizo y se estiró hacia delante como un alga impulsada por la corriente, movido por una fuerza invisible hasta ceñir las caderas de Ismael. La cucaracha aprovechó para correr hacia mí y levantarme del suelo, sujetándome con dos manos para cargarme a hombros mientras utilizaba las otras dos para escalar por la pared.

—¡Sagredo! —voceé.

Los ojos de Ismael se clavaron en mí.

Vi como apretaba los dientes y se replegaba sobre sí mismo, enredándose todavía más en el lazo, al tiempo que arrastraba a la mujer hacia sí, hasta que la cinta sufrió una sacudida temblorosa, su superficie se endureció y comenzó a brillar como el oro a la débil luz de las ventanas.

Lo último que vi fue a la mujer desplomarse, porque trepamos por el canalón que gorgoteaba y llegamos al tejado. Grité y pateé para asestarle rodillazos al cuerpo del hombre-cucaracha, que acusaba los golpes chillando de dolor, pero sin detenerse. Empezó a moverse de teja en teja, manteniendo el equilibrio gracias a su segundo par de brazos.

La noche era húmeda, y las nubes grises iluminaban los tejados,

oprimiéndonos como si quisieran asistir al espectáculo de mi secuestro. Por segunda vez.

«No, otra vez no». —Sopesé esa información mientras mi memoria se aclaraba—. «Aquella noche no había nubes».

El recuerdo desactivó parte de mi voluntad de luchar. Solo quería concentrarme en ese detalle recién recuperado y protegerlo.

—¡Valmori!

Abrí los ojos de repente.

Ismael corría unos cincuenta metros detrás de nosotros. Sus pies apenas rozaban las tejas y avanzaba a una velocidad con la que se arriesgaba a resbalar.

Me pregunté si era el viento o la determinación que leía en su rostro lo que le mantenía en pie. El hombre-cucaracha debió de darse cuenta porque aceleró.

Cerré los puños y lo golpeé en la espalda. Fue un error. Me topé con algo metálico que escondía bajo la chaqueta y sentí un dolor que llegó hasta los hombros; los brazos se me caían hacia delante, hormigueando.

—¡Ayúdame! —le grité a Ismael.

Él, a modo de respuesta, sacó su reloj de bolsillo. Me observaba con la misma expresión que le había visto cada vez que conseguía solventar un problema.

«¿De verdad es momento de ponerse a mirar la hora?».

Entonces tamborileó sobre la esfera y las gotas de lluvia se ralentizaron, hasta volverse tan visibles como cuando se detienen sobre un cristal. Solo que estaban suspendidas en el cielo.

En ese momento, lo que fuera que las había detenido nos alcanzó. Percibí que mi cuerpo se ponía rígido y que tardaba una eternidad en cerrar la boca después de gritar. Incluso las patas de la cucaracha se paralizaron, y sentí que empezaba a inclinarse hacia un lado, hacia el borde del tejado. Y yo con ella.

Quería volver a gritar, pero mientras mis pensamientos se impacientaban, mi diafragma se despertaba con una infinita e incomparable lentitud en comparación con la velocidad a la que

caíamos. Solo pude cerrar los ojos y prepararme para el impacto. Al bajar los párpados, divisé la figura de Ismael precipitándose hacia delante.

Sentí presión alrededor de mi muñeca y luego el lúgubre sonido de un impacto.

Abrí los ojos de par en par. Una bandada de palomas surcaba el cielo por encima de mí y la lluvia volvió a mojarme la cara. Me encontraba tumbada sobre las tejas. Ismael estaba a mi lado y todavía me agarraba de la muñeca, con el pelo enmarañado y un desgarrón en el costado de la camisa.

Respiré, ansiosa por algo de aire fresco.

—No es posible —murmuré, tras unos instantes dedicados a revivir lo que acababa de pasar.

—Me temo que sí.

Había una pizca de fastidio en su voz que me sorprendió. Me soltó el pulso como si aún estuviera ardiendo, aunque yo estaba bastante segura de haber recuperado una temperatura casi normal. Comenzaba a percibir el cambio brusco del aire y el frío de la noche. Me incorporé y me pareció que me movía demasiado deprisa, como si mi cuerpo se hubiera acostumbrado a la lentitud.

Ismael, en cambio, se puso de pie y se asomó al borde del tejado. Chasqueó la lengua.

—Se ha escapado —anunció con pesar, y aun así me alivió saber que no estaba muerto.

Malherido habría sido mejor, pero no podía pretender tanto. Ya era un milagro haber sobrevivido.

—¿Qué…?

—Nada de preguntas por ahora —me interrumpió Ismael, tendiéndome la mano para ayudarme—. Sígueme.

Sus pies volvieron a emprender aquella especie de deslizamiento sobre las tejas, y mi cuerpo lo siguió antes de que pudiera negarme. Corrimos hacia el lado opuesto del tejado, con una agilidad que nunca había poseído y que parecía irradiar del cuerpo esbelto de Ismael.

—Por aquí —señaló, guiándome hasta el borde. Más allá debía de haber una calle muy estrecha, porque entre los dos tejados apenas había distancia.

—No —pronuncié con determinación. Esa escasa distancia seguía siendo demasiada, si lo que pretendía esa que saltáramos de un edificio a otro.

Ismael señaló una buhardilla con una puerta de madera desconchada que daba a una pequeña terraza.

—Tenemos que llegar allí —dijo.

—¿Es tu casa? —pregunté perpleja. Parecía extremadamente humilde para ser la residencia de la familia Sagredo.

—Por supuesto que no. —Me lanzó una mirada de suficiencia que confirmó mi intuición. Entonces algo tintineó a su lado y una llave de latón apareció entre sus dedos—. Pero eso no nos impedirá entrar.

Abrí los ojos de par en par, estupefacta, e Ismael aprovechó mi estado para empujarme hacia delante. Apuró el paso e inició una carrera directa hacia el borde.

—Recuerda, Valmori, tres pasos hacia arriba y luego todo recto.

Quería gritar que no, pero utilicé la escasa lucidez que me quedaba para seguir las instrucciones, temerosa de lo que podría ocurrir en caso contrario.

Planté el pie en la última teja y me impulsé hacia arriba.

La gravedad me acogió de inmediato, haciéndome un hueco en el aire, al lado de Ismael, que me guio tres pasos hacia el cielo. La lluvia me golpeó con más fuerza en el rostro e interpreté que las nubes desaprobaban el hecho de que dos chicos pudieran estar suspendidos en el aire, tan ligeros como si carecieran de peso. Pero sucedió. El aire me infló el vestido y alborotó el pelo de Ismael, y su cálida mano me hizo olvidar que debería sentir miedo.

Mi mente se refugió en la certeza de que todo aquello no era más que un sueño, y me sorprendí riendo y luego refunfuñando con desaprobación cuando la parábola adoptó una dirección descendente y aterrizamos frente a la puerta.

Ismael no me concedió tiempo para replicar; deslizó la llave en el

ojo de la cerradura y abrió la puerta a un lugar imposible. Era un salón demasiado grande para estar dentro de aquella buhardilla, inmerso en una calma inconcebible, tan azul como sus sofás. Ismael me condujo al interior, y, cuando traspasé el marco de la puerta, sentí un cosquilleo bajo las plantas de los pies, y luego la esponjosidad de las alfombras. Al menos me había salvado del peligro de las tejas. El resto era una incógnita.

Ismael me soltó la mano para cerrar la puerta a nuestra espalda y girar la llave en la cerradura.

Desde dentro no se parecía en nada a la entrada de la buhardilla: era una puerta de madera oscura mucho más grande y refinada.

Con gesto desencajado, se apoyó en la madera y se cruzó de brazos, mirándome como si acabara de birlarle el asiento de la biblioteca. O quizás algo peor que eso.

—Valmori, Valmori… —dijo, pronunciando mi nombre muy despacio—, eres un incordio mayor de lo esperado.

CAPÍTULO 4



Aquel salón no podía ser real. Cuando mis ojos se adaptaron a la tenue luz de las lámparas, me convencí de que no nos encontrábamos en la buhardilla. Las paredes eran altas y estaban repletas de retratos enmarcados, situados entre espesas cortinas azules que imaginé que tapaban las ventanas.

Alcé la vista y me quedé atónita al descubrir un mapa del cielo que se movía como si se tratara de una proyección. Al mirar a mi alrededor no descubrí ningún artilugio, solo farolillos abiertos que flotaban en una atmósfera perfumada de incienso.

Di un paso atrás y tropecé con una mesa baja, derribando unos cuantos peones de un tablero de ajedrez de alabastro. Sentí una punzada de dolor en la pantorrilla. La angustia ante la certeza de mis actos me devolvió un pensamiento claro: «No estoy soñando».

Me volví para hacerle una pregunta a Ismael y descubrí que me estaba mirando, como si se divirtiera con mi perplejidad.

—Qué raro espectáculo verte descolocada ante la novedad, Valmori.

Me habría gustado pellizcarle las mejillas y aniquilar aquella sonrisita de satisfacción, pero, en lugar de eso, corrí esquivando

sofás y grandes butacas hasta llegar a una cortina. La descorrí y dejé al descubierto una ventana de tres huecos que se abría sobre la noche de la laguna. Entre el cielo y el mar negro resplandecían las luces de Venecia.

—No… —dije.

Me negaba a creer lo que estaba viendo. Me agarré a la tela porque sentí que me flaqueaban las piernas. Debería estar allí. Toqué el cristal con la esperanza de hallar una pantalla o un lienzo incrustado en la piedra de las columnas, pero no había duda de que era una ventana.

Inspiré hondo, obligándome a caminar pegada a la pared, ya que estaba casi segura de que la alternativa era desmayarme. Medí mis pasos, apoyándome en los muebles de formas improbables por los que pasaba. Al fin, apoyé los codos en una cómoda alta y me reflejé en un globo dorado. Parecía un globo terráqueo, pero estaba formado por anillos concéntricos dispuestos alrededor de un núcleo azul. Giré uno y los demás se alinearon por sí solos.

Ojalá hubiera podido hacer lo mismo con mis pensamientos, pero se dispersaban sin orden por todas partes.

—Explícame todo esto, por favor. —Me concentré en el sonido de mis palabras, una de las pocas cosas que no se habían visto alteradas.

—Es un astrolabio, un instrumento que permite determinar relaciones astronómicas entre los cuerpos celestes —respondió Ismael como si aquella fuera la única rareza, y fue a sentarse en una butaca con las piernas cruzadas.

—Lo demás —repliqué molesta—: la lluvia que se ralentiza, el tipo con cuatro brazos y mis manos…

Apoyé la espalda en la cómoda y me miré los dedos. Me faltaba el meñique y la prótesis se me había desplazado, aunque mis manos habían recuperado su aspecto de siempre y se veían cálidas y rosadas. No parecían instrumentos capaces de abrasar, desde luego.

—Tus manos también son un misterio para mí, y lo demás…, creo que puedes suponer de qué se trata. —Arqueó una ceja, retándome

a pronunciarlo en voz alta.

Me invadió una oleada de calor, una incredulidad similar a la que había experimentado al pasar la selección para el curso de Arqueología en Ca' Foscari o al ganar un concurso de caligrafía. Solo que, si en aquellos casos el resultado era improbable, allí la verdad a la que me enfrentaba era imposible. No obstante…

—Magia.

Degusté el sabor efervescente de la palabra. De niña había sido un sueño; al crecer había aprendido a situarla en el contexto de los libros y las películas, pero ahora…, ahora parecía irradiar a mi alrededor. Me toqué el pecho desnudo sin el colgante, apreté los dedos sobre la nada y, al mismo tiempo, sobre aquella minúscula esperanza, que nunca se había desvanecido, de hallar en el mundo algo más que nuestra gris realidad.

Ismael asintió y, de pronto, su atuendo anacrónico y sus extraños perifollos cobraron sentido.

—¿Eres un… mago? —pregunté con la voz entrecortada.

—Diría que uno excelente. —Se pasó la mano con un gesto de contrariedad por la camisa rota y se ajustó el cuello.

—Dios mío, ¿eso significa que soy una bruja? —grité. Quería saltar y a la vez tumbarme en un sofá, hundir la cara en un cojín y gritar.

—Como mucho, una maga —me corrigió Ismael, como si el problema fuera expresar el vocablo adecuado.

—¡Quiero tirarme por la ventana y darte una bofetada! —exclamé, mientras una serie de explosiones se desataban en mi mente.

—Si lo haces, que no sea en ese orden —objetó Ismael.

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió y entraron cinco figuras charlando animadamente. Gesticulaban y agitaban las capas azules que llevaban puestas. No se miraban a la cara, sino que caminaban muy erguidas y se interrumpían todo el rato.

—Durante décadas hemos mantenido la integridad de nuestras artes —susurró la voz soporífera de una mujer. Miraba al suelo,

midiendo cada paso con unos ojos desproporcionadamente grandes gracias a unas gafas de gruesos cristales, y sostenía entre sus brazos un pequeño cofre ornamentado.

—Sin embargo, *magistra* Poluaro, tendrá que admitir la singularidad del caso que se nos plantea —apuntó un hombre que realzaba su posición con el ligero golpeteo de un bastón en el suelo.

Reconocí a Bartolomeo Gritti, quien, si ya en la fiesta me había parecido una autoridad, con una capa sobre los hombros adquiría un porte majestuoso.

Obviamente, si en Venecia había magos encubiertos, él tenía que ser uno de ellos, lo cual suscitaba otra cuestión.

—Únicamente porque a los demás casos se les borró la memoria antes de que pudieran hablar de ello —añadió un hombre de largo cabello rojizo que hacía bailar una piedra blanca entre sus dedos. Tenía uñas largas y pintadas de verde, y una serie de finos anillos colocados en cada nudillo.

—No comprendo por qué está vez se ha hecho una excepción, *magister* Altieri —se sumó una mujer de tez aceitunada iluminada por una bellísima tiara dorada.

—Venga, *magistri*, confiemos en las gemas de los recuerdos antes de tomar una decisión.

Esta voz, más dulce, procedía de la espalda de los cuatro, donde vislumbré la figura de un hombre con la estatura de un niño que llevaba en el pecho un colgante en forma de estrella con puntas alargadas. Bajo el brazo portaba un enorme libro blanco estampado con un símbolo con las letras HS entrelazadas.

Ismael carraspeó.

—Bienvenidos, *magistri*. Les presento a la señorita Ámbar Valmori, la razón por la que los he convocado con tanta urgencia.

Los cinco se callaron y clavaron los ojos en mí. Me enfrentaba a una sensación semejante a la que había experimentado durante el examen de madurez previo a la entrada en la universidad: un comité de profesores y yo sola en medio de la sala. En esta ocasión, sin embargo, no estaba lista y no tenía ni idea de lo que iba a pasar. Y

odiaba no estar preparada.

—Déjenme usar una gema y resolveremos el problema enseguida.

El primero en darse la vuelta fue aquel al que se habían dirigido con el nombre de *magister* Altieri. Me apartó de su campo de visión con repugnancia, como si tenerme delante le causase un fastidio insoportable.

—¡Nadie tocará mis recuerdos! —interrumpí su conversación con un clamor. Gritti me dedicó entonces una sonrisa tranquilizadora.

—Desde luego que no, querida señorita —aseguró, antes de dirigirse a los demás—. De todos modos, a estas alturas el recuerdo está arraigado, sería complejo y llevaría tiempo extraerlo. —Bartolomeo Gritti trazó una línea con la punta de su bastón, iluminando un motivo geométrico de la alfombra.

—Entonces, ¿cuál es su solución, *magister* Gritti? —preguntó *magistra* Poluaro, apoyando las manos en un grueso cinturón del que colgaban diversos adminículos, objetos que yo habría considerado propios de un herrero en lugar de… lo que fuese.

Gritti dio unos golpecitos en la alfombra y una línea azulada cobró vida, recorriendo el suelo hasta dibujar un círculo a mi alrededor.

—Mantengámosla a salvo —sugirió.

—¿Por qué no la interrogan? —intervino Ismael, provocando que se hiciera el silencio en la estancia.

Gritti reaccionó con un gesto, desplazando hacia la nuca los mechones canosos y exponiendo la perfecta línea en forma de uve de sus cabellos sobre la frente.

—Señorita Valmori, disculpe nuestros modales, pero su llegada nos ha pillado por sorpresa. Imagino que tendrá cientos de preguntas. ¿Qué podemos hacer por usted?

—Adelante, hablen, estoy aprendiendo mucho —respondí con una seguridad que en verdad no poseía. Esperaba que se centraran en mi expresión curiosa y no en mis rodillas, que temblaban por debajo del vestido.

Ismael se mordió el pulgar, ahogando una carcajada. La mujer de la tiara me lanzó una mirada feroz que, aparte de hacerme sentir indefensa, despertó la impresión de que la había visto antes en alguna parte.

—Si además fueran tan amables de explicarme por qué nos ha atacado un grupo de… maleantes, sería estupendo —añadí, con el forzado sarcasmo que se apoderaba de mi voz en los momentos de pánico.

Miré a los que Ismael había llamado *magistri* al acecho de una respuesta, pero al final fue mi profesor adjunto quien dio un paso al frente.

—Creo que buscaban tu colgante, ignorando que alguien ya se ocupó de robártelo.

Me toqué el pecho en vano.

—Mi colgante es… ¿mágico?

Gritti miró al mago que sostenía el enorme libro, como si le pidiera permiso para hablar.

—Lo sospeché cuando la conocí en la fiesta, señorita Valmori. Es complicado asegurarlo sin antes examinarlo, pero percibí un rastro mágico aquella noche. Un rastro mágico que se ha quedado fijado en usted.

El surco de mi pecho se hizo más profundo. El simple objeto al que me había aferrado los últimos meses era… algo más.

—Me lo encontré colgado al cuello tras mi desaparición durante siete días el pasado mes de diciembre. —Lo verbalicé para no oír explotar la voz en mi mente, para ordenar las posibilidades que se confundían en ella.

Los demás farfullaron, desconcertados. En ese momento, la puerta volvió a abrirse y una mujer entró como un alud, bajándose la capucha de la capa moteada de gotas de lluvia.

Era Domiziana.

Intenté correr hacia ella, pero me topé con algo, una especie de pared invisible que me cortaba el paso. A mis pies, las líneas trazadas por Gritti brillaron a modo de amonestación. Palpé el aire a

mi alrededor, sintiéndome como un mimo dentro de una caja y, sin necesidad de actuar, dibujé el perímetro de un círculo que me rodeaba. Al tacto, parecía gelatina invisible y fluctuante que se endurecía en cuanto intentaba traspasarla.

—¡Soltadme! —exclamé.

—Libérala, Bartolomeo —ordenó casi a la vez Domiziana, y detrás de él Ismael avanzó un paso.

—Calma —alegó Gritti alzando una mano—. Solo lo he hecho por su bien, señorita Valmori. Muchos humanos, cuando descubren la magia, sufren ataques de pánico que pueden resultar peligrosos. —Golpeó el suelo con su bastón y las líneas desaparecieron.

—¿De verdad piensas que me creo tus excusas? —refunfuñó Domiziana ante el rostro perplejo de Gritti, que retrocedió para que nos acercáramos.

Di un paso titubeante y, esta vez, nada me detuvo. No sabía si abrazar a Domiziana o no, pero ella se me anticipó, me posó una mano en la mejilla y me demostró su apoyo con una caricia. De un vistazo se aseguró de que estaba bien y me invitó a sentarme en una butaca.

—¿Qué ha pasado? Cuéntamelo todo.

—¡No! —Me planté, con apenas un hilo de voz, sintiendo la garganta seca de repente.

Aun así, enfrentarme a ella me intimidaba. Pero Domiziana sabía algo. Mi colgante debía de tener algo que ver con todo aquello, y en ese instante su cara de disgusto al regresar de la fiesta en la que me lo habían robado cobró un significado diferente. También era maga, y jamás me había contado nada. Había permanecido callada a pesar de verme desesperar y buscar de manera obsesiva una respuesta a lo que me había sucedido.

—Eres tú quien me debe una explicación. ¿Por qué me arden las manos y cómo puede ser que pase de estar en el Teatro La Fenice a este sitio a través de una puerta?

Verbalizarlo lo volvía todo aún más absurdo.

—¿En La Fenice? ¿Qué hacías en el teatro? —preguntó con una

mueca de desagrado.

Le dediqué una mirada que normalmente no me habría permitido dirigirle, pero estaba poco abrumada por su tono amedrentador.

—La magia existe y me lo has ocultado todo este tiempo.

Domiziana tomó asiento en un sofá, cruzó las piernas y enderezó la espalda, como si se preparara para tomar el té. Sus ojos se posaron en mis muñecas.

—No llevas puesta la pulsera que te regalé.

Incrédula, la saqué del bolso y me la coloqué en el brazo.

—¿Contenta?

Domiziana permaneció impasible ante mi provocación y prosiguió:

—No tenía otra opción más que guardar el secreto.

—Tiene razón —intervino el hombre más bajo, que colocó el pesado libro sobre la mesita frente a Domiziana—. Permita que me presente, señorita Valmori, soy Oreste Panfilio y formo parte de la gran comunidad mágica, al igual que el resto de mis colegas aquí presentes. Nuestra primera regla es el secreto. —Pasó su rechoncho dedo índice por el símbolo de la portada y sus cejas espesas se relajaron con lentitud—. Somos la Hidden Society.

Me hundí en la butaca frente a Domiziana y me cubrí la barbilla con las manos. Noté la presión del nudillo del dedo meñique que me faltaba para moverse, pero en su lugar no había nada. Mis pensamientos también parecían mutilados. Intentaba perseguirlos, pero cada vez que atrapaba uno y pretendía analizarlo, otros cien me interrumpían.

—Eres maga, pero no podías decírmelo porque está prohibido —dije, probando a descifrar la maraña de información con la mirada clavada en los ojos de Domiziana. Ella asintió. Seguía igual de enfadada y confusa, pero otra pregunta se abrió paso con prepotencia—. ¿Yo también soy maga?

Ismael tragó saliva en silencio. Los músculos entre el cuello y los hombros se le tensaron. Recordé que él también deseaba saberlo, pero ignoraba si deseaba que la respuesta fuese un sí o un no.

La mujer de la tiara lo fulminó con una mirada de advertencia y supe dónde la había visto antes. Era la mujer que acompañaba a Nazar en la fiesta. Guardaba una mayor similitud con el menor de los Sagredo, pero poseía la mirada granítica y las marcadas facciones de Ismael.

Panfilio buscó mis ojos y me dirigió con una sonrisa tranquilizadora.

—Es difícil hacer una valoración a partir de un mero relato. Sin embargo, si nos lo cuentas todo, intentaremos comprender —asintió, agitando el moño y el *piercing* que adornaba su labio inferior.

Respiré hondo y me hundí todavía más en la butaca, mientras repasaba los últimos días, desde la amnesia momentánea de mi nombre hasta el momento en que me había parecido arder en el callejón detrás del teatro, pasando por el hombre al que casi había derretido al tocarlo.

Ismael permaneció callado, con el rostro inexpresivo, apoyado contra la pared, de brazos cruzados. Los demás magos, en cambio, intercambiaban miradas perplejas. Ninguno de ellos habló durante un buen rato, hasta que Gritti tomó la palabra:

—Señorita Valmori, le aseguro que solemos ser más rápidos, pero su caso es peculiar incluso para los que llevamos décadas estudiando la magia. Podríamos empezar por responder a sus demás preguntas, tendrá muchas.

Asentí. Tenía un millón. Al desplazar los ojos de un extremo a otro de la habitación, me había vuelto a cruzar con las luces de Venecia más allá de la ventana, y me había asaltado una duda en particular.

—¿Dónde estamos?

O restes Panfilio se iluminó y los faroles parecieron chispear con su entusiasmo.

—Como director y custodio de la Gran Biblioteca, es para mí un placer darle la bienvenida al mayor instituto de estudios mágicos de Italia. Señorita Valmori, bienvenida a la Academia de Seledia.

El nombre flotó en el ambiente unos segundos.

—Así que ustedes son… —Recorrí con la mirada a los cuatro desconocidos, sacando mis propias conclusiones.

—Yo soy *magister* Bartolomeo Gritti, y me temo que me conoce como un aburrido petimetre de la sociedad veneciana. —Me guiñó un ojo—. En mi vida privada, me enorgullezco de formar parte del cénit de los astrónomos y de ser profesor del primer arte.

Domiziana resopló con fuerza, como si intentara hacer desaparecer aquellas palabras, como si no pudiera tragarlas y se le hubieran quedado atragantadas en la boca por su horrible sabor. Yo no tenía ni idea de lo que era el cénit, pero me abstuve de hacer comentarios mientras, uno a uno, tomaban la palabra.

—*Magistra* Eliana Poluaro. Soy experta en gemas y profesora artífice —añadió la mujer, ajustándose las gafas en su cara de roedor.

El hombre pelirrojo se guardó la piedra blanca con aire molesto y ni siquiera me miró, presentándose a su vez:

—*Magister* Darío Altieri, alquimista de primer orden y profesor del mismo arte —enfatizó, alisándose las solapas de la capa.

La mujer de la tiara se acercó a Ismael con el paso sigiloso de una tigresa y frunció el ceño al descubrir el desgarrón de su camisa.

—*Magistra* Mahasa Torkan, mercader de artefactos y profesora del arte arcano. —Sin duda era su madre y parecía querer protegerlo de… mí, a juzgar por la mirada que me dirigió.

Asentí con la cabeza tras cada una de sus presentaciones, aunque la mayoría de las palabras no tenían sentido para mí. Me volví hacia Domiziana y le permití interpretar los pensamientos que se agitaban tras mi mirada y mi deseo inconfesable de creer en todo lo que decían. En particular, en la idea de una biblioteca mágica y en las fantásticas obras que podría albergar, así como en el terror que desataba la verdad. Me sentía desconcertada al tener que afrontar las posibilidades desplegadas en las últimas horas.

Más allá de la ventana de tres huecos, el mundo que me esperaba allá afuera era diferente a como lo había conocido durante los últimos veinte años.

—En unos días, todo se aclarará —dijo Domiziana.

—Siempre y cuando se quede aquí ese tiempo —apostilló Altieri, alzando la mirada hacia Venecia, como si desease mandarme allí de vuelta en el acto.

—Por supuesto que sí. Nos aseguraremos de cuidar de ella mientras el Colegio delibera sobre su destino —me tranquilizó Panfilio, en tanto Domiziana asentía con tal convicción que me calmé, si bien no tenía demasiados motivos para hacerlo.

A un gesto del director, *magistra* Poluaro le entregó el cofre que tenía en sus manos, en cuyo interior había una ancha pulsera blanca rodeada de terciopelo.

—Esta pulsera contiene polvo de estrellas. Se utiliza para detectar rastros de magia en los rarísimos casos de magos perdidos. Hace décadas que no se nos escapa ninguno, pero nos complace disponer de un nuevo misterio que desentrañar —dijo Panfilio con ojos relucientes.

Abandoné la estabilidad de la butaca para levantarme. El director se me acercó con la pulsera, que se extendió alrededor de mi mano y luego se amoldó a mi antebrazo. Esperaba que estuviera fría, pero me sorprendió su agradable calidez y lo finamente trabajada que estaba. Acaricié con el índice los cuatro intrincados adornos.

—Esos son los símbolos de las cuatro artes mágicas; todo mago sabe practicarlas todas, pero tiene talento para al menos una de ellas. Cuando usted, señorita Valmori, logre realizar al menos un acto mágico, los glifos se iluminarán. —Me dio un par de palmadas alentadoras en el codo, tras lo cual recogió su libro—. Ah, casi se me olvida: mientras sea nuestra huésped, la emparejaremos con alguno de los *magistri* —añadió el hombre.

—¿*Magistri*? ¿Así se llaman entre ustedes? —repetí la palabra latina con la que los había oído llamarse.

—Son los magos y las magas que se gradúan en nuestra Academia. Todos nosotros somos *magistri*; luego, en el momento en que recibimos la investidura y el honor de enseñar, nos convertimos en profesores —explicó Panfilio, acariciando el lomo de su libro—.

Por lo tanto, durante su tiempo de permanencia en la Academia, la encomiendo al *magister* Ismael Sagredo.

—¡No! —exclamamos Ismael y yo al unísono.

Para mi sorpresa, su madre, Mahasa, también tenía algo que objetar.

—Mi hijo no perderá horas haciendo de trotón de una humana. Tiene muchos objetivos que cumplir, no puede permitirse ninguna distracción.

Poluaro sacudió la cabeza y su larga trenza gris.

—La entiendo, *magistra* Torkan, pero no debe subestimar la importancia del impacto psicológico y energético que puede ejercer una persona familiar en un caso como este.

Habría preferido estudiar un análisis cronológico de los métodos de cultivo de la cebada en la Antigua Grecia y compartir mi energía con la de una mazorca, antes que estar de nuevo a solas con Ismael. Y quién sabe por cuánto tiempo.

—No quiero.

Ismael corroboró algo que yo sabía a pies juntillas. Nuestra tolerancia mutua se basaba en una rivalidad que se reducía a los límites del aula. Competíamos para superarnos, no para hacernos de niñera el uno al otro. Entonces, ¿por qué oírselo decir en voz alta me desestabilizaba?

—Me temo que no tiene elección —le sonrió Panfilio—. A *Magistra* Poluaro no le falta razón al recordarnos la importancia de la energía durante el aprendizaje, en especial en una situación delicada como la de la señorita Valmori. Por lo tanto, espero que dé lo mejor de sí mismo, tal como nos tiene acostumbrados a ver.

Ismael y su madre exhibieron idéntica expresión de contrariedad, tras lo cual mi nuevo *magister* asintió. Conocía aquella cara. Estaba furioso, pero no podía echarse atrás. Odiaba la tarea que le habían asignado, pero se mostraría tan impecable como siempre. Y sin duda sería yo quien sufriera las consecuencias.

—*Magister* Panfilio, me atrevo a asegurar que mis energías estarían mejor niveladas con cualquier otro que con Sagredo —

intenté razonar con él una última vez, pero el director y Poluaro, a su espalda, intercambiaron una mirada elocuente.

—¿Está realmente convencida de ello, señorita Valmori? —me preguntó *magistra* Poluaro, y yo enmudecí.

Domiziana intervino y me cogió de las manos.

—Ámbar, respira —me susurró al oído—. ¿Confías en mí?

Me mordí el labio y la miré a los ojos, los mismos con los que me había mentido con descaro durante los últimos años.

—¿No? —respondí, vacilante.

Domiziana frunció la boca, haciendo sobresalir los esculpidos huesos de sus pómulos: parecía estar valorando si pedirme perdón o exigirme una disculpa, aunque yo no podía imaginar por qué motivo.

—Algún día lo entenderás todo. Por ahora, debes saber que Sagredo es el mago de tu edad con más talento que conozco. A su lado estarás segura y aprenderás rápido.

Hice ademán de protestar, pero ella me estrechó las manos con más fuerza.

—Recuerda respirar.

Lo hice instintivamente y sentí que una tibieza me recoma el cuerpo. «Respira», me repetí convencida.

—Vamos —me apremió Ismael—. Te enseñaré la Academia mientras los *magistri* toman una decisión, y luego un poco de aire fresco no te vendría mal. Estás pálida.

Me esforcé en silenciar las mil preguntas que zumbaban en mi cabeza tras una mirada resignada y un gesto de asentimiento. Lo único que deseaba era que me mostrasen la Gran Biblioteca y encerrarme entre las estanterías para leer todo lo que me permitiera volver a entrar en aquella sala sin sentirme como un barquito de papel a merced de un mar desconocido, sin ninguna estrella que me guiara.

Ese pensamiento me recordó la carta del tarot escondida en mi bolso de mano y lo abracé. La había traído conmigo con el deseo de que me trajera suerte, y aún no sabía qué era lo que me había concedido.

Ismael sacó de una cómoda dos capas un poco apelmazadas en comparación con las de los *magistri*, de un azul intenso e inmaculado.

—Para que el aire fresco no te abrume —añadió, echándome una sobre los hombros.

Solo unas horas antes me había prestado su chaqueta con un gesto similar, y entonces el contacto de sus manos me había ruborizado. Como una chica normal que se encuentra por casualidad con un compañero de clase igual de normal. En cambio, ahora… Me abrigué con la prenda y seguí a Ismael fuera de la estancia.

Cruzamos una antecámara y nos encontramos en medio de la noche de la laguna. Nubes estáticas cubrían el cielo hasta donde alcanzaba la vista, allá lejos, donde se vislumbraba el reflejo alargado de las luces de Venecia.

Disminuí el ritmo de mis pasos, embelesada por el espectáculo. Había salido decenas de veces por la noche, había recorrido plazas y locales, pero nada era equiparable a aquella panorámica.

Ligeras gotas de lluvia repiquetearon sobre mi cabello en cuanto dejé atrás la protección del edificio. Ismael tomó un paraguas en la entrada.

—Es increíble cómo consigues convertirte en un incordio cada vez mayor, Valmori. De verdad que tienes talento.

—Bueno, y tú, como siempre, eres un excelente rival. ¿Acaso crees que no hubiera preferido a otro como *magister*?

Por toda respuesta, Ismael abrió el paraguas y me lo entregó sin contemplaciones.

—Tápate antes de que decidan que también soy responsable de que te resfríes.

Incliné de manera ostentosa el paraguas hacia atrás y levanté el rostro hacia las nubes, permitiendo que las gotas frías me lo empapasen.

Ismael ahogó un gruñido exasperado en la palma de la mano y me miró a través de los dedos, como si cada una de mis aspiraciones supusiera una afrenta personal a su existencia.

—¿No podrías angustiarte y quedarte sin palabras como todos los demás humanos que descubren la magia por casualidad? —rezongó.

—Créeme, estoy angustiada. —La angustia, era evidente, me volvía más locuaz.

—Entonces trabaja el silencio, porque ahora es momento de escuchar.

Chasqueó los dedos y un farol flotante surgió a la vuelta de la esquina y lo rodeó dos veces, como un perro después de esperar a su amo todo el día.

Apreté los labios, como prometiendo no abrirlos durante un rato, y levanté el brazo lo suficiente para tapar a Ismael con el paraguas. No podía permitir que mi *magister* enfermase en mi primer día de clase. Él no dijo nada, pero inclinó ligeramente la cabeza para colocarse bajo él.

Recorrimos la planta circular del edificio siguiendo un sendero adoquinado, rodeado por un jardín bien cuidado e iluminado por farolas encorvadas. Nos encontrábamos en una pequeña isla, lo suficientemente grande para albergar el edificio en el que había estado y una porción de tierra a su alrededor, desde donde partían unos puentes. No reparé en cuántos eran, pero siguiendo sus arcos comprendí que estaba en un archipiélago. Me detuve.

A mi alrededor, las piedras aún permanecían en pie, dibujando los perfiles de un conjunto de palacios inmunes al paso del tiempo. Parecían tener mil años y aun así relucían impecables. Los edificios se alzaban sobre los islotes como guardianes de la magia, oculta tras paredes decoradas con azulejos y arcos de herradura. Una mezcla equilibrada de arte árabe y veneciano que se prolongaba hasta los tejados, en una sucesión de cúpulas y torretas que apuntaban sus agujas hacia el cielo nocturno.

—Increíble, parecen construcciones bizantinas, pero los detalles son del gótico veneciano y… ¿barrocos? Mezclan influencias de múltiples culturas, pero no parecen haber sido rehabilitados. —Giraba en todas direcciones, entornando los ojos para distinguir las formas en la oscuridad. Entonces golpeé algo con el paraguas.

—¿En serio, Valmori? ¿Acabas de descubrir la existencia de la magia y tu primera reacción es interesarte por los palacios? —Ismael me lanzó una mirada de reojo; tenía la cabeza ladeada y, en la frente, la señal de un rasguño con la forma de la varilla del paraguas —. ¿No podrías ser un poco menos torpe?

—¿Y tú podrías ser un poco más bajo? —repliqué, intentando avanzar, cuando sentí que sus manos se enredaban con las mías y me arrebataban el mango del paraguas.

—Veré qué puedo hacer —respondió con una risita burlona que me obligó a cambiar de tema, porque el límite que había impuesto a mis conversaciones con Sagredo era no quedarme nunca sin algo que replicar.

—¿No me digas que ese edificio se construyó de una manera *normal*? —Subrayé la palabra, preguntándome para mis adentros qué podía considerarse normal a esas alturas.

—Por supuesto que no —respondió, adaptándose a mi viraje—. Una construcción así no puede nacer de las manos de un simple albañil o un arquitecto…, y con esto no te hagas una idea equivocada. No apareció de la nada tras un chasquido de dedos. Hicieron falta años de trabajo para diseñarlo. Porque, antes que magos, somos estudiosos de todas las formas de magia. —Colocó un dedo bajo la lluvia y el farol se posó sobre él.

Lo observé con detenimiento. No estaba atado a ningún hilo. Flotaba de verdad.

—¿Alguna vez has tenido la sensación de que podrías hacer más? ¿De estar a un paso de escribir la tesis perfecta, de encontrar el significado de las órbitas de los planetas o la fórmula capaz de curar una enfermedad intratable? Nosotros podemos hacerlo. Tenemos la capacidad de ir más allá de los límites humanos. A eso lo llamamos magia. Es un talento oscuro. Es el ingrediente que faltaba.

Claro que había deseado alguna vez ser mejor de lo que era. Ser perfecta, ir mucho más allá del límite de lo que creía posible. Quería que cualquier conocimiento llegara más lejos de las páginas que había leído, aunque se presentase entrelazado con muchas, con

demasiadas dudas. Una de ellas estalló entre mis pensamientos.

—Entonces, ¿eres profesor asistente en nuestra universidad y *magister* aquí? ¿Cómo lo haces?

—Los magos somos más inteligentes que los humanos. Y no levantes los ojos al cielo, Valmori, es una cuestión anatómica. Nacemos con mayor densidad neuronal. Nuestra red de sinapsis es tres veces más densa, y nuestra mielina tan abundante que podemos reaccionar más rápido que un atleta olímpico.

—Por eso eres el capitán del equipo de esgrima —deduje, aplacando un poco la envidia que siempre había sentido por la cantidad de áreas en las que sobresalía Ismael.

—De todas maneras, me paso horas entrenando. Podemos decir que nacemos con una estructura genética perfecta, y depende de nosotros aprovecharla al máximo. Puedes llamarnos afortunados, eruditos, investigadores —dijo Ismael, regalándome la sonrisita que me reservaba antes de corregirme alguna respuesta en clase. Empujó el farol hacia arriba y este giró sobre sí mismo y se abrió como para tragarse una lucecita, solo que el metal se desprendió de las bisagras y el vidrio se desenrolló hasta transformarse en una franja de color. La llama que albergaba no estaba alimentada por una vela. Era simplemente un pequeño corazón de luz azul palpitante que se posó en la mano de Ismael. No lo quemó; danzó entre sus dedos, bien ardiendo en su palma, bien dividiéndose en cinco minúsculas luces que brillaban entre sus yemas—. O puedes llamarnos magos.

Tragué con dificultad. Nada podía explicar lo que había visto. Ni siquiera la fórmula más imaginativa de física o química.

El farol que obedecía la orden de Ismael, el fuego que bailaba en su mano… Sí, eso era magia.

—Pregúntame lo que quieras —me animó Ismael, mientras el farol se ensamblaba de nuevo, encerrando la llama tras su puerta, y volvía a flotar sobre nuestras cabezas.

Abrí la boca y la cerré de inmediato. Los más dispares pensamientos asaltaban mi mente y luchaban por ser procesados.

—¿De verdad estabas en el teatro para ver *La valquiria*?

Nunca había visto a Ismael reír con tantas ganas. Me puse furiosa, porque entre los absurdos aspectos de mi existencia, la única observación que aparecía con nitidez en mi mente era lo guapo que estaba cuando perdía la compostura de aquel modo.

—Eres la protegida de Domiziana… —Ismael se encogió de hombros y tuve que obligarme a concentrarme en mis preguntas y no en sus rizos castaños, que me goteaban en el hombro.

—¿Serías capaz de convertir esto en una cometa? —pregunté señalando el paraguas, atenta a recuperarlo en el caso de que quisiera hacerme otra demostración.

—No, porque el paraguas no es mío. Es un tema largo y complejo, pero los magos establecemos un vínculo con nuestras posesiones. Nos pertenecen, las cuidamos y a cambio tenemos el poder de controlarlas. Esto es mío —añadió mientras balanceaba el farol a nuestro alrededor—. Cada estudiante de la Academia tiene el suyo, y son especialmente útiles para las sesiones nocturnas de estudio en las apartadas celdas de Sotobóveda.

Sentí el deseo nítido de ser uno de ellos, de recibir un farolillo flotante y de perderme entre los edificios, pero la última falange de mi meñique izquierdo me escoció de forma insoportable, recordándome que había algo más: la desaparición, el colgante y la pelea en el callejón. Todo aquello, por fuerza, tenía que estar relacionado. Pero no me fiaba lo suficiente de Ismael como para compartir mis suposiciones.

—¿Por qué no intervenís en los asuntos humanos? Con vuestra magia, podríais salvar vidas y hacer el bien.

—Lo hemos hecho durante generaciones. —Había tanta tensión en cada sílaba de esta sentencia como en su mandíbula—. Y cada vez, sin una sola excepción, los humanos se aprovecharon de nuestros poderes, siempre con el propósito de explotarlos con fines egoístas. De vez en cuando, alguien, en algún lugar del mundo, lo intenta, con los mismos tristes resultados. Las compañías farmacéuticas codician nuestras decocciones curativas, y los

coleccionistas se mueren por nuestros artilugios para encerrarlos en vitrinas de cristal.

—¿No podéis impedirlo? Al fin y al cabo, sois… magos. —La palabra todavía sonaba irreal en mis labios.

—Somos pocos, poquísimos comparados con los humanos, y los secretos se propagan con rapidez. Con eso basta para perder el control sobre ellos.

Hablaba con una seriedad que parecía evocar acontecimientos horribles ocurridos en el pasado. Ignoraba cuáles eran los límites de los poderes de los magos, pero la codicia de los humanos me resultaba familiar, así que decidí no indagar más.

—Te quedan otras tres preguntas —dijo, conteniendo un bostezo detrás de sus nudillos cargados de anillos y mostrándome sus dedos índice, medio y anular.

—¿Solo tres? Eres un *magister* horrible, deberías aclarar todas mis dudas —repliqué, metiendo con energía las manos bajo la tela de la capa.

—Tengo sueño. Y te quedan dos. —Bajó el dedo medio, logrando mantener los otros dos perfectamente rectos sin esfuerzo.

Lo miré de pies a cabeza con antipatía y me prometí que a la mañana siguiente correría a la biblioteca.

—¿Qué más sabéis hacer los magos?

—Como te acabo de explicar, somos eruditos. Investigamos la magia desde cuando nace. Nos hacemos preguntas y buscamos respuestas, y, entre tanto, tomamos mucho café —dijo sin perder el gesto serio, mientras reanudábamos la caminata por el sendero de adoquines dispuestos en diseños geométricos.

Me perdí siguiendo las líneas por un instante que al cerebro de Ismael debió de parecerle una eternidad, porque volvió a hablar:

—Una pregunta más.

—¿Cómo hicimos para volar sobre los tejados? —pregunté.

—Obviamente, no volamos —lo dijo como si fuera una tontería y todo lo ocurrido algo perfectamente normal—. Caminamos con mis zapatos, dotados de la capacidad de desplazarse sin pisar el suelo.

—Vaya respuesta más pobre, Sagredo. Protesto y exijo que profundices en el asunto.

Sin previo aviso, tuve que cogerme de su brazo para no quedarme atrás, mejor dicho, para no quedarme en el suelo. El siguiente paso de Ismael se interrumpió a un palmo del sendero, como si se apoyara en un escalón invisible. El siguiente lo llevó aún más alto, y yo floté con él a una distancia de medio metro sobre la superficie. El aire era sólido bajo mis pies, como si nos hubiéramos subido a un puente invisible. De nuevo.

—Eres una empirista, Valmori. Así que aquí tienes tu demostración.

Inclinó la cabeza y un mechón de cabello oscuro ondeó sobre su frente. Cuando la levantó vi cómo disfrutaba, desde la comisura de sus labios hasta el brillo de sus ojos de color terracota.

—Vale, pero no me sueltes.

Me aferré a él a regañadientes mientras su farol continuaba girando alrededor y la lluvia realzaba su aroma a sándalo. A sándalo y a una fragancia que no conseguía identificar.

—La magia comparte principios con la química. En el interior de un cuerpo se produce una reacción entre múltiples elementos. Por ejemplo, para estos zapatos, se mezcló hidrógeno y cuero, y en las capas que llevamos se cosió mercurio en el paño para controlar la temperatura. Solo hay un elemento que permite que la reacción desarrolle capacidades mágicas. —Ismael inclinó el paraguas hacia atrás y dejó al descubierto algunas manchas de cielo. Las nubes huían, abriendo pedazos de noche sobre nuestras cabezas, una brillante noche de otoño en la que los puntos luminosos de luz titilaban—. El polvo de estrellas.

De repente, cada una de aquellas luces me parecía muy cercana, y las posibilidades de combinaciones químicas, infinitas y fascinantes.

Había formulado ya las preguntas que podía hacer y, fuera como fuese, debía ingeniármelas para obtener respuestas.

—Así que, aunque tenéis zapatos voladores, también construís

puentes —me atreví, mientras analizaba el plano del archipiélago.

—No son zapatos voladores, pero con ellos dominamos la gravedad y elegimos hacia dónde caminar. Por ejemplo, si estuviera en lo alto de una torre tendría dos opciones: si me empujaran, me caería, mientras que si doy yo el primer paso, me quedaría suspendido. ¿Lo entiendes?

De nuevo afloró el lado académico de Ismael, la voz limpia y apasionada con la que le había oído preguntar en clase y que ahora no me importaría seguir escuchando.

—Tal vez tengas razón: soy una empirista. —Levanté una ceja, insinuando la posibilidad de arrojarlo desde el puente para comprobar su teoría.

—Y una pésima mentirosa —me recordó Ismael, reconociendo enseguida que bromeaba.

—¿Por qué no usáis estos zapatos para trasladaros de una isla a otra? —pregunté cuando divisé a los primeros estudiantes en el jardín.

Ismael chasqueó la lengua.

—Se te han acabado las preguntas, Valmori. Puedo concederte otra a cambio de una confesión en el momento que yo elija.

Sopesé la oferta.

—Una confesión por otras tres preguntas.

—¡Venga ya! ¿De verdad quieres oírme decir que mis zapatos son carísimos y raros y que solo unos pocos se tos pueden permitir?

Torcí el gesto y negué con la cabeza, al tiempo que me fijaba en una chica que recogía gotas de lluvia en el platillo de una balanza diminuta. En cualquier otro sitio la habría considerado peculiar con aquel pelo blanco plateado y su capa azul, pero allí encajaba a la perfección. Tenía el mismo aire anticuado y ensimismado que Ismael. Totalmente fuera de lugar en el resto del mundo, pero allí, como en su propia casa.

Reparé en otras personas: una pareja tumbada en un banco leía el mismo rollo de pergamino, cada uno por un lado; un chico de dedos nerviosos examinaba las nubes con un monóculo.

—¿Qué tiene en la mano? —pregunté señalándolo.

Ismael esbozó una sonrisa astuta.

—Por fin… —Esperaba esa pregunta—. Es un instrumento mágico. Ya sabes que utilizamos polvo de estrellas para provocar una reacción mágica. Los objetos con propiedades mágicas se llaman artefactos.

Repetí la palabra en mi mente mientras continuaba caminando, reflexionando sobre las horas pasadas.

—Tu reloj de bolsillo es un artefacto.

Ismael ni siquiera asintió, pero pude ver en el brillo de sus ojos que lo era, y quizás uno bastante poderoso.

El islote de la Academia era el de mayor tamaño, y el edificio estaba rodeado por un entorno ajardinado de unos cien metros de largo, donde, a la tenue luz de los farolillos, podía distinguir los contornos de bancos, mesas y altos árboles de diversas especies. Y, más allá, las siluetas de otras construcciones, buena parte de ellas ocultas por la oscuridad. Solo una torre destacaba. Era el edificio más alto, y en su cima brillaban luces por encima de las ventanas abiertas, una serpentina luminosa que conducía a la cúpula de cristal. Quizás era un monumento.

—¿Qué es aquello?

Ismael siguió mi dedo índice.

—La Cúpula de Astronomía. A estas alturas ya estará abarrotada, aunque no sea la noche ideal para observar el firmamento.

Miré hacia el horizonte.

—¿Cómo es posible que nadie haya descubierto este lugar? ¿Cómo puede pasar desapercibido para satélites, drones y barcos?

Ismael sonrió, como si de nuevo se esperase la pregunta.

—Como te he explicado, la magia es el elemento que falta en la humanidad. Es un concepto que nunca se logra comprender, y por eso la isla es invisible para vosotros. No se puede captar. Algunos de los instrumentos de más avanzada tecnología son los aparatos más ciegos y sordos jamás diseñados. Nunca conseguirán detectarnos. En lo que respecta a las embarcaciones, es más complicado. Los

timoneles ven una extensión de mar despejado, pero las corrientes fueron tejidas con magia, para evitar incidentes. Los marineros simplemente nos evitan, como un ciclista esquiva un bache en el camino. Existimos en su punto ciego.

Asentí con parsimonia, preguntándome cuántos puntos ciegos más se esconderían en otros lugares del mundo. Ahora que sabía de la existencia de la magia, no solo las leyes y la lógica se ponían en cuestión; todo el andamiaje geográfico debía dejar espacio para un elemento más.

—¿Siempre os escondéis en lugares como este?

—Estamos en todas partes. En palacios sin placa exterior, en jardines aparentemente abandonados o en puestos al fondo de mercados, en negocios clandestinos. A veces, sin embargo, somos el centro de atención. A plena luz hay escondites magníficos: somos directores de museo, modistas, primeros violinistas, encantadores profesores… —Los dientes blanquísimos de Ismael relucían a la luz de su farol.

—¿Encantadores profesores? Ha de ser una broma. ¡No conozco ni al primero!

Descubrí que la ironía me ayudaba a mantenerme a flote entre la marea de pensamientos y sensaciones que se precipitaban hacia mí. Había intentado poner en práctica mi ejercicio favorito: contar de manera obsesiva los objetos que me rodeaban. El problema era que me encontraba en un lugar extraño y todo lo que podría contar no haría sino alimentar mi confusión. Paradójicamente, discutir con Ismael Sagredo era la única sensación familiar que me quedaba.

—¿Sabes, Valmori? Algunas personas antes que tú entraron en contacto con el mundo de la magia, pero muy pocas lograron mantener la lucidez. La mayor parte sufrió un colapso. Demasiadas verdades nuevas a la vez. Las certezas sólidas se les hicieron añicos —dijo, y me pareció percibir una ligera inflexión en su voz, una fisura, que enseguida barrió un golpe de tos.

Reflexioné sobre sus palabras. Ismael no se hacía una idea del terremoto que agitaba mi cabeza. Con mi desaparición había

experimentado el terror del olvido de los recuerdos. Gracias a mi psicóloga, fui aprendiendo a preservar mis pensamientos. Imaginaba mi mente como una biblioteca ordenada, conformada por estantes y libros. En ese momento, un tornado había destrozado un ala entera, pero estaba segura de poder recuperarme, y creía saber por qué.

—Si no me he vuelto loca es porque durante muchos años albergué la esperanza de que existiese la magia. La magia ocupaba tanto espacio en mis fantasías que se volvía cada vez más posible. ¿Tiene algún sentido?

—Creo que es la explicación más plausible. Deberías hablar de ello con *magister* Panfilio. Le fascinaría y te sugeriría convertirte en su próximo caso de estudio.

Entonces Ismael dio un paso más largo que me desequilibró. Tuve que sujetarme con fuerza a su brazo, y cuando abrí la boca para protestar respiré a pleno pulmón el aire salado de la laguna.

En el horizonte, las luces de Venecia se desplegaban sobre el agua, coloridas franjas, reflejos de la vida que continuaba en mi ciudad, cientos de mujeres y hombres ajenos a la magia que se ocultaba a pocos kilómetros de ellos. El apoyo de nuestros pies se volvió menos sólido, como si los zapatos hubieran percibido el cambio en el terreno. Estaba a punto de expresar ese razonamiento cuando Ismael me tomó del brazo e hizo que me volviera.

Lo obligué a apartar el paraguas para captar la belleza del edificio que reinaba en el centro del archipiélago. Se diría similar a una catedral, pero su estructura se basaba en la repetición simétrica de vidrieras, arcos, torretas y puentes colgantes, todo ello rodeado por un pórtico. No era un edificio, sino muchos; no era un solo lugar, sino fragmentos del mundo trazados juntos en perfecta armonía. Era equilibrio y calma, y algo tan maravilloso que el mismo cielo lo deseaba, reflejándose en todas sus vidrieras. La lluvia resbalaba por mi cara, pero no me importaba. Era la construcción más hermosa que había visto jamás, y su mera existencia era magia hecha de piedra.

—Esto, Valmori, es Sotobóveda. Estamos en el corazón de la

Academia de Seledia.

CAPÍTULO 5



A la mañana siguiente, algunos restos de nubes permanecían en los bordes del cielo, como si deseasen conocer el resto de mi historia antes de ser arrastradas por el viento. Yo también quería conocerla y me sentía igual de frágil dentro de los límites de la Academia.

La noche anterior, Ismael me había acompañado al islote de la Residencia y me dejó en la puerta de mi habitación, no sin antes asegurarme que el Colegio se ocuparía de mí y de anunciarme la condena de nuestra próxima cita al día siguiente, a la hora del desayuno, las ocho en punto, en el mismo lugar donde nos habíamos separado.

Apenas había conseguido dormir un par de horas, arropada con las mantas de la cama con dosel y atormentada por mil preguntas, cuando me despertó el viento que golpeaba los cristales de la ventana. Entonces abrí las cortinas y esperé los dedos rosados de la aurora en el horizonte para salir de allí.

En el pasillo encontré una maleta con mi nombre escrito en la etiqueta. Al abrirla, descubrí una dotación básica del uniforme estudiantil: una suave camisa de seda nacarada y, para elegir, una falda y unos pantalones azules. Mis dedos se hicieron un lío al

intentar abrocharme los botones. La ausencia de la prótesis del meñique trastocaba el equilibrio al que estaba acostumbrada, y al final me dejé un par de ellos abiertos; quedaban cubiertos por el chaleco del uniforme, en el que figuraba el emblema de la Academia: una estrella de ocho puntas. Alguien me había ahorrado el desayuno en pijama, y yo, agradecida, me aproveché de ello. Así que al rato ya estaba paseando por el muelle más exterior del archipiélago, que se asomaba a la lengua de tierra del Lido.

Pasé junto a un banco en el que alguien había olvidado una toalla y alineé los pies con las rayas de las losas de piedra, dejándome guiar por las juntas y las vetas bien delineadas. Debían de tener cientos de años, al igual que aquel lugar, y, sin embargo, siempre habían permanecido ocultas para el resto del mundo. Levanté la mirada hacia el mar, que apenas se movía, preguntándome qué otros secretos persistirían encerrados, tanto bajo las olas como más allá. Algunas hojas amarillas caídas al agua eran arrastradas con rapidez a mar abierto por las corrientes y, tras alejarse, volvían a estrellarse contra las piedras, salpicando agua y espuma. Aunque no me lo planteaba, me habría resultado imposible escapar de allí. Desde el primer instante en que el nombre de la Academia había salido de la boca del *magistri*, decidí que haría cualquier cosa por quedarme, incluso si eso significaba dejar atrás mi antigua vida. Continuaría con mis estudios en la universidad en mi tiempo libre, pues ¿qué podía compararse con estudiar magia? Nada.

Se me puso la piel de gallina y temblé ante la idea, mientras contemplaba cómo surgía el sol y disipaba la oscuridad. Fue entonces cuando atisbé un brazo que emergía de las aguas, seguido de una masa de pelo oscuro y la línea de una espalda.

«Una sirena», pensé, pues pocas personas serían capaces de nadar con aquellas corrientes. Observé la silueta hasta que una mano se aferró a la escalerilla al borde del muelle, bastante cerca de donde me encontraba. Entre las olas surgieron los hombros torneados y el rostro concentrado de Ismael Sagredo. Su pelo

chorreaba, y a mí me habría encantado poder apartárselo de la frente e introducir los dedos entre los mechones que caían por su cuello. Recordé cuánto odiaba sentarme detrás de él en el aula, así como su ancha espalda, que me tapaba un trozo de pizarra siempre que, de manera inexplicable, conseguía llegar a clase antes que yo. Nunca habría imaginado que ocultara un físico que parecía dibujado por una mano firme, generosa en resaltar las sombras de los músculos del pecho y los brazos.

«¡Soy patética!», me dije, y de repente me entraron ganas de tirarme un cubo de agua fría a la cara.

Ismael trepó al muelle y se sacudió el agua de los pantalones de buceo, tiritando de forma ostensible. Mi primer instinto fue acercarle la toalla, pero me detuve al pensar que, si me mantenía alejada, tal vez no reparase en mi presencia.

Sus pies descalzos trazaron una serie de grandes huellas en la piedra mientras estiraba los músculos. Cometí el error de no esfumarme antes de que se incorporase y se recogiera el pelo entre los dedos. Sus ojos me descubrieron de inmediato.

—Valmori —dijo, escrutando mi vestimenta con un gesto de sorpresa que enseguida se convirtió en fastidio—. ¿Ya te hacen vestir como uno de nosotros?

Junté las manos detrás de la espalda, compartiendo para mis adentros la idea de que no me merecía aquel uniforme en absoluto, si bien nunca le daría la satisfacción de mostrarme de acuerdo con él.

—Sí, y me han dicho que pronto me darán una varita.

Ismael frunció el labio inferior en una mueca de irritación ante mi réplica y se escurrió el pelo, dejando que una cascada de gotitas descendiera por su cuello y su torso, lo cual puso a prueba mi instinto de recorrerlos con la mirada.

—Tú, en cambio, deberías taparte.

Señalé la toalla con la punta de la barbilla y miré alrededor. Aparte de nosotros, el muelle a pie de calle estaba desierto, pero cuanto más se alzaba el sol en el horizonte, más cortinas empezaban

a abrirse en la larga fachada de la Residencia.

—¿Te molesta si me quedo así? —preguntó Ismael, lanzándome una mirada que me retaba a replicar algo distinto de las respuestas preparadas de la buena estudiante que había visto durante tanto tiempo en clase. Luego cogió la toalla, solo para frotarse el pelo, que empezaba a rizarse en las suaves ondas que yo conocía.

Lástima que aquella buena estudiante fuera yo.

—Me molestas de cualquier forma que estés, pero el destino parece querer ensañarse conmigo. Eres mi *magister*, así que no te atrevas a ponerte enfermo porque tengo mil preguntas y una Gran Biblioteca que examinar —solté de un tirón.

—¿Crees que me entusiasma convertirme en tu guía turístico?

—Siento que mi vida haya dado un vuelco en las últimas horas, que el mundo que conocía se haya puesto patas arriba y que me hayan traído aquí para averiguar qué demonios me pasó cuando…

Me interrumpí antes de decir «me raptaron».

Jamás había pronunciado esas palabras en voz alta, pero oírlas resonar en mi mente bastó para que me invadiera el frío. Las olas parecían romper con más fuerza sobre la piedra, con el mismo ritmo que me había despertado de un larguísimo sueño. Me tambaleé presa del mareo, como si estuviera de nuevo en aquella góndola, abandonada en el centro del Gran Canal, sola bajo el cielo estrellado de Venecia.

—¿Valmori? —preguntó Ismael, acercándose.

Ni siquiera lo miré a la cara. Di un paso atrás y aumenté la distancia, negando con la cabeza.

—Estoy bien, solo necesito comer algo. Para tu información, preferiría a una mazorca de maíz como guía turístico antes que a ti.

Ismael curvó sus marcadas cejas y se envolvió en la toalla.

—Claro, una mazorca —repitió, en el tono condescendiente que se emplea con un niño para zanjar una pataleta—. Quédate sentada en el banco mientras voy a cambiarme y luego intentaremos cumplir con nuestra tarea, ¿de acuerdo? —concluyó, con tal contundencia que podría haber remachado un clavo en la piedra.

Asentí, pero en cuanto lo perdí de vista me encaminé hacia el centro del archipiélago, siguiendo la dirección tomada por la mayoría de los estudiantes, que supuse que se dirigían a desayunar. El refectorio, como alguien lo llamó al pasar, recordaba a algunas tabernas históricas que había visitado. Las paredes estaban atestadas de recetarios y adornos otoñales, y el centro de la sala estaba ocupado por grandes mesas de madera maciza, en torno a las cuales los estudiantes colocaban sillas para reunirse. Nadie me prestó atención mientras me servía en el bufé una bandeja cargada de tostadas con mantequilla y mermelada, una porción generosa de tarta de limón y un plátano, todo ello acompañado de un humeante capuchino. Comí sola, declinando cortésmente la invitación de un chico rubio con una llamativa quemadura en la mejilla para que me uniera a él y a sus amigos. Parecía sincero en su empeño de que no me quedara al margen, pero yo no sabía cómo confesarle que ni siquiera en grupo iba a articular palabra. Los retazos de conversación que capté me llevaron a acordarme de mis días de estudiante de secundaria, cuando visité la Universidad Ca' Foscari durante la jornada de puertas abiertas, para descubrir que los temas de examen que preparaban resultaban tan indescifrables como el sumerio antiguo. Del mismo modo, aquella mañana los magos de la Academia hablaban de una forma oscura de asuntos que no comprendía.

Posé la taza con decisión y me ajusté las horquillas en las sienes, como hacía siempre antes de emprender una sesión de estudio. Si entendía, la única opción era estudiar. Volví a dejar la bandeja en su sitio y caminé hacia Sotobóveda. El camino principal y los puentes estaban protegidos por soportales de piedra en los que algunos estudiantes se sentaban a leer o a hacer experimentos con los extraños accesorios que portaban. Daba la impresión de que cada mago estaba obligado a llevar al menos un par de anillos, un manojo de llaves colgado de la cintura y un collar de diseño extravagante. Me fijé en el que sobresalía por encima del hiyab de una chica y me toqué el pecho donde solía estar mi colgante. Lo había manoseado

tantas veces que mi palma parecía recordar su forma y se curvó como para asirlo, aunque allí solo quedaba un vacío. Giré la pulsera que me había regalado Domiziana, que me molestaba en cualquier posición, y crucé el umbral de Sotobóveda. Y allí me detuve.

Un simple vistazo no me bastó para contemplarla en su totalidad, pues mis ojos no sabían por dónde empezar la exploración. El diccionario de mi mente rebullía en busca de una definición adecuada. Era una biblioteca con las paredes llenas de libros desde el suelo hasta el techo. Era una sala donde altas ventanas dejaban a la vista algo parecido a celdas circulares adornadas con alfombras mullidas y sofás bajos cubiertos de cojines. Era una ludoteca en la esquina donde las mesas estaban ocupadas por tableros de ajedrez, barajas de cartas y dados. Era un café detrás del mostrador donde una pareja llenaba teteras y platos. Y estaba segura de que había mucho más detrás de las columnas que todavía no alcanzaba a divisar. Me dejé arrastrar por los estudiantes que me rodeaban y se desperdigaban por allí, la mayoría para ocupar las mesas. Algunos, por el contrario, tomaban la escalera de caracol que conducía al balcón y desaparecían.

Di mis primeros pasos inciertos hacia el fondo, para no atraer la atención más de lo necesario, y empecé a escudriñar los letreros que dividían las secciones de libros hasta encontrar el de Propedéutica. La pared se prolongaba hacia arriba, y mi brazo no alcanzaba más allá del tercer estante. Me estaba preguntando cómo llegar a los más altos cuando una chica de larga melena rubia adornada con cintas tornasoladas pasó a mi lado y una escalera de peldaños de piedra surgió de la roca para acompañarla en su búsqueda.

Me apresuré a seguirla, apoyando con recelo los pies en los escalones que instantes antes no existían.

No obstante, al desplazar mi peso sobre ellos, me parecieron tan sólidos como los de la Escalera de Oro del Palacio Ducal de Venecia. Graníticos e inamovibles. Con la esperanza de que no se desvanecieran tras el paso de la chica, me encaminé hacia la parte superior de la biblioteca al tiempo que leía algunos títulos: *El códice*

de las estrellas: lectura y escritura astrológica, de David Erulo; *Leyendas celestes: relatos celestiales de la creación*, de Lorenza Quintaluce… Todos parecían condenadamente interesantes. No sabía por cuál empezar.

Observé la espalda de la chica rubia, cubierta por un chal, y la curiosa colección de parches en forma de bocadillos de cómic repartidos por su uniforme.

«Podría preguntarle», pensé, antes de recordar que debería estar acompañada de Ismael y que quizás exponerme demasiado no era una buena idea. Me decidí por *Leyendas celestes* y alargué la mano para cogerlo. De súbito, los estantes emitieron un destello y salí despedida hacia atrás, peligrosamente cerca del borde de la escalera.

—¡Cuidado! —La chica rubia dejó caer los libros que llevaba en la mano para sujetarme del brazo, y yo volví a saltar hacia la pared. Me estrechó con sus suaves dedos y tuve la sensación de flotar mientras tiraba de mí.

—Creo que estoy a salvo —afirmé tras recuperar el equilibrio—. Gracias.

—No me digas que acabo de salvar a una ladrona de libros o, peor aún, a una de esas lectoras que doblan las páginas —dijo, ahuecando la falda sobre su elegante figura y frunciendo el ceño de su rostro angelical para analizarme.

Estaba segura de que nos convertiríamos en grandes amigas.

—Preferiría que me ataran los brazos a una silla antes que doblar una sola página, y creo que tengo algo así como un récord de libros devueltos a los pocos días de llevármelos prestados. —La segunda parte era de cosecha propia.

—Entonces serás una gran compañera de lectura —rio la maga, señalando las dependencias donde algunos estudiantes habían tomado asiento en los sofás, tumbados con los libros—. Me llamo Bianca Gardenigo, astrónoma especializada en el comportamiento de estratiformes —añadió, ajustándose los apretados gemelos con forma de planeta que llevaba en los puños.

—Ámbar Valmori… Acabo de llegar. —Escondí la mano izquierda entre los pliegues de la capa y le tendí la derecha. Ella me la estrechó con suavidad.

«Cada mago tiene una especialidad y está obligado a mencionarla al presentarse», pensé, arrepintiéndome de no haber añadido algo como «investigadora de antigüedades», que sonaba lo bastante pretencioso como para ser cierto incluso allí.

Pero Bianca parecía más interesada en la estantería, que volvió a tocar con cautela. Cuando su mano rozó los libros no sucedió nada.

—Parece que la biblioteca te la tiene jurada —confirmó, abriendo de par en par sus grandes ojos color miel.

—Preferiría no repetir el experimento —dije, masajeándome el costado que me había golpeado contra la balaustrada.

Bianca se agachó para recoger los volúmenes que habían caído al suelo, murmurando sus conjeturas.

—Qué curioso…

—Ah, señorita Gardenigo, veo que ha tenido el placer de conocer a la señorita Valmori, una reciente incorporación que nos tiene en vilo por los misterios que se ciernen sobre ella. Me temo que tiene prohibido sacar de nuestras bibliotecas… Y no veo a *magister* Sagredo velando por su seguridad. —Bartolomeo Gritti me miraba desde el suelo con una mano apoyada en su bastón.

—Sagredo ha ido un segundo al baño —dije, balanceándome sobre las puntas de los pies, mirando a mi alrededor como si esperara verlo aparecer de un momento a otro.

Algunos estudiantes se habían parado a observar la escena, y Bianca le había dirigido un saludo respetuoso al profesor de Astronomía. Gritti esbozó una sonrisa compasiva.

—¿Le han dicho que miente fatal?

—Sí, muchas veces —reconocí con un suspiro, mientras Bianca me ayudaba a descender de la escalera que se volvió a formar bajo nuestros pies y, tras unos instantes, desapareció a nuestra espalda.

—Créame cuando le digo que es una suerte, pues las mentiras llevan por caminos desafortunados. Nada bueno sale de ellas. Por

eso el método que el Colegio ha establecido para saber si es digna de estar aquí… ¡Ah! —Gritti se llevó una mano a la boca, como si de repente se hubiera dado cuenta de que había hablado de más—. Es demasiado pronto para esa información. —Me guiñó un ojo, y ya se disponía a marcharse cuando una sombra se abalanzó sobre nosotros con la avidez de un ave de rapiña.

—Aquí estás. —Ismael Sagredo terminó su última zancada y se detuvo ante nosotros. Sus ojos estaban clavados en mí, como si no buscara nada más, y su mandíbula sugería que me iba a arrepentir por haberme encontrado—. Ignoraste mis indicaciones, te fuiste sin decirme nada y…

Gritti lo interrumpió, apoyándole el bastón en el pecho.

—*Magister* Sagredo, si un pajarito se escapara de la jaula, ¿culparía al animal o al hombre que la dejó abierta?

Ismael se ajustó el cuello de la camisa.

—Valmori es una persona, no un jilguero —dijo con una voz muy distinta de aquella con la que en clase solía presumir de dar siempre la respuesta correcta. Era una voz lapidaria, y se le veía cabreado.

—Por suerte. Así no puede salir volando; debería ser más sencillo vigilarla. Que no vuelva a ocurrir. —El tono de reproche era palpable, a pesar de que Gritti no perdió sus buenos modales.

—Sí, profesor —pronunció claramente Ismael, inclinando la cabeza, y yo contuve una risita que me sacudió y me provocó un dolor punzante en el costado.

—*Magister* Gritti, file su magia la que me impidió acceder a la estantería, ¿no es así? Cuando reciba instrucciones del Colegio, ¿podré tomar libros prestados de la biblioteca? —pregunté esperanzada.

En el rostro de Gritti se dibujó una sonrisa muy medida.

—Correcto, mi magia, esta vez, tiene la culpa. Me he comprometido a organizar su estancia aquí. En cuanto a la biblioteca…, la respuesta es no a corto plazo. El conocimiento aquí recopilado es tan valioso como comprometedor. Nos encargaremos de que acceda a él de manera gradual.

Sentí una oleada de desilusión, y los dedos se me estremecieron al pensar en los libros que me estaban vedados, pero a la vez me obligué a asentir y a mostrar gratitud. Gritti, o quienquiera que hubiera tomado aquella decisión, actuaba así por mi bien. Y tarde o temprano llegaría mi hora. El profesor hizo un gesto galante con la mano y se marchó, seguido de Bianca, que empezó a hacerle una pregunta sobre astronomía de la que no entendí ni palabra.

Enderecé la espalda, consciente de pronto de que estaba cara a cara con Ismael, que volvió a mirarme como si estuviera eligiendo por dónde empezar a insultarme. Finalmente, eligió señalarme con su largo dedo índice anillado.

—Por tu culpa, Valmori, acabo de recibir mi primera reprimenda en cinco años de estudio en la Academia de Seledia. Te aseguro que no lo olvidaré.

Me crucé de brazos e intenté abrir una brecha en su coraza.

—¿Lo anotarás en mi boletín de calificaciones? No creo que aquí tengas autoridad.

—Cierto, pero puedo hacer cosas peores —replicó, curvando la comisura de los labios—. Obligarte a escribir en letras de molde en vez de en cursiva o requisarte las velas que enciendes para leer por la noche.

—Eres un monstruo —musité.

—Tú me has creado. —Y me indicó que lo siguiera por el pasillo —. ¿Por qué no me esperaste en el banco?

—¿De verdad pensabas que me iba a quedar quieta ante la posibilidad de explorar una escuela de magia? Debes de estar demasiado acostumbrado a todo esto para no comprenderlo. —Me giré para señalar los libros, que volvían a flotar para situarse en sus estanterías, y las cartas que se barajaban como movidas por manos invisibles, a la espera de que alguien jugara con ellas.

Ismael siguió mi mirada y no pude evitar pensar que él también estaba encantado con la magia que nos rodeaba, a pesar de haber nacido entre ella.

—Una vez, en clase, le contaste a una amiga que te despiertas

temprano, pero que te quedas un rato en la cama leyendo —dijo, encogiéndose de hombros.

Me ruboricé al pensar que Ismael estaba detrás de mí durante aquella conversación. La recordaba, y estaba casi segura de haber confesado que dormía con calcetines enrollados en el pelo para intentar que se me rizase. Sin éxito, porque mis mechones se mantenían obstinadamente lisos.

—Ahora no tengo nada que leer —me limité a señalar, y sus mejillas se hundieron de nuevo en un gesto de decepción que no comprendí y que deseaba evitar a toda costa que mostrara por mi culpa—. Y qué, ¿soy maga o no? —pregunté para cambiar de tema —. ¿Es habitual que los magos sean atacados en un callejón oscuro por la noche?

—Es difícil saberlo. —Ismael se detuvo ante una pared en la que los espacios entre una estantería y la siguiente parecían ramas entrelazadas y en cuyo letrero rezaba la inscripción: «Árboles genealógicos»—. La magia es genética, y todas las familias están registradas y protegidas por la Hidden Society. Los hijos de parejas con un solo progenitor mágico —una pésima idea, por cierto— se someten a observación desde la infancia y, o bien demuestran sus poderes a una edad temprana, o bien no los desarrollan.

—¿Una pésima idea? —repetí, molesta por su arrogancia.

—Dispersar el saber lo es. Un humano nunca podrá ser un compañero adecuado para un mago; lo obligará a llevar una vida yerma de conocimientos y aislada del resto de la sociedad mágica —replicó Ismael.

—¿Sabes que existen humanos curiosos y dedicados al estudio?

Entreabrió la boca, como no si quisiera continuar con la conversación.

—Tus padres son humanos, ¿verdad?

—Muy humanos —respondí sin emoción.

Mi madre, a decir verdad, se burlaba de mis lecturas, y mi padre me interrumpía varias veces durante mis maratones de películas de elfos y dragones para preguntarme si era consciente de que no

existían en la vida real, catalogándolas como una pérdida de tiempo.

Ismael extrajo un grueso pergamino y desató la cinta roja y dorada para mostrarme su linaje, el linaje Sagredo.

—Claro que también podrían ser otros…

—¿Otros? —lo interrumpí, observando cómo iban apareciendo nombres persas sobre el de Mahasa Torkan y las plumas de tinta dibujadas a su alrededor.

Ismael enrolló el pergamino y, en silencio, me condujo hasta una enorme y coloreada vidriera donde, en primer plano, una maga identificada por su capa azul apuntaba con una llave al cielo estrellado. Junto a ella, un hombre de espesa barba oscura rodeaba su brazo con un zarcillo, empujando las hojas hacia un bosque donde se ocultaba una pareja de orejas largas, mientras que, en el lado opuesto, una mujer recostada sobre un peñasco golpeaba las olas del mar con su cola azul.

—Y esto, Valmori, y mucho más, es la Hidden Society.

CAPÍTULO 6



Al día siguiente, Domiziana me hizo llegar una maleta con todo lo necesario y un mensaje en el que me decía que les había comunicado a mis padres que me encontraba a salvo. En el archipiélago no funcionaban los instrumentos tecnológicos, incluidos los teléfonos móviles. Los magos no los echaban de menos. Descubrí que a mí tampoco me importaba demasiado. Las escasas amistades que tenía en la universidad se habían desvanecido durante los meses de encierro en casa. Claro que las primeras semanas me habían acribillado a mensajes de alegría y alivio, y todo el mundo parecía querer asegurarse de que estaba bien, pero, con el paso del tiempo, el contacto se había reducido y, en parte por mi culpa, me había aislado. Nadie esperaba un mensaje mío.

Giré la pulsera de Domiziana en la muñeca y de repente sentí como si me aplanara. Tomé aliento con dificultad y mis pulmones se encogieron bajo lo que imaginé que era una mezcla de nostalgia y sentimiento de culpa.

En el fondo de la maleta también encontré mi gorra, que me protegía de las miradas de los curiosos en Venecia. Sin embargo, en mi primer día de exploración por la Academia, nadie parecía haberse

fijado de manera especial en mí y, dado que todos los estudiantes llevaban uniforme, tal vez la gorra solo conseguiría atraer la atención. Lo único que deseaba era ser una mera comparsa en la vida mágica de los demás estudiantes, mientras que, en silencio, descubriría la manera de asegurarme la mía allí. Guardé la gorra en el armario y me tumbé, pues Ismael me había advertido que el programa de aquella jornada se prolongaría hasta después del atardecer.

Ismael vino a buscarme por la tarde, ya que por la mañana tenía compromisos en la Ca' Foscari; entre tanto, yo había aprovechado para ordenar mi habitación y repasar para la próxima tanda de exámenes de invierno. Me condujo a la sala donde habíamos estado dos tardes antes y allí me encontré al director Panfilio, que me dio la bienvenida, y a los cuatro profesores sentados en los sofás. Mahasa Torkan, la madre de Ismael, parecía medir la distancia que me separaba de su hijo, mientras que Gritti me guiñó un ojo.

—Señorita Valmori, me alegra poder informarla de la decisión del Colegio sobre su permanencia en la Academia —anunció Panfilio, invitándome a acercarme a la pequeña mesa frente a los profesores —. Tiene hasta la próxima luna nueva para demostrar su talento. Si a los pocos días del acontecimiento celeste su pulsera no se ha iluminado, volveremos a considerar su plaza en Seledia.

El suelo se volvió inestable bajo mis pies, convencida de que aquella frase significaba más o menos una expulsión de la escuela. Tenía once días para atraer lo que fuera que me había hecho arder en el callejón. Once días para prepararme para una tarea, pero sin acceso a la biblioteca. Una pesadilla.

—¿Qué tiene que ver la luna nueva con esto? —pregunté, con la esperanza de recabar toda la información posible.

Magister Gritti pidió la palabra y señaló la bóveda celeste pintada en el techo, un fresco similar al de la mayoría de los edificios de la Academia.

—Como sabrá, señorita Valmori, utilizamos el polvo de estrellas para desencadenar la magia. Tenemos una profunda conexión con los cuerpos celestes, de manera que nuestras energías responden mejor los días que las estrellas brillan más.

Magistra Poluaro, a su lado, asintió con firmeza, pero cuando me disponía a hacer otra pregunta me interrumpió con delicadeza.

—Querida señorita Valmori, si lo desea, podemos dedicar todo el día a aclarar a sus dudas, pero la magia, al menos al principio, es instinto. Es una chispa que se enciende de forma espontánea. Le aseguro que una carga de información enciclopédica ahora mismo podría asfixiarla. Déjese llevar.

Asentí con frialdad y salí del edificio más nerviosa de lo que había entrado.

Odiaba la idea de confiar en el azar, en el dictamen arbitrario de las entrañas. ¿Qué podía saber un amasijo de vísceras sobre mi destino? Añoraba disponer de papel, bolígrafo y de una mesa estable donde diseñar un plan para quedarme en Seledia.

Cené en compañía de Ismael, pero enfrascada en mis pensamientos, ignorando a los estudiantes que se acercaban a saludarlo, entre ellos el chico de la mejilla quemada con el que había hablado el primer día. Era un poco más alto que yo, sonreía mostrando todos los dientes y desprendía un entusiasmo contagioso. Incluso asistí a cómo Ismael se reía de uno de sus chistes, aunque yo permanecí con los ojos fijos en mi *risotto* de calabaza, reflexionando sobre los próximos once días.

—Cuidado, Valmori, como te eclipses más, Bianca Gardenigo vendrá a estudiarte —dijo Ismael una vez que salimos de allí.

Caminábamos bajo uno de los soportales, mientras en el archipiélago ya declinaba la tarde.

Acaricié la piedra pulida de las columnas por las que pasábamos.

—Al menos podrían decirme qué soy —repliqué sin ocultar mi resentimiento.

Ismael estaba a punto de apuntar algo cuando su farol flotante apareció de la nada y zumbó a su alrededor como para saludarlo. No

estaba solo. Un segundo farol chocó contra un capitel antes de precipitarse sobre mi hombro.

—Debe de ser el tuyo —comentó Ismael, visiblemente divertido por la dificultad de mi farol para mantenerse en el aire.

No le hice caso y lo tomé entre mis manos. El hierro estaba tibio, y la luz que emitía apenas lograba iluminar mi rostro, aunque me habría gustado sostenerlo entre los dedos y enseñárselo a todo el mundo.

—Sí, es mío.

Señalé a Ismael con la barbilla, como retándolo a añadir algo más, pero lo encontré absorto, con los párpados sellados y los labios entrecerrados, como si esperara una gota de agua y la buscara en mí. Imaginé que tenía algo que ver con el farol.

—¿Sagredo? —lo llamé, y pareció despertarse. Ensanchó los ojos y reanudó la marcha sin decir nada, obligándome a apurar el paso para seguirlo.

—Concéntrate, Valmori, y tal vez esta noche empieces a entender quién eres —afirmó, tras señalar un puente y el edificio al que nos acercábamos. Era la torre blanca cuya cima resplandecía ante mis ojos.

Ismael me guio hasta el interior del vestíbulo, iluminado tan solo por un orificio situado en el centro del techo.

Caminamos hasta situarnos justo debajo de la abertura y traté de echar un vistazo a los pisos superiores. Un instante después mi deseo se cumplió, porque las baldosas resultaron ser una plataforma de piedra que se elevó en silencio, transportándonos hacia lo alto.

Uno a uno, descubrí que los pisos de la torre contenían pequeñas bibliotecas y mesas de trabajo en las que algunos magos se inclinaban sobre inmensos mapas amarillentos.

La plataforma se detuvo en la última planta, encajándose perfectamente en el pavimento.

—Bienvenida a la Cúpula de Astronomía —dijo Ismael, abriendo una pequeña compuerta que protegía el orificio y permitiéndome pasar primero.

La parte superior de la torre no tenía techo, sino un enorme lucernario que se abría al cielo. Era como si la noche se hubiera posado allí arriba para ser admirada por la multitud de telescopios que apuntaban hacia las alturas.

Incliné la nuca y me quedé con la boca abierta. En el centro flotaba un enorme astrolabio. Su corazón consistía en una palpitante esfera dorada que irradiaba su luz a través de una serie de discos concéntricos que giraban a su alrededor.

En la cúpula reinaba el silencio. Los estudiantes permanecían ensimismados, admirando el universo tras las lentes. Solo se detenían de tanto en tanto para transcribir alguna nota en sus cuadernos o consultar los libros que llevaban. Otros, en cambio, estudiaban los giros del astrolabio, como si en sus rotaciones pudieran leerse las respuestas. Quizás era así.

No me dio tiempo a dar ni un paso más, pues Bianca Gardenigo apareció, abrazada a una pila de libros.

—Ámbar, te estaba esperando —susurró, infundiendo en la frase una buena carga de entusiasmo—. El profesor Gritti me explicó las circunstancias de tu llegada y me contó tu historia. —Levantó la punta del pie para señalar al *magister*, que manejaba un goniómetro ante un par de estudiantes en el otro extremo de la Cúpula.

Me obligué a sonreír y deseé que Gritti hubiera tenido el tacto suficiente para omitir la parte del secuestro.

Ismael se ofreció a cogerle los libros, y Bianca se lo agradeció, envolviéndose en su chal y conduciéndonos hasta su mesa, donde nos había reservado asientos. Tuve que mover un par de pergaminos para hacer espacio y colocar mi cuaderno de notas, y así fue como me encontré con una octavilla que invitaba a todos los alumnos a participar en la «Noche de Polaris», que tendría lugar el 21 de diciembre.

Lo deslicé entre las páginas, imaginando que se trataba de un evento para astrónomos y prometiéndome que haría lo posible por participar.

—¿Lista, Valmori? —preguntó Sagredo. Yo asentí.

Desenrolló frente a mí un mapa celeste en el que se destacaban las constelaciones y las órbitas de los planetas en torno al sol, junto con otra serie de líneas más finas.

—La astronomía es el arte de leer el cielo. Las estrellas son la guía de nuestra magia. Son su origen y su fuente inagotable, que nos llega después de haber viajado por el universo —explicó Ismael, recordándome por qué se hacía el silencio en el aula cada vez que tomaba la palabra. Su voz tranquila hacía fascinante incluso la estratigrafía arqueológica, y escucharlo hablar del universo provocaba que las estrellas se sintieran más cercanas. Abrió un cuaderno sobre el mapa y reconocí su caligrafía apretada y decidida, encerrada en una serie de apuntes y esquemas ordenados—. Cuando una estrella se apaga, se convierte en un corazón blanco que poco a poco se enfría y se descompone, dispersándose por el universo. Lo que queda de ella es lo que llamamos polvo de estrellas, y el poder que antes animaba la estrella nos permite activar la magia. ¿Todo claro? ¿Por qué sonríes, Valmori?

—No sonrío, te escucho.

En realidad, sonreía. E incluso estaba a punto de romper a llorar por la euforia que me producía estar allí tomando apuntes y mojando emocionada la plumilla en el tintero.

—La astronomía es el arte que nos permite encontrar el polvo de estrellas que cae a la Tierra, tal vez antes de que cause algún daño —añadió, y me di cuenta de que también otros estudiantes de la mesa lo escuchaban embelesados.

—¿Daños? —pregunté sorprendida, dibujando un signo de interrogación en el papel.

Ismael hizo ademán de responder, pero a su espalda Gritti golpeó el suelo con su bastón.

—Todo de golpe, no, *magister* Sagredo, o la confundirá.

Ismael frunció los labios y asintió:

—Disculpe, profesor, no estoy acostumbrado a tratar con párvulos. —Y se volvió para consultar con el profesor, puede que lo que debía revelarme.

Los demás alumnos de la mesa soltaron una risita y volvieron a sus libros. Torcí el gesto y me incliné para dibujar una bonita mazorca en la esquina del cuaderno meticulosamente ordenado de Ismael.

—Procura no enemistarte con Sagredo —me susurró Bianca, tapándose la boca con la mano cargada de anillos.

—Deberías haberme avisado hace cuatro años —respondí y dibujé la última hoja antes de dejarlo. Pero cuando levanté la vista Ismael estaba de pie junto a mí. Revisaba sus inmaculadas anotaciones, ahora arruinadas.

—¡Qué fino sentido del humor, Valmori! —Manifestó, impregnando cada sílaba con su enfado. Su mirada de enojo me paralizaba—. Y pensar que los seres humanos son la herencia de las estrellas… ¿No lo sabías, Valmori? Incluso los seres humanos están compuestos en parte de polvo de estrellas. —Se inclinó, hasta que su proximidad se volvió casi insoportable y su perfume de sándalo la única fragancia que llenó mis pulmones.

Me arrebató la plumilla de las manos y ni siquiera se me ocurrió moverme mientras me trazaba cinco líneas bajo el ojo izquierdo.

Bianca se ruborizó y ahora se tapaba la boca con la mano, como para no gritar, mientras que los demás alumnos de la mesa hablaban entre ellos.

—¿Qué me has dibujado? —Podía sentir mi piel ardiendo y mi orgullo en llamas por no haber sido capaz siquiera de protestar. Ismael me devolvió la pluma y flexionó los dedos, como si le hubiera molestado rozar mis dedos—. Ya lo descubrirás.

De súbito, retiré la mano izquierda y la escondí debajo de la mesa. «¿Le dará asco tocar la piel del nudillo donde me falta el meñique?». Las escasas veces que se me había olvidado ponerme la prótesis había recibido miradas de horror. Había aprendido que la gente solo se siente segura con quien presenta su mismo aspecto, y que una variación mínima puede generar gran aversión. Cuando llevaba la prótesis, podía ser cualquier cosa: estudiante, violinista, ladrona de conchas de la playa… En cuanto me la quitaba, solo era

una chica sin meñique.

—Como iba diciendo, la astronomía es el estudio de las trayectorias del polvo estelar que luego se recupera —prosiguió Ismael, sacando de su cinturón dos botecitos de cristal. Uno contenía una sustancia similar a arena dorada que captaba las luces de los farolillos flotantes. El otro estaba lleno de polvos de maquillaje blancos—. Observa. —Destapó el primer bote y los granos levitaron en racimos, dispersándose en el aire hasta desaparecer—. Esto es el polvo de estrellas.

—¡Es invisible! —exclamé, tratando de localizar el brillo.

Ismael asintió y destapó el segundo frasco. Sus largos dedos manejaban el cristal y los tapones como un prestidigitador.

—Por eso utilizamos litio —añadió, cogiendo un puñado de lo que yo creía que era maquillaje.

—¿Litio? —repetí, desconcertada.

—Uno de los elementos más vendidos en las tiendas de magia de Dorsoduro. Reacciona con el polvo de estrellas… —Lo lanzó al aire, dejando que las luces me mostraran la reacción. De inmediato, el polvo de estrellas volvió a brillar como motas iluminadas por un rayo de sol e Ismael lo recogió dentro del bote, hasta llenarlo—. Sencillo, ¿no?

Asentí, atónita ante la idea de que la magia siempre había estado a mi alrededor y en todas partes, solo que invisible a mis ojos e inútil en mis manos. Hasta ahora.

Ismael aprovechó la ocasión para mostrarme el mapa astral y me indicó las principales rutas del polvo estelar y las corrientes de gas que lo transportaban al interior de nuestra galaxia. Había que cruzar estos datos con los factores que afectaban a la atmósfera terrestre. Dedicamos una hora a descubrir el movimiento orbital de las estrellas, hasta que, a las dos de la madrugada, me rendí y me retiré a una de las celdas de la planta baja para dormir rodeada de cojines junto a otros estudiantes que ya no tenían fuerzas para llegar a la Residencia.

La noche transcurrió en una confusa secuencia de duermevela

hasta que Bianca me acompañó a mi cuarto cuando las primeras luces del alba se divisaban en el este. La definió como una auténtica experiencia como estudiante de la Academia y se ofreció a dormirme.

CAPÍTULO 7



Al día siguiente me desperté casi a la hora de comer con una muda del uniforme esperándome en la puerta. Antes de ponérmelo, decidí probar los baños del piso de arriba. Las estancias estaban equipadas con pequeños aseos con ducha y todo lo necesario, pero durante nuestra visita de exploración Ismael había pronunciado la palabra «bañera» al pasar por delante de una puerta que yo me había encargado de memorizar.

Me llevé lo imprescindible para lavarme y descubrí una serie de pequeños cuartos, cada uno de ellos provisto de una bañera. Elegí una y empecé a llenarla de agua caliente, además de añadir una bomba de espuma que convirtió el agua en una nube de jabón con aroma a almendras. Me desnudé y me recogí el pelo mientras contemplaba mi reflejo en el espejo, que empezaba a cubrirse de vapor. Una estrella. Bajo mi ojo izquierdo había una graciosa estrellita de tinta que mi paso por las sábanas no había llegado a borrar.

Cerré el grifo y me sumergí en el agua caliente casi sin reparar en la temperatura, encantada con las burbujas, tan densas que parecían capaces de elevarme si distribuía mi peso de manera

adecuada. Me dejé mimar por el calor durante mucho más tiempo del que solía dedicar a una ducha, y me lavé despacio, deteniendo los dedos solo cuando llegué a la mejilla. La estrellita seguía allí. Ismael me la había dibujado después de aquella estúpida observación sobre los humanos y su condición de herencia de las estrellas.

«¿Todavía me considera humana?», pensé, masajeándome el cuello y levantando luego la pulsera blanca hacia las vidrieras de colores por las que se filtraba el sol de otoño. La piedra estaba más tibia de lo normal, quizás por efecto del agua caliente, pero los cuatro glifos apenas se veían, y mucho menos brillaban. Ignoraba si eso significaba que no poseía ningún talento para la astronomía, aunque desde luego no podía ser buena señal. Si al menos se me permitiera disponer de libros y estudiar…

Suspiré, salí de la bañera y vacié el agua caliente. Me volví a vestir, satisfecha por lo sedosa que me había quedado la piel, pero incapaz de desembarazarme de la pregunta que me rondaba por la cabeza desde días atrás. ¿Qué era yo en realidad? El archivo de Sotobóveda demostraba la ausencia de mi familia en los registros de magos, y estaba bastante segura de que durante mi infancia no se había producido ningún episodio paranormal, pues, en caso contrario, mis padres me habrían paseado por todos los hospitales de Italia para que me examinasen.

Doblé con esmero la toalla y recogí mis pertenencias antes de salir, aún atormentada por aquella pregunta, y no vi a Ismael hasta que me choqué con él.

—Valmori, ¿qué haces aquí? —me dijo sorprendido, mirándome como buscando algo más allá de la obviedad de la toalla. Vestía ropa deportiva azul oscura y tenía el pelo revuelto.

—¿Lavarme? —respondí con intención de largarme.

Él, no obstante, se quedó parado delante de mí. Se fijó en la estrella de tinta e intuí que todavía estaba medio dormido, porque no consiguió articular ni una palabra.

Lo rodeé perpleja y le anuncié que lo esperaría en el refectorio.

Después de comer, me llevó al edificio más modesto de los que había visitado hasta entonces en el archipiélago. Era un espacio enorme, del tamaño de un invernadero. En lugar de paredes, tenía estanterías atestadas de todo tipo de objetos. Y había ruido: repique de golpes sobre hierro, golpeteo de cinceles en la roca y zumbido de hojas de sierra en la madera. Polvo de todo tipo se mezclaba en el aire, hasta el punto de que, cuando crucé por el departamento de tejidos, me entregaron un pañuelo para que me cubriera la nariz y la boca.

—Está encantado. Sirve para proteger las vías respiratorias —me informó Ismael, mientras sacaba otro similar de su cartera.

—¿De verdad existe un artefacto para cada necesidad? —pregunté, alzando la voz para imponerme al sonido de un telar en funcionamiento.

Ismael sacudió la cabeza, a medio camino entre un sí y un no.

—La misión de los artífices es crearlos.

Pasamos por un armario en proceso de montaje y me dejé guiar hasta una lancha motora partida por la mitad. Si hasta entonces había visto a estudiantes encorvados sobre volúmenes y papeles, allí los magos y las magas tenían la camisa remangada hasta los codos, llevaban delantales y protectores, y manejaban herramientas como destornilladores o martillos.

Alcancé a ver a Eliana Poluaro sentada a una mesa, concentrada en inspeccionar una serie de piedras de cuarzo con una lente enorme, mientras un corrillo de artífices vigilaba la operación y tomaba apuntes.

—¡Ismael!

Una voz se levantó sobre el estruendo de todos aquellos instrumentos en funcionamiento. Procedía del chico rubio que ya conocía. Estaba sentado en un tanque de agua, supervisando un gran horno sobre una llama. Tenía un par de gafas de seguridad entre el pelo de color arena, y en su rostro destacaba una cicatriz que yo sabía que se debía a una llamarada. Después de perder el dedo meñique, había asistido a un curso de recuperación para

personas con alteraciones morfológicas, y reconocía las múltiples formas en que el cuerpo puede lesionarse, abrirse y cicatrizar sin volver nunca a ser el que era. Lo más duro era aceptar que, si bien con un aspecto diferente, podías seguir siendo la misma persona.

—Soy Leo —dijo, corriendo a mi encuentro para estrecharme las manos—. Tú debes de ser Ámbar, la tal vez no humana. —Sus ojos chispearon como lo hacían los míos ante un hallazgo arqueológico—. ¡Bienvenida a la Forja! La artificería es la disciplina de la voluntad: con nuestras herramientas y nuestros corazones dotamos de magia a objetos que de otro modo serían normales y corrientes. Y no solo eso…

Sabía que la misión de Ismael consistía en introducirme en las cuatro artes mágicas, pero mi *magister* se había apoyado en una mesa con los brazos cruzados y sonreía con picardía ante el entusiasmo de Leo.

El chico adoptó una pose teatral para mostrarme una estantería a su espalda en la que se amontonaban jarrones, llaves, ganchos, silbatos, una cubertería, una variedad de paños apilados y muchas más cosas que no me dio tiempo a identificar, obligada a atender a la presentación de una serie de bocetos a lápiz pegados en un panel.

—También nos ocupamos de diseñar artefactos que respondan a las necesidades de la sociedad mágica.

Me acerqué y me fijé en que, entre los diseños, colgaba una octavilla de rígida cartulina azul, salpicada de estrellas plateadas que parecían copos de nieve, que me sonaba. La hoja contenía información sobre la «Noche de Polaris», y me sorprendió encontrarla allí, convencida de que la invitación iba destinada solo a los astrónomos.

—Los artífices no somos sofisticados —continuó Leo—. No acariciamos la magia con un chasquido de nuestros dedos. La esculpimos en el interior de los objetos, que, gracias a nuestro empeño, se convierten en artefactos. Y a la magia añadimos nuestra intención de proporcionar una novedad al mundo.

Hundí la mano en un tarro de pepitas de bronce y pasé los dedos

por una cinta de seda. «¿En qué podría convertirlas?». Apreté una esquirla de una piedra transparente entre el pulgar y el índice, con la esperanza de averiguar la respuesta entre sus reflejos. «¿Qué deseo yo proporcionarle al mundo?». Manoseé pedazos de metales cuyo nombre ignoraba y piedras de colores imposibles, y lo único que conseguí dilucidar fue cuáles me gustaban.

—¿Puedes enseñarme cómo se crea un artefacto? —le pregunté a Leo.

Para mi sorpresa, su entusiasmo se esfumó.

—Muy bien, Leo, ya nos has deleitado con tu espectáculo —intervino Ismael—. Ahora me toca a mí encargarme de Valmori. Es mi deber… —Añadió, y yo habría dado algo por no ser la única que había visto su cara adormilada en la puerta de los aseos. Ismael desprendía un aura de perfección ante la que todos se sometían de manera espontánea, y el propio Leo se apartó sin rechistar, dirigiéndome un guiño cómplice.

—¡Qué envidia! —musitó, antes de alejarse hacia una mesa de trabajo donde una chica con una maraña de pelo negro y la piel de ónix con tatuajes dorados olisqueaba una pepita.

Mientras Ismael extraía de una estantería un largo rollo de tela de color ocre y se colgaba una cinta métrica al hombro, me pregunté qué había que envidiar. Midió la tela con un ojo cerrado y se hizo con unas tijeras grandes con las que cortó una tira.

—¿Eres un artífice? —lo interrogué al verle sacar un bote de lo que había aprendido que era polvo de estrellas.

—No, pero no lo interpretes como una habilidad exclusiva. Son talentos, inclinaciones, si quieres llamarlo así. Un buen mago debe estar versado en todas las artes —aclaró, eligiendo entre las bobinas de hilo una de color crema.

Intuí la operación que iba a realizar, así que busqué entre las agujas clavadas en un acerico una lo bastante fina para poder hacer un dobladillo. Había crecido en una familia de ahorradores, donde la ropa se heredaba de prima a prima, sin importar que no utilizásemos la misma talla. Por eso había aprendido a estrechar y a adaptar las

prendas a mi físico de limitadas curvas.

—¿Y tú eres un mago muy versado? —pregunté, imitando su tono.

—Está claro que soy excelente —resopló con una carcajada.

El gesto de aprobación al ver la aguja que yo había elegido no me pasó desapercibido.

Alcé los ojos hacia el techo acristalado mientras Ismael cortaba una bifurcación en un lado de la tela, logrando que se pareciera a la lengua bífida de una serpiente.

—Aguja —reclamó, enhebrando el hilo a la primera y dirigiéndolo después hacia el bote—. Dicho de una forma menos pomposa, por medio de las herramientas de trabajo es posible tejer polvo de estrellas en futuros artefactos —me explicó, deslizando la aguja por la tela y cosiendo uno de los bordes.

Los granos relucían en color dorado, captando el resplandor que emitía el horno cercano, y parecían explotar con un fulgor más intenso cuando la punta metálica los rozaba.

—Prueba.

Ismael me puso los útiles en la mano, cediéndome el sitio en la mesa de trabajo. Obedecí asiendo la pequeña aguja y apuntando hacia los granos invisibles para empujarlos hacia el interior de la tela, a lo largo del borde. Tragué saliva cuando los destellos se apagaron y la tela pareció desinflarse entre mis dedos.

—No soy capaz —dije con cierta amargura.

—No has hecho más que empezar —comentó Ismael, girando la muñeca para invitarme a continuar.

—No —protesté, aún más molesta por su afirmación.

Necesitaba ser buena en todo y cuanto antes, incluso en materias que hasta el día anterior ignoraba. Quizás un día descubriría lo que de verdad me hacía feliz, aparte de la expresión de sorpresa y complacencia de quienes me veían triunfar.

Intenté abandonar la tela sobre la mesa, pero Ismael la recogió. Nuestras manos se encontraron y la aguja se me clavó en la yema del dedo índice. Hice un gesto de dolor y me la arranqué

rápidamente, tras lo cual un punto rojo de sangre manó de la herida.

—Tengo un pañue…

Pero Ismael me apretó el pulso y se llevó el dedo a los labios para lamer la sangre con la punta de la lengua. Se me nubló la vista y, por un instante, pensé que era una alucinación. No podía estar ocurriendo de verdad. Sin embargo, en ninguna visión la boca de Ismael podría haber resultado tan cálida y suave como para calmar el pinchazo de dolor.

—No hace falta malgastar un pañuelo —dijo, apartándome la mano como si acabara de ayudarme a abrocharme un botón. Luego miró la tela para asegurarse de que la sangre no la había manchado —. Estupendo, ahora debería funcionar.

—¿Perdona? —exclamé, todavía con el dedo en alto como prueba de su desfachatez.

Ismael miraba alternativamente mi cara y la punta del dedo, como si no comprendiera.

—La saliva contiene lisozima, un antibacteriano más que suficiente para este pequeño corte. No querrás ir a la enfermería, ¿verdad? —Arqueó una ceja.

Negué con la cabeza, impresionada por su ceguera.

—¡Me acabas de lamer el dedo! —protesté.

Los labios de Ismael se curvaron en una sonrisa que no presagiaba nada bueno.

—¿A eso lo llamas lamer un dedo?

—Eres un auténtico…

Me mordí la lengua para no soltarle un insulto a mi *magister* y miré a mi alrededor en busca de solidaridad. Los escasos alumnos que nos observaban, incluido Leo, no daban muestras de extrañeza. Solo un chico al fondo de la sala, alto y huesudo, con un mechón pelirrojo delante del ojo izquierdo, parecía mirarnos con malos ojos. Me pregunté si no sería mi educación como niña criada en una burbuja lo que me hacía revolverme ante semejante gesto y seguí observando con el ceño fruncido a Ismael, que recuperaba un libro

maltrecho.

Su sonrisa no se desvaneció cuando deslizó el trozo de tela entre las primeras páginas del volumen y lo cerró, para que comprendiese que se trataba de un marcapáginas.

—¿Y ahora qué? —pregunté, sin comprender qué cualidad lo distinguía de un simple marcador de páginas fabricado por seres humanos.

—Hay que esperar —respondió Ismael, colocando el libro sobre la mesa.

Al cabo de unos instantes, el marcapáginas desapareció.

—¿Ha fallado algo? —me extrañé, pero Ismael me dirigió una mirada que conocía muy bien y que significaba «¿Tú qué crees?». En efecto, en cuanto volvió a tener el libro en sus manos, el marcapáginas apareció de improviso.

—El marcador reaparece cuando el libro vuelve a ser consultado por la persona que lo colocó. De este modo, un mismo texto puede prestarse a varios estudiantes, por turnos, y cada uno de ellos encuentra sin dificultad el punto donde lo dejó —explicó, mientras su voz se quebraba a medida que pasaba las páginas—. No salvará el mundo, pero aquí, en la Academia, resulta muy útil. —Finalmente, dejó escapar un chasquido entre los dientes.

El marcapáginas había reaparecido, pero varias hojas más adelante de donde lo había dejado. Era evidente, incluso a simple vista, y mi brazalete blanco seguía totalmente apagado.

CAPÍTULO 8



Después de cenar me encerré en mi habitación para terminar de ordenar lo que Domiziana me había enviado. Al final, amontoné en la mesa de noche mi pila de libros para leer, algunos de los cuales me acompañaban desde hacía años, lo cual bastaba para sentirme un poco más en casa. La lámpara, en cambio, la dejé en el fondo de la maleta. No quería crear celos con el farolillo que, desde hacía un par de días, me seguía de manera fiel, aunque algo torpe, y que se había acostumbrado a acurrucarse en los pliegues del dosel. Por suerte, había guardado la ropa interior en un cajón justo antes de que Bianca llamara a la puerta.

—¿Se puede? —me preguntó cuando le abrí, enseñándome un neceser y exhibiendo una sonrisa radiante. Llevaba un pijama con una oveja que lucía orgullosa su barriguita blandita, y un chal en torno a los brazos.

La invité a entrar, a pesar de que me hubiera gustado meterme bajo las sábanas con un libro.

Aquella noche el sueño estaba lejos de mi mente, saturada de preocupaciones por la prueba que había intentado sin éxito.

—¿Qué te pasa? —me dijo Bianca, adivinando mis sentimientos

de inmediato.

Le indiqué que se sentara en la cama y me acomodé a su lado, con las piernas cruzadas.

—¿Cómo se reconoce el talento para un arte?

Bianca parpadeó, perpleja, y dejó el neceser junto a la almohada, como si la respuesta que estaba a punto de darme mereciera unos instantes de reflexión.

—Yo diría que cada mago tiene una sensación diferente. Podría llamarse instinto o sexto sentido. Es como cuando sabes que estás en el lugar adecuado o con la persona adecuada.

Asentí. Sabía que quería quedarme en Seledia, que quería llevar el uniforme de la falda azul, que quería hojear libros de páginas crepitantes en la Gran Biblioteca. No era producto de mi imaginación que el fuego había atravesado mis manos, y la prótesis del meñique que me faltaba era prueba de ello.

—Sé que suena a frase hecha, pero la respuesta está en las estrellas. —La voz de Bianca se hizo aún más leve—. ¿Alguna vez has mirado al cielo y has pedido un deseo? ¿O has odiado al destino por sus planes? Las estrellas nos escuchan y responden a nuestras peticiones, a su manera, no siempre clara.

Cogí una almohada y la abracé, hundiendo la barbilla en la seda.

—¿Funciona de verdad, Bianca? ¿Puedes decir que las estrellas te han concedido alguna vez un deseo? —pregunté, incapaz de ocultar un asomo de escepticismo.

Bianca suspiró con el aire de quien ha repasado el discurso muchas veces y aún sabe repetirlo con dulzura.

—Sé que es difícil de creer, pero sí. Claro, no funciona si deseas tener más dinero o unos pechos más grandes.

—Entonces no me interesa —intervine, y ambas estallamos en una carcajada que nos hizo quedarnos tumbadas boca arriba mirando el techo estrellado. Si bien no era tan majestuoso como el de Sotobóveda, resultaba fascinante seguir las líneas trazadas entre las constelaciones.

—Quizás más que deseo podríamos llamarlo objetivo. Necesitas

una meta clara, estar decidida a alcanzarla y pedirles a las estrellas que te muestren el camino —añadió Bianca cuando recuperó el aliento.

¿Qué deseaba? Empecé a hundirme en el colchón y buceé en mi interior hasta comprender que no lo sabía.

De niña anhelaba y exigía desesperadamente esto o aquello, y me rebelaba cada vez que me lo negaban: cereales de chocolate en vez de con frutos secos; un libro sobre una asesina que seducía a sus víctimas que con seguridad no era adecuado para mi edad; o mi primera salida nocturna con amigas. Más tarde, en segundo de bachillerato, suspendí tres asignaturas y casi pierdo el curso, y fue como si se me cayera el mundo encima. Mi madre aseguró que nunca había sentido tanta vergüenza en su vida, y mi padre se limitó a sacudir la cabeza. Así que me pasé el verano encerrada en casa estudiando y me salvé en los exámenes de recuperación. La mirada de alivio en los ojos de mis padres sanó la herida y, a partir de entonces, me desviví para no volver a defraudarles. Después me entusiasmé de verdad con los estudios y elegí ir a la universidad, aunque no estaba segura de adonde me llevaría.

¿Y el resto? Vacío. Miré con atención la órbita celeste pintada en el techo. Me dejé arrastrar por su rotación, ajena a todo lo que me rodeaba. Viajé en círculos alrededor de las estrellas y me esforcé en percibir el flujo de energía, como en el espacio, en la Tierra. Estábamos hechas de la misma materia, de modo que les pedí a las estrellas que me concedieran un deseo. No sabía cuál, pero quería uno.

—Ojalá pudiera estudiar en un libro. Seguro que todo me quedaría más claro —resoplé, apartándome un mechón de la frente.

—¿Es eso lo que le has pedido a las estrellas? —preguntó Bianca, dándose la vuelta y acurrucándose más en su chal.

Negué con la cabeza.

—Si te lo digo, no se hará realidad, ¿no es así?

Por el gesto de los labios de Bianca entendí que se disponía a iniciar otro discurso bastante largo, pero se ofreció a abreviar

extrayendo de su neceser una serie de frasquitos de líquidos y cremas.

—¿Me permites?

—Por favor, sí. —Coloqué la almohada detrás de la nuca y cerré los ojos, dándole permiso para que continuara.

—Los deseos no son una ciencia exacta, a diferencia de otros temas que estudiamos aquí. Así que no hay una respuesta verdadera; al menos, no una universal. Las energías son subjetivas —dijo en un tono suave que me recordó a la profesora Poluaro—. Algunas personas se recargan repartiendo alegría, como Leo. Todo el mundo sabe que su deseo es construir un artefacto que pueda replicar la luz del sol incluso por la noche; le habla de ello a cualquiera que se le acerque, y eso no hace más que aumentar su deseo. Otras, por el contrario, como un tal Sagredo, son herméticos y se reservan con celo sus energías y sueños, y, a juzgar por sus éxitos, diría que…, sienta lo que sienta, a él le funciona de maravilla —afirmó con sincera admiración, pasándome un paño húmedo por la cara hasta detenerse en la mejilla izquierda—. ¿Te limpio la estrellita?

La había olvidado por completo. Mi piel había dejado de arder y había evitado los espejos durante las últimas horas. Sin querer, me toqué la yema del dedo que Ismael había besado con tanta naturalidad.

«¿Soy la única que cree que esos gestos significan algo?». Ismael se había comportado con indiferencia ante mi reacción y ante mí en general. En el fondo, no lo conocía de verdad. O más bien creía que éramos parecidos, como lo son dos personas que dedican sus días a leer los mismos libros. Nuestros pensamientos habían viajado al mismo pasado, visitado los mismos templos en ruinas y vivido las mismas tragedias. ¿Existía una sensación de intimidad más profunda que la de haber compartido las mismas palabras? Quizás yo era la única tonta que lo pensaba.

—Bórramela.

Bianca asintió y me pasó el paño por la mejilla antes de

extenderme por la piel una crema gelatinosa. Empezó a hablar de la historia de las constelaciones, y yo la escuchaba con los ojos cerrados. No adoptaba el tono académico de Ismael, sino que parecía más bien un cuento para dormir; al rato, de hecho, se me escapó un bostezo.

—¿Tienes sueño?

—Lo de anoche me alteró —admití.

—¿Lo quieres? —preguntó, quitándose el chal de los hombros.

Era algo así como la vaina de una nube arrancada del cielo uno de esos días en que las nubes corren ligeras; los círculos bordados recordaban las formas que adoptan al ser mecidas por el viento. Miré a Bianca con curiosidad, pues parecía esperar una pregunta, además de mi estupor y mi admiración. No la veía como el tipo de chica que presume de su última adquisición, así que imaginé que su orgullo derivaba de otra cosa.

—¿Es un artefacto?

—Es el *artefacto* —me corrigió con entusiasmo, como si llevara horas esperando para hablar de ello—. Es mi *marbiri*, mi artefacto.

Por la manera en que lo pronunció, me di cuenta de que el vínculo que los unía era más fuerte que con cualquier otro objeto.

—Es parte de mi esencia —continuó, con los ojos brillantes—. Existen muchos artefactos raros, como los *najma*, que son inalcanzables y vincularse a ellos es muy difícil. Pero un *marbiri* es único. Ha pertenecido a las mujeres de mi familia durante generaciones. Cada una ha cosido en su interior una parte de su ser, aunque todas ellas siempre lo consideraron un adorno. Mi abuela me lo regaló justo antes de… volver a ser polvo de estrellas. —Su voz se quebró—. Ha crecido conmigo y se ha entrelazado con mi poder.

Relajé el rostro y sentí que mis labios se curvaban en una sonrisa de fascinación.

—Es genial —dije, intentando reprimir un atisbo de envidia y apoyar su entusiasmo—. ¿Qué puede hacer tu *marbiri*? —pregunté.

Bianca se iluminó.

—Es un velo del sueño. Induce la producción de melatonina en

las áreas del cerebro y… —Se detuvo, como si esperara que la interrumpiera.

Entre tanto, yo me coloqué de lado para esperar el resto de la explicación científica, de la que tal vez entendería la mitad de los conceptos. Pero me pareció que merecía la pena. Bianca siguió hablando, ajustándome el chal sobre los hombros. Poco después su voz se mezcló con los sonidos de la noche y me quedé dormida.

* * *

Soñé con mi colgante y me desperté bajo las sábanas, con la mano sobre el pecho. Un primer y lúcido pensamiento me acompañó hasta el desayuno. ¿Acaso era el colgante mi *marbiri*? De acuerdo con lo que me había contado Bianca, debería haberlo tenido desde siempre, y me parecía absurdo que me lo hubiesen regalado sin más. Además, yo no era una maga auténtica. Nada tenía sentido.

Recorrí con el dedo índice el trozo de piel que ocupaba, tratando de evocar la sensación de llevarlo encima. Era un pedazo de mí, aparte de un recordatorio permanente de mi semana de oscuridad mental. ¿Acariciarlo hacía que me sintiera bien o quizás solo aliviada porque lo peor había pasado? ¡Si al menos tuviera un maldito libro! Pensé en pedirle a Bianca o a cualquier otra persona que me cogiera alguno en la Gran Biblioteca, aunque temía que fuera una terrible carta de presentación en el caso de que me sorprendieran leyéndolo.

Sentí una punzada de culpabilidad por haber dado carpetazo a la búsqueda de mi colgante. El descubrimiento de la Academia y de la magia me había abrumado tanto que no me había dejado espacio para pensar en nada más.

Me limpié la comisura de los labios con la servilleta y abandoné el refectorio acompañada de demasiadas miradas para tratarse de una coincidencia. Me coloqué las horquillas a un lado de la frente y me reuní con Ismael, que me esperaba apoyado en una columna,

enfrascado en la lectura. Sostenía un libro que parecía más pequeño entre sus dedos de lo que probablemente era, y doblaba la cabeza para seguir la inclinación del texto, ignorando a los magos que no muy lejos de allí probaban algo que me recordó a un reloj de sol.

—Sagredo —lo llamé, pero no hizo ademán de oírme. Sus ojos de color terracota se desplazaban a toda velocidad por la página, y en la mano libre, medio abandonada en el bolsillo, de tanto en tanto se alzaba el dedo índice, como si desease subrayar algunas palabras—. ¿Sagredo? —repetí más alto, rozándole el codo.

Ismael se sobresaltó y retiró el brazo, como si mi piel todavía abrasara. Nuestras miradas se cruzaron y descubrí cierta sorpresa en sus ojos. Me froté las palmas de las manos para comprobarlo y las hallé tan frescas como un rato antes, y perfectamente limpias de restos de mermelada. ¿Significaba que él sí podía tomar la iniciativa y yo no?

—Estoy lista —afirmé, ajustándome los puños de la camisa sobre la pulsera blanca, convenciéndome de que ese día la haría brillar.

Ismael guardó el libro en la cartera y se paró a observar mi cara, en concreto mi mejilla izquierda.

—Vamos —se limitó a decir.

Durante el trayecto mantuvo un insólito silencio. Como de costumbre, su rostro enmascaraba sus pensamientos, sensaciones que yo creía conocer. Por ejemplo, cómo se mordía la mejilla y se le formaba un hoyuelo marcado cuando escuchaba una afirmación históricamente inexacta y resistía el impulso de corregirla.

Llegamos a un edificio en el que, desde los primeros pasos, sentí que la humedad me envolvía y mi pelo se encrespaba a modo de respuesta. Las paredes respiraban, cubiertas de un manto de musgo y algas, y el agua había excavado un hogar en su interior. Una red de riachuelos fluía en aquel espacio, dividiendo el piso en bloques de trabajo, cada cual provisto de una mesa cargada de alambiques, cilindros, probetas y otros recipientes de cristal que se ondulaban y doblaban, forzando a los líquidos y vapores a recorrer trayectorias tortuosas. El aire era una mezcolanza de aquellos humos, que me

provocaron un regusto salado en la boca.

Magister Altieri estaba sentado en el centro del laboratorio, concentrado en conversar con Bianca delante de una probeta humeante.

Los canales eran tan estrechos que allí donde las pequeñas rampas no facilitaban el paso se podían superar con una zancada. Seguí a Ismael por aquel improbable edificio, preguntándome cuántas veces más me deslumbraría la magia.

—Bienvenida al Laboratorio, donde experimentamos con el tercer arte: la alquimia —me anunció, y sus palabras resonaron en los arcos del techo.

—Tu actitud sombría forma parte de la atmósfera o…

No me dio tiempo a concluir la frase porque un chico saltó a nuestro bloque rectangular. Era igual de alto que Ismael, pero más escuálido, larguirucho y ligeramente encorvado, como una esbelta torre un poco inclinada. Clavó en mí sus ojos de un verde pálido, empapados de arrogancia, y se colocó sobre el izquierdo su cabello pelirrojo, que se suponía que debía advertir del peligro, como los sombreros de las setas o ciertos animales venenosos.

—Por fin tengo ocasión de conocer a tu oveja descarriada, de la que todo el mundo habla. Encantado de conocerte, soy Jacopo —nos saludó, al tiempo que se ponía un par de guantes de cuero azul.

—No soy ninguna oveja descarriada y, desde luego, no soy suya —le respondí malhumorada, sintiendo un escalofrío al pensar que se había extendido la noticia de que había una chica humana, o quizás no, en los pupitres de Seledia.

—Altieri, no estoy de humor —le recriminó Ismael, cruzándose de brazos.

¿Altieri? Tenía que ser el hijo del profesor y, mirándolo bien, el parecido se extendía más allá del color del pelo.

—Deberías relajarte, Sagredo, nunca estás de buen humor. ¿Necesitas la ayuda de un alquimista? —Por la manera en que se chocaron las manos, imaginé que el talento de Ismael residía en el cuarto arte, que yo aún desconocía.

—Yo puedo explicarle lo básico —aseguró Ismael, indicándome que lo siguiera, con esa actitud indescifrable que adoptaba cada vez que las emociones se borraban de su rostro.

Tal vez estaba cansado de tener que guiarme por la Academia. Me condujo a través de bloques y riachuelos hasta que llegamos al fondo de la sala, donde los canales de agua eran más anchos y las mesas estaban aisladas.

Jacopo nos siguió, con los brazos detrás de la nuca.

—¿Estás seguro, Sagredo? Nosotros somos los transformadores. Con nuestras manos, la materia muta. La alquimia es el arte del cambio; tú, por el contrario, siempre me pareces el mismo.

Ismael encendió uno de los hornillos bajo un gran cuenco de cristal y las pepitas allí contenidas comenzaron a oscurecerse y a refulgir.

—Altieri, intento dar una clase, si tienes algo que decirme puedes hacerlo más tarde.

Jacopo se calló y se apoyó en una mesa cercana, con los labios a un tris de abrirse de nuevo. Había algo especular en ellos dos que advertí desde el primer instante, pero entonces, al verlos juntos, se volvió evidente. Tenían el mismo porte elegante, solo que la presencia de Jacopo enfriaba el ambiente.

—¿De verdad buscáis la piedra filosofal? —pregunté, dando rienda suelta a una de las curiosidades que me intriga desde el día que había puesto el pie en la Academia.

Ismael negó con la cabeza.

—La piedra es una más de las muchas leyendas que ocultan nuestras verdaderas artes. La inmortalidad es un anhelo típicamente humano, aunque luego os aburráis un día de lluvia.

+Ahogué el arranque de una carcajada agarrándome la barbilla con ademán reflexivo.

—Entonces, ¿qué es lo que hacéis? —lo interrogué, cogiendo los guantes de cuero que me tendía.

—Te mostraré el proceso básico de la transmutación de un cuerpo —dijo, haciéndose con una cuchara de una despensa de

útiles—. ¿Ves esta cuchara? —me preguntó, muy serio.

Fruncí el ceño, indecisa entre responder o reírme. ¿Se trataba de otra trampa para insinuar quién sabe qué de los humanos? Asentí, me puse los guantes y, al ajustarlos a los dedos, descubrí que la piel del meñique izquierdo había sido rellenada con una fina capa de algodón para que no me quedase colgando.

Busqué los ojos de Ismael para agradecerle el detalle, pero me ignoraba, ocupado en regular una serie de botones en la mesa de trabajo.

—Observa —me invitó, depositando la cuchara entre las pepitas ardientes.

La plata de la que estaba hecha empezó a fundirse; primero las refinadas incrustaciones, luego el cuerpo, hasta convertirse en una papilla informe.

—¿Aún la ves?

Volví a asentir, sin entender adonde quería llegar.

—¿Aún la consideras una cuchara?

Negué con la cabeza.

—Lo que define una cuchara no es el material del que está compuesta, sino el uso que le damos. Es la relación que los objetos tienen con nosotros, los humanos, lo que los identifica. —Recalqué la palabra «humanos» para asegurarme de que ambos se enterasen de que no éramos ovejas descarriadas.

—No te exaltes. Muchos hombres y mujeres considerados excepcionales por vuestra historia suelen ser magos u otro tipo de criaturas mágicas —refunfuñó desde su puesto Jacopo, que picó el anzuelo al instante.

Ismael, en cambio, permaneció en silencio, pero puso en marcha un ventilador conectado a un tubo en espiral que empezó a impulsar aire a través del sistema de alambiques.

Alzó las manos y las movió dibujando una secuencia de círculos armónicos, y yo contemplé anonadada cómo el aire se introducía entre las pepitas y se transformaba en humo, absorbiendo la cuchara fundida entre sus espirales hasta que se evaporó en un

manto plateado.

—Que sepas que consigues el mismo resultado sin tanto teatro —comentó Jacopo.

—Aceptaré tus críticas cuando consigas los mismos resultados que yo —replicó Ismael, recuperando su tono desabrido y su sonrisa arrogante.

Jacopo tomó aire de forma brusca, afilando sus fosas nasales.

—Al menos yo no he fracasado en la única tarea que se espera de un heredero.

Ismael se había puesto a jugar con dos canicas de cristal, haciéndolas bailar como si estuvieran atadas por un hilo.

—Sssh, no querrás que venga tu padre.

—Quizás yo debería llamar al profesor Altieri y que os mande a extremos opuestos del Laboratorio —intervine, interponiéndome entre ellos y señalando la cuchara disuelta.

Era obvio que tenían cuentas pendientes del pasado, pero a mí me quedaba una semana para que la pulsera se iluminara. No deseaba perder ni un segundo.

Ismael se giró hacia la mesa, volviendo a ignorar a Jacopo, como si no hubiera pasado nada.

—Los alquimistas estudian los procesos de transformación de un material. Verás, Valmori, hay muchas más posibilidades de las que se aprecian a simple vista, y la tarea de los alquimistas es comprender el potencial.

Jacopo masculló su opinión y se adelantó de nuevo, esta vez de forma menos amenazadora.

—Parece que nos comparas con simples amas de cría que funcionan con monedas, cuando buscamos la perfección. Cada objeto, cada cosa tiene su forma definitiva, y nosotros nos dedicamos a derribar los obstáculos que impiden este proceso.

Acto seguido, tomó asiento en la mesa y encerró el humo entre sus manos. Lo trabajó como si fuera plástico, lo obligó a estabilizarse en una forma alargada que, poco a poco, adoptó apariencia de cuchara. Aunque ya no era de plata, resplandecía al atrapar las luces

de los farolillos y refulgía en los fragmentos de su superficie dentada. Era de diamante.

—¡No puede ser! —exclamé, pero claro que lo era.

Jacopo se bebió mi incredulidad como si fuera una decocción, un néctar que alimentase la historia a la que estaba acostumbrado: los humanos carecíamos de poderes, empeñados en intentar descubrir la manera de viajar a la Luna, mientras que los magos tenían entre sus manos el poder de la galaxia.

—Es un intercambio. En el cilindro de al lado hay átomos de carbono que, al fusionarse, nos ofrecen la capacidad de realizar la transformación —me explicó Jacopo, enseñándome de nuevo la cuchara antes de guardársela en el bolsillo—. Y esto no es nada. Piensa en el potencial, tenemos la llave para transmutar el orden mundial.

Jacopo mostraba delirios de grandeza dignos de un emperador, pero también tenía razón. La alquimia podía cambiar la realidad.

—Y no solo eso. —Se volvió hacia Ismael con una sonrisa desafiante—. Golpéame, Sagredo.

Ismael enarcó una ceja.

—Me parece innecesario.

—¿Qué pasa? ¿Te da miedo no ser capaz de controlarte?

La cara de Ismael cambió de expresión y estiró los brazos.

—Me da miedo que me guste más de la cuenta —sonrió, haciendo un gesto a Jacopo para que se acercara con un movimiento de los dedos—. Ataco yo.

Jacopo aceptó con una sonrisa victoriosa, como si haber conseguido arrastrar a Ismael al desafío fuera un gran logro.

Durante un momento se miraron fijamente en un silencio en el que percibí la frialdad de las palabras contenidas. Eran un espejo y reflejaban la misma dureza, la misma tensión.

—Tres —pronunció Ismael, estirando el brazo.

—Dos —respondió Jacopo, cubriéndose.

—¡Uno! —exclamaron juntos.

Ismael soltó un derechazo de manual hacia la cara del

alquimista, y a mitad del movimiento la piel color aceituna de su puño se oscureció hasta adoptar el aspecto de un neumático.

Mientras tanto, en un abrir y cerrar de ojos, el rostro de Jacopo se había cristalizado, convirtiéndose en una máscara de diamante.

Me quedé paralizada, preparándome para el impacto, pero no se produjo. Ismael se detuvo a un milímetro de la nariz de Jacopo, dos cuerpos congelados en tensión, dos estatuas de rasgos perfectamente esculpidos. Hasta que Ismael le asestó un golpecito en la punta de la nariz.

—¡Bah!

—Gallina —murmuró Jacopo, castañeteando los dientes para imitar a un niño asustado.

—Hemos demostrado lo que puede hacer la alquimia, no había necesidad de que te humillase —replicó Ismael, esbozando una sonrisa arrogante que habría enfurecido hasta a un santo.

Los hombros de Jacopo se activaron y la transmutación se extendió a su mano izquierda, que se cerró en un puño y salió disparada hacia el cuello de Ismael.

Grité cuando la forma de neumático abandonó la mano de mi *magister* para desaparecer bajo su manga y trepar con rapidez por su garganta. El material elástico rechazó el golpe de Jacopo. El alquimista salió despedido hacia atrás, mientras Ismael se masajeaba el cuello empapado en sudor. Se había escapado por un pelo.

—¡Podías haberlo matado! —exploté frente a Jacopo.

—Es responsabilidad del atacante no tomarse un duelo a la ligera. Es una cuestión de honor.

Ismael abrió la boca, pero yo fui más rápida. Me interpuse entre ellos con los brazos estirados.

—¡No! —exclamé, sin miedo a que mi voz sonara fuerte ni a que atrajera la atención del resto de los alquimistas, pues así quizás se avergonzaran—. Esta es mi lección, me dan igual vuestras desavenencias del pasado, ahora te estarás quietecito —señalé a Jacopo— y me explicarás cómo transmutar un objeto. —Y en ese

momento volví a sentir aquel sutil calor que se extendía, calentaba mi sangre y me envalentonaba.

Jacopo permaneció inmóvil y me miró confuso. Clavó sus ojos en mí por primera vez, y en uno de ellos me pareció notar un extraño destello, tal vez el reflejo de las llamas bajo el cuenco. Ismael también se había quedado inmóvil y había vuelto a apoyarse en la mesa con la mirada baja. Yo estaba tan nerviosa que no conseguía concentrarme, y de no haber sido por los guantes habría salido del Laboratorio con unas cuantas quemaduras. En lugar de ello, dejé la sala presionando la pulsera con la mano, con la vana esperanza de verla brillar y sentir cómo ardía. Pero no ocurrió nada.

CAPÍTULO 9



Tres de cuatro. Hasta una negada en matemáticas como yo era capaz de entender lo que eso significaba. Mis esperanzas pendían de un débil hilo, y el destino me aguardaba como una tijera abierta de par en par. Caminaba bajo un pórtico, envuelta en la capa que me habían entregado, la prenda que más ilusión me hacía llevar. Era una túnica azul cobalto que se cerraba con finos alamares de piedra, y su lana resultaba suave y abrigada. Más allá de los arcos y las columnas caía una lluvia intensa. Toqué la piedra mojada y recorrí los relieves de los bordes. No deseaba regresar a mi vida entre los pupitres de madera y las luces de neón de la universidad. Durante las clases sobre las tres primeras artes no había demostrado ningún talento, de eso estaba segura. Sabía identificar la sensación que Bianca me había descrito, el abrazo familiar que nos proporciona la presencia de la persona adecuada. Algo bien distinto a lo que había experimentado en las tres pruebas: ansiedad, pánico, tensión; pero muy semejante a lo que sentía al pasear por la Academia: saber que estaba en el lugar adecuado, quizás por primera vez en mi vida.

Me cerré el cuello de la blusa y eliminé un resto de polvo de la manga de la capa. La prenda carecía de los exquisitos ribetes que

distinguían a las de los verdaderos magos y que había aprendido a reconocer. Plata para los astrónomos, criaturas de la noche que a menudo regresaban a sus habitaciones por la mañana temprano y salían a última hora de la tarde, cargados de cartas celestes e instrumentos de medición. Los artífices, en cambio, eran los más escandalosos; solían formar corrillos en el jardín, sentados sobre sus capas festoneadas con bronce, invitando a cualquiera que pasara por allí a disfrutar con las aplicaciones de diversos prototipos de artefactos, los cuales, más de una vez había visto explotar. La magia de las estrellas podía ser impredecible, una especie de entidad que parecía elegir por sí misma si someterse o no a la voluntad de los magos o la función que debía desempeñar a través de un objeto. Por su parte, los alquimistas, que casi siempre conversaban en parejas, absortos en confusas y animadas charlas, lucían capas adornadas con hermosos bordados de color gris claro. Según me había explicado Bianca, correspondían al color del plomo. Al parecer, Jacopo Altieri organizaba fiestas exclusivas a las que, obviamente, nunca sería invitada.

El cuarto arte suponía un misterio para mí y, pese a mis intentos de detectar rasgos distintivos en otros desconocidos con los que me cruzaba —los vestidos con capas de ribetes dorados—, no me había llamado la atención nada en particular. No obstante, sabía que aquella tarde lo descubriría todo, incluso si poseía o no algún talento. Una vocecita ahogada en mi interior me decía que no.

—¡Ámbar!

Abandoné mis pensamientos y me encontré con un Leo en plena carrera, con el pelo rubio desgreñado y la piel quemada que dibujaba una sonrisa.

Mi corazón empezó a galopar, como temiendo que mis reflexiones se hubieran dispersado a mi alrededor, visibles. Me apresuré a sacar algún tema de conversación.

—¿De vuelta de la Forja?

—No, me he pasado toda la mañana en el laboratorio de los alquimistas intentando perfeccionar mi técnica de transmutación

corporal. Es muy útil para ciertas fases de elaboración de los artefactos, pero también complicadísima —resopló, indicándome que caminara con él.

Imaginé que cubrirse los brazos con una pátina de titanio resultaría de utilidad para hornear objetos. Y tal vez evitaría accidentes como el que suponía que había causado la cicatriz de Leo. Le eché un vistazo, antes de preguntar:

—¿Adónde vamos?

—A un sitio muy bonito. ¿Puedo secuestrarte? ¿Dónde está Ismael? —se extrañó.

—Reunión de profesores en Ca' Foscari. Por suerte, es la última del semestre, así que durante los próximos meses estará aquí… —Bajé la voz al caer en la cuenta de lo que había dicho—. No es que me importe dónde esté, pero, dado que no me permiten dar un solo paso sin él, prefiero tenerlo cerca —aclaré.

Leo me guiñó un ojo.

—De acuerdo, entonces pasaremos la mañana en el vestíbulo de la Residencia —me anunció, conduciéndome hasta el otro extremo, la parte trasera del refectorio, donde un chico del tamaño de un oso y barba oscura nos entregó, de tapadillo, una cesta con provisiones.

—¡Aquí se trapichea con *focacce* y grisines! ¿Por qué Sagredo no me comunicó una información tan importante? —exclamé cuando nos alejamos y nos sentamos en un banco con vistas a una Venecia cubierta de nubarrones.

—Porque Ismael nunca comete un error, ni siquiera con las comidas —dijo Leo, partiendo un grisín y entregándome la mitad—. ¿Cómo crees que mantiene ese físico de semidiós?

Sonaba como un mal eslogan publicitario, pero me hizo reír. El sonido de mi risa me pilló desprevenida, y caí en la cuenta de que hacía días, semanas incluso, que no la oía ni me sentía tan ligera. También impidió que me ruborizara al pensar en Ismael saliendo del agua.

—Me preguntaba quién se encarga de cocinar por aquí —pregunté para cambiar de tema, mordisqueando un grisín y

cruzando las piernas en el banco.

—Los cocineros —respondió Leo, como si fuera obvio—. No todos los magos eligen ser eruditos. Algunos de nosotros preferimos profesiones más o menos relacionadas con la magia.

—Como Nazar Sagredo, que quiere ser artista —reflexioné en voz alta, esperándome cualquier cosa menos que Leo se pusiera tenso. Jugueteó con un botón de su chaleco y, sin palabras, me hizo entender que prefería hablar de otra cosa. Quizás Leo era tan amigo de Ismael que le incomodaba referirse al otro Sagredo—. Por cierto, ayer presencié una escaramuza —subrayé la palabra con ironía—, entre Sagredo y Altieri, el hijo —especifiqué.

Leo expulsó una nube de harina que le blanqueó la nariz.

—Es imposible mantener a esos dos tranquilos, creo que incluso hay quien lleva la cuenta de sus discusiones. Y estoy seguro de que muchas chicas las alientan, y algunos chicos también.

Estuve a punto de atragantarme con un bocado de *focaccia*, y Leo me sonrió con complicidad, antes de continuar.

—Algo pasó entre ellos dos y una chica, Lee Sun Go, que dejó Seledia hace un par de años sin finalizar sus estudios, después de… no sé muy bien qué. Yo acababa de llegar. Los tres solían acaparar las miradas y protagonizar todos los líos. —Miró a su alrededor como para asegurarse de que no había nadie cerca fisgoneando, pero en ningún momento bajó la voz.

De pronto, sentí el paladar seco y me negué a creer que solo escuchar hablar de otra chica cercana a Ismael pudiera fastidiarme tanto.

—¿Cuándo descubriste que eras un artífice? —pregunté para desviar el rumbo de la conversación.

—Cuando era pequeño. Según cuenta mi padre, empecé a desmontar objetos y a montarlos de nuevo antes de aprender a escribir. Mi madre me llamaba ardillita, porque no paraba de manosear cuanto caía en mis manos. Y me fascinaba el polvo de estrellas, su resplandor. Cuando entendí que el litio lo hacía destellar, agoté las existencias de mi casa en una semana. Lo lanzaba sobre

diferentes objetos para que brillasen. Ya te imaginas las broncas de mi madre…

Sus palabras zumbaban en mis oídos, que palpitaban al compás de los latidos de mi corazón.

Litio. Resplandor. Los vocablos se repetían y guiaron mi mirada hacia la pulsera blanca y sus glifos. Estaba impregnada de polvo de estrellas y podría brillar con mis poderes, o bien…

Mi respiración se agitó, agobiada por la idea de hacer trampas. Jamás en la vida había recurrido a métodos deshonestos para alcanzar una meta. Desde el momento en que empecé a dar importancia a mis resultados, la única vía para lograrlos consistió en trabajar duro. Por supuesto, se trataba de una cuestión de integridad, pero, ante todo, de un desafío. Podía conseguir cualquier cosa sin necesidad de recurrir a engaños. Acallé aquella vocecita y volví a concentrarme en Leo.

—… y eso es algo que tengo en común con Ismael. De pequeños formábamos una pareja diabólica.

Sonreí como si le hubiera hecho caso hasta entonces.

—¿Sagredo un niño travieso? No puede ser cierto.

Por desgracia, mi incapacidad para mentir no me aportaba ninguna ventaja para reconocer las mentiras de los demás.

—Hay muchas cosas que no te esperarías de Ismael —se rio, mientras mordía una *schiacciatina*.

—Por favor, cuéntame una, la más ridícula —le supliqué, tirando de los pliegues de mi falda.

—Un buen amigo no debería…, pero si hay alguien que puede bajarle los humos eres ni. Te gustará saber que a los doce años intentó embrujar su ropa para parecer más alto, aunque lo único que consiguió fue agrandarla y se pasó días caminando por ahí más tieso que una vela.

Los dos rompimos a reír tan fuerte que, al intentar beber, casi me derramo el agua encima.

—No me lo imagino deseando ser más alto.

—Se desarrolló tarde, hasta los trece años era un canijo.

—Tienes que pasarme una foto —le pedí, haciéndome también con un trozo de *schiacciatina*.

Leo hizo una mueca de culpa que le cerró los labios. Me quedé mirándolo, mientras intentaba crear una imagen de Ismael de pequeño y pensaba si había habido un momento anterior a su expresión de sabelotodo.

—Es bastante fea, ¿no crees?

La voz de Leo me arrancó de mis pensamientos, y me concentré en él mientras se acariciaba la mejilla. La mejilla desfigurada. Me di cuenta con horror de que había mantenido la mirada clavada en él un buen rato. En realidad, no lo miraba, pero mis ojos estaban fijos en la cicatriz.

—¡No!

Fue lo primero que me salió, y, acto seguido, me mordí el labio inferior. Sabía que, en estos casos, lo peor era fingir. Ofrecer una respuesta amable, con la esperanza de no herir. Sin duda, Leo se había pasado horas contemplando su cicatriz: conocía cada curva, cada pequeña ondulación, cómo se comportaba al sol y cómo reaccionaba con el calor. Era consciente de lo antiestética que era. Negarlo no iba a cambiar la realidad.

—Bueno, serías perfecto para interpretar a un villano con un pasado tortuoso. El mayor problema es todo lo demás: tus rizos de oro, tus ojazos —señalé, analizándolo como una severa jueza—. Eres demasiado guapo.

La expresión de tristeza de Leo se convirtió en una risita, y su mirada volvió a iluminarse. Mi estómago se liberó de un gran peso.

—¿Me permitirías ser tu asistente? —Le enseñé la mano izquierda.

Leo se cruzó de brazos, examinándola con un gruñido de desaprobación.

—No sé, me parece un vulgar arañazo, no creo que estés a mi nivel.

Fingí que me ofendía y me consolé con un pedazo más generoso de *schiacciata*.

—¿Cuándo te ocurrió? —me preguntó tras un silencio breve.

—Hace trescientos cuatro días —respondí al instante, con un aire helado en la garganta y el gesto demudado. Los tenía contados—. Mejor dicho, hace trescientos cuatro días desaparecí y me encontraron una semana después. No sabría decir qué día… —Contemplé el dedo que me faltaba y sacudí la cabeza. Quería ahorrarle la molestia de tener que decir algo, de encontrar las palabras adecuadas para expresar que lo sentía, así que pregunté—: ¿Y a ti?

—No puedo ser tan preciso como tú, pero… hace unas tres semanas.

Me sobresalté. Era muy poco tiempo para que la quemadura ya hubiese cicatrizado, a menos que existiera una cura mágica.

—Pero, entonces…, ¿cabe la posibilidad de que se te cure del todo?

Leo negó con la cabeza.

—Deberías haberla visto aquel día. Tengo que estar contento.

—Siempre te queda la opción de elegir el camino del mal —insistí, aludiendo a la posibilidad de sacar partido de su aspecto para hacer de villano. Esta vez no conseguí hacerle reír.

* * *

Al día siguiente, Ismael me llevó a un islote donde se erguía una construcción. Parecía una torre baja que unas enormes manos hubieran afilado en la punta, como hacía yo de pequeña con los castillos de arena.

—Bienvenida a la Espiral —dijo, al tiempo que abría el portalón con un gesto de la mano.

Me recibió un gran vestíbulo blanco bordeado por columnas que se inclinaban hacia el techo y se confundían con los frescos de la bóveda celeste. En el interior reinaba la calma solemne de los

museos, y sus inanimados anfitriones no se quedaban atrás.

En una de las estancias adyacentes atisbé una vieja locomotora de carbón y un juego de cubiertos dorados en una vitrina suspendida; había también una talla en madera de un dragón, una vela que parecía a punto de consumirse pero no se apagaba, unos asombrosos goniómetros danzantes y un reloj de péndulo cuyo sonido eran susurros. Mis ojos se mostraban incapaces de retener la totalidad del patrimonio allí agrupado, de lo variopinto e insólito que era. Una punzada de deseo me recordó que, si no demostraba poseer un talento mágico, jamás tendría la posibilidad de estudiar cada pieza ni de descubrir sus propiedades. Apreté la pulsera blanca y avancé con determinación.

Un rayo rojo surgió en medio de la blancura de la sala. Mahasa Torkan descendía por una escalinata, acompañada de un grupo de estudiantes que le enseñaban unos documentos. La profesora asió un borde de su túnica escarlata y me dedicó una larga mirada antes de volver a concentrarse en las preguntas de su séquito.

—Ignórala —me susurró Ismael, indicándome la habitación contigua.

—¿Se puede saber qué le he hecho?

Ismael sacudió la cabeza y me hizo recorrer unas salas donde los estudiantes examinaban estatuas y objetos antiguos.

—Esta, Valmori, es la sede del arte arcano.

Si bien el estado de ánimo de Ismael no había mejorado, su rostro se relajó en cuanto entró, y sus hombros, siempre tensos, empezaron a realizar movimientos que llevaban a sus manos a tocar los diferentes objetos con los que nos íbamos encontrando. Entendí que los saludaba como si fueran antiguos compañeros.

Me acerqué a una caja de música donde una bailarina de papel y un soldadito sin una pierna bailaban en dos órbitas separadas, sin llegar nunca a encontrarse, ni siquiera en el punto donde los engranajes se cruzaban.

—Son defectuosos —deduje.

—Tienen su historia —me corrigió Ismael, y luego me llevó a una

salita donde una pirámide albergaba una colección de estatuillas de bronce y un armario con ropa de siglos pasados—. Y estos objetos también la tienen. Por una razón que no comprendemos, el polvo de estrellas que cae cada día sobre la tierra elige anidar en su interior, animándolos de la manera más impredecible. A veces crea una cuchara maliciosa que se niega a tocar una sopa que contenga cebolla; otras, alienta a la vela de una barca a ignorar el viento, arrastrándola adonde le plazca. En una ocasión, incitó a la escultura de un rostro a morder la mano de cualquier mentiroso que la introdujese en su boca. Sí, claro que es divertido —admitió Ismael al percibir mi mal disimulada sonrisa—. Los problemas surgen cuando el polvo penetra en las junturas de una armadura y la apremia a luchar contra el primero que se cruce, o cuando los caballos de un tiovivo optan por salir a todo galope con los niños aterrorizados en sus grupas, o cuando un espejo convence a quien se mira en él de que es horrible y no merece ser amado.

Mis labios volvieron a inclinarse hacia abajo y tragué saliva. Mensaje recibido.

—¿Vuestra tarea es traer aquí estos objetos?

Ismael asintió.

—Encontrarlos, conservarlos y buscar una solución. No en todos los casos el polvo de estrellas los daña. La semana pasada le devolvimos a un flautista de la orquesta de Venecia su instrumento, que consigue emitir un perfecto si bemol sin tapar el agujerito posterior. Un pequeño misterio que les cedemos a los humanos para que se devanen los sesos.

Vi que observaba con extraordinaria atención una de las columnas torcidas de la estructura.

—Por eso estudias arqueología. No te bastaba con conocer los hallazgos desde el punto de vista mágico.

Ismael esbozó una sonrisita y arqueó ambas cejas, vagamente sorprendido ante mi conclusión, que a todas luces era correcta.

—Bueno, en algunos casos el polvo acarrea mejoras —dije—. Como la cuchara que se niega a llenarse de sopa de cebolla.

Tenía que tratar de reírme y de hacerle reír, así tal vez no se daría cuenta de que estaba empezando a temblar a causa de la tensión.

Pero Ismael pareció indignarse por la observación, e iniciamos un acalorado debate sobre el uso de la cebolla en las comidas; poco a poco, me calmé. Siempre me ocurría lo mismo: la tensión que sentía antes de cada examen en Ca' Foscari desaparecía ante la urgencia de discutir con él, bien por su letra ilegible, bien porque tamborileaba sin parar sobre el pupitre. Al cabo, como tantas veces en el pasado, intercambiamos una mirada que conocíamos bien. Ya era hora.

Me condujo hasta una pequeña estancia, que cerró a nuestras espaldas. Me recordaba el despacho privado del profesor Alberini, aunque, en lugar de carteles de seminarios de arqueología y vasijas etruscas, había dos vitrinas relucientes y un escritorio sobre el cual descansaba un objeto misterioso cubierto con una sábana.

—Se trata de un hallazgo de la antigua Anatolia, recuperado en el museo arqueológico de Nápoles por mi colega Jamal Shadid. Los análisis preliminares indican que se trata de un trabajo sencillo, así que, si estás de acuerdo, lo destaparé y nos enfrentaremos juntos a lo que nos encontremos.

Juntos. Era una palabra con un sonido tan dulce que me hacía sonreír como una boba. Le dirigí una de esas miradas que ya conocía. Estaba lista.

Ismael tomó un borde de la sábana y descubrió una estatuilla de piedra blanca, iridiscente. Parecía esconder una luz en el vientre, allí donde las manos se unían para sostener un espejito en forma de medialuna. Me fijé en el hermoso rostro de la mujer, con sus ojos como gotas doradas y su arrogante sonrisa de leona. Por un inquietante momento me recordó a Mahasa Torkan, pero enseguida se convirtió en una espléndida diosa que me invitaba a mirar en el fondo de su espejo. Obedecí. El fragmento de vidrio recogía la luz de la ventana y, cuando parpadeé, el despacho se había vuelto inmensamente grande, como si las paredes se hubieran derrumbado

y estuviéramos de nuevo en medio de la Espiral. Ismael estaba a mi lado y exhibía la misma sonrisa pacífica con la que lo había visto entrar. Avanzamos admirando la colección, sorprendidos por la estatua blanca de una leona, y nos detuvimos frente a una magnífica espada antigua con la empuñadura decorada. Experimenté un vívido arrebato de orgullo, y cuando me fijé en la etiqueta comprobé que había sido llevada allí por una homónima: Ámbar Valmori.

—¡Qué coincidencia! —Le señalé mi nombre a Ismael, que frunció el ceño.

—Para de hacerte la modesta, *talayi*, fue tu mayor descubrimiento.

Lo miré, desorientada. Evidentemente, a diferencia de mí, mentía de maravilla. Ni siquiera había pestañeado al atribuirme el hallazgo de la espada que, por supuesto, no me correspondía. Eché un vistazo a mi alrededor. Al fondo de la sala había un grupito de cinco estudiantes, pero me acerqué a la ventana, observando el reflejo de Ismael y el flujo del agua a su espalda. En el cielo ya brillaba una estrella empeñada en mostrarse a pesar de que el sol aún no se había puesto. Uní las manos atrás y clavé los ojos en ella. Tal vez era eso lo que significaba preguntar a las estrellas. Depositar una confianza ciega en tus metas, hasta el punto de verlas cumplidas. La etiqueta era una señal, y rechazarla era darle la espalda al destino.

—Mi mayor descubrimiento *hasta ahora* —corregí con ironía a Ismael, de acuerdo con lo que imaginé que era un juego. Tan solo volví la cabeza para ofrecerle mi perfil.

Él me miró, con los codos apoyados en una vitrina y los dedos cargados de anillos que pendían hacia abajo, como si esperaran a tirar de los hilos de un espectáculo de marionetas. Sin duda me atraían.

—¿Alguna pregunta? —me dijo.

—¿Por qué encerrar todos los artefactos entre cuatro paredes y no convertirlos en patrimonio para todo el mundo? —le complací.

Ismael entrecerró los ojos. Mi pregunta abría una discusión filosófica que tenía poco que ver con la prueba, pero mi boca había

obedecido su petición, para seguir escuchándolo.

—Estos no son artefactos —precisó, señalando la colección—. Los artefactos son objetos trabajados por las manos de los artífices. Estas son casualidades, hallazgos escogidos por el polvo de estrellas. Nuestro propósito, en la mayoría de los casos, es devolverlos al mundo después de haber liberado el polvo. Si, por el contrario, te refieres a nuestros artefactos —dijo, y se levantó la capa lo suficiente como para hacerme ver las llaves que colgaban de su cinturón—, nuestras opiniones probablemente difieran. En un mundo ideal, dejaríamos los artefactos al alcance de todos, pero es un hecho que las personas son egoístas y destruyen y saquean. Simplemente, nos hartamos de responder a la brutalidad con bondad y elegimos ser aún más egoístas. Y te aseguro que somos bastante vehementes con lo que deseamos.

Sus ojos relucían con un asomo de orgullo ingobernable y me miraban como si no hubiera nada más en la estancia. Sentí que la garganta se me secaba. Siempre lo había sabido: Ismael Sagredo no era generoso. En la universidad, no compartía sus apuntes con quien prefería pasarse las mañanas durmiendo hasta tarde, no aceptaba estudiar con quien en clase miraba el móvil en lugar de atender a las explicaciones. Ignoraba las súplicas y exigía el máximo, tanto de sí mismo como de los demás, y siempre conseguía lo que quería.

—¿Qué puede desear quien ya lo tiene todo? —pregunté, buscando de nuevo su reflejo en la ventana.

Los labios de Ismael se abrieron, pero de ellos no salió sonido alguno, y su mirada cayó sobre mí. Para él no había sombras en mi rostro, espacios donde pudiera esconder mis inseguridades. Las conocía y, sin embargo, me observaba buscando más allá de la curva de mi boca y la línea suave de mis ojos. Deseaba mi voz, mis miradas, la forma en que existía a su lado.

—El que lo tiene todo busca un espacio aún vacío en su interior.

Tragué saliva y supe que le concedería cualquier cosa que me pidiera, incluso hacerle sentir que me echaba de menos o asegurarle que la espada era en verdad un hallazgo mío, si eso servía para que

me mirase de nuevo de esa manera.

La cara de Ismael se iluminó y me levantó las manos. Entre sus palmas, la pulsera blanca resplandeció.

La carcajada de mi *magister* resonó como un viento de esperanza, y me apretó los dedos guiándome como para que me diera una vuelta.

—Eres una arcanista, como yo. No tenía dudas, *talayi*.

Sentí que me mareaba y que la vista se me nublaba.

—¿Otra vez ese estúpido apodo? ¡Ni siquiera sé lo que significa! —le pregunté a la sonrisa que no se desvanecía.

—¿No te gusta? Puedo llamarte gotita de miel o decirte que eres la chica más talentosa que conozco —dijo Ismael, pero cuanto más hablaba y me dedicaba todos los cumplidos que me hubiera gustado recibir de él, más claro tenía que aquella no era su voz.

En un instante, se abalanzó sobre mí y me estrechó entre sus brazos.

—¿Qué pasa? —preguntó con más insistencia, y por primera vez experimenté la asombrosa fortaleza de sus manos.

Su cercanía era como un peso que me arrastraba hacia las profundidades. Mi corazón comenzó a palpitar como si tuviera que luchar para volver a ascender. Ismael no provocaba aquella clase de peso. Si bien era arrogante y resultaba irritante si se lo proponía, con él a mi lado siempre me sentía ligera. En aquel momento mi corazón se hundía en un lugar donde no lograba encontrarlo.

—¡Ayuda! —le grité al grupo de cinco estudiantes del otro extremo de la sala, tratando de llamar su atención sin Conseguir nada más que miradas ausentes.

Observé la estatua de la leona y la media luna creciente que resplandecía en su frente. Nadie parecía escuchar mi llamada. Intenté moverme, pero a duras penas logré girarme.

Más allá de la ventana, la estrella aún centelleaba, inmóvil e irremediablemente falsa. El reflejo de Ismael, en cambio, no me quitaba la vista de encima, al tiempo que golpeaba el cristal con las manos sin emitir sonido alguno.

Abrí los ojos de par en par y me quedé quieta, permitiendo que el Ismael de este lado del vidrio volviera a girarme y me pusiera las manos sobre los hombros, envolviéndome como si fuera a levantarme y a obligarme a dar otra vuelta. En vez de eso, me mantuvo paralizada con una especie de llave de la que no tenía fuerzas para liberarme.

Me esforcé en sonreír.

—Ya estoy bien. Me he emocionado porque este es el día más bonito de mi vida —gimoteé, y el Ismael que tenía ante mí me soltó las manos para permitirme escenificar temblores de emoción. Presioné las palmas sobre los ojos para tratar de no traicionarme—. Si pudiéramos detener este instante… —sugerí.

Ismael esbozó una sonrisa y sacó su reloj de bolsillo.

—¡No hay nada más fácil! —exclamó, alzando la mano para dejar caer la cadena y que el artefacto colgase entre los dos.

Me aseguré de agarrarlo, como si estuviera hechizada, un segundo antes de que Ismael activara su poder, repiqueteando los dedos sobre la esfera.

Con rapidez, lo dirigí hacia él, que recibió de lleno la embestida de la fría oleada del tiempo al extenderse, convirtiendo cada movimiento en una pequeña eternidad. Aproveché la ocasión para precipitarme hacia el cristal de la ventana y me apoyé en él con las manos abiertas.

—¿Qué puedo hacer? —grité, sin recibir respuesta.

La boca del Ismael atrapado allí se movió y articuló dos palabras:

—Llévame ahí.

Un instante después nuestros dedos se entrelazaron, suspendidos entre la realidad y el reflejo, pero hechos de tibia carne y de huesos. Los aferré y retrocedí, arrastrándolo fuera del cristal. La imagen recuperó poco a poco el color y al fin cayó a mi espalda, uniéndose al cuerpo del Ismael ralentizado. El impacto pareció despertar a ambos y enseguida se fusionaron en uno. Se tambaleó y le falló una rodilla, así que se agachó con expresión de dolor y la mano izquierda ciñendo el brazo derecho.

—Eres un desastre, Valmori…, aunque he de reconocer que hoy los dos lo hemos sido —admitió, guardándose el reloj.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, mirando a mi alrededor.

Los estudiantes se habían acercado y sus ojos, ya inexpresivos, se entornaban para mirarnos con resentimiento.

—Me temo que mi colega Jamal subestimó el poder de esa estatuilla y ahora estamos atrapados en esta ilusión —explicó Ismael, haciendo unos giros con las muñecas.

—¿Una ilusión? —repetí con voz ahogada—. ¿Y cómo sé que de verdad eres tú?

Ismael me lanzó una mirada de incredulidad.

—En cuanto entras en el aula, vacías tu estuche y colocas los bolígrafos por orden de longitud. Después de la segunda hora te gusta tomar un café con leche, y mantienes la cucharilla de madera entre los dientes durante al menos la mitad de la clase. ¿Quieres que continúe?

Sacudí la cabeza.

—Tú, en cambio, cuando levantas la mano…

Ismael me interrumpió con una mirada.

—Sé que eres tú.

Volví a flotar.

Ahora lo sentía cerca, sin que me hundiera. Quizás era solo su habitual descaro, pero la idea de que Ismael Sagredo me conociera tanto me hizo levitar como si no pesase.

Señalé a los estudiantes, o, mejor dicho, a aquellos que durante un tiempo habían adoptado una apariencia humana y ahora se arrastraban por el suelo de mármol como enormes serpientes de anillos irisados.

Salté hacia atrás y choqué con la vitrina.

—Si esto es una ilusión, no pueden hacernos daño, ¿verdad? —pregunté aterrorizada.

—Un poco sí que pueden —replicó Ismael con una sonrisa demasiado burlona, lo que equivalía a declarar que aquellas serpientes podían estrujarnos.

—¿En qué sentido? —pregunté. Saber el motivo seguramente no me salvaría, pero, como siempre, ayudaba a mi cerebro a ordenar las ideas.

Ismael dio un paso y se remangó la camisa, mientras cuatro enormes serpientes avanzaban entre las vitrinas, silbando entre sus colmillos.

—Nuestro cerebro responde a los estímulos que recibe dentro de las visiones. Si algo te asfixia aquí, tu cuerpo reacciona y deja de respirar.

—¡Qué bien! —comenté con sequedad, en tanto mi corazón, a punto de explotar, resonaba en mis oídos como si hubiera fuegos artificiales. Me sudaban las manos y, por instinto, me las llevé al pecho, donde noté la ausencia del colgante.

—Intenta que no te atrapen y busca la estatuilla. ¡No puede andar lejos! —exclamó Ismael, y se lanzó hacia delante.

Separó los brazos y dos discos de latón se desprendieron de sus índices, como si los anillos se hubieran multiplicado. Giraron en el aire y se agrandaron para atrapar las cabezas de las serpientes y apretar sus escamosos cuellos. De pronto, los animales se detuvieron y se volvieron hacia el resto de la camada, dirigidos por Ismael, que movía las manos. No sabía cómo lo había hecho, pero controlaba a dos reptiles, manejándolos como haría un auténtico encantador de serpientes.

Miré alrededor, pero no me dio tiempo ni a dar un paso porque sentí que algo se me enroscaba en la pierna. La quinta serpiente se había deslizado con sigilo y me había sorprendido por detrás, envolviéndome con su cola. Estaba erguida, lista para atacar.

No podía gritar. Mi instinto recuperó el poder que me había invadido en el callejón, aquel calor abrasador que me irradiaba desde el pecho, allí donde tenía las manos. Traté de invocarlo, de extinguir el miedo para recibir a cambio el fuego, pero mis dedos permanecieron fríos.

Y la serpiente atacó.

Logré esquivarla de milagro. Su cabeza gigante se estrelló contra

la vitrina, haciéndola añicos. Durante unos segundos el animal, aturdido, silbó contra los fragmentos de cristal que se le habían incrustado entre las escamas.

Vi la espada brillar entre las esquirlas y no me lo pensé dos veces. La tomé, a riesgo de herirme los dedos, y la agité sobre la cabeza, con la intención de hundirla en la serpiente.

Fallé, por mucho.

Perdí el equilibrio y me desplomé junto con la espada, que chirrió al desprender chispas. Me tumbé de espaldas y observé cómo mi pecho subía y bajaba frenéticamente.

«Respira», me impuse. La ilusión había sido causada por la estatuilla de una diosa. Pechos y caderas generosos, una media luna en el vientre. «Ishtar», comprendí, la madre generosa, la señora de los amores.

La serpiente se abalanzó sobre mí. No pude protegerme a tiempo levantando la espada, pero algo lo hizo en mi lugar. Otra serpiente se lanzó al cuello de su hermana y la embestida las llevó hasta una pared, enredadas en una maraña de giros y silbidos.

Me volví.

Ismael había dirigido a una de las serpientes que controlaba contra la que me estaba atacando. Al hacerlo, el animal que se había quedado sin oponente lo rodeó de inmediato, envolviéndolo con su cuerpo.

Sentí que me faltaba el aliento, como si estuviera junto a él, y me puse de pie, sin saber en realidad lo que hacía. Aferré la empuñadura de la espada y me lancé contra la serpiente, emprendí una breve carrera, levanté el arma sobre mi cabeza y se la clavé en las escamas, asestando el golpe donde no hiriera por error a Ismael.

El filo se quedó trabado y apenas conseguí arañarla, sin debilitar el apretón con el que ahogaba cada vez más a su presa. Lo miré a la cara y descubrí las lágrimas que brotaban de sus ojos. Con las manos libres, todavía controlaba al resto de las serpientes para que no me atacasen, pero la que tenía encima ceñía su cuello. De sus labios cerrados apenas salía un aliento muy débil. Estaba a punto de

morir asfixiado.

«Piensa, Ámbar», me ordené, con la fuerza de la desesperación. Tenía que encontrar la estatuilla de Ishtar. Saqué la espada y corrí entre las vitrinas en busca de las prominentes formas de la diosa, pero las piezas eran decenas y el museo parecía infinito. Ismael me había advertido que no podía andar lejos. Me concentré. Había estudiado las religiones del Medio Oriente e Ishtar era una de las figuras centrales. En Mesopotamia era adorada como madre, por su belleza y la fecundidad que transmitía, pero a mi alrededor no veía ningún símbolo de abundancia, solo… Me detuve. En las culturas más antiguas no era solo una madre. Era la reina de los cielos, la guerrera… ¡La leona!

Di media vuelta y corrí hasta la estatua de la leona blanca. Alcé la espada a un lado de la cabeza y esta vez no hundí la hoja, sino que golpeé con la empuñadura, apuntando a la media luna que brillaba en su frente. El cristal se hizo pedazos, y con él la ilusión. El espacio se quebró en mil grietas, un espejo roto en mil fragmentos, en los que se multiplicaba la transformación de la estancia.

Volví en mí en el suelo del estudio. La luz casi había desaparecido al otro lado de la ventana, y el silencio del museo solo se veía interrumpido por el ataque de tos de Ismael. Me arrastré hacia él, aún aturdida.

Estaba apoyado en el escritorio, con la cabeza hacia atrás y las fosas nasales dilatadas, respirando al ritmo frenético que sacudía la arteria de su cuello. Gateé y me senté a su lado, incapaz de hablar. Un instante después, una miríada de puntos luminosos se encendieron sobre nosotros. El polvo de estrellas se había liberado de la estatuilla y danzaba en el aire como si al fin recuperara el aliento.

Ismael y yo respirábamos al mismo ritmo. Nuestras miradas se cruzaron y se posaron en mi antebrazo. La pulsera blanca sobresalía del dobladillo de mi camisa, con la piedra inmaculada a pesar de la pelea, pero fría y apagada. Se me escapó un gemido y busqué el colgante en mi pecho, sin saber ya a qué aferrarme. Mis dedos

acariciaron la seda de la camisa, se deslizaron entre las solapas hasta presionar la piel del esternón. Allí estaba la sombra de su silueta, la misma sensación que surgía cuando, sin querer, buscaba mi dedo meñique y encontraba el vacío en su lugar.

—¿Qué ocurre, Valmori? —me preguntó Ismael, y yo sabía que esas tres palabras le habían costado trabajo y dolor. No se habría permitido desperdiciarlas.

Le conté la historia del colgante. Se lo conté todo. Por primera vez desde el secuestro, me confié a alguien que no fuera mi psicóloga, y no dudé. Le hablé de cómo me había aferrado a la piedra incluso antes de lograr ver con nitidez los palacios del Gran Canal, de cómo la había buscado sin descanso en el hospital, sin saber siquiera por qué motivo. Porque mis dedos la habían reconocido como la única forma familiar, mientras el resto se caía a pedazos. Mis recuerdos eran fragmentos y revoloteaban sobre una gran oscuridad que no podía llenar, por más que me esforzase. Y mi mano izquierda… La primera sensación había sido el aire en la parte del dedo anular: acostumbrado a estar protegido por el meñique, no conocía el vacío, y cuando intenté apretar el puño, una porción de la palma quedó inesperadamente expuesta. Había gritado una y otra vez, y el colgante había permanecido inmóvil en el centro de mi pecho, la única ancla que me impedía desfallecer, perderme. Había estado allí como una pieza de plomo para mantenerme en equilibrio, y yo había correspondido estrechándolo contra mí como la más valiosa de las prendas. Lo había escondido bajo todos mis pijamas, la única ropa que me puse las semanas posteriores al secuestro. Luego pasé a introducirlo entre los sujetadores deportivos, cuando correr me salvó, mostrándole solo los amaneceres y los atardeceres del paseo marítimo de Liguria, porque salir cuando el sol estaba demasiado alto me ponía nerviosa. Se había mantenido en calma y silencioso cuando mis padres se enfrentaron con gritos a los periodistas acampados delante de mi casa, comprendiendo mi necesidad de tranquilidad. Y se lo había pagado olvidándome de él.

Las lágrimas bañaban mis mejillas, y me apoyé en el hombro de

Ismael sin darme cuenta. Era firme y ancho, se agitaba con su respiración, y el perfume a sándalo se intensificaba. Esperé que se despegara, pero continuó respirando hondo. Tal vez detestaba aquel contacto inesperado, pero abandonar a una chica que lloraba hubiera sido muy poco galante.

—¿Qué me estás pidiendo, Valmori? —dijo, midiendo las palabras.

Levanté el brazo, dejé que mi manga se deslizara y expuse mi pulsera blanca, lechosa como el día que me la había puesto.

La mandíbula de Ismael se desencajó de pronto.

—Esto es un problema, *talayi*.

CAPÍTULO 10



Faltaban tres días para la luna nueva y la pulsera no tenía visos de encenderse. Había seguido asistiendo a clases y había devorado cuatro libros autorizados por Gritti sobre los fundamentos de las artes. Leía cada vez que disponía de un segundo de descanso, me quedaba dormida sobre las páginas abiertas de cualquier obra, animada por mi farolillo, que zumbaba al chocar con las cortinas de la cama con dosel. Era emocionante leer tratados académicos sobre temas que, por lo general, se consideraban patrañas.

Debía admitir que el mundo y la historia cobraban sentido cuando se observaban bajo el prisma de la magia; por eso, la perspectiva de regresar a la vida normal me hacía sentir como si estuviera condenada a sufrir una segunda pérdida de memoria. Y probablemente ese sería mi destino si no conseguía que la pulsera brillara en tres días.

Estaba más convencida que nunca de que el colgante era mi *marbiri*. Quizás era una maga defectuosa, el resultado de una Enea genética atolondrada y débil, pero aun así digna de quedarme allí. Mil preguntas se turnaban para atormentarme, así que me propuse anotar mis prioridades en un cuaderno y empezar por ellas.

«Pulsera de glifos».

La elección resultó sencilla. Contaba con unas setenta horas para hacerla brillar, tras las cuales tendría que despedirme de Seledia. No persistiría en el empeño de no tener tan claro lo que había sucedido en el callejón. La temperatura de mi piel había aumentado de manera vertiginosa. Estaba segura de que eso no encajaba con las características de los seres humanos. Lo cual me llevaba al segundo punto.

«¿Quién soy?».

Me entró la risa al escribir la frase; al principio, una vibración alegre, luego casi con histeria. Era el tipo de pregunta que escribía en mi diario a los quince años, en busca de una respuesta del estilo de: «Puedo ser la reina del colegio, hacerme acompañar por dos amigas fieles y mirar a todo el mundo por encima del hombro», o «Quiero ir al colegio en pijama, llevar mi enciclopedia de sudokus e intentar batir el récord mundial de ejercicios correctos». Años en los que sentía que podía ser cualquier cosa, aunque nunca realmente yo misma. Más tarde, cuando me matriculé en la universidad y pensaba que nada conseguiría quebrantar mi serenidad, tuvo lugar mi desaparición. Y entonces aparecía el tercer punto.

«Mi colgante».

¿Cómo podía haber sido tan tonta y no darme cuenta de que era un artefacto y, casi con seguridad, mi *marbirí*? Me llamé estúpida en varias páginas del cuaderno hasta que por fin concluí que dedicarme a buscarlo resultaría más productivo que lamentarme.

Ismael me había citado en Sotobóveda a la hora del té para ayudarme a repasar el papel que juega la respiración a la hora de activar la magia. Había guardado silencio sobre mi fracaso en la prueba del arte arcano para concentrarse en los días que faltaban para la luna nueva. Como había afirmado Leo, era difícil saber lo que le pasaba por la cabeza. La relación entre nosotros se había calmado, había alcanzado un equilibrio regido por un propósito común. Ismael deseaba hacer un buen papel como *magister*, y yo soñaba con quedarme en la Academia, así que repetía mi objetivo a

las estrellas cada noche, antes de dormirme, con la carta del tarot en la mano.

Un par de zapatos rojos se interpusieron en mi camino. Al levantar la vista, me topé con Mahasa Torkan parada en mitad del sendero, impidiéndome el paso. Miré alrededor. Había tomado una calle lateral semidesierta para evitar los soportales más concurridos y estar a solas con mis pensamientos. No parecía una coincidencia. Me buscaba.

—Profesora Torkan —la saludé, con la esperanza de poder continuar. Obviamente, no me lo permitió.

—¿Ha quedado con mi hijo? —preguntó, enfatizando el posesivo.

Enderecé la espalda y me ajusté el cinturón de la falda, asegurándome de que los pliegues de la blusa estuvieran bien estirados.

—Sí, voy a reunirme con *magister* Sagredo —respondí.

—¿No le concede ni siquiera un día libre? —Me miró como si yo fuera una carga.

—No fui yo quien se lo pidió.

La mujer estalló en una carcajada sorda que no tenía nada de divertida. Sospeché que la había soltado solo para enseñarme los dientes.

—No nos engañemos, cualquiera querría pasar tiempo con mi hijo, sobre todo una hija de Mérope, como usted. Si no se lo hubiera ordenado Panfilio, no se dignaría a dedicarle ni una mirada.

Tragué saliva. Ignoraba qué quería decir con ser una hija de Mérope. No me sonaba a cumplido. Sin embargo, el trago más amargo fue darme cuenta de que decía la verdad. Ismael estaba conmigo solo por obligación.

Magistra Torkan sonrió ante mi mutismo y fijó sus ojos de color terracota en la pulsera.

—Dentro de tres días ya no tendré que preocuparme de que su compañía lo distraiga de sus estudios. Ismael está destinado a grandes logros. Es uno de los *magistri* más jóvenes de Seledia y un arcanista del más alto nivel. Pronto será el heredero del palacio

Sagredo. —Chasqueó la lengua contra el paladar—. Aunque usted ni siquiera puede intuir de qué le hablo.

Me lanzó una última mirada capaz de fundir las piedras y me adelantó a grandes zancadas.

Llegué de mal humor adonde me esperaba Ismael. Dejé los zapatos a un lado de la alfombra donde nos retirábamos para hacer los ejercicios. Ismael había ocupado una de las celdas reservadas a la meditación, donde apenas se sentía ruido y el ambiente estaba impregnado del olor a las hojas de menta azucaradas que fermentaban en el té.

Me senté en el extremo contrario y crucé las piernas bajo un cojín.

—Llegas tarde —comentó Ismael, tan rígido como un atril instalado en medio de una habitación.

—Lo siento —me limité a contestar, sin ánimo para revelarle la conversación con su madre. Con unas pocas palabras había conseguido aniquilar el escaso optimismo que me quedaba.

Ismael no dijo nada, pero respiró hondo y cerró los ojos, la señal de que debía imitarle y empezar a concentrarme en la respiración. Obedecí y estiré la espalda, intentando inhalar todo el aire posible. Lo impulsé hacia abajo para hinchar el vientre y contuve el aliento hasta sentir que me ardían los pulmones.

Intenté apresar aquella sensación. En el callejón, había empezado así. Luego, el calor se extendió por todo mi cuerpo y mis manos derritieron la piel de mi agresor. Estaba bastante segura de que aquello era magia. Si pudiera repetirlo…

Uní las manos entre los muslos y palpé la pulsera. Fría. Apagada. En cambio, mis pulmones estallaban en llamas. Exhalé, derrotada, y me preparé para repetir el proceso.

—No lo consigo —murmuré, abriendo los ojos.

—Si no pudieras respirar, estarías muerta —comentó Ismael en tono lapidario, sin abrir los ojos.

Le lancé una mirada de la que no se percató y me quedé atrapada en la perfecta inmovilidad de su cuerpo. La frente

distendida y la mandíbula relajada le otorgaban un aura de paz. Solo la respiración que movía su pecho lo distinguía de una fantástica estatua. Sus labios eran sencillamente perfectos.

Sentí que mi dedo índice se estremecía al recordar que lo había lamido como si nada. Como si Ismael lamiera la sangre de las chicas heridas cada martes.

Sin embargo, durante toda la semana que habíamos compartido, no le había visto acercarse a ninguna maga. Claro que era popular; en cada edificio en el que entrábamos siempre lo saludaban al menos un par de personas, y también me había dado cuenta de cómo lo miraban las alumnas. Las mismas miradas que recibía en Ca' Foscari.

Su boca se abrió para respirar más profundamente y esta vez el escalofrío que recorrió mi espina dorsal fue cualquier cosa menos agradable. A la imagen de Ismael entre los cojines de Sotobóveda se superpuso aquella en la que lo estrangulaban los anillos de la serpiente y, por un instante, volví a sentirme presa de la ilusión. Incluso allí había sentido mi respiración arder hasta el punto de pensar que iba a explotar de poder, pero, en lugar de eso, algo seguía pesando en mi pecho, atenuando cada gota de energía.

Me dejé caer sobre la alfombra. El golpe sordo hizo que Ismael abriera los ojos.

—Si no te concentras, no harás brillar la pulsera —me advirtió.

—Algunos se alegrarán —observé, apartándome un mechón de la cara.

—¿A qué te refieres? —preguntó de inmediato, en tono inquisitivo.

Sacudí la cabeza y volví a sentarme.

—No importa. ¿Un té? —supliqué.

Ismael levantó una ceja, como muestra de que no olvidaba mi comentario, pero de todas formas se afanó en remover las hojas de menta una última vez, antes de coger la tetera y verter infusión dorada en unos vasos altos decorados.

Inspiré el vapor dulce y me coloqué el vaso en la barbilla, a la

espera de que se enfriara para darle el primer sorbo. Bebimos en silencio, observando cómo el pájaro representado en la vidriera sobre nuestras cabezas alzaba el vuelo y se entregaba a una serie de evoluciones aéreas antes de posarse sobre un gran árbol y hacer que se desprendiesen algunas hojas de sus ramas.

—Es un *simurg*, una criatura que vive en la meseta iraní, oculto en las montañas. Se dice que esparce semillas para favorecer las cosechas. Otros prefieren pensar que reparte conocimiento.

Incliné la cabeza y miré con mayor atención: no eran hojas lo que caía, sino semillas de gran tamaño.

—¿Y es cierto? —pregunté. Aún intentaba trazar la línea entre las leyendas y la verdad de aquel nuevo mundo.

—Sí. Mejor dicho, solía serlo, cuando la civilización lo adoraba y le rogaba ayuda con las cosechas. Ahora los hombres y las mujeres envenenan la tierra para obtener más y más, y la magia se oculta —explicó con voz severa y decepción en la mirada.

No supe qué contestar, porque concordaba con su opinión, pese a que no estaba acostumbrada a darle la razón. Seguí sorbiendo el té hasta que no quedó más que un fondo de hojas de menta y azúcar.

—Acompáñame, Valmori —dijo de pronto, mientras colocaba los vasos en la bandeja.

Tampoco tenía elección, pero conseguí reprimir un atisbo de curiosidad. Me levanté, me coloqué los pliegues de la falda y caminé tras Ismael hacia el fondo de Sotobóveda.

Entre las estanterías más recónditas reinaba la penumbra, y los libros parecían susurrar con el crujido de las páginas de papel antiguo. Reprimí el deseo de deslizar el dedo índice por los lomos en relieve y extraer al menos uno.

—¿Adónde vamos? —musité. Ya había perdido el sentido de la orientación. La Gran Biblioteca era mucho más vasta de lo que permitían entrever sus muros y se extendía alrededor de Sotobóveda sin que se vislumbrase el final.

—Aquí debería bastar —dijo Ismael, deteniéndose en un pasillo

no muy distinto de los demás.

Miré a mi alrededor. Las escasas mesas de lectura estaban desiertas y solo había un par de faroles encendidos. El olor a tinta se percibía más intenso, y el silencio resultaba tan opresivo que cada pequeño rumor se hacía notar. Entorné los párpados para distinguir los títulos en la penumbra y me di cuenta de que los libros de la estantería que tenía a mis espaldas eran para niños. No me sorprendía que aquella sección estuviera vacía, lo que me trajo a la mente uno de los muchos interrogantes que rondaban mi cabeza a mi llegada a Seledia.

—¿Existen escuelas infantiles de magia? —pregunté, revisando los lomos de los volúmenes a una distancia prudencial para evitar el rechazo de la magia de Gritti.

—Ya has tenido ocasión de conocer a los profesores. —Ismael se colocó a un paso detrás de mí—. Se emocionan cuando pueden pasar un día encerrados en la biblioteca, estudiando. Un montón de mocosos correteando por su querida Academia es el menor de sus deseos. Por otra parte, si nos atenemos a un criterio objetivo, para llegar preparado a Seledia es imprescindible contar con conocimientos básicos de lengua, historia, matemáticas y demás disciplinas.

—Imagino, entonces, que después de la escuela recibías instrucción mágica directamente en tu palacio.

—Con los mejores *magistri* —afirmó abiertamente—. Igual que el resto de jóvenes magos. Entre nosotros, no hay privilegiados; es más, tuve que compartir lecciones con mi cargante hermano pequeño.

Me volví para mirarlo fijamente y me llevé una mano a la frente.

—¡Qué desdichada suerte!

Mis ojos empezaban a adaptarse a la oscuridad y pude ver con claridad cómo tensaba los labios.

—Muy graciosa, Valmori, y yo empeñado en enseñarte esto…

—¿Qué?

Me disponía a girarme en busca de algún detalle que me hubiera

pasado desapercibido cuando un segundo paso adelante de Ismael me obligó a retroceder para no encontrármelo encima.

Mi espalda chocó con la estantería. Sentí el débil gemido de la madera y las aristas se me clavaron en las caderas y los omóplatos. Detrás de mí, los libros se movieron, sacudidos por el leve golpe, pero al fin se impuso el silencio.

—¿Qué haces? —susurré, con los pensamientos desbocados e incapaz de razonar con claridad.

Ismael se inclinó hacia delante, apoyando un brazo sobre mi cabeza, y por un instante percibí una mueca de dolor que le contraía la mandíbula, aunque se recuperó enseguida.

—¿A ti qué te parece? —Sus palabras sabían a menta y a azúcar, y me acariciaban la piel.

No respondí. La única respuesta que aparecía ante mis ojos eran sus labios. Deseé no saber lo suaves y cálidos que eran. Deseé no darme cuenta de cómo se curvaban las comisuras en una promesa tácita de identificar exactamente en qué estaba pensando. ¿Era capaz de leerme la mente con tanta facilidad? No, se debía a la emoción que me embargaba. Intenté bajar la mirada, pero Ismael me pasó dos dedos por el mentón. No pasó de ser una simple caricia, pero mi cuerpo ignoró mis súplicas y siguió su roce hasta que alcé el rostro hacia el suyo.

—¿Lo ves, Valmori? Ni siquiera necesito mis anillos para hacerme obedecer —pronunció muy despacio. Yo me electricé ante la verdad de su afirmación.

Ya no era una ilusión suscitada por una estatuilla. Cada parte de mí deseaba cada parte suya. Odiaba esa sensación, y por eso sabía que era real. Lo fulminé con una mirada que encerraba todo el desprecio que albergaba hacia mí, por sentirme tan atraída por él y, de improviso, Ismael vaciló.

Fue un instante. Su sonrisa se quebró y sus ojos lanzaron un destello de alarma que se disipó tan rápido como había aparecido.

—Aquí tienes. —Me guiñó un ojo y bajó el brazo, mostrándome un pequeño volumen amarillo. Me dio un golpecito en la frente con

el lomo del libro y me lo entregó—. ¿Te has fijado en que la librería no te ha rechazado? He descubierto un fallo en la magia de Gritti. Se olvidó de proteger las estanterías de los libros infantiles. Evidentemente, los considera superfluos…, pero, a diferencia de las obras especializadas en las cuatro artes, este ofrece una panorámica más amplia de nuestro mundo. —Señaló el librito con el dedo índice, giró sobre sus talones y se apartó.

—El ejercicio de esta noche consiste en que encuentres el modo de salir de aquí. Buena suerte —se despidió con la mano y desapareció tras una esquina.

La biblioteca retomó su silencio y me quedé sola con los susurros de los libros y el estruendo de mi corazón. No me moví de aquel rincón. Mis dedos se aferraban a la cubierta de *Comprende en el acto cómo se hace un artefacto*, de Beatrix Grimad, y no la soltaban. Sin ella, quizás me habría encerrado en mí misma, convencida de que era todo un sueño.

Por el contrario, la verdad era tan real y tangible como aquel librito. Ismael Sagredo no había hecho nada que yo no deseaba que hiciera cien veces más. Todavía lo odiaba, tal vez más que antes. Lo odiaba porque no había un rasgo de sus irregulares facciones que no quisiera acariciar. Lo odiaba porque acababa de poner entre mis manos una ayuda para que me quedase. Lo odiaba porque, a diferencia de él, yo no era capaz de interpretar lo que había más allá de los ojos.

Levanté la pulsera blanca y la decisión se formó con claridad en mi cabeza.

O brillaba por sí misma, o sería yo quien la encendiera.

CAPÍTULO 11



Me pasé el día siguiente encerrada en mi habitación, repasando mentalmente el plan que había urdido. Mi cartera estaba abandonada encima de la cómoda y en la papelera se veía la octavilla estrujada de la Noche de Polaris, que, por lo que había averiguado, era una fiesta de invierno que se celebraba en la Academia.

Ser expulsada de Seledia significaba perderme la fiesta y muchas más cosas. En un arrebato, había estrujado el albornoz y lo había lanzado en dirección a la ventana, donde se confundía con las cortinas. Todo era tan azul… No estaba segura de ser capaz de soportar ese color cuando regresara a mi vida. Suponiendo que conservase la memoria, claro.

Me acerqué a los cristales para contemplar la Academia más allá del puente cubierto, con su laberinto de torretas y cúpulas y pasarelas semidesérticas. Nunca las recorrería, ni exploraría todas las bibliotecas ni vería una bandada de cometas surcar el cielo de agosto.

El despertador de mi mesilla dio las cuatro. De allí a un rato partiría con Ismael de regreso a Venecia. Me había enfundado mi

antigua ropa a trompicones; la falda me pareció rígida e incómoda, y la gabardina, tan áspera que me pasé la tarde rascándome los codos. Le había pedido a Ismael que me acompañara a la ciudad porque quería hablar con Domiziana, pero cuando me dejó en la entrada de la casa, en lugar de subir al ático, crucé el jardín y salí por la parte de atrás.

Habían transcurrido dos días desde nuestro encuentro en la Gran Biblioteca y, en ese tiempo, Ismael no intentó acercarse más de lo necesario. Se presentaba preparado para cada lección y me explicaba temas nuevos sobre las cuatro artes. Por mi parte, había empezado a leer cartas astrales y aprendido sobre la influencia de las gemas, por supuesto sin demostrar ningún poder práctico, de ahí que a *magistra* Poluaro se le hubiera ocurrido consolarme regalándome un anillo de ámbar.

—Lleva tu nombre —me comentó guiñándome un ojo, como si conocer ese dato nos vinculara en secreto.

Le agradecí el regalo y me puse el anillo en el dedo corazón. Siempre podría resultarme útil si sufría un nuevo vacío de memoria sobre mi identidad. Tras el encuentro con la vidente, el episodio no se había repetido y, aparte de los siete días fatídicos de mi secuestro, los recuerdos permanecían bien anclados donde debían estar. Todo lo contrario a lo que había sucedido durante mi recuperación, pues me costó un montón volver a los libros, hasta el punto de que estudiar se convirtió en una auténtica pesadilla. En cambio, ahora absorbía como una planta sedienta las informaciones a cuentagotas que me comunicaban sobre la magia. Incluso había empezado a hojear el libro que me había prestado Ismael, *Comprende en el acto cómo se hace un artefacto*, por más que el mero hecho de tenerlo entre las manos me devolviera al momento que habíamos compartido y a nuestros cuerpos a un milímetro de distancia, pegados entre las estanterías.

Se trataba de una guía elemental que empezaba contando cómo se usaban los artefactos en el pasado, cuando magos y magas trabajaban codo con codo con los seres humanos, poniendo sus

vastos conocimientos al servicio de diversas civilizaciones. Astronomía, química, matemáticas y muchas más disciplinas que permitieron la construcción de impresionantes edificios como las pirámides o la invención de materiales como el hormigón de los romanos, cuya fórmula seguía siendo un misterio para la humanidad.

Cada línea que leía reforzaba mis ganas de quedarme en la Academia de Seledia.

Abandoné con disimulo los arbustos del jardín y me metí por la puerta de servicio que daba al Campo Santa Marina. La calle me resultaba muy familiar, pues la recorría a diario para ir a Ca' Foscari.

Había aprendido a evitar los rincones más concurridos de aquel laberinto de estrechos callejones y puentes de piedra. Existía otra Venecia aparte de la dibujada en las rutas de los mapas turísticos, oculta entre los patios adoquinados. Había sido mi ciudad durante cuatro felices años. Y una parte de mí, silenciada por la lógica, siempre había acariciado la esperanza de que detrás de los frisos desconchados con extrañas criaturas aladas y de los muros cubiertos de hiedra pudiera haber otro mundo, uno cuyo corazón no se hubiera agostado.

Sonreí al viento cuando entré en el animado barrio de Dorsoduro. Octubre se presentaba como de puntillas, aportando una brisa agradable y un tapiz de nubes que a Bianca le habrían encantado; me había resultado sencillo sonsacarle el nombre del mejor gran almacén de magia de Venecia y las indicaciones para encontrarlo. El sonido de su voz todavía me acompañaba, y despertaba un vago sentimiento de culpa por haberle mentido.

«Solo le he mentido un poco», me justifiqué, mientras doblaba hacia la calle de Le Boteghe, donde se sucedían pequeñas galerías de arte, tiendas de alta costura y muchos otros pequeños negocios que parecían estar allí desde siempre. Domiziana solía frecuentar aquella calle para hacer sus compras, y ahora sabía por qué motivo. Seguí las instrucciones de Bianca y llegué a la pastelería Fiammenghi, a partir de la cual conté doce pasos largos pasos hacia el oeste antes de detenerme. Durante un momento, no vi nada más

que una pared de ladrillos y una gran maceta de belladona que trepaba por un canalón. Cerré los ojos y me concentré. Sabía que allí había algo, lo sentía, como cuando advertía una presencia detrás de mí a pesar de no poder verla.

Un instante después apareció una puerta. Mejor dicho, no apareció, porque siempre había estado allí. Miré a mi alrededor. Los transeúntes pasaban a mi lado sin reparar en mi persona, y tampoco nadie me prestó atención cuando me acerqué a la entrada.

Era una puerta de madera de color violeta con un pomo de bronce en forma de llave y un cartel en letras de imprenta que decía: GRAN ALMACÉN CENTOQUARZI. DESDE 1612. Tragué saliva. Por primera vez en meses, la descarga de adrenalina que me recorrió no respondía a un ataque de pánico, sino que era una invitación a la aventura.

Abrí y me quedé sin palabras. Frente a mí se extendía un negocio demasiado grande para estar encajado entre la pastelería y la sastrería de al lado. Sin embargo, estaba allí.

Me interné en un local donde cada centímetro de pared estaba ocupado por repisas decoradas en las que los objetos se apilaban uno encima de otro como si esperasen a ser elegidos: mazos de naipes, canicas, tarros de cristales tintados, figuras en miniatura y una cantidad desmedida de talismanes con signos intrincados. Me moví con cautela entre islas llenas de velas de todas las formas y tamaños, mientras elaborados colgantes de cristales y piedras que apenas había comenzado a reconocer colgaban del techo. Tan pronto como cerré la puerta y dejé de escuchar el bullicio de Venecia, me di cuenta de que el almacén estaba igual de animado. Se sucedían bocanadas de vapor y el crujido de engranajes mal engrasados, y el viento hacía sonar campanas instaladas quién sabe dónde. Al pasar junto a una estatua baja de un tucán, el suelo rechinó.

—Señorita, ¿qué venturoso viento la trae por aquí?

Mi corazón dio un brinco y me giré hacia el mostrador y hacia el hombre que estaba casi tumbado encima de él, con el codo plantado

junto a la enorme caja registradora y la papada apoyada en la palma de la mano, exhibiendo un gesto pensativo.

Sus ojos parecían un par de pequeñas monedas que relucían y me observaban como si me evaluara. Pasados unos segundos, comprendí que él no me miraba a mí, sino a los objetos que llevaba, en particular a la pulsera blanca que asomaba por mi manga. Instintivamente me la tapé con la palma de la mano.

—Una amiga me ha recomendado su tienda —dije, al tiempo que miraba una oca de cerámica que intentaba mover sus patitas palmeadas.

Cuando se percató de que la miraba, abrió el pico con ímpetu, profiriendo un «cuacuá» que me sonó como si se hubiera ofendido.

Abrí los ojos de par en par, lo cual provocó una estrepitosa carcajada del propietario, que se agarró el chaleco y estuvo a punto de caerse del mostrador.

Lo ignoré y me acerqué a un escritorio con los cajones abiertos en el que se mostraban artículos de papelería y una pirámide de frascos de tinta negra, azul y verde. Me fijé en una pila de marcapáginas de tela y en un goniómetro. Me abstraje examinando la colección de estilográficas, plumas y plumillas, hasta que me detuve en una que me resultaba familiar. Era fina y estaba decorada con un ocho alargado. Era idéntica a la de Ismael. La cogí para examinarla de cerca.

—Es una excelente opción para aquellos que deben lidiar con un gran volumen de información —comentó el propietario, echando un vistazo a mi elección—. Además, es uno de los pocos artefactos que se cargan de magia, de manera que puede usarlo cualquiera, hasta que se descargue, claro.

—¿Cómo dice?

El tendero señaló una caja de recargas de tinta.

—Me refiero a esa pluma guardarrecuerdos. Los estudiosos la utilizan para librarse de informaciones superfluas. Cuando se emprende un estudio amplio, a veces sucede que el coco se llena de ideas incorrectas que a uno le gustaría olvidar, y entonces esa

pequeña joya viene muy bien. Permite a quien la usa olvidarse de lo que escribe.

La apreté, y mi mano empezó a temblar de manera intensa.

—¡Es terrible! —mascullé—. ¿Y si una persona se ve forzada a olvidar algo? —pregunté, sintiendo cómo el vértigo desplazaba mi peso de un lado a otro, cada vez más inestable.

El hombre negó con la cabeza de forma categórica.

—Oh, no, eso no es posible. El artefacto se creó para que se utilice solo de forma voluntaria y por aquellas personas que tengan una mente libre de pensamientos negativos. No hay manera de engañarlo.

Comprobé que el mundo dejaba de moverse y se volvía más estable bajo mis pies.

—No es usted una maga, ¿verdad? —preguntó el tendero, dándose una palmada en el bombín que llevaba, ignorando mi estado de agitación, o tal vez sin advertirlo.

—¿Cómo lo ha sabido? —repliqué, distrayéndome de la crisis que acababa de tener al interceptar mi imagen en un espejo.

—Viaja ligera para ser una maga, sin artefactos. Y si lo fuera, no necesitaría que le recomendaran mi negocio. En la ciudad, todo el mundo lo conoce y ha comprado aquí al menos una vez. Y todos saben que la primera regla es tocar. —Señaló la oca con su rechoncho dedo índice—. Debería haberla ayudado.

Me coloqué el asa de la cartera al hombro con nerviosismo y miré alrededor, en busca de más objetos en apuros, para remediar mi error.

—Me pregunto qué será usted —manifestó, rascándose la sien con las desgastadas yemas de los dedos—. No es lo bastante pálida como para ser una noctivaga; desprende un aroma agradable, lo que descarta a todos los licántropos y bestias por el estilo. Creo que también puedo descartar a las sirenas, porque, bueno, son impresionantes, de una hermosura inimaginable.

Lo fulminé con la mirada.

—Le diré lo que ya nunca seré —le solté, interrumpiendo su

enumeración de criaturas—: cliente suya.

Cuando hice ademán de marcharme, el dueño saltó desde el mostrador y se paró delante de la puerta, postrándose en una reverencia que provocó que se le cayera el bombín y que casi se besara las rodillas.

—Perdón, perdón —graznó, levantándose lo justo para recibir mi absolución.

Se lo hice pagar con unos segundos de silencio. Ceñí la pulsera con los dedos. Los últimos días había dedicado horas a mirar el brazalete, rogándole en silencio que brillara. Sentada en la cama, con las piernas cruzadas, había inspirado y espirado con furia hasta sentir un ardor en la garganta. Imaginaba mi energía como una gota suspendida en el aire y, respiración tras respiración, intentaba concentrarla en el brazo. Tal vez mi magia llevaba años atrofiada y la única gota que me quedaba necesitaba revitalizarse para que los glifos la percibieran. Era mi última esperanza. Lo fue hasta que caí exhausta sobre la cama, mareada por el repentino consumo de oxígeno. Entonces me acurruqué entre las mantas para abrir la puerta al pensamiento que había mantenido en la retaguardia durante días.

—Necesito litio —manifesté sin más y, de pronto, el hombre se movió, indicándome que lo siguiera.

Lo había descubierto en mi primera clase de Astronomía, Leo lo había reiterado durante una charla, y más tarde lo confirmé en las páginas de *Comprende en el acto cómo se hace un artefacto*. El polvo de estrellas, por lo general, era imperceptible a simple vista y, para hacerlo brillar, se utilizaba litio. El mismo polvo que contenía mi pulsera. La misma reacción que se esperaba de mis poderes.

Claro que eso significaba hacer trampa, y nunca en la vida había caído tan bajo, pero lo hacía por una buena razón. Nadie parecía creer en el poder que se había manifestado en el callejón, así que solo podía confiar en mí misma para descubrir la verdad.

¿Qué tenía que perder? El peor destino al que podía enfrentarme era la expulsión, nada diferente de lo que me esperaba si seguía

inspirando profundamente como una cumpleañera ante cien velas. No, por eso había decidido intentarlo todo para quedarme.

—Aquí tiene —dijo el tendero, extrayendo de un baúl una bolsita de arpillera con una etiqueta que indicaba el contenido—. Son treinta pepitas.

Titubeé. Bianca no había mencionado el dinero mágico, y yo, desde luego, no tenía.

—Eh…, señor…

—Lodovico Centoquarzi —se presentó, alisándose el mechón de pelo que caía lacio sobre su frente.

—Señor Centoquarzi —repetí, segura de que era un nombre inventado—, soy la ayudante de la *magistra* Domiziana Falier. ¿Sería tan amable de ponerlo en su cuenta?

El tendero soltó un silbido apagado.

—¡Oh, *magistra* Falier, qué honor, qué honor! Pero me temo que no puedo. Es más, conociendo su fortuna, ahora me arrepiento de no haberle pedido más pepitas.

Rebusqué en mi cartera, pero no encontré nada salvo un bloc de notas, mi estuche, la carta del tarot de las estrellas y mi monedero. Lo saqué y le enseñé un billete de veinte euros y mi tarjeta de débito.

Lodovico negó con la cabeza.

—Lo siento, vuelva cuando tenga dinero —sentenció, devolviendo la bolsita a su sitio.

—¡No! —grité. No tendría ocasión de volver. Pensé rápidamente y estiré el brazo derecho, mostrando la fina pulsera gris que me había regalado Domiziana—. Esto debe de valer mucho. Más de treinta pepitas. Hagamos un trueque.

Lodovico se acercó, intrigado.

—¿Puedo? —preguntó, y yo asentí.

Tomó mi mano entre las suyas y examinó la joya, pero sus labios se curvaron en un gesto escéptico.

—Hum… No me serviría de mucho. Es un artefacto fabricado para la persona a la que está destinado. Reutilizado perdería su

eficacia. Consérvelo, la protegerá.

Yo también observé la piedra porosa, sintiéndome una imbécil por no haber concluido antes que podía tratarse de un artefacto.

Pero el comerciante no me dio tiempo a reflexionar. Enseguida me giró la muñeca y me descubrió la palma de la mano.

—¿Por qué no me paga con unas gotas de su sangre?

Me sorprendió la serenidad de su expresión.

—¿Sangre…?

—¿Qué pasa? —dijo frunciendo el ceño—. Es una de las formas de pago más extendidas en la Hidden Society. A menos que… —Las pestañas descendieron sobre sus ojos y me estudió con creciente atención. Y con sospecha.

—Está bien, está bien —me apresuré a decir—. Pensaba que unas gotas no bastarían para sus excelentes productos.

La sonrisa de Lodovico se ensanchó de oreja a oreja.

—Solo tomaré unas cuantas.

De manera apresurada, para que no pudiera echarme atrás, sacó de su chaleco una ampolla que terminaba en una hoja similar a la de una plumilla y me hizo un corte en el centro de la mano.

La sangre brotó al instante y fluyó por el surco hasta llenar el vial. Centoquarzi lo tapó con una sonrisa de satisfacción y me ofreció una nuez de pomada.

—Preparada por la mejor chamana de la península —precisó.

Extendí la crema por la herida, apretando los dientes a causa del dolor. Era similar al escozor que me infligía el papel cuando me abría las yemas de los dedos, un dolor al que estaba acostumbrada y que el remedio mitigó enseguida. Instantes después, solo quedaba el corte, pero sin rastro de hemorragia. Le di las gracias al tendero y salí abrazada a la bolsita de litio.

Vislumbré el sol ocultarse más allá de los tejados de Venecia. Solo tenía que regresar a la Academia, ocultarle el litio a Ismael y la pulsera empezaría a brillar al anochecer.

Tomé la calle de Le Boteghe y atravesé la marea de turistas que merodeaban en torno a los escaparates. Había aprendido a

sortearlos en todas las zonas de la ciudad. En las plazas, se movían sin orden, como granos de arroz en una cesta; en los puentes, se asomaban a las barandillas, enarbolando sus teléfonos, mientras que en las calles comerciales se desplazaban de un lugar a otro con exasperante lentitud.

Aminoré el ritmo para verlos pasar y capté algún retazo que otro de conversaciones que alguna vez yo también había mantenido: el plan de un viaje, una cena aplazada, bombones demasiado caros y un cargador de móvil roto. Los insignificantes y habituales contratiempos de la rutina cotidiana.

«¿Cuándo dejó de merecer la pena?». La pregunta hizo que mi lengua se hundiera en el fondo del paladar, donde permanecían las palabras que no me atrevía a articular, ni siquiera mentalmente. Necesitaba que sonase un concepto para comprenderlo, y todo aquel tiempo había logrado acallar mis dudas. Estaba dispuesta a hacer trampas con tal de no volver a vivir como la gente que pasaba a mi lado.

¿De verdad esa vida era tan mala? Me fijé en tres amigas que acariciaban a un gato callejero y en un par de chicos que bebían sentados al borde del canal. Quizás no era tan mala, pero eso no significaba que no desease algo más. Se suponía que así eran los deseos: no una súplica para no hundirse, sino chispas de felicidad.

—¿A qué viene tanta prisa, Valmori?

Ismael estaba apoyado en el muro de la calle de Le Boteghe con una expresión satisfecha por haberme pillado in fraganti. Un soplo invisible de escarcha me paralizó, e intenté no parecer demasiado culpable.

—Un recado para Bianca —mentí, enredándome con las palabras mientras jugaba nerviosamente con el asa de mi cartera. ¿Cómo era capaz de encontrarme siempre?

—Pensaba que ya había quedado demostrada tu ineptitud para mentir. ¿Crees que disfruto en el papel de ángel de la guarda? Hubiera preferido quedarme leyendo todo el día en mi biblioteca. En cambio, acepté acompañarte a casa de Domiziana, y tú me lo pagas

escabulléndote. —Ismael se cruzó de brazos, y los anillos de latón que llevaba en los dedos reflejaron el último rayo de sol. Entonces, sus ojos color terracota se posaron en la bolsita que llevaba en la mano y su expresión pasó de la confusión a la sospecha—. ¿Me puedes explicar por qué has comprado litio? Y no me digas que es para Bianca, porque ella accede a las reservas de la Academia.

Fruncí los labios, mientras calculaba qué mentira resultaría lo bastante creíble para justificar el litio. Sin querer, mi mirada se posó en los glifos de la pulsera.

—Tenía mejor concepto de ti, Valmori.

Su voz fue como un latigazo gélido, como la primera ráfaga de viento tras la puesta de sol.

Me arrebujé en la gabardina, y casi susurré para no llamar la atención de los transeúntes.

—Yo también tenía mejor concepto de la Academia. Lo creas o no, al salir del Teatro La Fenice le derretí las manos a un tipo.

Ismael echó un vistazo alrededor y me agarró la mano libre, forcejeando con la tela de la manga para apretarme los dedos. Sentí como su piel absorbía parte de la tensión.

—Hablaremos de ello dentro de un momento —prometió, y, sin darme tiempo a replicar, sacó una gorra de su mochila y me la encasquetó.

Sentí que el corazón se me aceleraba. Cuando mi mundo estalló en mil pedazos, nadie me ayudó, por eso tuve que reconstruir el espacio que me rodeaba, adaptándolo a mis necesidades. No sabía asir una mano ni sincronizar el paso al caminar. Mi realidad disponía de sus propias medidas, estrictas y rígidas, y no había lugar para nadie más.

Quería refugiarme en mi fortaleza y quitarme de encima a Ismael, pese a ser consciente de que sería una jugada ridícula. El siguiente paso estaba claro: informaría de nuestro encuentro al director Panfilio y me expulsarían sin darme la oportunidad de explicarme.

Bajé la barbilla, dejando que la visera de la gorra me tapara la

cara. La tensión por cumplir mi propósito me había hecho olvidar al resto del mundo, y solo entonces sentí todos los ojos clavados en mí. Caminé, guiada por Ismael, hasta que el pavimento de la calle cedió su lugar a la piedra del muelle junto al canal y el sonido del agua silenció la algarabía. Habíamos ido a parar al canal de San Barnaba, donde Sagredo tenía amarrada la motora, una espléndida Riva de brillante madera rojiza.

Ismael me ordenó acomodarme en el asiento y desató el nudo que la ataba al poste, para a continuación impulsar la barca con un par de largos remos. La proa se deslizó sobre las aguas silenciosas, y el lento movimiento de la embarcación me meció hasta que entramos en el Gran Canal.

En ese instante, Ismael arrancó el motor y se sentó a mi lado, manteniendo la velocidad poco menos que al ralentí.

Casi había olvidado lo excepcional que era Venecia. Amaba sus calles encajonadas y sus plazas abiertas en el corazón de los barrios, pero la ciudad mostraba su verdadero rostro desde el agua. Los palacios miraban hacia el Gran Canal como si compitieran por atraer visitantes, por publicitarse y despertar admiración. Y todos eran tan magníficos que siempre me quedaba atónita, abstraída imaginando lo que ocultaban sus miles de ventanas.

—Ya puedes continuar. Perdona que te haya interrumpido, pero quería evitar la intervención de los vigilantes de la Hidden Society —me explicó, al tiempo que maniobraba con el timón para adelantar a una góndola. Su forma alargada se introdujo en mis recuerdos y se dirigió directamente hacia mis pensamientos más oscuros.

—¿Quiénes? —pregunté extrañada, y él hizo una mueca, como si por un instante hubiera olvidado que tenía que explicarme cada concepto nuevo.

—Son un grupo de personas que velan por el secreto de la magia. Protegen a los humanos de los peligros sobrenaturales, y a nosotros de su curiosidad y su codicia. Hablabas de cuando derretiste con tus manos… —Me recordó.

—Exactamente… —Junté los labios, intentando recuperar parte

de la rabia que me había encendido antes—. Quizás para ti, que te has criado entre vampiros y licántropos y seres mágicos, sea algo normal, pero, para mí, definitivamente no lo es. ¿Y sabes qué más no es normal? Desaparecer. Desaparecer siete días y luego despertarme aquí. —Señalé el agua con el mentón—. Sucedió algo, Sagredo, estoy segura. ¡No pueden expulsarme sin más!

Ismael miraba al frente con determinación, evitando cruzarse con mis ojos y rozarme la rodilla.

—Ahora podrían hacerlo, en vista de la solución que has elegido.

Le lancé una mirada que decía «solo si se enteran» y que Ismael me devolvió, furioso.

—Me quedaban pocas opciones, me iban a expulsar de todas formas.

Ismael apenas se volvió de perfil.

—¿Quién ha dicho que te iban a expulsar?

—Tu madre.

Sentí que la lancha viraba de forma brusca y enseguida recuperaba su trayectoria.

—La decisión no depende de mi madre, sino del Colegio de la Academia, el organismo al que pertenecen todos los *magistri* y *magistre* de Venecia.

—Disculpa, pero ella se mostró muy convincente —repliqué con sequedad.

—Sí, es una de sus cualidades.

Por el tono en que lo dijo me dio la impresión de que no lo consideraba precisamente un mérito.

—Me llamó hija de Mérope. Eso no es un cumplido, ¿verdad?

Vi cómo la decepción cruzaba por su rostro y sentí alivio por no ser yo la responsable de haber provocado tal reacción. Esa decepción era un fragmento roto, y los pedazos afilados se esparcían por todas partes, demasiado separados y desportillados para volver a unirlos.

—Valmori, deberías saber que ciertos magos piensan que los humanos son una especie que está en un peldaño inferior de la

etapa evolutiva. Por eso los comparan con Mérope, la estrella menos luminosa de las Pléyades, que, según el mito, brilla con menos intensidad porque, a diferencia de sus hermanas, eligió amar a un mortal.

Se me escapó una carcajada de estupefacción, del todo espontánea, de la que por un segundo se contagió Ismael. Lo encontraba especialmente guapo cuando sonreía después de consternarse.

Recordé el mito y el matrimonio de Mérope y me encogí de hombros.

—En cualquier caso, Sísifo era bastante guay.

—Que no se te suba a la cabeza. La mayoría de los humanos son realmente repugnantes. —Su desprecio era palpable.

—¿Yo también? —pregunté, incapaz de contenerme.

Su perfil se mostró un instante y me observó como si nunca antes me hubiera visto.

—Tú no tienes rival en la línea evolutiva en lo de ser un verdadero dolor de cabeza.

Mis protestas se perdieron en el viento, así que guardé silencio mientras pasábamos bajo el arco blanco inmaculado del puente de Rialto. Me recliné en el respaldo para disfrutar de su diseño y lo contemplé al revés, reflejado en el canal, dibujando un círculo perfecto.

—Te habría defendido, Valmori. Quería ayudarte para que te quedaras, antes de que eligieras engañarnos. —Echó un vistazo a la bolsa de litio que aún llevaba en la mano.

Me habría gustado gritarle que aquella frase llegaba tarde, que me había sentido sola y desesperada, y que la habría necesitado antes.

—Podrías habérmelo dicho —fue todo lo que pude soltar.

—Creía que lo sabías. Pensaba que nos entendíamos muy bien. —Sus palabras dejaron suspendido en el aire un «En cambio…».

—¿Y ahora qué? —pregunté, con un nudo en la garganta.

—La Hidden Society te juzgará, investigará tu caso y te echará

de Seledia.

Me levanté de un brinco y me tambaleé peligrosamente en la lancha.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente en serio —replicó Ismael, cuya voz había recuperado la decisión.

—Para ti todo serán ventajas. Si me voy, volverás a ser el *magister* más joven de la Academia y te librarás del compromiso de tener que acompañarme.

Extendí los brazos para tratar de ocupar todo el espacio posible, con la esperanza de que Ismael se fijase al menos un poco en mí y me tuviera en cuenta.

—Creo que la *magistra* más joven fue Patrizia Soderini.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—¡No estamos hablando de eso!

Ismael se desvió con suavidad hacia la izquierda, siguiendo el curso del Gran Canal.

—Si quieres que te responda, sí, será una liberación poder retomar mis asuntos.

No debería haberme dolido tanto, pero su respuesta hizo mella en un punto débil que creía haber conseguido endurecer con el tiempo.

Pasamos junto a la estación de Santa Lucía y un momento después la laguna se abrió ante nosotros. Ismael aceleró, dibujando una larga cola de espuma blanca a nuestra espalda. Venecia empezó a quedar muy atrás. Pronto volvería a verla.

Pronto volvería a ser mi único mundo.

«¿Y si, junto con los recuerdos de la magia, también tenían que arrebatarme la esperanza que siempre había albergado, mi creencia en lo fantástico?».

La idea me debilitó las rodillas y me derrumbé en el asiento. No estaba dispuesta a vivir en la apatía gris de los que no ven más allá de las apariencias. De los que no creen.

Hundí los dedos entre mi pelo, apoyando las frías yemas en las

sienes. Tenía que pensar, encontrar una solución.

La silueta de la Academia ya había aparecido y en pocos minutos atracaríamos en el islote de entrada, donde se frustrarían todas mis esperanzas, y en unas cuantas horas sería obligada a abandonar mis recuerdos.

«Mis recuerdos».

Un pensamiento se encalló entre la miríada de ideas.

—Sagredo, ¿te acuerdas del día de mi examen en la universidad, cuando me pusiste un notable raspado?

Vi a Ismael pasar revista a la escena con rapidez: conocía la forma en que sus ojos barrían de un extremo a otro el horizonte, en realidad, prestando atención a lo que sucedía en su cabeza.

—Claro que me acuerdo. ¿También planeas hacer trampas en el próximo examen?

Emití un sonido de fastidio y me permití una sonrisa que intentaba imitar la suya.

—¿Y tú planeas dejar que otros alumnos utilicen tu pluma guardarrecuerdos?

Los dedos de Ismael se aferraron al timón y sus brazos se tensaron. Sus ojos permanecían firmes a causa de mi comentario.

—¿Te ha comido la lengua el gato? Me pregunto si al director Panfilio le alegrará saber que su segundo *magister* más joven dejó que una chica le arrebatara un artefacto que utilizó para borrar la memoria de su propio nombre.

Volví a reclinarme en el asiento y, aunque Ismael continuaba impertérrito, con la mirada al frente, supe que veía mi sonrisa de satisfacción ante su silencio.

—Eres mucho peor de lo que imaginaba, Valmori.

—En todo caso, sigo siendo mejor que tú —me limité a responder.

CAPÍTULO 12



Ver iluminarse los glifos de la pulsera debería haberme hecho temblar de emoción. Sin embargo, permanecí impasible mientras el litio llenaba las hendiduras de la piedra blanca y despertaba el polvo de estrellas.

—Llegados a este punto, podrías hacer que brillasen los cuatro glifos.

La ironía de Ismael cayó como una guadaña en la penumbra de Sotobóveda. Me había observado en silencio, de brazos cruzados y con la mirada envenenada, apoyado contra una pared atestada de carteles. Habíamos acordado un silencio mutuo con visos de chantaje. Yo no mencionaría el episodio de la pluma guardarrecuerdos y él sería testigo de la activación de la pulsera.

—¿Cabe la posibilidad de tener más de un talento? —pregunté, sin verdadero interés. A pesar de las veladas acusaciones en la voz de Ismael, no buscaba que me considerasen un ser especial, solo quería ser como los demás de la Academia.

—Ocurre de vez en cuando, pero, a mi modo de ver, es un desperdicio. Es imposible tenerlo todo, destacar en todas las artes. Conozco a una maga que demostró tres talentos y se pasó la vida

intentando especializarse en alguno de ellos, hasta que cejó en el empeño.

Cerré la bolsa de litio con un nudo y la escondí entre los libros de la sección infantil, los únicos que me estaba permitido tocar.

—¿Qué pasó al final con esa maga? —pregunté.

—Según ella, consiguió lo que quería. Heredó el *najma* del sol, el más alto honor para la sociedad mundial de magos, y ahora se la conoce como Al Saahira —respondió en tono anodino, haciendo girar sus anillos de latón como si rebobinara recuerdos.

—Por lo que parece, acabó bien, e imagino que será feliz.

Ismael ladeó la cabeza y me miró fijamente entre el resplandor que emanaba de su farolillo.

—Depende de cuál sea tu concepto de felicidad. Su éxito se construyó sobre la soledad de su mujer y la indiferencia de su hija. Cuando tomamos una decisión, sacrificamos lo demás.

Pensé en lo que me esperaba en Venecia o, peor aún, en casa de mis padres. La burbuja. La asfixiante sensación de protección con la que me habían protegido de peligros imaginarios. En su deseo de querer defenderme de todo, era como si me hubieran confirmado que era incapaz de hacer nada, y durante años me lo había creído. Cuando regresé después del secuestro, volví a caer en lo mismo. Entonces me prometí que sería yo quien decidiría a qué tenía miedo, tanto miedo como para ni siquiera intentar sentirlo.

—Soy capaz de afrontar lo que venga —afirmé, levantando la pulsera iluminada hasta la barbilla.

Por los ojos de Ismael cruzó un destello de comprensión. Lo sabía. Pensaba que yo sería capaz de arreglármelas también con la magia. Su mandíbula se tensó.

—No deberías haber hecho trampas.

Lo miré con irritación. A pesar de todo, continuaba emperrado en la idea.

—Y tú no deberías haber dejado un artefacto al alcance de un humano y permitirme usarlo. Así que ahora vendrás conmigo a ver a Panfilio, harás el papel del *magister* orgulloso de su alumna, que con

tanto esfuerzo ha conseguido demostrar su talento, y, una vez que salgamos de su despacho, podremos no volver a mirarnos jamás a la cara.

Entonces tal vez sería capaz de reprimir la insensata atracción que sentía por él.

Los labios de Ismael se atirantaron hasta palidecer y apenas se movieron para inyectar todo el rencor que podía sentir en cuatro sílabas.

—Trato hecho.

Nos dirigimos hacia una de las salidas laterales de Sotobóveda, donde divisé a Bianca hablando con Jacopo Altieri. Aflojé el paso, confusa.

Era normal que dos estudiantes conversaran. De hecho, parecía ser la actividad favorita de los magos, después del estudio. Era habitual pasear por Seledia y asistir a una discusión igual de encarnizada que un duelo con espadas.

Sin embargo, no discutían, sino que hablaban en voz baja. Bianca le mostraba un mapa astral, y Jacopo tenía una expresión que desentonaba con sus rasgos afilados. Parecía casi divertido, nada que ver con la crueldad con la que había desafiado a Ismael. La dulce voz de Bianca suavizaba sus facciones.

Estábamos a punto de llegar a la salida cuando los ojos de Jacopo se clavaron en mí, en la manga de mi capa. Luego miró alternativamente a Ismael y hacia el lugar por donde habíamos aparecido.

Pensé en lo absurdo que resultaba aquel encuentro silencioso y traspasé con Ismael la puerta lateral, bajo el pórtico. Me condujo por una escalera de caracol cubierta por una alfombra azul que atenuaba el sonido de nuestras pisadas.

Podía sentir los latidos de mi corazón sin necesidad de tocarme el pecho. Palpitaba a un ritmo frenético, resonando en mi espalda, como si quisiera sacarme de allí, detenerme y obligarme a dar marcha atrás, porque, a pesar de todo, aún había muchas razones por las que todo podía salir estrepitosamente mal.

Ismael llamó a la puerta, que se abrió muy despacio pasados unos instantes.

El despacho del director parecía la linterna de un faro: una habitación octogonal con paredes de cristal que se asomaban a la laguna; no sé si por arte de magia o por un juego de ecos, pero parecía que las olas, con su movimiento infinito, rompieran allí.

«Infinito».

La idea surgió con claridad, reflejada en cada rincón de la estancia. No había límites ni obstáculos que impidieran a los visitantes tocar la librería o llegar hasta el sofá, sobre el que descansaba una pila de pergaminos. Todo estaba al alcance de cualquier mano. Las florituras que decoraban el escritorio invitaban a aproximarse y a admirarlas, y las sillas reclinadas parecían suplicar que las ocupasen. A diferencia de las demás dependencias, donde el techo era un fresco animado, la parte superior de la torre absorbía la luz como un agujero negro, y cautivó mi mirada, como atraída por las posibilidades de lo que podía encontrarse más allá de la oscuridad.

Entramos tras dejar los zapatos en el vestíbulo; Ismael se desprendió de los suyos con una palmada dramática.

—¿Señorita Valmori? —La voz animada del director Panfilio me hizo regresar a la realidad. Estaba inclinado sobre su escritorio y apartaba un tambaleante montón de papeles—. ¿Por casualidad su visita tiene que ver con cierta pulsera?

Me sonrojé al caer en la cuenta de que por fin había llegado el momento de enseñar el glifo iluminado, el momento de mentir.

—Sí, director —respondió Ismael en mi lugar—. La pulsera se ha encendido hace un rato, mientras impartía mi clase de Astronomía. Parece que Valmori tiene un don para identificar yacimientos arqueológicos con una alta densidad de polvo de estrellas.

Improvisé una humilde sonrisa, como para restar importancia a los cumplidos de Ismael. No obstante, ya no era el miedo a mentir lo que me hacía guardar silencio, sino la perfecta estrategia de Ismael. Había situado mi talento en una de las áreas de investigación en las

que me había especializado en la Universidad Ca' Foscari: de este modo, podría mantener una conversación sobre el tema sin dificultad. Es cierto que mi glosario de términos mágicos era nulo, pero me había proporcionado los rudimentos para sobrevivir a los debates con los que tanto disfrutaban los magos.

Alcé la manga con lentitud y enseñé la pulsera. Las hendiduras del glifo resplandecían, como si en lugar de haberlas rellenado de polvo de litio hubiera abierto una grieta en su radiante corazón.

—¡Qué inesperada y feliz noticia! —exclamó Panfilio, haciendo tintinear los anillos contra el escritorio—. Es una elegida de las estrellas.

No habían sido las estrellas…

Panfilio se acarició la barba para apartársela de los labios y me permitió ver cómo la sonrisa invadía su rostro, estirando la red de arrugas que lo surcaban.

Apenas le hizo caso a la pulsera; toda su atención estaba puesta en mí y en Ismael, a quien miraba con el orgullo desbordante con el que yo también deseaba ser considerada.

—Sabía que tu orientación daría sus frutos —le dijo—. Sigues demostrando ser mi alumno más prometedor.

Por la forma en que se dirigía a él, entendí que el vínculo académico que los unía era más fuerte que el que existía entre el director y un alumno cualquiera.

Ismael hizo ademán de agradecer sus palabras, y solo entonces comprendí por qué Panfilio no le había dedicado más que un breve vistazo a la pulsera. Las palabras de Ismael eran certificación más que suficiente. La confianza que Panfilio tenía depositada en él me había salvado de un examen más demorado. De haber descubierto el truco del litio, probablemente todo se habría venido abajo.

Sentí que mis labios temblaban por el deseo de abrirse y revelar lo ocurrido, suplicando con mil excusas. Ismael no merecía perder la confianza de su *magister*. Sabía lo importante que era para él su carrera académica, y yo la estaba poniendo en serio riesgo. A punto estaba de hablar cuando el director se levantó de la silla y se acercó

a estrecharme la mano. Me puse tensa al sentir que me tocaba la parte en la que me faltaba el dedo meñique, aunque no pareció importarle. Tenía la piel apergaminada, las venas manchadas de tinta absorbida y adornos dorados que tintineaban con cada uno de sus movimientos.

—Querida, querida Valmori, por fin se hace la luz sobre su historia. Sé que aún hay muchos misterios que giran en torno a su destino. —Me dio una palmada en la mano, como instándome a tener paciencia—. ¿Quién de nosotros no tiene alguno?

Mi mirada se posó en el hermoso collar que llevaba.

Era una estrella de ocho puntas del oro más brillante que jamás había visto, y cuando me fijé en ella, pareció devolverme la atención, como si reluciera solo para mí.

—Veo que mi *najma* le llama la atención —dijo Panfilio, empujando las gafas plateadas hacia la frente.

Cogió el colgante con cuidado. Irradiaba poder por cada punta y parecía encerrar herméticamente su energía, lista para liberarla al menor toque de su dueño.

—La reclama —respondí, con la boca seca y la voz entrecortada a causa de la tensión. Me humedecí los labios y tragué saliva. Le había oído aquella palabra a Ismael, pero no sabía lo que significaba—. ¿Qué es un *najma*?

Panfilio recorrió su contorno con el pulgar.

—Se les llama de muchas maneras: legados de las estrellas, artefactos de los deseos… Algunos de sus poderes todavía nos resultan indescifrables. Lo que es seguro es que existen ciento treinta y siete, y que extraen su poder de las estrellas más brillantes de la galaxia. El mío está ligado a Procyon. —Golpeó suavemente con el índice el centro del colgante, donde un fragmento irregular de piedra contrastaba con el refinamiento de las puntas—. Aquí se encierra una parte del núcleo de la estrella, que es lo que me conecta a él.

—¿Qué puede hacer? —pregunté confusa.

Ismael, a mi lado, se dejó caer en una butaca sin pedir permiso y

agitó un dedo, reclamando a su farolillo que se le acercara.

Panfilio soltó una risita de complacencia.

—La pregunta está mal planteada, señorita Valmori. No se trata de lo que el *najma* puede hacer, sino de lo que puede hacer por usted, por mí, por el mundo.

La última sílaba se repitió en el aire, amplificada por una corriente que se intensificó hasta convertirse en un viento cálido. El despacho cobró vida, estremeciéndose con el poder liberado por el *najma*. Los pergaminos vibraron y el sonido de las olas se intensificó. La alfombra bajo nuestros pies se erizó, haciéndome cosquillas en los pies, e incluso la ropa que llevaba me acarició la piel, instándome a acercarme.

—¿Qué sucede? —pregunté, mirando a mi alrededor. Hasta los muebles parecían vibrar, y los objetos que los cubrían se agitaban como para advertirnos de su presencia.

—Intuyen la posibilidad de ser atravesados por la fuerza del *najma*, de no ser simples ornamentos, sino de estar vivos por unos instantes —susurró Panfilio, dando un par de golpecitos cariñosos a una mesilla que había empezado a chirriar.

—El director exagera —intervino Ismael, plantando el codo en el reposabrazos y reclinando la cabeza sobre el puño cerrado—. Simplemente, la energía emitida por el *najma* estimula la actividad cinética de los átomos.

«Simplemente», me repetí en tono irónico. Seguían trastocando todo lo que yo sabía de física. Guardé silencio mientras miraba fijamente aquella joya del tamaño de un huevo que encerraba el poder de una estrella.

Panfilio alzó una mano por encima de mi brazo, con la palma extendida a un milímetro de la capa.

—Si me permite…

Asentí, curiosa, y un instante después sentí que la tela se templaba y despertaba como si siempre hubiera dormido sobre mí. Se plegó en una serie de ondulaciones que de pronto agitaron la capa desde los hombros hasta los tobillos, transformándola en un

espejo de agua azul cobalto movido por un dedo. Sin embargo, la mano de Panfilio se mantenía firme, mientras gotas argénteas de espuma emergían de la lana, se encabritaban y se aquietaban a medida que se cosían a lo largo de los bordes. Cuando el director volvió a cruzar los brazos a la espalda, mi capa brillaba con destellos plateados, como la de los astrónomos, los astrónomos de verdad. Me volví y me topé con Ismael, que miraba con desaprobación. Lo ignoré.

Sonreí, al tiempo que sentía cómo la culpa me oprimía el vientre, y apenas conseguí murmurar un gracias.

—Supongo que ya no la necesita —dijo Panfilio ajustándose las gafas oscuras en la nariz.

Parpadeé, segura de que la montura había cambiado de color, y Panfilio quizás confundió mi sorpresa con confusión. Señaló la pulsera blanca que irradiaba luz bajo la manga.

En un acto reflejo, la toqué. Imaginé que, si me la quitaba, el litio seguiría brillando, y eso podría ser un problema. Un problema que, como una estúpida, no me había planteado.

—Comprendo que se haya encariñado con ella, no todos los días una joven descubre que es una maga —continuó en tono comprensivo, moviéndose por el despacho para recuperar el cofre con los cuatro glifos grabados en el que estaba guardada la pulsera cuando llegué a la Academia—. A cambio, podrá visitar la sastrería de Seledia, donde recibirá todo lo necesario para asistir a clases y e instruirse en las artes mágicas.

Antes de que me diera tiempo a contestar, Ismael se levantó de su asiento y se colocó a mi lado. Movió las manos y llamó la atención del director. No era la magia con la que había controlado las serpientes con un chasquido de sus dedos, sino su habilidad innata para atraer la atención y mantenerla con el magnetismo de sus ojos. Aunque no se volvió hacia mí, me quedé mirándole mientras hablaba de la estatuilla de Ishtar e insistía en la necesidad de que la fundación del museo del yacimiento donde se había encontrado contase con un arcanista que se asegurara de que no

hubiera más artefactos infectados por el polvo de estrellas.

Me rozó con la punta del pie, y la ligera presión me devolvió a la realidad. Panfilio estaba absorto en la conversación, de modo que disponía de unos segundos preciosos. Hice fuerza sobre la pulsera, que se deslizó sin resistencia y sin dejar de brillar. La coloqué en el cofre y acompañé con cuidado el cierre de la tapa.

Me aparté un paso para permitir que terminase la conversación y poco después Ismael volvió a ponerse a mi lado, despidiéndose del director por los dos.

Yo seguía demasiado tensa como para abrir la boca sin que me saliera un chorro de excusas y justificaciones por cada comportamiento y cada mirada. La alfombra se había convertido en una extensión de alfileres bajo mis pies, y la oscuridad contenida en el techo parecía escrutarme por dentro, más allá de la farsa que había representado para quedarme. Me calcé los zapatos, ansiosa por sumergirme en la bañera y flotar sobre la espuma para desembarazarme de mi propio peso.

Crucé una mirada con Ismael mientras nos agachábamos para atarnos los cordones. Sus dedos se movían con agilidad; los míos parecían llenos de pegamento y sin coordinación, como si la ausencia del meñique los hubiera desequilibrado. Mirarnos me lo puso todavía más difícil, también porque entendía a la perfección lo que me decía, incluso sin hablar. Había respetado nuestro pacto, se había asegurado de que la reunión transcurriera sin contratiempos y de que Panfilio no sospechara nada, y, una vez que atravesáramos la puerta del despacho, tomaríamos caminos distintos.

Hice un gesto casi imperceptible con la cabeza para que comprendiera que lo entendía y me obligué a no pensar en lo que significaba perder la compañía de Ismael.

—¿Señorita Valmori? ¿Señor Sagredo?

Ambos nos incorporamos y nos giramos hacia el director. Panfilio estaba inmóvil en uno de los escalones, con el cofre debajo del brazo y tamborileando con indiferencia sobre él con dos dedos.

—Los resultados obtenidos por la señorita Valmori en tan poco

tiempo son excelentes. A pesar de ello, creo que aún necesita su sabia guía, Ismael.

De las dilatadas fosas nasales de Ismael salió un bufido que pareció entablar un diálogo mudo con el *magister* durante unos largos segundos, al término de los cuales asintió, mordiéndose el labio inferior con aire de derrota.

—Por supuesto, señor director —apuntó, saliendo con paso decidido del despacho.

Caminé tras él escalones abajo, a la carrera, para no perder el paso de sus largas zancadas, y solo conseguí alcanzarlo cuando había superado la mitad de las escaleras.

—Sagredo —lo llamé cuando estuve lo bastante cerca como para no tener que gritar.

Ismael se detuvo sin girarse.

—¿Ni siquiera me miras a la cara? —le pregunté, sin obtener respuesta durante largos y tensos segundos.

—El director lo sabe —se limitó a decir.

Sentí que la cabeza me daba vueltas por los virajes de la escalera de caracol.

—¿Cómo es posible?

—Es uno de los magos más poderosos del mundo, Valmori, era obvio que no se dejaría engañar por un truco barato. Pensé que su confianza en mí sería suficiente, pero ahora dudo que le quede alguna.

Sentí la amargura de sus palabras, y la culpa ascendió de nuevo por mi pecho, más sofocante que nunca.

—Entonces, ¿por qué me ha admitido en Seledia? —Acaricié el elaborado bordado de la capa, que sugería, con su complejidad, una amalgama de constelaciones.

Ismael negó con la cabeza.

—Creo que ha percibido el rastro de magia que llevas y te considera más a salvo aquí que en cualquier otro lugar.

—Contigo como *magister*… —Añadí, apoyando un hombro contra la fría pared.

—Me temo que sí —pronunció con tono decaído. No sabría decir si estaba resignado o molesto o…—. Parece que te acabas de convertir en mi única oportunidad de recuperar la estima del director.

Enarqué una ceja, desconcertada.

—¿Os comunicasteis por telepatía antes de que saliéramos?

La carcajada de Ismael me sorprendió. Resonó por toda la escalera y me hizo olvidar por un segundo la piedra en la que me apoyaba.

—Por supuesto, Valmori, y con mis increíbles poderes para leer la mente, ahora adivinaré lo que estás pensando.

Se inclinó hacia mí.

Aunque estaba un escalón por debajo, nuestras miradas estaban al mismo nivel. No rehuí el contacto y aproveché para concentrarme en el fastidio que me producía su actitud inaprensible. Me consideraba una aspirante a arqueóloga y estaba acostumbrada a tratar con todo lo que podía estar grabado en una piedra con contornos bien delineados. Hasta los dioses tenían rostro, y sus gestas se representaban en frisos y ánforas. A Ismael Sagredo, en cambio, no le gustaba que las suyas se contasen.

«Te odio, te odio, te odio», pensé con todas mis fuerzas.

Los cálidos ojos de Ismael se deslizaron por mi cara como si fuera una página y no se perdieron la más mínima señal, demorándose en mis labios antes de cerrarse.

—Quieres descubrir quién eres —afirmó, y yo me quedé encandilada mirándolo.

No era un misterio, pero no me esperaba oírselo decir así, de la nada. Asentí despacio, devolviéndole la mirada para buscar rastros de ironía en las comisuras de sus labios. No los encontré.

—Estamos obligados a buscar más respuestas. —Se encogió de hombros y se volvió para empezar a bajar los escalones, concediéndome solo su perfil y un guiño—. Aun así, nadie me odia mejor que tú. Valoro tu empeño, Valmori.

CAPÍTULO 13



La infusión se enfriaba en la mesa, pero ni Domiziana ni yo nos decidíamos a coger las tazas ni a iniciar la conversación. Su presencia en Sotobóveda me evocó el mundo humano. Casi me había olvidado de él, aunque tampoco es que tuviera una vida particularmente activa: los pocos mensajes que habían llegado al teléfono de mi madrina provenían de mis padres, a quienes Domiziana se había apresurado a tranquilizar. Nadie me echaba de menos y, con un escalofrío, caí en la cuenta de que yo tampoco echaba de menos a nadie ni nada.

Domiziana había llamado a la puerta de mi cuarto con la disculpa de que deseaba felicitarme por mi admisión, pero, una vez instaladas en la cafetería de Sotobóveda, se había quedado muda y envuelta en su capa, como si hiera un escudo contra la vulgaridad de las tazas de cerámica que osaban no ser de Limoges y de la infusión en bolsita en lugar de la filtrada por las manos expertas de Alberto.

—¿Desean azúcar? —La voz de Matilda, la camarera de la cafetería, me devolvió a la realidad. La mujer señalaba el azucarero que llevaba en la bandeja, tan brillante que reflejaba su pelo azul

corto y su radiante sonrisa.

—¡Por favor! —Se apresuró a rechazar Domiziana como si se tratara de un agravio a su persona y, por supuesto, sin preguntar mi opinión al respecto.

—No, gracias —dije yo con una sonrisa.

La camarera, a quien parecía haberle hecho gracia la reacción de mi madrina, se alejó enseguida para ir a servir otras mesas.

—Soy una astrónoma, como tú —afirmé, esperando que atribuyera mi leve temblor a la emoción y obligándome a hablar para no volver a caer en el tenso silencio de los instantes previos.

Domiziana vaciló, cosa que rara vez hacía. Miró en dirección a la alta ventana ornamentada antes de responder:

—Así es.

Sumergí la cucharilla en la miel y me serví unas pocas gotas doradas.

—¿Por qué has tardado tanto en venir a verme?

Observé cómo se ponía más tiesa que un palo y tuve la impresión de que hacía esfuerzos por mantenerse serena y erguida, como si su cuerpo desease abandonarse en el respaldo. Siempre me había parecido de acero inoxidable.

—He estado en México, en un viaje de trabajo.

—¿Te pusiste enferma allí? —pregunté, sintiendo aflorar algunas de las preocupaciones que mis padres habían vertido sobre mí.

Domiziana entornó los ojos con severidad.

—No sé qué imaginaciones tienes en la cabeza, pero estoy bien, gracias. —La última palabra sonó como un desafío a que cuestionase de nuevo su salud.

Durante unos segundos permanecimos en silencio, revolviendo el té, percibiendo a los estudiantes a nuestro alrededor, pero en realidad sin hacerles ningún caso. Por un momento regresé a la rutina diaria de mis tardes en el ático de Domiziana: ella sentada en su butaca favorita, hojeando con aire distraído una revista de arte, y yo concentrada en repetir alguna lección, como si tuviera que convencerla de que una estatua de mármol decapitada era más

interesante que todas las obras que estaba viendo. ¡Yo y mi fijación desesperada por cánones estéticos de dos mil años de antigüedad!

Algunos recuerdos se habían desvanecido, imaginé, porque eran todos parecidos, apilados como una resma de papel de la que solo podía ver la primera hoja. Había pasado tanto tiempo con ella que sabía que no podía hacerle esa pregunta a nadie más:

—¿Mis padres son magos?

Domiziana sopló suavemente sobre su taza y soltó la respuesta con la misma delicadeza.

—No.

Lo sabía, estaba segura, lo que complicaba mi búsqueda de una respuesta.

—¿Qué soy yo, entonces?

—Una astrónoma. —Señaló los bordados de mi capa, se calló y le dio el primer sorbo al té.

La imité y paladeé el sabor dulce de la miel, lo que no bastó para borrar la sensación de amargura que me abrasaba la lengua. Había algo diferente en la hermética compostura de Domiziana, una sombra que empecé a sospechar que se debía a algo más que al simple cansancio.

—Hablando de astrónomos: ¿es el profesor Gritti, verdad? El colega con el que tuviste un conflicto en el pasado…

Sus dedos delgados estrechaban la taza, algo extraño en ella, que nunca se aferraba a nada.

—Sí, se atribuyó el mérito de uno de mis descubrimientos.

—¿Un descubrimiento relacionado con la astrofísica?

Domiziana rozó la taza, vacilante, y se limitó a asentir.

—Me parece que me debes algunas explicaciones, así que, por favor, cuéntamelo todo —le pedí.

—Se trata de una estrella, una estrella de la que nadie sabía nada hasta hace unos años, ya que la cubría una nube molecular particularmente densa. Yo fui la primera en sospechar de su existencia y cometí el error de compartir mis suposiciones con Gritti. La estudiamos y presentamos juntos el hallazgo, pero al final él fue

elegido astrónomo principal de Seledia. —Sus labios temblaron una vez, pero enseguida se calmaron—. Es una vieja historia. Ambos hemos alcanzado otras metas.

Apenas estaba empezando a comprender la importancia de las estrellas en el sistema mágico, pero intuí que se trataba de un descubrimiento portentoso. Entonces señalé el camafeo que destacaba sobre su blusa plateada. Se lo había visto por primera vez en sus visitas a Génova, cuando yo permanecía atrincherada en mi habitación y ella venía a traerme un té o a compartir alguna novedad del mundo que me obstinaba en mantener alejado.

Quizás siempre lo había tenido, pero yo empecé a prestar atención a las joyas tras despertarme con mi colgante misterioso al cuello.

—¿Es ese tu *marbiri*?

Domiziana se estremeció ligeramente, perpleja.

—¿Ya has estudiado los *marbiri*? Sí, lo es, y también una reliquia familiar.

Percibí un asomo de dolor en su voz y decidí no preguntar más. Pero ella se adelantó y cambió de tercio.

—¿Todavía llevas puesta la pulsera que te regalé?

Sacudí la muñeca para que la manga de la capa se deslizase a lo largo del brazo. En su sitio, justo debajo del puño de la camisa, estaba el círculo de piedra pómez que me había regalado la mañana después de la fiesta en casa de Vianoli. Para mi sorpresa, había sobrevivido a la pelea en el callejón y a mi visita al almacén de Centoquarzi.

—¿Cuál es el poder de este artefacto?

Domiziana levantó una ceja y me miró con su duro aire de desafío.

—Tendrás que descubrirlo.

Estuve a punto de tirar el té.

—¡Qué fácil es decirlo! No tengo libre acceso a la Gran Biblioteca. Así lo ha decidido el *magister* Gritti.

Las fosas nasales de Domiziana se dilataron como si hubiera

percibido un olor repugnante.

—¿Y tú te resignas?

El sabor amargo volvió a secarme la boca, y esta vez ni siquiera la última gota de té con miel logró endulzarlo.

—¿Crees que existe alguna forma de que pueda oponerme a esa decisión?

—Siempre existe una forma. —Su respuesta llegó como una estocada—. Y, ya que lo preguntas, es un artefacto protector.

Apoyé la taza, lo que hizo tintinear el platillo.

—Ese es el tipo de frase que se puede permitir alguien que está en una posición privilegiada. Entonces, ¿por qué nunca me contaste nada del mundo mágico? ¿No había ninguna manera de revelarme su existencia, de ayudarme? ¿No se te ocurrió pensar que podía tener algo que ver con mi secuestro?

Domiziana imitó mi gesto sin emitir sonido alguno y se levantó igual de silenciosa. Me recordó a un águila ratonera lista para atacar. Y de nuevo me sentí el ratoncito sin escapatoria.

—Tú no sabes…, tú… —Se arrebujó en su capa como para aprisionar las palabras que reprimía.

En aquel momento, un ligero aleteo interrumpió el murmullo de fondo de la esquina de la cafetería y un pajarito de cobre planeó sobre la mesa. Llevaba un rollo de pergamino en el pico. Lo miré desconcertada. Casi parecía corresponder a mi atención, con los ojitos negros clavados en mí y su cola rojiza y temblorosa.

—Atrápalo, es un mensaje para ti —me dijo Matilda, guiñándome el ojo como si se imaginase lo que contenía.

Extendí la mano, y el pajarito dejó caer el pergamino en mi palma.

Lo desenrollé y reconocí la letra picuda de Ismael.

Nos vemos a las 23:00 en punto.
Vamos a empezar a investigar para tratar de resolver el lío en que nos has metido.
P. D. Vístete decentemente.

I. S.

Leí la nota, sorprendida por lo rápido que me había escrito. Después de nuestra charla en las escaleras de la oficina del director Panfilio, estaba casi segura de que tendría que ser yo quien lo buscase para convencerlo de que me ayudara. Doblé el papel y el pajarito se escabulló, escondiéndose en la casita de un reloj, no muy lejos.

Cuando me volví, también Domiziana había echado a caminar por la nave de Sotobóveda. Agarré mi cartera y fui tras ella.

—¿Te vas así, sin más?

Me contuve para no gritar, aunque era lo que mi corazón deseaba: rugir para desahogar la tristeza por la indiferencia que nos separaba o, mejor, por mi incapacidad para comprender sus silencios.

Domiziana aminoró el paso pero no se detuvo, como si yo no mereciera su atención.

—Siempre te quejabas de la burbuja en la que te encerraron tus padres. Ahora esa burbuja ha explotado y debes arreglártelas tú sola. Así funciona el mundo exterior.

Sentí que mis pies se anclaban al suelo y me quedé allí parada, viendo cómo se marchaba sin volverse ni siquiera una vez.

* * *

Esperé sentada en la cama, leyendo distraída un manual sobre la historia de los primeros artefactos mágicos procedentes de la antigua ciudad de Assur que Gritti me había autorizado a consultar para continuar mi estudio del arte arcano. Los libros de la universidad estaban amontonados en el escritorio. Los había hojeado, organizado y cambiado de orden sin conseguir que se me despertaran las ganas de mantenerlos abiertos más de diez minutos.

Las enseñanzas que contenían palidecían frente al potencial de conocimiento encerrado entre los muros de la Academia, aunque la mayor parte de él todavía me estaba vedado. *Magister* Gritti me había consolado diciendo que la sabiduría era como una torre, que debía apoyarse en bases sólidas para llegar a ser alta, y luego me había proporcionado una serie de textos para iniciarme. Los había devorado. Estaba dispuesta a sacrificar algunas horas de sueño para llegar preparada a la siguiente clase. Volteé nerviosamente la página y me paré a releer el trozo de pergamino que había recibido de Ismael y que utilizaba a modo de marcapáginas.

No me daba muchas pistas. Palpé el círculo de piedra pómez que llevaba en la muñeca, el regalo de Domiziana que, ahora que ya no llevaba la pulsera blanca, destacaba como único adorno de mi atuendo. Después de nuestra discusión en la cafetería, me habría gustado tirarla a la basura, pero no podía apartar de mi mente el desafío que me había lanzado. Era un artefacto, mi primer artefacto, y si averiguaba cómo usarlo tendría algún arma para demostrar mis habilidades. Lo empujé hacia el codo, bajo la manga abullonada del vestido que respondía a mi definición de ropa decente. ¿Coincidiría con la de Ismael? La idea había rondado mi cabeza toda la tarde. Y cada poco la acallaba repitiéndome que no me debería importar lo que opinara Ismael Sagredo sobre mi vestuario. Mientras leía por tercera vez acerca de la relevancia de los lazos entre Asiria y Anatolia en el desarrollo de los primeros sombreros de camuflaje, tres golpes aporrearon mi puerta.

—Ya voy —anuncié, calzándome a la carrera.

Cuando abrí, me encontré frente a una versión despeinada de Ismael, similar a aquella con la que solía coincidir a altas horas de la noche en la biblioteca, solo que el pelo estaba deliberadamente revuelto, y el cerco negro bajo sus ojos no eran ojeras, sino reluciente *kajal*. Era imposible no mirarlo.

Me escrutó con una mirada indescifrable.

—No vamos a clase, Valmori.

—Disculpa que no haya tenido tiempo de ir de compras entre el

ataque en el callejón y las clases. Además, ni siquiera sé adonde me llevas.

Oculté el temblor de la mano izquierda detrás de la falda, allí donde se descargaba la tensión por estar de nuevo a solas con Ismael, después de lo que nos habíamos dicho en la escalera. A la mañana siguiente me había encontrado a Bianca en el refectorio y le supliqué que me revelara si los magos eran capaces de leer la mente; ella soltó una carcajada como la de Ismael, lo cual me confirmó que no era posible y que no estaba al corriente de ningún artefacto tan poderoso.

—Para el litio sí encontraste el tiempo —me chinchó, sacando una llave del manojo que llevaba en el cinturón y metiéndola en la cerradura de mi habitación. Me mordí la lengua para evitar ahondar en el tema y porque cada vez que movía los dedos mi determinación de odiarlo flaqueaba. Abrió la puerta y se alisó un pliegue de la camisa negra—. ¿Nos vamos?

La sensación de hormigueo bajo los pies se repitió al cruzar el portal hacia un pasillo de piedra blanca donde el aire olía a sal y las luces brillaban desde la boca de hipocampos plateados. A los lados, blancas cortinas ocultaban dependencias de las cuales se escapaban murmullos y susurros. Cometí el error de echar un vistazo detrás de una ligeramente apartada y descubrí a dos mujeres enredadas en un abrazo muy poco casto. Una tenía las manos entre el pelo de la otra, y esta le rodeaba las nalgas y hundía los dedos en sus curvas abundantes.

—¿Adónde me has traído? —demandé saber, apretando el paso para alcanzar a Ismael, que iba unos pasos por delante.

—Al Ojo de la Náyade —me reveló, sin pizca de apuro por los suspiros y los gemidos que acompañaban nuestro trayecto. Ismael doblaba por los pasillos con seguridad, a pesar de que a mí me parecían todos iguales—. El mayor local de solteros de la Hidden Society del noreste.

—¿Eres cliente habitual?

No me lo podía creer, la pasallave nos había trasladado a la parte

trasera del local, e imaginé que los propietarios no concederían semejante permiso a cualquiera. No es que hubiera nada malo en lo que sucedía detrás de aquellas cortinas, pero siempre había estado convencida de que la noche de sábado ideal para Ismael consistía en beber champán en la terraza de algún palacio veneciano, no en abrazarse con alguien en un sofá. Tal vez no lo conocía en absoluto.

—¿Piensas que los magos siempre están entre pilas de libros y mirando las estrellas? —Levantó una ceja y me esforcé por asentir mientras se abría el primer botón de la camisa, revelando la sombra de las clavículas—. Pues no, aunque en la Hidden Society probablemente seamos de las personas más tranquilas. En todo caso, no te separes de mí.

Me disponía a añadir que el pasillo desierto no parecía representar un gran problema, cuando cruzamos un arco y me vi arrastrada a otro lugar increíble. Era una estancia circular dispuesta sobre varios anillos, desde la pista de baile en el exterior hasta la barra del centro; pero lo que me dejó sin aliento fue el techo o, mejor dicho, su ausencia. Un gran ojo de cristal se abría sobre el mar.

—¡Estamos en el fondo de la laguna! —exclamé boquiabierta.

—Correcto.

Me volví hacia Ismael solo para descubrir que me miraba el cuello, al descubierto por el moño con el que me había recogido el pelo. Sus ojos me acariciaban la piel y no conseguía interpretar aquella mirada.

—Debería haberme puesto un collar y algunas joyas más. —Miré a mi alrededor, observando la vestimenta del resto de los clientes, que, comparadas con la mía, me hacían parecer recién salida de una sesión de estudio en el patio del colegio—. Desde que me robaron el colgante no me atrevo a reemplazarlo.

—Genial, para eso estamos aquí —respondió, desviando enseguida la mirada para avanzar entre los cuerpos.

Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba rodeada de criaturas mágicas. Las observé de reojo y, en un primer vistazo, no

noté nada diferente de lo que podría haber en cualquier local de la superficie, pero cuando me fijé bien, las identifiqué: unos ojos completamente negros que brillaban en el centro de una cara agrietada por las cicatrices; un par de cuernos minúsculos que afloraban entre los mechones rojos de una joven que se reía a pleno pulmón; unas uñas larguísimas que agarraban un vaso; un hombre tan blanco como la porcelana; una mujer con los dedos palmeados y una criatura sencillamente etérea.

Numerosas cabezas se volvieron a nuestro paso. La mayoría de las miradas siguieron a Ismael mientras me conducía hacia la barra, donde dos camareros hacían malabares con las botellas al ritmo de música. Una era una joven con una melena ondulada de color azabache, como si acabara de salir del agua, y con maquillaje tribal por todo su cuerpo pálido, que contrastaba con la piel negra del gigante que tenía al lado. Sus brazos eran tan grandes como mis piernas, y tenía una cabellera de trenzas que se extendía como una corona. En cuanto vio a Ismael, le dedicó una sonrisa blanquísima.

—¡Mi segundo Sagredo favorito! —exclamó, sin dejar de estrujar un limón ni de servir a los clientes.

—¿El segundo? ¿De verdad, Samu? —repitió Ismael, pasándose una mano por el pelo, en el gesto más descarado y socarrón que le había visto hacer jamás.

—Cada vez que aparece por aquí, tu hermano se gasta una fortuna. En cambio, tú solo vienes a sonsacarme información gratis. Eres más tacaño que el Centoquarzi al que le encargo los suministros.

Un matiz de amargura se mezcló con la sonrisa, y apostaría a que estaba considerando la opción de incluir en la carta un precio por los secretos que guardaba. Una carta que, a juzgar por lo que vertía en los vasos, ya era bastante sofisticada. Estaba casi segura de haber visto a la chica espolvorear escamas y destilar unas gotas rojas de una botella de algo que no era zumo de granada.

—Puedes ponerlo todo en la cuenta de Nazar —bromeó Ismael, si bien pronunció el nombre de su hermano con cautela—. Pero esta

noche estoy aquí por la señorita Valmori, así que no me cabe duda de que serás generoso.

Los ojos brillantes de Samu se volvieron hacia mí, mientras su cabeza se inclinaba como para averiguar el significado de mi presencia.

—Es la chica que encontraron en los canales hace casi un año… Un caso curioso —dijo, al tiempo que servía una copa sin dejar de mirarme—. ¿Necesitáis un poco de intimidad?

Sentí que me ruborizaba hasta la punta de las orejas y traté de responder que preferiría pasar la noche con uno de aquellos tipos capaces de chuparme la sangre, pero Ismael fue más rápido.

—Con todo el respeto, Samu, la señorita aquí presente merece que la lleven a un sitio con más clase.

Samu no pareció ofenderse por la indirecta sobre el local, y reconocí que la galantería de mi *magister* no tenía límite.

—Soy Ámbar Valmori —intervine, acercándome un paso. Hablar por encima de la música era más complicado de lo que pensaba, sobre todo porque mi voz se había refugiado en el fondo de mis pulmones al oír hablar de mi historia. Solo unas semanas antes, sin embargo, habría corrido a esconderme—. Si tienes alguna información que me concierne, por favor, te ruego que nos la proporciones.

Samu soltó una carcajada que sonó como un ladrido.

—Esta vez la has elegido educada y guapa.

Sentí un nudo en el estómago. Ismael se puso tenso y giró los anillos de los dedos. En cada ocasión me parecía que tenía uno más. Conocía el par de aros de latón y el anillo rojo y dorado de los Sagredo, aunque los otros eran igual de elegantes.

—No sé de qué hablas. Es la primera discípula que me confían en la Academia.

Samu se rio y sacudió la cabeza, mientras seguía manejándose para atendernos a nosotros y no desatender las peticiones que le llegaban.

—No me cuentes milongas, Sagredo.

Probablemente Ismael ocultaba algo, un secreto que no era asunto mío ni del camarero. Y quizás yo, mejor que muchos otros, podía entender la necesidad de mantener oculta una parte de su historia. Incluso si se trataba de otra chica. Aunque me molestaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. Me agarré al mostrador y me incliné hacia Samu.

—Te propongo un trato: si nos das alguna información útil, gastaremos más que Nazar en su última visita.

El gigante le dirigió una mirada divertida a Ismael.

—Y siempre inteligentes —accedió, estrechándome la mano—. Pero tened cuidado. Esta noche, Nazar le está dando duro.

—Lo sabía. —La severidad encontraba fácilmente su camino en la voz de Ismael, así como una autoridad real que le confería algo en su manera de expresarse—. Primera regla, Valmori: escúchame.

—De acuerdo —tartamudeé, preguntándome cuánto lo había obligado a gastar.

—De acuerdo, *magister*.

Me corrigió por capricho, sin esperar mi confirmación. No se la iba a dar de todos modos, estaba demasiado ocupada en descubrir qué otros tipos de criaturas existían de verdad y lo diferentes que eran de lo que siempre había imaginado. Estaban delante de mí, bailando a mi alrededor, como si su existencia fuera lo último que importara en la sala. Y para ellos debía de ser así, habían nacido en un mundo hecho de sombras que se arrastraban y luces que cobraban vida, pero para mí cada instante implicaba un nuevo fragmento de realidad que se rompía y se recomponía en diferente orden.

—Tenemos un nombre.

La voz de Ismael me trajo de vuelta a su lado mientras cruzaba por el medio de la sala, con los cuerpos, las voces y la sombra aterciopelada del mar sobre nosotros.

Salimos para desembocar en un pasillo, sin siquiera tiempo para asegurarle que no pondría un pie en una de aquellas pequeñas habitaciones detrás de las cortinas blancas. Nos adentramos en un

salón con un gran sofá circular y estalagmitas de vidrio que manaban agua sobre los cojines. Tres personas las lamían, perdidas en un éxtasis que me llevó a apartar la mirada.

Sentada, con la cabeza inclinada hacia atrás y una cascada de pelo blanco, había una persona de rasgos tan delicados que parecían haber sido trazados con un pincel.

—Álex —lo llamó Ismael.

Quienquiera que fuera, levantó perezosamente la cabeza y nos miró. Tenía los ojos rodeados de un cerco rojizo.

—Ismael Sagredo, eres más guapo de lo que puedo soportar —dijo el interpelado, mordiéndose el labio.

Me quedé inmóvil, esperando que se adelantara y nos aclarara el verdadero significado de sus palabras; en vez de eso, se ovilló entre los cojines.

Ismael no frunció el ceño ante el cumplido. Tampoco dio muestras de valorarlo.

—Samu me ha dicho que sabes algo sobre una ladrona de artefactos.

Álex se enfurruñó como un niño al que no le apetece hacer los deberes.

—También eres más aburrido de lo que recordaba.

—Dame lo que quiero y te dejaré con tus diversiones —sugirió Ismael, señalando con un gesto de desaprobación las estalagmitas, pero sin mirarlas.

Entonces Álex se levantó, como empujado por un viento invisible.

—¿Qué pasa Ismael, te da miedo volver a…?

Me interpuse entre ellos, deteniendo su avance.

—Soy yo quien quiere la información, Sagredo no tiene nada que ver.

No sé por qué lo dije ni por qué intervine. Ismael era parte de la investigación, y justo por eso no se merecía lo que fuera que Álex le estaba haciendo. La criatura me miró como si en ese momento hubiera advertido mi presencia, con cara de tedio.

—¿Alguien te está molestando, palomita?

A nuestras espaldas sonó una voz que hizo a Ismael girarse. Era Nazar, empapado en sudor, agua o alcohol, o las tres cosas mezcladas. Sus rizos negros se extendían por su frente, mojando, si cabe todavía más, la camisa ya pegada al cuerpo, más menudo y delgado que el de su hermano. Intuí el dibujo de algunos tatuajes, pero lo que me sorprendió fueron sus movimientos vacilantes. Estaba borrachísimo.

Ismael emitió un sonido de exasperación, mientras Nazar apoyaba la cabeza en el hombro de Álex.

—¿Qué le has dado esta vez? —La ira y la preocupación dominaron la voz de Ismael.

—Le doy todo lo que me pide —contestó Álex, acariciándole los rizos. Me daba la impresión de que se trataba de algo más que alcohol, y de que lo que manaba de las estalagmitas no era agua.

—Ahora no está en condiciones de pedir nada. —La voz de Ismael cortó el aire como una espada, y sus manos parecieron de piedra cuando tomó a Nazar por el brazo e intentó alejarlo de Álex, recibiendo gruñidos y una defensa titubeante por respuesta.

—No todos tienen miedo de dejarse llevar, Ismael —se mofó la criatura etérea, soltando por fin a su hermano, que se desplomó sobre él.

Nunca hubiera dicho que mi *magister* temía dejarse llevar. Siempre parecía controlar hasta la más mínima de sus respiraciones.

—Dame el nombre de la ladrona y no informaré de esto a los vigilantes de la Hidden Society —lo amenazó Ismael, echándose un brazo de su hermano a la espalda.

Álex se encogió de hombros.

—Nunca me encontrarían.

—Puedo asegurarme de que sean escrupulosos con sus indagaciones. —Ismael esbozó una media sonrisa, y a mí no me habría gustado ser el objeto de su mirada en ese momento.

La criatura se rio.

—De acuerdo, pero solo porque me resulta muy divertido que no sepas de quién se trata.

Ismael se convirtió en un bloque de piedra y negó con la cabeza, como si no aceptara la respuesta.

—Sabes que me gusta mentir, pero esta vez la verdad es más divertida que cualquier historieta que me pueda inventar. Lee Sun Go ha vuelto. Creo que se hace llamar Lisa.

Era ella, la ladrona de la terraza.

Iba a preguntar cómo encontrarla cuando reparé en la expresión de Ismael. Ahora era él quien se aferraba a su hermano, y palideció por un instante. Sus labios dibujaron la palabra «imposible» mientras miraba a Álex, consternado. Este se encogió de hombros.

Un grito resonó en el pasillo. Luego otro, y voces, y chillidos y correteos. Los clientes salían disparados en todas direcciones, pasaban frente a la puerta de la sala, la única que había, sin decir nada que pudiera ayudarnos a entender. ¿Era un juego? No sabía qué tipo de entretenimiento se podía encontrar en un lugar mágico, pero, a juzgar por las caras de Ismael y Álex, no cabía la posibilidad de que no estuviéramos en peligro.

—Ya tenemos lo que queremos, ¿no? ¡Vámonos! —exclamé.

—¿Por qué crees que aquí usan cortinas en cada entrada?

Ismael hizo una mueca mientras yo caía en la cuenta de que la ausencia de puertas significaba también la ausencia de cerraduras. No teníamos dónde introducir la pasallave para abrir un portal.

De repente, en el pasillo se hizo el silencio. ¿El juego había terminado? Si era así, habían evitado la estancia en la que estábamos. Deseé irme untes de que comenzara la siguiente partida. Entonces, una mano roja arrancó la cortina.

La figura que entró tenía dimensiones humanas, pero su piel estaba jalonada por flamantes cicatrices, como si alguien le hubiera dibujado una serie interminable de incisiones con una cuchilla. El inquietante diseño indicaba poder. Percibía su fuerza arrolladora y, al mismo tiempo, corrupta. La boca bramaba su dolor, mientras los ojos en blanco temblaban bajo los párpados.

El terror se apoderó de la mirada de Álex, que se desvaneció en una nube de luz. Los tres que se abrazaban a la estalagmita gritaron

y se precipitaron hacia el fondo de la sala, buscando refugio detrás de una mesa.

Ismael retrocedió lo suficiente para dejar a un Nazar semiinconsciente en una silla y luego movió los dedos y entrechocó las muñecas.

—Valmori, quédate detrás de mí.

Obedecí y me agaché junto a Nazar, observando con horror que un nuevo surco rojo se abría en el rostro de la criatura.

—¿Qué es? —le grité a Ismael.

—Algo que no debería pasar, un ruginoso —aclaró antes de lanzarse hacia adelante. Lanzó uno de sus anillos de latón que, en lugar de deslizarse, se duplicó, generando un aro más delgado. El artefacto intentó atrapar a aquel ser, que se defendió de un puñetazo.

Ismael esquivó el golpe justo a tiempo. No contenta, la criatura dio un salto, e Ismael esta vez lo neutralizó con un cojín. Retrocedió ante el impacto y alzó su escudo de plumas y seda, guiando al monstruo hacia el centro de la sala, lejos de mí y de Nazar.

—¡Valmori, corre! —gritó, mientras se enfrentaba una y otra vez a los ataques del ruginoso.

No me moví. No lo habría abandonado allí, ni tampoco a Nazar, pese a que apenas lo conocía.

Ismael resopló a causa de mi obstinación y continuó esquivando los golpes, hasta que la criatura se hizo con el cojín y lo destrozó. Una nube de plumas se desperdigó por la habitación, e Ismael aprovechó para arrojar su anillo a los dedos del ruginoso. Supuse que era un tiro guiado por la magia, porque el pequeño círculo encajó a la perfección en el anular del hombre rojo. Entonces Ismael sonrió y cerró el puño.

La criatura se tambaleó y se agazapó en el suelo, aullando para expresar su frustración. Hacía temblar el suelo con todas sus estalagmitas, y hasta yo podía entender que la culpa de ello no era de su voz. Era el poder que la impregnaba lo que la amplificaba.

—Dime que esta no es una noche típica en este lugar. —Me

levanté con las piernas como gelatina.

Ismael sacudió la cabeza.

—Quédate lejos y no lo toques.

¡Como si tuviera intención de hacerlo! Me concentré en tratar de levantar a Nazar, que resbaló y se abalanzó sobre mí, arruinando mi mejor vestido con el sudor y el alcohol que llevaba en el cuerpo. En otras circunstancias le habría recordado a Ismael que los Sagredo me debían un vestido nuevo, pero ahora solo sentía alivio porque todo hubiera terminado.

Cuando el ruginoso se calmó, Ismael alzó la mano y agitó los dedos. La criatura se irguió, como movida por hilos invisibles, y comenzó a caminar rígida hacia la salida, guiada por Ismael.

—¿Puedes llevar a Nazar? —me preguntó. Luego me observó con calma—. ¿Estás herida? —Vi como la preocupación devoraba su concentración, con los ojos clavados en mí, ajenos al ruginoso.

El ser gritó de nuevo al pasar al lado de las estalagmitas, un bramido que me sacudió e hizo vibrar la habitación entera.

Las estalagmitas se rompieron y los fragmentos de vidrio se esparcieron por todas partes. Nazar y yo tuvimos suerte; el sofá paró parte de los escombros, pero a Ismael lo embistieron de pleno, empujándolo hacia atrás. La criatura se elevó sobre él.

Reaccioné por instinto. Dejé a Nazar en el suelo, cogí una silla y la arrojé contra la espalda roja del ser. La madera se partió, pero el golpe no le hizo mella. Se dio la vuelta y me miró con esos ojos plagados de líneas rojizas. Me agarró la muñeca y me la apretó con fuerza.

Un fuego líquido se disolvió en mis venas y una tibieza suave entumeció mis sentidos. Apenas sentía el agarre de la criatura. Toda la habitación parecía moverse a cámara lenta. Las plumas en el suelo revolotearon, animadas por un soplo invisible, giraron alrededor de nosotros, primero lentamente, luego con rapidez y furia, y por fin se incendiaron.

El ruginoso se quedó petrificado, y un instante después comprendí por qué. Ismael había sacado su reloj y el tiempo se

había ralentizado. Cuando reanudó su curso, Ismael movió las manos con más decisión y la criatura serpenteó en el suelo, golpeándose la cabeza contra la mesa con gran violencia. Emitió un gemido y nada más.

Ismael se me acercó, pálido y con los ojos como platos.

—¿Dónde te ha tocado? ¿Dónde? —preguntó, levantándome la manga, retorciéndome el brazo y revisándome la piel. Estaba suave e inmaculada. Su mirada indicaba que aquello no era normal.

—¿Qué me va a pasar?

—Ya debería haber sucedido, debería haberte quemado, incinerado —respondió Ismael, acariciándome, con un gesto del que no habría querido prescindir nunca. En cambio me dejó ir, tras mirarme a los ojos por un interminable instante.

—Sígueme, Valmori —dijo, señalando la salida mientras levantaba a Nazar—. Nos vamos a casa.

CAPÍTULO 14



Nos recibió un largo pasillo desierto. Un par de lámparas de colores colgaban del techo, pero su luz no bastaba para iluminar todo el espacio y el alargado arcón adornado con un tapete de encaje. Había ingresado en el portal abierto por Ismael en el Ojo de la Náyade para poner a salvo a su hermano Nazar, y seguidamente cerré la puerta tras ellos. Avancé de puntillas, intentando atisbar el final de aquel espacio. Las paredes se abrían a un jardín, el corazón verde del palacio, donde una piscina en forma de estrella de ocho puntas captaba el reflejo de la luna y una alta palmera rozaba el techo de cristal del último piso. Aparte del leve susurro de las hojas, reinaba el silencio. Le dirigí una señal a Ismael para que avanzara. Estaba despeinado por culpa del combate, y era el momento más inadecuado para fijarme en cuántos botones de la camisa llevaba desabrochados, así que me obligué a mirarle a la cara, entre la nube de polvo que le manchaba la frente y el rasguño abierto en la mejilla.

—Tenemos que llegar a la habitación de Nazar sin hacer ruido. Sígueme —murmuró, con una voz que aprovechaba las últimas gotas de energía y que se esforzaba por demostrar firmeza a pesar

de la paliza que había recibido.

Inspiró, como si el aire cálido de su hogar pudiera infundirle las fuerzas necesarias, y rodeó los muslos de su hermano con los brazos, asegurándose de que mantuviera el equilibrio, para cargárselo a la espalda, con la cabeza apoyada en su hombro.

Miré a mi alrededor con nerviosismo. Cada hoja parecía viva, en el sentido más humano y familiar del término. Era como si todo el jardín me diese la bienvenida, como si se hubiera despertado para acechar a la intrusa que entraba sin permiso en el palacio de los Sagredo. Me pareció incluso distinguir un chasquido fuera de lugar, aunque no me atrevía a definir qué había de extraño en él. Era la casa de una familia de magos, y cada objeto parecía encerrar una energía latente, lista para avivarse con nuestro primer paso en falso.

Nos dirigimos a los recios peldaños de piedra de una inmensa escalera, iluminada a nuestro paso por más lámparas que, como gotas de hierro, colgaban del techo bajo. Apoyé una mano en la pared y acaricié los bordes de los bustos de piedra que se asomaban desde pequeñas hornacinas en el mármol. Las fechas de nacimiento grabadas se remontaban siglos atrás, prueba sólida de que la familia Sagredo siempre había estado presente en Venecia, contribuyendo a engrandecerla. Las placas rezaban: «embajador», «filósofo», «coleccionista», y de estos últimos quedaban rastros evidentes.

El palacio albergaba una colección de antigüedades de diferentes estilos y épocas que combinaban a la perfección. Avancé, observada por los semblantes de los cuadros y por mi propio rostro reflejado en espejos de marcos dorados que se alternaban en las paredes, y me asomé al silencio del primer piso, donde vislumbré, más allá de las puertas, un salón todavía más amplio y luminoso que el de la casa de Vianoli. Rocé la puerta. La tentación de colarme y descubrir los tesoros del palacio anidaba en el mismo lugar del que procedía mi pasión por lo antigua. No me parecía correcto mantenerlos encerrados e inaccesibles para el resto del mundo. Pero la prioridad era poner a Nazar a salvo. Por suerte, había dejado de gemir y, después de que Samu hubiera destilado un extraño líquido

blanquecino en sus ojos, casi se mostraba lúcido.

De repente, Ismael se detuvo y se volvió para mirarme.

—Valmori, ¿has cerrado con la pasallave?

—¿Con qué? —murmuré—. He dejado la puerta entornada.

—Se suponía que tenías que cerrar —me recriminó, mirando las estatuas de sus antepasados, como si temiera que alguno lo pillara entrando en plena noche y alertara al resto de la casa.

Levanté el brazo desconcertada, en un intento de hacerle entender que no tenía forma de saberlo, que solo hacía dos semanas que había descubierto el mundo de la magia y apenas podía reprimir un grito cada vez que veía hablar a un espejo o a un pájaro de un reloj de cuco entregar una carta.

—Tienes razón, lo siento. ¿Podrías bajar a cerrar, por favor?

Que lo reconociese y el tono tranquilo con el que se disculpó me dejaron sin palabras. Solo cuando un farolillo flotó junto a él e iluminó su rostro agotado, me di cuenta de que estaba exhausto. Sus ojos estaban en constante movimiento, tensos por la piel estirada de las sienes y la mandíbula. Era un manojo de nervios, y esos nervios temblaban por el esfuerzo de mantener a Nazar pegado a su cuerpo.

—De acuerdo. Espérame aquí —dije, bajando las escaleras lo más rápido que pude, pero con el máximo sigilo.

Desde el arco de la escalera se veían las hojas de la palmera, tan verdes y frondosas como el resto del jardín, con sus intensos colores y aromas, a pesar de que estábamos a las puertas del otoño. Lo crucé, segura de que aún sonaba aquel extraño repiqueteo, demasiado seco para pertenecer a una de las plantas.

Hice caso omiso de mis sensaciones y llegué a la puerta que habíamos franqueado. Di tres vueltas a la pasallave, la retiré y volví sobre mis pasos.

Iba por la mitad del pasillo cuando de entre las sombras surgió una figura de cuello ondeante y figura estilizada, con una larga cola de plumas azules y unas garras que golpeteaban sobre las baldosas. Un pavo real.

Me quedé inmóvil, tal vez imitando el comportamiento de los animales que fingen estar muertos para engañar a los depredadores. Pero yo era una chica de un metro sesenta, erguida y con los brazos en alto, no un ratón acobardado. Además, no debería considerarme una posible presa de semejante criatura, si bien el destello feroz de sus ojos negros me producía escalofríos.

En aquel momento habría deseado disponer de algo más de ingenio para salvarme del pico afilado del pavo real.

Desde niña, mis padres me habían mantenido alejada de cualquier animal que no fuera de peluche, y ahora no estaba segura de si la táctica correcta para sortearlo era evitar el contacto visual o mirarlo fijamente a los ojos mientras me deslizaba a su lado para subir la escalera, ante la cual, irónicamente, parecía hacer guardia. Intenté acercarme andando de puntillas. A modo de respuesta, el pavo real desplegó el abanico de su cola, invadiendo el pasillo de finas plumas y de un centenar de ojos azules que parecían apuntar hacia mí.

Avancé, pero el animal hizo lo mismo y tuve que saltar hacia atrás para sortear su pico. Retrocedí despacio; a cada paso que daba, el pavo se inclinaba hacia delante, agitando la cola. Sin pensármelo dos veces, cogí el tapete del arcón y se lo lancé, con la esperanza de que lo retuviera el tiempo suficiente para permitirme huir. Y no me volví.

Enfilé hacia el jardín, tomando la gran escalera que ascendía en espiral. El pavo real me persiguió unos metros, luego cerró la cola y regresó a su reino frente a la puerta. Con el corazón en un puño, empecé a subir, pasando por delante del dux Nicolò Sagredo, y llegué al lugar donde me esperaba Ismael.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó nada más verme, al percibir mi agitación.

—¿Es normal que los magos tengan un pavo real de guardia? —pregunté, secándome una gota de sudor de la frente.

Ismael cerró los ojos para reprimir, no me cabía duda, una exclamación poco elegante de esas que nunca le había oído soltar.

—Rápido —se limitó a decir, casi sin aliento. Torció los labios en una mueca de dolor y reanudó la marcha.

Giramos hacia el interior y nos internamos en el pasillo circular que conducía a las habitaciones. Había cuatro puertas. Una estaba entreabierta. Avancé de puntillas; la alfombra amortiguaba mis pasos mientras me sentía tan fuera de lugar como una piedra en una joyería. Todas las piezas eran dignas de estar en un museo. Seguí la batalla representada en un gran tapiz en tanto completábamos el recorrido por el pasillo desierto. Deseé tener más tiempo para detenerme a admirar cada detalle; en lugar de eso, Ismael me condujo tras la puerta entornada.

Permanecimos a oscuras durante unos instantes, pero una serie de farolillos flotantes se encendieron enseguida y revelaron una enorme mesa cargada de útiles de artista y, más allá, un hueco protegido por un biombo taraceado que imaginé que ocultaba la cama. El dormitorio era grande y caótico; estaba repleto de cuadros de arte contemporáneo, estatuillas y revistas arrugadas. Una cortina tapaba algo a lo largo de la pared, mientras que en el suelo, entre los cojines, yacían abandonadas un par de túnicas y el peluche de un camello casi sin pelo.

—¿Nazar? —llamó una áspera voz femenina desde el pasillo.

Ismael se mordió las mejillas en un gesto de preocupación y se apresuró a sentar a su hermano entre los cojines, acercándole un narguile de cristal, quizás para intentar justificar su estado de confusión. Nazar, en respuesta, se apoyó en los codos y murmuró un gracias.

—Larguémonos —musitó, tomándome de la mano y dando un primer paso hacia la pared del fondo, donde el tapiz de una mujer que vertía agua de un cuenco parecía observarnos con enojo, como si nos advirtiese que no lo íbamos a lograr a tiempo.

Al cabo de un momento, la voz atronó desde el otro lado de la puerta.

—Voy a entrar, Nazar.

Ismael me arrastró detrás del biombo y, con la urgencia, acabé

pegada a él. No me atrevía a respirar, paralizada por el ruido de la puerta que se abría al dormitorio.

Permanecí con la barbilla apoyada en su pecho, los ojos clavados en el techo, como si evitar dirigir la vista a la entrada pudiera salvarnos de ser descubiertos. Ismael me apretó la mano, solo una vez y lo bastante fuerte como para pedirme que parase de temblar.

Lo miré: estaba pendiente de la puerta. Se mordía la mejilla izquierda y curvaba la boca en una mueca tensa, aunque por lo demás se mostraba impasible. Incluso el pulso en su cuello latía sereno; lo sabía gracias a la proximidad absoluta. Recé para que no pudiera sentir la temperatura de mi cuerpo a través de los dedos: la notaría al rojo vivo, mucho más caliente de lo que solía estar mi piel. Cada célula me traicionaba, respondía encendiéndose al contacto de Ismael, y la sensación se extendía hacia mi estómago, donde luchaban el deseo de acariciarle y la necesidad de darle un puñetazo. Siempre había sido así.

—Mírate, ni siquiera te tienes en pie. —La voz de Mahasa Torkan se coló en la habitación mientras la cruzaba para abrir la ventana—. Desde aquí se huele lo que sea que lleves encima.

—Un artista debe buscar la inspiración —respondió Nazar con una inclinación de cabeza.

—No digo que tengas que llevar una vida de privaciones —replicó su madre en tono cansado, como si hubiera repetido aquel comentario docenas de veces—. Es solo que me gustaría que fueras…

—¿Cómo Ismael? —Nazar golpeó los cojines. Sentí que los dedos de Ismael se agarrotaban.

—La mejor versión de ti mismo —puntualizó *magistra* Torkan—… Pero, sí, no estaría mal que esa versión se pareciese un poco más a tu hermano.

Sentí una punzada ante aquella frase e imaginé el dolor que debía estarle causando a Nazar. Ismael permanecía imperturbable. No debía de ser una escena nueva para él.

—Me vuelvo al Ojo —respondió, tratando de levantarse.

—¡No irás a ninguna parte! —Rugió la mujer, y juro que sentí que la casa respondía a su orden. Como si la pared que tenía detrás se hubiera vuelto aún más sólida.

Nazar le dirigió una mirada de resentimiento y se refugió en el cuarto de baño. Su madre observó la puerta cerrada. Parte del dolor parecía haberse apoderado de ella; luego se pasó una mano por la sien y se marchó, cerrando la puerta.

Me quedé inmóvil, sin atreverme a respirar, mientras el sonido del agua de una bañera llegaba desde el cuarto de baño. Levanté la mirada hacia Ismael, quien, sin corresponderme, me apretó los dedos y me guio hasta el tapiz de la mujer con el cuenco. Al apartarlo, quedó al descubierto, por la parte de abajo, un arco que nos permitía llegar, atravesando la pared, a una habitación idéntica, solo que ordenada y con una librería de la que me enamoré a primera vista. Cubría una pared completa y formaba una especie de laberinto de estanterías de diferentes longitudes y alturas, en las que se disponían libros de todas las épocas y formatos. Era evidente que Ismael Sagredo tenía una biblioteca personal. No obstante, no esperaba encontrar el enorme y detallado mapa del mundo que, tras un rápido vistazo, me pareció que indicaba algunos yacimientos arqueológicos.

—Valmori, te presento oficialmente los trapos sucios de mi familia —dijo Ismael, lacónico, deteniéndose en medio del dormitorio, sin soltarme la muñeca.

Había una herida en la sonrisa de la que hacía alarde, una fisura que me brindaba la ocasión de asomarme a una parte de su vida que, estaba segura, habría deseado mantener oculta. Me sentí culpable por espiar, aunque hubiera sido sin querer.

Olisqueé la manga de mí vestido, manchada de alcohol.

—No huele mal.

Una carcajada ascendió por la garganta de Ismael.

—Mi hermano regresa drogado del Ojo, mi padre se queda en su cuarto durmiendo y mi madre lo ataca como una tigresa en vez de ayudarlo. Es un viernes más en el palacio de los Sagredo.

Aquel era el Ismael que yo conocía. Y ahora sabía que también era el Ismael que barría los problemas debajo de una sonrisa confiada, la misma que le había visto docenas de veces.

Tosí para que se diera cuenta de que aún me agarraba la muñeca y bajó la mirada, como si se hubiera olvidado del contacto. Y me apretó la mano.

Fue solo un instante, puede que una contracción involuntaria de los músculos, pero sus dedos se cerraron con firmeza sobre mi piel. No fue el dolor lo que hizo que me agarrotara, sino el estupor. Un segundo después me soltó y se alejó un paso, mirándome fijamente, como si esperara algo más aparte de mí, otro par de brazos ocultos o una lengua bífida.

Por toda respuesta, me volví hacia el espejo, me recoloqué el pelo detrás de las orejas lo mejor que pude y me hice la raya al medio con el meñique derecho.

—He perdido las horquillas —me quejé—. Y tengo alcohol por todas partes —añadí, sacudiéndome el vestido, con lo que solo conseguí alisar algunas arrugas.

Me pasé los dedos por una mancha oscura debajo del pecho, demasiado oscura para ser de alcohol. La palpé con el índice y, cuando me examiné la yema del dedo a la luz, descubrí que estaba rojo. Era sangre. Aterrorizada, toqué la piel bajo la mancha y la descubrí intacta y sana. Si la sangre no era mía…

Levanté la vista y, en el reflejo del espejo, Ismael vaciló.

Corrí hacia donde estaba y conseguí colocarme debajo de él antes de que se golpeara la cabeza contra el suelo. Lo acomodé sobre mi regazo, intentando mantenerlo de lado, pero su cuerpo pesaba mucho más de lo que sugería su figura esbelta. Y ahora descansaba encima de mí, que no tenía la menor idea de cómo ayudarlo.

Un farolillo flotante se aproximó, como preocupado por el chiquillo que debía de haber visto crecer en aquella habitación. Agarré la lágrima metálica de uno de sus extremos y la acerqué para iluminar el rostro de Ismael. Estaba inerte.

Mis manos se movieron solas.

Las recomendaciones de mis padres para prevenir cualquier herida o molestia por fin resultaban útiles. Me aseguré de que respirase un par de veces antes de introducir mis dedos entre su pelo y apartarle de la frente los mechones llenos de polvo.

Como si respondiera, sus párpados se movieron, mostrando de manera intermitente que sus ojos ya no eran del vivo color terracota que se encendía con cada mirada, sino blancos y apagados. El *kajal* se le había escurrido por los pómulos, tiñéndolos de sombras espectrales, para resaltar la palidez repentina del rostro.

—Sagredo… —Esta única palabra concentró mi desesperación.

Bajé el farol para examinarle el pecho. La camisa y los pantalones negros habían ocultado las manchas de sangre, pero cuando toqué la tela la descubrí empapada de un líquido demasiado denso para ser alcohol. Giré la mano y me topé con la palma encarnada.

—Sagredo… ¡Voy a llamar a tu madre! —grité, ignorando la advertencia de guardar silencio.

Sin duda, cualquiera que fuese el castigo para su hijo que se le ocurriera a *magistra* Torkan no podía ser peor que… Sentí que mi sangre se agitaba, consciente de repente del flujo que circulaba bajo la piel y que parecía reaccionar a la hemorragia de Ismael.

Metí las manos bajo su nuca y, cuando estaba a punto de posarle la cabeza en la alfombra, Ismael abrió la boca.

—No.

Eso fue lo único que salió de sus labios.

—Nunca has sido estúpido, Sagredo, así que no empieces ahora o puede que tengas pocas oportunidades de remediarlo —le reprendí, sin dejar de bajar la cabeza con cuidado.

—He dicho que no.

Sentí la imposición, pese a que hablaba con los ojos cerrados y los labios temblorosos.

—Perfecto, entonces adelante, muérete —resoplé, incrédula y enfadada por su terquedad—. ¿Tanto te importa demostrar que eres

el hijo perfecto?

Ismael cerró los puños y levantó la mano derecha, con la que señaló al fondo de la habitación.

—Puerta. Melaleuca.

—Eres un testarudo —lo increpé, posándole la cabeza en un cojín para acto seguido ponerme de pie y trasladar el farol hasta el lugar que me indicaba.

Iluminé un armarito apenas más grande que un cajón, de madera decorada con tallas de enredaderas.

Tan pronto como lo abrí, me embriagó un intenso aroma a hierbas medicinales. La puerta crujió mientras recorría de un vistazo las etiquetas de los frascos, y no me molesté en cerrarla cuando encontré la adecuada. Cogí también un rollo de gasa y volví a agacharme junto a Ismael.

—¿Sabes que melaleuca viene del griego? *Melas* significa negro, y *leukos*, blanco. —Articulé las primeras palabras que se me cruzaron por la mente, cualquier cosa con tal de no dejar que la habitación se sumiera en el silencio. De lo contrario, oiría su ronca respiración y me pasaría el intervalo de vacío esperando que llegase la siguiente—. ¿Lo sabes, Sagredo? —insistí, esperando que me hiciera alguna corrección sobre la pronunciación o la entonación.

Ismael no abrió la boca.

Destapé el frasco y vertí una generosa dosis en un montón de gasas.

—¡¿Sagredo?! —Mi voz nerviosa perforó el aire—. Isma…

Los labios de Ismael se tensaron en una sonrisa vacilante.

—Era broma —masculló.

No bromeaba en absoluto: su cuerpo estaba al límite, yo lo sabía y él también.

—Me lo he tragado —dije, siguiéndole el juego. Entonces levanté la gasa—. ¿Qué tengo que hacer?

—Desinfectar —murmuró, señalándose el pecho.

Abrí los pocos botones que permanecían abrochados y separé las solapas de la camisa para descubrirle el tórax. Estaba esculpido

como las estatuas de los dioses griegos, pero, a diferencia de ellos, sangraba. Su pecho subía y bajaba de forma casi imperceptible, y, con cada contracción, aparecía una lágrima roja por los cortes.

Por suerte, la mayoría de los daños solo eran golpes que pronto se volverían moratones; tenía una constelación de rasguños profundos esparcidos por los pectorales y los abdominales, pero la llaga más fea estaba entre las costillas, pues había un fragmento de estalagmita incrustado en la carne.

—No te prives de corregirme la pronunciación —le exigí, y empecé a enumerar cada objeto que nos rodeaba y a explicar su etimología, si la conocía, o a inventármela para eludir el silencio. Ese silencio podría derivar en un sueño que ralentizaría sus funciones vitales. Debía mantenerlo despierto.

Evité arrancarle la astilla, consciente de que eso empeoraría la hemorragia. Me limité a limpiar la herida, primero la más grande y luego la más pequeña, hasta que la gasa se volvió roja e Ismael un poco más limpio.

—Y sangre viene del latín *sanguis* —continué, apartándome un poco para coger un puf que ponerle detrás, obligándolo a alzarse lo justo para vendarle el pecho con gasas limpias.

Me arrodillé enfrente de él y lo abracé con torpeza para pasar la venda por su ancha espalda y luego envolverle el tórax, repitiendo el movimiento con delicadeza.

—Qué lástima que no se utilice tanto el otro término —respondió, esforzándose por enderezar la cabeza sobre el cuello.

Le pegué la gasa al pecho, asegurándola con un par de vueltas alrededor del cuello para mantenerla estable.

—*Cruor* —dije. Sus cejas se enarcaron como pocas veces le había visto hacerlo, ante los acontecimientos que realmente lograban sorprenderle—. Hoy es crúor, un uso poético para hablar de la sangre espesa que surge de una herida —continué, tratando de bajarle las mangas de la camisa para pasarle las vendas por los hombros.

—Ya vale así. —Me detuvo, desplomándose sobre el puf hasta

que su cabeza se hundió en la parte más blanda—. ¿Y a ti qué te corre por las venas, Valmori? ¿La sangre vivaz y libre que circula veloz o el denso crúor de los derrotados?

La pregunta me llegó con retraso, superada por la oleada de alivio que sentí al oírle pronunciar una frase tan larga, si bien interrumpida por gestos de dolor.

—Tendría que cortarme para saberlo, pero siempre me han encantado las tragedias.

—Entonces léeme una —pidió Ismael.

De su mano desamparada en el suelo surgió un dedo para señalar la estantería inmensa.

Accedí a su petición sin preguntar por qué lo hacía, dejé el frasco, tiré la gasa sucia y examiné su colección de libros. Sentí una punzada de envidia y un sentimiento de admiración por la inmensidad de obras allí reunidas y reprimí el deseo de leer todos los títulos, concentrándome en las tragedias griegas. Me detuve en los dos mitos de Ifigenia narrados por Eurípides.

—¿A ti te parece que Ifigenia debe morir? —Le planteé de sopetón, y esta vez no me preocupó demasiado el silencio. Ahora era una calma llena de inhalaciones profundas y pequeños crujidos del puf bajo el peso de su espalda.

—Sí —contestó tras una larga reflexión.

Me limpié la mano en mi vestido ya arruinado sin remedio y me sorprendió haber mantenido la compostura ante la sangre. Quizás al día siguiente me estremecería al pensar en la pelea contra el ruginoso y en la herida abierta de Ismael, pero aquella noche la adrenalina me mantenía tranquila y alerta.

—Pero Ifigenia es inocente —comenté.

—Por algo lo llaman tragedia —replicó, ladeando la cabeza.

Seguí su mirada y me percaté de que durante aquellos minutos ante mis ojos no estaba realmente Ismael Sagredo, el rival, Ismael Sagredo, el *magister* que no quería tener nada que ver conmigo, sino solo Ismael, que me necesitaba. Aquella noche yo sería la voz que no le permitiría conciliar el sueño.

Saqué el volumen de *Ifigenia en Táuride*, la versión en la que a la muchacha la salva la diosa Artemisa.

Deseaba un final feliz para aquella noche.

CAPÍTULO 15



Entré en uno de los soportales camino de la enfermería. Habían pasado tres días desde la noche consagrada a mantener despierto a Ismael con la lectura de tragedias, modificando a propósito los finales para que me corrigiera con su voz de tiquismiquis, la cual, hora tras hora, adquiría más fuerza.

A la mañana siguiente, Nazar estaba lo bastante lúcido como para ayudarme a trasladar a su hermano a Seledia, donde fue atendido de inmediato por Pakuna, la sanadora de la Academia. Fue ella quien le impuso a Ismael reposo obligado y la que me echó de la enfermería cuando mencioné la velada en el Ojo de la Náyade. Argumentó que el espíritu también tenía que curarse, y que, por consiguiente, la mente de Ismael precisaba descanso, al menos hasta el día que recibiese el alta.

Estaba a punto de doblar hacia el interior de un pasillo cuando el golpeteo rítmico de un bastón anticipó la llegada de *magister* Gritti.

En su cuerpo, la capa del uniforme siempre resultaba más elegante que en cualquier otra persona, sobre todo en comparación con el hombre que caminaba a su lado. Parecía haberse escabullido de uno de los frisos de piedra, de tan ceniciento y entumecido como

se veía. Su abrigo negro acentuaba la rigidez de sus pasos y la ligera malformación de su espalda, y forzaba la despiadada comparación con el orgulloso porte de Gritti. Tuve la sensación de haberlo visto antes.

Fue el profesor de Astronomía quien me saludó con un elegante gesto de la mano, que acabó señalando mi uniforme.

—Mírese, señorita Valmori, es usted una maga con todas las de la ley.

Casi me atraganté al respirar, y tuve que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para responder sin titubear.

—Gracias profesor, ahora solo me queda recibir mis primeros artefactos.

Gritti soltó una carcajada.

—¿Tiene prisa por hacer magia, señorita? —Enarcó una ceja con aire de complicidad, como si comprendiera perfectamente mi deseo.

Entonces pensé que era un buen momento para trasladarle mi petición, impulsada por el tono acusador de Domiziana, que todavía zumbaba en mi cabeza.

—¿Podría disponer ya de acceso sin restricciones a la Gran Biblioteca?

Gritti me hizo un gesto para que reanudáramos la marcha juntos, siguiendo la dirección que yo llevaba.

Meditaba sobre mi pregunta, con la mirada perdida al frente, ignorando por completo al hombre que lo acompañaba. Yo, en cambio, lo observaba con disimulo y con la mayor de las discreciones que podía fingir, hasta que recordé que lo había visto en la fiesta de Enrico Vianoli. Era evidente que gran parte de los invitados debían de ser miembros de la Hidden Society.

—Si es demasiado pronto, lo comprenderé —me apresuré a añadir, con tal de llenar el silencio que se había creado. Me pareció entrever una expresión de disgusto en el rostro de Gritti, y, sin entender a qué se debía, imaginé que la causa era yo.

—Ha hecho bien en pedírmelo, señorita Valmori, pero ¿está segura de querer enfrentarse a tan colosal reserva de conocimiento?

Para los humanos… Perdóneme, para quienes se han criado en el mundo humano puede resultar desconcertante sumergirse de golpe en todas las informaciones de cientos de años de magia. El objetivo de la limitación era precisamente guiarla en el proceso de un aprendizaje planificado —explicó Gritti, ajustándose el cuello de la capa para que se alinease con la barba y enumerando sus razones con la misma meticulosa precisión.

Su argumentación era irrefutable. Todas las asignaturas que había aprendido desde niña me las habían enseñado en los momentos adecuados, y la magia no tenía por qué ser diferente.

«Pero si soy muy aplicada…», replicó la vocecilla con la que había estudiado en voz alta los manuales universitarios mucho antes de la fecha de los exámenes y buscado lecturas adicionales. Aun así, sabía que esa voz podía resultar odiosa, además de que no experimentaba satisfacción alguna al decirme a mí misma lo aplicada que era.

—Esperaré.

—En verdad que es asombrosa, Valmori. Pronto será una maga excepcional, estoy seguro de ello.

La mirada de aprobación de Gritti me relajó, y caminar a su lado, incluso con la sombra de su acompañante, me hizo sentir un poco más parte de la Academia. Una sensación del todo opuesta a la que había experimentado al enfrentarme a Domiziana. Todo ello me dio pie para hacerle una pregunta.

—Profesor, ¿puedo preguntarle por su relación con la *magistra* Falier? Me he enterado del descubrimiento que compartieron.

La interpelación resonó en el rostro de Gritti e hizo añorar un dolor que debía de llevar mucho tiempo enterrado en lo más profundo.

—Conozco a Domiziana de toda la vida. Fuimos compañeros de estudios aquí, en Seledia, en tiempos, y compartimos una investigación sobre un cuerpo celeste que hoy se nos reconoce a ambos en la misma medida. Domiziana está convencida de que me aproveché de ello para que me nombraran profesor. Reconozco sus extraordinarias capacidades, y el nuestro era un reto en igualdad de

condiciones. De haber sido ella la elegida, nunca me habría atrevido a criticarla. No entiendo por qué sigue resentida conmigo.

Mi impresión al verlos interactuar respondía a la realidad. Era como una especie de reflejo de la relación que yo mantenía con Ismael, aunque nosotros nunca nos habíamos enfrentado a un reto de ese tipo en igualdad de condiciones. Los exámenes habían sido un mano a mano durante cuatro años, hasta que yo desaparecí y él dispuso de nueve meses de ventaja para conseguir el cargo al que ambos aspirábamos. Y, a diferencia de Domiziana, cuando me enteré, mi reacción fue redoblar mis esfuerzos e intentar superar a Ismael en la siguiente carrera. Sentí que la grieta abierta en el rostro imaginado de mi madrina se ensanchaba. La conocía dura como una piedra, pero, evidentemente, era de las que se desmoronaban con facilidad.

—Recuerde, señorita Valmori, para cualquier cosa que necesite, no ilude en pasar por mi despacho.

Le di las gracias, me despedí de Gritti y de su acompañante y me dirigí a la enfermería, atravesando un largo pasillo en el que atronaban las notas de la fanfarria de una orquesta. Miré a mi alrededor sin aminorar la marcha y sin comprender de qué auditorio procedían ni para qué ensayaban, pero aquello tenía aire de música festiva.

La enfermería era una sala iluminada por una gran ventana semicircular, dividida en varios compartimentos por cortinas blancas que me recordaron a las del Ojo, y de nuevo mis pensamientos volvieron a aquella noche. Solo que allí, en lugar del dulzón aroma de las bebidas alcohólicas, el ambiente olía a hierbas, un perfume similar al del armarito de Ismael, pero con tal intensidad que invadía toda la estancia y sus altos techos.

Encontré a Ismael tumbado en una cama, cubierto por una sábana a la que se agarraba con las dos manos vendadas. Tragué saliva. Era guapo y, hasta traspuesto, su quietud se mostraba severa y juiciosa. Incluso con los ojos cerrados parecía desafiar a cualquiera que se le acercase. Siempre había sido así, también en la

universidad, pero por entonces mantenía a todos alejados con sonrisas educadas y conversaciones brillantes que trataban de cualquier asunto menos de sí mismo.

—Señorita Valmori, ¿no habrá venido otra vez a molestar a mi paciente con sus preguntas?

Me sobresalté cuando la sanadora apareció a mi lado, colocando una cajita humeante sobre la mesilla de Ismael. Era incienso.

—¿De qué es? —pregunté en voz baja, retrocediendo unos pasos para demostrar que no pretendía interferir en la cura. La mujer se acomodó la cascada de rastas ornamentadas en el hombro, liberando los brazos para poder encender el incienso.

—Son brasas de haya —reveló, apoyando una mano en la cadera, sobre los cordones de cuero que rodeaban su cintura a modo de cinturón.

Su piel era del color del pan quemado y tenía líneas doradas pintadas en la cara.

Parecía sacada de una *rave* estrafalaria en un maizal, pero todo hacía suponer que la Academia confiaba en ella lo suficiente como para encomendarle la salud de sus estudiantes.

—Usted no es maga —deduje, al reparar en cómo doblaba la mano en el aire y empujaba el humo hacia Ismael.

Pakuna soltó una carcajada nasal, divertida e incrédula.

—Hija mía, ¿nunca has oído hablar de los chamanes? Tu gente se burla de nuestras prácticas, pero luego nos piden que los ayudemos a curarse cada vez que explota uno de esos artilugios.

Buscó uno entre mi ropa, y me percaté de su estupor y su desconcierto cuando no lo encontró.

—Soy nueva —atajé para evitar más preguntas, y apoyé las manos en la fría barra a los pies de la cama de Ismael—. ¿Por qué está dormido? Me había dicho que hoy le darían el alta —la interrogué, convenciéndome de que la urgencia en mi voz tenía que ver con la búsqueda del colgante. Tenía que ser así. Si Ismael se quedaba allí más tiempo podría aprovechar para estudiar e intentar salvar las inmensas lagunas que nos separaban en lo relativo a la

magia.

Pakuna resopló con estrépito y movió una mano sobre la otra para hacer girar el humo antes de empujarlo hacia Ismael.

—El cuerpo humano no es uno de vuestros chismes repletos de ruedecitas, ¿sabes? Cada persona es diferente y responde a su manera al tratamiento.

Me quedé mirando a un Ismael abandonado en la cama, con el torso tapado y una venda que desaparecía por su brazo izquierdo, en el que no recordaba herida alguna. Quizás su camisa negra y su tozudez habían ocultado el resto de los golpes recibidos. Sus hombros torneados se movieron y cayeron hacia la almohada cuando inhaló el humo, y todo su cuerpo pareció elevarse por un instante, como si acabara de absorber suficiente helio para hacerlo flotar.

—Ám… bar —pronunció con los labios entrecerrados, sin abrir los ojos. Seguía dormido.

Lo observé, preguntándome qué podía haberlo debilitado tanto. En cuatro años de universidad, la única que había sacado pañuelos y mezclado paracetamol con agua caliente de las máquinas expendedoras había sido yo. Y la vez que dos compañeras de clase me habían arrastrado a ver una de sus competiciones de esgrima comprendí por qué media facultad se volvía para mirarlo por los pasillos.

El mono blanco que ceñía su torso y sus largas piernas le hacían parecer el caballero de un cuento de hadas, aunque su sonrisa hacía difícil averiguar si se trataba de un personaje bueno o malo. En cualquier caso, siempre era el último en mantenerse en la tarima. Por eso intuí que las heridas debían de ser más graves de lo previsto, para haberlo dejado en aquellas condiciones.

—Volveré mañana —me limité a decir, y abandoné la enfermería.

A mi llegada a Sotobóveda, me acerqué a las mesas donde estudiaban Leo y Bianca.

Tomé asiento, me derrumbé sobre la mesa, con los codos apoyados en un libro cerrado y la frente entre las palmas de las

manos.

—¡Atención, parece que estamos asistiendo a una crisis! —exclamó Leo, describiendo en voz alta mi expresión de derrota y la manera en que aquella tarde, en su opinión, mi pelo lucía especialmente apagado, de un color castaño como de cáscara de nuez verde.

Bianca le ordenó que guardara silencio, aunque en aquella zona concreta de Sotobóveda los alumnos solían quedar para repasar juntos o trabajar en proyectos de grupo, por lo que predominaban las discusiones animadas. Bien es cierto que no sobre la tonalidad de mi pelo.

Eché un vistazo a mi alrededor. Nadie aparte de Bianca reprendió a Leo; de hecho, un par de artesanos a una mesa de distancia soltaron una risita al oír su voz mientras examinaban un enorme trozo de cuarzo. Aquel sonido inocente me recordó que también les estaba mintiendo a ellos, de modo que responder a sus preguntas de repente se me hizo más duro.

—He ido a ver a Sagredo a la enfermería. Todavía está extenuado por la pelea. —A lo largo de aquellos dos días les había contado lo ocurrido la noche del Ojo, y ambos se habían quedado de piedra. Sin embargo, cuando intenté pedirles más detalles, se negaron a hablar, alegando que Sagredo era la persona más indicada para informarme—. Supongo que ni siquiera podéis decirme qué eran esas estalagmitas del club…

Leo y Bianca se miraron, como si intercambiaran sus dudas sin palabras, y, al fin, fue la astrónoma quien habló.

—Se trata de una sustancia perfectamente legal que, en teoría, se utiliza para relajarse y que también consumen los magos. Sospecho que en el Ojo la mezclan con algo, pero no me preguntes más. *Magister* Gritti dejó muy claro que no debemos revelarte nada que no figure en tu programa.

Me admiró el empeño que ponía el profesor en diseñar el camino más adecuado en mi aprendizaje de la magia y no me atreví a continuar preguntando por miedo a parecer desagradecida. Asentí y

abrí el libro, no sin antes sujetarme el pelo con las horquillas. Antes de enfrascarme en la lectura eché un vistazo a la sala y solo entonces reparé en la presencia de Jacopo Altieri, sentado a una mesa del fondo. Estaba solo y miraba fijamente en mi dirección con aire amenazante.

Me volví para comprobar que no hubiera otra persona detrás de mí a la que fuera dirigida su aversión, pero, a menos que estuviera enfadado con la enciclopedia celeste de astrofísica extragaláctica, el problema era yo.

Me incliné hacia delante para que mis palabras quedaran entre nosotros.

—¿Jacopo Altieri no estudia con nosotros?

Leo emitió una carcajada gutural que resonó hasta el techo, aunque cuando habló tuvo la sensatez de hacerlo en un tono comedido.

—¿Estás de broma? Nosotros no nos codeamos con Jacopo Altieri, y Jacopo Altieri no se codea con nosotros, no después de lo que ocurrió con Lee Sun Go.

Una retahíla de pensamientos se apiñaron en mi mente, conjurados por aquel nombre que aparecía frente a mí. No olvidaba que había visto a Bianca hablando con Jacopo días antes.

—¿Lee Sun Go? —repetí con un hilo de voz.

Bianca me hizo una señal para que no volviera a pronunciar aquel nombre.

Luego cruzó los pies encima de la silla y se estiró sobre la mesa. Leo la imitó y, al cabo de un instante, nos encontramos muy cerca.

—No se la menciones a Ismael. Él, ella y Jacopo eran muy amigos, pero, por lo visto, una noche hubo una fiesta y se armó una buena. A ella la expulsaron de Seledia. Jacopo e Ismael no se dirigen la palabra desde entonces.

—Demasiado tarde. —La afirmación se me escapó, acompañada de una manifiesta expresión de culpabilidad, lo cual provocó que Leo se acercase todavía más.

—¿Qué quieres decir con que es demasiado tarde? —preguntó,

apartando los libros para encandilarme con sus grandes ojos azules, tan brillantes que casi me hicieron olvidar la quemadura que tenían debajo.

Por lo general, no me dejaba convencer con zalamerías de este estilo, pero ellos parecían saber mucho más de lo ocurrido que yo, y tampoco tenía por qué contárselo todo.

Tomé aire y les revelé parte de la historia.

Les hablé del robo de mi colgante a manos de una camarera en la terraza de la casa de Vianoli, de cómo se había convertido en mi tesoro más preciado tras mi desaparición y, tal vez, en mi *marbiri*. Bianca y Leo me escucharon en absoluto silencio hasta que mencioné las palabras del camarero del Ojo sobre el supuesto regreso de Lee Sun Go. O, como yo la había conocido, de Lisa.

—¡Tuvo que ser ella! —exclamó Leo, apretando el puño.

—Tu *marbiri…* —suspiró Bianca—. Tiene que ser muy doloroso que te hayan separado de él.

Dudé. ¿De qué tipo de dolor hablaba? En aquellas semanas había pasado por tantas emociones que me costaba aislar unas de otras, y cuando pensaba en mi colgante me invadía una enorme confusión y una sensación de carencia que no sabía describir.

Leo debió de interpretar mi silencio como una afirmación, porque juntó nuestras manos en el centro de la mesa.

—Te prometo que te ayudaremos en tu investigación. Separar a una maga de su *marbiri* es un crimen. Puedes contar con nosotros.

Tragué saliva. El colgante no podía ser mi *marbiri*, sencillamente porque yo no era una auténtica maga. Esperaba, sin embargo, que los detalles sobre mis orígenes fueran irrelevantes para ellos, pues, al involucrarlos, corría el riesgo de que la verdad saliera a la luz.

—Sagredo también me estaba ayudando y mira lo que le ha pasado —comenté.

El rostro de Bianca se iluminó con su suave pero decidida sonrisa.

—Razón de más para estar en grupo, ¿no?

Al día siguiente, volví a visitar la enfermería, y Pakuna me recibió con un guiño. Un fuego esperanzador se avivó y me condujo hasta la cama de Ismael, donde lo encontré sentado contra el respaldo con un libro abierto sobre los muslos.

El incienso seguía flotando sobre su cabeza, pero me pareció que ardía con menos intensidad.

—Valmori —dijo Ismael sin levantar la vista.

—Lo sé, hubieras preferido la compañía del ruginoso —bromeé, sentándome a los pies del lecho.

—¿Dónde está el ramo de flores para desearme una pronta recuperación? —murmuró, alzando los ojos hacia mis manos vacías.

—Lo siento, pero para eso al menos deberían haberte amputado una pierna. Tengo el listón muy alto.

Cerré el puño izquierdo, mostrando la ausencia del meñique. Vi cómo se retorcía para contener una carcajada y se apoyaba en los codos, deslizando parte de la sábana. Me esforcé en no apartar la vista de golpe y, al tiempo, en no seguir cada leve sombra de su pecho vendado. Pero era imposible, porque Ismael tenía el tipo de perfección desportillada que me atraía, como si buscara cada minúsculo defecto que lo hacía único, que me contaba una historia.

—¿Te quedarán cicatrices? —le pregunté al fin.

—Me temo que no, aunque me quedarían bien. —Se tocó el brazo derecho, que estaba completamente tapado con el vendaje—. He tenido suerte. Tú estuviste maravillosa. —Sus ojos de color terracota se centraron en la manga de mi camisa y la levanté para enseñar que nada había cambiado. Mi piel seguía lisa e intacta—. ¿Cómo te sientes?

—Imparable. Podría partir este edificio en dos —susurré, abriendo y cerrando las manos como si probara una fuerza invisible.

Ismael me miró muy serio.

—No tiene gracia —resopló, soplando hacia un aro de incienso—. Vete. —Se colocó de lado y emitió un sonido áspero.

Me mordí el labio. No debía forzar las heridas, y mucho menos por mi culpa.

—¿Qué demonios era aquella… cosa del Ojo, Sagredo? —pregunté, tensa ante el recuerdo del monstruo que se había precipitado sobre nosotros.

—Un ruginoso. Es un mago corrompido por la herrumbre —dijo, girándose despacio y mostrándome una mano anillada con la que señaló su espalda—. ¿Has estudiado lo que diferencia a los magos de los humanos, aparte de lo que ya te expliqué?

Asentí. Era uno de los primeros datos que había averiguado en los libros que habían puesto a mi disposición.

—En primer lugar, una variación molecular en la piel. Los magos nacen con una sustancia cutánea capaz de activar la magia, ya sea la que se encuentra en el estado natural de polvo de estrellas o la almacenada en un artefacto.

—Correcto —confirmó con su tono de profesor. Luego señaló sus anillos—. ¿Y recuerdas qué son los *marbiri*?

—Por favor, no me hagas preguntas tan fáciles —bromeé, mirándome las uñas como si ni siquiera tuviera que pensar para dar la respuesta—. Son artefactos únicos y personales que desarrollan su poder en sintonía con la personalidad del mago o de la maga que los lleva.

Esta vez Ismael se congratuló con una sonrisa ladeada.

—Hay un último dato importante que no encontrarás en ningún manual. Los magos somos de carácter posesivo. —Sus palabras tenían garras y se cerrarían sobre cualquier cosa que desease. O sobre cualquier persona—. Pero también somos selectivos con nuestros artefactos, y ese objeto único que convertimos en nuestro *marbiri* está ligado a nosotros mediante un contrato de sangre. Quienquiera que lo viole, usando un *marbiri* que no le pertenece, sufre las consecuencias.

—Se convierte en esa criatura… ¿En un ruginoso? —sugerí, tragando saliva ante la crueldad del castigo. Ismael tuvo que percibirlo.

—Es un proceso similar al de vuestra química. Si intentas usar un artefacto que pertenece a otro mago, las moléculas reaccionan de forma caótica y se transforman en una sustancia que algunos llaman herrumbre, otros exceso de sangre o simplemente grietas rojas. —Ismael volvió a mirarme el brazo—. Esa sustancia debería quemar al tacto.

«Debería», porque pocas de las reglas del mundo mágico se ajustaban a mí, ni siquiera aquellas que me habría encantado cumplir. Tenía demasiado rastro de magia como para ser enviada a casa y, a la vez, resultaba demasiado humana.

—¿Es posible que mi piel sea diferente a la tuya, y al mismo tiempo diferente a la de los humanos?

Ismael asintió, aspirando una bocanada de incienso.

—Acabo de coincidir contigo en un razonamiento, Valmori. Debo de estar realmente enfermo.

Me regodeé en el cumplido, pues recibir elogios seguía siendo una de mis debilidades favoritas. Y recibirlos de mi rival superaba cualquier otra sensación. El problema era que si los pronunciaba sonriendo de aquel modo, mi cerebro se pasaría las horas siguientes preguntándose si había sido sincero o no. Y entonces la satisfacción se mezclaría con la duda y me enmarañaría en mis pensamientos hasta que algo los cortase de cuajo. Esa mañana los cortó otro recuerdo de la noche en el Ojo: la información que nos había proporcionado Samu.

—Se diría que no tenemos más remedio que continuar con la búsqueda —apunté.

—Parece que estoy condenado —replicó Ismael, reclinando la cabeza para expulsar el humo al aire, dispersándolo en una serie de aros.

Los nervios hacían que me golpease las rodillas con las palmas de las manos y que tamborilease sobre la falda en busca de la mejor manera de continuar la conversación.

—Me pareció entender el nombre de la ladrona. —Vi que su mandíbula se endurecía al instante—. Y que tú la conocías.

Ismael miró al techo con frialdad.

—La conozco y sé dónde encontrarla. Asistirá al Festival de la Media Luna. Allí la detendremos. Mientras tanto, practica y estudia.

—Sí, *magister* —respondí con más impaciencia de la que me habría gustado traslucir.

Entre otras cosas, porque no me disgustaba la idea de buscarme una celda en las torres y averiguar qué nuevo libro me habían asignado. Cada obra era una mina de verdades olvidadas en los márgenes de la historia. Y, de vez en cuando, una imagen del rostro de Ismael surgía de repente entre los párrafos, así como la contracción que lo alteraba al oír mencionar a Lisa. Ya no podía dejar de preguntarme quién era aquella chica capaz de conmocionar a mi hermético rival.

CAPÍTULO 16



El otoño veneciano parecía haber desaparecido el día que esperábamos dar con Lisa. Llegamos a la isla en una lancha motora sospechosamente silenciosa, conducida por Ismael con la ayuda de Leo, quien me reveló que se trataba de un artefacto movido por combustión de polvo de estrellas. Bianca se pasó el trayecto contándonos los orígenes del festival, que mezclaba diversas celebraciones de culturas orientales para festejar el final de la estación y dar gracias a la diosa de la luna.

El Parque de los Recuerdos era una lengua de jardines que se extendía junto a la laguna y aquella noche estaba animado por hileras de tenderetes de madera separados por telas ondeantes. Cuando atracamos, en un extremo de dicho parque, mi certeza de encontrar a Lisa flaqueó: la fiesta estaba abarrotada. Filas de bombillas, unas detrás de otras entre los árboles amarillentos, iluminaban los senderos bordeados de puestos. El otoño estaba por todas partes: en las faldas anchas y los sombreros altos de los comerciantes, pero sobre todo en los numerosos pasteles redondos que perfumaban el aire con los aromas de legumbres dulces.

—Son pasteles de luna —nos explicó Bianca—. Forman parte de

la tradición china, aunque en algún lugar también habrá *songpyeon*, las pequeñas medias lunas de arroz coreanas, y *tsukimi dango* japoneses.

—Y la mejor forma de honrar la festividad es probarlo todo —sugirió Leo.

Estaría horas escuchando a Bianca enumerar las tradiciones mágicas de cada nación: era como tener a nuestro lado un libro de texto parlante.

—Has mencionado a la diosa de la luna —intervine cuando recuperé el aliento—. Los dioses… ¿existen de verdad?

Me sentí tonta por preguntarlo, pero a lo largo del último mes mi concepto de realidad se había puesto patas arriba, y lo mismo ocurría día tras día.

—Es difícil responder a eso —titubeó, acariciándose la larga trenza rubia—. Algunas criaturas de la Hidden Society son más abiertas en el tema espiritual y ofrecen una explicación sobrenatural para las fuerzas que estudiamos. ¿Existe una diosa de la luna? Diana para los romanos, Khonshu para los antiguos egipcios, Chang Xi para los chinos o Sin para los asirios, y muchas, muchas otras figuras, para nosotros los magos son simplemente la personificación de los poderes que tiene la luna, como controlar las mareas o regular el ciclo menstrual.

—Por favor, dime que conocéis un remedio mágico para evitar los cólicos.

Bianca asintió.

—Ve a ver a Pakuna; sabe preparar decocciones para todo tipo de dolores. —Echó un vistazo alrededor y comprobó que Ismael y Leo se habían parado en un puesto. Examinaban unos accesorios florales y, como siempre, la mayoría de los transeúntes volvían la cabeza hacia Ismael—. Sagredo me fulminaría si me oyese, pero los chamanes son los médicos de la Hidden Society, al igual que los magos somos los académicos.

—¿Y si un mago quisiera ser médico? ¿No son como los demás, solo que con profesiones diferentes?

Era extraño hablar de magia en el centro de Venecia, rodeados de seres humanos ajenos a todo, pero, como sucedía con frecuencia, la confusión era una fantástica aliada para pasar desapercibidos. Y nuestra charla se perdía entre el bullicio de los presentes.

—Un mago puede elegir la carrera de curandero, estudiar anatomía y los efectos de las decocciones preparadas por los chamanes, pero nunca podrá practicar magia curativa ni preparar decocciones. Somos anatómicamente diferentes.

—Bocas cerradas y ojos abiertos —nos amonestó Ismael, que apareció a nuestra espalda. Su mirada plomiza apuntaba en todas direcciones, atento a cualquier detalle.

Leo, en cambio, nos mostró dos pinzas para el pelo en forma de flor de loto. Llevaba una a juego enganchada sobre la mejilla desfigurada y, para mi sorpresa, me fijé en que Ismael se había puesto otra entre las ondas oscuras de su pelo.

—¿Sabéis que solo traen buena suerte si se regalan? —intervino Bianca, señalándole a Leo dónde debía colocársela, lo cual obligaba a Ismael a regalarme la suya a mí.

—Solo lo hago porque te hace falta suerte, Valmori —dijo, abriendo la horquilla entre los dedos y acercándose a mi cabeza.

—Claro, así podrás llevarte todo el mérito cuando sea mejor maga que tú. No, gracias. —Intenté hacerme con la horquilla, pero él se apresuró a levantar el brazo para alzarla fuera de mi alcance.

—A pesar de tus truquitos, serás una maga excelente, en gran medida gracias a mí. Soy tu *magister*, ¿recuerdas?

A decir verdad, no tuve tiempo de replicar, porque me sujetó la barbilla con dos dedos y deslizó la horquilla por encima de mi flequillo, asegurándola sobre la sien con firme delicadeza.

Tragué saliva de manera visible con el cuello tenso. ¿Cómo era posible que siempre se las arreglase para decir la última palabra? Podría haber contestado de cien formas distintas, sabía que era capaz de hacerlo.

En lugar de ello, optaba por decirme que sería una maga excelente. Pese a todo, su altanería era un rayo de esperanza para

mis pésimas posibilidades. Pero, además de por esto, el motivo por el que se me secó la garganta fue que cometí el error de levantar la vista hacia su rostro y lo descubrí enfadado, una expresión que contrastaba con su voz despreocupada. Se retiró antes de que pudiera pedirle explicaciones, pero, aun así, con demasiada lentitud para impedir que me diera cuenta de que había mantenido sus manos encima de mí mucho más tiempo del necesario para colocarme aquella especie de amuleto.

—Centrémonos en buscar —dijo, alejándose un paso y señalando los dos caminos principales—. Valmori y Gardenigo tomarán esa dirección; yo iré con Rovere hacia el otro lado. Recordad: estamos entre humanos, nada de gestos que puedan llamar la atención. Nuestro objetivo es seguir a nuestra amiga hasta un lugar donde actuar. Una última advertencia: Lee Sun Go es una maga experta y cuenta en su arsenal con un artefacto encantador, un rubí rojo que se pone en la cara. Sirve para que la gente se sienta más dispuesta a complacerla, como si estuvieran enamorados de ella, aunque el dolor físico, como un fuerte pellizco, anula sus efectos. Intentad no cometer una estupidez. —Me lanzó una mirada a la que respondí con una mueca—. Estad atentos.

El rubí. Había tenido ocasión de verlo en la terraza. Leo debió de intuir mis pensamientos porque comentó:

—Uno de los efectos más comunes de ese tipo de artefactos es el camuflaje, con el fin de concentrar toda la atención en el mago que lo lleva.

Asentí y me concentré en el presente.

—Me gustaría daros las gracias, aunque no sé muy bien cómo. —Clavé los ojos en Bianca y Leo—. A pesar de no tener nada que ver con toda esta historia, me estáis ayudando, y lo valoro mucho. —Las palabras me salieron a trompicones, algo que rara vez me ocurría, así que lo compensé con una sonrisa forzada—. No lo olvidaré —concluí, con lo que se había convertido para mí en uno de los deseos más importantes.

Leo alzó los dos pulgares y me guiñó un ojo, mientras que Bianca

se limitó a lanzarme una sonrisa como muestra de ánimo antes de acompañarme.

Me giré para ver alejarse a Ismael, con el abrigo que había sustituido a la capa y que le hacía parecer un detective de una película de la época *pre-code*. No podía evitar preguntarme si los motivos que lo llevaban a embarcarse en estas averiguaciones sobrepasaban el papel de *magister* que le habían asignado. ¿Hasta qué punto conocía a Lisa? La pregunta rondaba por mi mente sin parar tras la noche en el Ojo, pero no me había atrevido a formularla. Era una idiotez, porque quizás habría obtenido alguna información útil, lo cual me fastidiaba todavía más. Me desembaracé de aquella molesta sensación con el propósito de intentar actuar de la manera más lógica posible. Recordé la cara de Lisa en la terraza y traté de reconocerla entre la multitud.

Creía verla en todas partes: en los cabellos azabache, en las máscaras de zorro con sus ojos alargados y astutos. Me toqué el pecho por encima del cárdigan y lo descubrí vacío, despojado del colgante que durante un tiempo se había movido al ritmo de mi respiración. Esperé sentir la aguda sensación de carencia que había experimentado después de la fiesta, la necesidad de encontrar mi collar, pero no percibí nada. ¿También se me estaba olvidando? Metí los dedos por debajo de la lana y los cerré sobre el regalo de Domiziana, en el que no había nada familiar. No podía haber sustituido mi colgante por una simple pulsera. Por mucho que hubiera cambiado mi vida, había una parte de mí que siempre seguiría igual: la que le concedía un alma a cada objeto. La niña a la que no le gustaba encerrar a los muñecos en los armarios por miedo a que se asfixiaran y que guardaba todos los rotuladores azules aunque estuvieran gastados. La adolescente que conservaba su primer par de zapatillas Converse, aquellas con las que se había puesto de puntillas para dar su primer beso y que había manchado de barro en el concierto al que asistió a escondidas, tras mentir diciendo que dormiría en casa de una amiga. La que tenía en un cajón la chapa de su primera cerveza, que le había dado asco, la

entrada de cine de su película favorita y el montón de cartas cruzadas con una chica francesa a la que había conocido en unas vacaciones. Porque estaba convencida de que los recuerdos necesitaban un lugar donde descansar y de que cada objeto era un ancla en el pasado. ¿Cómo podía esa misma persona no echar de menos el colgante al que estaba tan unida cuando no tenía nada a lo que aferrarse?

Me toqué la horquilla que Ismael acababa de colocarme, convencida de que la conservaría como un tesoro, pero, para justificar el gesto, elegí una pregunta al azar.

—¿Crees que le habrá costado mucho? ¿Cuándo los magos salís al mundo humano cambiáis pepitas por billetes?

Bianca se me quedó mirando como si acabara de decir que la Tierra era plana y el Sol giraba a su alrededor.

—¿Pepitas? ¿De qué estás hablando? La economía de la Hidden Society funciona con un sistema de crédito, por supuesto que no usamos pepitas —repitió la palabra como si se avergonzara hasta de pronunciarla.

Tuve la terrible impresión de que en el almacén de Centoquarzi me habían engañado, pero no me dio tiempo a pedir explicaciones porque nos engulló la multitud.

Bianca me rozó el brazo cuando nos internamos en un pasillo encajonado entre dos puestos especialmente concurridos. Intenté darle la mano, pero nuestros dedos se perdieron y me quedé rezagada mientras ella se veía obligada a seguir avanzando.

Decidí rodear el tenderete, retiré uno de los paños decorados que flotaban entre las estructuras y caminé entre las hojas secas hasta que me topé de frente con Ismael.

—¿Dónde está Leo? —pregunté, mirando a mi alrededor.

Estábamos en la parte de atrás de los puestos, bajo un gran castaño cuyas raíces afloraban como grandes y prominentes nudillos, mientras que un cable con bombillas colgaba de sus ramas inferiores.

Ismael se limitó a sonreírme, una indirecta que no acabé de

entender. Se había cambiado de ropa y vestía lo que para mis limitados conocimientos del mundo oriental debía de ser un quimono, una bata ceñida a la cintura por una faja. Se rodeaba el cuello con las manos, como si tuviera frío.

—¿Te encuentras bien? ¿Por qué te has cambiado?

Me rogó silencio llevándose un dedo a los labios y, por instinto, miré a mi alrededor. Sin embargo, Ismael no parecía preocupado por las sombras que se movían tras los colgantes de tela, sino que, más bien, le divertía nuestro encuentro. Cuando volví los ojos hacia él, me lo encontré cara a cara, peligrosamente cerca, irritantemente guapo.

—Deja de tomarme el pelo, tenemos que investigar —protesté, molesta, pero cuando hice ademán de dar media vuelta, Ismael me agarró de la muñeca y me retuvo. Sus dedos fríos se cerraron sobre mi piel, provocándome un estremecimiento.

Me volví, disimulando la sorpresa, intentando imitar la impasible altivez de mi *magister*, antes de empujarlo, provocando que tropezase con una raíz.

Los labios de Ismael se entreabrieron y de ellos surgió una cantarina voz de mujer, la de Lisa:

—¿Cuándo te has dado cuenta?

—Por favor…, Ismael Sagredo no puede estar callado más de diez segundos. —También la delataron sus dedos sin anillos, o el hecho de que Ismael nunca sonreía sin más—. ¿Cómo debo llamarte? —dije, logrando mantener la calma el tiempo justo de pronunciar la frase, mientras ella se restregaba la mano por la cara y se arrancaba las facciones de Ismael para, un instante después, adoptar la forma de una inexpresiva máscara blanca.

—Lisa —respondió, en tanto volvía a ver sus delicados rasgos y el rubí debajo del ojo.

Me abalancé sobre ella antes de que pudiera encantarme, pero esperaba el movimiento. Me dio una patada en el vientre y se elevó con una voltereta, poniendo un par de metros de distancia entre nosotras.

Cuando recuperó el equilibrio, las solapas de su quimono se abrieron y dejaron al descubierto un cuerpo mucho más menudo que el de Ismael, así como una ancha gargantilla negra hasta la mitad del cuello.

Presioné mi estómago dolorido y sonreí cuando la observé, pues solo vi a una chica muy guapa. El efecto del rubí se había frustrado.

—Habría sido más delicado de la otra manera —dijo, apuntándome con el dedo índice y dirigiendo la uña afiladísima a mi cara.

Respiré de manera brusca, incendiando el miedo en rabia e intentando convertir aquel pequeño fuego en un arma. Sentí que me ardía la mejilla y que algo caliente me corría por el mentón. Me pasé la mano por la piel y descubrí un rastro de sangre que manchó mi anillo de ámbar e iluminó de rojo cada línea de mi palma hasta transformarla en un mapa escarlata. Era abrasador. Ignoraba a qué temperatura circulaba la sangre normalmente, pero la mía estaba al rojo vivo.

—Sé buena chica y no me hagas gastar otra —dijo, apuntándome con la uña del pulgar—. Ven conmigo y…

De repente, un velo cayó sobre su cabeza; el fino chal de Bianca la ocultó un instante, y mi amiga apareció por la parte de atrás de una caseta.

Lisa se tambaleó como si la noche se hubiera desplomado sobre ella y cayó de rodillas, agarrándose al tronco del árbol. Sabía lo que ocurría, el sueño se apoderaba de ella cada vez que respiraba. Me acerqué con precaución, recogí una rama húmeda del suelo y la sostuve en alto, dispuesta a usarla como arma a pesar de carecer de ningún tipo de preparación en la materia. Sería más útil que mis manos desnudas y mis piernas temblorosas.

Entonces, un ruido rasgó el silencio y las uñas de Lisa atravesaron la tela, abriendo un jirón que le permitió dejarla caer a sus espaldas. Resurgió dando tumbos hacia atrás, con los párpados pesados sobre los ojos dorados, de nuevo clavados en mí.

Bianca se sujetaba la garganta como si le hubieran arrebatado la

voz o el aliento. Sentí parte de su dolor. Alcé el brazo y arranqué el cable con las bombillas de las ramas del árbol; luego me precipité hacia Lisa para rodearla con él. Conseguí dar una vuelta, mientras se recuperaba de la somnolencia, y estaba a punto de inmovilizarle los brazos cuando el cable se paró, pues se había enganchado en una rama.

—El amuleto no es suficiente —advirtió.

Sonrió con maldad, y su mano se disparó, rozándome la espalda.

No entendí lo que me hizo, pero un instante después me sentí muy ligera. Mis pies se despegaron del suelo entre una nube de hojas. Empecé a elevarme despacio y floté en el aire sin control. Probé a apretar los abdominales, a inclinarme y a impulsarme hacia abajo, como cuando intentaba tocar el fondo del mar, pero la fuerza que me elevaba era más fuerte, aunque invisible.

No sabía cómo contrarrestarla. Lo único que conseguí fue asir el cable de las bombillas encajado entre las ramas, que me sostuvo en el aire como si fuera una cometa.

—¡Bianca! —grité, y mi amiga pareció recobrarse justo a tiempo para plantarle cara a nuestra adversaria.

Lisa había mencionado mi amuleto. Por un momento tuve la horrible sensación de que había sido ella, disfrazada con la cara de Ismael, quien me había colocado la horquilla en el pelo. «No es posible», pensé. La máscara podía imitar el aspecto, pero no la voz, como había visto antes. Así y todo, eso significaba que Lisa nos estaba espiando desde nuestra llegada. Volví en mí, pues estaba a punto de perderme en el cielo y de quedarme a hibernar entre las nubes. Debía concentrarme en la situación.

Me armé de valor y me agarré con mayor firmeza al frágil cable. Batallando contra la fuerza que tiraba de mí hacia arriba, deslicé una mano tras otra y entrelacé los dedos con el cable de plástico para acercarme, palmo a palmo, a las ramas del castaño.

Me encontraba a medio camino cuando oí pasos a la carrera entre el follaje. Leo e Ismael aparecieron detrás de Bianca, obligando a Lisa a retroceder.

Vi como la expresión de Ismael se endurecía y sus dedos se desensartaban del par de anillos de latón. Lisa empezó a retorcerse, pero eso no le impidió apuntarme con una de sus uñas, o más bien apuntar al cable. Y entonces disparó.

Al partirse, el cable se me enredó entre los dedos y todas las bombillas se apagaron con un estallido unánime. El cielo me atrajo de nuevo, ya sin nada que me retuviera. De improviso, las nubes se volvieron más próximas, grises y sombrías, y el aire más frío, mientras dejaba abajo la línea de los tejados de Venecia. Mi cuerpo ya no me obedecía, era como intentar nadar contra una corriente demasiado fuerte que apenas me permitía moverme. Solo logré echar un brazo hacia atrás para asistir a cómo me atraía el cielo.

En un santiamén, mi cuerpo se congelaría.

Y en la noche de mi muerte no había estrellas. Ese pensamiento me entristecía más que ningún otro.

Fue entonces cuando sentí que una mano cálida me agarraba y luego me rodeaba la cintura, sujetándome.

Mi corazón dio un brinco.

—¿Te estás aficionando a los paseos celestes, Valmori?

La voz de Ismael me sorprendió por la espalda mientras tiraba de mí y me estrechaba contra su cuerpo, permitiéndome apoyar la punta de los pies en sus zapatos flotantes y dejar caer la cabeza contra su pecho. Lo sentí subir y bajar con rabia.

—Y tú has venido a estropearlo todo —respondí con un hilo de voz, levantando la cara para entrever su mandíbula rígida y su expresión crispada.

—¿Ah, sí? —preguntó, y por un momento aflojó el brazo que me rodeaba la cintura y sentí cómo de nuevo mi cuerpo se proyectaba hacia las alturas.

Fue solo un instante. Me agarró antes de que pudiera escapar de él y pasó una mano sobre el elástico de mi falda para retirar una pluma.

—¿Un artefacto? —me extrañé. Ismael asintió y se la guardó en el bolsillo para tener las manos libres.

Noté que recuperaba el peso de mi cuerpo, y seguramente me habría caído si Ismael no me hubiera sujetado. Por un momento permanecimos abrazados, suspendidos sobre el cielo veneciano. Las nubes prepotentes auguraban lluvia, y me pregunté si eran ellas las que volvían el aire tan eléctrico o si eran los ojos de Ismael clavados en mí.

Sabía que tenía que sujetarme con fuerza para evitar precipitarme al vacío, pero algo había cambiado desde la noche de mi llegada a Seledia. El modo en que sus dedos se cerraban sobre mi costado reflejaba la desesperación de alguien que ya había perdido en la vida.

—¿Lista? —me preguntó, y esperó a que se lo confirmara antes de darse la vuelta y descender a toda prisa los escalones invisibles que solo sus zapatos parecían tocar.

Otro día a lo mejor me habría detenido a contemplar el modo en que la noche resplandecía sobre la laguna y las luces salpicaban toda Venecia, pero, más abajo, Bianca y Leo se enfrentaban a Lisa. Les di las gracias mentalmente a las telas que ocultaban el cielo de las calles del festival y a los puestos colmados de pequeños objetos y comida que concentraban las miradas de la gente.

Aterrizamos entre las hojas justo a tiempo para oír cómo Lisa se reía y le decía a Leo:

—Siempre he sabido que eras el eslabón débil.

Le apuntó con una uña, pero esta vez no iba a permitir que hiciera daño a otro de mis amigos. En cuanto toqué tierra, salí disparada, empuñando el trozo de cable que me quedaba y, antes de que Lisa pudiera moverse, la rodeé con él, ciñéndola e inmovilizándola.

Ismael se colocó detrás de mí. Sus anillos de latón saltaron a los meñiques de la ladrona, tras lo cual la observó con fría indiferencia.

—Nos seguirás sin montar escándalo —dijo, obligándola a levantarse con un movimiento de muñeca.

—Hola, Isma, cuánto tiempo —lo saludó Lisa con una sonrisita felina. Sus ojos se dirigían a los anillos de sus dedos—. No has

perdido tu toque.

No sabría decir por qué, pero algo en la forma en que pronunció esas palabras me hizo sentir aún más aplastada contra el suelo. Me incliné hacia ella, buscando su rostro en la penumbra.

—¿Dónde está mi colgante? —pregunté, con un tono que traslucía la frialdad abrasadora del hielo ardiente.

Quería que entendiera que me debía aquella información. Se la debía a la chica con la que había bailado, cuyas debilidades había conseguido sacar a la luz más de lo que solía mostrar ante desconocidos. A cambio, ella se estrellaría con mis aristas más afiladas.

Irguió la cabeza, con el pelo revuelto cayéndole sobre los labios, que se curvaron en una risa melancólica. Cuando abrió la boca para hablar, no produjo ningún sonido.

—¡Habla! —le grité, y ella, por toda respuesta, inclinó la cabeza hacia atrás, mostrando la gargantilla que rodeaba su nívea piel.

Sentí cómo Leo contenía la respiración de manera brusca y me ponía una mano en el hombro.

—No va a hablar —me dijo.

Intenté apartarle la mano y, con ella, su teoría. Ahora que había encontrado a Lisa, estaba tan solo a un paso de recuperar mi colgante y, probablemente, el poder suficiente para impedir que mi lugar en Seledia fuera cuestionado.

—¿Dónde lo tienes? —continué, decidida.

—Ámbar, lleva un collar inhibidor; en la práctica, es como un bozal que impone silencio sobre un tema —explicó Leo pacientemente, señalando la gargantilla de Lisa.

—¡Tiene que haber una solución! —protesté, sin resignarme a la idea de estar tan cerca y no poder conseguir la ansiada información.

Leo sacudió la cabeza.

—El collar impide que se revele la información. Lo siento.

Volví a ponerme en pie y me llevé las manos a las sienes, odiando la silueta de la horquilla en forma de flor que aún me sujetaba algunos mechones. La suerte nunca había estado de mi

lado, y ni siquiera Ismael Sagredo podía cambiar esa verdad.

Él y Leo alzaron a Lisa y la levantaron; su túnica ondeaba mientras recuperaba el equilibrio y se balanceaba de un lado a otro delante de mí.

—Lo siento —dijo con una extraña sonrisa, acercándose a mí para susurrarme—. Yo no tengo tu *najma*.

CAPÍTULO 17



Al día siguiente de la Fiesta de la Media Luna me desperté al alba y me dirigí al despacho de Gritti, para lo cual subí los peldaños dispuestos en círculos concéntricos de una larga escalera de caracol que conducía a la cima de una de las torres más altas. En las paredes se sucedía un arabesco de órbitas celestes que, de cuando en cuando, se cerraban en rendijas que parecían ojos azules. En el exterior de las pequeñas ventanas que se abrían en cada piso, un viento racheado empujaba las nubes de un lado a otro del archipiélago e hinchaba las capas de los escasos alumnos que cruzaban los puentes. Me arrebujé en la mía y observé sus puños ribeteados con bordados de plata, indicativos de mi supuesto talento como astrónoma. En las manos aún tenía la marca del cable de luces al que me había agarrado para no ser arrastrada por las corrientes celestes y con el que luego había atado a Lisa.

Sus últimas palabras me habían inflamado, hasta que me volví hacia una Bianca con los ojos secos por todas las lágrimas que había llorado, abrazada a su chal desgarrado. Nadie había escuchado a Lisa pronunciarla palabra *najma*, y yo, no estaba segura de por qué, también actuaba como si jamás la hubiera escuchado.

* * *

—Dime que se puede arreglar —le había susurrado a Bianca la noche anterior, con la voz cargada de culpa mientras caminábamos hacia el dormitorio. Por ayudarme había perdido su *marbiri*, quizás para siempre.

—Solo por manos expertas —respondió Leo en su lugar, y ambos intercambiaron una mirada siniestra que atesoraba más significados que yo no lograba desentrañar.

—No es culpa tuya —aclaró entonces Ismael, quien, para mi sorpresa, se desvió de su trayecto para acompañarme a mi habitación.

Esta constatación no bastaba para desterrar la imagen de la cara de Bianca al ver cómo su chal se rasgaba por la mitad.

La habría ayudado tratando de buscar una solución, pero en aquel momento temblaba a causa del reciente enfrentamiento y no podía pensar con lucidez.

—¿Qué artefacto utilizó Lisa para hacerme volar? —había preguntado, mientras buscaba la sensación de seguridad en mis pasos sobre el suelo.

—Una pluma levitante. —Ismael se sacó del bolsillo la pluma rota que había extraído del elástico de mi falda mientras estaba suspendida en el aire—. Son bastante comunes, las usamos para mover pilas de libros o escritorios; basta con clavarlas en la superficie de un objeto, si es blando, o en un intersticio, en el caso de un mueble o las páginas de un libro.

Como me habían repetido docenas de veces, los magos eran eruditos.

Los artefactos que creaban no estaban pensados para hacer daño, pero podían causarlo si caían en las manos equivocadas.

—Aunque hayas destrozado mi sueño de dar la vuelta al mundo

sobre los tejados de todas las ciudades volando como un globo —le solté mientras abría la puerta de mi habitación—, creo que estoy en deuda contigo.

Se lo confesé con cierta reticencia que me permitió callar otra palabra: *najma*. Necesitaba tiempo para reflexionar.

—Entonces esto es para disculparme —replicó, entregándome la pluma levitante—. A cambio, para pagar esa deuda, conviértete en una maga excelente —añadió, con la frivolidad de quien nunca ha tenido que preocuparse por el fracaso—. Y basta de truquitos.

Me habría dolido menos si me hubiera asestado un puñetazo con la piel transmutada en acero. Sabía muy bien que no dependía de mi voluntad. Le dirigí una mirada furibunda y me encerré en la habitación.

* * *

Llamé a la puerta del despacho y recibí permiso para entrar en una gran estancia circular atestada de libros, entre los que identifiqué algunos que parecían salidos de la biblioteca de Domiziana. Comprendí que mi madrina no bromeaba cuando afirmaba que era su rival. Me sorprendió encontrarlo en compañía del hombre que había visto en la fiesta de Vianoli, con su abrigo negro y su expresión hosca.

—Si es mal momento, puedo volver más tarde —dije, parándome en el umbral.

Magister Gritti me indicó con un gesto que me acercara.

—Si molestase, señorita Valmori, no le habría permitido subir a la cima.

Me pregunté cómo se habría enterado de mi visita, ya que no tenía cita con él, pero recordé un detalle en el que me había fijado al subir y lo comprendí.

—Lo sabe por los ojos dibujados en las paredes de la escalera,

¿verdad?

Gritti asintió y cerró con rapidez uno de los libros que tenía encima del escritorio.

Imaginé que se trataba de alguno que todavía no me estaba permitido consultar.

—Muy lista. No molesta en absoluto, estábamos en plena preparación de la Noche de Polaris. ¿Sabe qué es?

—¿Un acontecimiento astronómico? —Intenté adivinar, clavando la vista en el hombre que nunca se separaba de Gritti en busca de alguna pista. El acompañante permaneció impasible.

Gritti me dedicó una de esas miradas comprensivas con las que se reciben las apremiantes preguntas de un niño, y cuando movió la mano pensé que iba a levantarse para hacerme una caricia de consuelo; en lugar de ello, cogió una de las octavillas de la velada que yo ya había ojeado y señaló la silueta negra, casi invisible sobre el fondo azul, de dos figuras abismadas en un baile perpetuo que giraban sin salirse de los límites de la página.

—¿Es una fiesta? —pregunté, sin reprimir mi entusiasmo.

Mi destreza en el baile apenas podría calificarse de pasable, pero es sabido que la mejor parte de una velada de ese tipo consiste en encontrar el vestido perfecto.

Gritti se colocó el trozo de pañuelo que le sobresalía del bolsillo del traje.

—No en vano estamos en la grandiosa Venecia, si bien muy lejos de los fastos de antaño… ¡Qué descortés soy! Señorita Valmori, este es Aurelio Mora, mi mano izquierda, ya que se encarga de hacer todo el trabajo sucio por mí. —Dejó que se instalara cierto aire de misterio sobre su invitado para luego estallar en una de sus estruendosas carcajadas—. Se asegura de que los estudiantes no se alejen de las celdas de la Cúpula y de muchas cosas más.

Moví la cabeza en señal de asentimiento.

—Encantada.

—Vamos a ver —continuó Gritti, con un aplauso—, ¿a qué debemos su visita?

—Por favor, dígame si hay alguna forma de que pueda hablar con Lisa —solté de un tirón.

Había estado conteniendo esas palabras desde el momento en que se la entregamos a un incrédulo director Panfilio la noche anterior, que nos había mandado a la cama sin abrir la boca.

—Me temo que eso es imposible. El collar inhibidor es un artefacto muy potente. Solo quien lo ha activado puede desactivarlo —respondió Gritti frunciendo el ceño, como si no se esperase tal petición—. La señorita Lee Sun Go está encerrada en el edificio de Reclusión, la zona donde aislamos a los invitados especiales, y puedo asegurarle que estamos trabajando duro para obtener información sobre su colgante. Ahora que lo pienso, lleva aquí poco más de un mes y ya ha contribuido de manera decisiva.

Contuve una sonrisa de satisfacción mientras él seguía desarrollando sus argumentos.

—Avisamos enseguida a los vigilantes de la Hidden Society, que nos concedieron pleno arbitrio sobre el asunto. Por lo que tengo entendido, la señorita Go es culpable de haber robado un objeto muy valioso, que tal vez sea mágico. Un delito gravísimo para nosotros.

—Comprendo, pero es necesario que hable con ella, tengo que preguntarle…

«¿Por qué? ¿Dónde?». Deseaba saberlo todo tras la lenta tortura que había supuesto tener que esperar una noche entera. No había parado de dar vueltas y más vueltas en la cama ni de contemplar las constelaciones pintadas en el techo.

Entonces Mora dio un paso adelante.

—¿No ha oído al profesor? Ha dicho que no.

—Vamos, vamos —Gritti lo sujetó de la manga, pero su abrigo apenas se deformó—. La señorita Valmori tiene derecho a preguntar. —Se volvió hacia mí—. Lamento informarla de que no llevaba nada relevante encima, aunque ahora afinaremos nuestra búsqueda.

—No me cabe duda —me limité a contestar, y abandoné el despacho acalorada por la frustración.

Estaba a un paso de mis respuestas, pero en cada ocasión me parecía que se me escapaban como el humo entre los dedos, Miré el meñique que me faltaba desde hacía semanas: nunca había sentido la mano tan vacía.

* * *

En los días siguientes dispuse de mucho tiempo para sumergirme en el estudio y en mi investigación sobre los *najma*, y caí en la cuenta de cuánto había echado de menos seguir un plan metódico. En los meses que dediqué a recuperarme tras mi desaparición, la rutina fue mi salvación. El oscuro vórtice de recuerdos perdidos era un espacio vacío que se cernía sobre mí, sin orden ni dirección en la que moverme. Durante semanas permanecí petrificada, paralizada por la incapacidad de dar un solo paso. Ansiaba dejar atrás la oscuridad, pero no veía ninguna luz. Pasé días sepultada bajo mis temores hasta que me empujaron a seguir adelante y me recordaron que, cuando el horizonte sofoca toda luz, hay que aprender a caminar en la oscuridad.

Lo había logrado a tientas, de forma cada vez más sistemática. Me levantaba a la misma hora, salía a caminar, a correr cuando las fuerzas me lo permitían. Comía todo aquello que encontraba en un recetario de alimentos saludables y bebía a menudo. Por la noche dormía abrazada a mi gato, Patroclo. Era como si hubiera seguido un manual básico para enfrentarme a cada día y, sin darme cuenta, al final acabase encontrando la luz. Tímida y tenue, pero ganada tras un largo camino.

Así que aquellos días empecé a vivir la Academia como el resto de estudiantes y, aunque con frecuencia me topaba con miradas curiosas o recelosas, la compañía de mis nuevos amigos me hacía

sentir en casa. Bianca se dedicaba a tiempo completo a las estrellas, y siempre estaba en la Cúpula, deambulando entre los telescopios y las celdas de lectura, donde más de una vez la había visto quedarse dormida. Leo me explicó que perder el *marbiri* era como perder un miembro.

—Sin ánimo de ofender —añadió.

No me sentí ofendida, aunque pensé que la comparación no llegaba a transmitir lo que eso suponía. Cuantos más días pasaban, más diferencias percibía entre mi experiencia y la de Bianca. Yo había estado disgustada y enfadada por el robo del colgante; ella estaba desesperada. Veía en ella a la chica que habían encontrado en los canales sin memoria. Imaginaba que tal vez perder un *marbiri* equivalía a eso, a una hondonada donde nadie podía asomarse, una herida tan oculta que no podía curarse.

Bianca ni siquiera reaccionó cuando Jacopo se quemó un codo en la Fragua, cuando normalmente habría sido la primera en reírse a hurtadillas. Y, entre tanto, ella y Leo seguían intercambiando miradas calladas que día tras día resultaban más dolorosas.

Una tarde no me contuve y me acerqué a Leo con la excusa de recuperar unas tenazas.

—¿Puedo preguntarte qué pasa entre Bianca y tú? —lo interrogué, apoyándome en la mesa.

Apenas despegó los ojos de la piedra que pulía, pasando con cuidado un fino cepillo entre las grietas.

—Te habrás fijado en que ya no fabrico artefactos —susurró, como una sombra del mago extrovertido que conocía.

Pero no me hizo sentir incómoda, todo lo contrario. Tras mi desaparición, había notado que me costaba tratar con el lado más alegre de la gente, el que rebosaba entusiasmo y buen humor. Había acabado sintiéndome más a gusto con su lado oscuro.

—Ignoro cuál es el plazo medio para la creación de artefactos; creía que solo realizabas otras tareas.

—¿Te han dicho alguna vez que mientes fatal? —dijo Leo, observando la piedra con una lente de aumento.

—Nunca.

Conseguí arrancarle un suspiro que se acercaba a una carcajada y unos segundos de atención.

—¿Te ha pedido Bianca que le arregles el *marbiri*? —aventuré.

—Era el chal de su abuela, y Bianca no tolera que otros lo toquen. Debería hacerlo, pero… —Se tocó la mejilla—. La cicatriz todavía quema. Arde tanto que me bloquea las manos cada vez que intento repetir los sencillos gestos que conozco desde siempre. Apenas puedo hacer un marcapáginas, y un *marbiri…* Cuando los artífices fabricamos un artefacto imprimimos en su interior parte de nuestra esencia. Y la mía, por el momento, está rota. Sé que es un estúpido bloqueo psicológico, pero no puedo hacerlo. —Cerró los dedos sobre su piel arrugada—. Bianca no me está presionando, pero verla así me parte el corazón.

—Los bloqueos no son estúpidos, y hacerlos estallar no es la solución —fue todo lo que pude decir, sabiendo que no bastaría para consolar a Leo.

En cualquier caso, le propuse que me ayudara a identificar el poder de la pulsera de piedra pómez que me había regalado Domiziana.

Mover las manos lo distrajo de su melancolía, y yo lo miré atontada. En cuanto me quité la pulsera, de pronto me sentí más vacía. Tal vez, después de todo, el regalo ocupaba un trocito del espacio que había dejado libre el colgante y, sin saberlo, había depositado en su porosa piedra parte de mis esperanzas y temores de aquellos días en Seledia.

Leo colocó la pulsera dentro de un instrumento que parecía una lira sin cuerdas. Era una estructura con dos brazos de hierro atravesada por una fuerza muda que la mantenía en equilibrio, haciéndola flotar, para que pudiera analizarla. Movía los dedos y el aro se desplazaba al mismo tiempo y rotaba en todas direcciones, ralentizándose bajo su atenta mirada. El examen fue más escrupuloso de lo que imaginaba. Leo vertió una docena de reactivos sobre la piedra, todos dosificados con un cuentagotas, y registró la

respuesta de los poros a las distintas sustancias. También arrojó encima un puñado de polvo de estrellas iluminado con litio, a lo que la pulsera respondió con una exhalación de vapor.

—Es un simple canalizador —concluyó por fin, levantándose las galas de trabajo entre los rizos rubios—. Mis padres me hacían llevar uno cuando era pequeño. Sirven para dosificar el poder que posees y para evitar que… explote. ¿Dónde lo conseguiste?

—Me lo regaló *magistra* Falier, mi madrina —respondí, confusa ante su deducción.

—Imagino que quería protegerte —sugirió él, sacando la pulsera del instrumento para ayudarme a colocármela en la muñeca.

La giré sobre el puño de la camisa, pensativa. Tal vez, pasito a paso, Domiziana procuraba guiarme para que sacara lo que llevaba dentro, de una manera no muy distinta a como me guiaba Gritti. Quizás en los primeros días en Seledia esperaba sentirme invadida de nuevo por la apabullante energía que había derramado en el callejón y había ido demasiado deprisa, sin obtener ningún resultado. Tal vez tenía que dosificar mis pasos.

Le di las gracias a Leo y me quedé hasta tarde tomando apuntes sobre metalurgia.

* * *

Me desperté cuando el alba acababa de posarse en el horizonte, y la luna, aún en el cielo, iluminaba la noche con su resplandor lechoso. Había aprendido a no dejarme absorber por las sábanas, al menos no las mañanas en las que me sentía pletórica de energía. Reuní toda la que tenía y me dirigí al Gimnasio, la pequeña isla donde los estudiantes podían liberarse de la tensión acumulada por las horas pasadas en la biblioteca.

Era un edificio bajo y rectangular, dividido en varias alas que albergaban un gimnasio, una sala de armas blancas, una gran

piscina termal y quizás más cosas que todavía no había explorado. En el pasillo reinaba el silencio. Los farolillos flotantes se encendían a mi paso, desvelando estatuas en poses que resaltaban físicos bien proporcionados, fastidiosamente similares al de Ismael. Alejé ese pensamiento mientras me acercaba al vestuario, y me fijé en que en una dependencia posterior las luces estaban encendidas. Pero no importaba, estaría poco tiempo. Mi intención era estirar los músculos con ejercicios de calentamiento y tal vez darme un baño. Me cambié deprisa en el vestuario: la Academia también me había proporcionado un uniforme de deporte que consistía en un pantalón azul ajustado y una túnica corta de color perla que me até a la cintura con una banda. Recordaba un poco al atuendo de un monje oriental o al de un luchador de artes marciales, y me sentí indigna de llevarlo. Me recogí el pelo en una coleta alta y busqué un cuarto libre.

Me dirigí al del fondo, pero al pasar junto a la puerta iluminada vi una figura que luchaba con un maniquí. Me mostraba la espalda desnuda, y su túnica descansaba en el banco junto a la pared. Alzó el brazo vendado y giró la muñeca, con los dedos doblados, como si estuviera desenroscando una tapa invisible sobre su cabeza. A modo de respuesta, el maniquí giró sobre sí y empezó a sacudirse, encontrándose con un brazo en lugar de una pantorrilla y una mano pegada a su oreja. Se balanceó, inestable, y acabó arrodillado, desprovisto de equilibrio por la ruptura de su armazón metálica.

—Genial, te aprovechas de los más débiles —bromeé, apoyándome en la puerta para observar a Ismael.

Habría reconocido su espalda aunque se hubieran apagado las luces de los faroles. Noté con alivio que la mayoría de las heridas habían desaparecido y solo el brazo parecía estar aún en vías de curación. Él se lo tocó en cuanto me descubrió y se lo apretó como para asegurarse de que el vendaje estaba bien sujeto.

—Siento que aún arrastres las secuelas de la pelea en el Ojo. —No lo explicité, pero mi tono daba a entender que había sido culpa mía.

Ismael se giró y se apartó el pelo de la frente. El cansancio del entrenamiento, le había enrojecido las mejillas e hinchado las venas que surgían en su cuello, descendían por su brazo desnudo y afloraban en su vientre para desaparecer bajo el dobladillo de los pantalones.

—¿Apenas despierta, Valmori, y ya mascullando chorradas? Seguro que no es culpa tuya que una persona se cubriera de herrumbre y se volviera loca.

Apreté aún más los brazos contra el pecho.

—No mascullaba —protesté, pronunciando de forma inequívoca para ratificar mis palabras.

Plantó un pie desnudo sobre el maniquí arrodillado. Incluso por debajo de la tela del pantalón se vislumbraba la línea carnosa de los muslos, y cuando se agachó, también parte de la pantorrilla. Lo que descubrí no fue tanto la piel como la forma en que sus dedos enrollaban el dobladillo, doblándolo con precisión de sastre, con tres vueltas. Hizo lo mismo con la otra pierna y yo permanecí en silencio, mirando.

—Sigues siendo el mismo fanfarrón —intervine, con la voz demasiado aguda para sostenerle la mirada con dignidad. Así que me di la vuelta e hice ademán de marcharme.

Sus pasos se aceleraron al instante y un momento después sentí su mano en mi muñeca. Estaba aún más caliente de lo que recordaba, quizás inflamada por el entrenamiento.

—No te vayas.

—¿Por qué? —pregunté, mientras la piel de mi muñeca se estremecía con su tacto y mi mano me suplicaba que la girara para estrechar la suya. Me quedé unos segundos esperando una respuesta que se hizo de rogar.

—¿Hay algún pensamiento que te atormenta, Valmori? Puedo verlo —dijo, y sentí que se desvanecía una minúscula esperanza en la que no estaba dispuesta a profundizar. Como siempre, me había leído la mente a la perfección, sin que me diera cuenta de que lo hacía.

Respiré hondo y comprendí que era inútil seguir mintiéndole.

—A lo mejor me tomó el pelo y es una tontería… —empecé.

—Valmori, habla —me aguijoneó Ismael, soltándome la muñeca para apoyarse en el quicio de la puerta.

—Lisa me susurró algo al oído antes de que se la llevaran. Dijo que mi colgante es un *najma*.

Las cejas de Ismael se curvaron con vehemencia.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—Porque es obvio que se trata de una broma, ¿no?

El tenso silencio de Ismael me hizo sacudir la cabeza con incredulidad. Entonces me di cuenta de que él también ocultaba algo.

—Sagredo, habla.

—El director me sugirió que no te lo contara hasta estar seguro, pero desde que te conoció percibe extrañas vibraciones de su *najma*, lo cual es imposible, pero…

Pero yo me ajustaba a muchos de los puntos de la definición de lo imposible. Sin embargo, existía.

—Como ya te he dicho, eres un inmenso incordio, *talayi*. Sea o no cierto, el director Panfilio me ha encomendado que te enseñe los fundamentos de defensa, en vista de que en tu corta carrera como pseudomaga pareces haber conseguido atraer más peligro del normal —dijo, invitándome a seguirlo a la sala.

Miró a su alrededor y chasqueó los dedos.

De súbito, los faroles se apagaron y mis ojos se resintieron por el cambio de luz. Parpadeé y me di cuenta de que había amanecido por el este, y que la estancia se llenaba de una luz fría que me recordó el brillo de las estrellas.

—Lo haré solo porque quiero robarte el título de favorito del director —acepté, siguiéndole. Avancé por la sala, atisbando la laguna más allá de las ventanas.

La ausencia de una carcajada como respuesta pesó sobre el edificio desierto.

—Hoy utilizarás estas placas ralentizadas —habló al cabo,

tomando de una repisa un montón de discos de resina que me mostró por los dos lados. Parecían discos de algodón con una textura sólida—. Tienes que lanzárselos a tu adversario para obligarlo a detenerse, pero debes apuntar bien porque la placa tiene una acción muy limitada. Puede parar una pierna o un brazo; arrojarla al torso no suele surtir efecto.

—Apuntar a las extremidades, vale —resumí, cogiendo los discos para probar su peso y aerodinámica.

Ismael me condujo hasta el centro de la sala, desplazando el maniquí a un lado.

—¿Y con quién voy a practicar? —pregunté.

—¡Vaya pregunta más superflua! —respondió, deteniéndose a unos diez metros de mí, plantando los pies en línea con los míos y enderezando los hombros. No se me escapó una mueca de dolor, pero aun así su figura erguida infundía temor. Señaló el espacio que nos separaba—. Son diez pasos, Valmori, me acercaré uno cada vez. Tendrás diez intentos para mantenerme lejos.

—No creía que los magos os peleaseis entre vosotros —dije, dando vueltas al primer disco.

—En general, somos gente civilizada y nuestras peleas se limitan a discusiones culturales, pero, como habrás visto, también tenemos que defendernos. Dado que la magia no nos ha dotado de garras ni de colmillos, debemos recurrir al ingenio. —Se tocó una sien y dio el primer paso—. Uno.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal y me apresuré a lanzar la primera placa como si fuera un pequeño *frisbee* plano. El disco se desvió a un lado y acabó pegado en la ventana.

—Casi —se burló Ismael, avanzando otro paso.

Retrocedí, movida por el instinto, e Ismael chasqueó la lengua, desaprobando mi defensa con aire divertido.

—Eso es trampa, pero, al fin y al cabo, ¿por qué me sorprende?

Lo fulminé con una mirada de irritación. ¿De verdad tenía que echarme en cara esa historia todo el tiempo, aunque conociera las razones de mis actos? Lancé el segundo disco con rabia. Voló por

encima de su cabeza.

—Recuérdame por qué tengo que pedirte ayuda a ti precisamente —pregunté, agarrando el siguiente plato con el índice y el pulgar, haciéndolo girar entre las yemas de los dedos para calcular bien su peso.

—Porque soy el mejor mago que conoces —dijo, mientras uno de mis discos pasaba cerca de su brazo herido y avanzaba más—. Y también el más fascinante —añadió, pasándose una mano por el pelo—. Porque soy uno de los más jóvenes *magister* de la historia —continuó, pisando el disco que aterrizó frente a él—. Y porque, Valmori, esa historia del *najma* es más peligrosa de lo que crees.

Me bloqueé justo antes de lanzar el quinto disco.

Ya casi había reducido a la mitad la distancia que nos separaba y podía ver mejor su expresión. La ironía había desaparecido para dar paso a la preocupación.

—Explícate mejor —lo animé cuando lo tuve a tiro.

Ismael abrió los brazos como para subrayar algo evidente.

—Lo habrás visto en el despacho de Panfilio. El poder de un *najma* es casi ilimitado. Es una fuerza primordial, poderosísima, pero como todas las fuerzas debe someterse a equilibrio. Cada acto mágico que realizamos sigue una ley de orden superior. Las cuatro artes, como habrás adivinado, son un ciclo que arranca con la recogida del polvo de estrellas y concluye cuando lo liberamos, para volver a reanudarse una y otra vez. Si te acuerdas, en el enfrentamiento que tuvimos Jacopo y yo en el Laboratorio utilizamos una fuente material para transmutar nuestra piel. No se puede conjurar metal o caucho de la nada. Del mismo modo, los *najma* exigen un precio por toda su magia.

Seguí el discurso con atención y recuperé en mi mente los diversos episodios que citaba, comprendiendo la lógica que había detrás del equilibrio de la magia.

—De acuerdo. ¿Y cuál es el problema si los *najma* también obedecen a la misma ley?

Ismael esbozó una sonrisa mordaz, como si se esperase esa

pregunta.

—Porque son los *najma* los que deciden el precio a pagar por su magia. Cada vez que se utilizan generan una reacción aleatoria. Su magia es caos en estado puro.

La explicación se me clavó como un dardo, y volví a sentir la silueta fantasmal de mi colgante. ¿Sería de verdad un *najma*? Si lo era, durante meses había ejercido un poder ilimitado sin saberlo. Y si lo era, me lo habían robado.

—Con más razón entonces, si mi colgante fuera uno de los *najtna* perdidos, deberíamos encontrarlo.

Ismael ladeó la cabeza, visiblemente asombrado por mi concreción.

—Estoy de acuerdo. —Y dio otro paso adelante, que resonó con fuerza en la alfombrilla de goma—. Razón de más para aprender a defenderse.

Sonreí y le lancé el sexto disco, que le rozó la oreja, pero no se adhirió. Tragué saliva. Estaba cada vez más cerca. No eran solo sus ojos los que me advertían de que la distancia se reducía; estaba tan tensa que me parecía sentir el latido de su corazón bombeando sangre y el calor de su cuerpo.

Retrocedí de nuevo, y ese gesto lo hizo reaccionar.

Me lancé hacia atrás, pero encontré la pared a mi espalda.

Arrojé los dos últimos discos que me quedaban y esta vez di en el blanco con ambos. Uno aterrizó en su hombro derecho y el otro lo golpeó en el muslo izquierdo.

—¡Te tengo! —exclamé triunfante, mirándole a los ojos, esperando ver cómo se quedaba bloqueado en su sitio a un brazo de distancia. En lugar de eso, se precipitó hacia mí.

No fue una caída; me abordó con un control total. Sus pies se quedaron a un milímetro de los míos. Apoyó los antebrazos en mi cabeza y se inclinó lo suficiente para susurrarme al oído:

—Te tengo.

Sentí la caricia de su pelo sobre mi piel y el aliento de su respiración convirtió mi mejilla en un campo ardiente que no

deseaba nada más que oírlo hablar de nuevo. Su voz, sus dos palabras, resonaban en mi interior como si hubieran conseguido borrar cualquier otro pensamiento. Solo quedaba espacio para el denso eco de esas breves sílabas.

Noté que un dedo recorría mi cuello y desplazaba con suavidad los mechones que se me habían escapado de la coleta, como si quisiera asegurarse de que estaba presentable. Pero yo ni siquiera estaba segura de poder moverme. Porque, en ese momento, lo sabía, si hubiera levantado un solo dedo, sería para tocarlo, para rodear sus caderas y atraerlo hacia mí. Quería sentir encima el peso de su cuerpo perfecto.

Por suerte, él fue el primero en separarse, liberándome de la agonía del deseo. Se retiró unos pasos y se quitó las placas de encima muy despacio, con expresión de perplejidad.

—No han funcionado —explicó.

Cerré los dedos para hacerlos sentir que su lugar estaba en mi puño, muy cerca de mi cuerpo, quizás en torno a una pluma u otros instrumentos de trabajo, pero no sobre Ismael Sagredo.

—Entonces, esta vez has sido tú el que ha hecho trampas —comenté, y en ese momento sí que mascullé.

—Pues no parece que te haya disgustado —replicó, frunciendo los labios y dedicándome un gesto altivo antes de desaparecer por la puerta.

CAPÍTULO 18



Tuve que esperar dos noches para que la niebla otoñal se arrastrara entre los islotes del archipiélago y me permitiera acercarme sin ser vista al edificio de Reclusión. Vestida con la ropa más cómoda que tenía, crucé el puente con decisión y salté el parapeto para colarme en el espeso jardín que rodeaba la zona. Era un edificio sencillo y bajo, con pequeñas ventanas redondas. Aun así, en la ciudad habría destacado por el refinamiento de sus fachadas, pero allí, en Seledia, resultaba uno de los más anodinos y, como constaté al recorrerlo, con un diseño más intuitivo. Tal vez estaba pensado para conceder pocas vías de escape a aquellos que alojaba. Y pocas vías de entrada para mí.

Había sobornado a Leo llevándole a su cuarto una variedad de aperitivos para que me explicara cómo entrar en Reclusión. En cada uno de mis intentos, él insistía en lo descabellado de mi idea, además de dejarme claro que no quería verse involucrado. Al fin, un paquete de bizcochos venecianos artesanales acabó de convencerlo. Siempre que no hubiera riesgo de expulsión, Leo no temía apuntarse a la aventura y a quebrantar alguna de las normas de la Academia, pero, en este caso, opinaba que ese sería mi destino si me pillaban.

Sin embargo, yo deseaba hablar con Lisa desde el mismo día que la llevamos a Seledia. Pensé que no tardarían en concederme una audiencia con ella, pero tal reunión nunca se produjo. Estaba convencida de que debía haber alguna manera de burlar al collar que la obligaba a guardar silencio sobre cualquier cuestión relacionada con el paradero del colgante. No podíamos haber invertido tanto esfuerzo para nada.

Me escabullí hasta la parte trasera de Reclusión y allí encontré, tal y como me había anticipado Leo, una columnata con un sofá de dos plazas equipado con unas elaboradas cachimbas de cristal. El vapor burbujeaba en el interior de los recipientes y salía a bocanadas de tanto en tanto, difundiendo una ligera fragancia a tabaco. Alguien debía de haberlos usado hacía poco, o planeaba hacerlo. Inspiré, con cierto pesar por la acción que me disponía a llevar a cabo, y un minuto después tiré una de las cachimbas al suelo.

El cristal se hizo añicos y el estruendo resonó bajo la columnata. Me oculté en las sombras, detrás del sofá, y esperé con el corazón en un puño. Instantes más tarde, dos magos salieron por la puerta trasera y se precipitaron hacia el origen del ruido. No miré atrás, aproveché y me adentré en el edificio.

Daba la impresión de ser una versión algo más austera del resto de la Academia, similar en la estructura, pero desprovista de cualquier adorno de los que se encontraban en ella a cada paso. Mi corazón galopaba con furia y me instaba a correr hacia el final del pasillo, mientras que mi lado más racional me obligaba a caminar sin prisas para no llamar la atención. Los magos no debían temer incursiones frecuentes, pues no me topé con nadie patrullando los pasillos y entré rauda.

Liberé de la cartera mi farolillo flotante, que bailoteó como aturdido a causa del cautiverio entre libros, frascos de tinta y la pluma que Lisa había introducido en el elástico de mi falda en el Festival de la Media Luna. Por desgracia, no tenía tiempo de reactivarlo con calma. Lo agarré por el pequeño remate de metal y

lo conduje con el fin de inspeccionar las puertas que daban a los pasillos, sintiendo cómo la sangre retumbaba en mis oídos hasta el extremo de ensordecerme.

También las puertas interiores disponían de una ventanita redonda por la que se veían estancias que bien podían ser dormitorios. Aquello parecía cualquier cosa menos una prisión. Descubrí a una mujer de unos cuarenta años acurrucada en un sillón, concentrada en hacer ganchillo y, un poco más adelante, a un joven que escuchaba música en un gramófono. Seguí deteniéndome frente a cada puerta para echar un vistazo por los ojos de buey, con cuidado de que los internos no se percataran de mi presencia. La mayoría de las estancias estaban vacías. Cuando me asomé a la penúltima, me quedé de piedra.

El ruginoso estaba tumbado en la cama. El ser que nos había atacado en el Ojo de la Náyade yacía tendido sobre unas almohadas, con una mano doblada sobre la frente y el pecho desnudo y cubierto de cicatrices rojas. Era como si sus arterias hubieran decidido salir a la superficie de su piel y dibujar en ella una intrincada telaraña escarlata. Me estremecí. Tenía un aspecto monstruoso, y eso bastaba para volverlo terrorífico, pero además su expresión era de furia, como si estuviera enfadado con el techo que miraba. Me disponía a marcharme cuando lo sacudió un violento temblor y lanzó un alarido de dolor.

Salí corriendo antes de que el sonido atrajese a los magos de guardia y doblé la esquina para acabar prácticamente frente a la puerta tras la cual estaba Lisa. El golpe de mi hombro contra la madera acaparó su atención. Un minuto después nos observábamos, a sendos lados del cristal.

Miré a mi alrededor. Había acabado en un pasillo más pequeño, con cuartos solo en uno de los lados de las paredes, que finalizaba en un ventanal que ocupaba casi la totalidad del muro, pero sin tirador para abrirlo. Traté de no pensar en el hecho de que estaba atrapada y me concentré en Lisa, que seguía al otro lado de la puerta.

Estaba encogida en el suelo, vestida con un jersey largo y medias de lana. Jugaba a las cartas, con la única compañía de un vaso de zumo. En comparación con la noche de la Fiesta de la Media Luna, estaba peinada. Su melena, negra y brillante, le caía por la espalda como una cascada de brea que ondeó cuando se incorporó. Al erguir la barbilla, el collar inhibidor quedó a la vista y, cerca de su ojo, una lágrima carmesí congelada en su pómulo: el rubí.

Aparté la mirada y percibí el eco lejano de su risa desde el interior del cuarto. Cuando alcé los ojos, negaba con la cabeza. Se acercó a la puerta con pasos ligeros y me señaló algo: una palanca junto al ojo de buey.

La ignoré y seguí mirando a Lisa en silencio, reviviendo la escena del baile en la terraza y comprendiendo, por enésima vez, que mis torpes confesiones sobre las pasas y sus carcajadas formaban parte de un plan para arrebatarme el colgante. Entonces deslicé el dedo en la palanca y el cristal se desplazó hacia el interior de la puerta, abriendo un orificio del tamaño de la base de una pequeña columna.

La observé con atención. Sus defectos parecían haber aflorado junto con los huesos, que sobresalían de sus mejillas y de sus muñecas, presentándome una versión demacrada de la chica que había conocido en la fiesta. Y era como si el rubí hubiera perdido su luz.

—Estas habitaciones están encantadas para inhibir la magia, ¿verdad? Si no, no te habrían dejado eso —dije, señalando el artefacto.

Lisa entrecerró los ojos.

—Sabía que eras avispada.

Me coloqué las horquillas de forma que mi cara quedase despejada para mostrarle la amargura que me causaban sus palabras.

—Aun así, no fue suficiente.

—Yo también soy avispada. Además tengo unas manos rápidas.

—¿Por qué? —le pregunté tras un largo silencio solo interrumpido por el zumbido de mi farolillo, que había empezado a girar a mi

alrededor.

—Necesitaba dinero —respondió sin vacilar ni cambiar de expresión. ¿Significaba eso que mentía? Deduje que nunca lo sabría.

—¿Dónde está ahora?

Lisa tensó el rostro y abrió la boca para responder, pero de ella no salió ningún sonido.

Por un segundo percibí que la ira y la frustración se agolpaban en sus labios, en un esfuerzo por articular al menos una palabra, pero tuvo que rendirse. Se llevó una mano al cuello y se rascó el collar, que gimió bajo sus afiladas uñas.

—¿De verdad es un *najma*? —Pregunté con un hilo de voz.

Lisa asintió.

Intenté mantener a raya los latidos de mi corazón.

—¿Por qué me lo revelas? ¿Cómo puedo estar segura de que no me mientes?

Lisa se recorrió el cuello con una uña y señaló el surco donde la arteria latía con suavidad.

—No puedes estar segura. Solo puedo decirte que no tengo ningún interés en mentirte, ya no. La persona que me encargó el robo también me obligó a atacaros en el festival. Quería que tanteara tus poderes, aunque creo que ya no te quedan muchos. Me prometió que me protegería, pero he acabado aquí. Considero que nuestro trato está roto y, de hecho, en cuanto me quiten esto —su dedo se detuvo en el collar— me vengaré y revelaré su nombre.

Sentí cómo el frío del pasillo descendía por mi espalda y un estremecimiento me recorrió de pies a cabeza. El poder de una estrella se había posado sobre mi piel y había permanecido ahí casi un año, dejando huella. Había apretado contra mi pecho uno de los artefactos más preciados del mundo mágico. Y, por absurdo que pareciera, mis estudios de los últimos días confirmaban ciertos detalles. Se habían perdido cuatro *najma*, y la energía que contenían era igual a la liberada por la fusión de una estrella. Con su poder se podía realizar lo que incluso la magia creía imposible. Por eso se les llamaba «artefactos de los deseos».

Vacilé un segundo. Odiaba los robos, los concebía como actos de pereza y de violencia al mismo tiempo. Manos que robaban a quienes habían trabajado duro para conseguir algo, sin saber siquiera qué robaban en realidad. Un objeto era más de lo que su forma o su función daban a entender. En el bachillerato me habían robado el móvil, quizás para desmontarlo y venderlo por piezas, ignorando las fotos y los mensajes que contenía. Un objeto era el eje de la vida que había nacido a su alrededor.

Pero si ese era el idioma de Lisa, conformado por intercambios y acuerdos, aprendería a hablarlo.

—¿Qué pides a cambio de tu ayuda para localizar mi colgante? —susurré, mirando a ambos lados para asegurarme de que seguía sola. En el otro pasillo se habían aplacado los gritos del ruginoso e imaginé que había sido gracias a la intervención de los magos guardianes.

—Libérame —respondió Lisa sin dudar.

Hice una mueca para expresar mi intransigencia ante su petición.

—Es evidente que no puedo liberarte, lo sabes mejor que yo. No obstante, puedo intentar negociar tu excarcelación.

No tenía ni idea de si era posible, pero Lisa estaba allí dentro porque Ismael y yo la habíamos encontrado y porque era culpable del robo de un objeto de mi propiedad. Confiaba en que mi palabra valiera algo en toda aquella historia.

—Lo que sea antes de quedarme encerrada entre estas paredes —dijo pasado un rato. La voz suplicante no era propia de ella, y me di cuenta del esfuerzo que le suponía.

—Entonces, ¿estás dispuesta a ayudarme? —repetí, intentando hablar con la chica de la terraza, si es que alguna vez había existido.

Ella asintió:

—Mientras no me largues discursos sobre las pasas…

Me sobresaltó un crujido y volví a guardar el farolillo en la cartera, junto a la pluma levitante. A oscuras, busqué el ojo de buey que daba al cuarto de Lisa.

—Dame una razón para confiar en ti —bisbiseé, consciente de

que disponía de pocos segundos. Los utilizaría para asegurarme de no volver a confiar en la persona equivocada.

Estaba a punto de dar media vuelta cuando noté que una gota tibia me caía en la palma de la mano. Sin pensar, apreté el puño y percibí el perfil liso de una piedra. No lo comprendí de inmediato, pero imaginé que se trataba de algún tipo de prenda. La apreté y cerré de nuevo la ventanilla de cristal, ordenándole que guardara silencio. Evidentemente, ella debía de haber oído el mismo ruido que yo y se retiró con sigilo.

Me pegué a la pared. Mi pecho subía y bajaba a causa de mi respiración anhelante, cada vez más débil y ahogada. Si me encontraban allí, me expulsarían y no tendría la posibilidad de convencer al director de que liberara a Lisa. Para calmarme, respiré hondo. Era normal que en un edificio tan grande hubiera ruidos. Incluso podían proceder del ala opuesta o de alguna de las celdas.

Me despegué de la pared, con la certeza de que quedarme allí no me ayudaría; mi única esperanza era volver sobre mis pasos para salir con disimulo.

En ese momento, una sombra surgió en el pasillo y sentí como se me helaba la sangre. El ruginoso me miraba con los ojos encendidos. La ira distorsionaba todavía más su rostro, y toda su furia se concentraba en mí.

—¡Tú! —Gruñó, y en su voz identifiqué algo más de humanidad de la que había demostrado en el Ojo, donde había irrumpido en la estancia como un huracán enloquecido.

—Solo soy una estudiante —afirmé.

No mentía, si bien era la estudiante que, con Ismael, lo había arrinconado y retenido mientras esperábamos la llegada de los vigilantes de la Hidden Society. Sin embargo, si me ponía en su pellejo, en vista del recinto que la Academia le había reservado, no me sentiría capaz de hacer acusaciones demasiado graves.

—¡NO! —gritó, liberando su dolor en el aire.

Su voz retumbó con la potencia de una avalancha, y entonces, aterrorizada, me aplasté contra la pared. Que al tocarme no me

hubiera reducido a cenizas no significaba que no pudiera hacerme daño de muchas otras maneras.

Un instante después, se abalanzó sobre mí. Lo esquivé y rodé de lado hacia el fondo del corredor. A esas alturas, aquel espacio se había convertido en una sucesión de clamores, y era cuestión de segundos que aparecieran los magos para comprobar qué ocurría.

Retrocedí cuando el ruginoso se estrelló contra la pared, dejando en ella un rastro escarlata de la sustancia que le cubría el cuerpo y parte de la cara. Caminé hacia atrás temblando, valorando mis opciones. Mejor dicho, mi única opción. La única vía de escape era conseguir pasar a su lado, adelantarle y correr hacia el lugar por donde había entrado. No había otro modo. Miré por encima del hombro, calculé cuánto margen me quedaba y abrí bien los ojos.

Había otra manera.

Seguí andando muy despacio hacia atrás, aunque a cada paso me sentía más próxima al desastre.

Hasta hacía poco imaginaba que los mayores peligros que podía reservarme la vida consistían en excavaciones arqueológicas en las que el sol pegaba tan fuerte que podías sufrir un golpe de calor o en los abrecartas demasiado afilados; en ningún caso en una criatura maldita por haber intentado utilizar un artefacto mágico que no le pertenecía.

Sentí que el pavor me invadía y se extendía por mi cuerpo mediante pequeñas descargas eléctricas.

Cada latido de mi corazón era un chispazo que me recorría de pies a cabeza, paralizándome. Busqué el espacio que había ocupado mi colgante y me llevé la mano abierta al pecho.

Conté mis respiraciones mientras el ruginoso recuperaba el equilibrio y se arañaba los brazos con furia, como si el dolor fuera tan intenso que deseara arrancárselos. La lucidez que me había parecido entrever en su habitación había desaparecido para dejar paso a una expresión de rabia profunda.

Tomé aire y, esta vez, traté de controlar la descarga que me atravesó. Sabía que el miedo dominaba mi cuerpo, pero mi voz

podía ser igual de poderosa, igual de eléctrica.

«Ámbar», me dije. Pronunciar mi nombre con tanta claridad en medio de aquellos pensamientos confusos me proporcionó un momento de claridad mental, y cuando el ruginoso se precipitó sobre mí, estaba preparada.

Introduje la mano libre en la cartera y aguardé hasta el último momento, hasta que la criatura estuvo a un paso. Entonces me clavé en la espalda la pluma levitante y en un segundo la gravedad me eximió de su fuerza, elevándome en el aire como si careciera de peso. Encogí las rodillas por debajo de la falda inflada, justo a tiempo para esquivar al ruginoso, que chocó con la ventana y la hizo pedazos.

Agarré la pluma, la retiré y la coloqué en la cartera. De pronto, mi cuerpo recuperó la solidez y caí al suelo, donde me agazapé entre los añicos de cristal. Tenía ante mí un hueco en la ventana y al ruginoso, que yacía en el suelo, gimiendo de dolor.

Estreché la pluma entre los dedos y, al hacerlo, sentí que también apretaba mi miedo.

Salí con cuidado, atravesando el marco roto, y, por un momento, me compadecí de la criatura y de su inmenso dolor. Pero quedarme allí para que me atraparan no ayudaría a que se recobrara. De eso tendría que ocuparse algún curandero, como Pakuna.

Hui antes de que los magos guardianes pudieran encontrarme y no me detuve hasta que llegué a mi dormitorio. Jadeante, me desplomé en la cama, mientras mi farolillo rodaba fuera de la cartera.

Todavía tenía el puño cerrado. Levanté el brazo palpitante de cansancio y abrí la palma de la mano bajo la luz. En el centro resplandecía el rubí rojo de Lisa.

CAPÍTULO 19



Habían pasado ya varios días desde que entregamos a Lisa en la Academia. Noviembre se había adueñado del cielo de la laguna; las jornadas lluviosas alternaban con mañanas que se abrían camino a paso ligero entre la bruma que cubría la superficie del agua. A aquellas horas, el archipiélago parecía suspendido sobre nubes nacaradas.

Estaba al tanto de que en ese mismo momento tenía lugar la reunión del Colegio para deliberar sobre la liberación parcial de Lisa, es decir, para permitirle permanecer en la Academia a condición de que se comprometiera a ayudarme a recuperar el colgante.

En opinión de *magister* Gritti, con quien me había detenido a hablar después de una clase de Astronomía, el collar inhibidor era suficiente prueba de la inocencia parcial de Lisa. Era imposible ponerse uno de esos collares sin colaboración.

Eliana Poluaro había certificado que se trataba de un artefacto que solamente podía retirar la persona que se lo había colocado. Por supuesto, quienquiera que lo hubiera hecho se había encargado de silenciar la información, además de la identidad del instigador del robo de mi colgante, y era casi seguro que los dos nombres

coincidían.

Abandoné Sotobóveda caminando sobre la piedra húmeda y me ceñí el cuerpo con los brazos. Había olvidado un libro de alquimia en el Laboratorio y había salido corriendo de manera precipitada de la Gran Biblioteca, olvidando la capa. Estudiaba las propiedades del latón, el material del que estaban hechos los anillos de Ismael, y necesitaba el libro para averiguar sus propiedades de transmutación. Me sorprendía que Ismael estuviera vinculado con un material de los considerados sencillos, menos eficaz que otros, aunque lo que sabía hacer con los dedos cuando movía los anillos y a sus adversarios como un titiritero era cualquier cosa menos mediocre.

El frío se me introdujo en el cuerpo y me daba la sensación de que cada vez que respiraba perdía calor. Bajé la cabeza y soplé mi aliento tibio en el cuello de la camisa, tras lo cual me permití una imaginaria sonrisa liberadora. Mis días distaban mucho de ser tranquilos, y las semanas siguientes quizás serían peores, pero no lograba desprenderme de la sensación de estar donde deseaba.

Un par de zapatos de cuero me bloquearon el paso. Me abracé con más fuerza. Ismael Sagredo no me daba tregua. Había aceptado colaborar conmigo en la investigación a cambio de que mejorase mi forma física, además, por supuesto, de continuar con mi aprendizaje de las artes, que seguía estudiando de manera más teórica que otra cosa. Me había impuesto un programa de entrenamiento destinado a recuperar los fundamentos de la respiración que había desarrollado corriendo, y me obligaba a hacer al menos treinta largos en la piscina cada día. En todo aquel tiempo con él, sin embargo, no había tenido ocasión de hablarle de Lisa, salvo para mantenerlo informado de los avances de su liberación. Todo indicaba que mi incursión en el islote de Reclusión había pasado desapercibida y nadie sabía que tenía su rubí. De cuando en cuando me sorprendía pensando en el vínculo que unía a Ismael y a Lisa, y me preguntaba qué hilos lo urdían. A mi modo de ver, era evidente que la despreciaba, pero eso no excluía otros matices que no saltaban a la vista. ¡Quién mejor que yo para saberlo! En ese momento estaba ante mí y no tenía ni

idea de cómo enfrentarme a él.

—Mírame a la cara, hija de Mérope.

Me estremecí. No era la voz de Ismael, sino la de Jacopo Altieri, que me señalaba apuntándome con su anillo de diamantes y las maneras de alguien a punto de librarse de un gran peso.

—¿Sabes que por tu culpa están a punto de soltar a Lee Sun?

Sus palabras me cogieron por sorpresa y tuve que alzar los ojos y analizar su expresión furiosa para darme cuenta de que no bromeaba.

—Solo busco la verdad —fue todo lo que pude responder antes de intentar dejarlo atrás. Quería quitarme de encima su mirada malvada y el frío, porque me estaba congelando.

—¿Quieres la verdad? Sun por fin estaba recibiendo su merecido, después de años, y tú la sueltas para cumplir tus propósitos.

Sus palabras eran como ramas cortantes, y yo suponía que hundían sus raíces en algún hecho del pasado del que Lisa probablemente era culpable.

—¿Qué ocurrió entre vosotros? —pregunté, valorando si reexaminar mi cercanía con Lisa, lo que complicaría mi búsqueda. El rostro de Jacopo, sin embargo, estaba tan tenso y sus ojos tan abiertos que temí que lo sucedido fuera algo terrible.

Se limitó a negar con la cabeza.

—No es asunto tuyo. Te bastará con saber que, si queda libre, será solo culpa tuya. Seledia era un lugar seguro antes de que llegaras, y ahora tenemos una ladrona, un ruginoso y… —Dejó la frase en el aire, pero agitó la lana de la capa y descubrió su cinturón de cuero. Además de una serie de frascos y pequeños bolsillos, llevaba una pequeña bolsa colgada de una anilla. Sobre la tela se leía la palabra «litio».

Palidecí y sentí como si se me derritieran las rodillas.

—No entiendo qué quieres decir —dije, intentando parecer firme.

—Yo tampoco lo entendía del todo, pero me encontré esta bolsita en Sotobóveda, donde Ismael y tú acostumbráis a esconderos. El litio es de uso común en Seledia, pero esta no es la típica bolsa del

suministro educativo. Me pregunto por qué estaba allí.

Hundí las manos bajo las axilas para impedir que viera cómo me temblaban los dedos.

—No es asunto tuyo.

Con las piernas aún vacilantes, me encaminé hacia uno de los puentes cubiertos que conducían al Laboratorio.

«No puede saberlo, no puede saberlo», fue la única frase que ocupó mi cerebro mientras caminaba. Una bolsa de litio no demostraba nada; formaba parte del equipamiento normal de los magos. Me alejé e intenté imponerme esa convicción.

Enseguida noté que mis pasos se tornaban pesados, como si estuviera agotada, y que a mis rodillas les costaba moverse. Ya no era el nerviosismo, sino que mis piernas estaban bloqueadas de verdad. Miré hacia mis zapatos y descubrí que la piedra del puente se había transformado en arena y que las losas formaban un sendero de granos dorados que me engullía los pies.

Intenté echar a correr, pero mi peso me empujaba todavía más hacia el fondo, hasta que mis piernas se hundieron en la arena. Forcejeé y me agarré al parapeto del puente. Esperaba que los elementos decorativos fueran lo bastante resistentes para sostenerme. Al girarme, vi a Jacopo con las manos apoyadas en el suelo y un gesto de rabia dibujada en la cara.

—¡Deja que me vaya! —le grité, mientras un par de magos echaban a correr hacia mí desde el otro lado del puente.

—¡Alto! —bramó Jacopo, dirigiéndose a ellos y a las escasas personas presentes—. Quien intervenga responderá ante mi padre.

Por lo poco que conocía a *magister* Altieri, la clemencia no era una de sus cualidades. La pareja de magos intercambió una mirada tensa.

Obviamente, entre el hijo de uno de los *magistri*, además de uno de los magos más poderosos de Venecia, y una recién llegada a Seledia, resultaba sencillo intuir por quién era más sensato tomar partido. Yo era una causa perdida, no valía la pena asumir ese riesgo.

Jacopo tomó un puñado de arena y, a partir de los granos que dejó caer, se formó una estrecha pasarela de piedra, inalcanzable para mí, pero perfecta para que él se acercara y me mirara de arriba abajo mientras yo me hundía cada vez más.

—¿Se puede saber qué te he hecho? —vociferé, agitándome para desplazar el montón de arena que me rodeaba las rodillas y los muslos. Era una lucha desigual, un esfuerzo que me hacía debatirme como una mosca en una trampa. Y Jacopo era la araña que se aproximaba lentamente.

—¡Ocupas un sitio que no te pertenece! ¡Has traído aquí a una delincuente y ahora actúas como si este lugar fuera tuyo! —gritó. Sus palabras ardían con una ira que yo no acertaba a comprender.

—De acuerdo, tal vez no sea una maga como vosotros —admití, asiéndome con más fuerza al parapeto, que era mi única tabla de salvación mientras la arena me envolvía las caderas—. ¿Por qué te molesta tanto mi presencia? ¿No consigues practicar tu magia? ¿Te estorba que esté aquí?

Él soltó una risita cruel.

—¿Sabes cómo te llama Ismael? Pseudomaga. Una pseudomaga y una semidelincuente que se pasean por la prestigiosa Academia de Seledia. Este lugar no es para vosotras. ¡Sois basura!

Sus palabras treparon por mi garganta y me estrangulaban.

—Yo solo quería estudiar magia…

Jacopo se abalanzó sobre mí y estrujó la pulsera de Domiziana.

—Borra esa palabra de tu boca. Nada mágico podrá pertenecerte jamás. —Tras decir esto, cerró los dedos hasta hacerla trizas.

Sentí un rasguño en la muñeca. La piedra se quebró y sentí una punzada dolorosa. Entonces me invadió una ola abrasadora que azotó mi piel, como una explosión de calor que, de repente, me hizo tomar conciencia de cada célula que latía en mi cuerpo, de cada gota de sangre que circulaba sin cesar. Todo ardía.

Retiré la mano del parapeto y me observé la palma, a la espera del estremecimiento entre una sacudida de dolor y otra. No se produjo. No obstante, el calor permanecía, y solo entonces me di

cuenta de que en realidad no me había hecho daño. Había sido repentino y fulgurante y había colmado mis extremidades, llegando hasta los extremos más alejados de mi nuevo centro candente. Me había reavivado.

Miré a Jacopo. Lo vi de verdad por primera vez. No solo a él, sino también su magia, que se difundía en una red de grietas tan hondas como para recortar el aire en torno a su figura. Estaba petrificado y desconcertado, y aún sostenía un trozo de mi pulsera.

Retrocedí ante la energía que emanaba de la piedra, un pozo hambriento con un fondo demasiado lejano para poner llenarlo, pero que llevaba días nutriéndose de mí, de mi calor.

Moví los pies y encontré apoyo sin dificultad alguna en los granos de arena. Era una sensación similar a la que había experimentado con los zapatos de Ismael, salvo que ahora mis pasos eran firmes y la gravedad respondía a mis órdenes. Salí de la arena, me la sacudí de los pliegues de la falda y di un paso en el aire. Sabía que lo conseguiría, porque la energía que se expandía en torno a mí era tan impetuosa que me mantenía en un caparazón capaz de ignorar hasta la más fundamental de las leyes de la física.

Jacopo alargó una mano hacia mí y la retiró de inmediato, aullando de dolor.

Sus dedos se habían enrojecido y su expresión revelaba angustia. Me agaché lo suficiente para asegurarme de que me mirase a los ojos mientras le decía:

—Creo que ya puedo pronunciar la palabra «magia».

—Tú… —Jacopo balbució como un niño al que le acabasen de quitar su juguete favorito. Un chico como él no estaba habituado a que personas como yo les arrebatásemos nada. Mi intención nunca había sido robar nada, hasta que Jacopo me atacó con su crueldad.

Estiré la mano y lo toqué. No su frente ni su pecho, que subía y bajaba con frenesí; toqué su esencia invisible, la magia que irradiaba alrededor de su rostro como una corona de grietas que fragmentaban el aire. Incliné la cabeza y me pareció entrever, entre los desgarrones, sombras en movimiento, escenas congeladas en el

tiempo. Un niño que se escondía de un relámpago. Un niño que se tapaba los ojos con las manos. Una niña que corría hacia un pasillo oscuro y gañidos que la perseguían. Hundí los dedos en las grietas y sentí cómo se resquebrajaban al tacto, se disipaban y se reducían a polvo.

Apenas podía oír los gritos de Jacopo. Todo mi ser estaba inundado de magia: la luminosa y ardiente que rebosaba de mi cuerpo y la que percibía en el ambiente. Todo era mágico. Cada grano de arena, cada columna del puente e incluso las capas de los alumnos que se amontonaban en las orillas de los islotes. En cada uno de ellos, podía ver brotar la magia alrededor, bien como una flor, bien como una cinta que ondeaba.

Entonces, una flecha dorada cruzó el aire y los eslabones de una cadena se enredaron en mi muñeca izquierda mientras un cepo de piedra me mordía el tobillo derecho, arrastrándome hacia abajo. O, mejor dicho, lo intentaba. La energía que se disipaba de mis movimientos era una explosión constante, como si pudiera prender fuego a todos los tormentos que me habían asfixiado hasta ese día: mi naturaleza demasiado humana, mi valor constantemente cuestionado, mi fuerza ni siquiera tomada en consideración… Y también a las dudas con las que yo misma me martirizaba, hasta llegar al punto de urdir el truco del litio para que me admitieran, porque lo cierto era que al final había dejado de creer en mí misma.

Por fin, respiraba.

Giré la mano y cerré los dedos sobre la cadena. Me bastó agitarla para que el movimiento se transformara en ondas cada vez más pronunciadas, que acabaron por tirar al suelo a la mujer que la sostenía por el extremo contrario: la *magistra* Torkan, la madre de Ismael. Rodó por la hierba como un ovillo de tela y a duras penas logró sentarse. La magia rugía a sus espaldas, en ondas que se extendían y se encogían, hipnóticas como el manto de un gran felino.

—Valmori, sé razonable.

La voz me llegó distorsionada, distante, tediosa.

Había sido razonable, paciente y diligente. Solo había pedido compartir la mesa con ellos. Pero muchos me habían tratado como una polizona en su isla exclusiva, indigna de sentarme en sus pupitres y de hojear sus libros.

—Pagará por ello.

La voz airada de *magister* Altieri retumbó bajo los arcos del puente, mientras apretaba el puño hasta que sus nudillos se emblanquecieron. Noté que el peso en mi tobillo me arrastraba hacia abajo, hasta hacerme tocar de nuevo los granos de arena.

La magia sobre él era un pedrusco, un disco gris que circunvolaba a su espalda y que, tras una orden, me embistió.

Apreté los dientes e intenté levantarme, volver a flotar a un paso de la tierra, apoyada en el halo de energía que seguía irradiando de mí. Incliné la cabeza hacia atrás para dejar que el oxígeno llenara mis pulmones, sintiendo cómo la combustión de la magia se repetía una y otra vez. Se me cayeron las horquillas de las sienes y mi pelo comenzó a mecerse a su antojo en el aire, movido por aquella fuerza inexplicable.

Conseguí elevarme un palmo, pero la cadena volvió a agarrarme y a arrastrarme hacia abajo. Me escabullí, pues no quería volver a estar prisionera, a sentirme minúscula e impotente.

—¡Dejadme pasar!

Una voz nítida se impuso entre el murmullo de los alumnos, e Ismael apareció en la base del puente, a la cabeza del resto de los estudiantes. Me vio y se detuvo en seco, con todos los músculos inmóviles, incluida la magia que se colocaba de manera ordenada como un tablero de ajedrez a partir de sus manos, una serie de líneas y articulaciones que encasillaban el aire.

A lo largo de mis días en Seledia había tenido tiempo para imaginar cómo sería el día en que emanase la fuerza que sabía que se ocultaba tras mi aliento.

Cada vez veía un desenlace distinto, una conversación diferente. En algunas ocasiones, me pavoneaba como si llevara puesto un vestido espléndido; en otras, Ismael me hacía cumplidos. Pero ahora

que lo tenía ante mí era incapaz de decir nada.

—Valmori…

Daba pasos cautelosos. Se agachó despacio, liberando una mano para apoyarla en el suelo. Transformó la arena en una pasarela similar a la que había creado Jacopo, solo que más frágil y tambaleante, a juzgar por cómo se balanceaba cuando la pisé.

—¿También tú has venido a decirme que me calme y que sea razonable? —pregunté. Mi voz traslucía mis sentimientos: rabia, decepción e incluso desesperación.

Ismael negó con la cabeza.

—No. Tienes derecho a estar furiosa.

Una bocanada de energía se evaporó, disipando parte de mi rabia, arrastrada por el aire húmedo y la sorpresa ante su respuesta.

—Siento haber hecho trampas, lo siento, lo siento —grité, hundiendo los dientes en el labio para intentar retener las palabras, que enseguida brotaron en forma de humo—. Pero no quiero irme. ¿Sabes por qué decidí estudiar Ciencias de la Antigüedad? Porque estoy enamorada de los misterios de la historia, de los tiempos en que hombres y mujeres se reunían para contemplar las maravillas del mundo y las adoraban hasta el punto de atribuirles un carácter divino. Ahora, el mundo es muy gris, y yo solo quería poder asistir a esa misma maravilla. —Bajé la mirada hacia Jacopo, que se había apoyado en el parapeto y me observaba con los ojos abiertos de par en par.

—No sea ridícula. —*Magister* Altieri había subido al puente. Con cada paso que daba, se formaban discos de piedra bajo sus pies, mientras llegaba a la altura de Ismael—. Está claro que es un peligro.

Sentí que el peso del cepo me arrastraba hacia abajo y que mi ira se desataba de nuevo junto con la energía que aún fluía de mi cuerpo. ¿Qué sucedería si probaba a expandirla?

Inspiré y cerré los ojos en busca de un equilibrio entre el peso en el tobillo y la sujeción de la cadena.

Contuve la respiración en el centro, junto a todas las voces de

quienes nunca me habían considerado suficiente, y luego dejé que todo saliera y abrí los ojos.

Mi energía se deslizó entre los eslabones de la cadena, obligándola a abrirse como si me liberara de los anillos de una serpiente, y se dilató alrededor del cepo, haciéndolo saltar y caer al suelo. Sentía cada hilo de magia, cada mota del polvo de estrellas posado en el archipiélago. Sabía que podría volver a convocarla.

—¿Sigo siendo una pseudomaga, Sagredo? ¿No es así como me llamas? —Busqué los ojos de Ismael—. Quizás soy algo más.

Abrí los brazos y el puente tembló. La arena se alzó y descendió para corretear en una serie de dunas que pusieron patas arriba a los magos que se encontraban allí. Las columnas se tambalearon y algunos escombros cayeron como la lluvia sobre el agua que seguía su curso imperturbable por el canal.

—¿Alguien más quiere poner en duda mi presencia aquí? —pregunté al grupo de alumnos que estaban en la orilla. Nadie abrió la boca y alguno incluso dio un paso atrás.

—En realidad eres mejor que cualquiera de nosotros. —Desde abajo me llegó la voz de Ismael. Estaba encaramado a una columna y me tendía la mano—. Eres ingeniosa y condenadamente inteligente. Lo tienes todo, y nos honraría tenerte aquí. Aunque para mí siempre serás una pseudomaga y un incordio, por supuesto. —Esbozó una sonrisa socarrona—. Pero ahora, Ámbar, por favor, vuelve aquí. —Tomó aliento y me miró a los ojos.

En ninguna de las versiones de nuestra discusión, Ismael me llamaba por mi nombre. El sonido me recorrió como una caricia y diluyó mi ira. Me agarré a su mano y el mundo se calmó.

Poco a poco, la energía vibrante se debilitó, hasta aquietarse dentro de mí. Se durmió, pero no desapareció. Estaba ahí, en mi pecho, y solo aguardaba a que respirara hondo para despertarse. La gravedad volvió a pesar en mi espalda, y el frío húmedo se apoderó de mí y agredió mi piel aún tibia. Me estremecí, e Ismael me soltó de la mano para quitarse la capa y colocármela sobre los hombros. Estaba tibia, olía a sándalo y a algo que nunca conseguía identificar,

pero que empezaba a resultarme familiar.

* * *

Me desperté por enésima vez rodeada de telas blancas e imaginé que estaba en el Festival de la Media Luna o en el Ojo, pero el olor a hierbas machacadas me recordó que me encontraba en la enfermería. Habían transcurrido siete días. Lo constataba el calendario que me habían traído Bianca y Leo en sus visitas. Me había dormido y despertado en infinidad de ocasiones, alternando momentos de vigor con otros en los que incluso mover los brazos me parecía una hazaña imposible. Las energías iban y venían, pero cada vez que regresaban las sentía con mayor intensidad. Poco a poco me estaba recuperando.

—Ámbar, cariño, tienes visita —me anunció Pakuna mientras abría parcialmente las cortinas de mi cama.

Retiré las sábanas y me levanté, me calcé las zapatillas y me alisé los pliegues del camisón. Me moría por un espejo. En aquellos días había tenido que conformarme con mi imagen reflejada en las ventanas durante la noche. Vestida de aquel modo, parecía un fantasma Victoriano que vagaba como alma en pena por su castillo, y estaba igual de pálida. Me pellizqué las mejillas y me peiné el flequillo como pude, deseando con todas mis fuerzas vislumbrar a Ismael en el pasillo entre las camas. Pero se presentó Domiziana.

—¿Decepcionada? —me saludó, cruzándose de brazos y envuelta en un cálido abrigo color crema que hacía presagiar que las temperaturas en el exterior habían descendido y el invierno estaba a las puertas.

—Sorprendida —la corregí, caminando hacia ella.

Todavía me costaba mantener el equilibrio, y más de una vez

había soñado que me devoraban las arenas movedizas. Alejé ese pensamiento e hice todo lo posible por mostrarme en buena forma ante Pakuna. Llevaba días suplicándole que me dejara salir y, tras el chequeo rutinario, su respuesta siempre había sido la misma: una mirada de tristeza que se podía traducir como «hoy no».

—¿Te parece extraño que venga a visitar a mi protegida? —Domiziana se apoyó en la barra metálica de mi cama y señaló la butaca girada hacia la gran ventana semicircular.

Me parecía extraño después de la conversación que habíamos mantenido en Sotobóveda, pero traté de evitar que la charla se agriara desde las primeras frases. Dudé más de lo debido, y Domiziana se fijó en un cubo de madera hecho con piezas engastadas que estaba sobre la mesa de noche. Un complicado objeto que, a manera de juego, desafiaba la lógica.

—Entiendo. Esperabas a otra persona.

Sentí que me ruborizaba hasta las orejas y me giré hacia la ventana para tomar asiento. Mejor hacerle creer que solo me preocupaban los rompecabezas que aparecían a mi lado cada vez que me despertaba. Sabía que era Ismael quien me los dejaba, me lo había contado Pakuna. Al parecer, me visitaba todas las noches, pero sin esperar a que me despertara. El asunto me atormentaba tanto como el hecho de que me hubiera visto la cara marcada por las arrugas de la almohada o las curiosas expresiones que ponía mientras soñaba.

—No sé de qué me hablas —mentí, y Domiziana se sentó junto a mí con un ademán algo triste.

El sol que se filtraba por la ventana me permitió verla, y lucía más cansada que la última vez. Parecía dedicar menos esfuerzo a arreglarse. Pese a ello, seguía siendo elegantísima. Se veía, quizás, más humana. Tenía los ojos hinchados, como quien ha pasado unas cuantas noches en vela, y el ceño fruncido del que no ha dormido por darle vueltas a algún asunto.

—¿Te han dicho alguna vez que mientes fatal? —me preguntó con un nudo en la garganta.

—Sí —respondí, conteniendo un atisbo de risa—. Pero no con ese aire tan trágico.

«No es solo trágico —pensé—. Es triste».

—¿Cómo van las clases en la universidad? —le pregunté, y ella me contestó con una descripción detallada del programa de Astrofísica del semestre que impartía, a partir de lo cual entendí que no tenía ganas de hablar de cómo le iba de verdad.

—Ámbar… —dijo de pronto, apretando el camafeo que llevaba colgado contra su pecho, pero Pakuna interrumpió sus palabras al hacer vibrar el cristal de una estantería que se disponía a cerrar. Enseguida pidió disculpas por el ruido.

—¿Qué ocurre? —La apremié, acercándome.

Quería que me lo contara todo, que me explicara por qué a pesar del paso del tiempo persistía el rencor entre ella y Gritti, sobre todo después de los logros profesionales cosechados por mi madrina.

—Te he traído otra pulsera que puede ayudarte a mantener a raya cualquier cosa que te perturbe —dijo, aunque tuve la sensación de que quería hablarme de algo más.

Sacó una cajita alargada del bolso.

—¿Cualquier cosa que me perturbe? —repetí, sintiendo que el aire de mi pecho se calentaba—. ¿Es una pulsera capaz de hacerme retroceder en el tiempo, hasta la noche anterior a mi desaparición, y conseguir que me despierte a la mañana siguiente en mi habitación? Porque, cuando pienso en lo que me perturba de verdad, me vienen a la cabeza los meses que me pasé encerrada en casa, sin saber lo que me sucedía. —Intentaba mantener la voz bajo control, pero cada vez que respiraba, sentía que las brasas de mi energía se avivaban.

Domiziana miró a su alrededor: la enfermería estaba desierta, salvo por Pakuna, que canturreaba mientras ordenaba un armario. Tuve la certeza de que lo hacía para concedernos un poco de privacidad.

—No existe ningún artefacto con el poder de retroceder en el tiempo; de lo contrario, lo habría utilizado hace ya mucho —comentó

Domiziana con voz cortante.

No estaba segura de si se refería a mi desaparición. Además de que estaba al comente de que era imposible hacer algo así; había sido una de las primeras preguntas que le hice a Ismael. Tan solo buscaba que le quedará claro que no aceptaría llevar un limitador de mi poder. Durante semanas me había hecho sentir una incompetente. Como si la noche en el callejón detrás del Teatro La Fenice hubiera sido solo una ilusión. Sin embargo, todo encajaba. Al liberarme de toda restricción, la magia se había manifestado. Al día siguiente, cuando me puse la pulsera de Domiziana, mis fuerzas volvieron a adormecerse.

—Qué lástima que no exista… Entonces no puedes hacer nada por mí.

Aparté la pequeña caja con la mano y Domiziana me agarró por la muñeca con firmeza.

—Ámbar, es por tu bien.

El eco de sus palabras sopló sobre las brasas y sentí prenderse las primeras llamas. Di un manotazo a la caja, que cayó al suelo, abriéndose y dejando al descubierto una fina cadena dorada del tamaño perfecto para ocupar mi pulso.

—Buen intento, pero no, gracias.

Me levanté bruscamente y me tambaleé. No era un mareo, sino el poder que se liberaba. Sentí que el dobladillo del camisón se inflaba y me acariciaba las pantorrillas. Domiziana también tuvo que notarlo, porque se echó hacia atrás, con los hombros hacia la ventana.

Retrocedí. No deseaba hacerle daño, solo demostrarle que era fuerte. Exhalé para calmar el fuego, pero la energía hormigueó por mis piernas y me envolvió, y sentí cómo mis brazos, ligeros, se alzaban, como si convocasen otro poder.

«No», pensé. Cerré los ojos y expulsé un aire tibio. Me obligué a pegar las manos a los muslos y a ralentizar el pulso, hasta que el fuego, a regañadientes, se aquietó.

Me agaché y recogí la pulsera. En cuanto entró en contacto con

mis dedos, sentí que las yemas se me entumecían y las brasas se replegaban hacia mi pecho para ocultarse bajo las cenizas por miedo a que las apagasen de nuevo. No lo permitiría. Llevaba demasiado tiempo bajo escudos que, erróneamente, llamaban protección: el de mi padre, que solía recogerme en su coche a la salida del instituto en lugar de dejarme ir andando con mis compañeros de aula; el de mi madre, que me llevaba a las clases de música y me desaconsejaba entrar en el equipo de equitación, como yo soñaba, y el de Domiziana, que me había puesto una protección en la muñeca, neutralizando la oportunidad de demostrar mis capacidades. No eran más que estrategias disimuladas para controlarme.

Cerré la tapa de la caja y se la devolví.

—Gracias, pero a partir de hoy cuidaré de mí misma.

* * *

Domiziana se había marchado sin decir palabra, y aquella misma tarde Pakuna me informó de que podía abandonar la enfermería. Me aseé en los espléndidos baños contiguos, sumergiéndome en el *jacuzzi* que parecía una pequeña piscina, rodeada de serpientes de bronce enroscadas que de tanto en tanto expulsaban agua hirviendo.

Me vestí y me dirigí a la Gran Biblioteca de Sotobóveda, añorando mi vieja gorra, Al pasar por los soportales, muchos rostros se volvieron hacia mí, y algunos susurros me persiguieron. Me esforcé en evitar descifrarlos. En los últimos meses casi había conseguido olvidarme de esa sensación, y ahora era el centro de una atención que no sabía cómo interpretar.

¿Eran miradas de admiración? Lo que había hecho en el puente me había sorprendido como al que más. Al repasar la escena, tenía la impresión de observar el enfrentamiento desde fuera, como una espectadora. No obstante, percibía el rastro del poder como una

sombra cálida a mis órdenes, una compañera silenciosa, a la espera de que la convocase. Era como sí hubiera descubierto que poseía un ojo más o, mejor dicho, un sentido más, que me permitía atisbar la energía de los que me rodeaban, y la mía propia, en todo momento.

Entré en la sala principal de Sotobóveda y el murmullo se elevó. Las voces pronunciaban mi nombre y el de Jacopo, y decidí que la mejor manera de alejarlas era fortificarme en mis pensamientos y caminar erguida, sin vacilar, hacia la parte trasera del edificio, donde las celdas más retiradas me concederían un poco de soledad.

Tenía bastantes cosas en la cabeza como para ignorar las voces de los estudiantes, aunque se pusieran a gritar. El poder que había desbloqueado no se correspondía con nada de lo que había encontrado en los manuales básicos que me habían proporcionado. Los magos utilizaban artefactos para generar su magia, transmutaban la materia si eran buenos alquimistas, pero ninguno emanaba… luz. En aquellos días me había preguntado cómo llamar a la sensación que había brotado en mi interior en el momento en que Jacopo me rompió la pulsera, y había optado por eso: luz. Sonaba mejor que las torpes observaciones con las que había intentado explicarle a Ismael que le había derretido las manos a un tipo en el callejón. Derretir, fundir, quemar, todas eran palabras que me asemejaban más a un arma que a una chica con poderes misteriosos. Yo elegiría cómo llamar a mi energía. Y luz me gustaba.

Mi farol corría por delante y chocó contra algo, una estantería, imaginé. Deduje que me habían asignado uno defectuoso, porque mientras los de los demás alumnos flotaban con elegancia alrededor de cada mago, el mío parecía una canica enloquecida que se orientaba a base de tropezar con cada obstáculo.

—¡Ay!

El quejido se produjo a unos pasos, y cuando alcé la vista me encontré frente a Ismael Sagredo. Cargaba con un par de libros en los brazos, se disponía a colocarlos en su sitio, y su farolillo iluminaba de manera eficaz los registros.

—¡Hola! —exclamé, odiando que mi voz sonara más como chillido

que como un saludo formal.

En aquellos días, Ismael no había venido a verme, al menos no cuando estaba despierta, lo que me liberó del problema de tener que saludarlo. Porque entre los muchos aspectos de mi vida que se habían complicado después del enfrentamiento en el puente, también estaba la forma en que se había dirigido a mí, llamándome por mi nombre.

«Ámbar».

Me estremecí con solo recordar el sonido en sus labios y guardé silencio, deseando volver a oírlo.

—Estás despierta —dijo con sencillez.

—No he dormido todo este tiempo —protesté y, a modo de prueba, extraje de la cartera uno de los rompecabezas que me había dejado en la mesilla.

Ismael frunció la boca para dejar escapar una risa apagada.

—Eso no demuestra nada. Cualquiera los resolvería con los ojos cerrados.

Volví a guardar el cubo con un gesto de impaciencia ante su irrefrenable arrogancia y, antes de que pudiera darme cuenta, me acerqué a él.

Las estanterías de madera envueltas en penumbra, el susurro del pergamino y el silencio compuesto del runrún que ascendía desde las salas alejadas: todo aquello me recordaba la época en que habíamos estado extremadamente unidos, y aunque para Ismael solo hubiera sido una broma, mi cuerpo tenía una memoria hecha de sensaciones, y sabía que aquella, en particular, deseaba revivirla.

Pero no podía compartirlo con claridad.

—¿Qué estás leyendo? —pregunté para justificar mi cercanía, mientras me ponía a su altura y echaba un vistazo al título del volumen que tenía en la mano. *Guía sobre el volumen prohibido: los lugares de poder en Venecia*. Torcí la cabeza para releer el título, intrigada, porque en cierto modo me sonaba familiar. Pero me concentré en su aspecto, todavía más extraño—. ¿Volumen prohibido? —Leí en voz alta, mirando a mi alrededor. Estábamos en

una sección claramente pública, donde los libros eran de libre acceso, al menos para los estudiantes.

Ismael suspiró y se limitó a decir:

—Ven conmigo.

Me condujo a la celda donde nos aislábamos para estudiar los fundamentos de la magia, y cuando lo acusé con ironía de querer esconderse conmigo, me respondió que el único motivo era su vergüenza por tener que repasar las clases de primer curso con una pseudomaga. Aquel mote, después de todo, me resultaba hasta simpático.

Nos sentamos en la alfombra y nos hicimos con unos cuantos cojines y con un par de los habituales vasos de té con menta y azúcar. Por cómo Ismael enderezó la espalda y cruzó las piernas, comprendí que estaba a punto de soltar un largo discurso.

—Hace casi un año ocurrió un episodio que quizás no recuerdes, o que no conozcas lo suficiente como para aprehender su rareza. Ocurrió una tarde de diciembre. Nos encontramos en la Biblioteca Marciana y nos peleábamos por conseguir el mejor puesto en la sala de estudio.

—Primer piso, ala oeste, última fila de mesas a la izquierda —recité sin dudar. Recordaba haberme peleado con Ismael por aquellos asientos desde casi nuestro primer año, desde que decidimos que todo lo que se nos pusiese por delante debía ser un desafío.

Ismael asintió y tomó un sorbo de té.

—Deberías saber que las bibliotecas humanas rara vez disponen de libros de los que nosotros llamamos prohibidos. Esos volúmenes contienen conocimientos que versan sobre un tipo de magia peligrosa, proscrita por la Hidden Society. La mayoría se guardan en el archivo de los vigilantes, bien protegidos, pero, por alguna razón, algunos de ellos circulan por el mundo, lo que, como comprenderás, los convierte en una amenaza.

Me pasé un dedo por los labios, pensativa.

—Siempre he pensado que ocultar información solo sirve para

alimentar la curiosidad al respecto.

—No estoy de acuerdo, y creo que podría ser un buen debate. —Sus ojos se iluminaron por un instante con una mirada de desafío que yo conocía bien—. En este caso no hablamos de libros con escenas explícitas u otras tonterías censurables para los humanos. Se trata de obras sobre rituales, hechizos complejos que crean aberraciones en el orden de la magia; ni siquiera podría decirte cuáles, ni quiero saberlo, ya que los pocos que he oído mencionar no son más que trucos para aumentar el propio poder o desarrollar fuerzas que van en contra de nuestra naturaleza. Uno de esos libros se conserva en la Biblioteca Marciana.

Fruncí el ceño, perpleja.

—¿Por qué no se lo llevaron?

Ismael respiró hondo y supe que era el momento de empezar a sorber mi té.

—La primera ley de la Hidden Society, como ya sabes, es el secreto. A lo largo de siglos de existencia hemos pasado de vivir casi en comunión con los humanos a escondernos en sus leyendas. Nos hemos convertido en cuentos, en mitos, en fábulas infantiles. Nos hemos escondido en el mejor de los lugares posibles, en su fantasía. El truco más exitoso de la Hidden Society fue optar por contarnos como un cuento para niños. Pero ¿qué sucedería si de pronto desaparecieran todos los libros de leyendas del mundo? Los humanos se preguntarían adónde habrían ido a parar y entonces sospecharían que algo se oculta en las sombras de sus ciudades.

Así que se tomó la decisión de no robar nunca ningún libro que concierna a los humanos. En sus manos, hasta el más peligroso de los tomos no pasa de ser una patraña. Para impedir que un miembro de la Hidden Society pueda acceder al conocimiento prohibido, esos libros están encantados, de modo que repelen la magia. Ninguno de nosotros puede tocarlos y, por lo que sé, es raro que alguien lo intente. Así que imaginarás mi estupor cuando, una tranquila tarde de estudio como tantas otras, tuve que frustrar el robo del libro por parte de un espectro.

—¿Un espectro? —exclamé, casi quemándome la lengua con un trago de té demasiado largo.

—Son criaturas solitarias que rara vez se inmiscuyen en los asuntos terrenales. Por eso se tiende a subestimar una peculiar habilidad suya: poseer seres humanos y ser capaces de mover sus cuerpos. Así es como un espectro intentó robar el libro, y lo habría conseguido de no ser porque… —Levantó ambas manos, como para indicar que, gracias a su intervención, el *asunto se* había solucionado. Al hacerlo, me fijé en que llevaba una pulsera de latón en la muñeca, muy parecida a sus anillos.

—Ismael S agredo, guardián de las bibliotecas —suspiré, poniendo los ojos en blanco.

Él se encogió de hombros, como diciendo que no era un título equivocado, y dio otro largo sorbo al té.

—No te he contado lo más extraño. Resulta que aquella noche estabas en medio de la pelea, y en algún momento el espectro intentó poseerte a ti también… sin conseguirlo. Lo cual no tiene precedentes, por lo que he podido ver y estudiar. —Señaló con la cabeza en dirección a la estantería donde había colocado los libros.

Un recuerdo se iluminó en mi mente. Había arrinconado aquella tarde como un episodio extravagante sucedido tras demasiadas horas de estudio. Había visto a un chico desmayado en un pasillo y a Ismael tratar de reanimarlo. No era la primera vez que detectaba a alguien necesitado de un descanso de los libros, y no sospeché nada. Aparte de eso, no recordaba nada de aquella tarde… Sacudí la cabeza, con las sienes doloridas por el esfuerzo de traer los detalles a mi memoria.

—¿Y el libro que estabas consultando? —pregunté, dirigiendo la vista a las estanterías.

—Es una guía sobre ese libro prohibido. Explica qué conocimientos contiene, pero sin enumerarlos para que no puedan ponerse en práctica. —Hizo una pausa para mirarme fijamente, con la mandíbula más tensa—. El libro de la Biblioteca Marciana indicaba lugares de Venecia donde se pueden realizar rituales muy

poderosos.

La información se asentó despacio y, de pronto, se disparó y repiqueteó en mi mente.

Cerré la mano con nerviosismo.

—¿Crees que soy resultado de un ritual?

Ismael permaneció inmóvil, con el rostro de piedra en medio de la penumbra, aunque me traspasaba con la mirada, como si quisiera resaltar el peligro que entrañaba nuestra conversación.

—Lo he pensado, sí. Y sé que el Colegio también está valorando esa opción. Jacopo ha ido con el cuento, con el respaldo de su padre. Y de mi madre.

Exhalé y me llevé la mano al pecho para expulsar todo el aire y sentir la sensación de quemazón de mis pulmones al exigir oxígeno. Por fin, los complací e inspiré.

—¿Qué va a pasar ahora?

Ismael se dio cuenta de inmediato de que algo iba mal y se arrodilló frente a mí.

—Habrá una audiencia del Colegio en la que determinarán cómo definir tu posición. —Luego me dio un pequeño golpe en la frente con dos dedos—. Piénsalo, decenas de *magistri* se reunirán para hablar de ti, imagino que siempre has soñado con algo semejante.

Mi respiración se convirtió en una carcajada entrecortada, pero claramente más tranquila, y me masajeé la frente donde me había golpeado.

—En mi sueño, esa audiencia es para concederme una condecoración, no para valorar mi expulsión.

—¿Qué cosas te tranquilizan, Ámbar?

Su voz al pronunciar mi nombre me tranquilizaba, pero no podía admitirlo. Solo provocaría su sonrisa engreída.

—Tumbarme sobre madera —dije, centrándome en la pregunta y excluyendo el resto de mis temores—. De niña solía tumbarme en la mesa del salón fingiendo ser la ilustración de un papiro. Ensayaba todo tipo de poses.

Ismael soltó la carcajada más estruendosa que le había oído

nunca. Era profunda. No sabría cómo explicarlo, pero tenía la misma densidad que el primer chocolate caliente tras meses de helado. Poseía ese calor que me habría gustado como compañía el resto del invierno.

—Acompáñame, Nefertiti —dijo, ofreciéndome la mano.

Ni siquiera hice ademán de dudar; acepté su mano y un instante después levitábamos y nos deslizábamos entre las filas de libros, hasta que llegamos a un amplio estante de madera. Ismael aterrizó en primer lugar, y yo estiré un pie vacilante, temiendo que me expulsara, como me había ocurrido delante de la estantería. Pero apoyé los pies en la madera sin problemas y me senté con las piernas cruzadas, observando la biblioteca desde lo alto.

Era como un mar de luces flotantes, un espacio olvidado entre los pasillos y la terraza del piso de arriba, que recogía los murmullos de toda Sotobóveda. Nadie nos encontraría. En aquel pliegue oculto, todos los problemas que se cernían sobre mí me parecieron lejanos, olvidables. Tuve la clara sensación de que no debíamos estar allí, lo que lo volvía aún más fascinante.

«¿Desde cuándo me fascina lo prohibido?», me pregunté, sin reconocerme. Había cambiado mucho desde mi ingreso en Seledia y, quizás, lo que más me había enseñado la Academia era a no tener miedo de mis deseos. Bianca me lo había explicado en mi primera clase de Astronomía: es indispensable tener claros los sueños para poder cumplirlos. Cuanto más fuerte sea la voluntad, más fácil será que las estrellas muestren el camino. Y yo deseaba ardientemente quedarme en Seledia, tanto que había llegado a infringir las reglas para ver realizada mi petición.

—¿Estás mejor? —La voz de Ismael me sobresaltó. Se sentó a mi lado y me observó en silencio—. Inspira y espira.

Asentí e hice lo que me dijo. Allí arriba el aire era fresco, olía a lluvia sobre el cristal. Inhalé y sentí las brasas salpicar mi centro con sus promesas de poder. Exhalé, permitiendo que se aquietaran.

Cuando Ismael me tocó la mano, me puse tensa.

—Hay algo que quiero hacer hace tiempo —confesó, provocando

que me temblaran los dedos—. Dame la mano.

Parpadeé, confusa, pero extendí la derecha.

Ismael sacudió la cabeza y desplegó la sonrisa más amable que jamás le había visto.

—La otra.

Lo miré a los ojos y moví la cabeza de manera casi imperceptible, sin entender nada. Todo había sucedido demasiado rápido. Para las estrellas, debía ser la peor chica a la hora de comprender sus deseos, porque desde el momento en que me di cuenta de que quería a Ismael, empecé a obligarme a odiarlo por cada una de sus frases. En las discusiones siempre defendía la posición contraria a la suya, y si había forma de demostrar que una de sus teorías era errónea, me empleaba a fondo. Cualquier cosa con tal de no admitir que la única que perdía era yo, porque estaba enamorada de mi rival.

—¿Confías en mí? —me preguntó, descubriendo la pulsera que llevaba en la muñeca.

—Sí —respondí de improviso, esperando que la penumbra cubriera mis mejillas repentinamente encendidas.

Me obligué a respirar otra vez y lo observé mientras se ponía manos a la obra.

Sujetó mi mano izquierda entre las suyas; una inmóvil, sosteniendo mi brazo; la otra levantada, como hacía cuando manejaba sus anillos. Muy despacio, el latón respondió a su llamada y empezó a ascender de su muñeca a la mía, y luego se extendió por la palma, hasta sellarse en la base de mi meñique ausente.

Permanecí en un silencio absoluto, sin mover ni un músculo, para permitir que Ismael se concentrara. Aquella era una de las técnicas de los artífices, que no era la especialidad de Ismael, y, por lo tanto, le exigía el triple de esfuerzo.

Con lentitud, el dedo fue tomando forma en la parte más externa de la mano, una copia del derecho, construyendo dos falanges menudas y regulares, la última más fina. La sensación resultaba indescriptible. Mi piel estaba tan caliente como si recibiera el abrazo

de un familiar al que llevaba años sin ver, fue como si recuperara un trozo de mí que había perdido dos veces, una al despertar y otra con el robo del colgante.

Cuando concluyó, abrí y cerré los dedos, y experimenté una sensación bastante parecida a la de la prótesis. La única diferencia era el tacto del latón, aún tibio por la elaboración, al que tendría que acostumbrarme.

—Me he fijado en que sueles agitar las manos cuando te pones nerviosa y he pensado que esto te ayudaría a controlar mejor tus curiosos poderes, estrafalaria pseudomaga —me explicó, con una sonrisa cansada.

La magia reclamaba su prenda. Ahora Ismael tenía la muñeca desnuda y los hombros algo encorvados, como si hubiera cargado con un peso insoportable toda la jornada.

Mi mente se quedó en blanco, incapaz de procesar tanta amabilidad por parte del mismo Ismael Sagredo que insistía en no ser mi *magister*. Todo pensamiento se silenció junto con mi respiración y, tan claro como las luces que nos rodeaban, solo podía pensar en que no deseaba otra cosa que no fuera él.

No sabría decir si fue culpa de las estrellas o simplemente de la extraña gravedad que flotaba allí arriba, pero me incliné para besarlo.

Nuestros labios se encontraron como si siempre hubieran estado destinados a hacerlo. Se buscaron antes y después de cada respiración, para anular con torpeza cualquier resquicio entre ellos. Mordí su labio inferior, lamiendo el rastro de azúcar que quedaba, y no sabría decir si fue eso o el beso lo que me infundió una descarga de energía que me recorrió y me provocó que lo desease todavía más.

Imaginaba que la mayoría de los deseos, una vez apagados, se consumían como el humo. Sin embargo, con Ismael cerca, sentía que por cada beso que saciaba mi sed de sus labios, surgía otro similar, más intenso.

Abrí la boca lo suficiente para recibir su lengua y sentirla jugar

con la mía, y luego me retiré para dejar que mis dientes se hundieran donde la piel era más suave, en un duelo no tan distinto a aquellos con los que siempre nos habíamos desafiado.

Entonces Ismael levantó una mano para recogerme el pelo detrás de la nuca y sus dedos sufrieron una sacudida.

Un gemido de dolor escapó de sus labios y retrocedió de golpe, rehuyéndome.

—¿Qué he hecho? —balbucí, tapándome la boca con la mano, como si pudiera ocultar mi deseo por seguir besándolo.

Ismael hizo un gesto que no supe interpretar y se limitó a decir que teníamos que irnos de allí. Sin pronunciar ni una palabra, me condujo de nuevo al suelo y desapareció por los pasillos.

CAPÍTULO 20



A la mañana siguiente, Ismael llamó a la puerta de mi habitación poco después de la hora de comer. Me había encerrado en el cuarto y recorría una y otra vez la escasa distancia disponible entre el escritorio y la ventana, con un par de pausas para tumbarme en la cama. Me agradaban los espacios pequeños: pensaba que se ajustaban a mi medida, controlaba sus dimensiones y me ofrecían la oportunidad de ordenar mis pensamientos. Y ese día necesitaba aclararme de una vez por todas.

Ismael venía a buscarme para asistir al veredicto de la reunión del Colegio sobre mi caso: el de una chica normal con extraños poderes a quien, con ciertas suspicacias, aceptaron como maga y que había resultado ser… algo que carecía de definición. A menos que la hubieran encontrado.

Bianca y Leo se habían unido a mí en la comida y, a lo largo de una hora, mi tormento se atenuó. Comimos sentados en el suelo, sin parar de bromear sobre las posibilidades de mis poderes. Incluso nos reímos, y ver sonreír a Bianca aplacó en parte el sentimiento de culpa que arrastraba por la pérdida de su *marbiri*.

Lo seguía llevando sobre los hombros, aunque la tela seguía

desgarrada casi por completo y solo podía sujetarla por los jirones de un extremo.

—Te esperamos en la Cúpula para celebrar tu segunda admisión en Seledia —dijo Leo, despidiéndome con un abrazo antes de desaparecer con su amiga.

Me vestí y ordené el cuarto, intentando hacer lo mismo con mis reflexiones. Tenía claro que debía reconocer mis errores, y confiaba en que esa actitud bastara para ganar el apoyo de más aliados, *magistri* convencidos de que, aunque no fuera exactamente igual que ellos, por lo menos merecía quedarme.

Una pseudomaga. El apodo se alborotó al recordar el sonido de mi nombre pronunciado por Ismael y el sabor de sus labios en lo alto de la Gran Biblioteca. El beso había sido perfecto, y aquella sensación continuó abrasándome toda la noche hasta hacerme arder al pensar en su alejamiento repentino. En vez de dormir, me pasé horas en la cama dándole vueltas y más vueltas a cómo le iba a mirar a la cara a la mañana siguiente. Y, de manera más egoísta, elucubrando por quién tomaría partido en el juicio que me esperaba. Seguro que, en calidad de mi *magister*, lo invitarían a expresar su opinión y, obviamente, él estaba al tanto de todos los movimientos en falso que yo había planeado para que me admitiesen. Si hasta antes del beso estaba convencida de que se pondría de mi parte, tal certeza se había esfumado, en vista de la distancia a la que me mantenía sin ningún tipo de explicación.

Entorpecida por la falta de descanso, golpeé la cartera que estaba encima del escritorio. Al caer, se abrió, y los cuadernos y todo su contenido se desparramaron por el suelo. La carta del tarot se deslizó con suavidad y los puntos brillantes representados emitieron un destello fugaz, como para recordarme que estaban ahí, observándome. Junto a ella, otro brillo llamó mi atención: el rubí de Lisa.

Lo agarré con firmeza. El meñique de latón que me había construido Ismael tintineó contra la lustrosa piedra y, antes de que me abrumara cualquier pensamiento, me lo pegué en la mejilla, bajo

la comisura del ojo izquierdo, como una lágrima escarlata. Lo cubrí con un mechón de pelo y miré la habitación a mis espaldas, reflejada en el espejo. Mi desmañado farolillo me esperaba en la mesilla y, por un instante, creí distinguir un asomo de tristeza entre las sombras de sus cristales.

—Volveré —le confié al objeto que me había seguido a todas partes, a las cortinas tras las que me había escondido, a la ventana desde la que había observado en silencio las agujas de Seledia, y a todo el cuarto.

Ismael iba vestido de uniforme. Sin una sola arruga, por supuesto. Parecía haber dormido aún menos que yo. El *kajal* cercaba sus ojos enrojecidos, y en su cuerpo se percibía una rigidez distinta de la que yo conocía y que lo dotaba de una elegancia natural.

Noté que la tensión entre nosotros no se había disipado, pero por la manera en que se ajustó los puños de la camisa comprendí que aquella mañana no éramos Ismael y Ámbar, sino el *magister* Sagredo y la peor alumna de Seledia.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Estaré mejor —se limitó a contestar, indicándome que me dirigiera al pasillo y luego a los soportales que ya dominaba y en los que me había sentido aceptada.

Aquella mañana tenía la impresión de ser una convicta. Cada estudiante con el que nos cruzábamos me miraba de un modo distinto: algunos con curiosidad, otros juzgándome, otros con suma desaprobación. De no haber sido capaz de ignorarlos, quizás me habría detenido ante la siguiente mirada de contrariedad para explicarme con pelos y señales.

—¿Crees que me borrarán la memoria? —le pregunté a Ismael a quemarropa.

Estaba de perfil, pero vi que esbozaba una sonrisa perspicaz.

—¿Y privarme del único testigo de mi actuación en el callejón? No todos los días se gana en un cuatro contra uno. —Era increíble la prontitud con la que discurría ese tipo de frases.

—¡Eh, que el mérito también es mío! —protesté, atusándome el

flequillo agitado por el viento. Quería presentarme ante el Colegio impecable, con tan buen aspecto como si me enfrentara a un examen.

—Vale, cuatro y medio contra uno —replicó, guiando el camino hacia la Recepción, el edificio grande, alto y estrecho que acogía a todo el que visitara formalmente Seledia. En la fachada había una serie de muelles que albergaban góndolas y pequeñas embarcaciones, los vehículos preferidos de los magos de Venecia.

—La próxima vez tendrás que darme también a mí un reloj que detenga el tiempo, y entonces ya verás —resoplé, concentrando mis nervios en dar vueltas a los botones de la capa e intentando descubrir con qué actitud poner cara de «*Magistra* dos del Consejo, no me borren la memoria, seré buena y guardaré su secreto».

—¿La próxima vez? Sabía que le estabas cogiendo el gusto.

Giré la mano izquierda y contemplé el dedo de latón; lo estiré y lo cerré sin esfuerzo.

—En serio…, ¿pueden arrebatarme la memoria y mis poderes después de todo este tiempo?

Ismael se sacudió las solapas de la capa.

—No, dejarte sin memoria y permitir que regreses a Venecia sería una locura y un peligro, como dinamita a punto de estallar. Lo más probable es que decidan estudiar tus poderes, así que puede que te encierren en Reclusión a la espera de averiguar quién eres.

Sabía que evitaba llamarme por mi nombre. Desde que había dejado tic ser Valmori y me había convertido en Ámbar, el mundo a nuestro alrededor caía en picado y parecía que ya no había más tiempo, que ya no quedaba nada del tiempo detenido en lo alto de la Gran Biblioteca.

Ismael se paró en el último soportal antes de entrar en el edificio. Podía escuchar el agua corriendo por los canales y sentía la hierba inclinándose con el empuje del viento, pero más que cualquier otra cosa, desde la ruptura de la pulsera, captaba el polvo de estrellas posado en cada trozo de piedra, en cada artefacto que los magos llevaban consigo. No obstante, a pesar de esa aguda

sensibilidad, seguía sin poder interpretar la mirada que intercambiamos.

¿Quién era el mago que tenía ante mí? ¿Mi rival, el que insistía en no tener nada que ver conmigo, o el *magister* que había encontrado la manera de burlar la prohibición de tomar libros prestados, que me había obligado a entrenarme y que no temía mi poder? ¿O bien Ismael, el chico al que había besado la víspera?

Me aparté un mechón de pelo y dejé al descubierto la lágrima de rubí.

—Hoy te necesito —confesé, buscando sus ojos y hallándolos inesperadamente vacíos, como si acabara de inhalar una fragancia que le aquietara los sentidos. Los músculos de su rostro se relajaron y asintió.

Estaba a punto de apartarme cuando la mano de Ismael subió hasta mi cuello. Sus dedos índice y corazón rozaron mi piel y luego me colocaron bien el cuello de la camisa.

—Pensaba que ibas a ser un incordio, pero has sido una alumna ejemplar, como siempre.

Sentí que mi corazón cantaba al recibir por fin un cumplido suyo. Por fin me lo había concedido, sin más, antes de conocer mi destino. Jamás me había felicitado cuando lo superaba en un examen o cuando le ganaba al obtener una beca. Su voz sonó tan dulce que resultó casi amarga.

—*Sic itur ad astra* —le recordé—. Sabías que mi camino consistía en acompañarte y en hacerlo mejor que tú allá donde fueras.

—Cuidado. —Su mano ascendió hasta mi cara y su pulgar acarició el lugar donde una vez me había dibujado una estrella de tinta—. Podría responderte que *astra inclinant, non obligant*.

El latín era una lengua viva en sus labios, porque estaba hecho para todo aquello que el resto del mundo llamaba antiguo. Solo él tenía el poder de avivarlo. Allí, entre las bóvedas dramáticas de los arcos, Ismael me parecía el legado de una época pretérita, la última escena de una novela que temía que concluyera inesperadamente al pasar la página.

Porque era tan perfecto que solo podía pertenecer a una historia, no a más. Y era verdad: las estrellas podían haberme influenciado, pero no me habían obligado a buscarle en cada aula, a desear cruzármelo en la biblioteca. Me sentía inevitablemente atraída por Ismael Sagredo, y la culpa no era de las estrellas, sino de la gravedad que se extendía entre nosotros.

Sacudí la cabeza, recordándome que el rubí debía afectarle a él, no a mí. Concentré mis fuerzas en recordar que actuaba de ese modo porque estaba bajo el influjo de la piedra, y que era yo quien lo había dispuesto así para cerciorarme de que me apoyaría ante el Colegio.

Ismael se recompuso y enderezó los hombros, pero algo había cambiado en su postura, algo tendía hacia mí, como las plantas cuando buscan el sol. Por más que intentara ocultarlo, por un instante había percibido la esperanza en sus ojos.

—No permitiré que te expulsen.

La culpa arponeó mi corazón, y quise arrancármelo de cuajo. Aquel era el apoyo que esperaba, pero lo recibía gracias a una farsa, no porque de verdad él deseara que me quedase.

—Vamos —fue lo único que dije, y me dejé guiar por un enorme vestíbulo, donde una escalinata cubierta por una alfombra azul conducía al piso superior. Bajo la bóveda estrellada del techo había estatuas que representaban los doce signos del zodiaco, y desde una gran ventana abierta se divisaban cuatro estandartes azul cobalto que ondeaban al viento.

Llegamos en silencio a la puerta de una sala con una grada de bancos de madera que se elevaba hasta el techo y recordaba a un juzgado. Dentro, se sucedían voces en un bullicio controlado. Logré identificar mi apellido. Hablaban de mí. Me esperaban. Me clavé el meñique de latón en la palma de la mano y, al entrar, apreté el puño detrás de la falda.

Las voces se acallaron y un joven larguirucho salió a mi encuentro y me pidió que lo siguiera. Intercambié una mirada con Ismael, que se separó de mí de mala gana, sin duda frenado por el

aura del rubí, que oculté enseguida tras un mechón de pelo.

Entonces sonó una campanilla en la sala; fue un sonido leve y etéreo que bastó para que se hiciera el silencio entre los presentes, sentados en un orden ceremonial. Las primeras filas las ocupaban los profesores de las cuatro artes. El director Panfilio me dedicó una sonrisa de ánimo, mientras que Altieri me fulminó con una mirada que significaba que su decisión estaba tomada. *Magistra* Poluaro hizo un gesto a la mujer que se sentaba detrás de ella, y entonces reparé en la presencia de Domiziana, pálida y espectral. Ismael se instaló en uno de los bancos más altos, junto a un hombre que supuse que era su padre: su viva imagen, pero más robusto y barbudo.

Me condujeron hacia una cátedra que parecía más el estrado del juez que el banquillo de un acusado, detrás de la cual había un ventanal abierto. El ordenanza me mandó sentarme en una silla del tamaño de un pequeño trono y la empujó, como si fuera un camarero de categoría. El ambiente que me rodeaba me concedió una pizca de seguridad. Espiré y estiré las manos casi hasta las rodillas, al menos allí abajo nadie vería cómo me destrozaba las uñas.

El primero en levantarse fue *magister* Panfilio, que captó la atención de la sala con una palmada.

—Colegas, gracias por asistir en tan gran número a esta reunión extraordinaria de nuestro Colegio. Conforme a lo previsto, el caso que hoy nos ocupa se refiere a Ámbar Valmori, que ingresó en Seledia para tratar de esclarecer sus orígenes. La conclusión a la que hemos llegado tras nuestras indagaciones es que se le practicó un ritual durante los días de su desaparición para que recibiera un *najma*.

Un escalofrío recorrió mis brazos. Ismael me había contado que los rituales estaban prohibidos, pero, a juzgar por la reacción de los asistentes, había subestimado la gravedad del asunto. La afirmación de Panfilio, de hecho, fue recibida con un rumor de incredulidad. Todos los magos de la sala parecían querer replicar. Alguien se

encomendaba a todas las constelaciones del cielo. Otros abrían pesados volúmenes. Sin embargo, todos coincidían en un punto: se trataba de una acción inadmisible. Panfilio dio dos palmadas. La segunda vez sentí que las vibraciones se propagaban de forma antinatural: el pequeño gesto producía un efecto diez veces superior al normal. Los cristales de las ventanas que tenía a mi espalda vibraron y todo el mundo guardó silencio.

—Permítame, *magister* Panfilio —intervino *magistra* Torkan, ya en pie de guerra—. Por supuesto, no podemos estar seguros, pero es imposible que un aura de este calibre pase inadvertida. Mi pregunta es: ¿cómo puede ser que usted, *magistra* Falier, no se diera cuenta de lo que ocurría? —La suspicacia de sus ojos cayó sobre Domiziana como una guadaña.

Mi madrina se levantó con un movimiento delicado y cansado. Incluso en ese estado hacía gala de su calma y de su elegancia.

—Se debe a que no la vi después de su desaparición, *magistra* Torkan. La señorita Valmori regresó a Génova; residió en mi casa hasta poco tiempo antes del ataque que sufrió. Por nuestros mutuos compromisos, no tuvimos ocasión de vernos. La primera vez que estuve cerca de ella fue durante la velada en casa de Vianoli.

«Mentira. Mentira. Mentira». Era mentira. Domiziana me había visitado en el hospital y había venido a verme a menudo a Génova. Sin embargo, cabía la posibilidad de que mintiera para protegerme. Me aferré a esa idea.

La explicación no pareció convencer a *magistra* Torkan.

—¿No percibió el aura de la magia a su alrededor?

Domiziana sonrió y se volvió hacia el fondo de la sala.

—Pensé que pertenecía a Ismael Sagredo. Ya antes de su desaparición hallaba su magia sobre ella.

—Éramos compañeros en la universidad —intervine, con la certeza de haberme sonrojado cuando la palabra resonó en la sala.

La madre de Ismael se puso lívida.

—No sabía que su percepción de la magia fuera tan pobre, *magistra* Falier.

La insinuación no hizo mella en Domiziana, que mantuvo su sutil sonrisa insinuante.

—Y yo no entiendo por qué olvidamos una de las leyes de la Hidden Society. Los humanos cuyas vidas se ven permanentemente alteradas por la magia tienen derecho a elegir su destino —declaró, pero su voz se vio superada por una avalancha de murmullos.

—Esta es nuestra Academia y aquí nos regimos por nuestras leyes, que son más antiguas que las de la Hidden Society. Nuestra propuesta es que la señorita Valmori sea declarada culpable de sus actos y, por lo tanto, encerrada en Reclusión para analizar sus poderes. Seguidamente, se procederá a borrar su memoria.

La intervención de Altieri fue acogida con tal ovación de asentimiento que Domiziana se vio obligada a sentarse, consolada tan solo por la caricia de Poluaro. Y Mahasa Torkan aprovechó la ocasión para hacerme relatar lo sucedido durante el enfrentamiento con Jacopo, qué había sentido y qué había visto.

Se desencadenó entonces una enfervorizada discusión entre los presentes, pues cada uno de ellos consideraba imprescindible su opinión, y tomaban la palabra uno tras otro, enumerando las razones por las que yo constituía un peligro para el secreto de la sociedad y una amenaza para la seguridad. Apenas me dieron la oportunidad de defenderme, de explicar que me había empeñado en resolver el misterio por el bien de todos.

—Debemos llamar a declarar a otro testigo —intervino Gritti, lanzándome una mirada cómplice—. *Magister* Sagredo, usted la ha acompañado desde su primer día en Seledia… ¿Puede aclararnos algo?

Contuve el aliento mientras Ismael se levantaba. No tenía ni idea de si el efecto del rubí funcionaría a aquella distancia, o si permanecía sobre él como una ligera pátina de euforia y falsa preocupación por mí.

—La magia causó una profunda herida en la señorita Valmori desde mucho antes de que me fuera confiada como alumna. Como todos ustedes, capté el aura que la circunda y tuve ocasión de

experimentar la extraña magia que puede conjurar. Si pretenden que les dé una respuesta, sepan que no la tengo. Ámbar Valmori es también un misterio para mí. Pero les pregunto: ¿no es eso lo que nos enorgullece hacer aquí, en Seledia? ¿No es nuestro propósito estudiar y comprender los misterios de la magia? Conocemos las formas y maneras en que el polvo de estrellas llega a nosotros desde hace cientos de años. ¿No resulta sobrecogedor y emocionante pensar que hemos logrado un punto de inflexión en nuestras artes? No tengan miedo de lo nuevo y, por una vez, dejemos de preguntarnos si esta chica puede ser peligrosa o útil para nosotros. Más bien, vamos a preguntarnos qué podemos hacer por ella.

Había hablado con voz cristalina y tono firme, pero cuando se sentó me pareció ver un gesto de dolor en su rostro. Nadie más se dio cuenta, pues todos estaban concentrados en discutir, en hablar al mismo tiempo y en debatir. Tras lo que me parecieron horas de gritos y de señalarse con el dedo para lanzarse acusaciones, Panfilio convocó la votación a mano alzada. Con treinta y un votos a favor, doce en contra y cuatro abstenciones, me declararon culpable.

Palidecí. No podía respirar ni mantenerme erguida. Me sujeté con las manos a los bordes de la silla para no caerme y respiré hondo unos segundos para no gritar.

—Señorita Valmori, tranquilícese. Lo que le ocurrirá no tiene nada que ver con su pasado. El proceso de extracción de los recuerdos mágicos no perjudicará a su memoria. Simplemente cubriremos los recuerdos mágicos con otros, para confundirlos.

Era Altieri quien hablaba. Su tono melifluo apenas ocultaba la alegría por la pequeña venganza que se había cobrado. No me había perdonado por la pelea en el puente, por lo que había pasado con Jacopo.

Mantuve la mirada baja mientras me retorcía el meñique de latón. Todavía estaba tibio y, al tocarlo, tuve la impresión de sentir los dedos de Ismael entre los míos, la solidez de sus anillos al acariciarme. Lo busqué al fondo de la sala, pero su banco estaba vacío. Se había ido. Sentí que la estancia se derrumbaba sobre mí y

que me asfixiaba. Probablemente el efecto del rubí se había evaporado y volvía a pensar con claridad. Quizás había vuelto a ser el mago que no me quería a su lado.

—¿Qué pasará con mi poder?

Altieri sonrió, complacido por mi reacción.

—Es difícil responder a eso con precisión, como ha señalado *magister* Sagredo. El suyo es un caso único, pero estoy seguro de que sabremos aislar aquello que lo desencadena y liberarla de esa carga.

«Carga». Era una carga para ellos, pero nunca aceptaría que me la arrebataran. Si no me aceptaban en Seledia, huiría.

Evidentemente, Altieri interpretó mi silencio con una rendición.

—Sabía que sería razonable, señorita Valmori. Pido un aplauso para ella.

La mayor parte de la sala obedeció, mientras yo continuaba con la vista clavada en las rodillas y los aplausos retumbaban en mi cabeza. Entrarían de nuevo en mi mente, eliminarían parte de mis recuerdos y me quedaría un poco más vacía. Sería un poco menos yo. Me mordí el labio y algo me rozó el pie. Me puse tensa y me agaché. Al abrigo de las miradas de toda la sala, un par de zapatos de piel repujada golpeteaban mis talones. Eran los zapatos de Ismael. Me esforcé por ocultar mi sorpresa. Seguía siendo mi *magister*. Y quizás algo más.

—Haga el favor de seguirme. —Altieri ya había sacado su cuarzo.

Mis brasas se incendiaron. Me habría gustado arrojar aquella piedra por la ventana; recordarles, y recordarme a mí misma, que había sido uno de ellos quien me había metido en aquel lío, y que ahora yo elegiría qué hacer con mi investigación. No un tribunal. «Un tribunal de magos arrogantes armados con objetos mágicos», recordé antes de dejarme llevar por una reacción descontrolada.

—¿Será usted quien dirija las indagaciones? —pregunté con escepticismo, mientras me descalzaba—. Preferiría que fuera Domiziana. Confío en ella.

El aire temblaba bajo las fosas nasales de Altieri, que lanzó una

mirada encendida a la *magistra* Torkan y empezó a enumerar las razones por las que Domiziana no era la persona adecuada. Ni siquiera lo escuchaba. Lo único que me importaba era que la discusión los mantuviera tan ocupados como para que me diera tiempo a ponerme los zapatos de Ismael. Deslizar los pies en ellos sería fácil, debían de ser por lo menos seis números más grandes que los míos, y por eso atarme los cordones me resultó más complicado. Cuando al fin Panfilio se acercó a mi mesa, los del zapato izquierdo seguían desatados. Por su mirada comprendí que no podía demorarme más.

—Por favor, síganos, la llevaremos a Reclusión.

Magistra Torkan señaló el rellano al otro lado de la puerta. Junto a ella estaban los otros tres profesores, mientras el resto abandonaba despacio la sala. No me arriesgué a localizar a Domiziana, por miedo a que percibieran la chispa de esperanza que me animaba.

—Señorita Valmori, no tenemos todo el día —me apremió Altieri, ganándose una mirada de rechazo del director Panfilio, quien, en cambio, mostraba una expresión abatida.

Panfilio había sido uno de los pocos en votar a favor de mi inocencia. En cualquier otra circunstancia, habría sonreído ante aquella muestra de empatía. En una circunstancia en la que no tuviera que concentrarme en la búsqueda desesperada de una pregunta lo bastante ingeniosa como para entretener a cuatro magos, unos eruditos que saciaban su sed de conocimiento en una Academia repleta de volúmenes raros sobre temas que el resto del mundo ignoraba.

—¿Por qué todo es azul? —La voz escapó de mis labios presa de un pánico absoluto—. Me refiero a los techos, las decoraciones, hasta sus capas.

Torkan frunció los labios, molesta por la pérdida de tiempo. Pero Poluaro dio un paso adelante, como si a pesar de todo considerara importante ofrecerme una respuesta.

—El azul siempre ha sido el color de la concentración, de la

calma. ¿Conoce las propiedades de los colores, señorita Valmori? El azul ayuda a relajar la mente, favorece el aprendizaje y representa el intelecto. Pero lo que usted no podía saber es que también es el color de la magia.

—¿Acaso pretendes explicarle la historia completa de Seledia? —soltó Altieri, dirigiéndose nervioso hacia la salida.

—No es necesario —dije mientras me levantaba, con los brazos petrificados y las piernas pesadas como rocas.

Me volví para dar las gracias al ordenanza y, de un salto, me encaramé al alféizar. Luego di un paso hacia el vacío. Me tiré.

CAPÍTULO 21



El primer pie se hundió en el aire dentro del zapato, que me quedaba demasiado ancho. A duras penas conseguí agarrarme a uno de los estandartes. Me enganché a la tela con los dedos sudorosos mientras pataleaba en el aire. Mi corazón latía desbocado por el terror y la excitación.

—Valmori, dame la mano.

Torkan se había asomado a la ventana y me tendía el brazo, sorprendida por mi actuación. Detrás de ella, en la sala, reinaba un gran alboroto.

Escuchaba gritos y carreras, hasta que se asomaron las primeras cabezas. Bastaría con asir aquella mano para ponerme a salvo. Me conducirían a un lugar seguro, me regañarían y, más tarde, con la operación, ese recuerdo también se evaporaría. No me estaban ofreciendo la salvación; pretendían enjaularme.

«Dominamos la gravedad», me sopló la voz de Ismael en medio de mis pensamientos, lo cual ralentizó el ímpetu de mis piernas hasta detenerlas. Inmóviles, los pies encontraron apoyo en el aire, como si se tratase de una superficie plana.

—¡Valmori! —gritó de nuevo Torkan encima de mí, estirándose

tanto que pensé que también acabaría cayéndose.

Me encogí para evitar que sus dedos intentaran atraparme y di el primer paso. No me caí, sino que empecé a correr por el cielo.

«Elegimos hacia dónde caminar».

Recorrí el archipiélago por encima de las copas de los árboles, sin pararme a valorar lo absurdo de lo que estaba ocurriendo.

Caminaba y, paso a paso, escalaba por el aire, cada vez más arriba. El sol se había abierto paso entre las nubes y me obligaba a mantener los ojos entornados, mientras el viento jugaba con mi pelo y con mi ropa. Mantenía el equilibrio sobre los pies. Sin darme cuenta, había abierto los brazos, como si fuera una funambulista. A decir verdad, aquello no tenía ninguna gracia, ya que a cada paso trastabillaba dentro de los zapatos de Ismael, sobre todo con el izquierdo. Pero caminaba en el aire, engañaba a la gravedad y le hacía creer que mi lugar estaba allá arriba. Y, lo más importante, había conseguido escapar del Colegio y de su sentencia.

Llegué al tejado de Sotobóveda, pasé entre sus agujas y me oculté a la sombra de las torres. Descarté la idea de detenerme para buscar la seguridad de la piedra bajo mis pies, porque demasiadas miradas curiosas seguían mi recorrido. Detrás de una ventana, de hecho, se había agolpado un grupo de estudiantes que no me quitaban ojo. No mostraban sorpresa, evidencia de que no era extraño ver a una persona caminar por el aire. Tal vez lo que atraía su atención era que se tratase de mí, de la recién llegada que aguardaba el mandato del Colegio. Las voces de abajo eran como un eco difuso, e imaginé que entre ellas se encontraban también las de los *magistri* que me seguían la pista. Necesitaba un lugar seguro donde aterrizar. Un plan de fuga.

Pensaba en esto al cruzar bajo un arco, cuando mi mirada se posó en la cornisa plana que rodeaba el edificio. Estaba a solo un par de metros por debajo. Podría bajar, tomar aliento y acurrucarme contra el tejado para volver a mirar el cielo solo como un horizonte. El tipo de seguridad de la que me costaba despegarme. Nunca había sido propensa al riesgo. Las metas que había alcanzado las había

planificado con meticulosidad, paso a paso, consciente siempre de dónde ponía los pies. Sabía que, si bajaba al suelo, no me atrevería a saltar de nuevo al vacío, sino que buscaría una forma de salir de allí, quizás a través de una torre. Así que levanté la barbilla y miré al frente. Tuve que taparme la cara, porque un rayo de sol se reflejó en una gran superficie de espejo. La Cúpula de Astronomía.

«Te esperamos en la Cúpula». La voz de Leo invadió mi cabeza.

Abrí los ojos de par en par, ignorando la punzada ardiente que me provocaba la luz. La Cúpula de Astronomía, abarrotada por la noche, cuando se veían las estrellas, debía de estar desierta a aquellas horas, con la excepción de mis amigos. Respiré hondo y reanudé la caminata aérea. La segunda vez no resultó tan fácil. Cometí el error de mirar hacia abajo, inquieta por divisar las siluetas de los *magistri*. En lugar de ello, solo comprobé cuánto espacio vacío había.

Las náuseas me revolvieron el estómago y me obligaron a respirar hondo mientras me impulsaba hacia delante, hasta que me encontré tan cerca de la Cúpula que me vi mi reflejo. En torno a la base del cristal había un estrecho balcón que me permitiría encaramarme sin peligro, y detrás… Leo y Blanca me señalaban, incrédulos.

Leo se protegía del sol con una mano y observaba atónito los zapatos, calculando los escasos pasos que nos separaban. Bianca se abrazaba a su estola, clavando la mirada en el agua bajo mis pies, como si pudiera ordenarle que se volviera sólida.

Me sentí aún más ligera, ya no una fugitiva, sino una visita a la que se espera. No solo escapaba de los *magistri*; estaba a punto de reunirme con mis amigos.

Me encontraba a un par de pasos de la salvación cuando oí la voz de Altieri que procedía del suelo. No logré discernir toda la frase, pero me pareció entender la palabra «barcas». Nerviosa, levanté un pie con brusquedad y se me resbaló el zapato izquierdo. Caí hacia delante. Sentí que la gravedad me arrollaba de golpe y que el aire volvía a ser simplemente un vacío insalvable a mi alrededor. Me

apoyé en el único pie que permanecía estable y me lancé hacia delante.

Aun así, empecé a caer en picado.

Entonces algo suave me rodeó la muñeca y frenó la caída. Levanté la cara para descubrir que un extremo del chal de Bianca se había pegado a mi piel, sujetándome como lo haría una mano firme. El problema era el largo desgarrón que atravesaba la tela y que se deshacía hilo a hilo. En cuestión de segundos se rasgaría del todo y me precipitaría al vacío.

Abrí los ojos aterrorizada. Bianca sostenía el extremo opuesto de la tela, tensa, como si pudiera mantener unidos los hilos, como si se los hubiera atado al cuerpo, a cada fibra de su fuerza, e intentara que no cediesen. Leo estaba pálido, con las manos aferradas a la barandilla y la cara tan contraída que su quemadura se veía enorme. Y en su mente en realidad lo era, yo lo sabía. Al igual que mi meñique me recordaba constantemente lo que me había pasado, Leo, cada vez que sentía estirarse la cicatriz, volvía a recordar el fuego. Y eso lo paralizaba. Sabía que revivir la experiencia resultaría traumático.

Sentí cómo se desgarraba otro hilo y me deslicé un poco más hacia abajo. Cerré los ojos, preparándome para la caída, que, no obstante, no se produjo.

Sobre mí, la tela empezó a repararse. Hilo a hilo, el desgarro empezó a trenzarse, se recompuso en un elegante motivo que recordaba un torbellino de gotas de lluvia. El prodigio lo estaba obrando Leo, que había agarrado el chal junto con Bianca y utilizaba su talento como artífice para arreglar su *marbiri*. Se estaba enfrentando a su miedo para salvarme.

Me mordí los labios y me limité a permanecer inmóvil durante el largo proceso. Fue agotador, ya que mi peso estiraba los jirones de tela hasta separarlos, pero por fin se unieron, se cosieron de nuevo sin un solo hilo mal colocado y consiguieron izarme hasta el balcón, aunque con algún que otro golpe por el camino.

Los tres nos lanzamos contra el cristal de la Cúpula, jadeando,

exhaustos por el esfuerzo.

Habría deseado agacharme y romper a llorar sobre la sólida piedra que me sostenía.

La gravedad era ahora solo una caricia. Había sobrevivido. Era cierto que no estaba del todo intacta. Notaba palpitaciones de dolor por los golpes en las piernas, así como el ardor en las rozaduras de la piel a lo largo del costado izquierdo. Cuando tragué saliva, el sabor metálico de la sangre en la boca me recordó que podría haber acabado mucho peor. Y cuando conseguimos recobrarnos nos abrazamos.

Con los brazos entrelazados sobre los hombros, caminamos unidos, yo a la pata coja, con un solo zapato; Leo todavía incrédulo por lo que había hecho, y Bianca con los ojos vidriosos. Nos dirigimos hacia los bancos, pero ni siquiera me dio tiempo a preguntarme cómo podría escapar de allí, pues la plataforma de piedra del centro de la Cúpula bufó a causa de la llegada de nuevos invitados.

—¿Sus padres no le enseñaron a atarse los zapatos, Valmori?

Magistra Torkan tenía la cadena enrollada en el brazo, y venía flanqueada por *magister* Altieri, que sujetaba el zapato de Ismael, y otros magos que no conocía.

No tuve ninguna oportunidad para reaccionar. Ante la perpleja mirada de mis amigos, la fina cadena dorada avanzó y se me enroscó en las muñecas, inmovilizándome los brazos.

Me ordenaron que me dejara llevar civilizadamente, aunque yo pensé que no había nada de civilizado en lo que me hacían. Pero estaba cansada y mi cuerpo ya no tenía energías para una fuga a la desesperada.

Traté de disculparme con Bianca y Leo dirigiéndoles una mirada y confié en no haberlos metido en un lío con el que no tenían nada que ver. Luego subí a la plataforma. Frente a mí vi pasar las estancias del interior de la torre, una espiral de bibliotecas y celdas de estudio que quizás olvidaría.

Antes de abandonar la Cúpula de Astronomía me desataron las

muñecas, lo que me permitió caminar sin parecer una condenada rumbo al patíbulo. Me pregunté dónde estaría Ismael. Miré las barcas amarradas en el muelle mientras ascendíamos por la inmensa escalinata que había subido de manera voluntaria tan solo unas horas antes. Intenté buscar su lancha, pero no había rastro de ella. En cambio, atisbé otra de color gris brillante, a motor. Una especie de cacofonía rompió el silencio de la Academia. El archipiélago sonaba como una enorme biblioteca al aire libre. Y ahora algo perturbaba aquel sonido.

CAPÍTULO 22



Los *magistri* se detuvieron y se volvieron para mirar hacia el vestíbulo con estupor. No estaba equivocada: aquel sonido no encajaba. Tampoco encajaban los pasos apresurados en el muelle y las tres figuras que se recortaron en la entrada.

Las dos primeras correspondían a una pareja vestida de gris. Una mujer con aspecto de amazona encabezaba la incursión, el pelo recogido en una coleta alta, andar resonante y hombros anchos sobre los que llevaba un par de espadas cruzadas. Era la mujer más imponente que había visto nunca. Las correas que le atravesaban el torso y las extremidades realzaban sus músculos, como si aflorasen bajo su uniforme gris. Era la encarnación de un caballero moderno. A su lado caminaba un muchacho que, quizás por comparación con la mujer, parecía mucho más joven y esmirriado. Vestía un uniforme similar, pero no portaba armas. Al menos, no a la vista. Porque, por la sonrisa relajada que se curvaba en su rostro afilado, adiviné que se guardaba un as en la manga. Detrás de ellos, descalzo y tenso, vi a Ismael.

—Rápido, llevadla arriba. —Altieri fue el primero en reaccionar, desnudando la manga izquierda para exhibir un macizo anillo azul. Al

azotar el aire emitió un destello de luz blanquecina, y el pasamanos de mármol tronó. La piedra empezó a desplazarse y se cerró al pie de la escalera, formando una barrera entre nosotros y los recién llegados.

—¡Dario, por favor, podemos hablarlo! —exclamó Panfilio, aferrando el libro que siempre llevaba consigo mientras los escalones temblaban a raíz del impacto.

Caí al suelo entre Torkan y Poluaro, que se miraron sin pronunciar palabra. No sabía si mantenían una conversación mental, pero tenía claro que dudaban si atacar o no.

—Si yo fuera tú, me detendría. —La voz de la guerrera me llegó mientras se izaba hasta lo alto del pasamanos.

Tanto el chico como Ismael habían desaparecido.

—Este ha sido nuestro hogar durante siglos. Tú no eres nadie para entrar aquí e imponer tu ley —gruñó Altieri, levantando la mano y ordenándole al pasamanos que se plegara para hacer que la mujer resbalara como si fuera una molesta migaja.

Ella se acuclilló y se aferró al borde de la piedra como una escaladora, sin ninguna intención de dejarse amedrentar.

—Soy Julia Divicini, vigilante de la Hidden Society. Vuestra negativa a colaborar es un delito. El mundo cambia, Altieri. Es hora de que las viejas momias lo aceptéis.

Torkan inspiró con fuerza a mi lado. Alzó la mano y la alfombra sobre la que estaba sentada cobró vida debajo de mí, enroscándose como una serpiente de cascabel controlada por notas invisibles.

Salí despedida cuando la tela se abalanzó contra la vigilante, que solo tuvo tiempo de desenvainar una espada antes de que la envolviera. Gimió cuando la alfombra apretó su mordaza, y Torkan, blandiendo su bastón, rezongó:

—El mundo cambia cuando nosotros así lo decidimos.

Retrocedí apoyándome en los codos, ascendí unos peldaños para alejarme del centro de la pelea y aproveché para esconder el rubí. *Magister* Panfilio había caído a mi lado y debía de haberse llevado un buen trompazo. Del cuello arrugado de la camisa sobresalía su

colgante. Me aseguré de que respiraba antes de volver a centrarme en el combate. Sentía vibrar el aire con la fuerza mágica liberada. La percibía sin poder aprovecharla, pero me encantaba.

Una sombra cruzó el espacio y el chico desconocido se materializó de la nada, como si hasta entonces hubiera sido aire y luz, a espaldas de los demás, para aparecer de repente detrás de Altieri. Le guiñó un ojo y se metió dentro de él, como una silueta blanca al evaporarse bajo un cuerpo al mediodía.

—Sabía que serías el más fácil de doblegar. —La voz que salió de la boca de Altieri era una versión distorsionada de la que yo conocía. Y sus ojos verdes se habían vuelto grises—. Veamos lo que puedo hacer…

—Mala elección poseer a un mago. Puedes poseer su cuerpo, pero nuestra fuerza es el conocimiento.

El murmullo de Poluaro se acompañó del chasquido metálico que hicieron sus pendientes al desengancharse. Una a una, las pequeñas esferas transparentes se soltaron del enganche y permanecieron suspendidas alrededor de la maga como copitos de escarcha congelados en el tiempo. Uno de ellos salió disparado con la fuerza de un proyectil y alcanzó a Altieri en la garganta.

El mago poseído se llevó las manos al cuello y empezó a resollar. La maga comedida que había conocido en las clases de Artificería mostraba ahora una mirada granítica.

Desde mi posición no veía a Ismael, aunque, de todos modos, mi atención estaba puesta en Julia, aplastada por la alfombra. Gemía y se lamentaba mientras su cuerpo se retorcía. No sabría decir si los sonidos que oía correspondían al estiramiento de la tela o al crujido de sus huesos, pero no iba a quedarme callada hasta averiguarlo.

—¡Detente o la matarás! —le grité a Torkan. La *magistra* no pareció oírme; en cambio, alzó el bastón y la alfombra ascendió bajo sus órdenes, elevando a la combatiente en los aires.

Me quité el zapato que conservaba y se lo lancé a Torkan, sin acertar. Pero eso bastó para distraerla, para que se diera la vuelta con el fin de descubrir qué había pasado. Al hacerlo, perdió la

concentración en la alfombra, que Julia no tardó en desgarrar con la espada. La guerrera cayó unos metros y, cuando tocó el suelo, la piedra de los escalones se agrietó bajo sus botas.

—Ahora me toca a mí —gruñó.

—¡Basta! —La voz de Panfilio resonó en cada molécula de aire de la sala, expandiéndose como una orden de puro poder.

Todos obedecieron. Mejor dicho, lo hicieron sus cuerpos, abriendo los brazos en cruz para levitar, inmovilizados por una fuerza invisible. El muchacho salió del cuerpo de Altieri, y ambos, ahora separados, quedaron uno junto al otro.

El director se había puesto en pie. Tenía la ropa descolocada, pero su *najma* resplandecía, recto hacia delante, irradiando una energía que no se asemejaba a nada que yo hubiera contemplado y que, al mismo tiempo, me resultaba familiar.

—Somos miembros de la misma sociedad; no nos comportaremos como salvajes. Hay leyes a las que todos hemos jurado lealtad. Ahora mantendremos nuestra palabra, porque eso es lo que nos convierte en seres civilizados.

Esperó a que todos asintieran antes de bajar la mano para depositarlos en el suelo.

Los *magistri* y los guerreros se miraron con desprecio, pero no se atrevieron a continuar con la disputa. Panfilio chasqueó los dedos y colocó el pasamanos de la escalera, que regresó a su sitio provocando una vibración en cada rincón de la entrada. La alfombra, en cambio, yacía en el piso, destrozada sin remedio.

—La pondremos en vuestra cuenta —dijo Torkan, enrollándose la cadena en el brazo.

—Os la pagaremos con los fondos que recaudemos tras la multa que os caerá por la enésima infracción de la ley —replicó Julia, envainando las espadas.

Altieri se había alejado del muchacho para situarse en los peldaños superiores mientras se masajeaba el cuello. Cuando tomó la palabra, lo hizo con un hilo de voz, la suya de verdad:

—No lo olvidaré.

El joven se limitó a guiñarle el ojo al *magister* y a Poluaro, que se estaba poniendo de nuevo los pendientes, completamente intactos.

Me asomé y vi que Ismael subía las escaleras, ajeno a las miradas de los demás, para tenderme la mano y ayudarme a incorporarme. Su expresión resultaba indescifrable, aunque percibí una ligera tensión cuando nuestros dedos se tocaron. Estaba segura de que había sido él quien había llamado a los luchadores, y sus pies descalzos eran una prueba adicional de su culpabilidad a ojos de los *magistri*. Los había desafiado para salvarme, y yo no tenía ni idea de qué consecuencias acarrearía su gesto. Solo sabía que no deseaba soltarme de su mano. Alcancé a susurrar un gracias y vi que movía imperceptiblemente la cabeza.

—Sugiero que continuemos la charla en una sala. —La voz de Panfilio seguía sonando suave incluso cuando daba órdenes que nadie se habría atrevido a desobedecer. Luego señaló a los dos guerreros, invitándolos a subir las escaleras—. Así podremos dar una bienvenida digna a nuestros amigos vigilantes de la Hidden Society.

Nos refugiamos en un saloncito donde los *magistri* recibían a los invitados, a juzgar por la cantidad de blasones y estandartes representativos de la Academia.

—Así que, si he entendido bien, usted es Ámbar Valmori, la humana que desapareció una semana el pasado mes de diciembre. Desde septiembre, ha manifestado poderes latentes, distintos de los de los magos. —La guerrera que se había presentado como Julia tenía en la mano un bloc de notas en el que había anotado los detalles recopilados poco antes.

—Correcto —confirmó Poluaro, agitando el vino dorado que había vertido en una copa—. Sospechamos que el colgante que recibió tras el ritual y que le robaron después es un *najma*.

—Sin embargo, los *najma* están contados. Asimismo, la propiedad de cada uno está registrada a nombre de su dueño. Su poder los convierte en los artefactos más deseados entre los magos,

razón por la cual su existencia se somete a vigilancia. Si no me equivoco, existen ciento treinta y siete, y solo se han perdido cuatro. Los demás son artefactos que pertenecen, por lo general, a ustedes, los magos. Como el que lleva el director Panfilio.

El hombre asintió.

Tomó la joya en sus manos y la mostró a la sala. Captaba la luz y era tan hermosa como la recordaba.

—¿Cabe la posibilidad de que se les haya extraviado alguno? —preguntó el chico, que se llamaba Jean y tenía acento francés.

—Si tuviéramos la solución, no estaríamos aquí —apuntó Altieri en tono gélido.

No participaba en el banquete improvisado para los invitados y solo había aceptado un vaso de agua, aparte de lanzar todo el rato miradas aviesas a la pareja de vigilantes.

—Aun así, les pareció correcto arrogarse el derecho de encerrar a Valmori en Reclusión para analizarla y borrarle después la memoria —afirmó Julia categórica, ante los *magistri* presentes.

—Lo dice como si ustedes los vigilantes no borrasen con frecuencia la memoria a los humanos —intervino *magistra* Torkan, moviendo el pie cruzado como si fuera la punta de una cola desquiciada.

—Yo voté a favor de la eliminación porque sé el alivio que puede suponer para la mente de un humano.

Los dedos de Poluaro se entrelazaron de manera frenética. Podría decirse que balbuceaba, lo que me llevó a imaginar que su afirmación respondía a algún motivo.

—O porque esperaba poder localizar el *najma* y adueñarse de él —sugirió Julia, cerrando el bolígrafo para deslizado por el borde del bloc de notas mientras miraba a la *magistra* con una ceja levantada.

—Usted sería capaz de ver corrupción hasta en la obra de un santo —le respondió Torkan, tras un sorbo de vino. Había recuperado su encanto y sus modales, pero yo recordaba la mirada inyectada en ira que le había dirigido a la guerrera—. Ciertamente, no somos santos, somos eruditos, seres con una memoria milenaria,

gracias a nuestra biblioteca. Hemos leído decenas de casos de humanos consumidos por la proximidad al mundo mágico y queríamos evitar añadir otro a los archivos. En cuanto a los *najma*…, sí, queremos localizarlos, pero no para alimentarnos de ellos como buitres. Los *najma* para nosotros son reliquias, el legado de las estrellas. Si se trata de uno de los cuatro *najma* perdidos, nuestro deber consiste en encontrarlo y protegerlo.

Julia hizo una mueca poco convincente y tamborileó con los dedos sobre el bloc de notas, como si sopesara el razonamiento de la *magistra* Torkan.

—Haré el esfuerzo de creer en sus buenas intenciones, pese a que deberían habernos consultado a los vigilantes antes de actuar. Somos el filtro entre la Hidden Society y los humanos. Sabe que nos corresponde a nosotros decidir cómo proceder con un humano que descubre el mundo de la magia.

—Una costumbre a la que nos oponemos —dijo Altieri, dando rienda suelta a un rencor que imaginé que llevaba tiempo fermentando.

Julia lo ignoró y se volvió hacia mí.

—¿Tienes algo que añadir, Ámbar?

Yo estaba sentada en una butaca, algo apartada. Ismael se encontraba a mi lado y atendía a la discusión en silencio, con los ojos encendidos por la atención que prestaba. Tenía el convencimiento de que, una vez perfilado mi destino, también se hablaría del suyo. Me volví con rapidez para mirarlo y me mordí la lengua al darme cuenta de que su presencia me infundía valor. Si Ismael Sagredo, el estudiante modelo, había desafiado a las autoridades de la Academia, yo no podía ser menos.

—Fui yo, con la ayuda de mis amigos, quien encontró a la ladrona del colgante. Los cuatro hicimos más que el Colegio, que solo se reunió para debatir y litigar.

El silencio se extendió por la sala y todas las cabezas se volvieron hacia mí.

—La fuerza del Colegio reside en la unión de nuestras mentes. —

Altieri intentó contrarrestar mis palabras, y concluyó con un carraspeo que intentaba marcar el tono de su declaración.

—Decidieron votar para encerrarme, porque así es más sencillo dominarme. *Magister* Sagredo ha sido el único que me ha ayudado.

Me armé de valor para verbalizar aquella afirmación apretándome la mano izquierda, con la prótesis de latón escondida en la palma. La mano de Ismael estaba muy cerca de la mía, y me odié por desear agarrarla.

Los ojos de Julia chispearon.

—No quiero escuchar nada más. Por la autoridad que me confiere la Hidden Society, determino que Ámbar Valmori gozará de nuestra protección como testigo clave en el caso del presunto *najma*. Podrá permanecer en Seledia y no se la amenazará con arrebatarle la memoria, a menos que sea ella quien así lo desee. La tarea de la Academia consistirá en averiguar la naturaleza del rastro de poder que la joya pueda haber dejado en ella y en ayudarla a controlarlo. Nos reuniremos para definir los términos de su reingreso en el mundo humano. También confirmo a *magister* Ismael Sagredo como su protector, pues ha sido el único que se ha enfrentado a la situación con sensatez y ha actuado velando por el interés de toda la comunidad mágica. —Su voz pesó como una sentencia, y el resto de la sala solo pudo asentir.

Me aferré a los brazos de la butaca. Tal vez en mí había un rastro de poder mágico procedente de un ritual, tal vez todo era culpa del colgante, y eso explicaba la energía que había sentido durante el asalto en el callejón, una fuerza que procedía de uno de los artefactos más poderosos del mundo mágico. Pero nada podía explicar mi estúpida euforia ante la sonrisa de Ismael cuando se inclinó lo suficiente como para susurrarme:

—Todo indica que tendrás que seguir llamándome profesor, Valmori.

* * *

Al día siguiente recibí un pergamino en el que se me citaba en el despacho del director Panfilio esa misma tarde.

La noche anterior por fin había dormido. No porque mis pensamientos se hubieran calmado lo suficiente como para permitirme descansar, sino porque estaba exhausta. Cerré los ojos en cuanto toqué la almohada y los volví a abrir bien entrada la mañana, cuando el tímido sol de invierno ya estaba en lo alto de las ventanas empañadas de mi cuarto. Me pasé el día en la cama, descansando y escribiendo en un cuaderno como si fuera mi diario.

Antes de mi secuestro llevaba un diario, estaba segura. Era uno de mis momentos favoritos del día: sentarme en mi escritorio, encender una vela aromática y unir los recuerdos de la jornada a la fragancia que flotaba en el ambiente. El diario tal vez estaba sepultado en algún lugar de la habitación que ocupaba en casa de Domiziana, si bien después de nuestros últimos encontronazos dudaba de que existiese un espacio que pudiera llamar mío en su ático.

Decidí cambiarme cuando el reloj dio las dos. Me puse un uniforme limpio, pues el que llevaba mientras correteaba por el cielo había acabado en la lavandería y a lo mejor debía pasar por la sastrería para que me lo remendasen. La idea de tener prendas preestablecidas que ponerme y no verme obligada a elegir me había ayudado durante la época que pasé en casa de mis padres. Elegir me desconcertaba, y seguir un plan me ayudaba. Me pregunté si aquellas prendas habían contribuido a que me sintiera más segura en Seledia.

Dudé frente al espejo. Abrí un cajón y hallé el rubí de Lisa. Lo había escondido y no lo había vuelto a tocar, pero quería salir del despacho del director con la conciencia tranquila, así que tenía que

devolverlo. Lo metí en la cartera y me encaminé hacia la torre blanca.

Apreté el puño y el meñique izquierdo y ascendí por la escalera de caracol que conducía al despacho. La gran sala en forma de faro y su oscuridad me acogieron como si aguardasen mi regreso y me identificaran como una presencia peculiar y familiar. Todos los objetos parecían querer destacar, asomarse para atraer mi atención y que los tocase. Imaginé que se debía a la inmensa energía que emitía el *najma* del director.

Panfilio estaba sentado en una butaca y me invitó a tomar asiento.

—Me alegra verla entre nosotros, señorita Valmori.

No reprimí una sonrisa al entrar y ocupar mi sitio, conocedora de la amabilidad con la que el director siempre me había tratado. Sabía que durante el proceso no había podido expresarse como deseaba, a pesar de que había votado a favor. Era consciente de que las obligaciones de un director iban mucho más allá de dedicar toda su atención a una sola estudiante, pero tenía la sensación de que, al ser Ismael su alumno favorito, no respondía a una mera casualidad.

Bastó con que pensara en él para que apareciese en el umbral de la puerta, por primera vez desde que tenía memoria, con retraso. Llegó jadeante. Sin duda había subido las escaleras corriendo, y cuando se pasó una mano por el pelo despeinado y se disculpó, percibí la misma rigidez previa al juicio.

—Estupendo, ya estamos todos —sonrió Panfilio, señalando otra butaca destinada a Ismael y dedicando unos instantes a preparar la tetera de cristal, remover las hojas de la infusión y disponer tres platitos de pastas—. El té no es tan bueno como el de *magistra* Torkan, pero las pastas están deliciosas —dijo, invitándome a tomar una.

Obedecí y miré de reojo a Ismael. Me habría gustado hablar con él a solas antes de aquel encuentro. Me habría gustado leer los pensamientos que reprimía tras su mirada impasible y la línea severa de la boca.

—Señorita Valmori, creo hallarme en condiciones de afirmar, ya que estamos en un lugar íntimo, que me alivia que se encuentre entre nosotros. El joven Sagredo expuso a la perfección mi parecer ante el Consejo. Estoy seguro de que tenerla aquí es una ventaja, no un peligro, además de que sin duda posee un vestigio de magia, lo cual nunca antes se había visto —dijo Panfilio, mordisqueando una pasta—. Pese a ello, ciertas acciones que ha llevado a cabo difieren de la conducta que esperamos transmitir en Seledia. El engaño no es un medio para alcanzar un fin —añadió, levantando una mano para evitar que replicara—. Pero *magister* Sagredo me ha explicado sus motivos y los comprendo. Por tanto, propongo que, a partir de ahora, unamos nuestras fuerzas para hallar la verdad.

Me quedé sin habla ante la melosa voz del director y lamenté no haber acudido antes a él. Me había dado la impresión de que lo atenazaban el peso de las responsabilidades y las montañas de pergaminos que se acumulaban sobre su escritorio; pero había vigilado en secreto todos mis movimientos e, increíblemente, me había alentado.

—Me agrada confirmar su registro en la Academia de Seledia y poder seguir llamándola alumna —prosiguió Panfilio, moviendo una mano para ordenar a la tetera que vertiera su contenido.

Deseaba abrazarme al sonido de aquellas palabras e impedir que nadie se acercara a ellas para cambiar ni siquiera una letra.

Me observé las manos, los dedos finos con uñas redondeadas, las líneas que trazaban senderos en la palma que tiempo atrás creía que tal vez revelaban mi futuro, mientras que ahora eran un mapa de mi poder.

—Gracias, director. Tengo una pregunta sobre Lisa…, digo, sobre la señorita Go. Me gustaría saber si hay novedades en su caso y si será liberada de Reclusión —expuse, intentando que mi petición implícita sonase convencida, si bien yo misma no lo estaba en absoluto.

Ismael se revolvió en su butaca, incómodo, como si los cojines se hubieran convertido en urticantes.

Panfilio, por el contrario hizo un gesto con la mano, invitándome a argumentar.

—Creo que el collar inhibidor demuestra la presencia de una tercera persona implicada en el robo, probablemente alguien muy poderoso que no pretende utilizar el colgante como una simple joya. Sé que la señorita Go no puede confesar, pero con ella tal vez sabría dónde buscar, mientras que encerrada en Reclusión no resulta de ninguna ayuda.

El director entrecerró los ojos e inhaló los vapores del té, como buscando inspiración en el aroma que flotaba en el despacho.

—Le confieso que a mí se me ha ocurrido lo mismo, señorita Valmori, pero temía ofenderla con una propuesta semejante. Ahora bien, si es usted quien lo sugiere…, lo discutiré con el Colegio.

Al parecer, allí no se movía una paja sin una decisión del cuerpo de *magistri* al completo.

—Entre tanto, concéntrense en el estudio y la investigación. Seguirá contando con el inestimable apoyo de *magister* Sagredo, que no dejará de ayudarla a examinar y controlar sus poderes —añadió el director.

Ambos nos giramos hacia Ismael, que se enderezó en la silla y se encogió de hombros, en actitud arrogante. Pero yo me acordaba perfectamente de sus ojos al tenderme la mano, al llamarme Ámbar. Recordaba sus labios posados en los míos, para nada reacios a ir más allá.

—Lo interpretaré como un sí —se regocijó Panfilio, aplaudiendo —. Si no tiene nada más que decir, señorita Valmori…

Por la forma en que me miró, de manera elocuente, levantándose las gafas hasta la verrugosa nariz, entendí que lo sabía. Quizás lo había intuido durante el enfrentamiento con los vigilantes de la Hidden Society.

—Lo siento —dije, ocultando la mano izquierda entre los pliegues de la capa, que empezaba a darme demasiado calor en la estancia caldeada por la chimenea.

Miré a Ismael por el rabillo del ojo y vi que sorbía el té y me

observaba a través del vapor de la bebida con la expresión indescifrable con la que se disfrazaba cuando se mostraba hermético.

—Estaba desesperada —continué—. Ansiaba quedarme aquí a toda costa; su Academia es magnífica, y considero que esta oportunidad es un gran honor. Además, no esperaba contar con el apoyo de *magister* Sagredo durante el proceso, así que…

Las palabras se ahogaron en mi garganta, de modo que dejé que hablaran las manos.

Saqué el rubí de la cartera y abrí la palma, enseñándoselo a los dos magos. La piedra captó la luz de los faroles y la posé en la mesita. No conocía su funcionamiento y temía que, por el mero hecho de sostenerla, pudiera sacar algún provecho de su poder sin darme cuenta.

—Por favor, no cambie de opinión —le supliqué.

El director se atusó el pelo blanco hacia atrás, siguiendo las ondas que llevaba recogidas en un moño alto.

—Está claro que iniciativa e ingenio no le faltan, señorita Valmori.

—¿Por qué lo tienes? —preguntó Ismael, con voz cortante.

Al parecer, no lo recordaba. Era cierto que la magia del rubí hacía perder la memoria en las inmediaciones del rostro de quien lo llevaba. A saber cómo me había visto aquella tarde. Descubrí con una pizca de celos que me habría gustado ser aquella chica. La Ámbar que lograba conmover a Ismael Sagredo y atraer su atención. La Ámbar de la que no se apartaba tras un beso. En cambio ahora me odiaría, y con razón.

—Porque me lo dio Lisa… cuando la visité en Reclusión. De mis motivaciones y del resto ya estás informado.

Pronunciar aquellas palabras en voz alta me hizo sentir aún más temeraria en mis decisiones. ¿Quién era yo realmente? ¿La chica dispuesta a todo o la que ahora se arrepentía?

Ismael depositó su taza en el platillo sin hacer ruido, con una expresión impenetrable.

—Has incumplido varias normas de la Academia, no me

corresponde a mí juzgarte.

Panfilio tomó su *najma* entre las manos y sentí que los objetos en torno a él respondían despertándose. Y esta vez percibí aún con mayor claridad la magia al propagarse desde el director, fluyendo en el aire en forma de minúsculas esferas que se agitaban juguetonas. No era el momento de sonreír, pero la energía del director se asemejaba a la de un niño y brincaba a su alrededor como si no pudiera esperar a ser utilizada. Algo que no ocurrió.

—Me alegro de que me lo haya confesado espontáneamente, pese a que conocía lo ocurrido. Seguía el desarrollo de los acontecimientos con curiosidad, ¿sabe? Por mucho que existan ciertas reglas en nuestro mundo, y más aún en Seledia, siento debilidad por aquellos que se las ingenian para infringirlas.

—Director… —lo reprendió Ismael con el mismo tono lapidario de su madre.

—Sí, sí, de acuerdo. Como castigo estipulo que durante un mes la señorita Valmori no pueda salir por la noche…, a menos que vaya acompañada por usted, *magister* Sagredo —sentenció Panfilio, sorbiendo su taza de té con aire solemne—. Por cierto, sus zapatos están confiscados por el Colegio por uso impropio hasta nuevo aviso.

Casi me atraganto. Era una decisión todavía más firme que la simple relación de estudiante y maestro que nos unía.

—Soy su alumno y acataré su decisión, director —manifestó Ismael, con voz metálica. Estaba furioso conmigo y quizás más por haber perdido sus zapatos. En cuanto entreveía la posibilidad de librarse de mí, acababa todavía más implicado.

—Al fin y al cabo, podrá perdonarla —dijo Panfilio, examinando las hojas en el fondo de la taza—. El rubí, después de todo, no surtió ningún efecto.

—¿Cómo? —preguntamos Ismael y yo al unísono.

—Por supuesto. —Panfilio reaccionó con perplejidad ante nuestra sorpresa. Cogió el rubí y lo observó a la luz de un farolillo—. Se trata de un artefacto de gran poder, pero dada la inestabilidad de la magia de la señorita Valmori, creo que solo puede utilizar artefactos

sencillos… ¿Algún problema? —nos interrogó, mirándonos alternativamente a la cara.

Me obligué a negar con la cabeza, mientras Ismael permanecía lívido e inexpresivo, inmóvil en su butaca.

El director se conformó con la respuesta, nos comunicó que tenía que enviar una carta y nos dejó solos en la salita de su despacho.

La estancia se sumió en un silencio absoluto, roto tan solo por el crepitar de las llamas en la chimenea.

Me volví hacia Ismael, que me miraba. Sus ojos de terracota nunca habían tenido la dulzura de su color, pero ahora más que nunca estaban del todo fijos y duros, como dos pesas ante una balanza a la espera de inclinarse hacia el plato que me declaraba culpable.

Aquella era mi pequeña venganza, y el orgullo herido de Ismael no me la iba a arrebatar. Me puse en pie y me senté en el reposabrazos de su butaca, provocándolo con mi sonrisa desde mi posición superior.

—Así que no fue por la influencia del rubí, Sagredo. El bonito discurso que pronunciaste te salió del corazón. En resumidas cuentas, deseas que me quede en Seledia.

—Eso parece —respondió con sequedad.

Entrelacé los dedos sobre una rodilla y recliné la espalda para interceptar su mirada.

—Entonces, ¿por qué te muestras tan huraño?

—Porque no confiaste en mí —suspiró, con la voz quebrada—. Después de todo lo que he hecho, ¿en serio te hacía falta un truco para convencerme de que diera la cara por ti?

La acusación me atravesó como una cuchilla y minó mi confianza. Me agarré la rodilla para resistir en aquel precario equilibrio.

—Quería estar segura… Tenía que estarlo.

Porque claro que no lo estaba, no me sentía digna de ser defendida. Desde luego no por el impecable Ismael Sagredo.

Mi *magister* asintió con gestos graves y apesadumbrados.

—Enhorabuena, has conseguido lo que querías.

Se levantó y me dirigió una mirada dolida antes de alejarse, y yo sentí que se abría una grieta en mi interior. La oscuridad del techo pareció descender hasta tocar mis hombros. El fuego de la chimenea quemaba de frío y los objetos enmudecieron.

CAPÍTULO 23



Diciembre pasó volando, y en mi habitación empezaron a aparecer un montón de jerséis de lana y bufandas a juego que me enrollaba por encima de la capa antes de salir al frío cortante del archipiélago. Aun así, a pesar de la creciente oscuridad sobre los cielos de Venecia, los días se me hacían largos.

Nunca había tenido tanta energía y, al mismo tiempo, tantas ganas de estar sola, encerrada en el dormitorio. Me obligaba a salir para continuar con mis estudios, si bien la sombra en la mirada de Ismael seguía atormentándome. El único consuelo era que por fin me habían permitido acceso libre a la Gran Biblioteca. Por los soportales y las aulas seguía notando el recelo en algunos de los estudiantes con los que me cruzaba, pero al menos podía dedicarme a mi investigación sin tener que esconderme.

Estudiaba desde la mañana hasta última hora de la tarde, y me apresuraba a regresar a la habitación antes del ocaso para evitar quedarme a solas con Ismael y tener que enfrentarme a sus ojos acusadores. Tampoco es que me perdiera nunca de vista. Íbamos juntos a clase; mejor dicho, nuestros horarios coincidían, y mientras yo estudiaba los rudimentos de cada asignatura, él siempre estaba a

unos cuantos pupitres de distancia, vigilándome con frialdad. Imaginaba que lo hacía por su inflexible sentido del deber. Si no hubiera estado obligado por su papel de *magister*, probablemente habría encontrado la manera de estar siempre en un edificio lejano.

Pensándolo bien, en todos aquellos meses no había hecho más que mantener a Ismael atado a mí, primero involuntariamente como mi *magister*, y luego engatusándolo. Me merecía su indiferencia.

Una tarde subí a la biblioteca de Arcana, oculta entre los capiteles de las columnas, recorriendo un pasillo que abrazaba la punta de la Espiral y, como me ocurría a menudo frente a estanterías enteras de libros, no conseguía decidir qué volumen hojear primero. Al final, reduje mi elección a *Crónica de la dispersión del polvo por las maravillas del mundo antiguo*, de Amelia P. Rafaeli, y *Estratificación del polvo de estrellas en relación a los agentes atmosféricos*, de Orione Dannolia. Para escoger, utilicé el mismo método que empleaba cuando era niña para elegir la ropa de la playa, una retahíla sobre una estrella de mar que por la noche mira al cielo y sueña con alcanzarlo, pero que teme abandonar su roca y que acaba así: «Aquí abajo, allí arriba, aquí abajo». Así que señalé un volumen y luego el otro, recitando en silencio la cantinela, hasta que mi dedo índice se detuvo en la *Crónica*, Saqué el libro de la estantería y, cuando me volví, vi a Ismael apoyado en la barandilla al otro lado del balcón, mirándome fijamente. Incluso a esa distancia me fijé en sus manos abandonadas en el vacío y en su expresión indescifrable. En cuanto nuestros ojos se cruzaron, movió los dedos, señalando el sol que descendía rápidamente más allá del horizonte, invitándome a reunirme con él. Se acercaba la noche, y mi libertad también declinaba. Apreté el volumen contra mí y, abrasada por la derrota, me refugié en la celda más cercana a él. Acomodé los cojines tras la espalda y dejé que mi farolillo revoloteara a su antojo a mi alrededor. Ismael se apoyó en la estantería más cercana, enfrascado en la lectura de un manual de arcana. Me abstraje tras la cubierta y supe que había perdido en el momento en que mi concentración empezó a flaquear cada vez que Ismael movía los

dedos para pasar una página.

—Valmori, en lugar de fingir que lees, tal vez sería útil que te ejercitaras en el control de la magia —dijo cuando la luna ya estaba alta y proyectaba su luz a través de las ventanas.

—Estoy estudiando —respondí con aspereza.

—La última vez que pasaste la página fue hace cinco minutos —me recriminó, mostrándome en comparación su progreso en la lectura, que abarcaba más de la mitad del libro.

—Es un concepto complejo e interesante. —No era mentira, si bien no impedía que estuviera distraída—. ¿No tienes nada mejor que hacer que cronometrar mi velocidad?

—Puedo atender a varias cosas a la vez, y tampoco es tan difícil contar hasta doce en una hora, el número de páginas que has leído —dijo, pasando una hoja con infinita lentitud, imitándome.

—Mejor me voy a mi cuarto —anuncié, quitándome la manta que me había echado por encima y temblando al sentir el frío que ascendía por mis piernas semidesnudas, con la tela de la falda arrugada sobre las rodillas. Ismael lo notó y, de repente, apartó la mirada.

—Eso significa que «vamos» a la habitación. Te recuerdo que debo acompañarte.

Coloqué el marcapáginas en el libro y lo cerré con energía, valorando mis opciones.

—De acuerdo, enséñame a controlar la magia —me rendí.

Ismael acogió mi decisión con una inclinación de cabeza y volvió a bajar los ojos hacia su libro, llevándose el índice a la sien.

—Como ya te he explicado, la magia de un mago es tan firme como su voluntad. Tú eres una pseudomaga, pero yo diría que la idea consiste en lo mismo: debes despejar tu mente de pensamientos superfluos y concentrarte en un objetivo.

—Pensar en no pensar es la mayor estupidez que existe —protesté.

—A ti debería resultarte sencillo —se burló.

Le dirigí una mueca que no captó y me coloqué la falda,

sentándome con las piernas cruzadas en el borde de la celda. Cerré los ojos y mis pensamientos se agolparon como falenas en torno a un fósforo. Ese era uno de los motivos por los que leía, me ayudaba a mantener a raya mis pensamientos y a clasificar algunos cada vez que encontraba una respuesta entre las líneas en la que me reconocía. Las palabras habían sido mi mayor maestro y mi consuelo. La oscuridad que permanecía cuando la voz de mi cabeza corría libre no tenía límites y era fácil perderse.

Intenté arrojar algo de luz recurriendo al pequeño fuego que llevaba dentro. Caminé sobre el manto de cenizas bajo el que me había enterrado tras el enfrentamiento con Jacopo, pero no hallé nada. Frente a mí, en mi interior, había una superficie gris y apagada en la que ya no me adentraba. Me había aislado de aquel poder porque tal vez ni siquiera podía reconocer ante mí misma que me asustaba, y me había concentrado en el estudio porque era el único camino que conocía. Siempre que me sentía perdida, abría un libro. Y eso es lo que había hecho para buscar respuestas en todas partes menos en mi interior.

—Respira, Valmori.

La voz de Ismael sonó lejana. Continué conteniendo el aliento, por puro despecho. ¿Qué había bajo mis pies? Las cenizas empezaban a grisear mis tobillos y mis pasos se volvían pesados. Cada grano era un recuerdo que se me había quedado pegado. La noche en el callejón donde habían intentado secuestrarme, el ataque del ruginoso en el Ojo, la pelea con Lisa en la Fiesta de la Media Luna y el combate con Jacopo en el puente. O me extinguía o era un fuego que ardía sin control. Era débil incluso cuando era fuerte.

—Concéntrate. Aire, toma aire.

La voz de Ismael sonaba cada vez más lejos, y la ceniza ya me llegaba a las caderas. Bueno, el gris me sentaba bien. Había hecho todo lo posible por sobresalir, por hacerme notar y ser aceptada, pero ¿qué sentido tenía todo aquello si por dentro solo era gris?

Podía fingir que era algo mejor que eso, pero con el tiempo todo el mundo descubriría lo que era o, peor aún, lo que no era. Incluso

los vigilantes comprenderían que se habían equivocado.

Un gruñido provenía de no sabía dónde y yo no podía responder, porque la ceniza me había ensuciado ya hasta los labios; un paso más y se levantaría un remolino que me cubriría por completo. ¿Me estaba dejando dominar? ¿Me estaba obligando a cerrar los ojos incluso sobre lo que tenía dentro? Respiré antes de que se levantara la nube gris y retuve el aire con fuerza en los pulmones. Quizás era cierto que era una pseudomaga…, pero dependía de mí cómo llenar el resto. Todos se mostraban temerosos por la respuesta de lo que podía ser, pero tal vez me correspondía a mí decidirlo. Decidir qué había dentro de mí. Y yo deseaba que fuera luz. Era luz, y cada chispa de fuego me obedecía.

Exhalé y ahuyenté el viento. A mis pies, mi mundo estaba hecho de brasas, y yo brillaba.

—¡Ámbar!

Abrí los ojos y por un momento pensé que era de día. La luz había invadido la Espiral y se reflejaba en las ventanas para expulsar la sombra. Solo que no procedía del exterior, sino que irradiaba de mí en forma de rayos blancos y dorados que caldeaban el ambiente a mi alrededor.

Ismael estaba debajo de mí; sus manos me rodeaban los tobillos mientras flotaba. La gravedad empujaba desde todas las direcciones para sostenerme, y mis pensamientos consistían en la cálida sensación de mi poder.

—Fácil —susurré.

Ismael me lanzó una mirada severa y de admiración al mismo tiempo. Me observaba con una adoración idéntica a la que dedicaba a las estatuas enterradas durante siglos bajo capas de arena, y puede que a sus ojos yo fuera algo así. No tenía intención de hacerle cambiar de opinión.

—Suéltame.

Obedeció y dio dos pasos atrás. Yo continué levitando, parpadeando para contemplar el resto del balcón. Los demás alumnos se habían detenido a mirarme, boquiabiertos.

Inspiré una y otra vez, ajustando mi respiración al flujo de aire que me rodeaba, y cuando estuve segura de haber encontrado el equilibrio, dejé que las brasas se disiparan y regresé al suelo.

El aterrizaje fue vacilante.

Me tambaleé sobre los pies. Me había costado un poco deshabituarme a la gravedad y al peso de mi cuerpo, pero lo había conseguido. Había convocado mi poder sin destruir ni quemar. No había venido a mí para rescatarme ni para luchar. Había venido porque yo lo había convocado.

* * *

Las citas vespertinas con Leo y Bianca se habían convertido en mi último rato de libertad antes de encerrarme en mi habitación a estudiar. Normalmente nos reuníamos en una de las torres de la Residencia y nos tumbábamos encima de los cojines para contemplar cómo la tarde se adueñaba del cielo y las primeras estrellas aparecían una a una más allá de la gran vidriera.

Una vez, mi farolillo había girado con furia hasta quedar atrapado entre los hilos de la esterilla. Le pregunté a Leo cómo era posible que el farol me siguiera.

—El director Panfilio me explicó que mi uso de los artefactos es… caótico. Solo puedo activar algunos de ellos, carentes de habilidades especiales, y no siempre con éxito.

—Porque a lo largo de la historia conseguimos diseñar artefactos que podían ser utilizados por cualquiera, aunque con limitaciones —replicó Leo, desenganchando el farol del hilo que lo atrapaba—. No existe un término reconocido para clasificarlos, pero a mí me gusta denominar latentes a la mayoría de los artefactos, porque necesitan la magia de un mago para activarse…

Por supuesto, Leopoldo Rovere no podía resistirse a ofrecernos una demostración práctica. Se levantó y extrajo un marco de madera

de la cartera posada en el suelo que colocó sobre la vidriera, como si tuviera goma adhesiva en las esquinas. Se mordió la lengua entre los dientes y apuntó con su anillo hacia el recuadro, chasqueando los dedos. La magia de Leo consistía en una lluvia de confeti brillante que se encendía en cientos de chispas cada vez que se activaba. Estaba tan embelesada mirándolas que casi me perdí el ruido del artefacto.

Al principio pensé que la magia había fallado, pero cuando Leo apartó el marco del cristal, me di cuenta de que la imagen de los palacios venecianos del fondo se había quedado prendida allí, inmortalizada como en una fotografía de vivos colores.

—Bueno, en este caso he tenido que hacerme cargo de activar el artefacto —confesó al tiempo que extraía la fotografía del marco y me la entregaba—. Si quiero olvidarme de recargar las telas, tendré que pasar por la Forja —añadió, dejando el marco en su sitio, volvió a la carga con las explicaciones—. Existen, sin embargo, otros casos en los que los artefactos están diseñados para retroalimentarse con la magia que atesoran. Pero esos son una auténtica rareza, y el mago o la maga que los nutre con magia debe ser realmente poderoso, o bien deben tener otra fuente de carga. Como los magos centinelas desperdigados por Venecia y todas las ciudades, que advierten a los vigilantes del uso de la magia, las plumas guardar recuerdos o nuestros queridos faroles, que se alimentan de la magia que impregna la Academia.

Era cierto. El momento en que me liberé de la pulsera supuso el arranque de mi percepción del aliento mágico de la escuela en cada esquina. Las butacas parecían abrazar a los alumnos que las elegían como nido para una noche de estudio, y las velas era como si compitiesen para que las escogieran y consumirse, y, de ese modo, restituir al cielo el hálito de polvo de estrellas que contenían. Sentía el poder como un fuego líquido que se deslizaba por mis venas.

—Entonces, ¿cómo pude utilizar los zapatos de Ismael para escapar al cielo? —pregunté, colocándome un bolígrafo entre el labio y la nariz, y frunciendo el ceño inmersa en mis pensamientos.

—Evidentemente, esa fue una de las escasas ocasiones en las que tu estrafalaria magia decidió funcionar.

Me alarmé cuando Ismael asomó la cabeza por la escalera de mano y me hizo un gesto.

—Lamento la interrupción, pero nos han convocado para una excursión a primera hora de la mañana y me gustaría hablar contigo antes de salir. ¿Te acompaño a tu habitación?

—Sí, acompáñame hasta el vestíbulo —especifiqué, y, mientras recogía mis pertenencias desperdigadas, me di cuenta de lo inapropiado de mi comentario.

—He oído que dormir juntos mejora la camaradería entre compañeros de excursión. —Leo nos guiñó un ojo, y Bianca se echó a reír.

Pensé en todas las cosas frías que mi mente podía evocar. En hundirme en las gélidas aguas del Polo Norte e hibernar, para intentar calmar el rubor que me llegaba al cuello.

Ismael, en cambio, era un témpano de hielo.

—No habrá necesidad de camaradería. Yo cumpliré la misión y Valmori podrá asistir para aprender.

Devolví una sombría sonrisa a mis amigos, como si quisiera ofrecerles una prueba de la indiferencia sobre la que algo les había insinuado los días anteriores. Por su parte, no acababan de creerse que ningún detalle pudiera hacer mella en Ismael Sagredo, pero, al parecer, yo había triunfado en la empresa.

—¿Qué tienes que decirme? —le pregunté, bajando los últimos peldaños para encontrármelo con la mano tendida, en una imperturbable pero galante espera a que la asiera para ayudarme a descender.

Calculé con rapidez qué opción se me planteaba si mostraba un aire más hermético, hasta que por fin decidí agarrarme a él.

Fue un error entrelazar mis dedos con los suyos, robustos y cálidos, que me sostuvieron mientras ponía un pie en el suelo, pues, cuando me soltó, sentí un pequeño desgarro para el que no estaba preparada.

—¿Así que ya vuelves a hablarme? —le pregunté.

—Por necesidad. A no ser que quieras ir a una tarea escolar sin preparación. Y hacerme quedar mal. —Enarcó una ceja, seguro de la respuesta.

Por supuesto que quería estar preparada para cualquier cosa, y él lo sabía.

—Te escucho —me limité a decir, y me encaminé hacia mi habitación, con los faroles encendiéndose uno tras otro a nuestro paso.

—Te comunico que nos han seleccionado para una excursión y que saldremos mañana al amanecer —repitió, enlazando sus manos a la espalda y acompasando su paso al mío.

—¿Eso es todo?

Las excursiones eran salidas organizadas por la Academia con el fin de realizar estudios de campo o de resolver problemas causados por el polvo de estrellas. Normalmente, los encargados de esas tareas eran los magos arcanistas, que solían recibir el aviso en el último segundo, ya que el polvo podía manifestarse sin más, como surgido de la nada. Me lo había contado Bianca, que además me aclaró que, en el caso de ser elegida para una misión así, recibiría un mensaje en la habitación. Entonces, ¿a qué respondía la presencia de Ismael?

Estiró los labios y pronunció una aclaración con desgana:

—No. También participará… Lee Sun, a quien conoces como Lisa.

—¡Qué! —Mi exclamación resonó en el pasillo desierto.

—Es una poderosa arcanista, y parece que han convocado a los mejores magos —me aclaró Ismael, con los ojos clavados en un punto indeterminado, como si mirarme pudiera traicionar su firmeza. Intuí que a él tampoco le convencía que la liberasen.

—Tenía entendido que no le permitirían salir de Seledia después de lo que hizo.

—Créeme si te digo que ha hecho peores cosas en el pasado —replicó con tono de hastío—. Los magos tienen mala memoria cuando algo les beneficia. Al parecer, no hay duda de que fue

extorsionada e inducida a cometer el robo de tu colgante.

—¿Te fías de ella? —le pregunté.

—Como regla general, no —respondió con firmeza—. Hace unos meses se juntó con gente equivocada, y no me extrañaría que lo que cuenta fuese cierto.

Me hundí en la capa y seguí caminando en silencio. Pese a que Lisa venía de un mundo que yo desconocía, uno aún más despiadado con las chicas que se perdían, al final, con o sin *najtna*, yo me había convertido en discípula de la Academia. El colgante era importante para mí, era algo en lo que había encerrado el dolor de los meses en los que había retomado el control de mi vida, pero si ahora tenía que decidir entre mi futuro en la Academia y seguir anclada al pasado…, quizás por primera vez ansiaba una esperanza, un futuro.

—Hay otra cosa —añadió Ismael antes de que pudiera cerrarle la puerta en las narices—. Dentro de diez días se celebrará la Noche de Polaris, el baile de la Academia que, como su nombre indica, tendrá lugar por la noche. Me temo que te verás obligada a acompañarme.

Había conseguido librarme casi a diario de la condena de tener que pasar las tardes siguiendo fielmente a Ismael. Me retiraba a mi habitación al anochecer con montones de libros prestados de la Gran Biblioteca sin necesidad de protección y salía temprano por la mañana. Había planificado mi rutina diaria al dedillo y me había olvidado de la fecha más comentada del invierno.

—Tú sí que sabes cómo invitar a un baile a una chica, Sagredo —respondí arisca, mientras enumeraba mentalmente todas las escapatorias posibles, sin resultado.

—¿Quieres que te corteje, Valmori? —Si no hubiera tenido sobre mí sus ojos de piedra, habría vacilado.

—Me gustaría que me conocieran —respondí.

Y que me sacaran a bailar con una reverencia. Agarré el pomo, descargando sobre el metal la sensación de haber revelado demasiado a un chico que podía usar las palabras como cuchillos.

Levanté la vista y me encontré con los ojos de Ismael

estudiándome en silencio. Era una de esas ocasiones en que la pasta terrosa de su mirada se endurecía y ocultaba por completo sus pensamientos. Me estaba leyendo, pero yo no podía adivinar nada. Me encerré en mi habitación y busqué la carta del tarot que Zora me había entregado el día del examen. La coloqué sobre la almohada y reflexioné sobre las palabras de la vidente.

El comienzo de una nueva era solo espera tu paso.
No tengas miedo del fuego, solo consume a los que temen arder.

Tal vez se refería a mi nueva vida aquí, a mis poderes. Puse el despertador y me arrebujé entre las mantas, pensando con todas mis fuerzas que ya no temería al destino.

* * *

Despertarse al amanecer es siempre una experiencia traumática, sobre todo si lo que sigue es un desayuno improvisado y demasiado rico en proteínas para afrontar un viaje con pasallave de una punta a la otra de Venecia, que era lo que me esperaba ese día. Para rematar, iba en compañía de la ladrona de mi colgante y probable ex de Ismael, que permanecía en silencio junto a *magister* Panfilio todo el tiempo, sin siquiera mirarme.

Me encogí en la capa mientras el viento gélido de la mañana nos daba la bienvenida a la plaza de San Marcos y la inmaculada belleza de los palacios nos rodeaba con su geometría de arcos, columnas y ventanas, interrumpida tan solo por el campanario de la Basílica homónima con sus ladrillos rojos. Las agujas del edificio sagrado reflejaban los primeros rayos de sol mientras que aquellos turistas más madrugadores desafiaban el frío y el sueño para conseguir una fotografía en una plaza prácticamente desierta.

Rodeamos la basílica por la parte sur y nos detuvimos frente a la Porta della Carta, que debe su nombre a la instalación en tiempos de un puesto donde los analfabetos podían pedir ayuda para escribir o leer un mensaje. Siempre me preguntaba si, incluso entonces, cualquiera que pasara por allí se sentiría sobrecogido por la belleza de la Basílica. En el pasado, solía dar largos y lentos paseos por esa zona a la caza de detalles y personajes esculpidos en el mármol, y siempre descubría otros nuevos, como si se trasladasen de una fachada a otra durante la noche.

—Ya estamos —dijo *magister* Panfilio, señalando dos columnas que sobresalían a un costado de la plaza con gran dramatismo. Medían algo más de tres metros de altura y estaban finamente talladas; habrían podido pertenecer a la Basílica si no fuera porque surgían de la nada para sostener el cielo.

—¿Las pilastras de Acre? —me extrañé.

—Están entre los monumentos más problemáticos de la ciudad —respondió el director Panfilio, murmurando como si hablara de dos familiares insoportables.

Enseguida le hizo una seña a Ismael, que sacó de su cartera seis finas estacas metálicas unidas por una cinta y las clavó entre las losas de la plaza, delimitando un espacio que nos incluía a nosotros y a las columnas. Imaginé que se trataba de una protección que nos volvía invisibles ante los humanos. Para probarla, agité la mano en dirección a un camarero que preparaba las mesas.

Este respondió a mi saludo con un gesto de extrañeza. Panfilio, a mi lado, soltó una risita burlona.

—No somos invisibles —susurré, sorprendida.

—Y no disponemos de aislamiento acústico, así que no grites palabras sospechosas. La cinta nos sirve para encubrir actividades mágicas. Pareceremos restauradores o arqueólogos —me reprendió Ismael.

Asentí, lanzando una mirada a Lisa, que se había quedado quieta y en silencio en el límite de la cinta, con la capucha de la capa calada hasta la frente y el collar, que se le veía de vez en cuando

bajo la bufanda.

—Debemos actuar con prudencia —pidió Panfilio, entregándonos a cada uno un gran frasco de cristal—. Las pilastras de Acre son un monumento poroso, lo que significa que tienen tendencia a atraer y a absorber mucho polvo —añadió, dirigiéndose a mí en particular.

—¿A causa de la piedra con la que están construidas? —pregunté, extendiendo la mano hacia el mármol tallado en forma de cinta con flores, estrellas y otros símbolos.

—No —recalcó Ismael, agarrándome de la muñeca y retrayéndose de inmediato, como si hubiera sentido un pinchazo de dolor.

—Porque no están su ubicación original —intervino Lisa. Tuve la impresión de que llevaba días callada, pues su voz sonó profunda y desganada, como un eco triste de la chica chispeante de la fiesta.

—Cuando los vencedores de una guerra saqueaban los tesoros de las tierras derrotadas, cometían un crimen que escapaba a su comprensión —prosiguió Ismael, que incluso sin estrado ni pizarra sabía improvisar una clase—. Los monumentos, en especial los religiosos, poseen raíces invisibles, alimentadas a lo largo de los siglos por las plegarias, los sueños y los miedos de las personas que los erigieron y veneraron. En el momento en que son saqueados y trasladados a otro lugar, la desconexión que se produce parece atraer el polvo de estrellas.

—En resumen, que robar está mal.

Me crucé de brazos y miré de reojo a Lisa, que por toda respuesta bajó todavía más la cabeza.

Me habría esperado cualquier cosa, pero nunca verla mortificada. Recordé entonces las palabras de Ismael: no todo el mundo era tan mal mentiroso como yo, así que intenté no dejarme influenciar.

—Y tú no deberías tirar la primera piedra —me recordó Ismael, que no daba muestras de querer zanjar el asunto.

—Perdona, ¿de qué lado estás? —repliqué, sintiendo cómo el calor se me concentraba en el diafragma.

Magister Panfilio carraspeó. Su incomodidad fue más eficaz que

cualquier reprimenda. Ismael fue el primero en reaccionar y se colocó en medio de las dos columnas. Juntó las manos en el centro del pecho, palma con palma, en un gesto que, más que una plegaria, parecía buscar la unión de dos polos. El resto de su cuerpo se tensó y se expandió, relajando los hombros y alzando la cabeza hasta que se estiró como una flecha. Un mechón de pelo le cayó sobre la frente. Lisa se acercó para retirárselo.

—No me distraigas —comentó Ismael en un tono neutro.

De repente, mi aliento se volvió ardiente, y me obligué a contenerlo entre los labios mientras intentaba aplacar mis celos.

—Ahora Sagredo probará a liberar parte del polvo. Tenemos que estar preparados para recogerlo —explicó Panfilio, abriendo las solapas de su abrigo y revelando un conjunto de frasquitos de cristal alrededor de la cintura—. ¿Alguna duda?

—¿Qué pasa si no lo conseguimos? —pregunté, al tiempo que destapaba mi recipiente.

—Nada de qué preocuparse, el polvo se disipará. Podría producirse criticidad si el polvo residual se despierta.

—Preferiría no oír la palabra «criticidad» antes de las diez de la mañana y de mis dos primeros cafés —rezongó Lisa, tomando un par de viales finos entre los dedos, diminutos sin sus uñas rojas.

Eran los dedos con los que me había arrebatado el collar. También eran los dedos que acababa de pasar por el pelo de Ismael. No sabía a cuál de las dos ideas achacar aquel sabor amargo en la boca. Por supuesto que quería recuperar mi colgante, pero la sensación de urgencia que me había cegado los días posteriores al robo se había desvanecido. Si intentaba evocar el colgante, porque me avergonzaba haberme olvidado de él, experimentaba tan solo una leve nostalgia, como la que se siente por un viejo juguete extraviado en el fragor de una mudanza.

«Un juguete muy poderoso», me recordé. Me llevé una mano al pecho y me di cuenta de que incluso ese gesto me resultaba extraño. La pequeña forma que me había ofrecido consuelo durante meses ya no era ni un surco. Cuando toqué el jersey y el hueso que

había debajo, sentí que mis pulmones se llenaban de aire fresco y lo transformaban en un aliento cálido. Comprendí con claridad, por vez primera, que mi respiración bastaba para calmarme. Que *yo* era suficiente.

Ismael rechinó los dientes con un chasquido y yo centré mi atención en las pilastras. Temblaba, tensaba cada músculo para encerrar entre las manos una fuerza que ahora resultaba visible. Había una grieta de luz, como si alguien al deslizar un cuchillo hubiera conseguido arrugar el aire y desgarrar el tejido en dos jirones que Ismael se esforzaba en mantener cerca, pero no cerrados. De los rasgones surgían puntitos dorados que Lisa y Panfilio se disponían a atraer hacia sí con gestos de las manos.

—¡Señorita Valmori! —Me apremió el director, instándome a apretar con fuerza mi frasco e imitarlo.

Lo sostuve con firmeza frente a mí y traté de recordar las enseñanzas de Bianca en la Cúpula de Astronomía. Acaricié pacientemente el aire, ahuecando la mano. Para mi sorpresa, cayeron sobre ella unos granos de polvo. Eran tibios y ásperos, y me dio la impresión de estar agarrando un puñado de cerillas. Una ligera fricción habría bastado para encenderlas. Por suerte, se dejaron arrastrar hasta el interior del recipiente, flotando como luciérnagas. Mi pequeño logro me hizo sonreír.

—Eso, tú no te apures, Valmori… Que yo puedo aguantar todo el día.

Me sobresalté al oír la voz irónica y fatigada de Ismael. Lo observé unos segundos mientras recogía más polvo. Su rostro se asemejaba al de una escultura eternamente concentrada en un acto de sufrimiento. El sudor le empapaba la frente y el cuello, y sus ojos entornados suplicaban una tregua. Trabajé para concedérsela.

A mi lado, Lisa se movía entre los granos, recogiéndolos sin atraerlos. No les dejaba opción y tapaba los frascos con rapidez. Panfilio, por el contrario, se limitaba a permanecer inmóvil, con las manos abiertas y los ojos cerrados, canalizando como un ánfora los granos que llenaban sus numerosas reservas.

Inhalé y retiré tanto polvo como pude. Pensaba en mi mano no como un contenedor, sino como un polo que lo atraía todo. Volví a inspirar, y esta vez el polvo respondió. Los granos más próximos empezaron a motear mis dedos, que se llenaron, y luego descendieron por mi brazo, hasta cubrirme con un guante de luz. En un instante, todo el polvo varió su curso y comenzó a danzar a mi alrededor, descendiendo hasta rozarme, para correr en torno a mis brazos extendidos y cercar mi cabeza como una corona de luz. Era una sensación tibia y trepidante, como si pudiera incendiarme en cualquier momento. Esa idea, por alguna razón, no me asustaba, más bien me enardecía.

—¿Qué me dices ahora, Segredo? —Las palabras murieron en mi boca.

Ismael se había despegado del suelo y ahora parecía que era la grieta la que lo tenía como rehén, ya que se ensanchaba para dejar pasar un flujo cada vez mayor de polvo, que fluía hacia mí. El aire crepitaba y los hilos de polvo se agitaban como movidos por una brisa inexistente.

—Ismael, ciérralo —ordenó Panfilio con fingida calma, justo antes de acercarse a mí y atraer los granos hacia él. Abrió las manos, pero el polvo no obedeció. Seguía danzando a mi alrededor con una densidad cada vez mayor.

Ismael empezó a juntar y a apretar las manos, pero la grieta chisporroteaba y no parecía dispuesta a que la cerrasen. Era como un choque de magia. El rígido damero de energía que rodeaba a Ismael se había replegado sobre sí, concentrado en el mismo esfuerzo. Ismael estaba al límite.

—Valmori, escúchame con atención. —Panfilio tiró de un extremo de mi capa para obligarme a mirar hacia abajo—. Debes soltar el polvo. Ya.

¿De verdad tenía que hacerlo? Ladeé la cabeza y estudié su expresión serena, que contrastaba con el rostro ansioso de Lisa. Al fin y al cabo, solo había seguido sus instrucciones. Extraer el polvo de estrellas y la sensación que producía resultaban tan agradables

que no podía haber nada malo en mi acción. Sonreí y dejé que los granos siguieran fluyendo. Las voces a mi alrededor empezaron a desvanecerse.

Lisa me dio una bofetada y el dolor cayó como un jarro de agua fría en una cama aún caliente.

Era necesaria: el poder me estaba controlando y tenía que despertar. No sabía cómo hacerlo, pero bajé las manos y las escondí tras la espalda, espirando por última vez para después contener el aliento. Tenía que aplacar las brasas de mi interior, el fuego que exigía alimento. Los primeros granos empezaron a dispersarse y el flujo se ralentizó, tanto que Ismael consiguió estrechar la grieta. Más, cada vez más, hasta que uno de sus brazos cedió y cayó a lo largo de su costado como inanimado.

La grieta se convirtió en una fisura y a través de ella atisbé un trozo de cielo y una cúpula.

Panfilio corrió a sustituir a Ismael y, con un esfuerzo que le hizo temblar, remendó el desgarrón, volvió a anudar los hilos de la magia hasta que desaparecieron y restableció la calma entre las pilastras.

Recuperar el aliento fue como emerger del mar. El oxígeno fresco en los pulmones me devolvió la lucidez.

—Has asistido a un ejemplo de situación crítica, Valmori —resolló Ismael, arrodillado en el suelo con una mano aferrada a su brazo. Lisa estaba a su lado y le ofreció ayuda para levantarse—. Puedo solo —soltó, empujándose hacia atrás para recuperar el equilibrio.

—¿Ya no quieres mi ayuda, Isma?

—Nunca la he querido —respondió él con decisión. Luego se acercó para ayudar a Panfilio.

Me esforcé en bajar la mirada para ocultar la sonrisa de satisfacción que no me permitía encoger los labios.

El director se secó la frente sudorosa con un pañuelo de algodón y me dirigió una mirada entre asombrada y perpleja.

—Electrizante, ¿verdad? —dijo con voz ronca, casi sin aliento—. Hoy ha visto lo que ocurre si el polvo de estrellas despierta en monumentos u objetos robados. Se abre una puerta hacia el lugar

de origen.

Reflexioné sobre el significado de aquellas palabras; sobre la frecuencia con que las leyendas humanas mencionaban pasadizos entre las ruinas o advertían de casos de inexplicables desapariciones en determinados lugares. Muchas de ellas podían ser ciertas.

—¿No podría ser una oportunidad? —pregunté, recogiendo el poco polvo que quedaba.

—Muchos lo han intentado, pero los resultados siempre fueron desastrosos —intervino Ismael, peinándose sus desgreñados mechones antes de que Lisa se acercara más—. El pasadizo es inestable, amenaza con ampliarse y engullir lo que lo rodea. Los arcanistas intentan comprender el fenómeno, pero sus investigaciones están en una fase inicial. —Se giró para mirar las dos columnas, sin soltarse el brazo, y reconocí en sus ojos un dolor distinto. Era como mirar a un animal atrapado en una jaula de glifos espléndidos. Ismael estiró una mano sin llegar a tocar las columnas —. Las robaron sin conocer siquiera el idioma, ¿entiendes? Porque eran hermosas, como si la estética fuera el fin de toda creación. Estas tallas eran un canto para su pueblo y, cuando se las llevaron, lo dejaron mudo. Lo que viste abrirse no es un portal, es una herida.

CAPÍTULO 24



Lisa fue liberada oficialmente, como había prometido Panfilio, y yo le pedí que se reuniera conmigo en Sotobóveda. La decisión de la Hidden Society me colmó de esperanza, pues me sentía respaldada en mi investigación. El primer brote de confianza echaba una tímida raíz y confié en no haber sido una loca al plantarlo en invierno, en tierra estéril.

Traía puesta su capa de arcanista, pero, incluso así vestida, no parecía sentirse a gusto entre las estanterías de Sotobóveda, como si fuera mucho más ajena que yo a todo aquello, pese a que ella sí era una maga, mientras que en mi caso… todavía no estaba claro.

—Cuéntame en qué punto de la indagación estás —me dijo, tal vez para demostrar su intención de cooperar.

—Ojalá estuviera en algún punto… —suspiré, atrapando mi farolillo antes de que se estrellara contra la pared—. Tengo las primeras palabras de una frase que no sé cómo concluir.

—Esperanzador… —Sonrió con un parpadeo burlón, aunque advertí el esfuerzo que le costaba concretar el sonido de cada palabra, como si el collar fuera un filtro que ponderaba cada sílaba —. ¿Qué has hecho hasta ahora?

Estudiar e intentar engañar a la institución mágica más antigua de Italia para que me admitieran. Así que quizás ambas nos parecíamos más de lo que pensábamos.

—Me he dedicado a indagar en un amplio espectro para valorar todas las posibilidades…

—¿Te han dicho alguna vez que mientes fatal? —me interrumpió, al tiempo que se mordisqueaba una uña.

Era casi mediodía y el sol, con su esplendor pálido, se alargaba en conos de luz que apenas bastaban para iluminar Sotobóveda y que, sin las lámparas encendidas, dejaban zonas oscuras.

—Demasiadas veces.

—Entonces debes aprender a esconder una mentira detrás de una verdad a medias. Te propongo un juego: tú afirmas tres cosas y yo tengo que descubrir cuál es la verdadera. ¿Trato hecho? —preguntó, mirándose las uñas, ahora cortas y redondeadas sin su artefacto.

Me pasé una mano por el cuello, nerviosa incluso antes de empezar el juego, ante la perspectiva de tener que sostener una mentira. Mis padres eran aprensivos, y sin embargo, en lugar de haber criado a una hija capaz de mentir y de eludir su vigilancia, me habían convertido en un ser transparente. Con el propósito de amoldarme a sus deseos, dejaba al descubierto cada parte de mí, por eso no sabía dónde refugiarme. Tal vez podía aprender.

—Para empezar, te diré que mi primer amor fue Indiana Jones —comencé, contando por los dedos—. Además, tengo carné de conducir y de pequeña estudié piano. —Espiré, convencida de haber hablado en un tono neutro.

Lisa emitió un murmullo de reconocimiento.

—No está mal como primer intento, buena exposición. Por desgracia, es obvio que la verdad es la primera afirmación.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté impresionada, perdiendo el mínimo rastro de seguridad en mí misma.

Me miró con la cara de quien ni siquiera ha hecho un esfuerzo.

—Hay dos tipos de mentiras. Uno es la inversión de la verdad.

Tener carné de conducir es algo normal, y se te ha ocurrido que una característica que te distingue es no tenerlo, de manera que le has dado la vuelta a esa afirmación para convertirla en una mentira. El segundo tipo son las variaciones de la realidad. En este caso, tenía dos opciones, pero como estudias arqueología…

Asentí para confirmar la exactitud de sus deducciones.

—Ahora te toca a ti.

—Una: soy coreana —dijo sin asomo de vacilación, agitando la cola de pelo negro azabache a su espalda—. Dos: tengo una hermana pequeña —continuó, girando un anillo rojo entre sus delgados dedos—. Y tres: fui novia de Ismael —concluyó, mirándome a los ojos.

No estaba preparada para sentir cómo se me encogía el estómago y se me tensaban los hombros, como si intentara proteger algo pequeño e indefenso que se había estado escondiendo en mi interior.

Reflexioné en voz baja, intentando contenerme y calmar la punzada de un dolor al que no quería poner nombre. Temía confundir su nacionalidad, pues no tenía la experiencia suficiente para identificar su rostro en forma de corazón, sus labios pequeños pero carnosos de color cereza y sus ojos rasgados y perfilados hacia arriba por una línea de brillante delineador negro. La afirmación sobre su hermana me pareció muy simple, por tanto…

—Fuiste novia de Ismael.

Lisa ocultó una sonrisita detrás del pulgar, que oprimía sus labios fruncidos y arrogantes.

—Incorrecto.

Intenté ignorar la estúpida oleada de alivio que inundó mi pecho y me hizo sentir más ligera mientras reanudaba la marcha.

—¿Eres coreana?

—Solo a medias. Mi padre era funcionario en la Embajada coreana en Italia cuando mi madre actuó allí como violonchelista. Un año después nací yo, y tres años más tarde, mi hermana.

Tamborileé despacio sobre la cartera en un aplauso amortiguado

por el suave cuero.

—Se te da muy bien este juego. O bien yo soy muy mala.

Se encogió de hombros, sin fingir modestia.

—El truco consiste en decir medias verdades: no cabe duda de que parezco coreana y, aunque nunca fui novia de Ismael, hacíamos todo lo que harían los novios.

De repente, el balcón me pareció frágil y bajo, y el vacío lo bastante grande como para arrastrarme y devorarme en su vientre, dejándome suspendida en una caída perpetua, sin estruendo. Solo un vuelo constante, náuseas y mareos. Me esforcé en cambiar de tema.

—¿Por qué nos atacaste en el Festival de la Media Luna?

Una arruga se concentró en el centro de la frente de Lisa, poniendo de manifiesto una sorpresa incómoda.

—No tenía elección, solo quería ser libre.

Lo dijo con el fastidio de un animal acorralado, y al mirarla me pregunté si la misma capa que a mí me hacía sentir parte de una nueva vida no la había arrastrado a ella a una vieja prisión.

—¿Libre para hacer qué? —le pregunté.

Ella me examinó con atención.

—No lo entenderías. Tú pareces haber nacido para todo esto, pero yo… soy otra cosa. Y no digas ladrona. De verdad que no tenía elección.

—¿Quién fue?

Una vez más, la voz de Lisa se ahogó en su garganta a causa del collar y se mordió los labios de forma brutal, como si fuera culpa de ellos, como si al lastimarse fuera a soltar las palabras.

¿Qué aspecto tenían las víctimas? En aquel momento solo pensé que debía de ser similar al de Lisa, que las sombras debían de esculpir aquellos rostros igual que el suyo, anidar bajo sus ojos y sus mejillas mientras caminábamos, alternando conos de luz y oscuridad. ¿Por qué mi corazón se mostraba tan dispuesto a creer en la inocencia de cualquiera? Probablemente Ismael me habría recordado que había quien sabía fingir mejor que yo, y entonces tal

vez yo habría replicado que era preferible pecar de ingenuo que de duro. Además, tratar a Lisa con un mínimo de amabilidad no significaba darle las llaves de mi joyero.

—No importa —dije—. Lo descubriremos. El profesor Gritti confía en mis poderes, y yo, si me aplico, podría quitarte el collar.

Los ojos de Lisa seguían apagados y duros, y fruncí los labios, imaginando que ella no era tan optimista.

—Ten en cuenta que puedo ser una estudiosa concienzuda, sobre todo con los temas que me apasionan —puntualicé mientras avanzábamos hacia una zona desierta del balcón.

Evité añadir que, con el paso de los días, mi determinación por encontrar el colgante disminuía, sustituida por el entusiasmo de la sabiduría mágica que al fin tenía a mi alcance. Aun así, si de verdad el colgante era uno de los cuatro *najtna* perdidos, merecía la pena encontrarlo.

Lisa me agarró de la solapa de la capa y, sin previo aviso, me empujó hacia la zona de atrás de Sotobóveda, lejos de las miradas del resto de los alumnos.

—Deja de buscarlo. —Sus ojos se habían encendido de pronto, pero no con el aire travieso de la terraza o la maldad de la Fiesta de la Media Luna: reflejaban terror—. Abandona la búsqueda y sal de aquí, es peligroso y…

El collar estranguló su voz una vez más. Ni siquiera supe qué decir mientras Sun se alejaba a la carrera.

* * *

La verdad se hallaba en la garganta de Lisa, y ninguna de mis preguntas había conseguido desenterrar nada. Ya no sabía distinguir quién mentía y quién intentaba ayudarme y, como hacía siempre que tenía dudas, me refugié en los libros. Había localizado un ejemplar que relataba el nacimiento del primer *najma*. Dediqué días a

sumergirme en sus páginas para profundizar en un saber originario de la antigua Asiria. En el pasado, allí estuvo la academia de magia más importante del mundo, donde se reunieron durante años los mejores magos y magas de la época. Tardaron decenios en establecer una teoría y otros tantos en formular el ritual. Por fin, una noche de luna nueva vincularon el poder de la estrella más brillante a un artefacto. Así nació la primera joya estelar, el *najma* del sol. En los siglos sucesivos se crearon otras, pero el libro concluía con el *najma* concebido por el grupo de trabajo dirigido por el astrónomo Aryabhata. Era un pacto entre magos y estrellas y, una vez estipulado, no podía quebrantarse, solo transmitirse. Cualquiera que poseyera un *najma* era considerado un guía en el mundo mágico.

«Un guía». Recordé las palabras de Zora al introducir su carta del tarot de las estrellas para marcar la página en el volumen que estaba leyendo, abierto sobre una mesa de Sotobóveda.

En los últimos días, *magister* Gritti había pasado varias veces por allí para felicitarme por mis estudios y mi progreso, aunque era el único que lo notaba. Me habían incluido en la lista de alumnos considerados una bomba de relojería más que una promesa de la Academia. Mi poder no estaba bajo control. Las brasas que llevaba dentro parecían estar indisolublemente ligadas a mí. Cuando me sobresaltaba a causa de cualquier ruido fuerte, percibía el calor, que se expandía como una manta sobre mis hombros. Y cuando me concentraba demasiado, juraría que sentía humear las orejas, aunque cuando me miraba al espejo estaba segura de que no emanaba bocanadas de vapor. Hundí la mejilla en la palma de mi mano y, con la punta de los dedos, me masajeé las sienes.

—Valmori.

Las uñas se hundieron en la piel con el sonido de la voz de Ismael. Ninguno había mencionado el beso en la biblioteca, y yo, quizás como una tonta, esperaba su señal. Pero después de la discusión por el rubí, nos habíamos visto cada vez menos. Él había sido el primero en alejarse, y a mis ojos había perdido la batalla silenciosa conformada por miradas y disimulos que llevábamos

disputando desde el primer año de universidad. Ya no tenía ninguna intención de castigarme ni de humillarme tanto como para pedirle una explicación. Claro que era difícil. Su perfume de sándalo soplaba sobre el polvo con el que intentaba cubrir el recuerdo de sus labios. De no haber sido tan perfectos, tal vez hubiera podido olvidarlos con facilidad, o dejar de atormentarme antes de dormirme y soñar con ellos. El beso había sido increíble, pero le faltaba el sabor de un sueño hecho realidad después de tanto tiempo. Era, más bien, una condena. Como manchar un papel con una sola gota de tinta, reconocer el vacío a su alrededor y querer llenarlo de palabras. Deseaba que Ismael Sagredo escribiera cada uno de sus deseos en mi piel con la punta de los dedos y apretase hasta que se quedaran grabados en ella. Deseaba que alcanzara mí parte más profunda, la que estaba segura de que no se había imaginado que, durante unos instantes, me había besado. Esta vez, como tantas otras me mostró su mirada impenetrable.

—¿En qué puedo serte *inútil*? —suspiré, convencida de que me llamaba solo por el gusto de distraerme de la lectura. El recuerdo de mi nombre grabado en su voz se desvanecía; había vuelto a referirse a mí por el apellido.

—Por el momento, estás haciendo un gran trabajo… interponiéndote en mi camino. Debe de ser un talento natural. —Sus labios eran como astillas, y la voz que le salía sonaba hiriente.

—Estoy sentada en la esquina de una mesa, ¿cómo puedo estar importunándote?

Levanté la cabeza y me retiré el flequillo para descubrir que tenía una carpeta debajo de la axila y le daba vueltas a una pluma entre los dedos. Detrás de él, varios alumnos desplazaban las mesas hacia un lado de Sotobóveda. Jacopo se había encaramado a una escalera para clavar un festón azul y plateado en las vigas de madera que sobresalían de la pared. Encima de mí, Leo hacía lo mismo, colocando cintas brillantes en el balcón.

—La Noche de Polaris, Valmori.

A Ismael le encantaba enseñar, en especial ante mi expresión

perpleja y perdida.

—¿Es hoy? ¡Pensaba que era el 21 de diciembre!

—Hoy es 21 de diciembre.

Ismael pasó el índice por el borde de la carpeta, para después golpetear sobre la pinza de hierro que sostenía el bloc de hojas, como si sopesara mi caída de las nubes.

Solté un gruñido de sorpresa. Sotobóveda, la inmensa sala de estudio revestida de libros y espacios de lectura, se estaba transformando en un salón de baile. Finos manteles azules se posaban sobre las mesas normalmente cargadas de volúmenes, y nuevos cuadros y espejos adornaban las paredes. Algunos alquimistas convertían los faroles flotantes de bronce en reproducciones de plata que emitían una luz fría, como la de la nieve.

—¿En dónde puedo seguir leyendo? —pregunté.

—En ningún sitio —contestó Ismael, metiendo la pluma en la carpeta antes de inclinarse sobre la mesa para agarrar mi libro desde arriba. Deslizó sus dedos por debajo de la portada con cuidado y presionó con el pulgar entre las páginas para que no se estropearan, antes de empezar a tirar de él.

—¡Déjalo! —protesté, poniendo una mano en el lado opuesto, con el mismo cuidado.

—Tienes diez segundos para retirar ese marcapáginas y colocar uno evanescente, después de lo cual perderás la marca y el derecho a estudiar —dijo, comenzando a contar sin dejar de arrastrar el libro hacia sí, ignorando mi intento por retenerlo.

—¿Ismael Sagredo impidiéndome estudiar? ¿Quién eres? — Fortalecí mi agarre al sentir que el papel áspero se me escapaba de forma inexorable bajo los dedos.

—Hoy soy miembro del comité de organización de la Noche de Polaris, y las chicas están vetadas desde ahora hasta el comienzo de la velada.

Me arrebató el libro, pero no lo cerró como había prometido, sino que mantuvo la marca con un dedo, muy próximo a mi carta del

tarot.

—¿Vetadas?

—Bueno, en realidad no es que estéis vetadas, pero, de acuerdo con la tradición, son los chicos quienes se encargan de decorar la sala —me explicó, sacando la carta de entre las páginas y dándole la vuelta para examinarla—. Por supuesto, quien quiera ayudar es libre de hacerlo, pero ¿por qué no aprovecharlo?

Busqué en la cartera uno de los marcapáginas evanescentes que me había fabricado Leo y lo introduje en el libro antes de cerrarlo.

—Prefiero leer. —Me encogí de hombros e intenté disimular el gesto de enfado tras el cuello de mi capa—. Además, ni siquiera tengo ropa adecuada.

Ismael se apoyó en el borde de la mesa y por primera vez en días percibí un tono algo entusiasta en su voz.

—¿Ah, no? ¿Y qué es lo que hay encima de tu cama?

—¿En serio has ido a buscarme un vestido a casa de Domiziana? —le grité, intentando recuperar la carta, pero Ismael la alejó del alcance de mis brazos.

—¿Acaso tengo cara de polilla? Te he encargado uno. Como te has pasado los últimos días con la cabeza metida en los libros, imaginé que no te acordarías hasta el último segundo. Y no, no es que te haya perdonado, pero, ya que nos vamos a ver obligados a estar juntos, no puedo permitir que me hagas quedar mal.

Así que me vigilaba. A su manera, arrogante y molesta, pero no había dejado de observarme. O tal vez de verdad le preocupaba que me presentase en la fiesta con un traje ordinario.

—Muy bien, ¿me devuelves la carta? —Le tendí la mano y me colgué la cartera al hombro.

Ismael se quedó mirándome los dedos y pensé que les pasaba algo, que eran demasiado finos o que las líneas de mi palma le revelaban un destino enigmático, porque no apartaba los ojos de ellos.

—No —pronunció por fin, girando la carta y metiéndosela en el bolsillo—. Ven a buscarla esta noche, te la devolveré bajo las

estrellas.

Un escalofrío me recorrió el brazo extendido y me impulsó a llevármelo al pecho.

Mi mano cerrada se posó en el lugar donde en el pasado había estado el colgante, aunque ahora solo podía sentir el aliento adormecido de mi poder. Era una invitación a reunirme con él, mucho mejor incluso que una reverencia.

Me largué, mascullando un insulto. Por el rabillo del ojo vi que Ismael seguía mis pasos y sacaba su portafolio para verificar la evolución de las tareas y anotar algo con su pluma. Recordé la maravillosa estilográfica en el despacho del profesor Alberini y también que nunca más le había visto utilizarla.

Pasé al lado de Jacopo, que metamorfoseaba un marco y modelaba las esquinas para que parecieran un copo de nieve.

—¿Se puede saber por qué tenemos colgada una fotografía de Gardenigo? ¿Quién pretende estropear la decoración? —preguntó señalando el lienzo.

Desde donde estaba no podía verlo, pues quedaba ensombrecido por el grueso marco, pero Ismael se detuvo ante él y se llevó el índice a los labios. Reconocí la sonrisita que ocultaba, que iluminó sus ojos antes de revelarse.

—No es un retrato, Altieri, es un espejo de los suspiros. Muestra el rostro de la persona objeto de nuestras fantasías.

El rostro anguloso de Jacopo se tiñó del mismo color de su pelo, y yo me escabullí antes de poder mirar el marco, pues sabía muy bien a quién encontraría. La fría lluvia que hacía relucir la piedra y gorgoteaba en los canalones me acompañó hasta el dormitorio.

Ismael no me había mentido. Un vestido de color celeste me esperaba tendido en la cama, acompañado de una cajita. La abrí y encontré dos horquillas plateadas decoradas con una constelación de estrellas.

Sé que la última vez que te regalaron una joya fue para inhibirte.

Estas son para hacerte brillar.
I. S.

¿A qué jugaba? Deslicé un dedo por la suave tela, que se oscureció a lo largo de la línea trazada por mi índice y se iluminó en los pliegues marcados. Se trataba de la estela brillante de un cometa en un cielo que exhibía los últimos rayos del atardecer y las primeras estrellas, lo bastante deslumbrantes como para hacerse notar. Era precioso; en ningún caso, desde luego, el regalo apropiado tras el dolor de cabeza que habían supuesto para él mis meses en la Academia. ¿A qué venía aquello? ¿Quién deseaba que fuera esa noche? Me hice estas preguntas mientras me sumergía en la bañera y desaparecía bajo el agua, manteniendo los ojos cerrados y las mejillas hinchadas para retener el aire. Era el mismo juego al que jugaba de pequeña, imaginando que era la estatua perdida de un navío mercante griego cuya belleza estaba destinada a yacer por siempre en los abismos del océano. Era una niña dramática que se había convertido en una adolescente desconfiada, aunque el regalo de Ismael habría resultado igual de ambiguo para cualquiera.

Emergí para tomar aire y dos horas después estaba lista para cruzar de nuevo el umbral de Sotobóveda en compañía de Bianca y de Leo. Al menos, eso creía. Abandoné mi capa en la entrada y me quedé paralizada. Habían transformado la sala en un triunfo de plata: los farolillos flotantes revoloteaban, danzando en torno a una colosal araña manipulada para lucir como estrella y copo de nieve a la vez. Irradiaba la luz del amanecer, un momento suspendido entre la noche y el día. Los invitados abarrotaban ya Sotobóveda con su discreta presencia y sus elegantes atuendos en matices que recreaban el cielo invernal. A ambos lados de la sala había bandejas con comida espectacular. Por la mesa corría un río de gambas con huevas de pescado decorado con perlas tornasoladas. Un cocinero servía una crema de setas de color añil con el inconfundible aroma de la lluvia entre los árboles. Pulcramente alineados, se disponían cuencos de *kerabu*, un arroz de color azulado rodeado de un sinfín

de guarniciones, de las que no conseguiría probar ni la mitad, en el caso de que no me lanzase directamente a por la pirámide de pasteles de arándanos.

Los invitados subían y bajaban por las columnas de la escalera de caracol, adornadas con una lluvia de purpurina, y desaparecían en la terraza. Por una vez, los libros descansaban en las estanterías, y, en las celdas, los alumnos estaban tumbados sobre cojines, sosteniendo copas en las que se balanceaban vino azul y hojas argénteas.

—Estás obstruyendo el paso.

Jacopo Altieri estaba detrás de nosotros, con los brazos cruzados sobre su traje azul petróleo. Los botones centelleaban para recordar que podía permitirse las piedras más caras, a juego con su *marbiri*, el anillo de diamantes, mientras su mirada confirmaba que aún no había digerido nuestro enfrentamiento en el puente.

—Ven, Bianca, creo que hay un retrato tuyo colgado aquí cerca —dije agarrándola del brazo, dejando atrás a un Jacopo desconcertado que se acomodó un mechón de pelo sobre los ojos, quizás para disimular su vergüenza.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Bianca, ajustándose el broche en forma de media luna que brillaba en su vestido de color marfil.

La pálida aura lechosa que desprendía me hizo pensar en que, si de repente se apagasen todas las llamas, ella se iluminaría con la tenue luz de las lámparas nocturnas.

Vacilé e introduje un dedo entre las gasas de mis mangas. Airear secretos ajenos no estaba nada bien, pero si alguien se lo merecía, era Jacopo.

—Altieri vio tu rostro en un espejo de los suspiros.

La carcajada de Leo hizo que se volvieran muchas cabezas y resonó por las bóvedas como si abriera la veda para que todos charlasen con más brío. En ese instante fue como si la fiesta hubiera empezado de verdad.

—Quien desprecia, paga —canturreó Leo apretándose la pajarita, como si cinco minutos metido en un traje elegante fueran ya

demasiado tiempo para él.

—Creo que el dicho es «Quien desprecia, comprar quiere» —corregí, señalando la comida, mientras miraba a mi alrededor consciente de que, desde mi entrada en Sotobóveda, mis ojos no habían dejado de buscar el perfil de Ismael.

Las mejillas de Bianca adquirieron un color tan rosado como los pétalos de la flor del melocotonero, cerrados para proteger una especie de pudor y algo más, que hacía que fijase la mirada en la punta de los pies, como si compartiera parte de la culpa de Jacopo.

—¡No! —exclamé.

—Por favor, no se lo digas a nadie.

Su voz se entrecortó mientras miraba alrededor, calibrando la distancia que nos separaba de las personas más próximas y lo atentas que estaban a nuestra conversación. Por suerte, la música empezó a sonar desde el fondo de la sala. Leo fingió ignorar de qué hablábamos y, con los pies de tres copas entre los dedos, nos las entregó. En la otra mano llevaba un platillo de crema.

—Por los tesoros encontrados —brindó, mirándonos con el mismo cariño con el que pulía sus queridos artefactos en la Forja. Su cicatriz había dejado de mejorar hacía días y seguía marcando su rostro, pero su sonrisa ya no se resentía. Tras triunfar en su intento de coser el chal de Bianca, había encontrado el ánimo necesario para trabajar.

—Por los sueños perdidos —susurró Bianca, y yo sabía que, pese a haber recuperado su *marbiri*, la herida tardaría en cicatrizar.

—Por las mentiras que nos contamos —se me escapó, sin saber si hablaba de mí o de mis amigos.

Degustamos nuestro vino en silencio hasta que algo me golpeó en el hombro.

Me volví de pronto, segura de haber visto el perfil de Ismael. En cambio, me topé de frente con el menor de los hermanos S agredo, que vestía una túnica blanca con bordados dorados y tenía los ojos maquillados del mismo color. Parecía divertido ante nuestro triste brindis.

—Supuse que necesitarías mi presencia para animar esto un poco. Aquí las fiestas son bastante aburridas —me soltó, al tiempo que se hacía con una copa. Se la acercó a la nariz, y al *piercing* dorado que lo atravesaba, olfateándola—. Sin embargo, la selección de vinos siempre es excelente.

—¿Tú no estudias en la Academia? —pregunté, mientras pasábamos del banquete a una celda para dejar sitio a las parejas o a los grupos que improvisaban los primeros pasos de baile.

—La frecuentó unos meses… —contestó Leo de improviso, y por primera vez lo vi morderse la lengua y contenerse, achicándose a mi espalda.

Nazar tamborileó sus uñas lacadas de negro sobre el cristal con aire burlón.

—Así es. Aquí desperdiciaba mi talento.

—¿Talento para qué? —preguntó Bianca, emergiendo a duras penas de la nube de vergüenza en la que se había hundido.

—Para el caos. —Los ojos de Nazar chispearon. Se bebió la copa de un trago y me tendió la mano—. ¿Quieres bailar, Ámbar, o esperas a mi hermano? Ismael es muy bueno organizando, pero el divertido soy yo.

Di un sorbo a mi copa para despejar la mente y remedar la expresión impasible de Lisa en el juego de verdades y mentiras.

—No espero a nadie, pero hay algo de lo que debería hablar con Bianca. Baila con Leo. —Me moví y empujé a mi amigo artífice hacia delante.

Los dos se miraron un instante. Leo se ajustó el primer botón de la camisa, y Nazar se frotó el *piercing* de la nariz.

—¿Sabes, Ámbar? Puedo percibir ciertas cosas. Aunque, en tu caso, ni siquiera hace falta la magia.

—Espero que percibas que queremos que nos dejes en paz —respondí. Nazar se rio y le señaló a Leo la zona de baile que se había formado en el centro de Sotobóveda.

—No creas que me he olvidado de ti. —Me volví hacia Bianca con una ceja peligrosamente levantada—. Por favor, dime que no te

gusta Jacopo Altieri.

—Si no quieres que diga nada, me callo —sugirió Bianca, buscando el respaldo de un pequeño sofá para apoyarse y abandonar el plato de *mozzarella* que le había dejado Leo. Sus labios se juntaron y se apretaron hasta volverse pálidos y más finos de lo que ya eran. Un sentimiento peor se había impuesto a su embarazo, uno que la hacía remover nerviosamente el vino y fruncir y relajar la boca, como si estuviera a punto de confesar.

—Vale, no es feo, pero tiene el atractivo de una víbora o de una amanita. Yo no me acercaría a él —dije, parada frente a ella, de espaldas a los bailarines, intentando mantener una distancia prudencial con sus codos.

Bianca dio muestras de entender mi comentario y se acarició la larga trenza rubia, animando a los pocos mechones que se le habían escapado a recuperar su sitio. Finalmente, sus labios se abrieron.

—Llevamos dos años juntos.

De mi boca salió un gruñido que chocó con el paladar, produciendo un sonido desagradable y rudo que me arrebató la capacidad de expresar cualquier respuesta.

—No es lo que parece, se oculta tras una máscara. Su padre lo traumatizó y…

—¿Y por qué tiene que actuar así? —La indignación me llevó a recuperar la voz.

Bianca se permitió un largo sorbo de vino y sus ojos vagaron por la sala en busca de una respuesta a la que agarrarse. En su lugar, encontró algo que la hizo respirar de manera agitada, antes de llamar mi atención.

—Jacopo mejora poco a poco. No te pido que seas su amiga, pero espero que más tarde o más temprano puedas perdonarle. Está más solo de lo que crees.

Me frené para no responder «por qué será». Al fin y al cabo, yo también había estado sola y sabía que la soledad suele empezar con un paso atrás con respecto al mundo. Luego la distancia se convierte en refugio y te olvidas de cómo caminar al lado de los demás. Y si te

quedas quieta demasiado tiempo se vuelve una piedra afilada.

—Podría considerar darle una oportunidad, si se quita la máscara.

—Claro —dijo Bianca, distraída. Sus ojos seguían posados en un punto a mi espalda, antes de volver nerviosos hacia mí.

—¿Qué pasa? —Conociendo a Bianca, probablemente habría aparecido un enorme astrolabio y se moría de ganas de ir a examinarlo.

—Ámbar… —Bianca se precipitó hacia mí y me agarró del brazo —. Lo siento…

No fue lo bastante rápida: me giré y descubrí a Ismael a pocos metros de mí. Ni siquiera la fiesta dedicada al invierno le hacía parecer frío. Superaba en una cabeza a la mayor parte de los alumnos que pasaban junto a él y destacaba entre todos ellos por la comedida elegancia con la que se movía. Lucía el traje con la misma severidad que la capa. Las noches de verano bailaban con él, y él bailaba con Lisa.

Sentí como si se me clavasen una aguja entre las costillas y jadeé en busca de una respiración que sonara controlada, normal. Abandoné la copa en un estante, sabiendo que la recriminación del *magister* Panfilio me perseguiría toda la noche, pero derramarla habría sido peor, y en aquel momento no controlaba los dedos. Los coloqué a la altura de las caderas y dejé que la gasa de las mangas me los tapara.

—¿Qué es lo que sientes? —le pregunté a Bianca, retomando el hilo de sus palabras.

Esperaba que sintiera estar con un chico problemático, o haberse comido el último pastel de arándanos. No estaba preparada para oír que sentía ver a Ismael con otra chica. Él tenía derecho a bailar o a hacer lo que le diera la gana con quien quisiera, pero el enorme, el gigantesco problema era que yo estaba celosa. Supercelosa.

—Escucharé tus mentiras, si necesitas a alguien a quien contárselas, hasta que tú también te las creas. —Bianca me pellizcó el brazo y el dolor me hizo saltar. Le devolví el favor y la empujé hacia los cojines del sofá.

—Gracias —dije, hundiéndome a su lado en el asiento—. Por el momento, me gustaría que me dijeran que no soy tan transparente.

—Pero lo eres… —respondió ella mientras se servía un trozo de tarta. Durante unos minutos comimos en silencio, mirando las altas ventanas que se abrían hacia el jardín oscuro.

De repente, Bianca sacudió la cabeza y dijo:

—El asunto es que él también… —Pero se interrumpió. La silueta de Jacopo apareció en el reflejo del cristal y pensé que era hora de concederles un poco de intimidad.

Pasé al lado de Jacopo mirándolo con la escasa simpatía que me inspiraba. Mientras me dirigía hacia el fondo de Sotobóveda, lo vi sentarse en la butaca frente a Bianca y, simplemente, observarla, con la fuerza de su secreto encerrada en un silencio que nunca había conseguido interpretar.

Ismael me había citado bajo las estrellas, que, en Sotobóveda, y durante aquella fiesta en particular, estaban por todas partes. Crucé un arco desde el que descendía una lluvia de chispas luminosas que se quedaron prendidas en mi pelo como cristales de hielo y pasé al lado del gran fresco que representaba nuestra galaxia con la exacta colocación de los planetas a lo largo del tiempo, pero no había rastro de mi *magister*. Por el contrario, bajo el gran copo de nieve, avisté dos figuras que nunca habría esperado encontrar juntas.

Domiziana tenía los brazos cruzados, tapados por una capa a juego con un vestido azul grisáceo que recordaba más ceñido. Ahora caía holgado y pesado sobre la delgada figura de mi madrina. Frente a ella estaba el profesor Gritti, que señalaba los dibujos cambiantes que se abrían y cerraban sobre sus cabezas. Traté de evitarlos, pero la mirada de Gritti se cruzó con la mía y me invitó a unirme a ellos.

—Acérquese, señorita Valmori, precisamente le estaba mostrando a *magistra* Falier las decoraciones ideadas para celebrar la noche más fría y larga del año. También en esta ocasión he sido yo el encargado de dirigir el diseño de la estrella.

Me acerqué a regañadientes e imité a Domiziana, adoptando su postura de brazos cruzados para poner una barrera entre nosotras.

—¿Qué haces aquí?

—La Noche de Polaris es un evento apreciado por toda la comunidad mágica. Es una tradición anual que yo y muchos otros maestros vengamos a la Academia para conocer a las nuevas mentes de Seledia y dejarnos llevar por la nostalgia. —Todavía era capaz de hablar con su indiferencia refinada, como si nada hubiera sucedido.

Me costaba figurarme a Domiziana como una adolescente; sin embargo, sí veía con claridad la rivalidad exacerbada que la unía a Gritti.

—Enhorabuena por la decoración, profesor Gritti —dije, señalando el copo de nieve sobre nuestras cabezas—. ¿Esta es Polaris?

Gritti se acomodó el pañuelo en el bolsillo.

—En una representación muy libre, pero sí. Creo que nuestra Academia puede tomarse la libertad de mirar al cielo con creatividad, de apoderarse de lo que vemos para hacerlo un poco más nuestro.

No me dio tiempo a formular una respuesta, pues Domiziana estalló en una carcajada amarga.

—Ha hablado el experto en apoderarse de lo que no es suyo.

El profesor sonrió como si le hubieran dedicado un piropo.

—*Magistra* Falier, no procede arruinar esta hermosa velada con viejos rencores, ¿no cree?

—¿Qué pasó en realidad? —pregunté sin poder contenerme.

Domiziana levantó la barbilla con aire de desafío, invitando a Gritti a detenerla.

—Como ya te conté, hace muchos años sospeché de la existencia de una estrella y, como era joven e ingenua, decidí compartir mi convencimiento con un compañero de curso, Bartolomeo Gritti. Durante años estudiamos juntos y, cuando logramos demostrar su existencia… él se me adelantó y presentó el hallazgo en solitario.

Gritti se retiró un trozo de hielo del hombro.

—*Magistra* Falier, ¿niega su intención de atribuirse la mayor parte de los méritos del descubrimiento? Aún recuerdo la sensación de

traición cuando descubrí los papeles que se presentan ante el organismo de los mejores astrónomos del mundo, en los que mi nombre figuraba en calidad de asistente —replicó, y por más tranquila que sonase su voz, percibí que la ensuciaba una pizca de resentimiento.

—Fui yo quien inició el estudio, merecía encabezarlo —respondió Domiziana—. Merecía más.

Yo sabía que se refería al puesto de profesor de Astronomía.

—Yo… debo encontrar a Sagredo —murmuré, arrepentida de haber hecho la pregunta.

Apenas me escucharon, ocupados en un toma y daca que me permitió alejarme.

Evité fijarme en los cuerpos que bailaban y que se acercaban cada vez más a medida que las luces se atenuaban. Juraría que la temperatura había descendido un par de grados desde mi llegada. Fuera como fuese, mi piel no estaba preparada para el frío que me invadió al salir a la terraza. El hielo invernal anestesió mis pensamientos y, por un segundo, solo pude ver Venecia desplegada ante mis ojos. La noche era tan clara que me parecía poder tocar la ciudad con solo extender las manos, pero las mantuve muy próximas a mí, pegadas a los codos para conservar el escaso calor que conservaba.

Había estrellas. Me volví y descubrí una figura apoyada en una columna, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada. Ismael estaba a unos pasos de mí y me examinaba de arriba abajo.

—Has tardado en encontrarme.

Mis ojos se refugiaron en las copas de los árboles que había bajo nosotros. Me esforcé en sonar natural cuando respondí:

—Estabas ocupado bailando. —Mi aliento exhaló vapor.

—Y tú comiendo arándanos y revoleándote en los sofás. —Sus labios emitieron la frase con delicadeza, pero había un destello de burla en sus ojos.

Me habría gustado echarme a reír, pero pensar en él dando vueltas con Lisa, preciosa con su vestido plateado, empujó las

comisuras de mis labios hacia abajo en una expresión de dolor que no quería dejarle ver. Y además, en teoría, todavía me odiaba por haberlo engañado.

—¿Ocurre algo? —Su mirada se afiló de repente, y me analizó en busca de una respuesta incluso antes de escucharla de mi voz—. ¿Tienes frío? —me preguntó, y yo asentí, contenta por una vez de disponer de una buena excusa para ocultar la verdad. Una verdad por la que, estaba segura, se habría burlado de mí hasta…

La idea giró como una llave entre mis recuerdos. Me resultaba imposible pensar en el día en que no volviera a verle, porque en mi mente seríamos rivales para siempre. Habíamos participado en las mismas excavaciones, discutido sobre la datación correcta de un jarrón y expuesto nuestros resultados en las mismas conferencias. Nunca se me había pasado por la cabeza que pudiera tener otros planes.

Parpadeé y me lo encontré plantado delante de mí.

—¿Puedo? —me preguntó y, a juzgar por su gesto de desconcierto, no era la primera vez que lo hacía.

—¿A qué te refieres? —Sacudí la cabeza y vi que esbozaba una sonrisa.

—¿Valmori pidiéndome que repita algo? Hoy es un día excepcional —dijo, señalando mis brazos—. Es un vestido templado. Debería mantenerte caliente, pero…

—Pero como soy una pseudomaga o a saber qué… —concluí, liberándolo de la tarea de tener que recalcarlo. Me parecía ridículo pensar que Ismael hubiera dudado si mofarse de mí, cuando siempre había sido su entretenimiento favorito.

—¿Entonces puedo ocuparme? —insistió, mostrándome las manos, como si yo no conociera de memoria cómo se doblaban o se agarraban a una pluma estilográfica.

Por toda respuesta, me acerqué un paso más y permití que me tocara los hombros, que me envolviera. Sus meñiques rozaron mis omóplatos y sus pulgares cubrieron mis clavículas, mientras sus palmas friccionaban la tela con suavidad. Solo nos separaban sus

brazos, ligeramente flexionados. Alcé la barbilla cuando la primera oleada de calor se propagó desde el pecho hasta mis extremidades superiores.

Detrás de Ismael estaban las luminosas y frías estrellas del invierno, y sin duda era culpa suya que solo pudiera pensar en lo guapo que era.

—Bailabas con Lisa.

Mi voz habló sin mi permiso, y los dedos de Ismael se detuvieron, sin soltarme. Su rostro se tensó.

—¿Estás celosa?

Lo miré, confiando en que no leyera la verdad en mis ojos.

—Por supuesto que no. Me preguntaba si tienes alguna novedad sobre el colgante —solté la primera idea mínimamente sensata que se me ocurrió.

—Pues sí —respondió, retirando las manos tras un instante de duda y cruzándolas a la espalda con una sacudida que dio la impresión de ser casi dolorosa, lo que hizo que se enderezara y recuperara la seriedad—. Lisa me pidió que nos alejáramos para poder hablar en privado, pero no me apetecía quedarme a solas con ella, así que le propuse bailar. Nadie escucha las conversaciones de los demás mientras baila, están demasiado concentrados en averiguar dónde poner los pies o las manos.

—¿Qué te ha dicho? —Me pellizqué los labios con el dedo índice para que pareciera que solo estaba nerviosa, no nerviosa y con una sonrisa de alivio.

—Insiste en que lo mejor es renunciar a la búsqueda del colgante y, en consecuencia, a las indagaciones sobre tu poder. —Por la forma en que estiró la mandíbula entendí que desaprobaba la idea—. ¿Tú qué opinas?

—A mí me dijo lo mismo. No sé. —Miré a mi alrededor y señalé con la cabeza hacia el fondo de la pasarela que rodeaba Sotobóveda. Ismael asintió, captando mi intención de caminar—. La última vez que busqué respuestas me persiguieron por un callejón oscuro. Aquí estoy a salvo y puedo visitar bibliotecas cuyo final aún

no he visto.

—¿Qué ha sido de la arqueóloga que deseaba entrar en el E-gipar de Ur y catalogar las piezas del primer museo que existió? —Ismael se situó a mi lado con una extraña sonrisa.

—Está aquí y sigue teniendo el mismo sueño. —Me sonrojé, recordando en qué contexto lo había confesado.

Lo había soltado en mi discurso de graduación, algo achispada después de tres copas de prosecco, convencida de que nadie me escuchaba aparte de Domiziana, mis padres y un puñado de compañeros a los que perdí de vista tiempo después, algunos por trabajo y otros porque dejaron la ciudad.

Ismael se graduó ese mismo día, pero a él no lo acompañaba nadie. Yo insistí en quedarme en el aula, a pesar de que ya había recibido mi diploma, solo para asistir a la presentación de su tesina. Recibió una matrícula de honor y, aunque yo estaba segura de que buscaba a alguien entre el auditorio, solo me encontró a mí, lo que quizás supuso para él una enorme desilusión. Estaba convencida de que después se había marchado a casa enseguida, y probablemente así fue, pero había oído parte de mi confesión al pasar por donde yo estaba.

Ismael se detuvo para cederme el paso por un estrecho pasadizo protegido por el arco de una aguja.

—Entonces, ¿por qué dudas?

—Porque investigar me llevó a encontrarme en un callejón, acosada por cinco… ¿Qué eran esos tipos? ¿Sicarios? ¿Ladrones? ¿Espectros? Ahora mismo temo más a los vivos que a los muertos. —Pasé y me volví para caminar hacia atrás y poder mirarle a la cara.

—Y también te trajo aquí —rebatió Ismael, inclinando la cabeza para cruzar bajo el arco, con las manos hundidas en los bolsillos, sin quitarme los ojos de encima—. De todas formas, mi teoría es que eran ladrones tras la pista del colgante, pero alguien fue más rápido. ¿No quieres averiguar quién? Podrías ser la legítima propietaria de uno de los cuatro *najma* perdidos. Son un tesoro de valor incalculable. Y también descubrirías más cosas sobre tus poderes.

—No me mires como si fuera el mecanismo de la máquina de Anticitera. No soy un misterio por resolver.

Extendí la mano para tocar la pared y mantener el equilibrio mientras seguía poniendo un pie tras otro hacia atrás. Ismael caminaba despacio, a un par de metros de distancia, aunque, de haberlo querido, sus piernas podrían haberme alcanzado y adelantado en dos zancadas.

—¿La calculadora mecánica más antigua que ha desconcertado a decenas de científicos y arqueólogos? Valmori, déjame decirte que tú eres un enigma mucho más complejo.

Mi fuerte y fingida carcajada resonó en los arcos de la terraza.

—Muy gracioso. Creo que investigaré a partir de mañana, o de pasado mañana. Esta noche solo me gustaría bailar. —Odié que mi afirmación tuviese el sabor de una petición.

Ismael sacó las manos de los bolsillos y giró las muñecas, dejando al descubierto las palmas.

—¿En vez de celebrar la declinación negativa del sol que concede a las estrellas la noche más larga?

—Iré a presentar mis respetos al gran astrolabio más tarde —respondí, esforzándome por reforzar la ironía—. Buenas noches. —Giré los pies y corrí hacia la primera puerta que daba al balcón interior.

Solo había dado un par de pasos cuando sentí un apretón firme pero suave en mi muñeca. Los dedos de Ismael se habían cerrado alrededor de la tela de mi vestido. Sentí el contraste entre sus cálidas manos y la dureza de sus anillos.

—¿No sabes que hay que tener cuidado cuando se expresa un deseo bajo las estrellas? —Me agarró de la mano y la levantó justo por encima de mi hombro—. Podría hacerse realidad.

Me encontré con su otra mano y me sorprendió la facilidad con la que se entrelazaron nuestros dedos.

Lo miré fijamente. Mis ojos se abrieron de par en par, como sucedía en el pasado siempre que Ismael completaba una de mis respuestas en clase, pero ahora exigían una explicación.

—Solo por esta noche. Mañana podemos volver a detestarnos.

Me rozó el meñique de latón sin dudarlo y levantó los brazos para guiarme para que pasase por debajo de ellos.

—Ahora mismo te detesto más que nunca, Sagredo.

Las mejillas de Ismael se relajaron, como lo habrían hecho al apoyarse sobre una almohada, rebajando la rigidez que mostraba durante el día. Sus labios se entreabrieron. Parecía a punto de hablar, pero en lugar de eso me condujo por el pasillo. Sus piernas se movían entre las ondas de mi vestido, con armonía. Me soltó de una mano y eso le permitió liberarse, pero volvió a asirla enseguida. Lo percibí en la tensión de sus dedos: no me habría dejado ir por nada del mundo.

Mis pies se deslizaban dirigidos por el tacto de Ismael y, aunque siempre había sido una bailarina mediocre con un aceptable sentido del ritmo, me movía al compás del eco de la música que procedía del interior. La palma de su mano se posó entre mis omóplatos y mi espalda obedeció, reclinándose hacia atrás. Incliné la cabeza hasta que sentí que el pelo me rozaba la espalda.

Las estrellas parecían reírse de nosotros, divertidas por el capricho del destino que nos había reunido allí arriba.

—Nunca me habían hecho caso —dije de pronto, con la mirada dirigida al cielo.

—Yo, en cambio, creo que se confabulan cada noche para destruir mis planes —replicó Ismael, levantándome de nuevo, con el brazo repentinamente rígido.

—Entonces sí que me conceden mis deseos.

Me coloqué el pelo detrás de los hombros con gesto triunfal y luego me fijé en su brazo para tratar de entender qué lo había hecho reaccionar, pero no parecía haber nada extraño.

El dedo índice de Ismael se posó en mi barbilla para alzarla.

—¿Así que es tu culpa que el Palacio Sagredo haya elegido heredero a Nazar, a pesar de que mi hermano no sepa manejar la vieja lámpara de araña del salón ni qué cojines hay que acariciar una vez por semana?

Sus ojos desprendían un brillo mordaz que reconocía: lo utilizaba para ocultar una mirada más triste.

—Quizás las estrellas tengan mejores planes para ti. ¿Quién dice que tu camino tenga que ser heredar el Palacio Sagredo? —susurré, esforzándome por no mirar sus labios.

—Lo dice todo el mundo. Me lo llevan repitiendo desde niño: yo sería el heredero de los Sagredo. Dediqué años a conocer cada piedra, a estudiar la historia de nuestra familia y la colección de objetos antiguos. Naz, en cambio, se entregaba a cualquiera de sus aficiones. Primero fue la moda, luego el baile, y ahora es un artista. Me alegro por él. No consigo entender por qué, cuando nos sometieron al dictamen de la casa, esta lo eligió a él. —Se llevó una mano a la cara, para esconderse—. Sin pretenderlo, esta se ha convertido en la noche de las confesiones.

—Yo llevaba meses preparándome para ser la más brillante arqueóloga y, en cambio, desaparecí de repente, hace ya un año. —Era la primera vez que lo verbalizaba y me sentí segura hablándole de ello.

—Lo sé. —Se apartó la palma de la mano de la cara para acariciar las horquillas que me había regalado.

—Puedes pensar que las estrellas la han tomado contigo —dije levantando una mano para rozar su pecho—, o confiar en que te guían hacia un destino mejor —Introduje los dedos en el bolsillo de su camisa y saqué mi carta del tarot—. Yo elijo la segunda opción.

Mis pupilas se dilataron cuando la luz de un farolillo flotante iluminó el rostro de Ismael y descubrí su expresión. Estaba a punto de separarme, en un intento de resistir la gravedad que nos atraía. Pero lo deseaba. La conciencia se me retorcía entre las costillas como un plumín, fino y afilado, incómodamente doloroso, sobre todo porque me habría gustado pedirle que me lo quitara y escribiera el final de aquella noche. Yo no tenía el valor de hacerlo.

—Gracias por el vestido y las horquillas, te lo devolveré todo mañana —me limité a decir.

Ismael negó con la cabeza.

—Son tuyos, a nadie le quedarían como a ti.

Menos mal que sabía que Ismael utilizaba los cumplidos como estrategia de burla o podría haberle creído, pues su voz sonaba cargada de seriedad. Por sus ojos cruzó un destello.

—No bromeo, Ámbar. —El sonido de mi nombre llenó la bóveda y eliminó cualquier otra distracción. Había temido no volver a escucharlo nunca más así, en la intimidad, limitado a sedante para controlar mis poderes. Sin embargo, lo había susurrado como si le perteneciera—. Tú que siempre lo sabes todo, no puedes entenderlo, ¿verdad?

No se trataba de una confesión que se escapaba bajo la influencia de la estatuilla de Ishtar. Era una declaración atormentada, intensa. Lo había dicho con los músculos de la cara tensos y los ojos clavados en mí, como si lo hubiera ofendido en lo más hondo.

—¿Sabes? Normalmente, en los libros que leo, las explicaciones son claras. Tú eres…

Lo señalé con ambas manos, como si su figura rígida e inquebrantable pudiera valer de explicación. Me había pasado años estudiando piedras, y en sus vetas o en los restos de las esculturas había hallado una comunicación más clara. Pero nada de lo que había visto me atraía como Ismael. No había nada comparable a la sofisticación de sus razonamientos ni a la determinación con la que le había visto desentrañar incluso los exámenes más complicados.

Tal vez el cerebro de los magos fuera un órgano más potente que el mío y el del resto de los humanos, pero eso no impedía que Ismael lo forzase más allá de lo imaginable. Cuanto más lo conocía, más lo admiraba. En Seledia estaba aún más comprometido que en Ca'Foscari. Participaba en el círculo de debate y, cuando no ejercía de *magister* para los arcanistas más jóvenes, volvía con humildad a aprender las otras tres artes. Admiraba desesperadamente su voluntad y su dedicación, y deseaba absorberlas, al igual que lo deseaba todo de él.

—Estoy aquí, Ámbar. —Su cuerpo decía que no se movería.

Era inamovible, como la piedra secular de la Academia, y solo entonces comprendí que para mí se había convertido también en el lugar donde deseaba estar. Pero la última vez que me había acercado, él me alejó, y me había prometido a mí misma que no volvería a caer en la trampa de la atracción.

—Y yo estoy aquí —repliqué, apoyándome en la balaustrada de piedra que daba al archipiélago. Yo tampoco me movería. Esperaría a que él diese el primer paso. Porque si me deseaba de verdad…

No me dio tiempo a completar la reflexión. Ismael borró la distancia que nos separaba y me tomó la cara entre las manos, hundiéndose en mis labios. Enredó sus dedos en mi cabello y los mantuvo alejados mientras me besaba como si tuviera que compensar cada segundo que habíamos pasado en guardia, enfrentándonos desde lejos. Y al mismo tiempo me pareció como si no hubiera pasado más que un abrir y cerrar de ojos desde que se había separado de mí, sobre los estantes de la Gran Biblioteca. Experimenté la misma sensación de familiaridad que encontraba al leer las frases de mis libros preferidos: mis labios se movían solos, desgranando palabras que ya conocía y que ardía en deseos de pronunciar. Con un sonido áspero, sus dientes se me clavaban en los labios y sus uñas en el cuello. Sus dedos tenían la consistencia del pergamino, gruesa y antigua, y me hicieron arder con facilidad.

Sentí su aliento encenderse y respirar en mi oído, su cálido aliento sobre mi piel fría y el sonido de alivio y dolor que se deslizaba por su garganta. Era como si hubiera reprimido desde siempre un rugido de satisfacción y, al mismo tiempo, el pinchazo de una puñalada.

—¿Qué…?

Ismael ahogó mi pregunta con otro beso y me estrechó las caderas, dirigiéndome sin esfuerzo hacia la pared.

—Cállate, Ámbar, y deja que te bese, por favor —dijo, apartándose de mis labios lo suficiente para tomar un poco de aire y mostrarme su sonrisa socarrona.

Falso. Aquella fingida cortesía en su petición era lo más falso que

había. Sabía muy bien que no era él quien pedía un favor, sabía que era mi cuerpo el que suplicaba que no se alejara más, que siguiera besándome hasta el final de la noche. Y esta vez no se detuvo.

Trató de empujarme contra la pared, pero yo clavé los pies en el suelo y giré sobre los talones, obligándolo a terminar con la espalda contra los ladrillos fríos.

Oí cómo soltaba una risita, antes de atraerme de nuevo. Me tocó el pelo, recogiéndolo con cuidado, lo bastante como para descubrir mi cuello e invitarme a inclinar la cabeza a un lado. Dedicó un instante a observar la curva desnuda de mi piel, antes de dibujar un sendero con los labios, una línea que se inflamaba con su caricia y que descendía cada vez más hacia los omóplatos.

—Los días que venías a clase con el pelo recogido eran odiosos para mí —dijo, separándose para bajarme el tirante del vestido y descubrirme un hombro.

—¿Porque te perdías parte de las explicaciones? —pregunté, consciente de que mis pensamientos habían empezado a disminuir y a volverse líquidos, incapaces de mantener la coherencia. En mi mente se arremolinaban las consecuencias de sus miradas en el aula, que se superponían a la forma en que me había mirado en el Ojo de la Náyade.

—Porque lo único en que podía pensar era en mis labios en tu cuello —murmuró, continuando por mi piel a lo largo de la clavícula, descendiendo cada vez más con sus besos para acabar mordiendo la carne de mi pecho.

Sofoqué un gemido y le desabroché el traje, pasando las manos por la camisa para dibujar la silueta de sus estrechas caderas, para sentir el torso ensancharse alrededor de las costillas y endurecerse en los abdominales. Ya lo había visto sin camiseta, pero no estaba lista para la descarga que sufrieron mis dedos al tocarlo, que se difundió desde las yemas a todas partes, como el detonante de una chispa. Cuando ya no pude contentarme con la tela, desabotoné todos los botones y posé las palmas sobre su piel desnuda. Estaba ardiendo.

Era como si nuestros cuerpos hubieran encendido una llama que repelía la noche de invierno a nuestro alrededor, sin preocuparse por nada más que nosotros dos.

Ismael me abrazó contra su cuerpo, agarrándome de las caderas, y comenzó a recoger la tela del vestido, haciéndola subir por las piernas.

Mi meñique de latón se estrelló contra su pecho cuando sentí que su mano me acariciaba el muslo y luego me apretaba hasta hacerme notar la huella de sus dedos al hundirse en la carne.

Apreté los labios para tratar de no emitir un suspiro que se asemejara peligrosamente a un gemido y me puse de puntillas para volver a besarlo.

En ese momento, Ismael se agitó con un violento temblor y empezó a deslizarse por la pared. Sentí que sus manos se crispaban, pero ya no se trataba de la firmeza con la que me había agarrado, sino de la parálisis que provoca el dolor. Me arrodillé a su lado.

Su rostro estaba tenso, como si cada músculo estuviera tratando de hallar una nueva posición bajo la piel. Con la mano izquierda, sostenía su brazo derecho.

—¿Qué te pasa? —grité.

Me guiñó un ojo y me miró con el otro; las gotas de sudor le perlaban la frente. La vena en su cuello palpitaba a un ritmo frenético.

Traté de levantarle la manga. Los puños no pasaban del antebrazo, así que me acerqué y le saqué la camisa por completo, ignorando sus intentos de alejarme. Eran tan flojos que podía esquivarlos, lo que significaba una cosa: Ismael estaba débil, demasiado débil.

—Ámbar… —suspiró, con los ojos entornados.

—Ismael —respondí con voz firme.

Con decisión, bajé la manga por el brazo. Me quedé paralizada, con el horror atrapado en la garganta.

El brazo derecho de Ismael estaba atravesado por unas espirales rojizas. Como si un rayo hubiera grabado su huella sobre su piel. Un

rayo rojo que corría por su muñeca y se propagaba en torno a su hombro.

Ismael tenía herrumbre.

CAPÍTULO 25



—¡No me toques!

Ismael se deslizó por la pared, sujetándose el brazo en un intento desesperado por detener la infección.

Era como si la piedra se hubiera adueñado de mis piernas. Permanecí arrodillada, sentada sobre los talones, incapaz de explicarme lo que estaba viendo.

—¿Sucedió en el Ojo? —pregunté en cuanto reaccioné.

Ismael sacudió la cabeza.

—Antes.

—¿Has utilizado el *marbiri* de otro mago? —No podía apartar los ojos de la maraña de venas escarlatas que afloraban en su piel.

Giró la mano, dejando al descubierto, sin querer, las marcas que envolvían su brazo, rodeaban su hombro y se extendían por su muñeca.

—Que yo sepa, no —dijo, con los dientes apretados—. Me han tenido en observación. He analizado todos los artefactos que poseo y estoy seguro de que son míos.

Avancé de rodillas hacia él, pero él me lo impidió con las piernas para mantenerme alejada.

—Por favor, vuelve a la fiesta. Me voy a mi cuarto.

—¡Y dejarte así! —exclamé—. Creo que soy inmune a la quemadura de la herrumbre, ¿recuerdas?

Ismael cerró la mano al sufrir una nueva sacudida de dolor.

—Se me pasará enseguida y… no puedo correr el riesgo. —Sus ojos arrojaron un destello de angustia.

¿Estaba más preocupado por mí que por él? Era evidente que la situación no estaba ni mucho menos tan controlada como su tono pretendía dar a entender. Ismael restaba importancia a la gravedad de sus heridas, pero yo tenía la horrible sensación de que las cicatrices se apoderaban de su piel y de que el óxido lo devoraba.

—¿Está empeorando? —insistí, casi sin aliento a causa de la angustia.

Ismael se limitó a asentir con un ligero movimiento de cabeza.

—No entendemos por qué.

Inmediatamente sentí que la terraza se hundía y la piedra se inclinaba bajo mis pies. Sabía que estaba en suelo firme y a salvo, pero mi equilibrio empezó a girar en torno a su afirmación, dejándome tan mareada como si me hubiera excedido con el vino. Solo que en lugar de la descarga de euforia me encontré en un túnel de ansiedad que se cerraba sobre mí.

—¿Isma?

Nazar apareció de repente por la puerta más próxima, con una botella en una mano y Leo en la otra. Tenían la cara encendida y se les veía acalorados, pero en cuanto se fijaron en Ismael palidecieron y se precipitaron hacia nosotros.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Leo, agachándose con las palmas de las manos en las rodillas. Tenía los labios manchados de vino y la esclerótica líquida.

—Un repentino pinchazo en el brazo y… —Exhalé una nube de vaho.

Solo entonces me di cuenta de que Ismael estaba prácticamente desnudo, lo cual, además de presentar una escena equívoca, hacía que se estuviera muriendo de frío.

—Las explicaciones pueden esperar. Nazar, ¿lo llevas a casa?

El menor de los Sagredo sacó una pasallave a modo de respuesta y señaló la puerta. Ismael se levantó, apoyándose en la pared, y se cerró la chaqueta sobre el pecho.

—Descansa —dije, sorprendiéndome a mí misma por el ímpetu de mi recomendación.

Ismael esbozó una sonrisa fugaz.

—Si tú me lo ordenas…

Nazar introdujo la llave y vi su habitación por un resquicio, antes de que la puerta se cerrara tras los dos hermanos.

—¡Vamos! —le dije acto seguido a Leo, agarrándolo de la mano y arrastrándolo escaleras abajo.

—¿Adónde? —preguntó, esforzándose por seguirme el paso y vacilando en cada peldaño.

—Tengo que encontrar a Bianca —añadí de mala gana, encaminándome a la escalera de caracol.

La confusión de Sotobóveda me hizo retroceder y me obligó a sujetarme al pasamanos para no perder el equilibrio, tan mareada como cuando te pones de pie demasiado deprisa.

La pista de baile estaba abarrotada, los cuerpos se apiñaban y se movían a diferentes ritmos, y de las copas de vino salían ahora llamas blancas que parecían no quemar a los que bebían.

Leo se movía a trompicones para no perderme, aunque en su caso imaginé que era la borrachera la que volvía inestables sus pasos.

—Será mejor no contarle a nadie lo de Ismael.

Alcé la voz para que se me oyera sobre la música, constatando que nadie miraba ni escuchaba. A cambio, un pie perdido me pisó y una chica bastante revolucionada me lanzó el contenido de su vaso al pelo mientras braceaba, extasiada porque los músicos habían empezado a tocar su canción favorita.

Me pasé los dedos por los mechones pringosos, aplastándolos a los lados de las sienes, y me acerqué a las dos únicas personas que parecían haberse olvidado del resto de la fiesta, de la música, del

mundo.

Blanca y Jacopo seguían sentados en el mismo sofá, cerca pero sin tocarse, con las manos abandonadas en el cojín: sus pulgares estaban separados por un pelo, y sus rostros miraban en direcciones opuestas, atentos a contemplar el reflejo del otro en la ventana, ya negra, de la celda. La calma que fluía entre ellos me obligó a detenerme y a reprimirme para no quebrantar su intimidad.

—Voy sola, tú quédate. —Le hice un gesto a Leo en dirección a los profesores, situados a ambos lados de la sala. La madre de Ismael discutía con *magistra* Poluaro, y Panfilio y Gritti charlaban con un grupo de invitados. El profesor Altieri me miró un instante y sentí que un escalofrío me recorría la espalda—. Asegúrate de que no se muevan de ahí.

—¿Adónde vas?

Sentí el chasquido nervioso del meñique de latón contra la palma de mi mano.

—Quizás sea mejor que no te lo diga. Así evitaremos que te conviertas en cómplice.

—¿Sabes que esa frase no resulta nada tranquilizadora?

Le dirigí una sonrisa de disculpa y salí corriendo de Sotobóveda, tras recuperar mi capa. Los soportales estaban casi desiertos. Un par de chicas se habían quedado rezagadas en el pequeño muro, con las manos entrelazadas y sin separar las caras ni un instante, y un chico vomitaba el alcohol en un canal, sujetado por un par de amigos. Nadie prestó atención al frufrú de mi vestido al acariciar la piedra mojada mientras me acercaba al puente de Reclusión.

Era un plan arriesgado y desesperado, elaborado a partir de una serie de sospechas que habían anidado dentro de mí con el paso de los días, alimentadas por la información que obtenía de los libros de la Gran Biblioteca. El recuerdo todavía fresco de Ismael resbalando por la pared y de la cicatriz escarlata que se extendía por su piel compensaba la perspectiva de un castigo. De todos los magos que había conocido, Ismael sentía una veneración sin igual por el estudio de la magia y de sus reglas. Estaba segura de que no había utilizado

adrede el *marbiri* de otro mago, era demasiado honesto para hacerlo, y el vínculo que lo unía a sus anillos de latón, demasiado fuerte. Nunca los traicionaría.

«¿Cuándo empecé a preocuparme tanto por Ismael?», me pregunté, al percatarme de que no había dudado en internarme en la noche en busca de una explicación, de la forma más desesperada posible. Tal vez desde que me salvó en el callejón detrás del teatro La Fenice. O quizás cuando se las ingenió para encontrar libros para que los consultase a escondidas. O durante las clases extraordinarias que me impartía en las horas de descanso. O cuando nos defendió a Nazar y a mí en el Ojo y me abrigó con su capa tras la pelea con Jacopo. Pero había algo más allá de la preocupación, una sensación que me revolvía el estómago y a la que prefería no poner nombre. Lo tenía, claro.

—Vaya huida tan dramática del salón de baile.

Estuve a punto de tropezar con las losas de piedra y me costó encontrar el equilibrio para volverme.

Lisa me pisaba los talones. Aún llevaba el vestido plateado, atado a la espalda y con una atrevida raja para lucir las piernas. Sobre la piel desnuda emergía una serie desordenada de pequeños tatuajes que no parecían guardar relación entre ellos.

—La Noche de Polaris perderá a su estrella más deslumbrante —dijo.

—Justo ahora me disponía a volver —improvisé, colocándome los velos de la falda como si me estuviera preparando para hacer mi entrada en Sotobóveda y haciendo todo lo posible para no responder en el mismo tono a su comentario mordaz.

Lisa ocultó los labios y una carcajada tras sus dedos anillados.

—Ahórrate las mentiras, Ámbar, mejor dime por qué estás aquí. Has despertado mi curiosidad. Si te muestras convincente, tendrás mi ayuda.

Solté la tela de la falda, que se desinfló con una onda y se llevó por delante todos mis intentos de mentir.

—Ismael —me limité a decir, observando cómo cambiaba su

rostro.

Al fruncir el ceño, las cejas casi se le pegaron en el centro de la frente, mientras en sus ojos rasgados la duda desafiaba las sombras nocturnas para rogar una respuesta más clara. Estaba perpleja, había bailado con Ismael poco antes, y desde luego él era el último discípulo de la Academia candidato a ser encerrado en Reclusión. Él y quizás Bianca.

—Se ha contagiado de herrumbre. Tengo que hablar con el ruginoso con el que nos enfrentamos en el Ojo —dije sin preocuparme de que mi voz no sonase angustiada, si bien la preocupación me oprimía del tal manera el pecho que apenas era capaz de hablar.

La sorpresa se abrió camino en el rostro de Lisa, y me pareció una reacción espontánea. Bajó la barbilla en un único gesto de comprensión.

—Probablemente ya lo hayan interrogado —comentó enseguida, sin por ello dejar de mostrarse perpleja.

Me retorcí el meñique de latón mientras nos acercábamos a la entrada.

—Hay una pregunta que estoy segura de que no le han hecho.

Lisa estaba a punto de preguntarme de qué se trataba cuando un farol comenzó a girar vertiginosamente a nuestro alrededor.

—Valmori y Go se dirigen de forma voluntaria al lugar que les corresponde. Debería vigilar a los estudiantes, pero me tienta dejarlas seguir.

El profesor Altieri surgió de entre las sombras de los árboles que rodeaban Reclusión y caminó hacia nosotras. Aún vestía su elegante traje de gala y se había afeitado las sienes con motivos geométricos para la ocasión. Lo que más llamaba la atención era el cepo sujeto a una cadena que colgaba amenazante de su cintura.

Lisa y yo nos miramos y vimos asomar sus uñas bajo las mangas de la capa. Di un paso al frente y mostré mis manos desnudas.

—Tengo algunas preguntas que hacerle al ruginoso para una investigación.

Era cierto, solo ocultaba una parte de la verdad.

Noté la expresión confusa de *magister* Altieri. El estudio era el fundamento de la Academia. Los alumnos solían quedarse a dormir en las celdas de las bibliotecas y, cuando algún problema les quitaba el sueño, tenían derecho a ponerse en contacto con un profesor incluso de madrugada. El conocimiento era la columna vertebral de Seledia, y sabía que Altieri estaba considerando con detenimiento mi solicitud.

—La invito entonces a que vuelva mañana con un permiso. Reclusión es el único edificio prohibido a los estudiantes no acompañados. Alguien se coló allí recientemente, de manera que hemos aumentado la vigilancia.

Me lanzó la observación como una bala, para que comprendiera que sabía que la culpable de la intrusión era yo. Por otra parte, era evidente que nos había seguido desde Sotobóveda y nos había sorprendido a pocos pasos de nuestra meta; era inútil improvisar una excusa.

—Mañana podría ser demasiado tarde. —Fui consciente de que sonaba trágico, pero él no había visto la expresión de dolor de Ismael.

Altieri se cruzó de brazos y no dio muestras de moverse de allí, con los pies plantados en el suelo para impedir que avanzáramos.

—Tendrán que correr ese riesgo.

Sentí que las brasas se encendían bajo mi respiración cada vez más agitada. Respondían a mi deseo de actuar y de encontrar una cura para Ismael, pero también al dulce sabor del recuerdo de Altieri en el suelo, derrotado por mi magia. La estaba despertando, y esta vez no había nadie que corriera en su ayuda para detenerme. Lisa, a mi lado, parecía igual de decidida a dejarlo fuera de combate.

—Déjalas ir, padre.

A nuestras espaldas sonó la voz desabrida e insatisfecha de Jacopo Altieri, que nos adelantó con ademán de desear estar en cualquier sitio menos allí.

Tras él aparecieron Bianca y Leo. Seguían vestidos de fiesta y

tenían una expresión tensa. Estaban desobedeciendo una de las reglas de Seledia. Ponían en peligro sus carreras académicas por mí y por Ismael. Aunque me lo podía esperar de mis amigos, examiné a Jacopo como si fuera un fantasma, una proyección del chico frío y furioso que me había atacado en el puente. Incluso el profesor parecía conmocionado ante la presencia de su hijo.

—Jacopo. Vuelve a la fiesta —le ordenó.

—No lo haré, padre, a menos que las dejes pasar —replicó Jacopo en tono cortante, señalándonos a Lisa y a mí con el dedo en el que destellaba el gran anillo de diamantes.

¿Qué estaba pasando? Comprobé que Lisa no hubiera recuperado su rubí, porque era improbable que Jacopo quisiera ayudarnos, y del todo imposible que se enfrentara a su padre para hacerlo.

El profesor Altieri parecía pensar lo mismo, porque caminó hacia su hijo, mirándolo de arriba abajo.

—¿Qué te han hecho?

—Nada —resopló Jacopo con impaciencia—. Estoy harto de revolverme en mi odio. Y aunque hay alguien a quien nunca perdonaré… —Su mirada se dirigió a Lisa—, una persona necesita mi ayuda y no desaprovecharé la oportunidad de que esté en deuda conmigo.

Se refería a Ismael, de eso podía estar segura.

El profesor Altieri avanzó un paso, plantando las manos en el cinturón de cuero; sus dedos rozaban el gancho al que estaba fijado el cepo.

—No hagas ninguna tontería, Jacopo.

Su hijo resopló, sacudiéndose el mechón rojo que le caía sobre el ojo.

—Ya he hecho bastantes. Empezaré a practicar la puntería.

Se levantó las mangas de la capa justo a tiempo. El cepo del profesor salió disparado hacia delante, hacia Lisa y hacia mí, pero Jacopo se interpuso, inclinándose para interceptar la trayectoria de la boca metálica, que clavó sus dientes en la mano del alquimista.

Cerré los ojos al oír el metal resquebrajarse y, cuando volví a

abrirlos, el brazo de Jacopo era de diamante puro y los dientes del cepo se habían deformado, enroscándose sobre sí mismos, como su dueño. Altieri estaba encorvado, con los hombros caídos, como si el golpe se hubiera difundido por la cadena y lo hubiera alcanzado.

Me quedé boquiabierta al ver a Jacopo defendernos. Luchaba contra la mordaza de hierro, sus dedos manipulaban el cepo e intentaban abrirlo como si se tratara de las fauces de un tiburón. Bianca y Leo se acercaron a él y nos hicieron señas para que entráramos en Reclusión.

«Por Ismael», comprendí. Todo aquello lo hacían por Ismael, y quizás porque pensaban que yo podría encontrar algún detalle que el resto del Colegio hubiera pasado por alto durante el interrogatorio del ruginoso.

Les hice un gesto de agradecimiento y corrí hacia Reclusión, seguida de Lisa. No podía detenerme; Ismael estaba en una situación desesperada. La vigilancia era escasa en cuanto a personal, pero tan pronto como cruzamos el umbral sentí vibrar el latido de la magia hasta dentro de las paredes. Cada ladrillo y cada esquina del edificio estaban encantados. Desde que la pulsera de Domiziana había dejado de reprimir mi energía, mis sensaciones se habían agudizado. Además de percibir la forma del poder de los magos, podía detectar el polvo de estrellas vibrando en los artefactos o en los edificios. Era como si el aire estuviera siempre a la espera de una tormenta y la electricidad fluyera por todas partes, buscando mi cuerpo como conducto para liberarse.

Tendí las manos para tantear el acceso principal y apoyé una palma en la pared que tenía justo al lado. Mi farol corrió hacia el interior e iluminó un pequeño zaguán que daba acceso a dos corredores a través de puertas acristaladas que de inmediato me parecieron muy lejanas. En cuanto puse un pie sobre el damero de baldosas blancas y negras, el pavimento se volvió inmenso, tan grande como la plaza de San Marcos, y perturbadoramente hipnótico. Debajo de mí había una extensión de cuadrados que se multiplicaba y se fusionaba, que formaba figuras y las destruía.

En el centro de un rombo descubrí a Lisa. Parecía a punto de vomitar. Sus ojos se movían de un extremo a otro de la estancia en busca de algún punto de referencia, pero las paredes parecían estar a decenas y decenas de metros de distancia.

Una minúscula parte todavía racional de mi cerebro sabía que lo único que tenía que hacer era estirar la mano para localizar la pared, pero el resto de mí se sentía aplastado, en medio de una arena sin escapatoria. Cada perspectiva se burlaba de mis ojos, estirándose y distorsionándose. Cuando ordenaba a mis piernas que avanzaran, empezaba a temblar y apenas podía mantenerme en pie.

Inspiré para combatir las náuseas y dejé de buscar hacia delante. Bajé la mirada y me centré obstinadamente en los pies. Estaban tal y como los conocía, una forma familiar que apaciguó mis sentidos unos instantes. Quizás el zaguán estaba encantado para hacer perder la noción del espacio a quienes entraban sin permiso.

—¡Lisa, átate un hilo de la capa a la uña y lánzalo hacia delante! —le grité a la imagen de la maga que vislumbraba al otro lado del damero.

Lisa no protestó. Vi que manipulaba la manga de su capa, con movimientos ralentizados que se me hicieron interminables, antes de escuchar por fin el siseo de su artefacto, un susurro que cortó el aire y el sonido seco de una punta al clavarse en la pared. Una pared que estaba mucho más cerca de lo que me imaginaba.

—No está mal para un ratón de biblioteca —jadeó Lisa, recogiendo el hilo con dificultad y siguiéndolo hacia la pared.

Sonreí para ahorrar saliva. Cada palabra resonaba en el zaguán y rebotaba en mí. Tuve que esforzarme en propulsar los brazos hacia delante y agarrarme a la mano de Lisa para que me arrastrara paso a paso hacia las puertas de madera.

Corrimos por el pasillo como dos náufragas en busca de tierra firme y nos apoyamos en las paredes para recuperar el aliento. El espacio recobró su dimensión y, poco a poco, recuperé el equilibrio.

—Espero que tu pregunta al ruginoso sea realmente útil, o podría vomitarte en tu bonito vestido.

Lisa estaba pálida y se sujetaba la garganta. Solo entonces me di cuenta de lo mucho que el collar complicaba un gesto tan sencillo como tragar. Vi lo mucho que le costaba hacer bajar la saliva mientras cortaba de cuajo el hilo de la capa descosido.

—Te debo un dobladillo —reconocí, mientras recuperaba la uña de la pared y me encaminaba hacia la estancia donde había visto al ruginoso en mi última visita.

La encontré sin dificultad y me asomé por la ventana ovalada. Había una estantería bien surtida, una gran ventana y un pequeño gramófono en el que sonaba un disco de *jazz*. El hombre que estaba sentado en la butaca junto a la chimenea se veía casi irreconocible con respecto al que nos habíamos encontrado en el Ojo. La herrumbre había desaparecido de su rostro; ahora lo rodeaba como si fuera una línea de maquillaje demasiado marcada y surgía bajo el cuello de la camisa y en las palmas de las manos, que mantenía posadas en los reposabrazos. Cuando advirtió nuestra presencia, se aferró a ellos con fuerza.

Los labios del mago se curvaron para pronunciar una palabra que no escuché con claridad, pero que adiviné sin la menor dificultad.

—¡Tú! —exclamó, mirándome fijamente a los ojos.

Así que el problema no era Lisa, sino yo.

Bajé el cristal como me había enseñado Lisa.

—Solo hemos venido a hacerle unas preguntas —dije, con toda la profesionalidad de la estudiante que era, una frase que había repetido decenas de veces en el despacho de los profesores.

El nacimiento del pelo en forma de V del hombre se curvó hacia abajo, presionado por una franja de arrugas, como muestra de su recelo.

—Ya me han hecho suficientes preguntas los *magistri* y los vigilantes.

—¿Temes que se te gaste la lengua? —replicó Lisa, atrayendo una mirada fulminante del ruginoso. Al menos así éramos dos.

—Podrías sernos de gran ayuda —intervine.

Los ojos negros del hombre se demoraron en las ondas de mi

vestido y por fin en mi cara, que observaba con atención, como resolviendo un acertijo.

—Probemos —rezongó.

—¿Por qué me atacaste aquella noche? —Le planteé, estremeciéndome al pensar en sus manos, que de milagro no habían alcanzado mis tobillos. La pluma me había permitido elevarme en el pasillo y le había hecho estrellarse contra una ventana, aunque no parecía haber sufrido daños visibles.

El hombre relajó las manos en la butaca para colocar la cabeza entre los hombros. Sus ojos se hundieron. Le concedí un tiempo para que reviviera aquellos momentos.

—No lo sé. Sentía hervir la sangre, y cuando te vi, la ira se apoderó de mí.

—¿Por qué estabas tan enfadado? —le pregunté con cautela.

Me aterrorizaba escuchar la respuesta que había imaginado, aquella por la que había emprendido todo aquel camino.

El ruginoso levantó las manos, enseñándome las palmas punteadas de rojo.

—Por esto.

Lisa se rascó el cuello por debajo de la mandíbula con las uñas que le quedaban.

—¿Qué tiene que ver Ámbar con lo que te pasó?

El mago negó con la cabeza.

—Nada, por supuesto. La noche que empezó todo no hice nada fuera de lo normal. Estaba en el Ojo con unos amigos, tomamos algo y nos sentamos a charlar. No tocamos ningún artefacto.

Sentí cómo mi meñique se retorcía contra mi piel ante aquellas palabras, mientras mis otros dedos se balanceaban, enumerando las opciones que se agolpaban en mi cabeza desde hacía unos minutos.

No tenía sentido, era una posibilidad tan remota que no podía ser cierta. Aun así, solo había una forma de averiguarlo.

—¿Por casualidad probaste algo diferente aquella noche? ¿Alguna bebida en particular?

El ruginoso frunció los labios y adoptó un aire de culpabilidad.

—Sí, pero eso no tuvo nada que ver, fue una apuesta ridícula.

—Esa apuesta ridícula podría haberte costado el pellejo —observé, inclinándome hacia la ventana para mirarlo con insistencia —. Dinos qué bebiste.

El hombre se hundió en la butaca y no volvió a alzar los ojos.

—Uno de mis amigos es un vampiro. Era su cumpleaños y le regalamos un cóctel especial. Él insistió en que lo probáramos todos. Lo sé, suena repugnante, pero no es ilegal.

Sentí que la piel se me incendiaba y que una ráfaga de calor me bajaba por el cuello y me inflamaba los brazos. Tuve que controlarme para no dejarme vencer por el temblor de la adrenalina. Las posibilidades eran mínimas, pero mi mente no paraba de enumerarlas una y otra vez.

Actué antes de que el temblor lograra detenerme. Empuñé la uña de Lisa y me la pasé por la palma de la mano contraria, abriendo un corte largo y fino lo bastante profundo como para que brotase un hilo de sangre. Extendí la mano más allá de la ventanilla y unas gotas cayeron en la estancia.

Un instante después, el ruginoso se abalanzó sobre mí. Apenas segundos antes se encontraba apoltronado en la butaca y, de repente, estaba pegado a la puerta, a un milímetro de mi brazo.

Lisa me empujó hacia atrás antes de que pudiera atraparme y cerró de golpe el cristal.

—¿Qué demonios ha sucedido? —me preguntó, desplomándose a mi lado con los ojos de par en par.

Me deslicé por la pared y me acurruqué en el suelo, apretando palma contra palma para cerrar la herida. Ya ni siquiera notaba el dolor, solo estaba sorprendida por la rapidez del mago y su reacción. Me parecía oír el paso de los segundos mientras mi sangre goteaba. En un momento todo estaba en calma y al siguiente el mago se lanzaba contra la puerta para derribarla.

—Vámonos, podría romperse —dije, esforzándome en reunir las palabras.

Lisa negó con la cabeza.

—Estas cerraduras están encantadas, no se abrirían desde dentro ni aunque las embistiera un rinoceronte.

Entonces, ¿cómo había salido el ruginoso durante mi primera visita? Apoyé la frente en las frías palmas de las manos y contemplé el pavimento. Por suerte, era de simple mármol beis y parecía que no se iba a distorsionar. Pero, por desgracia, el resto del mundo acababa de dar un giro de ciento ochenta grados.

Alguien le había abierto la puerta al ruginoso para me persiguiera, alguien que sabía muy bien que iría a por mí, porque lo que le enloquecía, a saber por qué absurda razón, era mi sangre.

CAPÍTULO 26



Me acerqué un cojín al pecho y lo apreté hasta sentir que el algodón del relleno se dividía en dos partes y alcanzaba el estómago con los nudillos. Me incliné hacia delante, aplastándolo con el cuerpo, me abracé a las rodillas y apoyé la cabeza sobre ellas, incapaz de hallar paz a causa de los pensamientos que me acosaban desde hacía tres días. Era culpa mía. Mejor dicho, mi sangre era una especie de nutriente para la herrumbre, a juzgar por la reacción del mago en Reclusión y los espasmos de Ismael la Noche de Polaris.

Habían pasado tres días y me seguía aplicando con tesón a ordenar mis pensamientos. Lisa y yo habíamos salido de Reclusión para enfrentarnos a todo el cuerpo de profesores y a los *magistri* más experimentados de Seledia. Entre tanto, Bianca, Leo y Jacopo también habían sido detenidos, y los cinco nos habíamos llevado el peor rapapolvo de nuestra historia académica.

Me dio la impresión de que Lisa estaba acostumbrada, mientras Bianca reiteraba una retahíla de excusas.

Al final, no tuvimos más remedio que contárselo todo al director y a los profesores sentados en su despacho.

La oscuridad que flotaba en el techo nunca me había parecido

tan amenazadora ni tan pesada como cuando confesé que había entregado un vial de sangre en el Gran Almacén de Centoquarzi. Así fue como entró directamente en la carta del Ojo de la Náyade y en el cuerpo del mago, que aún seguía en Reclusión, sometido a una lenta recuperación tras nuestra entrevista. Él entró en contacto con mi sangre de aquel modo, Ismael la había lamido de mis dedos en un gesto que probablemente había considerado divertido y que ahora lo condenaba.

Pateé la ropa de cama como si también pudiera alejar de mí aquella tela que me pesaba y me hacía sentir incapaz de hacer cualquier cosa útil. Qué estúpida había sido al regalar así mi sangre, creyendo que era una práctica habitual en la Hidden Society. Y mientras la sábana se me enrollaba en los tobillos, recordé que ni el dueño de la tienda ni el camarero del local recibirían ningún castigo. No existía una ley que impidiera la compraventa de ese tipo de ingredientes, sobre todo porque eran necesarios para la supervivencia de ciertas criaturas.

Yo había firmado el sufrimiento tanto de un desconocido como el de Ismael, sin ninguna consecuencia para el resto de los culpables. Toda la angustia recaía sobre mí.

Llevaba tres días sin dormir. O tal vez había caído en breves ciclos de un sueño agitado y poblado de imágenes tan realistas que parecían más vívidas y crueles que los pensamientos que formulaba durante las horas de vigilia. Era culpa mía. «Culpa mía. Mía». Me había empeñado tanto en hacer todo lo posible para que me admitieran en Seledia que en ningún momento contemplé las posibles consecuencias de mis decisiones. Ni siquiera podía aferrarme a la justificación de la vida un tanto desoladora que llevaba antes de todo aquello. Podría haberme concentrado en mejorarla, sin buscar una escapatoria en otro mundo.

Pero ¿era en realidad una vía de escape?

Recogí la ropa de cama, aterida por el aire invernal que ascendía por mis piernas desnudas. Mi vida anterior no era tan mala, pero no resistía la comparación con esta. Por absurdo que fuera, sentía como

si ya me hubiera enfrentado a esa elección. Era un disparatado *déjà-vu* que hacía que mis pensamientos parecieran más enmarañados que las sábanas. ¿Cuántas veces había escogido la magia sobre lo demás? No sabría decirlo. Aquellos últimos meses habían sido un caleidoscopio de descubrimientos, y cada vez que las piezas de la realidad parecían adoptar una forma, algo las desplazaba y todo cambiaba, bailando bajo una nueva luz, y yo no acababa de saber cuál era la verdad.

Busqué en la mesilla el cuaderno que ahora utilizaba como diario y me senté apoyada en el cabecero, colocando el cojín detrás de la espalda para protegerme de la rigidez de la madera. Tenía prohibido ver a Ismael. Esa era la primera verdad que sabía y la que condicionaba cualquier pensamiento. Quería disculparme con él, deseaba verlo esbozar aquella sonrisa tan particular, sutil y burlona, que obraba el milagro de ahuyentar todos los problemas. Y, por supuesto, quería besarlo. Pero todo esto me lo había prohibido con crueldad *magistra* Torkan, sin ocultar que me culpaba del mal de su hijo.

Pasé la página y encontré el rectángulo fino y liso de la carta del tarot que utilizaba a modo de marcapáginas. Le di la vuelta y el nombre de la carta volvió a aparecer.

Juzgué irónico que la carta de las estrellas pareciera carecer de sentido. La gran estrella de ocho puntas que brillaba en el centro parecía una brújula sin aguja, y en lugar de mostrarme el camino, me hacía sentir aún más perdida.

—Valmori. —La voz de Lisa resonó tras la puerta de mi habitación, junto con el ligero golpeteo de unos nudillos.

—No estoy —respondí, ocultándome bajo las mantas.

—Tienes quince minutos para prepararte o entraré. —Su voz adoptó con demasiada facilidad un tono amenazante y eso me hizo reaccionar.

Salí en cinco minutos, con el uniforme y la capa puestos y envuelta en la bufanda plateada con el fin de proteger cada centímetro de piel entre la barbilla y los hombros.

—Vamos —dije, abriendo la puerta con la cartera debajo del brazo.

Llevaba tres días aplazando aquella reunión, aunque yo misma la había solicitado. Quedarme dando vueltas en la cama no iba a solucionar nada.

—Vamos —confirmó Lisa, sacando una pasallave del cinturón.

Acto seguido, la introdujo en la puerta de mi habitación y esta se abrió para dejar paso a una Venecia cubierta por una nube de escarcha y nieve. La sensación familiar de hormigueo en las plantas de los pies me descolocó cuando me encontré caminando por la parte trasera de la plaza de San Marcos y me acompañó durante todo el recorrido hacia el norte. La ciudad estaba repleta de luces y colores cálidos. Caí en la cuenta, entonces, de que era el día de Nochebuena. En la plaza se recortaba un gran árbol decorado e iluminado. Las calles estaban casi desiertas, las escasas personas que se veían abandonaban los restaurantes con rapidez, abrigadas en exceso, exhalando un vaho brumoso. Se respiraba un ambiente de nieve y de reencuentros largamente esperados. En poco menos de una hora llegamos al Arsenal y nos dirigimos a los astilleros Gaggiandre, donde los arcos de ladrillos rojos y blancos se reflejaban en el negro mar invernal.

Bajo uno de ellos había una mujer sentada con las piernas cruzadas y una larga melena gris que ondeaba al viento. Un hilo de algodón atado a su dedo corazón flotaba en el agua, muy tirante y fijado al fondo, como si sujetase un peso o hubiera picado un pez enorme. Sabía que el Arsenal no era una zona de pesca, así que la mujer no podía ser una pescadora. Junto a ella no había cubos ni cañas, solo una cesta de mimbre de la que colgaban lazos de colores y una bolsa de tela. Además, la conocía. Era Zora.

—Hola, querida —me saludó con una sonrisa arrolladora entre las arrugas de sus labios—. ¿Hoy recuerdas cómo te llamas?

Asentí.

—Pero no mucho más —añadí, sentándome a su lado, con las piernas colgando sobre el muelle.

—Ya entiendo cómo me has encontrado —dijo la vidente.

Sus ojos de intenso azul se detuvieron en Lisa, que se había apoyado en una columna y observaba las inmediaciones desiertas, antes de volver a centrarse en mí.

—Me ha traído hasta ti —le confirmé, mientras colocaba la cartera a un lado y las manos en los costados, con las palmas abiertas sobre la piedra.

Los guantes me protegían del frío. Después de la noche en Reclusión, cuando Lisa me acompañó a mi habitación y estaba alterada, tenía las manos desnudas. Todo había dado un vuelco por enésima vez y necesitaba respuestas.

La Ámbar de meses atrás me habría mirado con displicencia al verme concentrar mis esperanzas en una vidente, pero ella no tenía ni idea de lo que le esperaba ni de los absurdos giros que iba a dar su realidad. Por eso le había pedido a Lisa que me ayudara a localizar a la mujer que había conocido el día que me robó el colgante. Descubrí que Lisa era buena encontrando cosas perdidas.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Escucho el mar —respondió, cerrando los ojos. El hilo vibró con intensidad y ella hizo un gesto como si comprendiera lo que le decía, como si acabara de recibir una revelación—. Las profundidades están inquietas; extraños sucesos desazonan al pueblo de las aguas.

Había leído un cuento infantil sobre el reino bajo los mares, y una de las razones por las que deseaba encontrar una respuesta a mi situación era tener acceso sin ninguna restricción a la Gran Biblioteca.

—Estoy aquí para preguntarte por mi pasado —solté.

—Por desgracia, poco puedo añadir a lo que te comenté en su momento —respondió Zora sin mirarme.

—¿Cómo es posible?

Mantuve la misma calma de la que había hecho gala en las reuniones con los profesores ante sus salidas ilógicas. Con ellos, nada tenía sentido, por eso confiaba en que existiera una fórmula secreta o una bola de cristal en la que leer mi verdad.

—Solo tú eres la guardiana de tu pasado. Lo escondes donde encierras todos tus recuerdos, Ámbar.

Me pasé las manos por el pelo, alrededor de las sienes, rodeando el gorro de lana que había encontrado en mi habitación como parte de mi uniforme de invierno. Exhalé una nube de vaho y sentí que mis pulmones se enfriaban y se vaciaban de repente. No tenía ni idea de a qué se refería Zora.

Miré a Lisa, que se encogió de hombros. Ella simplemente me había ayudado a localizar a la vidente, no podía buscar algo que estaba en mi interior. De mí dependía encontrar el camino hacia mis recuerdos más dolorosos, lo sabía. Sin embargo, necesitaba alguna pista para dar el primer paso.

Saqué la carta del tarot y la sostuve entre las manos, como si esperara que se moviese, que la estrella adquiriera vida para indicarme el camino.

—Ten fe en el universo, querida —suspiró Zora, haciendo vibrar el hilo con pequeñas y hábiles sacudidas—. Desde tiempos inmemoriales, las estrellas han sido la guía para las mujeres y los hombres que decidieron emprender el camino hacia un nuevo destino. Tú has tomado ese sendero, ahora solo tienes que creer.

Junté los labios en una línea que en el pasado habría sido mucho más escéptica. Ahora que vivía en el mundo de la magia, era difícil negar la existencia de ciertas fuerzas, rebatirlas con argumentos lógicos. No obstante, incluso en la magia que estudiaba había cierto orden, un rigor en las disciplinas que me había mantenido a flote cuando la verdad de la Hidden Society cayó sobre mí.

Zora debió de intuir mis sentimientos, porque volvió a hablar con su tono sereno.

—Mira hacia arriba. ¿Qué ves?

Llevé la cabeza hacia atrás hasta sentir cómo se me tensaban los músculos del cuello. Las estrellas se escondían entre cúmulos de nubarrones.

—Algunas constelaciones —respondí, poco convencida. Quizás Zora esperaba una observación más profunda, pero yo no tenía nada

que ofrecerle.

—Exacto —comentó con voz ronca y benévola—. Las constelaciones no existirían sin nosotros, que las encontramos, que les dimos su nombre y su historia. Llevamos siglos comunicándonos con el universo. Plantéale tus preguntas, te escuchará.

Enderecé la cabeza y contemplé el reflejo de los arcos iluminados por las farolas, sus formas dividiéndose y recomponiéndose sin cesar por la resaca que hacía retroceder las olas en el muelle.

—Buen viaje, Ámbar —me deseó Zora, como si hubiera adivinado mi intención de marcharme. Sus ojos parecían saberlo todo. Aunque me habría gustado suplicarle respuestas, no tenía intención de dármelas.

—Hasta pronto —me despedí, convencida de que tarde o temprano la volvería a ver, y me marché, acompañada de Lisa y seguida por un torbellino de pensamientos negativos.

—Enigmática, ¿verdad? —apuntó Lisa, hundiendo las manos en los bolsillos mientras cruzábamos el puente Dei Pensieri para tomar las estrechas callejuelas desiertas.

Escruté su perfil, la nariz regular que había sido capaz de reconocer cada una de mis mentiras y los labios delgados pero bien perfilados que no escatimaban comentarios mordaces, y me di cuenta de que seguía sin entenderla.

—No es la única. Tú también eres extraña, Lisa. No acabo de comprender tu motivación ni por qué estás aquí.

La comisura de sus labios se curvó hacia arriba.

—Por Ismael, por supuesto.

Me estremecí bajo la capa y ella soltó una risotada.

—Es broma, Ámbar. Mis razones… son mías y punto. Ismael no tiene nada que ver.

—¿De quién se trata entonces? ¿Quién te impide escapar? —Sabía que eso era lo que deseaba.

Lisa vaciló y atrapó un copo de nieve en el aire.

—Mi hermana. La utilizaron para chantajearme y obligarme a robarte el colgante y… —Su voz se quebró, constreñida por el collar,

y sus ojos se encendieron a causa de la frustración por no poder pregonar su dolor.

Yo había aprendido que, a veces, esa era la única forma de aliviar una herida que se escondía bajo la piel. Cambié de tema.

—¿Qué pasó entre Ismael y tú? —Aminoré el paso para mirarla. Ella bajó los ojos y comprendí que hurgaba en su pasado.

—Nos conocimos hace cinco años. Éramos compañeros en la Academia, Jacopo, él y yo. Nos unía una extraña relación. Estudiábamos juntos, íbamos a fiestas juntos y soñábamos juntos con lo que haríamos una vez que nos convirtiéramos en *magistri*. Incluso teníamos un escondite secreto encima de la lavandería. Altieri estaba colado por mí. Era un enamoramiento ridículo, y hubiera renunciado a parte de su alma con tal de complacerme, pero yo solo tenía ojos para Ismael. Porque…, bueno, sabes por qué. Convencí a Ismael de que Jacopo me estaba agobiando y le preparamos una cita con una chica, aunque le oculté a Ismael que se trataba de una humana. Pensé que sería gracioso, en vista de lo engreído que es Jacopo. No lo fue. Jacopo empezó a hablar por los codos del mundo mágico y la llevó al Ojo, donde la chica se volvió loca y acabó siendo víctima de un grupo de hombres lobo.

Se me escapó un grito ahogado de sorpresa y la miré atónita.

—Aunque recibió varios mordiscos, sigue viva —me tranquilizó Lisa—. Altieri fue castigado con dureza, mientras que Ismael y yo nos libramos, porque, después de todo, no habíamos hecho nada malo. Ismael nunca le contó a Jacopo que lo había planeado yo, una nueva muestra de una de esas galanterías suyas, me imagino. El caso fue que a partir de aquel día nuestro trío se rompió. Yo tenía la esperanza de que eso provocase que Ismael y yo pasáramos más tiempo juntos, pero él desapareció. Después supe que se pasaba la mayor parte del tiempo en una universidad humana, encandilado por una chica cualquiera.

Asimilé la revelación de Lisa con una lentitud extrema. Lo sentía por Jacopo. Muchas de sus heridas debían de deberse a eso. Y luego repasé todas las caras femeninas de la universidad, intentando hallar

una cercana a Ismael, para reprimir la esperanza de que Lisa estuviera hablando de mí.

—Ámbar, tú eres esa chica —me anunció, con un tono de diversión sincera—. ¿De verdad no lo entiendes? Le atraes desde que te conoció.

—¿Qué dices?

Es cierto que nos habíamos besado dos veces, y la segunda me había parecido decididamente menos refractario a la idea, pero en los tres días posteriores a la Noche de Polaris había encontrado un sinfín de razones para justificarlo. Me había convencido de que mi sangre había desempeñado un papel determinante. Si el ruginoso se había abalanzado sobre mí para atacarme, la reacción de Ismael había sido similar, solo que menos violenta. Y, por tanto…

Lisa resopló.

—Para ser una estudiante brillante, a veces no eres consciente de lo que sucede delante de tus narices. Su perfume, idiota. Sándalo y… —dijo, esperando que yo completara la frase.

Sándalo y algo que nunca había sido capaz de identificar.

—Sándalo y ámbar… —Lisa sacudió la cabeza.

El recuerdo de la fragancia cruzó por mis pensamientos, junto a todas las ocasiones que me había impactado: Ismael al coger un libro por encima de mi cabeza en la biblioteca, yo al pasar por detrás de su mesa mientras él se estiraba o cuando nos rozábamos en la puerta demasiado estrecha del despacho de un profesor.

Me coloqué la cartera a la espalda y eché a correr, ignorando las protestas de mis piernas entumecidas por el frío y la humedad.

Dejé plantada a Lisa en medio de la calle y me precipité entre las casas rojas y los escasos transeúntes, que me observaban perplejos. El aire gélido me oprimía fuera y dentro del pecho. Al cabo de unos minutos, sentí que los pulmones me ardían.

Corrí sin saber la dirección hacia el palacio Sagredo. Estaba segura de que las estrellas me guiaban.

* * *

Llegué a las puertas del palacio Sagredo aproximadamente una hora más tarde, sin aliento y sin una buena excusa para que me permitieran entrar en la habitación de Ismael. Una sirvienta apareció en la puerta y me escoltó hasta una sala de estar disimulada entre las galerías y las plantas del jardín, donde hacía un calor nada habitual para estar a finales de diciembre. Me ofreció una cesta de nueces y se retiró para avisar a la familia. Poco después apareció *magistra* Mahasa Torkan, ataviada con una bata escarlata y peinada con esmero, como si se estuviera preparando para una fiesta y no para irse a dormir. La acompañaba un hombre que yo había visto en mi juicio y que sabía que era Marco Sagredo. Ismael había heredado sus rasgos duros y su complexión esbelta, pese a tener la firme energía de su madre.

—Señorita Valmori, ¿a qué debemos su visita en plena noche? —preguntó Mahasa, llamando de nuevo a la empleada para que nos sirviera unos bocaditos de sandía y granada en cuencos de madera.

Ignoré la comida, confusa ante una bienvenida tan formal.

—Perdónenme, espero no haberles despertado.

—En absoluto. De hecho, estábamos celebrando los últimos restos de Yaldá, nuestra fiesta de invierno. ¿Qué podemos hacer por usted? —Añadió enarcando una ceja.

Sus ojos se estiraron hacia arriba y parecían querer aplastarme en el sofá. Además, me habían recibido fuera, no me habían dejado entrar en la casa: eso significaba que esperaban librarse pronto de mí.

—He venido a ver a Ismael —respondí, borrando el dolor que me causaba el aire que me ascendía por la garganta helada.

Mahasa juntó las manos sobre las rodillas y apretó los dedos con fuerza.

—Me temo que eso no es posible, a Ismael no se le permiten visitas.

—No me acercaré, solo me gustaría hablar con él, es importante —dije, golpeándome los talones, que me dolían de la carrera.

—¿Para qué necesita a nuestro hijo a estas horas de la noche? —preguntó Marco, apoyando las manos en los hombros de su mujer y clavando los ojos en mí.

La habría respaldado en cualquier caso, con cualquier finalidad. Mahasa era una leona, y Marco la roca sólida en la que se apoyaba. Estrechamente unidos, eran dos magos poderosos.

—Tengo que comunicarle algo importante —murmuré, con la esperanza de haber aprendido a mentir de manera aceptable. Me concentré en la parte real de la información. Tenía algo que decirle.

—Estoy segura de que puede esperar hasta que Ismael se haya recuperado —sentenció Mahasa, al tiempo que llenaba una cucharada de granos de granada y los mordía con un chasquido siniestro.

Podía esperar, era cierto. La urgencia era solo mía, pues, tras conocer una parte de Ismael que siempre había ignorado, quería verlo a toda costa.

—Por favor, solo unos minutos —dije, apretando la cartera en el regazo y sintiendo que la sangre circulaba de forma vertiginosa.

—He dicho que no —se impuso Mahasa, y el arco más cercano que conducía a las escaleras se cerró como con una persiana de piedra que estaba segura de que antes no estaba allí. Era la magia de las casas, gobernadas por sus amos.

Sentí cómo el poder ardía en mis pulmones agotados e hice todo lo posible para extinguirlo. No quería llegar a Ismael por la fuerza, pero quizás tendría que hacerlo en algún momento.

—¿Ámbar? —Nazar se asomó por detrás de la fuente—. ¿Se puede saber qué ocurre? —preguntó al ver el arco sellado.

—Tu amiga ya se iba —intervino Marco con afán pacificador, ofreciendo una mano a su mujer para que se levantara.

Tragué saliva. La Ámbar de meses atrás habría accedido,

agachado la cabeza y obedecido. La Ámbar de meses atrás no conocía a Ismael Sagredo como yo en ese momento. No lo había visto esperar con un brillo en los ojos que superara una prueba de magia para tenerme en su misma escuela. No lo había oído llamarme por mi nombre ni confiarme sus recuerdos más dolorosos.

—Quiero ver a Ismael —afirmé, buscando la mirada de Nazar.

Él asintió y se dirigió a sus padres.

—Dejadla entrar, Ismael se alegrará.

—Ya está bien. Mi hijo no puede tener nada que ver con alguien como ella —resopló Mahasa, levantándose con un gesto autoritario. Detrás de ella, me pareció percibir un crujido—. Acepté que fuera su *magister* por hacerle un favor a Domiziana y porque ampliaría su currículum académico, pero no toleraré ningún otro vínculo entre ellos.

—¿Aceptó? —repetí enfadada. Me levanté a mi vez, retirándome de la cara los mechones sudados. Me sentía como un espantapájaros en comparación con la refinada madre de Ismael, pero no cedería—. Puede que al principio Ismael se sintiera obligado a acompañarme, pero al final me ha ayudado más que nadie, y eso es lo único que cuenta para mí.

—Y, para agradecérselo, lo infectaste.

Mahasa estaba furiosa, tenía la boca tensa, enseñaba los dientes como una fiera y me apuntaba con el dedo. Había estado presente en la oficina de Panfilio la noche que nos llevaron allí después de nuestra última visita a Reclusión.

Titubeé, retrocediendo medio paso hasta chocar con el sofá.

—No es culpa suya —intervino Nazar, poniéndose a mi lado—. Ámbar fue víctima de un ritual, aunque aún no se haya descubierto lo ocurrido. Siempre ha estado al lado de Ismael, y él de ella. Tienen derecho a verse, madre.

—¿Tengo que permitir que la chica que infectó a mi hijo lo visite en nuestra casa? Nunca.

Un grito cruzó el aire y el pavo real apareció entre las plantas, desplegando su enorme cola en abanico. Entonces fue como si el

jardín se estremeciera. Las baldosas de colores vibraron bajo mis pies y sentí una sacudida que casi me hizo perder el equilibrio. Las cortinas se hincharon entre los arcos, como empujadas por un viento que no podía percibir. Parecían desear expulsarme de allí.

Nazar se acercó con un par de largas zancadas y estiró las manos. El piso se aplacó a nuestro alrededor y el arco más cercano se ensanchó sobre nuestras cabezas, protegiéndonos de los cascotes que comenzaron a caer del techo.

—¿Qué haces, Nazar? —preguntó Marco, abrazado a una columna para adquirir su textura pétrea. Debajo de la camisa remangada, sus brazos se convirtieron en duro mármol blanco para después cruzarse en el pecho—. ¿Así que de pronto has decidido tomar el control de nuestra casa?

Mahasa levantó los brazos y giró las muñecas. Todos los espejos fijados en las paredes se volvieron hacia ella, apuntando sus reflejos hacia nosotros. Los faroles suspendidos se agitaban como las cabezas de una hidra, dispuestos a saltar de un momento a otro.

Nazar exhibía una sonrisa decidida en la cara que nunca le había visto, pero que provocaba un brillo en sus ojos.

—Durante años la habéis convertido en una palestra, en una escuela para convertirnos en los mejores. Habéis criado a un perfeccionista obsesionado por el control y aterrado por el fracaso. Pero yo no era fuerte; nunca lo he sido. Me hundí mucho antes y traté de curarme con el arte. Ahora la casa me ha elegido a mí, y, tal vez, después de años de inflexibilidad, esté valorando relajarse.

El viento amainó y las cortinas se enredaron en suaves ondas. Los azulejos se asentaron y las paredes dejaron de temblar.

El palacio Sagredo pareció emitir un suspiro de alivio. Me apoyé en la pared, aturdida. Nazar había apaciguado toda la casa y ahora se frotaba el *marbiri* en la nariz, como si pudiera sentir la fragancia del nuevo aire que se dispersaba por el jardín.

Sus padres lo miraban fijamente. No solo habían perdido el control del edificio, sino el de sus propios sus rostros. Su espanto se reflejaba en sus bocas y en los ojos abiertos de par en par, Nazar

agitó dos dedos y el arco clausurado volvió a abrirse, descubriendo el acceso a la escalera.

—Adelante —me invitó, y yo traté de transmitirle mi gratitud en la mirada que nos unió unos instantes.

Corrí escaleras arriba, ignorando la súplica de mis pies, que habrían preferido descansar.

Intenté orientarme hasta la parte de arriba del palacio con los faroles que se encendían a mi paso, hasta que el aire se volvió más tibio y familiar. Reconocí la puerta en la que me había detenido mientras Ismael amenazaba con dormirse en ese mismo cuarto y golpeé la madera maciza hasta ver enrojecer los nudillos.

Se escuchó el clic del pestillo y la puerta se abrió en silencio, dibujando un cono de luz en la habitación. Una figura esbelta estaba de pie delante de la biblioteca; las sombras barnizaban sus rasgos, asemejándolo a una imagen de ensueño, tras un velo que no estaba en mi mano levantar. Y no podía hacerlo. Tenía un libro entre las manos y el aspecto de alguien a quien han interrumpido en medio de la lectura.

—Ismael —lo llamé desde la entrada, alisando la tela de la capa en las caderas en un intento de mostrarme tan impecable como él—. Lo siento.

Me esforcé por extraer al menos una palabra del torbellino de sensaciones que ocultaba mi cara roja.

—No entiendo por qué te disculpas, no veo ninguna razón.

Su voz había mejorado mucho desde el jadeo entrecortado de la Noche de Polaris y casi volvía a emitir las vibraciones tranquilas que conocía.

—Así que no te han informado —tragué saliva, buscando un punto de apoyo en la madera de la puerta y siguiendo con el índice las líneas geométricas grabadas—. Yo tengo la culpa de que tengas herrumbre.

Dicho esto, empecé a relatarle lo ocurrido desde el momento en que nos habíamos separado en la terraza. Todavía jadeaba, pero al hablar y encajar los hechos de forma ordenada en una línea

temporal, me tranquilicé.

Los largos dedos de Ismael recuperaron un marcapáginas del escritorio y lo introdujeron entre las páginas, acariciándolas como si se excusara por abandonarlas.

—Lo sé. Lo sé todo, me lo contó mi madre.

Volví a tragar con dificultad la poca saliva que me quedaba tras la carrera y el nerviosismo. Dudaba que *magistra* Torkan le hubiera dado la vuelta a la historia a mi favor.

—Ámbar… —El sonido de mi nombre en su voz ahuyentó la angustia—, te esperaba.

Tenía el corazón en la garganta y tuve que reprimir las ganas de correr hacia él. Ismael, en cambio, dio un paso adelante. La luz de una lámpara mostró su sonrisa maltrecha por el cansancio y las marcas escarlata que ascendían por su cuello y trepaban por sus muñecas. Me hizo un gesto con dos dedos para que me acercara.

—No puedo —le recordé, aferrándome a la puerta como para establecer allí mi frontera.

—Mientras no nos toquemos estaré a salvo —me explicó, cerrando el libro y posándolo en uno de los pocos espacios libres del estante.

Avancé hasta el centro de la estancia. Las mullidas alfombras atenuaban el sonido de mis pasos, mientras que el perfume a incienso y cera se intensificaba. La puerta se cerró con lentitud y mis hombros se relajaron por primera vez. Si bien al subir las escaleras había temido que los escalones me engulleran sin previo aviso o alguna estatua cobrase vida y me bloqueara el camino, allí me sentía protegida.

Miré a Ismael y sentí que mis brazos ardían en deseos de lanzarse y estrecharlo en un abrazo que nunca me había permitido imaginar. Además de escuchar su voz penetrante y ver sus ojos, que parecían envolver hasta el más mínimo rincón en el que se posaban, ansiaba tocarlo. Alcé la vista y descubrí que él deseaba lo mismo.

Abandoné la cartera sobre una cómoda, colgué la capa en un perchero y me ajusté la falda en la cintura antes de acercarme a él

con pasos lentos y calculados.

Ismael no retrocedió, pero sus ojos me escrutaron sin perderse ni un solo movimiento. Inmediatamente, me tomó del brazo izquierdo, que se tensó, mientras los primeros cuatro dedos se cerraban en un puño distendido, con solo el meñique de latón estirado.

Ismael sonrió y levantó el suyo para trenzarlo al mío, como dos zarcillos que hubieran crecido uno sobre otro, entrelazados sin remedio.

No sentí nada. La prótesis se plegó, controlada por el dedo de Ismael, y me dediqué a recrear aquel contacto: cálido, marcado por los pliegues naturales de la piel, que encajaban. Olí su perfume y me sonrojé al recordar las palabras de Lisa. Sándalo y ámbar, la fragancia que nunca había conseguido reconocer y que lo acompañaba a dondequiera que iba.

—Ven conmigo —dijo Ismael, con una tensión en la voz que quebraba su acostumbrada seguridad.

Soltó mi dedo y me condujo hacia su cama. Antes de que pudiera preguntarle si se trataba de otra de sus bromas, evitó el colchón y la ropa de cama con patrones geométricos y desapareció detrás del biombo taraceado, muy similar a aquel tras el que nos habíamos metido en el cuarto de Nazar: una lámina de madera con perforaciones que dibujaban motivos en forma de glifos. En el lado contrario, yo me alcé en la punta de los pies y encontré una rendija lo suficientemente grande como para permitirme mirar. Ismael se agachó un poco y nuestros ojos se unieron a través de la grieta. Era la misma sensación que experimentaba cuando leía por las noches, cuando pasaba demasiadas horas en el sofá sin darme cuenta de que el sol ya se había puesto. Mis ojos se habituaron a la penumbra y permanecí en silencio largo tiempo, interpretando lo que no nos decíamos. Lo odiaba y lo amaba por su ingenio. Lo odiaba y lo adoraba. Con sus palabras de cristal me había empujado a no abandonar el sueño imposible de entrar en la Academia y me había perdonado cuando había jugado sucio para quedarme con ellos.

Colocamos las manos a ambos lados del biombo, para tocarnos

sin tocarnos. Ismael cerró los párpados e intuí que su rostro se atirantaba.

—Por favor, apártate el flequillo de los ojos porque no sé cuánto tiempo más podré contenerme de hacerlo yo.

Obedecí. Me retiré los mechones hacia un lado, pensando en lo mucho que deseaba que fueran sus dedos los que se deslizaran por mi pelo.

—Quiero ayudarte como tú hiciste conmigo. Haré todo lo posible para encontrar la cura, aunque tenga que pasarme el resto de noches en vela enfrascada en los libros. Cada página que lea será para ti —prometí, sonrojándome detrás del biombo, contenta de que solo pudiera ver la determinación en mis ojos.

—Lo sé, por eso no tengo miedo. Si hay alguien que pueda salvarme, eres tú.

Sus labios estaban tapados. Pese a ello, distinguí su sonrisa y la luz que irradiaba su rostro las escasas veces en las que esa sonrisa era sincera, y no la armadura provocadora que me había mostrado en infinidad de ocasiones.

—Yo y probablemente los curanderos, que para eso tienen años de estudio a sus espaldas.

Ismael asintió.

—Ellos tienen experiencia, pero tú eres metódica y decidida. Me he dado cuenta de que eres capaz de conseguir todo lo que te propongas, aunque te lleve años practicar y aprender.

—Y todo para volver a ver tu cara insoportable en clase. —Sacudí la cabeza.

Ismael me miró como si la fina rendija que nos separaba fuera el único espacio de valor en el mundo.

—Y yo que pensaba que tanta entrega era para que te besara de nuevo.

Me sonrojé como si hubiera corrido otra hora de un extremo a otro de Venecia.

—Quizás —susurré, apartándome del biombo para retroceder.

Mis emociones eran un tormento. Pensaba que resolver la

tensión que nos había mantenido unidos durante años me traería paz; en cambio, solo hacía que mirarlo fuera más doloroso.

—Antes de que te vayas, quiero pedirte un favor. —Sus dedos encontraron dos rendijas más abajo y atravesaron la madera para doblarse ante mí. Los anillos de latón capturaron la llama del farol más próximo—. Quítamelos —me pidió, y el solo hecho de pronunciar esta palabra lo desgarró.

CAPÍTULO 27



—¡No! —exclamé, dando otro paso atrás.

—Acabas de decir que me ayudarás, y este es el primer favor que te pido. Rompe el vínculo con mi *marbiri*.

El eco del dolor que sentía se propagó junto con su voz, pero su mirada era decidida. Comprendí que llevaba tiempo meditándolo.

—¿Por qué?

—Temo que la herrumbre los infecte, los corroa y distorsione su magia —reveló Ismael, y supe que su temor era el fruto del estudio y la investigación, por lo que estaba seguro de lo que pretendía hacer.

Me mordí el labio inferior.

—De acuerdo. Cuando te cures, podrás volver a ponértelos —dije, esforzándome en sonreír.

Ismael me imitó, pero su rostro era una herida abierta, lo cual no tenía nada que ver con el dolor al que lo sometía la herrumbre.

—Una vez que se rompe el vínculo con un *marbiri*, no se puede reanudar.

Cerré los ojos y una lágrima rodó por mi mejilla.

—¿De verdad estás dispuesto a perderlos? —insistí, a pesar de

que ya conocía la respuesta.

—Prefiero saber que están a salvo y no condenados conmigo.

Por mucho daño que le hiciera la idea, la decisión estaba tomada.

—¿Qué debo hacer? —pregunté, retorciéndome los puños de la camisa para liberar las manos.

—Intenta conectar con ellos y romper la fuerza que los une a mí.

Me di cuenta de que insistir para que cambiara de opinión solo conseguiría que la herida escociera más. Lo único que podía hacer era actuar con rapidez. Me limpié la lágrima con el dorso de la mano y apoyé los índices sobre sus anillos, con cuidado de no tocarle la piel. Al principio solo sentí el latón tibio, calentado por sus dedos; luego reconocí los ligeros grabados. Miré a Ismael a los ojos por última vez y cerré los párpados.

Durante un minuto, permanecí sumida en la oscuridad, consciente de los más leves murmullos de la estancia: el arder de las velas y el crujido de la madera. Y, por fin, su olor.

Ismael estaba poniendo en mis manos la decisión más dolorosa de su vida, y yo no iba a traicionar su confianza.

En lo más profundo de la oscuridad avisté una luz vacilante, un pozo luminoso en el que me dejé caer. Vi a Ismael, reflejado en los brillantes destellos, trasladar a Lisa como una marioneta al islote de confinamiento después del Festival, y sentí su dolor ante el descubrimiento: una antigua amiga había traicionado a la Academia y las leyes de la Hidden Society. Contemplé cómo guiaba con tristeza los gestos de Leo, que lloraba; lo sostenía mientras pasaba una aguja y un hilo negro por una mancha de tela que yo no era capaz de distinguir. Lo vi luchar contra el ruginoso en la sala del Ojo y, tras cada movimiento, dirigir su mirada hacia mí para asegurarse de que estaba bien. Observé cómo impulsaba en silencio sus zapatos, paso a paso, para traérmelos e infundirles la magia suficiente para permitirme escapar en el cielo del archipiélago.

Ante mí pasó aquella noche, casi un año antes, en la Biblioteca Marciana, cuando me encontré a Ismael en un pasillo con un chico desmayado al que había salvado de la posesión de un espectro,

impidiéndole robar un volumen antiguo. Y de pronto comprendí. Por eso, semanas antes, había experimentado aquella sensación de familiaridad. No era un libro cualquiera. Se titulaba *Los lugares de poder de Fenecía*, e Ismael leía una guía sobre ese libro prohibido. Y yo, a mi regreso a Venecia, había visto ese volumen en la biblioteca de Domiziana. Me hubiera gustado volver a contemplar aquel recuerdo, pero el pozo me engullía muy despacio y me seguía llevando más allá en el tiempo. Me topé con un Ismael adolescente que animaba a Nazar mientras este subía a un escenario para un recital de música. Contuve una carcajada ante la versión canija de él y de Jacopo, mientras fingían utilizar sus *marbiri* para realizar hazañas de grandes héroes, y me entristecí cuando Mahasa Torkan y Darío Altieri interrumpieron aquellos juegos para llevárselos a ejercitarse. Y finalmente apoyé los pies en el fondo, donde un niño de poco más de tres años se ponía los anillos en los índices con manos temblorosas y los miraba como si fueran su tesoro más preciado. Y lo eran. Durante toda su vida lo habían acompañado con su don de apoyar a los que lo rodeaban y de frenar a los que querían hacerles daño. Habían sido los compañeros perfectos para Ismael, y yo debía romper ese vínculo.

Deslicé las manos hasta la base del túnel de luz, para dispersarlo en el aire, pero de súbito dos cordones luminosos se alzaron como látigos y restañaron, forcejeando.

Apreté los dientes y busqué una conexión con cada partícula de polvo de estrellas anidado en el latón con el fin de entrar en resonancia con todas las moléculas que lo componían y liberarlas una a una. Los látigos de luz se me envolvieron en los brazos, ciñendo mi piel. Dudaba sobre qué me producía más dolor: el contacto con los huesos y la presión que amenazaba con rompérmelos, o todos los recuerdos de Ismael que estaba cercenando. Sabía que no los olvidaría, que permanecerían con él, aunque ya no conectados por un hilo luminoso, sino como un triste poso en su interior, y, cada vez que los visitase, experimentaría un hondo sufrimiento.

Cuando pensaba que aquellos látigos me iban a arrancar los brazos, reuní fuerzas para gritar:

—¡Lo hace por vosotros!

El agarre se interrumpió unos instantes, hasta que los látigos comenzaron a retraerse y retrocedieron para formar dos anillos de luz frente a mí. Los vi girar suspendidos en la oscuridad. Le ofrecían el último adiós a su mago; ellos también revivían los recuerdos que los unían. Luego, sencillamente, se desvanecieron.

* * *

Dejé a Ismael solo en su habitación; necesitaba tiempo para procesar la escisión del vínculo, un tipo de dolor diferente a la tortura extenuante de la herrumbre, una herida invisible que nunca cicatrizaría del todo.

Me topé con Nazar en el pasillo. Estaba sentado, radiante, sobre un arcón. El orgullo resplandecía en sus ojos negros. Se adivinaba su alborozo por haber demostrado que tenía el control sobre la casa y que era un digno heredero de su linaje.

Le pedí que me acompañara a la Academia y, curiosamente, decidió quedarse ahí una vez la puerta se cerró.

En cualquier otro momento le habría preguntado por la razón de su visita a Seledia, pero aquella noche estaba extenuada por la carrera y por haber roto el vínculo de Ismael, así que me metí en la cama y no me levanté hasta bien entrado el día.

Era consciente de la tarea que me esperaba en cuanto me levantase. Me vestí deprisa y, al tiempo que mordisqueaba una manzana, salí a preguntar por el paradero de Lisa.

Una racha de aire helado me recibió bajo los soportales. Caminé impaciente hacia Sotobóveda, siguiendo las indicaciones de un joven mago que parecía ansioso por alejarse de mí. No era el único. Las escasas veces que había abandonado mi cuarto los últimos días

había descubierto miradas cargadas de recelo, un recelo idéntico al reservado para un ruginoso.

Me abotoné con cuidado los alamares de la capa, me puse los guantes y me rodeé el cuello con la larga bufanda de lana, como si eso sirviera de barrera ante el resto de los estudiantes. Por fin recibí una información más precisa, me adentré en el edificio y recorrí las estancias en las que solía recoger las mudas limpias del uniforme. El frío del exterior desapareció, pues allí el ambiente estaba cargado de vapor húmedo y cálido, e incluso el pasillo olía a jabón neutro. Registré las cuatro dependencias, en aquel momento desiertas, dada la hora, y al fondo descubrí una escalerilla que conducía a un altillo.

Abrí la puerta y me topé con una buhardilla acristalada que tal vez en otro tiempo se utilizaba para tender la ropa: ahora, en cambio, parecía una guarida secreta decorada con un mosaico de alfombras y un montón de cojines. Aquella mañana, tumbadas bajo una colcha remendada, me encontré a Lisa y a la chica de pelo negro que había visto en la Fragua con Leo. Se reían, con las manos entrelazadas y los ojos de una, perdidos en la mirada de la otra.

—¡Perdón! —exclamé, poniéndome de puntillas y observando el suelo con repentino interés.

—¿No te han enseñado a llamar a la puerta? —refunfuñó Lisa, incorporándose sobre los codos para mirarme de reojo.

—Sí, pero…, tengo una muy buena razón para estar aquí —me justifiqué, volviéndome contra la pared. Los reflejos en el cristal me permitieron adivinar que la artífice se había desprendido de la manta y se estaba ajustando la falda a la cintura—. Me voy —añadí, buscando a ciegas el picaporte.

—No te preocupes, yo estaba a punto de marcharme. Tengo una cita con *magister* Altieri para que me explique por duodécima vez la correcta distribución de las moléculas de grafito tras la transmutación. En fin, encantada de conocerte, soy Makena.

La chica me guiñó un ojo y abandonó el cuarto canturreando.

Me volví hacia Lisa, que tenía la camisa abierta por encima del collar, un sujetador deportivo y un gorro de lana calado sobre el

ceño fruncido. Me miró de malos modos un par de segundos y luego se relajó y se volvió a tumbar entre los cojines.

—Lo siento —reiteré, esperando una señal antes de continuar.

—No importa, Mak ya llegaba tarde —dijo, cerrando el pequeño gramófono que seguía girando.

Me pasé los dedos por los alamares para desabrocharme la capa y abrírmela. Hacía calor allí arriba.

—Así que, al fin y al cabo, le he hecho un favor —observé.

—Yo de ti no seguiría tensando la cuerda —me amenazó Lisa en tono de broma, y yo respondí haciendo el gesto de una goma elástica estirada mucho más allá de su límite.

—Creo que, en el recuento total, todavía estoy en deuda contigo. Ya sabes, con lo del robo de mi colgante.

Me rendí al vapor que penetraba por el suelo y me quité la capa, colgándola en uno de los numerosos ganchos de la pared.

Lisa se hinchó los mofletes con expresión de derrota y se sentó con las piernas cruzadas.

—¿Has venido a hablarme de tu noche con Ismael? ¿Habéis…?

—¡No! Lisa… ¡Ismael tiene herrumbre! —exclamé, segura de que me había puesto colorada hasta la punta de las orejas.

—¡Ah, así que tiene herrumbre! ¿No te detuvo ningún otro motivo?

Me llevé la mano a la bufanda y me la quité, consciente de que así eliminaba la suave defensa que podía ocultar mi embarazo.

—Me pidió que rompiera el vínculo con sus anillos —le conté, y la temperatura de la buhardilla se desplomó de inmediato.

Lisa soltó algo parecido a un gemido y apoyó la cabeza en la palma de la mano, con la mirada perdida.

—Los quiere más que… a cualquier otra cosa.

—Lo sé. Ahora lo sé —dije, y luego me callé, como guardando un minuto de respetuoso silencio.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó cuando se reavivó, hundiendo las cejas sobre sus ojos negros, ahora ávidos de curiosidad.

—El cómo se me escapa, pero sé que soy capaz de hacerlo.

Puedo entrar en sintonía con los artefactos y soltar las cadenas invisibles que los atan a su mago —balbuceé, a falta de términos más científicos.

—Perfecto, ¿lo celebramos? Debe de quedar todavía un poco de vino en mi mochila, aunque me temo que no tengo pasas… —El tono despreocupado de Lisa se perdió mientras rebuscaba en la mochila.

—He venido a quitarte el collar —anuncié.

La rigidez con la que recibió la noticia me cogió desprevenida, pues se quedó inmóvil, con un brazo dentro de la mochila. Giró la cabeza y me miró sin pestañear.

¿Por qué ponía aquella cara? Era yo quien debería estar disgustada. Estaba a punto de averiguar el nombre de la persona que había planeado el robo y tenía por delante más días de indagaciones e inseguridad, cuando lo único que deseaba era poder quedarme como estaba, pues temía que cualquier descubrimiento destruyera el equilibrio creado. Sin embargo, allí estaba. Se lo debía a la versión desesperada de mí misma que había sentido cómo le arrebataban parte de su alma tras el robo del colgante. Si encontrar al autor del robo me acercaba a descubrir la verdad sobre mi desaparición, debía intentarlo.

Lisa se puso en pie de un salto y echó una ojeada a la puerta.

—Ámbar… No lo hagas. Una vez que la verdad salga a la luz, no podrás volver atrás.

Lisa me suplicaba con la voz, con los ojos, con cada parte de su cuerpo inmóvil, que, por lo que intuía, solo deseaba huir.

—Afrontaré la verdad —me limité a confirmar mientras me colocaba las horquillas con el fin de hundirlas en el flequillo. Luego me acerqué a Lisa—. ¿Estás preparada?

—Eres tú quien debería estarlo —respondió ella. Después cerró los ojos y relajó el cuerpo.

Posé tres dedos sobre el frío metal del collar y, mediante ese contacto, empecé a percibir que las moléculas de hierro y de carbono se movían al tocarlas, chocaban y se separaban, en tanto el

polvo de estrellas comenzaba a vibrar y a recalentarse.

Cerré los ojos y me vi en el oscuro y cálido espacio que había visitado la noche anterior, solo que esta vez se trataba de una prisión. A mi alrededor, brillaba un disco frío y mudo, sin recuerdos que contarme. Lo contemplé en silencio, esperando a que me hablara, y entonces, sin darme por vencida, empecé a caminar a su lado, flanqueando la superficie alta y lisa. De vez en cuando lo iluminaba un resplandor, un rayo de luz procedente de quién sabe dónde, pero sin revelar ningún apoyo al que recurrir para establecer la comunicación.

Asombrada, golpeé tres veces el metal con los nudillos. El sonido reverberó en todo el anillo, como el encrespamiento de una ola en un lago en calma. Tras la sacudida recuperó la quietud.

«Quizás necesite más preparación», pensé. Estaba a punto de volver a abrir los ojos cuando dos manos metálicas surgieron del anillo y se cerraron sobre mi cuello.

De pronto, el aire dejó de fluir y forcejeé al agarrar el metal. Era tan duro y liso como la prisión que me rodeaba y actuaba con una fuerza mucho mayor que la mía.

Me solté. Mis dedos sudorosos no podían hacer nada, y acabaron posados a ambos lados de mi cuerpo. Se me nubló la vista y solo notaba la respiración entrecortada.

Exhalé el escaso aliento que conservaba en los pulmones y lo impulsé como no conseguía hacer con el polvo en el collar.

Hablar conmigo misma ya no resultaba fácil, pero la situación era de vida o muerte, así que mi sangre me escuchó. Me calenté con rapidez y mi temperatura aumentó hasta que me sentí al rojo vivo.

Noté que un chorro de aire me pasaba por la garganta y que el agarre de aquellas manos feroces aflojaba. Uno a uno, los dedos se soltaron, derretidos por mi emanación de calor, y cayeron hacia abajo como lágrimas de cera negra.

Respiré para llenar los pulmones y el oxígeno casi me lastimó al filtrarse por mi garganta, pero al mismo tiempo alimentó la furia del fuego. Durante días había intentado mantenerlo a raya, aterrada por

lo sucedido en las pilastras de Acre. Lo había sofocado, pero él aguardaba con impaciencia. Aquel poder formaba parte de mí. Negarlo sería como mirar el mundo con un solo ojo. Siempre habría una guadaña de sombra.

Levanté las manos y las apoyé en el círculo. De súbito, el metal empezó a derretirse, formando dos cráteres en la prisión. Rápidamente, el anillo entero empezó a ceder, implosionando sobre sí mismo.

Un grito me sobresaltó y me desperté del todo en la buhardilla.

Lisa se sujetaba el cuello, con la piel enrojecida y perlada de sudor. Cuando separó las manos, vi que tenía la garganta desnuda y que del collar solo quedaba un rastro oscuro, la huella del metal que había mantenido cautiva su verdad durante semanas.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté acercándome a ella y haciendo sonar los restos de metal esparcidos a sus pies.

Lisa asintió despacio.

—Por un instante pensé que te morías —me anunció, con la voz ronca—. Luego todo empezó a arder y por fin… —Señaló el collar roto con un movimiento de la barbilla.

—¡Lo he logrado! —concluí, abrumada por la energía de mi poder.

Respiré hondo para enfriar el oxígeno que seguía circulando a toda velocidad, pese a saber que mi corazón no ralentizaría sus latidos hasta conocer la verdad.

—Lisa, dime el nombre, por favor —le rogué, tratando de infundir calma en cada sílaba para enmascarar el desasosiego por la respuesta.

—Ámbar…

Nunca la había visto titubear. El hecho de que revelase esa faceta de su carácter justo en aquella ocasión me hizo resoplar de impaciencia.

—Lisa —repetí, inclinando la cabeza hacia un lado para buscar sus ojos.

Ella se mordió el labio como si librase una batalla, esta vez en el

otro bando, y se resistiese a mi presión para revelar el nombre. Sabía que no podía mentir, porque el collar funcionaba como un cofre que encerraba la verdad, pero, una vez abierto, no podría encubrirla por mucho tiempo.

—¿Se puede saber por qué no me lo dices? Solo tienes que pronunciar un nombre y…

—Domiziana. —Su voz se quebró como una copa contra el suelo —. Domiziana Falier.

Retrocedí y choqué con la pared. El cristal vibró a mi espalda. El eco del golpe fue el único sonido en la buhardilla.

—Mientes… —susurré, a modo de súplica más que de acusación.

Le estaba pidiendo a Lisa que se retractara de sus últimas palabras, que cambiara la realidad a la que me había arrojado y que no me proporcionaba ninguna salida. No encontraría salvación más allá de aquel lugar, porque no había otro mundo en el que refugiarme.

—Sabes que no es así. ¿Por qué iba a hacerlo? —respondió ella, con amargura en la voz.

Y por primera vez deseé una mentira.

CAPÍTULO 28



Me pasé la semana siguiente investigando, enfrascada en los libros con el propósito de encontrar una escapatoria para la verdad que Lisa me había revelado. Sin embargo, las inmensas bibliotecas de la Academia carecían de material relacionado con mi capacidad de escindir los vínculos con los artefactos, en especial con los *marbiri*.

Le pedí a Lisa que me ayudase a buscar referencias, pero todo parecía indicar que la información era escasa. Llegada a este punto, estaba dispuesta a que Gritti me castigara si descubría que otra estudiante me entregaba libros a escondidas. Los magos consideraban que el polvo de estrellas era una divinidad, aunque se guardaban mucho de hablar de él en esos términos.

Instar al polvo de estrellas a abandonar un artefacto era un acto ignominioso, a juzgar por los antiguos escritos de Seleuco de Babilonia. Me había devanado los sesos toda una tarde con la breve explicación de un anónimo artífice asirio, autor del primer modelo de collar inhibidor. Se trataba de la copia de una tablilla de arcilla, reproducida en un volumen cientos de años más tarde, junto con anotaciones dispersas de artífices y filósofos de épocas posteriores. Se discutía el concepto de verdad absoluta y relativa, se analizaban

posibilidades para eludirla y, tras páginas y páginas de controversia transmitidas a lo largo de los siglos, se llegaba a una conclusión: la primera respuesta una vez extirpado el collar podía ser una sombra de verdad, pero jamás una mentira.

Domiziana era responsable de alguna manera de la historia de mi colgante perdido.

Levanté la cabeza de la mesa y me froté los ojos, sin apenas conseguir enfocar a Lisa, que estaba a mi lado.

—Creo que cenaré y luego volveré…

—Ámbar, son las ocho de la mañana —carraspeó Lisa, estirándose en la silla y señalando la ventana al fondo de la biblioteca.

Hacía una mañana tan sombría que podía confundirse con un atardecer. Enero había irrumpido, y yo había perdido la noción del tiempo. La única vez que las manecillas del reloj se alinearon había sido en Nochevieja, cuando Bianca y Leo me obligaron a salir de entre las estanterías para llevarme a la torre a ver los fuegos artificiales en el cielo de Venecia. Esa misma noche recibí una larga carta de Ismael, una de las numerosas páginas que llenamos de tinta durante aquellos días, en las que cada palabra era especial. Le había hablado del collar y del descubrimiento, y él me animaba a buscar la verdad. Su ausencia me pesaba menos así, aunque el papel no lograra transmitir la sensación que me producía verle girar la pluma entre los dedos, o sus miradas, que tanto me decían sin necesidad de palabras.

—¿Me estás escuchando?

La voz de Lisa me llegó distorsionada y sacudí la cabeza para concentrarme en ella.

—Me temo que me he perdido —confesé, limpiando de mi mejilla la huella del volumen sobre el que me había desplomado.

Lisa dejó escapar un pequeño suspiro.

—Te decía que ya has estudiado bastante, ¿no crees? Si aún tienes dudas, ¿por qué no le preguntas a un *magister*? Panfilio es el guardián de las bibliotecas, y Poluaro una de las mayores expertas

del mundo en metalurgia —dijo, empujando hacia mí los restos del collar que conservaba en una cajita de madera.

Acaricié sus aristas y las presioné con la yema del dedo, como si buscara la clave para despertarme y pensar con más claridad en aquel inocuo pinchazo.

—Podría hacerle una visita a *magister* Gritti —concluí, recogiendo la cajita y poniéndome en pie.

A Lisa pareció sorprenderle mi decisión.

—¿Por qué molestar a un astrónomo por un asunto así? El resto de los *magistri* poseen competencias más específicas.

—Ninguno de ellos me ha apoyado y animado como lo ha hecho Gritti a lo largo de estos meses. Fue el primero en confiar en mí, incluso cuando nadie veía mi potencial mágico, ni siquiera Domiziana —añadí.

Recogí mis cosas y me dirigí al despacho del profesor. Lisa me acompañó, aunque seguía empeñada en que recurrir a él no era adecuado.

—¿Tienes miedo de que te expulsen, ahora que te has liberado del collar? ¿Qué es lo que querías? —le pregunté, confusa ante su insistencia.

Lisa se encogió de hombros.

—A mí no me metas en esto —protestó para, acto seguido, guardar silencio y seguirme a un paso de distancia mientras caminábamos hasta la Cúpula de Astronomía.

Muchas cabezas se giraban al vernos, y algunas se acercaron al borde de la plataforma central cuando nos situamos en el medio del edificio para que nos subiera.

—Esta vez no has hecho nada malo. Yo también he estado en tu situación, más o menos. —Murmuré, tras unos minutos de silencio cargado de tensión—. *Magister* Gritti es un hombre… más que justo, y creo que estaría dispuesto a arreglar todo esto. Si de verdad Domiziana te obligó a robar el colgante, y, lo que es más grave, se apoyó en un chantaje, estoy segura de que Gritti encontrará una solución para que te quedes.

Lisa se limitó a asentir, al tiempo que veíamos pasar las diferentes plantas del edificio, y me siguió hasta el despacho oculto en una celda bajo la Cúpula.

La puerta se abrió antes de que llamáramos. Giró en silencio sobre sus goznes y nos admitió en la estancia que yo había visitado antes. Entré con sigilo, observando las estanterías y las vitrinas abarrotadas de artefactos e instrumentos para la lectura del cielo.

Gritti nos esperaba sentado en su enorme escritorio. Su figura destacaba entre dos ordenadas pilas de documentos y una serie de objetos de papelería pulcramente bruñidos.

—Señorita Valmori y señorita Lee, qué grata visita. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Espero no molestarle —dije, examinando su gesto y caminando hacia el fondo, seguida por la sombra silenciosa de Lisa.

—En absoluto —recalcó el profesor, estampando una firma en un folio que procedió a doblar con precisión geométrica.

Aunque no le faltaban tareas, el *magister* siempre tenía tiempo para sus alumnos.

Le dirigía una mirada a Lisa. Su rostro no transparentaba ninguna respuesta, y todavía parecía tensa, nada dispuesta a bajarse la bufanda con la que llevaba días protegiéndose el cuello desnudo.

—*Magister*, estamos aquí porque he conseguido desbloquear el collar inhibidor, como usted predijo. —Revelé mi éxito sin poder reprimir una sonrisa de orgullo. Algo vibró en mi interior al ver que Gritti recibía la novedad con más entusiasmo aún.

—¡Señorita Valmori, sabía que haría honor a sus extraordinarias dotes! ¡Enhorabuena! ¡Ahora tendrá que contármelo todo! —exclamó, y atrajo una silla con un gesto de la mano, recurriendo a la misma magia que los Sagredo utilizaban para manejar su palacio.

Sabía que no era un conjuro, no existía nada similar en el mundo mágico, sino más bien la capacidad de remodelar rápidamente la estructura de una estancia propia. Quizás en algún lugar del despacho había desaparecido una silla, o tal vez un jarrón al que Gritti había dado una nueva forma.

Miré esa única silla y me volví hacia Lisa.

—Antes de detallar el proceso, me gustaría que Lisa fuera perdonada por su participación en el robo. A partir de que la localizáramos en el festival, siempre ha estado a mi lado y me ha apoyado en todo. Me ha espoleado a estudiar para desarrollar mi talento.

—Encomiable —comentó Gritti, y la sorpresa no dibujó más que una pequeña arruga en su rostro perfectamente enmarcado por la barba y el pelo canoso.

Sonreí, consciente de que estaba colorada.

Coloqué la cajita de madera sobre el escritorio y abrí la tapa para enseñarle los fragmentos del collar. Gritti se apoyó la cabeza en las manos y hundió los hombros como un búho grande y elegante, con los ojos tan fijos que apenas parpadeaba.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que consiguió romperlo? —preguntó.

—Una semana —aclaré, echando un vistazo a la caja abierta para observar cualquier posible deterioro de los materiales durante el lapso transcurrido.

Los días habían sido fríos, pero los microclimas se alternaban en la Academia de acuerdo con las necesidades de conservación de los volúmenes o los artefactos, y no era extraño pasar de ambientes muy húmedos a estancias secas.

Gritti movió la cabeza de un lado a otro, balanceando todo el torso y la capa, murmurando para sí suposiciones de las que solo capté tímidas señales. Me giré hacia Lisa para dirigirle una mirada triunfante. El profesor parecía más interesado en el collar que en un castigo por el robo.

La mirada penetrante de Lisa a modo de respuesta me dolió. Tenía los brazos cruzados a la espalda y los labios apretados, como si temiera el momento en que tendría que confesar su participación en el asunto. Podía comprender sus temores; quizás la obligarían a cumplir una breve condena por el acto que había cometido. A fin de cuentas, para los magos, robar un artefacto era un delito tan grave

como secuestrar a una persona. Pero yo estaría ahí para asegurarme de recordar al Colegio su contribución en la resolución del caso.

En ese instante, cuando me disponía a decir en voz alta el nombre de la culpable, el nombre de mi madrina, habría deseado que alguien me mirara como yo miraba a Lisa. Unos ojos amigos, un respaldo para las horas posteriores a aquella entrevista. Probablemente Domiziana sería juzgada por el tribunal de la Hidden Society. Respiré hondo, a la espera de que Gritti por fin me preguntase el nombre del cerebro del robo; en lugar de eso, se giró para tomar un cofre a su espalda, una cajita de madera y piedra que enseguida me resultó familiar. ¿Acaso la había visto antes?

Gritti deslizó el cofre por el escritorio y lo colocó frente a mí.

—Ábralo.

Hice lo que pude para aplacar mi excitación. ¿Sería un broche o algún reconocimiento a mis nuevas habilidades ya desarrolladas? En aquellos días había fantaseado con la posibilidad de que el Colegio reconociera un quinto arte: el talento para anular los lazos entre artefactos y magos.

Lo abrí y encontré mi colgante.

El cordón estaba enrollado con cuidado, y el colgante de cristal yacía desportillado entre los pliegues del terciopelo.

Parpadeé, imaginando que mis ojos somnolientos me engañaban. Me restregué los ojos con el dorso de la mano, pero cuando volví a abrirlos el colgante seguía allí. Lo alcé con dedos temblorosos y el tacto me resultó familiar. Posé el disco de cristal en la palma de la mano y observé las difusas grietas y arañazos que habían socavado su color, transformando la superficie iridiscente en un espejo opaco. Sin embargo, allí estaba.

Lo encerré en el puño y me lo llevé al pecho. No noté alivio alguno, ni sentí que las brasas dormidas en mi interior despertaran como avivadas por el poder directo de las estrellas. Solo experimenté una sensación de equilibrio, como si me hubiera tambaleado hasta aquel momento y aquel peso efímero me proporcionase estabilidad.

—¿Lo ha encontrado para dármelo? —Mi voz surgió innecesariamente patética, entrecortada, en un intento de no sollozar—. ¿Esperaba el día que fuera digna de él?

—Valmori, Valmori, Valmori… —*Magister* Gritti estiró su grueso cuello, colocándose el emblema del sol sobre su pecho—. Es usted muy inteligente, pero también muy ingenua.

Detrás de mí sentí que Lisa se movía y luego me paralizó un dolor insoportable en la nuca. Mi visión se nubló y al instante me desvanecí.

CAPÍTULO 29



Cientos de reinas bailaban a mi alrededor. O tal vez eran damas de una antigua corte que se habían escapado de un cuadro. Mis pensamientos, al igual que ellas, giraban en círculos impredecibles, ignorando la gravedad de mi mente, perdida quién sabe dónde, lejos del dolor que caminaba sobre mi cuerpo y molía a golpes, bien mi pecho, bien mis brazos.

Moví la nuca, tanteando la blandura de la almohada sobre la que estaba acostada, sumiéndome en la sensación de haber dormido siglos sin descansar de verdad. Al menos cuando espiraba y las costillas se relajaban, el dolor se atenuaba y me dejaba en paz. También estaban las luces. El rojo vivo de docenas de faroles llenó de lágrimas la sutil comisura de mis párpados.

Apenas podía concentrarme en lo que me rodeaba.

Un remolino borroso de faldas y velos de brocado, y flores que trepaban por los suaves contornos de formas que no era capaz de identificar. Todo me resultaba maravillosamente confuso y familiar al mismo tiempo. Mi visión se centraba en un marco de columnas blancas que estaba segura de haber estudiado docenas y docenas de veces, y la idea de conocerlas me tranquilizó. Hasta que descubrí

sus rostros.

Las reinas tenían el rostro blanco. Y también los reyes que las acompañaban, con sus largos mantos y sus pesadas coronas. Lo más aterrador eran los bufones, que lloraban sangre y brincaban entre la multitud, postrándose de tanto en tanto en profundas reverencias. Sus labios perfilados de rojo se estiraban constantemente hacia arriba, pero no lograba oír ninguna carcajada.

A modo de contraste, reparé en su séquito anónimo, una corte negra y uniforme que vagaba sin rumbo, oscilando adelante y atrás, a izquierda y derecha. Todos parecían estar cerca y a la vez fuera de mi alcance, demasiado ocupados para fijarse en mí.

«Tengo que huir». Fue el único pensamiento coherente que conseguí formular, pero, cuando me arrastré para sentarme, la corte de los rostros blancos inició una danza frenética y mi vista vaciló. A lo mejor era yo quien se balanceaba, pues podía sentir cómo se estremecían los cojines debajo de mí; subían y bajaban como si deseasen acunarme. Un lento vaivén que prometía acallar el dolor si me tumbaba de nuevo.

—Acuéstate, finge dormir.

Las palabras penetraron como alfileres en mi mente y abrieron una brecha a todos los demás sonidos que me circundaban. Voces y más voces, risas y algún que otro grito placentero, en realidad, demasiado lejanos para captarlos. Todo excepto una voz.

Una sombra se sentó a mi lado. Tardé unos segundos en reconocer a Lisa, y unos cuantos más en percatarme de que intentaba mantenerme erguida, mientras me entregaba un vaso lleno de un líquido transparente que se ondeaba.

—Bebe, es agua —repitió tres veces. O tal vez solo fue su voz repitiéndose y multiplicándose en mis oídos.

Mis labios se apretaron a modo de respuesta instintiva. No aceptaría nada que viniera de ella.

De haber contado con más fuerzas, habría intentado librarme de la mano que me sujetaba, pero la mera idea de sacudírmela de encima me hacía sentir un latigazo de dolor en la espalda.

—Estás deshidratada —añadió.

Esta vez sus palabras se enredaron como un trabalenguas. A duras penas entendí qué quería decir. Cuando quise articular una respuesta, el aire ascendió por mi garganta con la aspereza de un papel de lija para morir antes de alcanzar la boca. Estaba sedienta, pero tan pronto como traté de mojarme los labios, Lisa me acercó el vaso a la cara y vertió un poco de agua sobre mis dientes y mi nariz. Unas gotas bajaron por mi garganta y parte de mí se lo agradeció. Todas las demás partes seguían deseando estrangularla. Si al menos consiguiera mantener el equilibrio… Pero mi visión seguía vacilante. Apreté los párpados y derramé algunas lágrimas provocadas por la luz de los faroles, y me esforcé en concentrarme en el entorno y en Lisa. Ella también se balanceaba. El pequeño sofá en el que estábamos sentadas subía y bajaba, como una barca. Un repentino ataque de náuseas me hizo comprender que nos encontrábamos justamente en una embarcación: en una enorme góndola negra que se deslizaba en medio de la noche.

Otras góndolas corrían por el Gran Canal, decoradas con cintas y lazos, e iluminadas por farolillos que se reflejaban en el agua, todas ellas con máscaras a bordo. Damas y saltimbanquis saludaban agitando abanicos al son de las trompetas. Una bola de fuego surcó el aire, lanzada por una tripulación con el torso desnudo y brillante de aceite que jugaba con las llamas como si su embarcación no fuera de madera. Gran cantidad de góndolas transportaban músicos que, con violines y panderetas, entonaban melodías alegres y repetitivas.

La corte de reyes y reinas iba enmascarada, rodeada de una multitud de turistas que arrojaban serpentinas. El viento arrastraba nubes de confeti por todas partes, lanzadas desde lo alto de los edificios al aire perfumado de dulces fritos y vino con especias del Carnaval de Venecia.

—No hagas preguntas —susurró Lisa, mirando al remero, que estaba de espaldas.

Yo no podía verle la cara, solo distinguía sus hombros moviendo

el remo adelante y atrás, impulsándonos hacia la fila de barcas que descendían por el canal. Entonces Lisa me entregó lo que parecía un caramelo balsámico. Era verde y pequeño. Olía intensamente a hierbas.

—Tómatelo, te lo envía Pakuna —añadió.

Me armé de valor y le asesté un golpe en la mano, furiosa. El caramelo cayó entre las maderas del banco, la parte más profunda de la góndola. ¿Cómo se atrevía a imaginar que aceptaría algo de ella después de descubrir que me había vuelto a traicionar?

—¿Está despierta?

Una voz anormalmente alta resonó desde algún punto a mi derecha. Me tapé los oídos y atisbé el farol que colgaba de la proa de una góndola vecina. Avanzaba con lentitud, como si notase el peso del corrillo de figuras que transportaba, todas enmascaradas con rostros de yeso blanco, excepto el hombre que la guiaba. Los flecos de su traje se hinchaban al viento, acariciando los rasgos felinos de una máscara de león. No distinguía los ojos por debajo, pero reconocí la voz: era Gritti.

Claro que era él. La góndola se tambaleó cuando las dos barcas se tocaron, y el bandazo me trajo a la mente los recuerdos de…

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. Me sentía como si hubiera dormido varias horas, pese a que apenas controlaba mi cuerpo. Estaba como fláccido, y cada vez que intentaba hacer algún movimiento los músculos se tensaban como si recibiera una descarga.

—Sí, está despierta —respondió Lisa al cabo de un rato, en un tono neutro.

—Entonces intentemos resolver este contratiempo.

Un hombre enmascarado, con un abrigo marrón, agarró la borda de nuestra góndola, obligando a ambos costados a permanecer lo suficientemente cerca como para permitir que Gritti se cambiase de embarcación. El asiento crujió y, por un instante, temí que volcáramos y acabáramos en el agua. En lugar de ello, solo percibí que el casco se inclinaba bajo el robusto cuerpo del profesor.

Lisa pateó el caramelo bajo el asiento. Por absurdo que fuera, valoré la idea de que Gritti no debía verlo. Fruncí el ceño, confusa. Todavía tenía el olor de las hierbas bajo la nariz, un concentrado portentoso que me recordó al ambiente de la enfermería. Si Pakuna también estaba involucrada, ¿por qué Lisa le ocultaba aquello a Gritti?

«Actívate, cerebro, por favor», supliqué, aunque el dolor ocupaba la mayor parte de mis pensamientos.

—¿Cómo estás, querida Ámbar? —Gritti se sentó enfrente de mí. Su voz retumbaba, grave y tranquila, bajo la máscara. Se mostraba tan sosegado y obsequioso como siempre.

—No lo entiendo —murmuré, masajeándome las sienes y presionándolas con las frías yemas de los dedos para tratar de mitigar las punzadas de dolor. Mis dedos tropezaron con algo, una especie diadema metálica a la que no concedí importancia. Gritti siempre me había apoyado y había hecho todo lo posible para que me quedase en Seledia, a diferencia de… Un pinchazo se concentró en mi pecho cuando pude respirar hondo.

—Entonces no fue Domiziana… Fue usted.

Gritti se sacudió la melena de león e imaginé que me miraba a través de las oscuras cavidades oculares agujereadas en su máscara.

—Te aseguro que tu madrina tiene más culpa de la que crees. En lo que a nosotros respecta —prosiguió, señalando a las figuras que nos rodeaban y posándose una mano en el pecho con ademán teatral—, somos inocentes. No tuvimos nada que ver con tu secuestro ni con la barbaridad que cometieron al amputarte el dedo. Siempre hemos intentado ayudarte.

—¿Ayudarme?

A nuestro alrededor, Venecia estaba de fiesta. Yo era una más entre los chicos y chicas sentados en las calles paralelas a los canales que brindaban con humeantes vasos de lo que imaginé que era el clásico vino caliente de invierno. Y las máscaras pasaban más desapercibidas que cualquier rostro descubierto.

—Llevamos días estudiando y experimentando para ti. Supongo

que te sientes agotada. Al fin y al cabo, no existe ningún experimento que no comporte efectos secundarios. Es la cruz de los que somos académicos e investigadores, pero también nuestro orgullo. Y tú, Ámbar, eres un milagro.

De toda su exposición solo me quedé con una palabra.

—¿Días? —repetí, sintiendo que el sonido se hundía muy dentro de mí.

—Han pasado unos veinte días desde que hiciste tu feliz entrada en mi despacho para anunciarme tus progresos. Me hiciste sentir orgulloso de ti.

La máscara se levantó y volvió a su lugar, y entendí que me observaba de arriba abajo. Volví a tocarme la cabeza y seguí el contorno de la diadema; descubrí que se extendía en rígidas púas metálicas. Cuando bajé las manos hasta las rodillas acaricié la tela de un vestido demasiado fino para abrigarme, pero pesado como una capa. Y era espléndido. La única parte sólida era un corsé de hilos dorados que irradiaban desde el centro, mientras que las mangas y la falda eran gasas que parecían atrapar chispas de luz. Tardé unos instantes en procesar que no poseía un traje así y que no iba vestida de aquel modo el día que entré en el despacho de Gritti.

Intenté hablar, pero se me escapó un sollozo. Por instinto, estrujé la tela dorada.

—Fui yo quien te vistió así —comentó Lisa, sin dejar de sujetarme, como si temiera que con cualquier leve oscilación de las olas terminase en el agua.

—Lee Sun, por favor, no aburras a Ámbar con información inútil. Arruinas la solemnidad del momento. Estoy seguro de que le interesará bastante más conocer los increíbles logros que alcanzaremos gracias a ella y a sus asombrosos poderes.

Volví a sacudir la cabeza para alejar la sensación que me producían sus cumplidos. No me halagaban. Además, por supuesto, me importaba saber quién me había visto desnuda.

—¿Qué me sucedió? —pregunté.

—Has llegado a tu máximo potencial, Ámbar. Tus poderes se han

desarrollado, y ahora estamos preparados para darles el espacio y el uso que merecen. Te mantuvimos en un sueño mágico con la esperanza de completar el ritual de la manera menos agresiva posible, pero el hechizo se interrumpía una y otra vez. —Chasqueó la lengua para expresar su enojo—. Sin embargo, hemos aprendido de nuestros errores y encontramos cómo solventarlos. ¿No es esa la esencia de un erudito?

—No entiendo… ¿No me he esforzado lo suficiente en la Academia? —Odié el tono de súplica de mi pregunta, de súplica en busca de aprobación y de escuchar decir una vez más lo excepcional que era.

Gritti se frotó las manos despacio, como sopesando mi comportamiento en Seledia.

—Eres una estudiante ejemplar y talentosa, hasta el punto de haber superado la prueba de romper el collar antes de lo que me esperaba. Podríamos afirmar que, a pesar de tus inestables inicios, te las ingeniaste para recibir la capa. No pongas esa cara, Ámbar, lo sé todo, e incluso procuré ayudarte. ¿Quién crees que liberó al ruginoso de sus dependencias en Reclusión para incentivar tu aprendizaje? Bien, no fui yo directamente, sino mi fiel Mora. —Señaló un punto a mi espalda.

Me giré para mirar a los enmascarados, uno de los cuales era más enclenque y, si bien se ocultaba tras una máscara angulosa, llevaba ese holgado abrigo marrón que conocía muy bien. Pertenecía a la mano derecha de Gritti.

Solté un murmullo para mostrar mi confusión. No había nada lógico en aquella conversación, y echaba en falta algún detalle, algo que, por lo general, asociaba de inmediato con el *magister*, que continuó hablando como si abordara una explicación académica.

—Te ruego que escuches mi razonamiento. Me costó semanas de investigación y estudio, pero cuando llegué a la verdad…, ni te imaginas la sensación de plenitud. El diseño celestial por fin tiene sentido.

Traté de incorporarme, pero mis músculos no obedecían. Era una

sensación horrible, como si estuviera parcialmente separada de mi cuerpo, como si mi mente, que siempre había bastado para moverlo, ya no funcionase. Necesitaba con urgencia tomar el control, reunir las fuerzas necesarias para escapar.

—¡Es usted un monstruo! —exclamé con dificultad. Hasta intentar gritar me resultaba doloroso.

—Ten cuidado, Ámbar, el agua está helada, y no me gustaría perderte ahora que he encontrado todas las respuestas —dijo, extendiendo una mano más allá del borde de la góndola—. No obstante, hay una pregunta que me atormenta desde el principio de esta historia: ¿cómo es posible que una humana posea un *najma*? Probablemente no lo sepas, pero desde el día que regresaste a Venecia, todos los *magistri* percibimos tu energía. Lo confirmé en la fiesta de Vianoli: disponías del poder de una joya de las estrellas. De manera que le pedí a nuestra común amiga Lee Sun que me la consiguiera. Un poder así no podía permanecer en manos de una humana, y mucho menos de una al cargo de Domiziana.

—Así que prefirió llevárselo… —Me sorprendía la pulcritud con la que me explicaba lo sucedido en los últimos meses, como si se tratara de una clase y se asegurara de que entendía cada uno de sus pasos.

—Comprenderás mi asombro al tener en mis manos un vulgar colgante inhibidor.

Deslizó una mano bajo los pliegues del traje y lo sacó. La cadena se desenrolló y el cristal del colgante se balanceó, captando la luz del farol entre sus grietas.

Intenté alargar la mano para atraparlo. Si Lisa no me hubiera sujetado, me habría caído hacia delante. Solo pude lanzarle una mirada que contenía la herida aún reciente de su segunda traición. La primera vez le había robado un collar a una desconocida, pero hasta hacía unos días la consideraba mi amiga. Su respuesta consistió en bajar los ojos, abrumados por un sentimiento de culpa para el que yo no encontraba explicación. ¿No debería estar satisfecha? Todo iba según su plan. Miré a mi alrededor. Poco a poco

me iba acostumbrando a la luminosidad del día y surgían nuevos detalles con mayor nitidez. En la góndola contigua, además del puñado de figuras que nos observaban en silencio, me llamó la atención una forma alargada. Era el bastón de Gritti. La cabeza de león estaba inclinada, y la madera negra resquebrajada y devorada por la herrumbre allí donde se desgarraban las fibras.

Ese era el detalle que faltaba.

Gritti se encogió un poco y apretó el colgante en su puño.

—Créeme, te hago un favor alejándolo de ti. Durante meses este colgante limitó tus poderes. Ahora quiero hacerlos crecer hasta cimas nunca antes alcanzadas.

—Quiere hacer crecer mis poderes para luego arrebatármelos.

El agarre de Lisa vaciló.

—¡No seas egoísta, Ámbar! ¿No te das cuenta de que jamás podrás explotar al máximo toda tu fuerza? Me preocupa que pierdas ese potencial. ¿Cuál es el objetivo último de los magos sino tratar de explorar los más remotos confines de cada ciencia gracias al polvo de estrellas y a través de él? La magia es lo que nos facilita cumplir nuestras metas, que, si me lo permites, hacen de este un mundo mejor. Con más poder, investigaremos con precisión la ruta de las órbitas celestes y detectaremos la trayectoria del polvo antes de que llegue a la Tierra. Construiremos nuevos artefactos, cada vez más estables y funcionales. Encontraremos la combinación perfecta de materiales y descubriremos sus secretos. Prevendremos la creación de portales peligrosos, y mucho, mucho más. ¿Lo ves, Ámbar? El poder consiste en algo que va más allá de chispas y terremotos. Yo seré un sensato guardián de tu fuerza, y tú volverás a ser una chica normal. —Me guiñó un ojo—. Mejor dicho, una chica especial.

Sus palabras permanecieron sobre mí, tan pegajosas como la grasa. Me hicieron sentir sucia por haber deseado sus halagos, por haberme alegrado cada vez que aplaudía con entusiasmo mis progresos. Lo había hecho para aprovecharse. Había sido un *magister* paciente que me había mimado con falsas caricias. Y yo había sospechado de todos excepto de él.

Contraje los abdominales y me caí hacia delante, tomando a Lisa por sorpresa. Me resbalé del asiento hasta que mis rodillas chocaron con el banco. Los codos impidieron que me golpeara también la cara; me quedé a cuatro patas, intentando controlar la respiración y sobreponerme a las punzadas de dolor que me nublaban la vista.

Gritti hizo un gesto de exasperación, como si esperase verme colaborar tranquilamente tras su confesión. Luego chasqueó los dedos.

—Lee Sun, tu tarea ha terminado. Recibirás lo acordado y serás libre.

Desde mi posición atisbé otra góndola que se acercaba. Además del remero, su única ocupante era una niña de mejillas sonrosadas, una versión risueña y en miniatura de Lisa.

—¿Lee Sun? —la incitó Gritti, al verla inmóvil en el asiento.

Por un instante me ilusioné con que se quedara, pero ella se levantó y miró hacia arriba.

—Déjate llevar, Ámbar —dijo con voz quebrada, antes de saltar con agilidad a la otra góndola y abrazar con fuerza a la niña, que respondió a su abrazo observándome con ojos curiosos.

—Exacto, déjate llevar por mí —sentenció Gritti, al tiempo que se levantaba y le transmitía una serie de indicaciones al remero de la barca de Lisa.

«No». Lisa no se refería a Gritti. Seguí la dirección que había tomado su mirada y encontré las estrellas sobre nosotros. Todas las luces de Venecia estaban apagadas, excepto los farolillos que colgaban de las góndolas y de las callejuelas junto a los canales. La ciudad parecía un espejo del cielo sobre nuestras cabezas: una oscuridad que se extendía sin límites y pequeñas llamas que la desafiaban, que guiaban a los navegantes por el Gran Canal y… me guiarían a mí. Estiré la mano, buscando a tientas el caramelo que había caído de la mano de Lisa. Quizás era una idea estúpida volver a confiar en ella, pero era cierto que me había revelado la única verdad que importaba: su hermana, su necesidad de libertad. Puede que yo hubiera sido el precio a pagar, y, ante la obligación de elegir,

ella había actuado como lo habría hecho yo. O quizás todo era una actuación y estaba a punto de firmar mi condena. Me prohibí pensar demasiado. En cuanto encontré el caramelo, me lo metí en la boca antes de que Gritti me descubriera.

El sabor de las hierbas me impactó como si hubiera bebido jarabe de menta pura y me proporcionó un fulminante soplo de vitalidad.

Chupé el caramelo, mezclándolo con la poca saliva que tenía y tragándolo gota a gota.

—¡Ya estamos! —exclamó Gritti mientras se aproximaba la silueta del puente de Rialto, ajustándose los botones dorados de la chaqueta, como si le esperaran para una reunión de negocios.

A nuestro alrededor, otras góndolas cargadas de máscaras festejaban y saludaban a la gente que se agolpaba en los muelles, y la entretenían lanzando confeti al aire y disparando chispas brillantes, como pequeños fuegos artificiales. El público aplaudía y soltaba gritos de admiración.

—¿Lista para el espectáculo?

Me pareció intuir que los ojos de Gritti centelleaban por debajo de la máscara y deglutí un bocado más generoso de hierbas y saliva. Mi cuerpo me lo agradeció. Dejó de enviarme señales de alarma con cada aliento y por fin empecé a sentir un rastro de mis brasas. Noté una sensación rara, como si se hubieran encendido y apagado una y otra vez y en ese momento solo deseasen descansar bajo una capa de cenizas.

Percibí el mismo cansancio que me obligaba a dejarme caer, pero no podía. La góndola de Lisa había desaparecido sin dejar rastro y estaba sola, rodeada de los hombres de Gritti, que había sacado un astrolabio portátil con el que apuntaba al cielo.

—¿Qué tendría que pasar? —pregunté, mientras el remero hundía el largo remo hasta el fondo, con el propósito de contrarrestar la corriente para frenarnos.

—¡Buena pregunta! —Gritti agitó los dedos como si enrollara algo en ellos.

La tela de mi vestido le respondió y me forzó a levantarme, ignorando la oposición de mis músculos. Primero logró ponerme en pie y luego me hizo levitar sobre la góndola.

De las embarcaciones más cercanas surgieron aplausos y un coro de exclamaciones de sorpresa. A sus ojos debía de parecer una de tantas distracciones del Carnaval, y probablemente ni siquiera la más peculiar. Desde la góndola de los tragafuegos lanzaban llamas que recordaban a un pájaro ardiendo, y yo debía ser para ellos una chica que colgaba de un hilo. Pero aun así valía la pena intentarlo.

—¡Nos descubrirán! ¡Hagas lo que hagas, los humanos se darán cuenta! —grité, al ver que la góndola se tambaleaba bajo mis pies. Si los estiraba un poco, llegaría a la borda.

—Gracias por preocuparte, pero debes saber que es tradición que los magos celebren el Carnaval, hasta el punto de que los vigilantes siempre colocan, con motivo del festejo, una fila de estacas en torno al Gran Canal. Durante una noche al año disponemos de la libertad de dar rienda suelta a nuestra magia, que los ojos humanos interpretan como fuegos artificiales o trucos elaborados. Además, es Carnaval, Ámbar. *Semel in anno licet insanire*.

«Una vez al año es lícito hacer locuras».

—Ahora necesito que me muestres tu poder, por favor —me pidió Gritti. Su amabilidad volvía aún más odiosas sus palabras.

En un abrir y cerrar de ojos le pegué un mordisco al caramelo y sentí que su sabor fresco se difundía por todas partes, despejaba mi mente y me aclaraba la vista. Una brisa sopló sobre las cenizas y prendió las brasas. Hacía años que había abandonado la rabia. La consideraba un sentimiento inadecuado para la chica en la que quería convertirme, porque siempre me repetían que la rabia solo conducía a la pérdida de control. No obstante, con el fuego quemando en mi interior, estaba segura de que nunca había estado tan lúcida. Inspiré y encendí una primera llama vacilante, y después otra y otra, hasta que sentí que mi cuerpo ardía. Controlé el flujo de oxígeno y recordé las palabras de Ismael, la forma en que había fusionado nuestras respiraciones para ayudarme a dominar el poder.

Con el calor de la energía que se expandía evoqué su tacto y deseé que estuviera allí, observándome. A su lado había olvidado la definición de miedo y muchas otras palabras que ahora revoloteaban alrededor de mi llama, espectros de sombra dispuestos a sofocarla. Traté de ignorarlos y uní el aliento del fuego al mío.

—¡Bravo, Ámbar! —Aplaudió Gritti una única vez para no perder el control de la tela de mi vestido, que seguía aprisionándome suspendida en pleno vuelo.

Lo fulminé con la mirada.

—No lo diga como si fuera mérito suyo. Desde el principio intentó controlarme. Seleccionaba los libros con los que podía estudiar para asegurarse de que mis investigaciones se encaminasen en cierta dirección, para aumentar mi poder sin que tener consciencia de ello.

Gritti suspiró. La irritación iba corroyendo el tono amable que había mantenido hasta ese momento.

—Creía que habíamos dejado claro que el poder que se te ha concedido es un don que escapa a tu control. No porque no seas suficiente, simplemente porque eres… una humana, una pseudomaga, como prefieras llamarte, pero biológicamente diferente. Te he hecho un favor: te he protegido de ti misma.

Exhalé una bocanada de aire caliente.

Sabía lo que significaba aquella frase. La había oído docenas de veces, y en cada ocasión la había aceptado. Sabía que a menudo se derivaba de un acto de bondad, de cariño, aunque no siempre, no con Gritti. Él no quería protegerme. No aquel día, no cuando me había negado el acceso a gran parte de la Biblioteca. Quería imponerme límites, marcar una frontera infranqueable a mis capacidades.

—¡No! —grité, y el aire empezó a vibrar en torno a mi piel, acariciándola y agitando mi pelo, como si toda la energía ascendiera a gran velocidad. La sentía circular en ondas tibias.

—Despacio, Ámbar, despacio. Lo estás haciendo muy bien.

Gritti asintió y se retiró la máscara de león de la cabeza. Sus ojos se dirigían a algo justo encima de mi cabeza. No reprimió una

sonrisa eufórica y morbosa.

Levanté la vista y vi que el aire se encrespaba sobre mí, como cuando en un desierto el calor distorsiona el horizonte, con la particularidad de que ocurría increíblemente cerca, casi al lado del punto central de lo que llevaba en la cabeza. Alcé una mano para recorrer la superficie lisa del metal ardiente hasta encontrar el relieve de una piedra. Allí sentí el aire tan cargado de energía que las yemas de mis dedos vibraron. Era una corona. Devoraba mi poder.

Era víctima de lo mismo. Primero, con mi dedo meñique; ahora, con lo que había recibido a cambio.

Querían llevarse un pedazo de mí, como si lo tuviera por error, como si yo no fuera digna de poseerlo.

—Parece estar al tanto de todo. Se enteró del litio, de mi visita a Lisa, de la búsqueda del colgante pensando que era un *najma* —enumeré con calma, clavando los ojos en Gritti—. ¿No lo sorprendí con cada acción?

Vi dibujarse la perplejidad en el rostro del *magister* y que un bufido retorcía sus labios. Su amabilidad había desaparecido, toda su atención se centraba en la corona que se llenaba de poder, pero suspiró como para armarse de paciencia y replicó:

—Eres lista y muy ingeniosa, lo reconozco.

El cumplido no me causó ningún efecto. Al contrario, su concesión no hizo más que avivar las brasas de mi pecho. Percibí hasta la más mínima molécula de calor depositada en la superficie de mi cuerpo y luego las liberé todas. La energía se expandió como una burbuja, una explosión de viento caliente que se propagó en todas direcciones.

La tela de la falda se infló y desde el entorno llegaron más aplausos y ovaciones, mientras la fiesta de Carnaval continuaba del todo ajena a mí. Decenas de actuaciones tenían lugar al mismo tiempo, y el espectáculo de la chica que levitaba tampoco era tan especial. Era mejor así.

—Cálmate Ámbar, lo estás haciendo muy bien. Ya casi acabamos

—comentó Gritti.

Me consideré una estúpida por todas las veces que había valorado más un elogio que la idea de estar orgullosa de mí misma. Pero ¿realmente siempre había sido así? Sentí un pinchazo en las sienes mientras diversas voces se superponían en mi mente. Todas eran mías, si bien algunas no parecían pertenecerme.

Noté que mis brazos ascendían y me di cuenta de que Gritti había desplazado los velos de las mangas, obligándome a elevar las manos. Sentí que la energía fluía aún más rápido desde las palmas y se concentraba en la corona.

—Vas a sentirte un poco débil, pero es normal. Todo va según lo previsto —continuó Gritti, con un asomo de avidez en la voz que nunca antes había percibido en él.

Cerré los ojos y me concentré en cada ola de calor que se propagaba desde mi cuerpo y anidaba en la corona. Intenté contrarrestar aquel flujo.

Respiré hondo y contuve el aliento hasta sentir que las llamas se avivaban con más intensidad que nunca y, al exhalar, se propagó una onda abrasadora.

Como si se produjera una pequeña explosión, se difundió un fragor de viento cálido, y las góndolas que nos rodeaban empezaron a bambolearse, mecidas por las aguas repentinamente agitadas. Gritti cayó sobre el asiento y se agarró al borde, lanzándome una mirada gélida que intentó mitigar con la voz.

—No te esfuerces demasiado. Eres una humana, y te harás daño. Como antes es mejor —me indicó, mientras con una mano buscaba algo en uno de los bolsillos de la chaqueta.

—Se equivoca, profesor, hace tiempo que no soy humana. Quizás debería haber estudiado de nuevo lo básico antes de emprender este experimento. —Miré el bastón roto—. Ha pagado un alto precio, ¿verdad?

La cara de Gritti se ensombreció, y de su chaqueta sacó un reloj similar al de Ismael. Segundos después sentí que mis movimientos se ralentizaban. Probé a mover los brazos, pero apenas lograba

desplazarlos. La rigidez se extendió por todo mi cuerpo, dificultando incluso la respiración.

—Llevo más de cuarenta años de estudio en la Academia, así que ni te atrevas a pensar que me vas a enseñar magia. —Se ajustó el cuello de la chaqueta, como si todo aquello no fuera más que un contratiempo pasajero^ echó un vistazo a la corona para asegurarse de que la energía seguía llenándola.

Y así era, pero eso no la convertía en su propiedad. Todavía era mía, y podría utilizarla si conseguía respirar a gusto. Necesitaba el aire para sentir arder el fuego, pero el reloj me lo impedía. Si pudiera…

Cerré los ojos e intenté ver el mundo a través del polvo que lo habitaba. Ya no había formas ni contornos, solo chispas de luz aprisionadas en los artefactos. Podía oírlos resonar, guardianes del polvo de estrellas, y, al igual que con los anillos de Ismael y el collar de Lisa, conectar con ellos. Sin tocarlo, no era capaz de dispersar el polvo, pero con un esfuerzo conseguí hacer avanzar las manecillas del reloj de Gritti.

La extrema lentitud del tiempo se desplomó sobre nosotros y nos impulsó hacia delante, deprisa. Inhalé y exhalé con fiereza y la oleada de poder que liberé hizo que todo temblara. El viento arremetió contra el agua y multitud de olas rompieron contra las calles próximas a los canales, haciendo gritar de sorpresa a los ocupantes. Un par de barcas volcaron, y alguien se apresuró a lanzar salvavidas a las máscaras que nadaban hacia la orilla. La góndola a nuestro lado seguía intacta. Mora y los demás se habían agachado a un costado y trataban de estabilizarla. Gritti miraba hacia las aguas negras y gritaba. Había perdido el reloj. El tiempo transcurría a la velocidad de siempre.

El *magister* perdió el control sobre la tela de mi vestido y sentí que caía, hasta que me envolvió la tibia cáscara de energía que irradiaba. La fuerza que desprendía era más intensa que la gravedad, y el aire me sostenía como si se sintiera atraído por mí y empujara para rozarme, para que lo calentase. Percibía todos los

objetos mágicos a mi alrededor y, aunque no podía dominarlos, escuchaba su sonido, el latido del polvo de estrellas en sus corazones, igual que en el mío.

—Le daré una definición, profesor: cuerpo tejido de polvo de estrellas en el que hay un destello de fuerza de voluntad que puede desencadenar la magia.

Gritti se sentó y renunció a buscar el reloj. La arteria palpitante en el centro de su frente recalcaba su respiración furiosa, y sus ojos se abrieron de par en par en cuanto asimiló mi afirmación. La frustración se hizo patente al comprender que acababa de recibir una clase de una recién llegada a Seledia.

—No puede ser… —Gruñó, aferrándose al borde.

—Claro que sí, por eso la herrumbre ha devorado su bastón. Es lo que ocurre cuando se intenta utilizar sin permiso el poder de un artefacto. Era una humana, profesor, pero ahora soy un artefacto. Soy un *najma*.

El estupor se translucía en los ojos aterrorizados y cargados de ira de Gritti, con la máscara ya definitivamente rota. Tenía ante mí el verdadero rostro del hombre que había planificado todos y cada uno de mis pasos en la Academia para hacer crecer mi poder y luego arrebatármelo, y sentí asco. Descubrí algo que me complacía aún más que escuchar lo extraordinaria que era: sentirme poderosa. Inhalé todo el aire que me rodeaba y el fuego recuperó el vigor.

Percibí un reguero caliente que me mojaba los labios y, tras tocarme la cara, descubrí una mancha de sangre en la mano. Me abrasaba. Mi cuerpo se quemaba por concederme aquel poder y… se consumía. Había sido demasiado de golpe. Aunque por fin sabía en qué me había convertido, no tenía ni idea de los efectos secundarios.

De pronto, el dolor se incrustó en todo mi cuerpo. Unas finas astillas me perforaron la piel y noté que el flujo de energía se extinguía. Caí sobre el banco de la góndola, que zozobró. El golpe hizo que aquellos pinchos se hundieran más en la carne, y mis gritos se vieron ahogados por los aplausos y la música. Entre los

innumerables espectáculos de la noche, nuestra pelea era una mera farsa a ojos de los humanos. Me acerqué la muñeca sangrante a la cara y me di cuenta de lo que había pasado. El vestido estaba hilvanado con finas agujas escondidas entre los pliegues de la tela. Por orden de Gritti, se me clavaban.

—¡Deteneos, no intervengáis! —voceó Gritti, alzando una mano hacia Mora y la otra barca, antes de inclinarse hacia mí.

Por toda respuesta, Mora depositó el bastón roto de Gritti en nuestra góndola, como si su proximidad bastara para conferirle más poder a su amo.

—¿Un artefacto, Ámbar? Algo todavía mejor: prácticamente eres un objeto. Según las leyes de la Hidden Society, tal vez ni siquiera cometa un delito al tomar el control de todos tus poderes.

Me retiró la corona de la cabeza y se la puso, dejando caer la máscara de león al suelo.

Al verla, me di cuenta de lo extraordinaria que era: una joya dorada que brillaba a la luz de los faroles, en tanto la piedra blanca del centro emanaba un resplandor idéntico al de las estrellas en el cielo.

—¡Lo hemos logrado! —declaró Gritti, y Mora y las máscaras se regocijaron.

Desde otras barcas también gritaron y aplaudieron, sumándose así a los coros de celebración de toda la ciudad.

Me ovillé en el banco de la góndola. Cada uno de mis movimientos provocaba que las agujas penetrasen más y que el dolor me hiriese en varias partes de manera simultánea. Me abracé las piernas y volví a soplar sobre las brasas. La tortura me dejaba sin aliento y me impedía respirar hondo. El poder cobraba vida a rachas, difundiéndose tibio al principio.

Pero ya no necesitaba expandirlo, solo calentarme, aumentar la temperatura de mi cuerpo hasta fundir el metal de las agujas para que estas abandonasen las heridas, junto con la sangre. Temblé durante todo el proceso, mientras Gritti invocaba el poder de las estrellas con los brazos erguidos hacia el cielo.

Una explosión de luz envolvió la góndola, un resplandor cegador que duró lo que un relámpago y luego se posó en el aire en forma de lluvia de polvo titilador. Las estrellas parecían llover sobre nosotros en millares de motas brillantes, y todo el canal estalló en aplausos. ¿Era esa la historia que deseaba contar? ¿La chica coronada que acababa de ser despojada de sus poderes mientras el público exultaba y el *magister* saboreaba la nueva fuerza que fluía a través de él?

Apoyé las manos en el suelo y me levanté despacio, esforzándome en mantener el equilibrio. Estaba a punto de abalanzarme sobre Gritti cuando dos manos frías se cerraron sobre mis antebrazos y tiraron de mí hacia atrás, alzándome por encima de la borda de la góndola.

El hombre apareció en el ángulo más remoto de mi campo de visión, con un gesto de desprecio en su expresión, por lo demás impasible. Se había desprendido de su grueso abrigo, dejando al descubierto una serie de correas de cuero que ceñían su cuerpo esmirriado, pero que lo dotaban de un segundo par de brazos metálicos. Un ápice de conciencia me trajo a la mente al hombre cucaracha que me había capturado en el callejón y que, de no haber sido por Ismael, me habría raptado. Pasé revista a los rostros enmascarados de los hombres de la barca detrás de mí.

Intenté escabullirme de sus manos y miré a Mora a los ojos.

—Fuisteis vosotros, en el callejón —jadeé.

El dolor debilitaba mi voz y anestesiaba mis pensamientos. Había perdido mucha sangre.

El mago puso los ojos en blanco, como si mi rabia no fuera más que un motivo de frustración y mi deseo de rebelarme contra su agarre un incordio. Irguió el brazo metálico y me estiró los músculos desde la axila hasta el costado, arrancándome un grito ahogado. El dolor era una oleada constante, cada vez más intensa, y cubría el fuego que me abrasaba por dentro, sofocándolo hasta reducirlo a un hilo de humo.

—Por supuesto que fuimos nosotros, y estuvimos cerca de… —

Gruñó Mora, apretándome con fuerza los brazos y tirando de mí hacia la otra barca—. Lo habríamos conseguido de no ser por el entrometido de Sagrado. Por su culpa, tuve que convertirme en tu perro guardián, para asegurarme de que triunfaras en todas tus estúpidas empresas.

La ira y la desesperación me invadieron de nuevo, se internaron en mis heridas abiertas y descendieron hasta lo más hondo, se mezclaron con mi sangre haciéndola hervir, uniéndose al dolor. Las sentía por todas partes, ocupaban todo mi pensamiento, concentrado en la certeza de que me habían tratado como a un objeto.

Levanté la cabeza y me aparté un mechón de pelo de la boca.

—Debería haberme enseñado —le grité a Gritti—. Debería haber hecho lo que hacen los verdaderos maestros y haber aumentado mi poder. Juntos, podríamos haber trazado nuevas rutas celestes y protegido los artefactos antiguos.

Gritti se giró con brusquedad, como si mi simple presencia arruinase su triunfo. Experimentó un breve temblor, pero enseguida se recobró y se ajustó la corona en la cabeza. Ya no necesitaba una sonrisa cortés, podía mirarme con toda la frialdad que encerraba en su corazón. Yo había dejado de ser útil.

Las góndolas habían retomado la navegación y pasaban bajo el puente de Rialto.

La gran silueta del arco nos cubrió de sombra unos instantes.

—Mátala —sentenció Gritti con indiferencia.

Mora aceptó la orden con una mueca de satisfacción y el aire de quien se dispone a cumplir un deseo largamente acariciado. El otro par de brazos metálicos rodearon mi cuello y apretaron sin vacilación. Sus dedos de hierro ignoraron el calor de mi piel y se cerraron con fuerza.

Apelé a las brasas, pero las cenizas las habían sepultado. Intenté inspirar para reavivarlas, pero el aire había dejado de filtrarse y empecé a contar solo con la escasa reserva de oxígeno que me quedaba. Sentí que la sangre me martilleaba en los oídos y que se

me nublaba la vista, como chamuscada en los bordes.

Pataleé y forcejeé, pero Mora me sujetaba con decenas de manos, o tal vez intervenían también las otras máscaras, ya no lo sabía. No veía nada. Estaba perdiendo por completo la sensibilidad.

Miré hacia arriba y percibí el último resplandor de las estrellas; ante ellas, vislumbré una sombra que caía del cielo.

Por fin, me desplomé como si estuviera dormida.

Primero llegó el blanco, luego el silencio. Ya no sentía nada.

Entonces el mundo se ralentizó, como si la velocidad me afectase de nuevo, y el aire se abrió camino en mi pecho inmóvil.

Abrí los ojos y noté una sombra a mi lado, junto con la sensación de un brazo que me sujetaba la espalda, mientras la única orden que era capaz de darle a mi cuerpo era la de respirar.

«Respirar».

«Respirar».

Estaba sentada en la proa de la góndola, con la espalda apoyada en el hierro, inspirando todo el aire que me permitía tragar mi dolorida garganta.

Frente a mí, dos cuerpos se retorcían en una lucha encarnizada. Mora estaba aplastado contra el suelo, y un codo se estrelló en su mandíbula, mientras él utilizaba las cuatro manos para librarse del atacante.

La figura recibió un empujón hacia atrás y recuperó el equilibrio con facilidad, enderezando los hombros y metiéndose las manos en los bolsillos. Vestía un traje negro con bordados dorados y llevaba una máscara igual de brillante, con los mismos adornos que en el pasado estuvieron grabados en sus anillos. Sentí el aguijón de la nostalgia.

Si alguien podía clasificar la ira en una estantería por orden alfabético, ese era Ismael. Parecía haberse preparado a conciencia para ese momento, como si se hubiera estudiado una enciclopedia entera sobre el tema y, página tras página, hubiera asimilado la

violencia escrita en tinta. Su furia era fría, calculada, pero no por ello menos espeluznante.

—Ismael… —balbuceé. Mi voz sonaba débil, y el resto de las máscaras prorrumpieron en gritos mientras se le echaban encima.

Ismael apenas tuvo tiempo de sacar su reloj y de golpear la esfera antes de verse rodeado por una lluvia de dardos y pequeñas explosiones.

Mientras intentaba discernir lo que ocurría en la escena, una silueta alargada y oscura cruzó el canal a nuestro lado. Era una tercera góndola, refulgente y punteada de brillantes. Era la Galasias, de Domiziana. Me agarré al hierro para girarme y descubrí a Alberto empujar con decisión el largo remo para virar la barca en sentido horizontal, interrumpiendo el avance de la nuestra.

Torcí el cuello aún dolorido para reconocer el perfil de Domiziana. Mejor dicho, una versión exhausta de ella que nunca había visto: parecía haber envejecido diez años en apenas tres meses, tan agotada y necesitada de descanso lucía.

A pesar de ello, se mantenía firme, aferrada al farol de su góndola, y observaba a Gritti con todo el rencor reprimido durante años.

Por un momento, fue como si las aguas se detuvieran en torno a los dos *magistri*. Era el eclipse de dos astros que se reencontraban después de un tiempo inabarcable, después de haber recorrido órbitas que los habían mantenido infinitamente distantes, y que estaban destinados a superponerse.

Domiziana fue la primera en actuar. Levantó una mano y un aura dorada se expandió a su alrededor como un viento tórrido. Surcó las aguas sin agitarlas y subió a la góndola para golpear de lleno a Gritti en el pecho. El bogador ni siquiera se movió. El control había sido impecable, pero… había algo familiar en aquella energía.

—¿Qué has hecho, Domiziana? —bramó Gritti, sujetándose la corona con firmeza.

—Ahórrate el sermón, Bartolomeo, esta vez yo he sido más rápida —respondió ella.

El viento que brotaba de su centro empezó a calentarse con gran rapidez y se volvió abrasador. El agua que circundaba las góndolas humeaba, levantando una bruma blanquecina que nos envolvía y que, por los lamentos procedentes de las orillas del canal, imaginé que nos ocultaba parcialmente.

—¡Te has vuelto loca! —la increpó Gritti.

—Tú intentabas hacer lo mismo, pero la diferencia es que yo lo he conseguido; como siempre, debo añadir. —Se desabrochó la capa y pude ver el vestido de un blanco inmaculado que llevaba puesto y también su camafeo—. Esta vez la historia no se repetirá, no permitiré que me arrebates lo que es mío.

El corazón me dio un vuelco. Comprendí que Domiziana vomitaba el odio reprimido que había acumulado durante años, un odio que ahora ardía, negro y venenoso. Al observarla, tuve la sensación de que la herida que imaginaba oculta tras su aplomo estaba infectada. Y aunque estaba convencida de que había venido a salvarme, solo parecía tener ojos para Gritti.

El bamboleo de la góndola me devolvió al enfrentamiento que tenía lugar ante mí.

Las máscaras rodeaban a Ismael, arrodillado en la cubierta. Mora estaba en el suelo, a su lado, atrapado por una red que supuse mágica, porque, pese a sus reiterados intentos, no conseguía liberarse de ella.

Una máscara sujetaba el brazo izquierdo de Ismael con un látigo luminoso, mientras otra barajaba un mazo de naipes. Giró las cartas entre las manos con gran habilidad y, cuando sacó una, Ismael empezó a chillar.

No lo dudé, aspiré un largo rato, ignorando el dolor de la sombra fantasma impresa en mi cuello por los dedos de Mora, y, al fin, desperté las brasas. Les ordené que ardieran a toda velocidad, que irradiaran su calor dentro de mí y, poco después, también fuera.

—¡Ismael, colócate como el guerrero persa! —grité, con la esperanza de que no pensase que me había vuelto loca.

Enseguida imitó la postura de la estatua conservada en el Museo

Vaticano, inclinándose hacia el banco un segundo antes de que mi viento arremetiera contra él.

El aire estalló y derribó a un par de máscaras, reduciendo el número a dos, además de Mora. Vi sus cuerpos precipitarse por la borda e instantes después oí el sonido inconfundible de una zambullida en las aguas negras del Gran Canal. Exhalé para emitir una nueva onda abrasadora y asegurarme de que las corrientes generadas los arrastraran lejos, mientras los otros se aferraban a la madera para no correr la misma suerte.

Ismael me lo agradeció con una sonrisa de admiración, pero no se permitió nada más. Cerró el brazo ceñido por el látigo y empuñó el arma luminosa. Su rostro se contrajo en una mueca de dolor mientras arrastraba a la máscara hacia sí, aprovechando el vínculo que los unía. Tiró de ella hacia delante y, cuando la tuvo lo bastante cerca, le pasó lo que pareció una tiza desde el hombro hasta el costado.

En ese preciso momento no ocurrió nada, pero luego el cuerpo de la máscara se partió en dos, como un trozo de papel rasgado. Grité, temerosa de ver sangre, pero no salió ni una gota. Por el contrario, el hombre siguió braceando como si nada. El látigo perdió su rigidez.

Ismael lo utilizó para proyectar la mitad superior del hombre hacia el exterior de la góndola.

—Tranquila, en unas horas se recompondrá —me aclaró sin volverse.

Le creí, porque lo conocía, lo conocía de verdad y sabía que nunca mataría, ni siquiera por mí. Asentí y reuní todas mis fuerzas para impulsarme hacia delante. Unas cuantas gotas de sangre volvían a brotar de las heridas dejadas por las agujas cada vez que me movía. Me sentía cada vez más débil.

La última de las máscaras levantaba un guante de malla cuando rodeé su rostro con las manos y rogué que las brasas ardieran de nuevo. Puede que Ismael se comportase como un caballero incluso con nuestros enemigos, pero yo me había cansado de ser el blanco

de quienes pensaban que podían utilizarme. Alguien había implantado en mí un poder ilimitado para aprovecharse de él, y ahora otros creían que podían hacer lo mismo. Ni siquiera me sentí culpable cuando las palmas de mis manos empezaron a arder y noté que el yeso se derretía sobre la cara de la mujer.

Entre alaridos, se lanzó al agua y desapareció de nuestra vista. Por un momento la calma reinó en la góndola, e Ismael y yo compartimos el tiempo de una mirada.

Me limpié los restos del yeso, frotándome los dedos contra la tela de la falda. ¿Intentaba también eliminar el rastro de lo que había hecho? La primera vez había sido por error. Había derretido las manos del hombre en el callejón sin siquiera saber que podía hacerlo.

Pero ahora lo sabía. En mi interior había un nudo que me refrenaba, me oprimía, como si quisiera impedirme hacer daño, porque siempre me habían enseñado que eso estaba mal. Dejé caer la tela sucia y arrugada, y caí en la cuenta de lo mucho que aún se parecía a una túnica inmaculada, el atuendo adecuado para un sacrificio. Eso era lo que esperaban que fuera, una víctima silenciosa, amansada por cumplidos y falsas esperanzas. Habían cometido un único error: concederme demasiado poder, pensando que no lograría controlarlo. Una chica insegura con una necesidad apremiante de cariño. Quizás pensaban que caminaba de puntillas con el fin de no molestar, pero solo cubría mis huellas. Y no tenían ni idea de lo lejos que había llegado.

Solo había una persona a la que no quería dejar atrás, y confiaba en que eligiera caminar junto a mí. Una mano que anhelaba estrechar. E incluso ahora que podía llamar a las estrellas por su nombre, el único nombre que quería pronunciar era el suyo.

—Ismael…

Lo había visto todo. Me había visto derretir la máscara sin vacilar, pese a que en ese momento, como en tantas otras ocasiones, tampoco conseguía leer nada en su mirada. Estaba de pie a mi lado, sin que apenas le afectase el vaivén de las olas del Canal. Sus

hombros subían y bajaban con lentitud, pues recuperaba el aliento tras el combate. O quizás estaba decidiendo si yo era un monstruo o no.

Me apartó el flequillo de la frente y clavó los ojos en mí. Hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza y sus labios esbozaron una sonrisa de satisfacción. Tardé un instante en darme cuenta de que se sentía orgulloso de mí, y otro en entender que no hacían falta palabras. Ahora comprendía perfectamente su silencio.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunté.

—Cuando dejaste de escribirme, te busqué por todas partes. Gritti nos comunicó a todos que cumplías una misión organizada por él en el exterior. Por supuesto, no nos lo creímos. Leo, Bianca, Jacopo y yo examinamos cada pista. Sí, hasta Jacopo estaba preocupado. Pero Gritti se esmeró en ocultar tu rastro. Me disponía a partir cuando Lisa se puso en contacto conmigo. Me lo contó todo tras asegurarse de que su hermana estaba sana y salva. Estaba a punto de entrar en casa de Gritti, pero Lisa me avisó de que en dos días participarías en el Carnaval. —Abrió y cerró los dedos desprovistos de anillos—. No te imaginas el esfuerzo que tuve que hacer para quedarme quieto mientras ese cobarde te mantenía encerrada. Para desahogarme, escribí una descripción detallada de lo que desearía hacerle.

No daba crédito: Ismael reconocía su odio hacia Gritti.

—¿Sagredo, el cuidadoso planificador, revelándose como un ser impulsivo? ¿Quién eres en realidad? —Se me escapó una risita que resonó en mi pecho y me provocó otro pinchazo doloroso.

—Soy… el caminante que sigue tu luz, Ámbar. Nunca me he perdido, no he recurrido a ti en busca de salvación y, sin embargo, te has convertido en mi estrella.

Porque cuando no necesitamos a una persona y seguimos buscándola, encontramos la forma más pura del deseo.

Sonreí e Ismael me acarició la mejilla con la palma de la mano. Retrocedí, tambaleándome hacia atrás.

—¡No me toques! ¡La herrumbre!

Como respuesta, Ismael me agarró del brazo sin esfuerzo y tiró de mí hacia él, abrazándome. No sufrió ningún temblor, se mantuvo firme y sereno.

—¿Por qué no aparece la herrumbre? —pregunté desconcertada, cogiéndole ambas manos, retorciéndoselas y comprobando que bajo la piel se transparentaban las venas de sus muñecas, como lo harían en un día normal de verano.

—Ámbar, ¿de verdad has conseguido entender tantas cosas sobre ti y esto no? No comprendes que…

Seguí las líneas de sus manos como si pudieran orientar mi razonamiento por caminos que nunca había recorrido. Había barajado todas las hipótesis. Estaba hecha de la misma sustancia que un artefacto. Ismael había utilizado mi poder de forma involuntaria al beber una gota de mi sangre y, a partir de entonces, la herrumbre había empezado a corroerlo. Eso era lo que sucedía cuando se utilizaba el poder del *marbiri* de otro mago, pero ahora…

—Ahora te pertenezco —susurré.

Y entonces vi sonrojarse a Ismael Sagredo por primera vez en mi vida.

Entrelacé mis manos con las suyas, sin poder imaginar que el simple hecho de tocar a otra persona me hiciese tan feliz. Si bien había puesto mi vida patas arriba, Ismael Sagredo la trastornaba de la mejor manera posible; cada descubrimiento que hacía a su lado era una sorpresa, y parecía imposible que, a pesar de todo, nos hubiéramos elegido.

Le levanté las manos y le besé los nudillos, sintiendo cómo su piel se renovaba con mi roce. Poco a poco, el calor que me rodeaba lo envolvió, calentándolo sin lastimarlo.

Miré a Mora, que se había rendido en su afán por intentar liberarse de la red y yacía boca abajo, inmóvil. Me disponía a comprobar qué hacía cuando una nueva explosión de luz me obligó a girarme hacia la otra góndola.

Domiziana liberaba una nueva ráfaga de viento. Esta vez pude distinguir los filamentos dorados que se propagaban por el aire y se

precipitaban contra Gritti.

—No es posible —musité, y descubrí idéntico estupor en los ojos de Ismael. Intentaba comprender, pero parecía tan desconcertado como yo.

Traté de dar un paso adelante, pero él estiró un brazo para detenerme.

—No te metas, no es asunto tuyo.

Estaba a punto de responder que quería saber, comprender la naturaleza familiar de aquel viento, cuando me percaté de que Ismael tenía razón. El enfrentamiento entre Gritti y Domiziana no era asunto mío, era su batalla; llevaban años preparándose para librarla. Y lo habían hecho armándose mutuamente, avivando el conflicto sin lograr enfriarlo nunca. Habían alimentado el fuego que compartían con veneno y, ahora, las llamas que ardían entre ellos eran negras.

Ambos gritaron.

Mi madrina sacó una lupa plateada y apuntó con ella a Gritti antes de que pudiera escabullirse.

El mago se estremeció, y su brazo derecho empezó a encoger hasta volverse como el de un muñeco. La insultó, mientras con la mano de tamaño normal que le quedaba empuñaba una aguja. La agitó en el aire como si cosiera con un hilo invisible y, un instante después, mi madrina se tocó la cara entre alaridos. Tenía un ojo cerrado y los párpados unidos por un hilo que asomaba a través de la piel.

Gritti también intentó coserle la boca, moviendo la aguja con furia, pero ella logró colocarse una goma entre los labios cuando las primeras puntadas se cerraban. Un instante después su aliento se incendió y un dardo llameante cruzó el aire para clavarse en el profesor.

El *magister* chilló de dolor y cayó de rodillas. Avanzó a gatas, con sus elegantes ropas sucias y rasgadas. Su fachada se había desmoronado. Incluso su traje estaba hecho jirones. Los botones colgaban deshilachados, la corona sobre su cabeza estaba torcida, y su bastón, destrozado a su lado. Cuando apoyó la mano en el suelo,

creí que iba a suplicar clemencia, pero se sacó del zapato una pieza de cerámica y, haciéndola girar, apuntó a Domiziana.

El brazo de mi madrina se volvió tan blando como la arcilla húmeda y cayó bajo el peso de la lupa hasta pegarse a su costado. Con un suspiro ronco, también acabó de rodillas en el suelo, sin aliento, y un instante después los brazos de ambos recuperaron la dimensión y la consistencia habituales.

Durante un momento que se hizo interminable, se miraron fijamente. Gritti y Domiziana luchaban en igualdad de condiciones, pero ambos habían agotado sus fuerzas. Se observaban como esperando vencer al otro utilizando solo el poder mental. Entendí que aquella mirada contenía todas las disputas que habían mantenido a lo largo de los años y que sus mentes se centraban en una única idea. Cada uno de ellos asió una mitad del bastón y la clavó en el estómago de su rival.

La sangre salpicó por todas partes, se esparció por la ropa, empapándola, y goteó sobre el banco de madera de la góndola.

Grité algo que ni siquiera entendía e invoqué la energía abrasadora que vencía la gravedad para desplazarme flotando hacia Domiziana mientras ella se desplomaba de rodillas y presionaba con las manos la herida abierta por el bastón. La rodeé con los brazos y la levanté sin esfuerzo. No pesaba nada. Se apoyó en mí y reclinó la cabeza sobre mi pecho, mirándome a los ojos.

Me quedé horrorizada.

En el fragor de la batalla no me había fijado en las venas rojas que palpitaban en su cuello y rodeaban sus sienes. Su piel diáfana estaba agrietada por la herrumbre.

—Perdóname —sollozó, y se llevó una mano temblorosa al camafeo que le colgaba del cuello—. Esto…

—No es momento para discursos —la reprendí, estrechándola entre mis brazos para cubrir la herida con las palmas de las manos abiertas.

Sabía que estaba a punto de contarme algo sobre mí, probablemente lo que me había ocurrido, pero, al ver la sangre

derramada, no pensé en nada más, ni siquiera en la verdad sobre mi secuestro.

—Quiero tu perdón —susurró Domiziana, y tocó el borde del camafeo, que se abrió para mostrar un pequeño compartimento secreto, del tamaño de un pequeño huevo y forrado de seda.

Entre los pliegues de la tela, perfectamente conservado, como si se tratase de una réplica de cera, había un meñique. Mi dedo meñique izquierdo.

Había sido ella. Durante todo aquel tiempo mi dedo había estado guardado en su collar. Lo había llevado consigo, manteniéndolo oculto, y me había mentido durante meses. Sobre todo lo ocurrido. Me había mentido cuando fue a verme al hospital y en sus frecuentes visitas a Génova. No tenía ni idea de qué significaba en términos mágicos tener en su poder una parte de mi cuerpo. No estaba segura de querer saberlo.

Dejé que resbalara sobre el banco de madera y retrocedí, trastabillando.

Ismael me sostuvo y me rodeó los hombros para impedir que me cayera hacia atrás.

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que Gritti estaba en las mismas condiciones. La herrumbre había ascendido por su mentón en forma de un reguero de costras abultadas y se unía al rojo de sus labios, mientras una mancha encarnada se extendía por el centro de la frente, ignorando sus desesperados intentos de arrancarla con la mano.

Parpadeé y las lágrimas volvieron a brotar, pero esta vez eran lágrimas de rabia, y quemaban. Todo en mí se calentó. El dolor en el costado era imperceptible comparado con el desgarro que sentía en el centro del pecho. La energía comenzó a extenderse a mi alrededor, sin previo aviso. Se tornó violenta y abrasadora, oleadas y oleadas que hicieron vibrar cada trozo de madera de las góndolas. La materia respondió a mi poder dispuesta a ser controlada, movida y manipulada, a la espera de desatar la fuerza del mismo caos. Tenía la posibilidad de cumplir todos y cada uno de mis deseos tan solo

con la fuerza de la mente. Era el poder de un *najma* inoculado en mi sangre.

Domiziana me seguía suplicando perdón con la mirada. Gritti bufaba, incapaz de formular palabras, y se aferraba al borde de la barca para no acabar más lejos.

—¡Los dos me habéis utilizado! ¡Tú me convertiste en un artefacto, y tú intentaste arrebatarme mi poder! —Las olas crecieron al tiempo que mi voz.

Inspiré, sintiendo el aire tórrido, y contuve la respiración mientras los fragmentos de mi pasado se recomponían por fin en un orden sensato, un orden en el que no habría deseado verlos jamás.

Grité con toda la rabia que me quedaba dentro y la expulsé, porque estaba segura de que si me la guardaba acabaría devorándome.

—Debería…

Dejé la frase en suspenso, intentando refrenar mi primer instinto: hacerles tanto daño como ellos me habían causado. Mi mente reunía todo lo que me había sucedido, todos los hechos que habían destrozado y reconstruido mi vida, cada vez con menos sentido. Las olas empezaron a emitir un sonido de ligera fricción, el sol provocaba un hormigueo sobre cada objeto y el calor comenzó a deformar el aire en torno a mí, hasta que se abrió una brecha.

El tejido del espacio se resquebrajó, primero como una fina hendidura donde normalmente solo existía el vacío, y empezó a ensancharse de forma progresiva, transformando el aire invisible en un retazo de otro lugar. En él danzaban hilos dorados y plateados que se entrelazaban y se separaban, abriendo otras grietas en la nada, como lanzados por una mano invisible que agrandaba cada vez más la brecha. Era un portal abierto a la luz, demasiado cálido y brillante para distinguir cualquier otra cosa, aunque yo sabía perfectamente qué era aquello.

Era como me había dicho Ismael.

Era una herida, mi herida.

Era el lugar de origen de lo que llevaba dentro, de aquello en lo

que me había convertido.

—¿La reconocéis? —bramé, volviéndome hacia Gritti y Domiziana, agarrados al asiento de la góndola.

Entonces noté el viento. Yo estaba protegida por las ondas de calor que generaba, que ardían con la misma intensidad que el portal, pero los demás… Los demás sufrían la atracción de la hendidura. Gotas de agua se alzaban del canal y desaparecían en la grieta, y la misma suerte corrió el largo remo de la góndola, pues los remeros se habían lanzado al agua y huían a nado.

—Es la estrella que descubrimos… —farfulló Gritti, tendiendo la mano hacia la luz y enderezándose la corona que llevaba en la cabeza.

La piedra blanca vibraba, respondiendo a la llamada. De ahí procedía su poder, al igual que el del camafeo de Domiziana que contenía mi dedo y… también mi propio poder.

—¡Ámbar!

Me volví y descubrí a Ismael sujeto al hierro de la proa. Tenía la piel enrojecida, las mejillas encendidas, una de ellas marcada por un rasguño, y los ojos rodeados por dos cercos rubescentes. Apretó los dientes y volvió a gritar:

—¡Debemos cerrar el portal antes de que lo absorba todo!

Asentí, temblando. Era así como tenía que acabar. Al fin y al cabo, aquel poder nunca había sido mío. Era un error, una aberración perpetrada de acuerdo con los planes de dos rivales que llevaban toda la vida intentando pisotearse, y yo simplemente había acabado en el medio de ellos. Estaba rabiosa, estaba airada, y deseaba gritar y llorar, pero no podía permitir que Ismael, que la gente que nos miraba boquiabierta desde las callejuelas junto al canal, ni que toda Venecia sufriera daño. Yo no era así, no sacrificaría a nadie para ser más poderosa.

Sonreí a Ismael, esperando que interpretara todo lo que no podía decirle, lo que nunca podría decirle. Y vi que sus ojos se abrían de par en par cuando lo comprendió.

Avancé flotando y tiré de los bordes de la hendidura,

esforzándome en cerrarla. Intenté curar la herida, sanar las grietas abiertas por los hilos, cogerlos uno a uno y reconstruir la trama invisible del espacio. Mis dedos trabajaron de manera incansable; buscaron en el aire cada pliegue, cada punto que amenazaba con desgarrarse para recomponerlo. Sabía que, al mismo tiempo, estaba curando mi herida interior. Me habían hecho daño, pero no habían conseguido volverme como ellos. Entre tanto, iba cerrando el portal.

Sonreí y enseguida sentí un tirón hacia delante.

La sangre goteaba caliente sobre mis labios mientras mi cuerpo empezaba a enfriarse. Ya no funcionaba, no era suficiente. Había alcanzado y roto mi límite demasiadas veces, y ahora malgastaba mis últimas energías, mientras que el portal seguía reclamándolas.

Comencé a sentir su temperatura abrasadora, el viento que me absorbía por dentro, y entendí que si me soltaba podría coser los pedazos a mi espalda. Cerré los ojos. No quería. No quería irme, pero ya no tenía fuerzas para contrarrestar el poder de la grieta. Espiré y busqué a Ismael con la mirada antes de dejarme arrastrar.

Sin embargo, Ismael se abalanzó sobre mí. Se lanzó utilizando un remo como palanca y me aplastó contra el banco de la góndola, agarrándose a los bordes del asiento para mantenernos presionados contra la madera.

Sus ojos ardían. En la base del cuello y en el dorso de la mano izquierda aún podían verse las cicatrices rojas dejadas por la herrumbre, aunque ya no había ni rastro de ella. Sus músculos temblaban por el esfuerzo que hacía para sujetarnos a ambos.

Tardé un segundo en darme cuenta de que compartíamos la misma fuerza, la energía escasa.

—No te dejaré ir, Ámbar.

Apenas podía hablar, pero tendió una mano hacia delante. Era el mismo patrón de movimientos que utilizaba para manipular los hilos de sus anillos, y comprendí que conservaba algún resto de su poder. Solo que ahora su *marbiri* era yo y no necesitaba estar unido a mí para manejar a Gritti como una marioneta.

Vi que el profesor se alzaba vacilante; sus piernas apenas le

sostenían mientras se dirigía hacia el portal.

—¡No, no, no! —gritó, resistiéndose y tratando de escapar, pero fue en vano, pues estaba bajo el yugo de Ismael.

—Sujétate bien la corona —le dijo, antes de hacer que saltase.

Gritti desapareció entre los deshilachados retales del aire, absorbido por la resplandeciente luz de la estrella que tan desesperadamente había anhelado.

El portal redujo su tamaño, se cosió y se afinó. Pensando que tal vez así sería capaz de cerrarlo, hice ademán de levantarme, pero Ismael me retuvo en el banco mirando a Domiziana.

Mi madrina se había puesto en pie con dificultad tras tirar al suelo la capa, como si el peso de la tela le resultara insoportable. Mientras caminaba hacia la brecha, me pareció ligera, hecha de aire y hierro, ingrávida, como siempre la había considerado.

Las manos de Ismael se mantenían firmes. Su cara reflejaba el mismo estupor que la mía.

Domiziana se volvió una sola vez y bajó la mirada hacia mí. Mientras, el camafeo flotaba ante ella y los hilos de luz comenzaban a devorarlo, exigiendo el poder latente en su interior.

—Espero que puedas perdonarme, Ámbar —dijo, respirando a duras penas—. Si me concedes un último deseo…, pediría un recuerdo que no te consuma.

La sonrisa que me dedicó fue triste y echó por tierra todo mi resentimiento. Intenté levantarme de nuevo para ayudarla, pero en esta ocasión ni siquiera hizo falta que Ismael me lo impidiera; mi cuerpo no tenía fuerzas. Solo pude ver cómo Domiziana traspasaba el portal y cerraba tras de sí hasta el más ínfimo de los hilos.

De repente, el aire recobró su perfecta calma y tibieza, y a nuestro alrededor los presentes prorrumpieron en gritos y aplausos por lo que debían de haber interpretado como un espectáculo con unos trucos sensacionales.

Permanecí abrazada a Ismael en el banco de la góndola, con el denso aroma de la magia como único rastro del portal. Había sangre y trozos de madera agrietados, pero lo único que nos quedaba era la

fuerza para abrazarnos y para gozar del cielo estrellado.

CAPÍTULO 30



Miré el retrato de Domiziana sobre la mesa. Parecía pertenecer a otra vida.

Tendría más o menos trece años cuando entré por primera vez en su ático y recuerdo que pensé que era como la casa de una reina. Recibió a mis padres con una copa de vino, y a mí con un petisú y un guiño. Luego nos invitó a seguirla mientras se deslizaba ligera sobre las alfombras, como si su ropa le permitiera permanecer suspendida.

Visto lo visto, puede que de verdad se valiera de algún hechizo. Al traer a mi memoria los encuentros entre mis temerosos padres y la altanera Domiziana me reprochaba no haber detectado la improbabilidad de su conexión.

Quizás sí la detecté, pero, como sucede con las excentricidades —que, al fin y al cabo, vuelven la vida un poco más vistosa—, la ignoré. De hecho, me encantaba.

Las visitas de Domiziana a Génova representaban los fines de semana más divertidos, cuando mis padres, para demostrar que no solo eran unos incondicionales del sofá, organizaban excursiones y reservaban cenas en las mejores marisquerías. Enterarme de que

me alojaría en su casa durante los años en la universidad significó algo así como la promesa de vivir con la tía sofisticada e interesante que nunca había tenido.

Prácticamente había volado hacia ella en cuanto surgió la oportunidad, y en ese momento mi vida cambió y alcanzó su plenitud. Gracias a Domiziana pude asistir a inauguraciones de exposiciones y estrenos teatrales. Durante cuatro años disfruté del privilegio de formar parte de un selecto círculo de la sociedad veneciana. Como contrapartida, dediqué todo mi tiempo y empeño a mi carrera universitaria. Además de convertirme en su artefacto.

—¿Por qué? —le pregunté a su retrato, consciente de que no me iba a responder.

Había contado con más de una semana para preparar mi regreso a aquella casa. Ahora me parecía un período insuficiente.

Permanecí cinco días en la enfermería con el fin de que Pakuna me curara las heridas de las agujas y aliviara otras esparcidas por mi cuerpo, muchas de las cuales ni siquiera sabía que tenía hasta que me tumbaron en la camilla y se manifestó el dolor. Los primeros días apenas distinguía si estaba dormida o despierta, pese a que en sueños veía escenas de mi vida en el ático y en la universidad y cuando volvía a abrir los ojos Ismael siempre estaba a mi lado.

—Porque a quienes estudian el cosmos les resulta difícil establecer límites —respondió la voz de Alberto, dándome un susto de muerte. De alguna manera, siempre se las arreglaba para aparecer de la nada, sin hacer el menor ruido.

Acto seguido, deslizó el dedo índice por encima de uno de los libros que descansaban junto a la fotografía.

La Hidden Society me había advertido de que cualquier día abrirían las últimas voluntades de Domiziana, porque, aunque no estaba claro qué había sido de ella y de Bartolomeo Gritti, se les consideraba muertos. No me importaban demasiado los detalles burocráticos del testamento de Domiziana; lo que no conseguía entender era cómo había podido hacer trizas mi pasado.

—¿Acaso yo no era suficiente límite? —pregunté, recorriendo

despacio la pared de aquella estancia que tan bien conocía.

Me apoyé en una cómoda para mantener el equilibrio. Habíamos compartido cientos de almuerzos allí, además de infusiones o licores después de veladas en lugares que siempre me habían parecido demasiado buenos para ser verdad. Quizás ahora entendía por qué.

—¿Lo planeó todo? ¿Me invitó a vivir aquí porque necesitaba… un cuerpo para un artefacto?

Alberto tomó el primer libro, uno de los pesados manuales de astronomía de la maga, y pasó el dedo índice entre las páginas, hojeándolas con rapidez.

—Dicho así, parece un monstruo, Ámbar. Tú tampoco dudaste en prescindir de la moral para obtener lo que deseabas.

La acusación cayó sobre mí como un jarro de agua fría que me paralizó en medio de la sala, mientras la cabeza me daba vueltas.

—¡Derramé un poco de polvo en una pulsera para evitar que me volvieran a borrar la memoria! ¿De verdad pretendes compararnos? Por favor, dime qué parte se me escapa, porque, por lo que tengo entendido, Domiziana y el profesor Gritti compartieron el descubrimiento de una estrella y desde entonces recurrieron a todos los medios a su alcance para quedarse con su poder. Domiziana no dudó en recurrir a cualquier medio a su alcance con tal de vencer.

—Es cierto —confirmó Alberto, abriendo el libro que estaba sobre la mesa.

Además de páginas y páginas de diagramas celestes, aparecían papeles sueltos con gráficos trazados a tinta y un dibujo. Levanté la vista cuando la página se deslizó por la mesa. En el dibujo se veía representado un dedo, colocado en un envoltorio de tela, como si se tratara de una reliquia. Sin embargo, era una parte de mi cuerpo, el pedazo de mí que siempre había pensado que me habían arrebatado por un juego cruel, sin imaginar cuál era la verdad.

—¿Lo hizo sola? Me secuestró y luego…

—Sí, realizó un ritual prohibido. Vinculó tu cuerpo al poder de una estrella, como si fueras un *najma*. Los humanos tenéis una composición ideal para ser transformados en artefactos. Basta un

trozo del tamaño de un dedo para liberar su fuerza.

Sentí que se me secaban la boca y la garganta, como si mi cuerpo me impidiera hablar, como si me sugiriese que aquel era un terreno árido, que debería volverme y caminar en otra dirección, correr hacia otra parte. En lugar de eso, unas cuantas palabras se abrieron paso, impulsadas por el dolor de saber que me habían tratado con menos cuidado del que se le dedica a un objeto.

—Le bastaba mi dedo meñique… y el resto era un problema.

Alberto dejó escapar un suspiro y cerró el libro, pero dejó el dibujo encima de la mesa.

—Confiaba en que el colgante inhibidor fuera suficiente para mantenerte a salvo.

El mayordomo me dedicó una larga mirada, y por primera vez descubrí una emoción en su rostro. Se veía vacío, de la forma más dolorosa que conocía. Estaba solo, con los ojos hundidos entre sombras y los labios casi inmóviles. Guardó silencio, como si quisiera comunicarme un mensaje con la mirada.

La verdad era que él y yo nunca habíamos mantenido ese tipo de relación. Tampoco entre los tres: Domiziana, Alberto y yo. Pese a que me había sentido acogida por ellos, siempre notaba como si nos separase una fría losa, un cristal por el que intentaba escalar para acabar sin remedio en el suelo, a un centímetro de Domiziana, sin poder tocarla nunca.

Uní las manos y sentí la tibieza del meñique de latón. Ismael se había ofrecido a acompañarme al apartamento, pero yo sabía que solo a mí me correspondía exigir la verdad sobre Domiziana. Volvería con él para procesarla.

Inspiré e intenté poner freno a la fuerza de las estrellas latente en mi pecho. Dormir mi energía se había convertido en la parte más compleja de la curación. El poder era como una ola, y la había llevado a tal altura que se había estrellado en su descenso. Me había aplastado contra el suelo. Tras liberar las ondas doradas y cálidas que contenía, solo había quedado una cáscara fría y débil. Pasé días temblando bajo las mantas y hacía muy poco que había comenzado

a recobrarme. Pakuna me había sugerido que invocara la energía en pequeñas dosis, para encontrar el equilibrio adecuado, pero yo temía ceder a la sensación de gozo que me producía el polvo de estrellas entre los dedos.

—Si eso es todo, me voy —dije, dirigiéndome a la salida.

—¡Espera! —exclamó Alberto, reuniendo fuerzas para levantarse y cerrarme el paso.

—Ámbar, tanto tú como Domiziana sabíais lo que significa tener un rival. Es un tormento devorador y, al mismo tiempo, un fuego que estimula. La relación entre Domiziana y Bartolomeo Gritti se deterioró, y lo que nació como una colaboración sin igual se convirtió en una competición sin reservas para apropiarse de un poder que, en realidad, no necesitaban, pero… —Se llevó el puño a los labios, como si retase a las palabras a salir y se asegurara de hacerlas retroceder al primer intento.

—Pero ¿qué? —Lo azucé, mirándole a los ojos, acariciando todavía la ilusión de que hubiera alguna verdad que cambiase el punto de vista del proceder de Domiziana.

—Nada… —El mayordomo sacudió la cabeza y dio un paso atrás, señalando todo el salón—. Sé que no podrá compensar lo que sientes, pero Domiziana te nombró propietaria de esta casa. Espero que sepas cuidarla. Si necesitas mi ayuda…

Instintivamente, cogí el libro de la mesa y lo arrojé contra el retrato de Domiziana.

Alberto fue rápido y lo atrapó al vuelo. Me miró con un destello de severidad, cerró el libro con delicadeza y lo volvió a colocar, como si su ama fuera a regresar de un momento a otro para consultarlo.

Pero Domiziana nunca volvería. Nunca más la vería fumar en el balcón ni hojear revistas con el ceño fruncido.

No comprendía cómo podían justificarse sus acciones. A lo mejor, Alberto no estaba ciego a la locura de su jefa, simplemente era leal. El mundo de la Hidden Society distaba mucho de ser bueno, en cualquiera de los significados que se le quisiera atribuir a la palabra. La magia no hacía mejor a la gente oculta, solo les proporcionaba

medios insospechados para engañar y someter a los demás, y yo había sido una estúpida ingenua.

Posé tres dedos sobre el dibujo del meñique y lo arrastré hacia mí. Me esforcé en recorrer el contorno dibujado a lápiz. No quería tocarlo, ya no me pertenecía. En cambio, toqué la prótesis fabricada por Ismael con el latón de su pulsera. Sabía que le había costado más de lo que admitía. Ismael no era un artífice; sin embargo, se había esmerado con la magia sin recibir nada a cambio. También en la Hidden Society había personas increíbles, como Ismael, Bianca, Leo… y puede que incluso Lisa y Jacopo. Tenía que averiguarlo. Ellos me habían hecho sentir completa pese a la falta del dedo o del colgante.

El reloj dio las nueve y me recordó que Ismael me esperaba en un bar cercano para llevarme de vuelta a Seledia.

Abandoné el dibujo sobre la mesa y, al hacerlo, tropecé con la pila de libros que había traído Alberto. Un atlas cayó al suelo y descubrió un cuaderno dorado escondido debajo. Lo reconocí enseguida: era mi diario. Lo había empezado al llegar a Venecia y creía haberlo perdido tras el secuestro. Al regresar al ático, no lo encontré. Lo sostuve en la mano y eché un vistazo a la primera página. Contaba que no me podía creer la habitación que Domiziana me había asignado y lo emocionada que estaba por empezar las clases.

Sentí que un hilo se conectaba donde nunca había esperado encontrar un nudo. Mi antigua vida se había perdido para siempre, pero al menos podía releer mis recuerdos.

* * *

Dormí muchas horas. Mi cuerpo ansiaba tanto disponer de un tiempo de descanso en un lugar seguro que se abandonó por completo, sumiéndose en un sueño libre de visiones. Cuando me desperté,

Ismael estaba conmigo bajo las mantas, con la espalda apoyada en la almohada y una leve sonrisa. Llevaba una camisa adornada con una hilera de botones de latón y un pantalón color arena. Porque, por supuesto, también su pijama tenía que parecer un traje formal.

—Buenos días, Ámbar.

Un rayo de sol se filtraba a través de las cortinas, iluminando el libro que estaba leyendo. Introdujo los dedos entre las páginas para no perder el punto en el que iba y usó la otra mano para apartarme el flequillo de la frente.

Respondí a su sonrisa achinando los ojos y permitiéndome mirarlo como siempre había deseado, como si no todo tuviera que ser un desafió. Al menos por una vez. Estaba segura de que cuando volviéramos a las mesas de la biblioteca seguiríamos compitiendo por sentarnos en el mejor sitio, pero ese día quería concederme mostrarle mis grietas, porque sabía que él mantendría los pedazos unidos. Habían transcurrido diez días desde mi despedida de Alberto y de la casa de Domiziana. Las pesquisas de los vigilantes de la Hidden Society sobre mi presente y mi pasado habían resultado más largas de lo esperado. Los humanos no gozaban de demasiados derechos en el mundo mágico, y mi clasificación como artefacto lo hacía todo más complicado.

Había decidido no participar en el proceso a Domiziana y a Gritti, y dedicar mis esfuerzos al estudio de la magia, tras obtener por fin la autorización.

Bianca y Pakuna afirmaban que se trataba de un proceso curativo que mi mente ponía en marcha para aliviar la conmoción causada por la lucha y el descubrimiento. Yo no tenía respuestas, solo sabía que reencontrarme con el orden de las estanterías y las páginas me ayudaba a pasar revista a mis necesidades.

La primera de ellas fue pedirle a Ismael que durmiera conmigo. Porque no quería cerrar los ojos sola y porque, desde que la herrumbre se había aquietado, buscaba cualquier oportunidad para tocarlo.

—¿Tenemos clase? —pregunté, desplazando la almohada contra

el respaldo para acomodarme a su lado.

—Después de comer —respondió Ismael con prontitud, jugando con las esquinas de las páginas del libro. Era de los que las doblaba y escribía en ellas, como un bárbaro.

—Por favor, no hagas eso en mi presencia.

Yo, por supuesto, conservaba mis libros como si nunca hubieran sido hojeados e insertaba papelitos de colores en las partes que me interesaban.

Ismael esbozó su sonrisa menos prudente y extendió las manos, cubriendo casi todo el volumen.

—¿Estás sugiriendo otro uso para mis dedos?

Aproveché para refugiarme entre sus brazos, apoyándome entre su hombro y su pecho, inclinando la cara hacia arriba para mostrarle mi sonrisa más inocente.

—Claro que sí, S agredo, podrías buscar una pluma y escribir.

Ismael obedeció con una mirada que insinuaba sus pésimas intenciones, pero se limitó a dejar el libro sobre la mesilla, junto a la pila encabezada por mi diario, y cogió una pluma.

No acababa de creerme que Ismael Sagredo estuviera en mi cama haciendo insinuaciones descaradas. Desde nuestro regreso a Seledia, había aprovechado cada ocasión para besarme, pero nuestro contacto no había llegado más allá, en parte porque ambos teníamos que curar nuestros cuerpos.

La herrumbre de Ismael estaba ya controlada del todo, una cicatriz escarlata a lo largo del brazo que se ramificaba como el dibujo de un rayo. Vi que trataba de girar la pluma entre los dedos marcados por las venas y que los movía con dificultad. Esa era la única consecuencia. Yo, en cambio, estaba aprendiendo a dosificar la energía que me había dejado el ritual y a convivir con la certeza de ser el primer artefacto humano que se veía en la Hidden Society.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dije, mientras se esforzaba en mover la pluma entre los dedos.

Lo había visto en la Biblioteca pasarse un lápiz desde el índice hasta el meñique y sabía que había perdido parte de la movilidad.

Pero él no me había reprochado ese cambio ni por un instante.

Asintió sin apartar los ojos de la pluma.

—¿Cómo saltaste a la góndola en el Gran Canal? —Le planteé, haciendo un esfuerzo para incorporarme.

Ismael adivinó mi intención y me sujetó; sus dedos me recogieron el pelo bajo la nuca, y me permitió alzarme lo suficiente para recolocar la almohada en mi espalda.

—Me devolvieron los zapatos.

Ni siquiera tuvo que especificar cuáles; su sonrisa mostraba las mismas florituras que los zapatos con los que yo había huido del Colegio.

—Entonces estoy en deuda con ellos —dije.

—Puedes besarlos, si quieres —replicó Ismael, levantando una mano como si estuviera a punto de llamarlos.

La atrapé y me la acerqué a los labios.

—Por ahora te besaré a ti y más adelante me pensaré en prodigar mi cariño a tu vestuario por si cometo alguna imprudencia.

Ismael enarcó una ceja.

—¿Qué te parece la opción de no cometer ninguna imprudencia en el futuro, *talayi*?

Negué con la cabeza.

—No me comprometo. —Me acomodé mejor, sintiendo que sus ojos recorrían mi piel—. ¿Qué tipo de lindeza es *talayi*? ¿Significa principiante? ¿O tal vez aburrida?

La pregunta hizo que el brazo que Ismael había pasado por detrás de mi nuca se pusiera rígido.

—¿Lo ves? Ni siquiera tengo que esforzarme en inventarme un insulto, ya lo haces tú sólita.

Ladeé la cabeza para mirarlo *con los* párpados entrecerrados.

—Nunca dices una verdad a medias cuando me revelas algo molesto. ¿No será… un bonito apodo? —Esbocé una sonrisa.

Capté su estremecimiento antes de notar su mano en mi cara y el flequillo despeinado entre sus dedos.

—*Talayi* es dorado en farsi.

Levanté las manos para abrir una rendija en sus dedos y observarlo a la luz del farol.

—Hay algo dorado en ti. Lo pensaba antes de saber que eras una especie de personificación de una estrella.

Me aparté un mechón de pelo y me acaricié la oreja. Siempre había pensado que todo en mí era frío. Él, en cambio, había visto otra cosa.

—Confirmado, un apodo bonito.

Ismael miró al cielo y yo solté una *carcajada* que me hizo contraer los músculos.

Estaba acostumbrada: durante aquellos días había sentido pinchazos de dolor cada vez que espiraba rápido. Ya habían desaparecido.

Me llevé una mano al pecho, al lugar donde antes tenía un colgante que durante meses había considerado especial; en lugar de eso, no era más que un trozo de cristal colocado allí para anular mi poder. Cuando lo agarraba para calmarme, lo que hacía en realidad era incitarlo a silenciar emociones que debería haber expresado. Al final, había aprendido que yo misma me bastaba, que podía enfadarme y controlarme sola, y que ya no permitiría a nadie hacerlo por mí.

—¿Alguna otra promesa que pueda recibir a cambio? —preguntó, con una voz de repente grave y divertida, llevando los dedos a mi frente para acariciármela.

Ismael se dejó arrastrar del todo bajo las sábanas y se tumbó a mi lado, flexionando un brazo para apoyar la cabeza en la palma de la mano. Parecía cómodo buscando mis ojos, muy cerca de mi nariz. Como si yo no pudiera sentir su aliento soplando sobre mi frente y sus ojos posándose en mis labios. Durante meses había estado convencida de que simplemente me sentía atraída por él, ya que ignoraba los límites de la relación que nos unía. Él había sido mi centro de gravedad, ambos lo habíamos sido para el otro y nos habíamos mantenido en equilibrio a lo largo de años: primero como rivales que se perseguían por los pasillos; más tarde, él se había

convertido en mi guía en el mundo mágico, y yo en su recuerdo del mundo humano. Sin saberlo, nuestro poder había crecido unido, como el de un mago con su *marbiri*, entretejido en una síntesis perfecta.

Con un dedo trazó el perfil de mi cara. Su tacto se asemejaba a una pluma que escribiese sobre mi piel, y yo conseguía entender sus palabras sin que las pronunciase.

Palabra tras palabra, hablaba de los días en que nos habíamos acercado, y de cómo ya no podíamos prescindir uno del otro, de la energía que emitíamos cuando estábamos cerca. La sensación era incomparable, y sabía que la cuidaríamos.

El contacto fue delicado. Ismael se inclinó hacia mí y me besó como si en mis labios se escondiera un secreto, un misterio que quería desvelar lentamente. Volvió a recogerme el pelo, pero esta vez para pasar los dedos por él una y otra vez, y luego para atármelo en un moño con una goma tintineante. Reuní los recuerdos de todos los besos que había querido darle cuando habíamos estado separados y se los conté a la persona que tenía a mi lado.

Aparté las mantas y me senté a horcajadas sobre él, rodeando su cara con las manos, midiendo la línea de su mandíbula. Lo toqué con todos los dedos menos con el meñique de latón, que trataba de ocultar. Fue Ismael quien puso su mano sobre la mía y posó también la prótesis en su mejilla.

—No me prives del tacto del latón, lo echo de menos cada día —susurró—. Y sobre todo, no te alejes, Ámbar, no hay parte de ti que no desee.

Me sentí ridícula por pensar que podría molestarle y permití que me besara las palmas de las manos y me mordiera la piel en la que solo quedaban leves rastros de los arañazos tras la pelea.

—¿Puedo preguntarte algo sobre los anillos? —dije mientras trazaba el contorno irregular de su nariz. Noté que asentía bajo mi dedo índice—. ¿Dónde están?

Las comisuras de sus labios se curvaron detrás de mi mano, y su cara se iluminó con la sonrisa que utilizaba para retarme.

—¿Por qué no los buscas?

Resoplé, mirando alrededor en busca de un escondite en la habitación. Algún lugar seguro, pero a saber dónde. Estaba segura de que él nunca metería sus anillos en un rincón sucio. Me disponía a dirigirme al escritorio cuando sus manos se cerraron alrededor de mis caderas.

—¿Adónde vas, Ámbar? Obviamente, me refería a que los buscases en mí.

Se me escapó un murmullo de sorpresa mientras encontraba la posición más cómoda sobre sus piernas, doblando las rodillas a ambos lados de sus caderas. Lo escudriñé, tratando de revisar su cuerpo y su ropa al acecho de bolsillos o zonas de sombra. No descubrí nada, pero me sentí desafiada.

—Empiezo —anuncié.

Hundí los dedos, todos los dedos, entre su pelo, apartándoselo de las sienes para dejar a la vista la imperfecta simetría de su rostro.

Una risa silenciosa sacudió los hombros de Ismael.

—¿Qué? ¿Crees que me los he escondido detrás de las orejas?

—No, pero quería tocarte el pelo —reconocí sin pudor, retirando los mechones hacia la nuca.

—Muy mal, Valmori. Si no te tomas en serio la investigación, acabarás con mala nota.

—Incorrecto —murmuré, tirándole del pelo hacia atrás para descubrir su cuello solo para recorrerlo con mis labios y marcarlo con una constelación de besos profundos, con el tacto de mi boca cálido y húmedo. Le oí tragar saliva y luego tomar aire con una respiración pesada, una muda petición de que continuara. Así que, por supuesto, me detuve.

—¿Por qué paras? —preguntó, intentando que no sonase a súplica.

—Tengo que concentrarme en la búsqueda —le recordé con una sonrisita, antes de agacharme y escapar de su intento de agarrarme de nuevo.

Retrocedí hasta los pies de la cama, rozando sus tobillos

desnudos y agarrando el dobladillo de los pantalones para quitárselos. Descubrí sus largas y torneadas piernas, desprovistas de todo oropel. Los anillos tampoco estaban allí.

No me dio tiempo a pensar, porque Ismael me atrapó y me tumbó en el colchón, y mi cara se hundió entre las sábanas revueltas.

—¿Estaré soñando? —bromeó, apoyando una mano en medio de mi espalda para sujetarme—. ¿Te he oído hacer un comentario ingenioso? —Se inclinó hacia delante para susurrarme la pregunta a la oreja.

Me estremecí al sentir el cálido aliento de su voz y ladeé la cabeza, observándolo con un solo ojo.

—¿Acaso tienes tú la exclusiva?

Ismael negó con la cabeza y me acarició las caderas con la mano libre, mientras sus dedos apartaban despacio la tela de mi camisón.

—En absoluto, me encanta ver que intentas ser tan ocurrente como yo —dijo, recorriendo la cara interna de mis muslos con las yemas de los dedos, y luego cambiando de dirección para volver a ascender—. Pero no después de esos besos. Después de esos besos deberías arder.

Llevó los dedos índice y corazón a la tela que había entre mis piernas y la acarició con suavidad hasta que se dio cuenta de que ya estaba húmeda y yo ardía.

El fuego se avivó sin previo aviso y sentí que la sangre hervía por todo mi cuerpo, que corría a gran velocidad y me abrasaba. No era capaz de controlar la energía dorada que fluía y se expandía por el aire, y braceé, aterrorizada. Ismael se iba a quemar.

Me apoyé en los codos y flexioné la espalda para girarme, pero me lo encontré inmóvil, con los ojos entornados, como si disfrutara de una cálida brisa de verano.

—Interesante.

Me analizó, como si fuera uno de sus enigmas, y volvió a tocarme, esta vez con menos delicadeza. Enredó la tela entre sus dedos y tiró de ella hasta convertirla en una fina tira, jugando con mi

cuerpo y mi placer.

Me atravesaron nuevas oleadas de calor, igual que me había ocurrido en casa de Gritti, pero el fuego que las animaba era a todas luces distinto. Al generar este poder no había sufrimiento. Estaba en profunda comunión con mi energía. Y la liberé.

La estancia se vio invadida por la tibieza luminosa de la estrella a la que Domiziana me había vinculado, y noté que cada átomo vibraba al ritmo de mi respiración, que mi cuerpo se tensaba y se arqueaba, guiado por el tacto de los dedos de Ismael.

Luego, una oleada más intensa estalló como una burbuja y reventó contra las paredes, mientras sentía mi aliento inflamarse y el fuego arder hasta transformar cada parte de mi cuerpo en calor líquido. Cuando menos, esa fue la sensación que los dedos de Ismael me provocaron. Al incorporarme, lo sorprendí con la mirada clavada en mí, de nuevo apoyado en el cabecero de la cama. Tenía los hombros relajados y las manos sobre los cojines y observaba con atención las curvas de mi cuerpo desnudo.

—Cuando te miro, Ámbar, el mundo que me rodea es solo oscuridad.

Me sonrojé bajo la luz que todavía irradiaba y me acerqué a él, hundiendo las piernas temblorosas en el colchón, agitadas aún por los escalofríos de placer. Me senté sobre él e inspiré, intentando recuperar el control de mis movimientos. Pero me resultaba complicado, tremendamente complicado. Era como si hasta mis pensamientos fueran líquidos y, a su lado, no encontrasen límites que los contuviesen. Vagaban por todas partes, desde nuestro primer encuentro hasta el beso en la Biblioteca, y regresaban sin cesar a sus ojos, a sus manos ante mí. E Ismael parecía no tener ninguna prisa.

Me concentré en desabotonarle la camisa y liberarlo con cuidado de las mangas sin provocar ningún movimiento doloroso para el brazo. Por fin lo desvestí del todo y se quedó tan desnudo como yo, piel con piel. Nuestros cuerpos respiraban a la misma temperatura, como si compartiéramos el calor generado por la estrella. Al verme

reflejada en sus ojos, me pareció que dentro de él ardía mi propio fuego.

Me incliné para besarlo en el pecho, siguiendo el rastro dejado por mis labios e interrumpido poco antes.

—Me has mentido —susurré, hundiendo los dientes justo debajo de las costillas, en uno de los pocos puntos donde su piel era suave —. Tus anillos no están aquí.

Sentí que sus pulmones se vaciaban con una risotada que un instante después resonó en toda la habitación.

—No, no te he mentido —insistió, y alzó una mano para llevarla a mi nuca y levantarme la cabeza hasta que me topé de nuevo con su mirada.

Entonces sentí un tintineo y el pelo cayendo sobre la espalda.

Ismael dobló el codo, retiró el brazo y me mostró dos largos cordones en los que estaban insertados sus anillos. Me los había atado al pelo, así que, de algún modo, estaban en su cuerpo.

—Eso no vale —protesté, curvando los labios.

—No creas que eres la única que ha perdido en este juego —dijo, con una pizca del resentimiento que conocía bien. Lo había percibido en su voz cada vez que me felicitaba por sacar una nota superior—. Soy un perdedor desde el día que empecé a sentir felicidad cada vez que te veía tener éxito. ¿Hay Peor contrincante que aquel que se alegra de la victoria de su rival?

Traté de ahogar una carcajada.

—Ni idea. A mí me pasa lo mismo —confesé. Por supuesto, siempre había deseado ser mejor que él, pero no me gustaba verlo fracasar.

Ismael giró los collares entre sus dedos y me puso uno, deslizándolo desde la punta de la nariz, para vestirme con uno de sus anillos.

—No hay ninguna posibilidad de que… —quise sugerir, pero Ismael negó con la cabeza, evidenciando la herida que aquella separación le había causado.

—No, los he perdido, pero te tengo a ti —recalcó, y comprendí

que en él había cabida para ambas emociones: el dolor por la pérdida de los anillos y la calidez del vínculo que nos unía—. Y ahora que Nazar será el heredero del palacio Sagredo, hay cientos de cosas que me apetece hacer. ¿Recuerdas el mapa de mi habitación?

Asentí. Recordaba cada detalle de su cuarto, y aquel mapa siempre me había parecido curioso, incongruente con la imagen de heredero de la casa que Ismael pretendía proyectar y, al mismo tiempo, perfecto para el concepto de arqueólogo que yo tenía de él.

—Me gustaría clavar una chincheta en tantos lugares como sea posible. Hay todo un mundo de artefactos que proteger. Y quiero hacerlo contigo.

Me sonrió y, por un segundo, emanó más luz que mi poder. La felicidad lo iluminaba. Tomé el collar de sus dedos y se lo colgué al cuello. Sus ojos de color terracota siguieron cada uno de mis movimientos y finalmente se cruzaron con los míos.

—Es una promesa.

Y la sellé con un beso.

Sabía que uno no bastaría. El sol se empezaba a colar por las cortinas del dormitorio, y más allá de la ventana el archipiélago se despertaba. La vida que me esperaba fuera era un sueño que nunca me habría imaginado poder cumplir, y lo que la convertía en aún más increíble era el chico que tiraba de mí para darme otro abrazo.

Me sumergí en su beso hasta sentir el calor de mis labios, hasta sentir que su lengua se encontraba con la mía y buscaba espacio entre mi agitada respiración. Hundí las manos en la piel de su espalda, agarrada a sus hombros, mientras comenzaba a moverse debajo de mí y notaba que ardía de deseo. Me rodeó la nuca y las caderas, guiándome y abrazándome, hasta que sentí de nuevo como las oleadas de calor se expandían a nuestro alrededor.

Parpadeé, sorprendida. Esta vez no solo provenían de mí, sino que ambos cuerpos emitían energía y, cuando se unieron, la luz formó un aura perfecta.

Olvidé todo lo que no fuera el cuerpo de Ismael. Sus manos me estrechaban como si temiera perderme entre las sábanas. Su boca

indagaba en cada parte de mí. Su aliento se volvía más agitado e intenso, y sus ojos no me abandonaban ni por un instante.

EPÍLOGO

Si un año antes me hubieran dicho que esa sería mi vida, me habría limitado a sonreír con amargura. Ahora, en cambio, cada día era diferente, y no habría vuelto atrás por nada del mundo.

Me gradué en la Ca' Foscari con una tesis sobre la ubicación de los yacimientos arqueológicos en la Media Luna Fértil y utilicé la investigación para planificar mi primera misión por encargo de la Academia de Seledia. Partiríamos en dos semanas para comprobar el estado de algunos hallazgos localizados en el sur de Irán.

Le di una palmadita a mi farol y lo empujé a avanzar hacia el fondo de la Gran Biblioteca de Sotobóveda, por la que ya podía moverme libremente para estudiar.

Carecía del poder necesario para utilizar artefactos más complejos y no controlaba la reacción que desencadenaba la magia, pero el polvo de estrellas que ahora formaba parte de mi cuerpo bastaba para hacer flotar un farolillo o usar un marcapáginas evanescente, aunque a menudo reaparecía páginas más lejos.

Me levanté el cuello de la capa mientras me dirigía a una sección poco concurrida. La primavera por fin había hecho acto de presencia, pero en algunas zonas de la Academia la temperatura era invernal. El ribete blanco de la manga reflejó la luz de mi farol. Había sido aceptada en Seledia como el primer artefacto humano, y dado que no era clasificable en ninguna de las cuatro artes mágicas, *magistra* Poluaro me había tejido unos adornos blancos en la capa.

Ismael afirmaba que la magia era mucho más que ringorrangos y gradaciones; por el contrario, Bianca y Leo se mostraban entusiasmados. Yo no me había parado a pensarlo. Habría sido igual de feliz si me hubieran cosido bordados marrones o de cualquier otro color que desentonase con el azul cobalto de las capas. Ser estudiante de Seledia era lo único que me importaba.

Agarré el montón de libros que había recogido esa mañana de mi mesa de noche, secuestrados más tiempo del necesario, y coloqué en su sitio un volumen sobre la contribución del sustrato de arena de los desiertos en la conservación del polvo de estrellas. Lo introduje con cuidado entre los lomos de los otros libros dispuestos en orden en una estantería y saqué el siguiente.

Con sorpresa, comprobé que le faltaba el tejuelo para indicar su colocación.

No se trataba de un libro. Era mi diario. Ni siquiera recordaba haberlo colocado allí y no había puesto un pie en el ático de Domiziana desde mi conversación con Alberto.

Lo examiné y me lo llevé a una celda situada junto a una vidriera. A mi alrededor, la Gran Biblioteca se veía silenciosa y fría. Me había alejado mucho del corazón de Sotobóveda, donde me esperaba Ismael y donde haría mejor en volver, a menos que quisiera coger un resfriado.

No obstante, algo me detuvo y me obligó a sentarme entre los cojines de la celda y a recuperar mi farolillo para hacerlo brillar. Abandoné los restantes libros a mis pies y abrí el diario sobre mi regazo.

Hojeé las primeras páginas, que relataban mi llegada a Venecia, la emoción de los meses iniciales en la Ca’ Foscari, las salidas que me permitía con los compañeros de clase y las veladas formales a las que me invitaba Domiziana.

Incliné la cabeza a un lado y releí en mi letra menuda y pulcra el comienzo de mis sospechas medio en broma sobre la posibilidad de que mi madrina tuviese una vida oculta y frecuentase una sociedad secreta.

Seguí pasando páginas que trataban sobre los veranos a lo largo de varios años. El mar de Génova que me recibía en un lugar que ya no podía llamar casa, pero que parecía saludarme cada vez que regresaba a casa de mis padres.

Echaba de menos su brisa cargada de espuma, sus temporales y el sonido de las olas durante la noche. Venecia, en cambio, era un sitio tranquilo y plácido, pero ya se había convertido en la ciudad de las mil luces reflejadas en la laguna. En mi ciudad.

Sonreí al revivir el verano posterior a mi diplomatura, las caminatas por el paseo marítimo, las noches que parecían no terminar nunca y las lecturas en las que estaba inmersa, olvidando el paso del tiempo.

Entonces los recuerdos se interrumpían.

Dos páginas en blanco indicaban una pausa, y una frase que no recordaba haber escrito ocupaba el centro de una hoja. Pero era mi letra, sin lugar a dudas.

Ámbar; si encuentras este diario, no lo destruyas ni lo leas. No vuelvas la página. Solo estamos a salvo de la verdad hasta que la conocemos.

Lo cerré de golpe.

El corazón me latía desbocado y me faltaba el aliento.

Tomé aire y lo expulsé. Los escalofríos me provocaban temblores en los dedos.

Miré a mi alrededor y finalmente volví a abrirlo.

Transcribo estos recuerdos, que copio de las hojas en las que los anoté. Lo hago con la pluma guardarrecuerdos para que desaparezcan de mi mente y pueda vivir en la inocencia de la ignorancia.

12 de noviembre

Hoy ha venido un hombre muy muy distinguido a hablar con
Domiziana. Se presentó como Bartolomeo Gritti. Se ayudaba
con un bastón con cabeza de león para caminar. Llevaba un montón
de documentos bajo el brazo y se encerró en el despacho de mi madrina.
Conversaron durante horas y, cuando la puerta se abrió, los oí
despedirse entre insultos y gritos. Quizás pensaron que dormía.

3 de diciembre

Domiziana me ha dicho que debo asistir a la inauguración de una
exposición de arte contemporáneo. Busqué información, pero no he
encontrado ninguna referencia a los artistas ni al lugar al que tengo
que ir. ¿Será un evento muy exclusivo? No es la primera vez que me
descubre lugares de los que nunca había oído hablar.

12 de diciembre

El 12 de diciembre es mi día favorito, aunque ignoro por qué motivo.
Puede que tenga que ver con la noche de Santa Lucía, ya que de
pequeña recibía un regalo por haberme portado bien.

Me parecía la
noche más mágica del año, mucho más que Navidad. Estaba
convencida de que si existía una mujer que volaba en un carrito
tirado por un burro, en el mundo había espacio para la magia. Tal
vez me aferró demasiado a esta idea, o quizás no.

16 de enero
He regresado a Venecia antes de tiempo después de las vacaciones
de Navidad. Mis padres estaban insoportables. Como tengo que
estudiar para los exámenes de invierno, he preferido hacerlo aquí.
Intenté avisar a Domiziana, pero nunca mira el teléfono. Cuando
entré en la casa, estaba examinando unos mapas celestes en la mesa
del salón. De repente se puso muy tensa y me ordenó que me fuera a
mi habitación. Pero alcancé a echar una ojeada a los mapas. Eran
extraños, complejos, más grandes que cualquier atlas del universo que
conozca. Aunque, claro, ¿qué sé yo de física?

2 de febrero
Hay algo extraño. Muy extraño. Intrigada por los mapas he
registrado parte de la biblioteca de Domiziana y estoy segura de que

ciertas obras no son… normales. No tienen código de barras por
ningún lado y tampoco un precio. Por supuesto, hay algún que otro
libro antiguo, pero muchos parecen simplemente…
No sé explicarlo. Me siento una chiflada al escribir esto,
pero estoy segura de que no son normales.

17 de febrero
¡El Carnaval ha sido maravilloso! No me he disfrazado, pero estar
entre la multitud que se lo pasaba en grande y cantaba ha sido
divertido. Salí con Domiziana, aunque la perdí de vista cuando se
fue a saludar a unos amigos. La seguí un rato y vi que se metía en un
palacio. Quizás lo soñé, porque detrás del portalón me pareció ver
una biblioteca enorme. No tiene sentido. Últimamente, nada tiene
sentido con Domiziana.

28 de febrero
¡Dios mío! ¡Dios mío! Me tiembla la mano al intentar escribir,
pero la alternativa es ponerme a gritar. He empezado a prestar más
atención a lo que hace Domiziana. No la sigo, pero… no la pierdo
de vista. Le dije que me iba a acostar temprano. En lugar de hacerlo,

me escondí en las escaleras que conducen a mi habitación. Domiziana
salió al salón poco después y… No sé ni cómo explicarlo, pero hizo…
¿un experimento? Utilizó unos polvos brillantes que dejaban un
rastro en el aire y luego… Me siento una loca por escribir esto: su
mano se volvió como de cerámica. Me tapé la boca para no hacer
ruido y casi me desmayo. Estoy segura de que no era un guante ni
nada semejante. ¡Era su piel!

11 de marzo
Lo ha vuelto a hacer. No el truco de la mano, sino que abrió una
puerta… y al otro lado no estaba la habitación que debería estar.
Creyó que yo había salido e introdujo una llave extraña en la puerta
de su despacho. Nunca he estado allí, aunque alguna que otra vez le he
echado un vistazo. Es una estancia preciosa, con una librería y un
escritorio de madera, pero… normal. Hoy, en cambio, la puerta se abrió
a una biblioteca enorme, la más grande que he visto en mi vida.

13 de marzo
Lo sabía. He conseguido que Domiziana me confiese la verdad.

Es maga. Todavía me parece absurdo escribir esta palabra, y no me esperaba para nada que se definiera de ese modo. Estaba segura de que había algo raro detrás de sus desapariciones, de las horas que pasa encerrada en su despacho y de los invitados que la frecuentan.
La magia existe, además de un mundo que se oculta en el ángulo muerto de nuestra visión. ¡Oh, Dios mío! ¡La magia existe!

15 de marzo
Domiziana me lo ha contado todo, o casi. Me ha hablado de la Hidden Society y de sus leyes. Existe un grupo de criaturas que se esconden del mundo y que siempre han vivido entre las sombras.
Es una sociedad organizada y muy antigua. ¿Acaso estoy soñando?

21 de marzo
Domiziana me ha entregado el manual con las leyes de la Hidden Society y me ha prohibido salir de casa. La primera regla fundamental es el secreto, y nosotras acabamos de infringirla. Me ha dicho que está obligada a llamar a los vigilantes, el cuerpo que se encarga de controlar a los humanos, para borrar de mi

memoria todo
lo que he descubierto. Pero yo no quiero. No quiero olvidar, no quiero
volver a mi vida cotidiana. Quiero saber más. No sé cómo, pero la he
convencido de que espere.

19 de abril
Domiziana se ha quedado conmigo en casa todos estos días.
Hemos revisado varias veces el manual de la Hidden Society y…
no he parado de suplicarle que no me borre la memoria. Quiero ser
una de ellos. No es del todo imposible formar parte de esa sociedad,
pero las maneras de conseguirlo resultan terriblemente violentas.
Una de sus leyes de la establece: «Cualquier humano que sea tocado
por la magia de forma permanente tiene derecho a decidir quedarse
en la sociedad mágica».

4 de mayo
¡He convencido a Domiziana! Todavía no me lo creo. ¡Seré una
maga!

18 de mayo
Mi vida ha cambiado por completo. Al margen de las horas de clase

y de estudio, dedico todo el tiempo a prepararme para convertirme
en maga. No exactamente en maga, me ha advertido Domiziana,
sino en algo similar. ¡Tendré poderes mágicos! Todavía no me lo creo.
Entreno en el gimnasio y sigo una dieta diseñada por Domiziana.
Preparamos un ritual.

23 de junio
El ritual está resultando más complicado de lo previsto y requiere
cálculos precisos por parte de Domiziana, que pasa cada vez más
tiempo en su despacho para prepararlo todo. Se necesita una noche de
luna nueva, y yo tengo que estar en plena forma. A pesar de que no
me ha explicado los detalles, me tranquiliza y me asegura que me
convertiré en maga.

3 de septiembre
Todo va por el camino correcto. Sigo estudiando para los exámenes
en Ca' Foscari, pero, si todo sale bien, a principios del año que viene
entraré a formar parte del mundo mágico.

12 de noviembre
Domiziana ha contratado a un espectro, una criatura

mágica, y le
encargado que le traiga un libro en la Biblioteca Marciana.
Es un volumen encantado que a los miembros de la Hidden Society
les está prohibido tocar. Pero un espectro tiene el poder de poseer a los
humanos, burlando esta regla. Al menos, eso es lo que ha averiguado
Domiziana. Le he preguntado por qué no podía ir a buscar el libro yo
misma, pero me ha explicado que ya no soy del todo humana. En la
dieta que me ha prescrito y que prepara Alberto hay ingredientes que
están alterando mi organismo. Me alimentan con polvo de estrellas.

19 de diciembre
Me he encontrado con Ismael en la Biblioteca Marciana. Creo
que se enfrentó al espectro contratado por Domiziana para tratar de
impedirle que se llevara el libro. Me miró de una forma extraña en el
pasillo. Parecía preocupado por mí. Temí que intuyera que me ocurría
algo raro… pero Ismael es un simple humano, ¿cómo va a saberlo?
Me he pasado meses preparándome para este momento. Dentro
de unas horas, Domiziana llevará a cabo el ritual, y en los días

siguientes pondremos en práctica un plan para que parezca que
he descubierto la magia por casualidad y así ingresaré oficialmente
en la Hidden Society.

Con estos fragmentos, enterraré todos mis recuerdos sobre la magia.
Todo el mundo me dice que miento fatal, así que, si desconozco la
verdad, no hay posibilidad de que me equivoque al mentir.

Cerré el diario y me hundí aún más entre los cojines. ¿Qué acababa de leer? No había duda de que era mi letra, la habría reconocido en cualquier parte. Se trataba de mi caligrafía, practicada a lo largo de años y años de apuntes tomados en la universidad. Pulcra y del tamaño justo para que encajase entre las líneas de un texto.

Mientras leía, ciertos recuerdos habían brotado en mi mente. Cada detalle recogido en el diario había aparecido en forma de imágenes, escenas claras y conversaciones que sonaban nítidas desde el pasado. No me cabía la menor duda de que esa era la verdad, que había sepultado entre aquellas páginas para que no pudiera emerger en ningún momento y destruir mi actuación como humana alucinada por el mundo de la magia.

Liberé el farolillo para que continuara dando vueltas por la celda y me quedé en silencio, escuchando el eco de mis pensamientos al estallar en mi interior.

¿Qué había hecho?

Había sido yo. Ahora que mis recuerdos habían regresado, sabía que Domiziana no se había esforzado demasiado en frenar mi deseo de unirme a la Hidden Society y había cedido con facilidad a mis súplicas.

Pero había sido yo.

Toqué el borde de las páginas, con cuidado de no cortarme con el papel. Medité sobre lo que sucedería a partir de ese momento. Si se lo contaba a Ismael, ¿cómo reaccionaría? ¿Me acusaría de ser la responsable de todo lo que le había ocurrido? ¿Era culpa mía que hubiera perdido sus anillos?

Claro que, a cambio, me había encontrado a mí, y juntos podíamos desatar el poder de una estrella.

Inspiré hondo y sentí que las brasas se reavivaban y que la promesa de fuego bajo la piel fluía. Bastaba un soplido para desencadenarse.

—¿Ámbar?

La voz de Ismael sonó a unas estanterías de distancia. Se acercaba, quizás guiado por la luz de mi farol.

Exhalé para acallar las brasas y me levanté con el diario entre las manos. Unos pasos más y todo lo que habíamos vivido aquellos meses se desmoronaría. Juntos, Ismael y yo habríamos conseguido lo imposible. Con mi poder y su técnica, nos podíamos convertir en los mejores arcanistas que la Hidden Society hubiera visto jamás. ¡Había tantos sitios que queríamos explorar, y un mapa del mundo que marcar!

¿Quién era yo? ¿La Ámbar que había escrito aquel diario o la que lo tenía ahora en las manos?

Miré a mi alrededor, aspirando el aroma a tinta y pergamino que impregnaba la Gran Biblioteca, y me llevé una mano al anillo que llevaba colgado en el pecho.

—¿Ámbar?

La voz de Ismael estaba a solo un pasillo de distancia.

Sentí que dejaba de temblar al esconder el diario en el fondo de un estante bajo, detrás de una fila de volúmenes cubiertos de polvo.

Recogí los libros que quedaban en la celda y corrí hacia él.

—¡Me has encontrado! —exclamé, mientras el farolillo flotaba a mi espalda, iluminando mi sonrisa más radiante.

AGRADECIMIENTOS

Siempre me resulta gracioso acabar leyendo los agradecimientos. Después de sumergirse en la historia de Ámbar e Ismael entre las estanterías de la Gran Biblioteca de Seledia, aparece esta breve página en la que habla otra voz y no hay ni rastro de magia. O eso parece.

Porque escribir un libro también es una especie de ritual. Mis astrónomos, que han seguido su rastro desde tiempo atrás, son la razón de ser de esta historia: Ella, Serena y Lou, con quienes vagué por el espacio (realmente infinito) de las historias posibles en busca de esta (de estas, las suyas, que llegarán). Sabía que nuestras flechas acertarían.

Esta historia ha necesitado, además, de las expertas manos de artífices que saben esculpir y prender la chispa: Elena Peduzzi y Giusy Scarfone, las editoras.

Los alquimistas son los que asumen la tarea de diseñar y perfeccionar (a sabiendas o no, voluntariamente o no) y puede que incluso a su pesar hayan contribuido a dar forma a esta historia: Ludovica, Lorenza, Tea, Giulia, Chiara, Martina, Benedetta, Matilde, Andreina, Alessandro, Paola, Sara, Massimo.

Por último, están los arcanistas, el viento que liberó esta historia y ha permitido que llegue a tus manos. En primer lugar, mis padres, que empezaron a sospechar que tal vez leía demasiados libros de fantasía cuando ya era muy tarde. A Linda, que me regaló aquel

libro sobre un niño que sale del cuarto de las escobas debajo de las escaleras para encontrar un hogar, sin el cual no existiría nada de esto. A Sarah, Martin y Nicolino, que me permitieron ser rara en el instituto, años duros cuando lo único de lo que hablas es de dragones y escuelas de magia.

A Martina Ponente, que, con su lápiz, ha conseguido recrear Seledia a partir de estas páginas, y también a Ámbar y a Ismael.

A todas las personas que continúan esparciendo rayos de su magia a mi alrededor, y a West, que hace casi lo mismo que el sol.

Y, por supuesto, a ti, que has hecho lo más mágico: leer e imaginar.





JUDE ARCHER. Es el seudónimo de Giada Pavesi, escritora nacida en Cremona (Italia), donde compare su vida con un gato curioso y muchas plantas. Estudió Lenguas y Literaturas extranjeras en Milán y Leicester para dar sentido a su pasión por los libros. Criada entre Italia y Escocia, ha trabajado en oficios muy distintos. *Anillos y estrellas*, su primera novela romántica de fantasía, revela su amor por la magia y por los relatos que transforman.